

Es sabido que la Alemania nazi asesinó cerca de seis millones de judíos. Lo que no lo es tanto es que, junto al horror del Holocausto, los regímenes de Hitler y Stalin asesinaron a otros ocho millones de civiles, la mayoría mujeres, niños y ancianos, solo en lo que Timothy Snyder denomina las «Tierras de Sangre».

Se suele identificar el horror del siglo XX con los campos de concentración. Sin embargo, la mayoría de las víctimas del nacionalsocialismo y del estalinismo nunca vieron un campo de concentración ni de exterminio.

Del mismo modo, los asesinatos en masa en Europa suelen asociarse con la muerte en cámara de gas. Pero no fue el gas el método más empleado. Más de siete millones de civiles y prisioneros de guerra murieron porque se les negó la comida.

Por primera vez, el historiador Timothy Snyder describe en este libro la amplitud del horror que supuso el asesinato de catorce millones de ciudadanos europeos en solo doce años, los que van desde 1933 a 1945.

El presente estudio implica aspectos militares, políticos, económicos, sociales, culturales e intelectuales, y se basa en la extensa documentación aparecida con la apertura de los archivos de la Europa oriental y los testimonios de las víctimas y de algunos verdugos.

Las Tierras de sangre no son un territorio político real o imaginario: son simplemente los lugares donde los regímenes políticos de Europa realizaron su obra más mortífera.

Timothy Snyder
Tierras de sangre
Europa entre Hitler y Stalin
ePub r1.0
jandepora 30.07.14

Título original: Título, Europe between Hitler and Stalin
Timothy Snyder, 2010
Traducción: Jesús de Cos
Editor digital: jandepora
ePub base r1.1

Tus cabellos dorados, Margarete
tu pelo ceniciento, Shulamit
Paul Celan
"Fuga Mortal"
Todo fluye, todo muta,
nadie entra dos veces en el mismo convoy.
Vasily Grossman
"Todo fluye"
Un desconocido se ahogó en el Mar Negro, solo,
sin nadie que oyera sus plegarias pidiendo perdón.
"Tormenta en el Mar Negro"
Canción tradicional ucraniana
Ciudades enteras desaparecen. En el lugar de la naturaleza
Solo un escudo blanco para combatir la inexistencia.
Tomas Venclova
"El escudo de Aquiles"

Prefacio
EUROPA
-¡Ahora viviremos!

¡1250 LIBROS PARA LLEVAR EN SU BOLSILLO!

La velocidad, comodidad y movilidad son suyas. El e-GO! Library Español es una forma innovadora para tener y mantener un suministro fresco y abundante de grandes títulos. Es el mejor entretenimiento y fácil de obtener. El e-GO! Library Español es una unidad flash de memoria USB que pone a miles de los mejores libros de la actualidad su bolsillo!

Cargue su Kindle, iPad, Nook, o cualquier dispositivo con una variedad de ficción y no ficción. En su tiempo libre, elija entre sus temas, títulos y autores independientes favoritos y categorías como: romance, ciencia ficción, misterios, finanzas, biografías, negocios y muchos más.

- ✓ **1,000 LIBROS** independientes más populares
- ✓ **BONO-** 250 títulos clásicos
- ✓ **CONTENIDO ÚNICO** / Autores independientes
- ✓ **LLAVE USB PRECARGADA** de 4GB

LOS MEJORES

1,000 LIBROS

+250 CLASICOS DE REGALO

e-GO!
Library *Español*

- ✓ Total portabilidad y conveniencia
- ✓ Más de 32 categorías precargadas
- ✓ No necesita internet
- ✓ Perfecto para leer mientras viaja



- ✓ **SIRVE CON TODOS** los lectores y dispositivos
- ✓ **IDEAL** para viajar
- ✓ **AHORRA** innumerables horas de Descargas
- ✓ **EL REGALO** Perfecto

VER MÁS

El muchacho hambriento solía repetir la frase mientras caminaba por la cuneta silenciosa y por los campos vacíos.

Pero la comida que veía sólo estaba en su imaginación, porque se habían llevado todo el trigo en la despiadada campaña de requisas que abrió la era de los asesinatos masivos en Europa. Era el año 1933, y Iósif Stalin estaba matando de hambre a la Ucrania soviética. El muchacho murió, igual que otros tres millones de personas.

—Me reuniré con ella bajo tierra —decía un joven soviético, refiriéndose a su esposa.

Tenía razón: le dispararon después que a ella, y los enterraron juntos, entre las setecientas mil víctimas del Gran Terror estalinista de 1937 y 1938. «Me han pedido el anillo de matrimonio, y yo...» El oficial polaco interrumpió su diario justo antes de ser ejecutado por la policía secreta soviética en 1940. Era uno de los aproximadamente doscientos mil ciudadanos polacos muertos por los soviéticos o por los alemanes al principio de la Segunda Guerra Mundial, cuando la Alemania nazi y la Unión Soviética ocuparon conjuntamente su país. Más adelante, en 1941, en Leningrado, una niña rusa de once años terminaba su diario: «Sólo queda Tania». Adolf Hitler había traicionado a Stalin, los alemanes habían sitiado la ciudad, y la familia de la niña se encontraba entre los cuatro millones de ciudadanos soviéticos a los que los germanos mataron de hambre. El verano siguiente, en Bielorrusia, una niña judía de doce años escribía su última carta a su padre:

«Te digo adiós antes de morir. Me da miedo la muerte, porque arrojan vivos a los niños a las zanjas». La niña era una de los más de cinco millones de judíos que fueron gaseados o pasados por las armas por los alemanes.

En la Europa central y del este, a mediados del siglo XX, los regímenes nazi y soviético asesinaron a unos catorce millones de personas. El lugar donde murieron todas esas víctimas, las Tierras de sangre, se extiende desde Polonia central hasta Rusia occidental a través de Ucrania, Bielorrusia y los países bálticos. Durante la consolidación del nacionalsocialismo y el estalinismo (1933-1938), la ocupación conjunta germano-soviética de Polonia (1939-1941) y la guerra posterior entre Alemania y la Unión Soviética (1941-1945) esta región conoció un tipo de violencia contra las masas nunca visto en la historia. Las víctimas fueron sobre todo judíos, bielorrusos, ucranianos, polacos, rusos y bálticos, las gentes nacidas en esas tierras. Catorce millones murieron en el curso de sólo doce años, entre 1933 y 1945, años durante los cuales Hitler y Stalin coincidieron en el poder. Aunque en el tramo central de este periodo sus tierras natales se convirtieron en campos de batalla, todas esas personas fueron víctimas de políticas criminales, no bajas de guerra. La Segunda Guerra Mundial fue el conflicto más letal de la historia, y alrededor de la mitad de los soldados muertos en todos sus campos de batalla perecieron allí, en esa misma región, las Tierras de sangre. Pero ni uno sólo de los catorce millones de asesinados era soldado en servicio activo. La mayoría eran mujeres, niños y ancianos. Ninguno llevaba armas, y muchos habían sido despojados de sus posesiones, incluidas sus ropas.

Auschwitz es el enclave mortal más conocido de las Tierras de sangre. Hoy, Auschwitz simboliza el Holocausto, y el Holocausto encarna la maldad de un siglo. Pero las personas inscritas como trabajadores de Auschwitz tuvieron una oportunidad de perdurar: sus nombres son recordados gracias a las memorias y novelas escritas por los supervivientes. En cambio, muchos más judíos —la mayoría de ellos judíos polacos— fueron gaseados en otras factorías de la muerte alemanas a las que casi nadie sobrevivió, y sus nombres se recuerdan con menos frecuencia: Treblinka, Cheímo, Sobibor, Bełzec. Y aún más judíos, judíos polacos, soviéticos o bálticos, murieron pasados por las armas junto a cunetas y fosas. La mayoría de estos judíos murieron cerca de donde habían vivido, en los territorios ocupados de Polonia, Lituania, Letonia, Ucrania y Bielorrusia soviéticas. Los alemanes trasladaron a millones de judíos a las Tierras de sangre desde otros lugares para matarlos. Los judíos llegaban en tren a Auschwitz desde Hungría, Checoslovaquia, Francia, los Países Bajos, Grecia, Bélgica, Yugoslavia, Italia y Noruega. Los judíos alemanes eran deportados a las ciudades de las Tierras de sangre, a Łódź, a Kaunas, a Minsk o a Varsovia, para morir fusilados o gaseados. Las personas que vivían en el edificio en el que estoy escribiendo en este momento, en el distrito noveno de Viena, fueron deportadas a Auschwitz, Sobibor, Treblinka y Riga: todas en Tierras de sangre.

El asesinato en masa de judíos por los alemanes tuvo lugar en los territorios ocupados de Polonia, Lituania, Letonia y la Unión Soviética, no en Alemania. Hitler era un político antisemita en un país con una comunidad judía reducida. Los judíos eran menos del uno por ciento de la población alemana cuando Hitler se convirtió en canciller en 1933, y en torno a un cero veinticinco por ciento al empezar la Segunda Guerra Mundial. Durante los primeros seis años del mandato de Hitler, se permitió emigrar —en circunstancias humillantes y precarias— a los judíos alemanes. La mayoría de los judíos alemanes que presenciaron el triunfo de Hitler en las elecciones de 1933 murió de causas naturales. El asesinato de 165 000 judíos alemanes fue en sí mismo un crimen espantoso, pero sólo constituye una parte muy pequeña de la tragedia de los judíos europeos, menos del tres por ciento de las muertes del Holocausto. Sólo cuando la Alemania nazi invadió Polonia en 1939 y la Unión Soviética en 1941, la voluntad de Hitler de exterminar a los judíos pudo abarcar a las dos poblaciones de judíos más significativas. Sus ambiciones sólo podían realizarse en las zonas del continente en las que vivían los judíos.

El Holocausto impide ver la magnitud de otros planes alemanes que auguraban aún más muertes. Hitler no sólo quería eliminar a los judíos: deseaba destruir Polonia y la Unión Soviética como Estados, exterminar a sus clases dominantes y matar a decenas de millones de eslavos (rusos, ucranianos, bielorrusos, polacos). Si la guerra de Alemania contra la URSS hubiera ido como estaba planeado, treinta millones de civiles habrían muerto de hambre durante el primer invierno, y decenas de millones más habrían sido expulsados, asesinados, asimilados o esclavizados con posterioridad. Aunque esos planes nunca se llevaron a cabo, constituyeron las premisas ideológicas de la política de ocupación alemana en el Este. Los alemanes mataron más o menos a la misma cantidad de no judíos que de judíos durante la guerra, sobre todo dejando morir de hambre a los prisioneros de guerra soviéticos (más de tres millones) y a los habitantes de las ciudades sitiadas (más de un millón), o disparando contra los civiles en «represalias» (cerca de un millón, casi todos bielorrusos y polacos). En la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética derrotó a la Alemania nazi en la frontera oriental y Stalin se ganó así la gratitud de millones de personas y un papel crucial en el establecimiento del orden de la Europa de posguerra. Pero sus cotas de asesinatos colectivos fueron casi tan impresionantes como las de Hitler. De hecho, en tiempos de paz, las de Stalin fueron mayores. En nombre de la defensa y la modernización de la Unión Soviética, Stalin supervisó la muerte por inanición de millones de personas y el asesinato de otras setecientas cincuenta mil en la década de 1930. Stalin mataba a sus propios conciudadanos con tanta eficacia como Hitler eliminaba a ciudadanos de otros países. De los catorce millones de personas asesinadas en las Tierras de sangre entre 1933 y 1945, un tercio lo fue a manos de los soviéticos.

La presente es una historia de asesinato político en masa. Los catorce millones de muertos fueron víctimas de las políticas criminales soviéticas o nazis, a menudo de la interacción entre la Unión Soviética y la Alemania nazi, pero en ningún caso representan bajas a causa de la guerra entre ambos países. La cuarta parte fue asesinada antes de que empezara la Segunda Guerra Mundial. Otros doscientos mil murieron entre 1939 y 1941, mientras la Alemania nazi y la Unión Soviética rehacían Europa como aliados. Sus muertes fueron planificadas algunas veces como parte de planes económicos, o aceleradas por consideraciones económicas, pero no causadas estrictamente por necesidades de esa índole. Stalin sabía lo que iba a ocurrir cuando les arrebató los alimentos a los hambrientos campesinos de Ucrania en 1933, lo mismo que Hitler sabía lo que podía esperarse cuando privó de comida a los prisioneros de guerra soviéticos, ocho años más tarde. En ambos casos, más de tres millones de personas murieron. Los cientos de miles de campesinos y trabajadores soviéticos pasados por las armas durante el Gran Terror de 1937 y 1938 fueron víctimas de directivas expresas de Stalin, lo mismo que los millones de judíos ejecutados o gaseados entre 1941 y 1945 fueron víctimas de una política explícita de Hitler.

La guerra alteró la balanza de los asesinatos. En la década de 1930, la Unión Soviética era el único Estado de Europa que llevaba a cabo programas de asesinatos en masa. Antes de la Segunda Guerra Mundial, durante los seis años y medio transcurridos desde el ascenso de Hitler al poder, el régimen nazi había matado a no más de diez mil personas, mientras que el régimen estalinista había

matado de hambre o pasado por las armas a casi un millón. Las políticas alemanas de asesinatos en masa se pusieron al nivel de las soviéticas entre 1939 y 1941, después de que Stalin permitiera a Hitler iniciar la guerra. La Wehrmacht y el Ejército Rojo atacaron juntos a Polonia en septiembre de 1939; los diplomáticos alemanes y soviéticos firmaron un Tratado de Fronteras y Amistad, y las fuerzas de ambos países ocuparon juntas el territorio durante casi dos años. Después de que los alemanes expandieran su imperio hacia el oeste en 1940 al invadir Noruega, Dinamarca, los Países Bajos y Francia, los soviéticos ocuparon y se anexionaron Lituania, Letonia, Estonia y el noreste de Rumanía. Ambos regímenes eliminaron por decenas de miles a ciudadanos polacos de elevado nivel cultural y deportaron a centenares de miles. Para Stalin, esta represión masiva era la continuación de políticas anteriores en nuevas tierras. Para Hitler fue un paso adelante.

Lo peor de las matanzas empezó cuando Hitler traicionó a Stalin y las fuerzas alemanas traspasaron la frontera de la recién ampliada Unión Soviética, en junio de 1941. Aunque la Segunda Guerra Mundial había empezado en septiembre de 1939 con la invasión conjunta germano-soviética de Polonia, la inmensa mayoría de las masacres se produjo después de esta segunda invasión oriental. En la Ucrania y la Bielorrusia soviéticas y en el distrito de Leningrado, territorios donde el régimen estalinista había hecho morir de inanición o asesinado a tiros a cuatro millones de personas en los ocho años anteriores, las fuerzas alemanas consiguieron matar aún más gente por los mismos medios y en menos de la mitad de tiempo. Recién iniciada la invasión, la Wehrmacht empezó a matar de hambre a los prisioneros soviéticos, y las fuerzas especiales llamadas Einsatzgruppen se dedicaron a ejecutar a enemigos políticos y a judíos. En colaboración con la policía alemana, las Waffen SS y la Wehrmacht, y con la participación de policía y milicias auxiliares locales, los Einsatzgruppen empezaron a exterminar a las comunidades judías aquel verano.

En las Tierras de sangre era donde vivía la mayoría de los judíos de Europa, donde los planes imperiales de Hitler y Stalin se solapaban, donde la Wehrmacht y el Ejército Rojo se enfrentaron y donde la NKVD soviética y las SS alemanas concentraron sus fuerzas. La mayoría de los enclaves de las masacres estaban en Tierras de sangre, es decir, en Polonia, los países bálticos, Bielorrusia, Ucrania y la franja occidental de la Rusia soviética. Los crímenes de Stalin suelen asociarse con Rusia y los de Hitler con Alemania, pero la zona más mortífera de la Unión Soviética fue su periferia no rusa, mientras que los nazis mataban generalmente fuera de Alemania. Se suele identificar el horror del siglo XX con los campos de concentración, pero no fue en ellos donde murió la mayor parte de las víctimas del nacionalsocialismo y del estalinismo. Este malentendido en cuanto a los lugares y a los métodos de los asesinatos en masa nos impide percibir todo el horror del siglo XX.

Alemania albergaba los campos de concentración que liberaron los estadounidenses y los ingleses en 1945; en Siberia, por supuesto, se encontraba gran parte del Gulag que Aleksandr Solzhenitsyn dio a conocer a Occidente. Las imágenes de estos campos, en fotografías y relatos, sólo ofrecen un atisbo de la violencia alemana y soviética. En los campos de concentración alemanes murieron en torno a un millón de personas sentenciadas a trabajos forzados, mientras que en las cámaras de gas, en las zonas de hambre y en los campos de exterminio alemanes murieron diez millones de personas. Más de un millón de vidas fueron truncadas por el agotamiento y las enfermedades en el Gulag entre 1933 y 1945, mientras que en los campos de exterminio y las zonas de hambre soviéticas murieron seis millones de personas, de las cuales unos cuatro millones perecieron en Tierras de sangre. El noventa por ciento de los que entraron en el Gulag salió con vida. La mayoría de los que entraron en los campos de concentración alemanes —a diferencia de los que fueron a parar a las cámaras de gas, las zanjas de ejecución y los campos de prisioneros de guerra— también sobrevivió. El destino de los internados en los campos de concentración, con todo su horror, fue distinto del de los muchos millones que fueron gaseados, pasados por las armas o forzados a morir de hambre.

No puede hacerse una distinción exacta entre los campos de concentración y los

centros de exterminio; también en los campos se ejecutaba o se mataba de hambre a las personas. Pero había una diferencia entre ser sentenciado a un campo y ser sentenciado a muerte, entre el trabajo y el gas, entre la esclavitud y las balas. La inmensa mayoría de las víctimas mortales de los regímenes alemán y soviético nunca vio un campo de concentración. Auschwitz fue dos cosas al mismo tiempo, un campo de trabajo y un centro de exterminio, y el destino de los judíos y no judíos que fueron seleccionados para el trabajo fue muy distinto al de los judíos que fueron destinados a las cámaras de gas. Por ello, Auschwitz tiene dos historias, relacionadas pero distintas. El Auschwitz campo de trabajo es más representativo de la experiencia del gran número de personas que sufrieron las políticas alemanas (o soviéticas) de concentración mientras que el Auschwitz campo de exterminio muestra el destino de los que fueron deliberadamente asesinados. La mayor parte de los judíos que llegaron a Auschwitz fueron gaseados directamente; nunca –como casi ninguno de los catorce millones de muertos de Tierras de sangre– estuvieron internados en un campo de concentración.

Los campos de concentración alemanes y soviéticos rodean Tierras de sangre por el este y el oeste, sombras de gris que difuminan el negro. Al final de la Segunda Guerra Mundial, las fuerzas estadounidenses y británicas liberaron campos de concentración alemanes como Belsen y Dachau, pero nunca llegaron a ninguno de los centros de exterminio importantes. Los alemanes llevaron a cabo todas sus políticas de exterminio en territorios que después fueron ocupados por los soviéticos. El Ejército Rojo liberó Auschwitz, así como Treblinka, Sobibor, Bełżec, Chelmno y Majdanek. Las fuerzas estadounidenses y británicas no alcanzaron ninguna de las Tierras de sangre y no vieron ninguno de los centros de exterminio principales. No es sólo que las fuerzas aliadas no vieran los lugares donde los soviéticos cometieron sus matanzas, por lo que los crímenes del estalinismo quedaron sin documentar hasta el fin de la Guerra Fría y la apertura de los archivos; es que, además, nunca vieron ninguno de los lugares donde los alemanes perpetraron sus masacres, y por eso el conocimiento completo de los crímenes de Hitler se ha retrasado mucho tiempo. Para la mayoría de los occidentales, la percepción de los asesinatos colectivos procede de las fotografías y filmaciones de los campos de concentración alemanes. Imágenes horribles, sin duda, pero que sólo proporcionan un atisbo de la historia de las Tierras de sangre. No son toda la historia; por desgracia, ni siquiera son una introducción.

Los asesinatos en masa en Europa suelen asociarse con el Holocausto, y éste con un tipo de matanza industrial rápida. La imagen resulta demasiado simple y limpia. En los enclaves de exterminio soviéticos y alemanes los métodos de asesinato eran bastante primitivos. De los catorce millones de civiles y prisioneros de guerra muertos en Tierras de sangre entre 1933 y 1945, más de la mitad murieron porque se les negó la comida. Unos europeos mataron de hambre deliberadamente a otros europeos en cantidades estremecedoras a mediados del siglo XX. Los dos mayores asesinatos en masa después del Holocausto –las hambrunas dirigidas por Stalin a principios de 1930 y la matanza de los prisioneros de guerra soviéticos a principios de la década de 1940– se realizaron por este método. La muerte por inanición prevaleció no sólo en la realidad, sino también en la imaginación: en el invierno de 1941, el régimen nazi proyectaba un Plan de Hambre para matar a decenas de millones de eslavos y judíos.

Al hambre como medio de asesinato le siguen las ejecuciones por armas de fuego y, después, el gas. Durante el Gran Terror estalinista de 1937-1938, casi setecientos mil ciudadanos soviéticos fueron pasados por las armas. Los aproximadamente doscientos mil polacos asesinados por alemanes y soviéticos durante la ocupación conjunta de Polonia también murieron por este sistema, igual que los más de trescientos mil bielorrusos y otros tantos polacos ejecutados en «represalias». Los judíos que murieron en el Holocausto tenían más o menos las mismas posibilidades de recibir un disparo que de ser gaseados. Por cierto, tampoco la muerte por gas es especialmente moderna. Al millón de judíos asfixiados en Auschwitz los mató el cianuro de hidrógeno, un compuesto que fue aislado en el siglo XVIII. El millón seiscientos mil judíos muertos en

Treblinka, Chełmno, Bełżec y Sobibor fueron gaseados con monóxido de carbono, cuyos efectos letales ya eran conocidos por los antiguos griegos. El cianuro de hidrógeno se empleaba como pesticida en los años cuarenta, y el monóxido de carbono era producido por los motores de combustión interna. Los soviéticos y los alemanes usaban tecnologías que no eran nada nuevas en los años treinta y cuarenta: combustión interna, ferrocarriles, armas de fuego, pesticidas, alambre de espino.

Con independencia de la tecnología empleada, la matanza era personal. Las personas que morían de inanición eran observadas, con frecuencia desde torres de vigilancia, por aquellos que les negaban el alimento. Los que morían por las armas eran vistos muy de cerca a través de las miras de los fusiles, o bien eran sujetados por dos hombres mientras un tercero apoyaba el cañón de una pistola contra la base del cráneo de la víctima. Los que iban a morir asfixiados eran acorralados, metidos en trenes y empujados a las cámaras de gas. Se les privaba de sus posesiones y de sus ropas y, en el caso de las mujeres, del cabello. Cada uno de ellos moría una muerte diferente, puesto que cada uno de ellos había vivido una vida distinta.

El impresionante número de víctimas podría adormecer nuestra percepción de la individualidad de cada una. «Querría llamar a cada una por su nombre —escribió la poeta rusa Anna Ajmátova en su Réquiem—, pero requisaron la lista y no puedo hacerlo». Gracias al arduo trabajo de los historiadores tenemos algunas listas, y gracias a la apertura de los archivos de Europa oriental tenemos algunos sitios donde mirar y encontrar. Disponemos de un número sorprendente de voces de las víctimas: por ejemplo, las memorias de una joven judía que se enterró para escapar a la zanja de la muerte nazi en Babii Yar (Kiev); o las de otra muchacha que hizo lo mismo en Panerai, cerca de Vilna. Tenemos las memorias de algunos de las pocas docenas de supervivientes de Treblinka. Tenemos un archivo del gueto de Varsovia, compilado penosamente, enterrado y después encontrado en su mayor parte. Tenemos los diarios que escribieron los oficiales polacos pasados por las armas por la NKVD soviética en 1940 en Katyn, documentos que fueron desenterrados junto con los cadáveres. Tenemos notas arrojadas desde los autobuses que conducían a los polacos a las zanjas de la muerte durante las campañas de exterminio alemanas de ese mismo año. Tenemos las palabras rayadas en la pared de la sinagoga de Kovel; y las que quedaron en la pared de la prisión de la Gestapo en Varsovia. Tenemos los recuerdos de los ucranianos que sobrevivieron a la hambruna soviética de 1933, los de los prisioneros de guerra soviéticos que sobrevivieron a la campaña de exterminio por hambre de 1941, y los de los habitantes de Leningrado que sobrevivieron al hambre provocada por el sitio de 1941-1944.

Tenemos algunos archivos de los responsables, tomados a los alemanes cuando perdieron la guerra o hallados en archivos en Rusia, en Ucrania, en Bielorrusia, en Polonia y en los países bálticos después del hundimiento de la Unión Soviética en 1991. Tenemos informes y cartas de policías y soldados alemanes que ejecutaron a judíos, y de las unidades alemanas antiguerrilla que mataron a civiles bielorrusos y polacos. Tenemos las peticiones que enviaron activistas del partido comunista antes de poner en marcha el hambre en Ucrania en 1932-1933. Tenemos los cupos de muertes de campesinos y minorías nacionales enviados desde Moscú a las oficinas regionales de la NKVD en 1937 y 1938, y las respuestas solicitando que dichos cupos fueran aumentados. Tenemos los protocolos de los interrogatorios a ciudadanos soviéticos que fueron después sentenciados y ejecutados. Tenemos los recuentos alemanes de judíos pasados por las armas junto a las zanjas o gaseados en instalaciones letales. Tenemos los recuentos soviéticos de muertos en las matanzas armadas del Gran Terror y de Katyn. Tenemos acertadas estimaciones del número de asesinatos de judíos en los lugares donde se perpetraron las mayores matanzas, basadas en listados de los archivos alemanes y en comunicados, en testimonios de los supervivientes y en documentos soviéticos. Podemos hacer una estimación razonable del número de muertes por inanición en la Unión Soviética, no todas registradas. Tenemos las cartas de Stalin a sus camaradas más próximos, las conversaciones de sobremesa de Hitler, la agenda de Himmler, y mucho más. Este libro ha sido posible gracias

a los logros de otros historiadores y a su uso de esas fuentes y de muchas otras. Aunque hay algunas aportaciones que proceden de mi trabajo con los archivos, en estas páginas y en las notas quedará patente lo mucho que le debe esta obra a mis colegas y a las generaciones previas de historiadores. A lo largo de todo el libro se acude a las voces de las propias víctimas y a las de sus amigos y familias. También se cita a los perpetradores, a los que mataron y a los que ordenaron matar. Asimismo, convocaremos como testigos a un pequeño grupo de escritores europeos: Anna Ajmátova, Hannah Arendt, Józef Czapski, Günter Grass, Vasili Grossman, Gareth Jones, Arthur Koestler, George Orwell y Alexander Weissberg. También seguiremos las carreras de dos diplomáticos, el especialista norteamericano en Rusia George Kennan, que se encontraba en Moscú en momentos cruciales, y el espía japonés Chiune Sugihara, que tomó parte en las políticas que según Stalin justificaban el terror colectivo y que después salvó a judíos del Holocausto de Hitler. Algunos de estos escritores han dado testimonio de uno de los programas de asesinatos en masa; otros, de dos o más. Algunos ofrecen lúcidos análisis, otros, comparaciones discordantes; y otros, imágenes inolvidables. Lo que tienen todos en común es su intento de dar testimonio de la Europa entre Hitler y Stalin, a menudo sin hacer caso de los tabús de su época.

En una comparación de los regímenes nazi y soviético, la politóloga Hannah Arendt escribió en 1951 que la propia realidad de los hechos «para seguir existiendo depende de la existencia del mundo no totalitario». El diplomático estadounidense George Kennan dijo lo mismo con palabras más sencillas en Moscú en 1944: «aquí, son los hombres quienes deciden lo que es cierto y lo que es falso».

La verdad, ¿es tan sólo una convención del poder, o puede un relato histórico veraz resistir la fuerza gravitatoria de la política? La Alemania nazi y la Unión Soviética buscaron dominar a la propia historia. La Unión Soviética era un Estado marxista cuyos líderes se proclamaban científicos de la historia. El nacionalsocialismo era una visión apocalíptica de transformación total, que debía, ser realizada por hombres que creían que la voluntad y la raza podían suprimir el peso del pasado. Los doce años de poder nazi y los setenta y cuatro de poder soviético son ciertamente una pesada carga sobre nuestra capacidad para evaluar el mundo. Mucha gente cree que los crímenes del régimen nazi fueron tan grandes que quedan fuera de la historia. En ello hay un eco perturbador de la creencia del propio Hitler de que la voluntad triunfa sobre los hechos. Otros sostienen que los crímenes de Stalin, aunque horribles, se justifican por la necesidad de crear o de defender un Estado moderno. Eso recuerda la noción de Stalin de que la historia tenía un solo curso posible y que él había entendido ese curso, algo que legitimaría sus políticas retrospectivamente.

Si la historia no se basa y se consolida sobre unos fundamentos totalmente distintos, Hitler y Stalin continuarán definiendo sus propios actos por nosotros. ¿Cuál podría ser nuestra base? Aunque el presente estudio implica aspectos militares, políticos, económicos, sociales, culturales e intelectuales, sus tres métodos fundamentales son simples: la insistencia en que ningún acontecimiento pasado está más allá de la comprensión histórica ni de la indagación histórica; la reflexión sobre la posibilidad de opciones alternativas, que va unida a la aceptación de que la capacidad de elección en los asuntos humanos es una realidad irreductible; y una revisión, ordenada cronológicamente, de todas las políticas nazis y estalinistas que mataron a grandes cantidades de civiles y prisioneros de guerra. La forma de esta obra no procede de la geografía política de los imperios sino de la geografía humana de las víctimas. Las Tierras de sangre no fueron un territorio político, real o imaginario: fueron simplemente los lugares donde los regímenes políticos más crueles de Europa realizaron su obra más mortífera.

Durante décadas, las historias nacionales –judía, polaca, ucraniana, bielorrusa, rusa, lituana, estonia, letona– se han resistido a las conceptualizaciones nazis y soviéticas de las atrocidades. La historia de las Tierras de sangre ha sido preservada, a menudo con inteligencia y coraje, dividiendo el pasado europeo en partes nacionales y evitando después el contacto entre cada una de esas partes. Pero la atención a un solo grupo perseguido, por muy bien que se lleve a cabo

como labor histórica, no puede explicar lo acontecido en Europa entre 1933 y 1945. El conocimiento perfecto del pasado de Ucrania no dará cuenta de las causas de la hambruna. Seguir la historia de Polonia no es el mejor camino para entender por qué tantos polacos fueron asesinados durante el Gran Terror. El conocimiento de la historia de Bielorrusia no sirve, por grande que sea, para explicar los campos de prisioneros de guerra y las campañas antiguerrilla que mataron a tantos bielorrusos. El relato de la historia judía puede incluir el Holocausto, pero no puede explicarlo. A menudo, lo que le ocurrió a un grupo solamente puede entenderse a la luz de lo que le ocurrió a otro. Pero ése sólo es el inicio de las conexiones. Los regímenes nazi y soviético también deben ser comprendidos a la luz de los modos en que sus líderes trabajaron para dominar esas tierras, y en sus visiones de esos grupos y de las relaciones entre ellos. Actualmente hay un consenso general en cuanto a que los asesinatos en masa del siglo XX tienen el más alto significado moral para el siglo XXI. Sorprende, pues, que no exista una historia de las Tierras de sangre. Los asesinatos en masa separaron la historia judía de la europea, y la historia del este de Europa de la del oeste. El asesinato en masa no creó las naciones, pero sigue condicionando su separación intelectual décadas después del final del nacionalsocialismo y del estalinismo. Este estudio reúne los regímenes nazi y soviético, la historia judía y la europea, y las historias nacionales. Describe a las víctimas y a los verdugos. Expone las ideologías y los planes, los sistemas y las sociedades. Es la historia de gente que fue asesinada por las políticas de líderes lejanos. Las tierras natales de las víctimas se extienden entre Berlín y Moscú: se convirtieron en Tierras de sangre tras el ascenso al poder de Hitler y Stalin.

Introducción

HITLER Y STALIN

Los orígenes de los regímenes nazi y soviético y de su encuentro en las Tierras de sangre se remontan a la Primera Guerra Mundial de 1914-1918. La guerra hundió los viejos imperios del territorio europeo e inspiró sueños de otros nuevos. Reemplazó el principio dinástico del poder de los emperadores por la frágil idea de la soberanía popular. Demostró que millones de hombres podían obedecer el mandato de luchar y morir por causas abstractas y distantes, en nombre de patrias que ya estaban dejando de existir o que apenas empezaban a ser. Nuevos Estados fueron creados a partir de casi nada, y grandes grupos de civiles fueron desplazados o eliminados mediante la aplicación de técnicas sencillas. Más de un millón de armenios fueron asesinados por las autoridades otomanas. Alemanes y judíos fueron deportados por el Imperio Ruso. Búlgaros, griegos y turcos fueron intercambiados entre Estados nacionales después de la guerra. Y, lo que no es menos importante, la guerra destruyó una economía global integrada. Ningún europeo vivo en 1914 llegaría a ver la restauración de una libertad de comercio comparable; la mayoría de los europeos adultos vivos en 1914 jamás volverían a disfrutar de los mismos niveles de prosperidad durante el resto de sus vidas. En esencia, la Primera Guerra Mundial fue el conflicto armado entre, por una parte, el Imperio Alemán, la monarquía de Habsburgo, el Imperio Otomano y Bulgaria (las «potencias Centrales») y, por otra, Francia, el Imperio Ruso, Gran Bretaña, Italia, Serbia y Estados Unidos (las «potencias de la Entente»). La victoria de las potencias de la Entente en 1918 puso fin a los tres imperios en territorio europeo: el austro-húngaro de los Habsburgo, el alemán y el otomano. Según los términos de los acuerdos de posguerra de Versalles, St. Germain, Sévres y Trianon, los dominios multinacionales fueron reemplazados por Estados nacionales, y las monarquías, por repúblicas democráticas. Las grandes potencias europeas que no fueron destruidas por la guerra, Gran Bretaña y especialmente Francia, quedaron sustancialmente debilitadas. Entre los vencedores, la ilusión era que después de 1918 la vida volvería de algún modo a su curso de antes de la guerra. Entre los revolucionarios que aspiraban a liderar a los vencidos, su sueño era que un baño de sangre legitimara posteriores transformaciones radicales que darían sentido a la guerra y repararían sus perjuicios.

La visión política más importante fue la de la utopía comunista. Al final de la guerra habían pasado setenta años desde que Karl Marx y Friedrich Engels escribieran su lema más famoso: «¡Proletarios del mundo, uníos!». El marxismo había inspirado a generaciones de revolucionarios con un llamamiento a la

transformación política y moral: el fin del capitalismo y el conflicto que generaba la propiedad privada, y su sustitución por un socialismo que liberaría a las masas y devolvería a la humanidad un espíritu sin mácula. Para los marxistas, el progreso histórico era consecuencia de una lucha entre clases ascendentes y descendentes, grupos que se hacen y deshacen en virtud de los cambios en la producción económica. Cada orden político dominante era desafiado por nuevos grupos sociales nacidos de técnicas económicas nuevas. La moderna lucha de clases se daba entre los que poseían las fábricas y los que trabajaban en ellas. En consecuencia, Marx y Engels vaticinaban que las revoluciones comenzarían en los países industriales más avanzados, los que tenían amplias clases trabajadoras, como Alemania y el Reino Unido.

Al romper el ordenamiento capitalista y debilitar los grandes imperios, la Primera Guerra Mundial trajo una oportunidad evidente para los revolucionarios. No obstante, la mayoría de los marxistas se habían acostumbrado para entonces a trabajar dentro de los sistemas políticos nacionales, y eligieron apoyar a sus gobiernos en tiempos de guerra. No así Vladimir Lenin, súbdito del Imperio Ruso y líder de los bolcheviques. Su concepción voluntarista del marxismo, la creencia de que era posible conducir la historia por los cauces adecuados, le llevó a considerar la guerra como una gran oportunidad. Para un voluntarista como Lenin, la conformidad con el veredicto de la historia otorgaba a los marxistas licencia para pronunciarlo ellos mismos. Marx no veía la historia como algo predeterminado, sino como la obra de individuos concededores de sus mecanismos. Lenin procedía de un país sobre todo campesino que carecía, desde la perspectiva marxista, de las condiciones económicas para la revolución. También aquí tenía Lenin una teoría para justificar su impulso revolucionario. Creía que los imperios coloniales habían prolongado el plazo de vida del sistema capitalista, y que una guerra entre imperios traería una revolución general. El Imperio Ruso se desmoronó primero, y Lenin hizo su jugada.

Los soldados desmoralizados y los campesinos empobrecidos del Imperio Ruso se sublevaron a principios de 1917. Después de que un alzamiento popular derribase a la monarquía rusa en febrero, el nuevo régimen liberal planeaba ganar la guerra mediante una nueva ofensiva militar contra sus enemigos, el Imperio Alemán y la monarquía de Habsburgo. En este punto, Lenin se convirtió en el arma secreta de Alemania. Los alemanes enviaron a Lenin desde su exilio suizo a la capital rusa de Petrogrado en abril para que emprendiera una revolución que sacara a Rusia de la guerra. Con la ayuda de su carismático aliado León Trotski y sus disciplinados bolcheviques, Lenin realizó en noviembre un golpe de estado con cierto respaldo popular. A principios de 1918, el nuevo gobierno de Lenin firmó un tratado de paz con Alemania que dejaba Bielorrusia, Ucrania, el Báltico y Polonia bajo control germano. Gracias en parte a Lenin, Alemania ganó la guerra en el frente oriental y obtuvo una pequeña tajada del imperio del este. El precio de la paz de Lenin fue el dominio colonial alemán de lo que había sido la parte occidental del Imperio Ruso. Pero sin duda (pensaban los bolcheviques) el Imperio Alemán caería pronto, junto con el resto del opresivo sistema capitalista, y Rusia y los revolucionarios expandirían su nuevo orden hacia el oeste, a los territorios perdidos y más allá. La guerra, sostenían Lenin y Trotski, comportaría la derrota inevitable de Alemania en el frente occidental, y después la revolución obrera en la propia Alemania. Lenin y Trotski justificaban su revolución rusa ante sí mismos y ante otros marxistas por su esperanza de una revuelta proletaria inminente en los territorios de la Europa central y occidental, más industrializados. A finales de 1918 y en 1919 parecía que Lenin tendría razón. Los alemanes fueron, en efecto, derrotados por los franceses, ingleses y americanos en el frente occidental en otoño de 1918 y tuvieron que retirarse –sin haber sido vencidos– de su reciente imperio oriental. Los revolucionarios alemanes intentaron de forma dispersa tomar el poder. Los bolcheviques recogieron los despojos en Ucrania y Bielorrusia. La caída del antiguo Imperio Ruso y la derrota del antiguo Imperio Alemán crearon un vacío de poder en Europa oriental que los bolcheviques, aunque lo intentaron, no pudieron llenar. Mientras que Lenin y Trotski desplegaban su nuevo Ejército Rojo en guerras civiles en Rusia y Ucrania, cinco territorios en torno al mar Báltico –Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania y Polonia– se convirtieron en repúblicas independientes. Tras estas pérdidas, la Rusia bolchevique abarcaba menos territorio al oeste que la Rusia de los zares. De estos nuevos Estados independientes, el de Polonia estaba más poblado que todos

los demás juntos y era, con mucho, el más importante desde el punto de vista estratégico. Más que ninguno de los otros nuevos Estados surgidos al final de la guerra, Polonia cambió el equilibrio de poderes en Europa oriental. No era lo bastante grande para ser una gran potencia, pero sí para constituir un problema para cualquier gran potencia con planes; de expansión. Separaba a Rusia de Alemania, por primera vez en más de un siglo. La mera existencia de Polonia actuaba como parachoques tanto del poder ruso como del alemán, y era igualmente detestable para Moscú y para Berlín.

La ideología de Polonia era la independencia. No había existido un Estado polaco desde finales del siglo XVIII cuando la Mancomunidad polaco-lituana fue disuelta por sus vecinos imperiales. La política polaca había continuado bajo el mando imperial a lo largo del siglo XIX, y la idea de una nación polaca se había, como mínimo, consolidado. La declaración de independencia de Polonia de noviembre de 1918 sólo fue posible porque las tres potencias que se la habían repartido –los imperios alemán, austro-húngaro y ruso– desaparecieron después de la guerra y la revolución. Esta gran coyuntura histórica fue explotada por un revolucionario polaco, Józef Pilsudski. Socialista en su juventud, Pilsudski se convirtió en un pragmático capaz de cooperar con un imperio contra los demás. Cuando todos los imperios se desmoronaron, él y sus seguidores, ya organizados en legiones militares durante la guerra, estaban en la mejor situación para declarar y defender un Estado polaco. El gran rival político de Pilsudski, el nacionalista Román Dmowski, llevó la causa polaca ante los poderes victoriosos en París. La nueva Polonia fue fundada como república democrática. Respaldada por las potencias victoriosas de la Entente, Varsovia pudo disponer de una frontera occidental con Alemania más o menos favorable. Pero la cuestión de la frontera oriental quedaba abierta. Dado que la Entente no había ganado ninguna guerra en el frente oriental, no podía imponer condiciones en el este de Europa. En 1919 y 1920, los polacos y los bolcheviques libraron una guerra por las fronteras entre Polonia y Rusia que fue decisiva para el orden europeo. El Ejército Rojo había entrado en Ucrania y Bielorrusia cuando los alemanes se retiraron, pero los líderes polacos no reconocieron esta situación. Pilsudski consideraba que estos territorios intermedios eran políticamente independientes y estaban históricamente ligados a Polonia, y que sus líderes desearían restaurar en Bielorrusia y Lituania alguna modalidad de la antigua Mancomunidad. Esperaba que los ejércitos polacos, apoyados por aliados ucranianos, ayudarían a crear un Estado ucraniano independiente. Después de someter a Ucrania al control bolchevique en 1919 y de detener una ofensiva polaca en la primavera de 1920, Lenin y Trotski decidieron llevar su revolución a Polonia y emplearon la bayoneta para animar a los obreros a cumplir su papel histórico. Una vez derrotada Polonia, pensaban que los camuflados alemanes, asistidos por el nuevo Ejército Rojo, aportarían los vastos recursos de Alemania para salvar la revolución rusa. Pero en agosto de 1920 las fuerzas soviéticas que iban camino de Berlín fueron detenidas en Varsovia por el ejército polaco. Pilsudski dirigió un contraataque que hizo retroceder al Ejército Rojo a Bielorrusia y Ucrania. Stalin, funcionario político del Ejército Rojo en Ucrania, estaba entre los vencidos. Sus errores de juicio impidieron la adecuada coordinación de las fuerzas bolcheviques y dejaron al Ejército Rojo a merced de las maniobras de Pilsudski. La victoria militar polaca no supuso la destrucción del poder bolchevique: las tropas polacas estaban demasiado exhaustas para marchar sobre Moscú, y la sociedad polaca demasiado dividida para apoyar tal aventura. Al final, los territorios habitados por bielorrusos y ucranianos fueron divididos entre la Rusia bolchevique y Polonia. Esta última quedó establecida como un Estado plurinacional, con quizás dos tercios de población polaca si la calculamos por el idioma, pero con unos cinco millones de ucranianos, tres millones de judíos, un millón de bielorrusos, y entre medio millón y un millón de alemanes. Constitucionalmente, Polonia era el Estado «de la nación polaca», pero tenía la mayor población de judíos de Europa y la segunda (después de la Rusia bolchevique) de ucranianos y bielorrusos. Así pues, compartía con su vecino del este sus tres minorías nacionales más amplias. Mientras las fronteras orientales de Europa se decidían en los campos de batalla de Ucrania, Bielorrusia y Polonia, las victorias de la Primera Guerra Mundial dictaban las condiciones en la Europa central y occidental. Al tiempo que Polonia y los bolcheviques luchaban en lo que había sido el frente oriental en

la Primera Guerra Mundial, la Alemania derrotada intentaba mostrar un rostro pacífico a los vencedores. Se declaró república, la mejor forma de negociar condiciones con los franceses, ingleses y estadounidenses. Su principal partido marxista, la socialdemocracia, rechazó el ejemplo bolchevique y no hizo la revolución en Alemania. La mayoría de los socialdemócratas alemanes habían sido leales al Imperio Alemán durante la guerra, y la declaración de una república alemana les pareció un progreso. Pero la moderación de su posicionamiento ayudó poco a Alemania. Las condiciones de posguerra fueron dictadas y no pactadas: rompiendo una larga tradición europea, se negó a los vencidos un puesto en la mesa de las conversaciones de paz de París. El gobierno alemán no tuvo otra elección que firmar el Tratado de Versalles de junio de 1919, pero pocos políticos alemanes se sintieron obligados a hacer cumplir sus términos. El tratado, redactado por los aliados con pretensiones moralizantes, podía ser fácilmente tachado de hipócrita. Mientras hacían la guerra a los imperios continentales, las potencias de la Entente se declaraban defensoras de la liberación de las naciones de Europa central. Los estadounidenses, en particular, presentaron su participación en la guerra como una cruzada por la autodeterminación de las naciones. Pero los franceses, que habían sufrido más que ninguna otra potencia, querían que los alemanes fueran castigados y que los aliados de Francia tuvieran su premio. El Tratado de Versalles era en todo contrario al principio por el que las potencias de la Entente afirmaban haber combatido: la autodeterminación de las naciones. En Versalles, como en Trianon (junio de 1920) y en Sévres (agosto de 1920), los pueblos considerados como aliados por la Entente (polacos, checos, rumanos) obtuvieron más territorio y, en consecuencia, albergaron más minorías étnicas dentro de sus fronteras. Las naciones consideradas enemigas (alemanes, húngaros, búlgaros) perdieron territorio y, por ello, sus propios pueblos sufrieron mayores diásporas dentro de las fronteras de otros Estados.

La guerra polaco-bolchevique se libró en el periodo entre la apertura de las conversaciones de Versalles y la firma del tratado en Sévres. Puesto que Europa aún estaba en guerra en el este mientras se negociaban y firmaban estos tratados en el oeste, el nuevo orden de posguerra resultaba un poco etéreo. Parecía vulnerable a la revolución izquierdista, como si estuviera inspirado o hasta impuesto por los bolcheviques. Mientras la guerra polaco-bolchevique seguía su curso, los revolucionarios de Alemania podían imaginar que la ayuda del Ejército Rojo estaba cerca. Además, la nueva república alemana también parecía vulnerable por la derecha. Los soldados alemanes que regresaban del frente oriental, donde habían vencido, no veían razones para aceptar lo que les parecía una humillación a su patria por parte de la nueva república y del Tratado de Versalles que ésta había firmado. Muchos veteranos se unieron a las milicias de derechas que luchaban contra los revolucionarios de izquierdas. El gobierno socialdemócrata alemán, creyendo que no tenía otra alternativa, empleó a algunas milicias de derechas para sofocar los intentos revolucionarios de los comunistas.

La victoria polaca sobre el Ejército Rojo en Varsovia en agosto de 1920 puso fin a las esperanzas de una revolución socialista europea. El tratado entre Polonia y la Rusia bolchevique firmado en Riga en marzo de 1921 fue el auténtico cierre del reparto de posguerra. Estableció la frontera polaca oriental, garantizó que las tierras divididas de Ucrania y Bielorrusia se transformaran en un dique de contención para los años siguientes, y convirtió el bolchevismo en una ideología de Estado en lugar de una revolución armada. La Unión Soviética, una vez establecida al año siguiente, sería un Estado con fronteras y, al menos en este aspecto, una entidad política como las demás. El fin del conflicto armado a gran escala significó también el fin de las esperanzas de la derecha de que la revolución trajera la contrarrevolución. Los que deseaban derribar la nueva república alemana, desde la extrema izquierda o desde la extrema derecha, tendrían que contar únicamente con sus propias fuerzas. Los socialdemócratas alemanes seguirían apoyando a la república, mientras que los comunistas admirarían el modelo soviético y seguirían su línea. Aceptaron las directrices de la Internacional Comunista, fundada por Lenin en 1919. En cuanto a la extrema derecha alemana, tuvo que replantearse acabar con el orden surgido de la posguerra como un objetivo exclusivamente alemán, que debía lograrse después de que la propia Alemania se reconstruyera y se reorganizara.

La reconstrucción de Alemania parecía más difícil de lo que era en realidad. Alemania, considerada culpable de la guerra, perdió no sólo territorio y

población, sino también el derecho a tener fuerzas armadas regulares. A principios de la década de 1920 sufrió hiperinflación y caos político. Aún así, Alemania seguía siendo, al menos en potencia, el país más poderoso de Europa. Su población sólo era menor que la de la Unión Soviética, era la primera potencia industrial, su territorio no había sido ocupado durante la guerra, y sus posibilidades de expansión quedaron implícitamente esbozadas en la lógica de los acuerdos de paz. Una vez terminada la guerra en Europa, el gobierno alemán encontró rápidamente unas bases comunes con la Unión Soviética. Después de todo, tanto Berlín como Moscú querían cambiar el orden europeo a expensas de Polonia. Ambos deseaban estar menos aislados en política internacional. Así fue como un gobierno democrático alemán firmó en 1922 el Tratado de Rapallo con la Unión Soviética, por el que se restauraban las relaciones diplomáticas, se facilitaba el intercambio comercial y se inauguraba una colaboración militar secreta. Para muchos alemanes, la autodeterminación significaba al mismo tiempo persecución y promesa. Unos diez millones de germano parlantes, antiguos súbditos de la monarquía de los Habsburgo, quedaban fuera de las fronteras de Alemania. Unos tres millones de ellos habitaban en la franja noroccidental de Checoslovaquia, en la frontera entre Checoslovaquia y Alemania. En Checoslovaquia había más alemanes que eslovacos. Casi toda la población de Austria, situada entre Checoslovaquia y Alemania, era germano parlante. Sin embargo, el Tratado de St. Germain obligó a Austria a convertirse en un Estado independiente, aunque gran parte de su población hubiera preferido pertenecer a Alemania. Adolf Hitler, el líder del Partido Nacional Socialista Alemán de los Trabajadores, fundado en 1920, era austríaco y defendía la Anschluss: la unificación de Austria y Alemania. Estas metas de unidad nacional, aunque drásticas, disimulaban el verdadero alcance de las ambiciones de Hitler. Más adelante, Hitler fue el canciller alemán que firmó con la Unión Soviética el tratado que dividió Polonia. Al dar este paso, llevaba al extremo una idea que compartían muchos alemanes: que las fronteras de Polonia eran ilegítimas y que su pueblo no merecía un Estado. En lo que Hitler se apartaba de otros nacionalistas era en su visión de lo que debía ocurrir después, tras la unificación de los alemanes dentro de Alemania y el sometimiento de Polonia: la eliminación de los judíos europeos y la destrucción de la Unión Soviética. Mientras tanto, Hitler se mostraba amigo tanto de Polonia como de la Unión Soviética, y ocultó a los alemanes sus intenciones más radicales hasta que fue demasiado tarde. Pero las visiones de destrucción estuvieron presentes en el nacionalsocialismo desde el principio. Cuando el cataclismo de la guerra terminó por fin en Europa oriental en 1921, Lenin y sus revolucionarios tuvieron que reagruparse y pensar. Privados por los polacos de su triunfo europeo, los bolcheviques no tenían otra elección que olvidar la conflagración revolucionaria y construir algún tipo de Estado socialista. Lenin y sus seguidores daban por sentado que conservarían el poder; ciertamente, el fracaso de la revolución europea les sirvió para justificar sus extraordinarias exigencias de control político: El poder debía ser centralizado para que la revolución pudiera completarse y, de este modo, fuera capaz de defenderse de sus enemigos capitalistas. Se apresuraron a prohibir los demás partidos y aterrorizaron a sus rivales políticos, a los que rechazaron como reaccionarios. Perdieron las únicas elecciones libres que organizaron y, en consecuencia, no organizaron más elecciones. El Ejército Rojo, aunque vencido en Polonia, era más que suficiente para derrotar a todos los rivales armados dentro del territorio del antiguo imperio. El servicio secreto bolchevique, conocido como la Cheka, mató a miles de personas en nombre de la consolidación del nuevo Estado Soviético. Triunfar por la violencia había sido más fácil que crear un nuevo orden. En un país pluricultural de campesinos y nómadas, el marxismo sólo brindaba una ayuda limitada. Marx había supuesto que la revolución llegaría primero al mundo industrializado, y sólo había dedicado una atención esporádica a las cuestiones del campesinado y las nacionalidades. Ahora, los campesinos de Rusia, Ucrania y Bielorrusia y los nómadas de Asia Central tendrían que ser inducidos de algún modo a construir el socialismo para una clase trabajadora que se concentraba en ciudades de habla rusa. Los bolcheviques tenían que transformar la sociedad preindustrial que habían heredado para construir la sociedad industrial que la historia aún no había desarrollado: sólo entonces podrían alterar la sociedad industrial en favor de los trabajadores.

Los bolcheviques tenían que realizar el trabajo constructivo del capitalismo antes de poder emprender el trabajo transformador del socialismo. Decidieron que el Estado, al mismo tiempo que creaba la industria, atraería con ello a los miembros de las incontables culturas de la Unión Soviética a una lealtad política más amplia, que trascendería las diferencias nacionales. El dominio de los campesinos y de las nacionalidades era, desde luego, una gran ambición, y los bolcheviques ocultaban su implicación más importante: que los enemigos de sus propios pueblos, vistos como clases o como nacionalidades, eran ellos, los bolcheviques. Creían que la sociedad que gobernaban estaba difunta, que era un punto de lectura en el libro de la historia que había que retirar antes de pasar página.

Con el fin de consolidar su poder después de la guerra, y formar cuadros leales con vistas a la revolución económica por venir, los bolcheviques tuvieron que aceptar algunos compromisos. Las naciones bajo su control no podrían ser Estados independientes, desde luego, pero tampoco podían condenarlas al olvido. Aunque los marxistas en general creían que el atractivo del nacionalismo declinaría con la modernización, los bolcheviques decidieron ganarse a las nacionalidades, o al menos a sus élites, para su propia campaña de industrialización de la Unión Soviética. Lenin reconoció la identidad nacional de los pueblos no rusos. La Unión Soviética era, en apariencia, una federación de Rusia con sus naciones vecinas. Las políticas preferenciales de educación y empleo se ganarían la lealtad y la confianza de los no rusos. Los bolcheviques, que habían sido primero súbditos de un Estado plurinacional y después mandatarios de otro, eran capaces de emplear el tacto y los razonamientos sutiles en cuestiones de nacionalidad. Ellos mismos distaban de ser simplemente rusos. Lenin, considerado y recordado como ruso, tenía también orígenes suecos, alemanes, judíos y calmuco; Trotski era judío, y Stalin, georgiano.

Las naciones se crearían según una nueva imagen comunista. Los campesinos serían conservados hasta que quedaran obsoletos. Los bolcheviques contrajeron un compromiso con la población rural a sabiendas de que, como los campesinos temían, sólo sería temporal. El nuevo régimen soviético permitió a los campesinos conservar las tierras que les habían arrebatado a los antiguos terratenientes y los autorizó a vender sus productos en el mercado. Las calamidades de la guerra y la revolución habían provocado una espantosa escasez de alimentos; los bolcheviques habían requisado grano para su propio beneficio y el de sus fieles. Varios millones de personas murieron en 1921 y 1922 de hambre y de enfermedades derivadas de ella. Los bolcheviques aprendieron de esta experiencia que la comida era un arma. Pero, una vez terminado el conflicto con la victoria, necesitaban suministros seguros de alimentos. Le habían prometido al pueblo pan y paz, y tendrían que darle un mínimo de ambas cosas, al menos por un tiempo.

El Estado de Lenin había sido una toma del poder político con vistas a una revolución todavía por venir. La política de sus soviets reconocía las naciones, aunque el marxismo había prometido un mundo sin ellas; su economía permitía un mercado, aunque el comunismo había prometido la propiedad colectiva. Cuando Lenin murió, en enero de 1924, ya habían empezado los debates acerca de cómo y cuándo los compromisos de transición darían paso a una segunda revolución. Y fueron precisamente las discusiones dentro del nuevo orden las que decidirían el destino de la población soviética. Los bolcheviques heredaron de Lenin el principio de «centralismo democrático», una traducción de la filosofía marxista de la historia a la realidad burocrática. Los trabajadores representaban la corriente impulsora de la historia; el disciplinado partido comunista representaba a los trabajadores; el comité central representaba al partido; el politburó, un grupo de pocos hombres, representaba al comité central. La sociedad estaba subordinada al Estado, que era controlado por el partido, el cual en la práctica era gobernado por unas cuantas personas. Las disputas dentro de este pequeño grupo se tomaban como representativas no de la política sino de la misma historia, y sus decisiones se presentaban como veredictos.

La interpretación que Stalin hiciera del legado de Lenin sería decisiva. Cuando Stalin, en 1924, habló de «socialismo en un solo país», quería decir que la Unión Soviética tendría que construir su paraíso de los trabajadores sin demasiada ayuda de los proletarios del mundo, que no estaban unidos. Aunque los comunistas no estaban de acuerdo en cuanto a las prioridades de la política

agraria, todos daban por sentado que el agro soviético pronto tendría que financiar su propia destrucción. Pero ¿dónde encontrar el capital inicial para llevar a cabo la traumática transición desde una economía agraria a otra industrial? Una manera hubiera sido obtener de los campesinos un plus que podría venderse para obtener las divisas extranjeras necesarias para importar maquinaria, y emplearse para llenar los estómagos de una clase trabajadora que iba creciendo. En 1927, cuando las inversiones estatales se orientaron decisivamente a favor de la industria, esta discusión entró en su fase crítica. El debate sobre la modernización fue, ante todo, un duelo entre Trotski y Stalin. Trotski había sido el más brillante de los camaradas de Lenin; Stalin, por su parte, estaba a cargo de la burocracia del partido como secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (bolchevique). El control de Stalin sobre el personal y su habilidad en las reuniones del comité lo llevaron a la cima. No destacaba en las discusiones teóricas, pero sabía cómo formar una coalición. Dentro del politburó, se alió primero con aquellos que favorecían un ritmo de transformación económica más lento y eliminó a los que parecían más radicales; después, radicalizó su propia posición y purgó a sus anteriores aliados. A finales de 1927, sus rivales por la izquierda –Trotski, Grigori Zinóviev y Lev Kámenev– habían sido expulsados del partido. A finales de 1929, Stalin se había apropiado de las políticas de estos rivales purgados, y entonces se libró de su principal aliado por la derecha, Nikolái Bujarin. Como Zinóviev y Kámenev, Bujarin se quedó en la Unión Soviética, despojado de su autoridad. Stalin encontró partidarios leales en el politburó, los más destacados de los cuales fueron Lázar Kaganóvich y Viacheslav Mólotov. Trotski abandonó el país. Aunque había sido hábil al definir la política soviética, ahora Stalin tenía que garantizar que se cumplieran las promesas. En 1928, en su primer Plan Quinquenal, Stalin proponía que se requisaran las granjas y las tierras, que se obligara a los campesinos a trabajar en rotación bajo el control del Estado y que se trataran las cosechas como propiedad estatal; una política de «colectivización». La tierra, la maquinaria y las personas pertenecerían todas ellas a granjas colectivas, grandes entidades que (en teoría) producirían con más eficacia. Las granjas colectivas se organizarían en torno a las Estaciones de Máquinas y Tractores, que distribuirían equipos modernos y albergarían a los activistas políticos. La colectivización permitiría al Estado controlar la producción agrícola y, de este modo, alimentar a los trabajadores y conservar su apoyo, así como exportar a otros países para obtener divisas en moneda fuerte destinadas a ser invertidas en la industria.

Para que la colectivización pareciera inevitable Stalin tenía que debilitar el mercado libre y reemplazarlo por la planificación estatal. Su aliado Kaganóvich proclamó en julio de 1928 que los campesinos habían emprendido una «huelga de grano» y que la única solución era requisarles las cosechas. Ante la amenaza de la requisa de su producción, los campesinos preferían esconderla a venderla. De ese modo, el mercado parecía aún más inestable, aunque la culpa era del Estado. Stalin pudo aducir entonces, y así lo hizo, que la espontaneidad del mercado era el problema fundamental y que el Estado debía controlar el suministro de alimentos.

La llegada de la Gran Depresión pareció la prueba de que Stalin tenía razón en cuanto a la poca fiabilidad del mercado. El Viernes Negro (29 de octubre de 1929) se hundió el mercado de valores en Estados Unidos. El 7 de noviembre de 1929, duodécimo aniversario de la revolución bolchevique, Stalin describió la alternativa socialista al mercado que su política implantaría rápidamente en la Unión Soviética. Prometió que 1930 sería «el año de la gran transformación» en el que la colectivización traería prosperidad y seguridad. El antiguo mundo rural dejaría de existir, y la revolución podría entonces completarse en las ciudades, donde el proletariado crecería gracias a los alimentos producidos por los campesinos pacificados. Los trabajadores soviéticos crearían la primera sociedad socialista de la historia y un Estado poderoso capaz de defenderse frente a los enemigos externos. Al mismo tiempo que defendía la modernización, Stalin estaba reclamando el poder para sí.

Mientras Stalin trabajaba, Hitler ilusionaba. Mientras Stalin institucionalizaba la revolución y se aseguraba el puesto en la cima de un Estado monopartidista, Hitler hacía carrera política rechazando las instituciones de su entorno. Los bolcheviques habían heredado una tradición de debate seguido de disciplina forjada en los años de trabajo fuera de la legalidad en el Imperio Ruso. Los

nacionalsocialistas no tenían una tradición significativa de disciplina ni de conspiraciones. Como los bolcheviques, los nazis rechazaban la democracia, pero lo hacían en nombre de un líder que expresaba la voluntad de la raza, no en nombre de un partido que entendía los dictados de la historia. El orden mundial no era obra de los capitalistas imperialistas, como creían los bolcheviques, sino de los judíos conspiradores. El problema de la sociedad moderna no era que la acumulación de la propiedad condujera al predominio de una clase: el problema era que los judíos controlaban tanto el capitalismo financiero como el comunismo y, por lo tanto, controlaban Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética. El comunismo no era más que un cuento de hadas judío sobre una igualdad imposible, concebido para convertir a los ingenuos europeos en esclavos de los judíos. La respuesta al capitalismo y al comunismo despiadados de los judíos sólo podía ser el nacionalsocialismo, que significaba justicia para los alemanes a expensas de los demás.

Los nazis tendían a hacer hincapié, durante los años democráticos de la década de 1920, en lo que tenían en común con los demás alemanes. Los nacionalsocialistas de Hitler no diferían de la mayoría de los otros partidos alemanes de los años veinte en su rechazo de los términos del Tratado de Versalles. Los nazis tenían una clara obsesión con su destino manifiesto en el Este, donde los soldados alemanes habían salido victoriosos en los campos de la Primera Guerra Mundial, y donde Alemania había gobernado en una gran zona de ocupación en Polonia, Bielorrusia, Ucrania y la región del Báltico en 1918. A diferencia de rivales europeos como Francia y Gran Bretaña, Alemania no tenía un vasto imperio mundial; había entregado sus modestas posesiones de ultramar después de perder la guerra. Por ello, la frontera oriental de Europa le resultaba aún más atractiva. La Unión Soviética, vista como un régimen judío ilegítimo y opresivo, tendría que caer. Polonia, que se interponía entre Alemania y su destino oriental, debería ser derrotada. No podía suponer un obstáculo para el poder alemán: se convertiría o bien en un aliado débil o bien en un enemigo abatido en las futuras guerras del Este.

Hitler intentó sin éxito emprender una revolución nacional alemana en Múnich, en noviembre de 1923, lo cual le valió una breve estancia en prisión. Aunque la sustancia del nacionalsocialismo era creación de Hitler, su golpe de estado se inspiró en el éxito de sus admirados fascistas italianos. Benito Mussolini había tomado el poder en Italia el año anterior después de la «Marcha sobre Roma», que Hitler imitó sin éxito en Múnich. Los fascistas italianos, igual que Hitler y sus nazis, ofrecían la glorificación de la voluntad nacional frente al tedio del compromiso político. Mussolini —y Hitler siguiendo su ejemplo— utilizaba la existencia de la Unión Soviética en su política interna. Los dos admiraban la disciplina de Lenin y el modelo del partido único, pero ambos emplearon la amenaza de una revolución comunista para justificar su propio poder. Aunque los dos hombres diferían en muchos aspectos, ambos representaban un nuevo tipo de derecha europea, que daba por sentado que el comunismo era el gran enemigo al tiempo que imitaba aspectos de su política. Como Mussolini, Hitler era un notable orador y la personalidad dominante de su movimiento. Hitler tuvo pocas dificultades para recuperar el liderazgo del partido nazi tras salir de la cárcel en diciembre de 1924.

Stalin alcanzó el poder en la segunda mitad de la década de 1920 gracias en gran medida a los cuadros que él mismo había nombrado y en cuyo apoyo podía confiar. Hitler consiguió el respaldo gracias a su carisma personal, y esperaba que sus asociados y colaboradores elaboraran unas políticas y un lenguaje que se correspondieran con su retórica y sus visiones. Stalin interpretaba el pensamiento marxista como algo necesario para acelerar su ascenso y defender sus políticas, pero, al menos hasta 1933, nunca se supo libre de interpretar el marxismo exactamente como deseaba. Hitler, en cambio, estimulaba a otros para que pusieran en práctica su pensamiento. Había escrito en la cárcel el primer volumen de su manifiesto biográfico, *Mein Kampf* («Mi lucha»). Éste y otros escritos (especialmente el llamado Segundo libro) expresaban sus planes con claridad, pero no obedecían a un canon. Stalin se vio limitado, primero, por lo que pudieran hacer sus camaradas y, después, por lo que pudieran decir. Hitler nunca tuvo que mantener ni siquiera una apariencia de diálogo o de consistencia. Hitler llegó a cierto compromiso con la república alemana al finalizar su condena. Practicó la política parlamentaria como líder de su Partido Nacionalsocialista, aunque sólo fuera como medio de difundir propaganda,

identificar enemigos y acercarse a las instituciones del poder. Procuró evitar volver a la cárcel, incluso cuando los paramilitares nazis se enzarzaban en reyertas con sus enemigos izquierdistas. En 1928, después de varios años consecutivos de crecimiento de la economía alemana, los nazis sólo obtuvieron doce escaños en el Parlamento, con un 2,6 por ciento de los votos. Entonces llegó la Gran Depresión, que resultó incluso más provechosa para Hitler que para Stalin: el colapso de la economía alemana conjuró el espectro de una revolución comunista. Ambas cosas ayudaron a Hitler a llegar al poder. La crisis económica internacional parecía justificar un cambio radical, y la posibilidad de una revolución encabezada por el nutrido Partido Comunista de Alemania generó temores que Hitler supo canalizar hacia el nacionalismo. En septiembre de 1930, los nazis consiguieron el 18% de los votos y 107 escaños y, en julio de 1932, ganaron las elecciones con no menos del 37% de los votos.

Más que un camino directo al poder, las elecciones parlamentarias alemanas de 1932 fueron una demostración de apoyo popular, puesto que la democracia alemana existía sólo en la forma. En los dos años anteriores, los cancilleres habían inducido al presidente a promulgar decretos con categoría de leyes. El Parlamento (Reichstag) se reunió solamente en trece ocasiones en 1932. Hitler fue nombrado canciller en enero de 1933 con la ayuda de conservadores y nacionalistas, que creían que podrían utilizarle para mantener apartada del poder a la amplia izquierda alemana. Pero, para su sorpresa, Hitler convocó elecciones anticipadas y empleó su nueva posición para reafirmar la hegemonía de su partido en la sociedad alemana. Cuando se anunciaron los resultados, el 5 de marzo de 1933, se hizo evidente que los nazis habían derrotado de forma drástica a demócratas y comunistas, con un 43,9% de los votos y 288 escaños de los 647 del Reichstag.

En la primavera de 1933, Hitler estaba remodelando el sistema político alemán al mismo tiempo que Stalin consolidaba su autoridad personal en la Unión Soviética.

En 1933, los gobiernos soviético y nazi compartían una aparente capacidad de responder al colapso económico mundial. Ambos irradiaban dinamismo, en un tiempo en el que la democracia liberal parecía incapaz de librar a la gente de la pobreza. La mayoría de los gobiernos de Europa, incluido el de Alemania antes de 1933, creían que disponían de pocos medios para enfrentarse al colapso económico. El punto de vista predominante era que había que equilibrar los presupuestos y controlar la disponibilidad de dinero. Esto, como sabemos ahora, no hizo más que empeorar las cosas. La Gran Depresión parecía desacreditar la actitud política adoptada al final de la Primera Guerra Mundial: mercados libres, parlamentos, estados-nación. El mercado había traído el desastre, los parlamentos no tenían respuestas, y los estados-nación carecían de herramientas para proteger a sus ciudadanos del empobrecimiento.

Tanto los nazis como los soviéticos tenían buenas explicaciones sobre quién era el culpable de la Gran Depresión (los judíos capitalistas, o sólo los capitalistas) y enfocaban la política económica de forma radical. Nazis y soviéticos no sólo rechazaban las formas legales y políticas del orden de posguerra, sino que también cuestionaban sus bases económicas y sociales. Se remontaron a las raíces socioeconómicas de la Europa de posguerra y reconsideraron las vidas y el papel de los hombres y mujeres que trabajaban la tierra. En la Europa de la década de 1930, los campesinos aún eran mayoría en casi todos los países, y la tierra cultivable constituía un recurso natural precioso, que aportaba energía a economías que todavía se sustentaban en la fuerza animal y humana. También entonces se contaban las calorías, pero por razones bien diferentes a las de nuestros días: los planificadores de la economía tenían que garantizar que las poblaciones se mantuvieran alimentadas, vivas y productivas.

La mayoría de los Estados de Europa no tenían proyectos de transformación social y, por lo tanto, su capacidad de oponerse a los nazis y los soviéticos era escasa o nula. Polonia y otros nuevos Estados del este de Europa habían intentado reformas agrarias en los años veinte, pero sus esfuerzos resultaron insuficientes. Los terratenientes se unían para conservar sus propiedades, y los bancos eran mezquinos con los créditos a los campesinos. El fin de la democracia en la región (excepto en Checoslovaquia) supuso, al principio, pocos cambios en

las ideas económicas. Los regímenes autoritarios de Polonia, Hungría y Rumanía no vacilaron en encarcelar a sus oponentes y recurrir a las bonitas palabras sobre la nación, pero nadie parecía tener mucho que ofrecer en cuanto a nuevas políticas económicas durante la Gran Depresión.

En 1933, las alternativas nazi y soviética a la democracia se apoyaban en su rechazo a una reforma agraria simple, fórmula ya desacreditada en las democracias fallidas. Hitler y Stalin, con todas sus diferencias, creían que una de las raíces del problema era el sector agrícola y que la solución pasaba por una drástica intervención del Estado. Si el Estado pudiera abordar una transformación económica radical, ésta sustentaría un nuevo sistema político. El enfoque estalinista, conocido desde el inicio del Plan Quinquenal de Stalin de 1928, era la colectivización. Los líderes soviéticos permitieron prosperar a los campesinos durante los años veinte, pero les arrebataron sus tierras a principios de los treinta con el fin de crear granjas colectivas en las que debían trabajar para el Estado.

La respuesta de Hitler a la cuestión del campo fue igual de imaginativa e igual de solapada. Antes e incluso unos años después de llegar al poder en 1933, parecía que la preocupación suprema de Hitler era la clase trabajadora, y afrontó la falta de autoabastecimiento alimentario de Alemania mediante importaciones. Su política de rearme rápido (e ilegal) sacó a los alemanes de las listas del paro y los colocó en cuarteles y en fábricas de armamento. Los programas de obras públicas empezaron pocos meses después de que Hitler llegara al poder. Parecía que los nazis iban a hacer por los campesinos alemanes aún menos de lo que habían anunciado. Aunque el programa del partido nazi prometía la distribución de las tierras de los campesinos ricos entre los más pobres, esta versión tradicional de una reforma agraria fue silenciosamente postergada una vez que Hitler se convirtió en canciller. Hitler buscaba acuerdos internacionales y no una política agraria redistributiva. Concertó tratados comerciales preferentes con sus vecinos del Este por los cuales los productos industriales alemanes fueron intercambiados por productos alimentarios. La política agrícola de Hitler en los años treinta fue un poco como la de Lenin en los años veinte: una preparación política para un cambio económico casi inconcebible mente radical. Tanto el nacionalsocialismo como el socialismo soviético cebaron a los campesinos con la ilusión de la reforma agraria, pero tenían planes más radicales para su futuro.

La verdadera política agrícola nazi era la creación de un imperio oriental. La cuestión agraria alemana se resolvería no dentro sino fuera de Alemania: arrebatando las tierras fértiles a los campesinos polacos y soviéticos, que morirían de hambre o serían asimilados, deportados o esclavizados. En lugar de importar grano del Este, Alemania exportaría a sus campesinos hacia allí. Colonizarían las tierras de Polonia y la parte occidental de la Unión Soviética. Aunque Hitler hablaba en general de la necesidad de un mayor «espacio vital», nunca les aclaró del todo a los campesinos alemanes que esperaba que emigraran al Este en grandes contingentes, así como los bolcheviques tampoco les dijeron a los campesinos soviéticos que esperaban que entregaran sus propiedades al Estado. Durante la colectivización de principios de los años treinta, Stalin abordó la campaña contra sus propios campesinos como si se tratara de una guerra por el grano; Hitler, por su parte, contaba con la victoria en una guerra futura para alimentar a Alemania. El programa soviético se hizo en nombre de principios universales; el plan nazi contemplaba una amplia conquista del este de Europa en beneficio de una raza superior.

Hitler y Stalin alcanzaron el poder en Berlín y en Moscú, pero sus visiones de transformación afectaban ante todo a los territorios que se extendían entre ambas ciudades. Sus utopías de control se solapaban en Ucrania. Hitler recordaba la efímera colonia oriental de 1918 como un acceso de Alemania al cesto del pan ucraniano. Stalin, que había servido a la revolución en Ucrania poco después, tenía una visión muy parecida de esas tierras. Su campo y sus campesinos serían explotados para construir un Estado industrial moderno. Hitler consideraba la colectivización un desastre monumental y la presentaba como prueba del fracaso del comunismo soviético en conjunto. Pero no dudaba de que los alemanes convertirían Ucrania en una tierra de gran prosperidad.

Tanto para Hitler como para Stalin, Ucrania era algo más que una fuente de alimentos. Era el lugar que les permitiría romper las reglas de la economía tradicional, rescatar a sus países de la pobreza y el aislamiento y rehacer el

continente según sus visiones respectivas. Sus programas y su poder dependían de que controlaran el suelo fértil de Ucrania y a sus millones de trabajadores agrícolas. En 1933, los ucranianos murieron a millones en la mayor hambruna provocada de la historia del mundo. Ése fue el principio de la particular historia de Ucrania, pero no sería el final. En 1941, Hitler le arrebató Ucrania a Stalin e intentó realizar su propia visión colonial, empezando por matar a tiros a los judíos y de hambre a los prisioneros de guerra soviéticos. Los estalinistas colonizaron su propio país, y los nazis colonizaron la Ucrania soviética ocupada: y los habitantes de Ucrania sufrieron y sufrieron. Durante los años en que Stalin y Hitler coincidieron en el poder, en Ucrania fue asesinada más gente que en ninguna otra parte de las Tierras de sangre, o de Europa, o del mundo.

Capítulo 1

LAS HAMBRUNAS SOVIÉTICAS

Mil novecientos treinta y tres fue un año de hambre en el mundo occidental. Las calles de las ciudades de Norteamérica y de Europa bullían de hombres y mujeres que se habían quedado sin trabajo y se habían acostumbrado a hacer cola para obtener comida. Un joven y emprendedor periodista galés, Gareth Jones, vio cómo los desempleados alemanes se congregaban para escuchar a Adolf Hitler. En Nueva York, le impresionó la indefensión de los trabajadores estadounidenses, que llevaban tres años sumidos en la Gran Depresión: «Vi a cientos y cientos de pobres hombres en fila india, algunos con ropas que habían sido buenas, todos esperando a que les dieran dos sándwiches, una rosquilla, una taza de café y un cigarrillo». En Moscú, donde Jones llegó en marzo de aquel año, el hambre de los países capitalistas era motivo de celebraciones. La Depresión parecía anunciar una revolución socialista mundial. Stalin y su círculo alardeaban del triunfo inevitable del sistema que habían construido en la Unión Soviética.[1]

Pero 1933 fue también un año de hambre en las ciudades soviéticas, en especial en las de Ucrania. En estas localidades (Jarkov, Kiev, Stalino, Dnepropetróvsk) cientos de miles de personas esperaban a diario por una simple barra de pan. En Járkov, capital de la república, Jones vio un nuevo tipo de miseria. La gente se presentaba a las dos de la mañana para hacer cola delante de tiendas que no abrían hasta las siete. Un día normal, cuarenta mil personas esperaban el pan. Los que hacían cola preservaban sus puestos con tal desesperación que muchos se agarraban al cinturón de los que les precedían. Algunos estaban tan debilitados por el hambre que no podían tenerse en pie y debían apoyarse en extraños. La espera duraba todo el día, a veces dos días. Las mujeres embarazadas y los veteranos de guerra lisiados habían perdido el derecho a saltarse el turno y tenían que hacer cola con los demás si querían comer. En algún punto de la cola, una mujer gemía, y su lamento se reproducía arriba y debajo de la hilera hasta que miles de personas gritaban como un solo animal asustado.[2]

Los habitantes de las ciudades de la Ucrania Soviética temían perder sus puestos en las colas del pan y les daba miedo morir de hambre. Sabían que la ciudad era su única posibilidad de alimentarse. Las ciudades de Ucrania habían crecido con rapidez durante los cinco años anteriores, absorbiendo a los campesinos y convirtiéndolos en obreros y empleados. Los hijos e hijas de los campesinos ucranianos, junto con los judíos, polacos y rusos, que habían vivido mucho más tiempo en estas ciudades, dependían de la comida que obtenían en las tiendas. Sus familias del campo no tenían nada. Esto era inusual. Lo normal era que en tiempos de hambre los moradores de la ciudad se desplazaran al campo. En Alemania o Estados Unidos, los campesinos casi nunca pasaban hambre, ni siquiera durante la Gran Depresión. Los trabajadores y profesionales de las ciudades se veían obligados a vender manzanas o a robarlas; pero siempre, en alguna parte, en el Altes Land o en Iowa, había un huerto, un silo, una despensa. La población urbana de Ucrania no tenía adonde ir ni podía buscar ayuda en las granjas. La mayoría tenían cupones de racionamiento que debían presentar para obtener algo de pan. Un trozo de papel era su única posibilidad de vivir, y ellos lo sabían. [3]

Las evidencias de esta situación se veían por todas partes: campesinos hambrientos mendigaban a lo largo de las colas de pan pidiendo unas migajas. Las amas de casa que hacían cola veían cómo las campesinas morían de hambre en las aceras. En una ciudad, una muchacha de quince años recorrió toda la cola mendigando hasta llegar al principio, sólo para que el tendero la matara a

golpes. Una niña que iba y regresaba de la escuela cada día veía a los moribundos por la mañana y a los muertos por la tarde. Un joven comunista llamaba «esqueletos vivientes» a los niños campesinos que veía. Un miembro del partido de la industrial Stalino se sentía consternado ante los cadáveres de los muertos de hambre que encontraba en la puerta trasera de su casa. Las parejas que paseaban por los parques no podían dejar de advertir los carteles que prohibían cavar tumbas. Los médicos y enfermeras tenían prohibido tratar (o alimentar) a los hambrientos que llegaban a los hospitales. La policía de la ciudad retiraba de las calles a los famélicos niños vagabundos para ocultarlos de la vista. En las ciudades de la Ucrania soviética, la policía capturaba varios cientos de niños al día; un día de principios de 1933 la policía de Járkov tuvo que llenar un cupo de dos mil. En todo momento, unos veinte mil niños esperaban la muerte en los cuarteles de Járkov. Los niños rogaban a la policía que al menos les permitieran morir al aire libre: «Dejadme morir en paz, no quiero morir en los barracones de la muerte».[4]

El hambre en las ciudades de la Ucrania soviética fue mucho peor que en cualquier ciudad del mundo occidental. En 1933 en Ucrania murieron de hambre unas pocas decenas de miles de residentes de las ciudades, mientras que la gran mayoría de muertos y moribundos fueron campesinos, la misma gente cuyo trabajo había llevado a las ciudades el pan que tenían. Las ciudades ucranianas vivían, a duras penas, pero el campo ucraniano se estaba muriendo. Los habitantes de las ciudades no podían dejar de notar la indigencia de los campesinos, quienes, en contra de toda lógica, dejaban los campos en busca de comida. La estación del ferrocarril en Dnepropetróvsk estaba desbordada de campesinos hambrientos, demasiado débiles incluso para mendigar. Gareth Jones conoció en un tren a un campesino que había adquirido algo de pan solo para que la policía se lo confiscara. «Me han quitado mi pan», repetía una y otra vez, consciente de que decepcionaría a su hambrienta familia. En la estación de Stalino, un campesino se suicidó arrojándose al paso de un tren. Esta ciudad, el centro industrial del sudoeste de Ucrania, había sido fundada en la época imperial por John Hughes, un industrial galés para quien había trabajado la madre de Gareth Jones. En su origen, la ciudad había tomado su nombre de Hughes; ahora lo tomaba de Stalin (su nombre actual es Donetsk).[5]

El Plan Quinquenal de Stalin, que concluyó en 1932, había impulsado el desarrollo industrial a costa de la miseria del pueblo. Las muertes de campesinos en las vías del ferrocarril ofrecían un testimonio espantoso de los nuevos contrastes. Por toda la Ucrania soviética, los pasajeros de los trenes se convirtieron en testigos involuntarios de horribles accidentes. Los campesinos hambrientos caminaban hacia las ciudades siguiendo las vías y se desmayaban de debilidad sobre los raíles. En Khartsyzsk, los campesinos expulsados de la estación se colgaban de los árboles cercanos. El escritor soviético Vasili Grossman, de regreso de una visita familiar a su ciudad natal, Berdichev, encontró a una mujer que mendigaba pan por la ventana de su compartimento del tren. El emigrado político Arthur Koestler, que había acudido a la Unión Soviética para ayudar a construir el socialismo, tuvo una experiencia similar. Como recordaría mucho después, fuera de la estación de Járkov mujeres campesinas alzaban «a las ventanas del vagón horribles criaturas de enormes cabezas bamboleantes, miembros como palillos e hinchados vientres puntiagudos». Le pareció que los niños de Ucrania tenían el aspecto de «embriones sacados de frascos de alcohol». Pasarían muchos años antes de que estos hombres, hoy considerados dos de los testigos éticos del siglo XX, escribieran sobre lo que habían visto.[6]

Hasta entonces, los habitantes de las ciudades estaban acostumbrados a ver a los campesinos en la plaza del mercado, extendiendo los frutos de la tierra y vendiendo sus productos. En 1933, los campesinos acudían a los familiares mercados de las ciudades, pero esta vez para mendigar y no para vender. Las plazas, ahora vacías de productos y de consumidores, sólo contenían las discordancias de la muerte. A primera hora, el único sonido era la débil respiración de los agonizantes, acurrucados debajo de harapos que en otro tiempo habían sido ropas. Una mañana de primavera, entre las pilas de campesinos muertos en el mercado de Járkov, un niño mamaba del pecho de su madre, que tenía el rostro gris, sin vida. Los transeúntes ya habían visto antes eso mismo: no sólo los cadáveres en desorden, no sólo la madre muerta y la criatura viva, sino

también esa precisa escena, la boca diminuta, las últimas gotas de leche, el pezón frío. Los ucranianos tenían una expresión para definirlo. Decían para sí, en voz baja, al pasar: «Éstos son los brotes de la primavera socialista».[7]

Las matanzas masivas por hambre de 1933 fueron el resultado del primer Plan Quinquenal de Stalin, implementado entre 1928 y 1932. En esos años Stalin, que había tomado el control de la cúpula del partido comunista, impuso una política de industrialización y colectivización y se convirtió en el padre temible de una población maltratada. Había transformado el mercado en plan, a los campesinos en esclavos y los páramos de Siberia y Kazajistán en una cadena de campos de concentración. Sus políticas habían asesinado a decenas de miles de personas en ejecuciones y a cientos de miles por agotamiento, y habían puesto a millones al borde de la muerte por inanición. Todavía le preocupaba, con razón, la oposición dentro del partido comunista, pero poseía inmensas prerrogativas políticas, le ayudaban sátrapas diligentes y mandaba en una burocracia que afirmaba ver y crear el futuro. El futuro era el comunismo, que requería industria pesada, que a su vez requería una agricultura colectivizada, que a su vez requería el control del grupo social más amplio de la Unión Soviética: el campesinado.[8] Lo más probable era que el campesino, y especialmente el campesino ucraniano, no se viera a sí mismo como una herramienta de esa gran mecanización de la historia. Incluso aunque entendiera por completo los propósitos finales de la política soviética, cosa muy poco probable, difícilmente podía respaldarlos. No tenía más remedio que resistirse a una política diseñada para privarle de su tierra y de su libertad. La colectivización significaba por fuerza una gran confrontación entre el grupo más amplio de la sociedad soviética, el campesinado, y el estado soviético y su policía, por entonces llamada OGPU. Previendo esta lucha, Stalin había ordenado en 1929 el mayor despliegue de poderes del Estado en la historia soviética. La labor de construir el socialismo, dijo Stalin, sería como «levantar el océano». En diciembre de aquel año anunció que los kulak serían «liquidados como clase».[9]

Los bolcheviques presentaban la historia como una lucha de clases en la que los pobres hacían la revolución contra los ricos para hacer avanzar su propia historia. Por lo tanto, oficialmente, el plan para aniquilar a los kulaks no era la simple decisión de un tirano en ascenso y de su leal camarilla: era una necesidad histórica. El crudo ataque por parte de los órganos del poder estatal contra una clase de personas que no había cometido crimen alguno fue seguido de la propaganda más vulgar. Un cartel con el título «¡Destruiremos a los kulaks como clase!», retrataba a un kulak bajo las ruedas de un tractor, un segundo campesino caracterizado como un mono escondiendo grano y un ter cero bebiendo leche directamente de la ubre de una vaca. Aquellas personas eran inhumanas, eran bestias... ése era el mensaje.[10]

En la práctica, el estado decidía quién era un kulak y quién no. La policía deportaba a los campesinos prósperos, los que más tenían que perder con la colectivización. En enero de 1930 el politburó autorizó a la policía estatal a que investigara a la población campesina de toda la Unión Soviética. La orden a la OGPU del 2, de febrero especificaba las medidas necesarias para «la liquidación de los kulaks como clase». En cada localidad, un grupo de tres personas, o troika decidiría el destino de los campesinos. La troika, compuesta por un miembro de la policía estatal, un líder local del partido y un procurador del estado, tenía autoridad para emitir veredictos rápidos y severos (muerte, exilio) sin derecho a apelación. Los miembros locales del partido a menudo hacían recomendaciones: «En los plenos del soviet de la ciudad –dijo un líder local del partido– creamos kulaks a nuestro antojo». Aunque la Unión Soviética tenía leyes y tribunales, estos eran ignorados en virtud de las decisiones de tres individuos. Unos treinta mil ciudadanos soviéticos fueron ejecutados tras ser sentenciados por las troikas.[11]

Durante los primeros meses de 1930, 113 637 personas consideradas kulaks fueron desplazadas a la fuerza de la Ucrania soviética. Esta acción significó el desalojo de unas treinta mil viviendas de campesinos, una detrás de otra, con poco o ningún tiempo para que los sorprendidos habitantes se preparasen para lo desconocido. Significó miles de vagones de mercancías helados, llenos de una carga humana aterrorizada y enferma, con destino al norte de la Rusia europea, a

los Urales, a Siberia o a Kazajistán. Significó disparos y gritos de terror en el último amanecer en que los campesinos verían su hogar; significó congelación y humillación en los trenes y angustia y resignación cuando los campesinos desembarcaban como trabajadores esclavos en la taiga o la estepa.[12] Los campesinos ucranianos conocían las deportaciones a los campos de prisioneros, que les habían afectado desde mediados de los años veinte. Ahora cantaban un lamento que ya era tradicional:

¡Oh, Solovki, Solovki!
Largo es el camino.
El corazón no late,
el terror oprime el alma.

Solovki era un complejo de prisiones en una isla del mar Ártico. En la mente de los campesinos ucranianos, Solovki significaba todo lo que era ajeno, represivo y doloroso en el exilio de la tierra natal. Para los líderes comunistas de la Unión Soviética, Solovki fue el primer lugar donde el trabajo de los deportados se transformó en beneficios para el Estado. En 1929 Stalin había decidido aplicar el modelo de Solovki a toda la Unión Soviética, y ordenó la construcción de «asentamientos especiales» y campos de concentración. Estos últimos eran zonas de trabajo delimitadas, usualmente rodeadas de vallas y vigiladas por patrullas de guardias. Los asentamientos especiales eran nuevas ciudades construidas ex profeso por los propios internos después de que los arrojaran a la estepa o la taiga desiertas. En total, hubo unos trescientos mil ucranianos entre el millón setecientos mil kulaks deportados a asentamientos especiales en Siberia, la Rusia europea y Kazajistán.[13]

Las deportaciones masivas de campesinos con fines punitivos coincidieron con el empleo masivo de trabajadores forzados en la economía soviética. En 1931, los asentamientos especiales y los campos de concentración se fusionaron en un sistema único, conocido como el Gulag. El Gulag, al que los propios soviéticos llamaban «sistema de campos de concentración», se inició al mismo tiempo que la colectivización de la agricultura y dependía de ella. Al final llegó a incluir 476 complejos a los que fueron condenados unos dieciocho millones de personas, de las cuales entre un millón y medio y tres millones murieron durante su encarcelamiento. El campesino libre se convirtió en trabajador esclavo, empleado en la construcción de los gigantescos canales, las minas y las fábricas que Stalin creía que modernizarían la Unión Soviética.[14]

Entre los distintos campos de trabajo, al que los campesinos ucranianos tenían más probabilidades de ser enviados era el Belomor, un canal entre el mar Blanco y el Báltico que constituía una obsesión particular de Stalin. Unas 170 000 personas excavaron el suelo congelado con picos y palas, y a veces con trozos de cerámica o con las manos, durante veintiún meses. Murieron a miles, de agotamiento o de enfermedad, y encontraron su fin en un canal seco que, cuando se terminó en 1933, resultó de poca utilidad para el transporte fluvial. La tasa de mortalidad también era alta en los asentamientos especiales. Las autoridades soviéticas preveían que moriría el cinco por ciento de los prisioneros de los asentamientos; en realidad, la cifra alcanzó el quince por ciento. Un habitante de Arjánguelsk, la mayor ciudad del mar Blanco, se quejaba de la inutilidad del trabajo: «Una cosa es destruir a los kulaks en el sentido económico; pero destruir físicamente a sus niños es pura barbarie». Los niños morían en el extremo norte en tales cantidades que llevaban «sus cuerpos al cementerio de tres en tres o de cuatro en cuatro, sin ataúdes». Un grupo de trabajadores de Vologda preguntaba por qué «el viaje hacia la revolución mundial» tenía que pasar «por encima de los cadáveres de estos niños».[15]

Las tasas de muerte en el Gulag eran altas, pero no mayores que las que pronto afectarían a algunas zonas del campo ucraniano. Los obreros del Belomor recibían raciones de comida muy magras, unos seiscientos gramos de pan (en torno a 1300 calorías) diarios, pero su alimentación era mejor que la disponible en la Ucrania soviética por esa época. Los trabajadores forzados del Belomor tenían dos o tres o seis veces más de lo que recibían los campesinos que se quedaron en la Ucrania soviética en las granjas colectivas en 1932 y 1933, y eso cuando les daban algo.[16]

En las primeras semanas de 1930, la colectivización avanzó a pasos de gigante en Ucrania y en toda la Unión Soviética. Moscú solicitaba a las capitales de las

repúblicas soviéticas cupos para los distritos a colectivizar, cupos que los líderes locales se comprometían a acrecentar. Los dirigentes de Ucrania prometieron colectivizar toda la república en un año. Después, los activistas locales del partido, con el deseo de impresionar a sus superiores inmediatos, actuaron aún más deprisa y prometieron la colectivización en cuestión de entre nueve y doce semanas. Amenazaban a los campesinos con la deportación para obligarlos a renunciar a sus derechos sobre la tierra y sumarse a la granja colectiva. Cuando era necesario, la policía del estado intervenía empleando la fuerza, a menudo una fuerza mortal. Se enviaron veinticinco mil trabajadores urbanos al campo para añadir peso a la fuerza policial y dominar al campesinado. Aleccionados con la idea de que los campesinos eran responsables de la escasez en las ciudades, los trabajadores prometieron «hacer jabón con los kulaks».[17] A mediados de marzo de 1930, el setenta y uno por ciento de la tierra cultivable de la Unión Soviética había sido, al menos en principio, incorporada a las granjas colectivas. Esto significaba que la mayoría de los campesinos habían renunciado por escrito a sus granjas y se habían unido a una colectiva. Ya no tenían derechos formales a explotar la tierra para fines privados; como miembros de un colectivo, sus empleos, pagas y alimentación dependían de sus líderes. Habían perdido o estaban perdiendo sus animales y debían usar los equipos, usualmente inexistentes, de las Estaciones de Máquinas y Tractores. De lo que nunca andaban escasos estos almacenes, centros de control político en el campo, era de agentes del partido y de policías estatales.[18]

Quizá aún más que en la Rusia soviética, donde las granjas comunitarias eran tradicionales, en la Ucrania soviética los campesinos estaban aterrorizados por la pérdida de sus tierras. Toda su historia había sido una larga lucha contra los terratenientes, y durante la revolución bolchevique pareció que los campesinos finalmente la habían ganado. Pero en los años inmediatamente posteriores, entre 1918 y 1921, los bolcheviques habían requisado la comida a los campesinos durante las guerras civiles, de modo que estos tenían buenos motivos para temer al Estado soviético. La política de compromiso de Lenin de los años veinte había sido muy bien acogida, aunque los campesinos sospechaban, con razón, que la situación podría cambiar algún día. En 1930, la colectivización les pareció una «segunda servidumbre», el principio de una nueva sumisión, esta vez no a los ricos terratenientes como en el pasado cercano, sino al partido comunista. Los campesinos de la Ucrania soviética temían la pérdida de su penosamente conquistada independencia; pero también temían al hambre, y les preocupaba la suerte de sus almas inmortales.[19]

La sociedad rural de la Ucrania soviética seguía siendo en su mayor parte una sociedad religiosa. Muchos jóvenes ambiciosos, los más influidos por el ateísmo comunista oficial, se habían marchado a las grandes ciudades ucranianas, o a Moscú y Leningrado. Aunque la iglesia ortodoxa había sido suprimida por el régimen ateo comunista, los campesinos seguían siendo cristianos creyentes, y muchos veían el contrato con las granjas colectivas como un pacto con el diablo. Algunos creían que Satán había venido a la tierra adoptando la figura humana de un activista del partido, y muchos consideraban el registro de su granja colectiva como un libro del infierno, que prometía tormento y condenación. La nuevas Estaciones de Máquinas y Tractores les parecían delegaciones del Gehena. Algunos campesinos polacos católicos de Ucrania también interpretaban la colectivización en términos apocalípticos. Un polaco le explicó a su hijo por qué no debían integrarse en la granja colectiva: «No quiero vender mi alma al diablo». Conscientes de esta religiosidad, los activistas del partido propagaron lo que llamaban el «primer mandamiento de Stalin»: las granjas colectivas proveerán primero al estado y sólo después al pueblo. Como sabían los campesinos, en la Biblia el primer mandamiento dice: «No tendrás otro Dios más que a mí».[20]

Los pueblos ucranianos habían sido privados de sus líderes naturales por las deportaciones de kulaks al Gulag. Aún sin los deportados, los campesinos intentaban salvarse a sí mismos y a sus comunidades. Procuraban preservar sus propias pequeñas parcelas, sus reductos de autonomía. Se esforzaban por mantener a sus familias apartadas del Estado, que ahora se había hecho tangible en las granjas colectivas y las Estaciones de Máquinas y Tractores. Prefirieron vender o sacrificar sus animales antes que librarlos al colectivo. Padres y esposos enviaban a sus esposas e hijas a luchar contra los activistas del partido y la policía, en la creencia de que era menos probable que las mujeres fueran

deportadas. A veces, los hombres se disfrazaban de mujeres para intentar clavar una azada o hundir una pala en el cuerpo de un comunista local.[21] Pero los campesinos tenían pocas armas y una pobre organización, carencias que fueron decisivas. El estado tenía prácticamente el monopolio de las armas de fuego y la logística. Las acciones de los campesinos eran registradas por el poderoso aparato policiaco estatal, que quizá no comprendiera sus motivos pero sí captaba su sentido general. La OGPU registró casi un millón de actos de resistencia individual en Ucrania en 1930. De las revueltas masivas de campesinos en la Unión Soviética de aquel año, casi la mitad correspondieron a la Ucrania soviética. Algunos campesinos ucranianos se manifestaron de otro modo: se marcharon caminando al oeste y cruzaron la frontera de la vecina Polonia. Poblaciones enteras siguieron su ejemplo y se llevaron los estandartes de las iglesias, las cruces o, en ocasiones, simples banderas negras atadas a palos, y marcharon hacia la frontera occidental. Miles de ellos llegaron a Polonia, donde se esparció la noticia del hambre que asolaba a la Unión Soviética.[22]

La huida de campesinos a Polonia fue una vergüenza internacional y quizá fuera una fuente real de preocupación para Stalin y el politburó. Hizo que las autoridades polacas, que por entonces intentaban llevar a cabo un acercamiento político a su extensa minoría nacional residente en Ucrania, se enteraran del curso y las consecuencias de la colectivización. Los guardias de la frontera polaca interrogaban pacientemente a los refugiados y se informaban de la evolución y el fracaso de la colectivización. Algunos campesinos pedían una invasión polaca para poner fin a sus desgracias. La crisis de los refugiados también ofreció a Polonia una gran arma de propaganda contra la Unión Soviética. Bajo el mandato de Józef Pilsudski, Polonia jamás planeó iniciar una guerra contra la Unión Soviética, pero preparó planes de emergencia ante una posible disgregación de la URSS en nacionalidades, y dio algunos pasos para acelerar el curso de los acontecimientos. Mientras los ucranianos aún estaban huyendo de la Ucrania soviética, Polonia envió a sus propios espías en la dirección opuesta para incitar a la revuelta a los ucranianos. Sus carteles de propaganda definían a Stalin como el «zar del hambre» que exportaba grano mientras mataba de hambre a su pueblo. En marzo de 1930, algunos miembros del politburó temían que «el gobierno polaco pudiera intervenir».[23]

La Unión Soviética era un Estado muy extenso, la colectivización era una política general y la inestabilidad en una de sus fronteras debía estudiarse a la luz de diversos escenarios generales de guerra. Stalin y los líderes soviéticos consideraban Polonia como la parte occidental de un asedio capitalista internacional, en el que Japón representaba la parte oriental. Las relaciones polaco-japonesas eran bastante buenas; en la primavera de 1930, Stalin parecía muy preocupado por el fantasma de una invasión conjunta por parte de Polonia y Japón. La Unión Soviética, con mucho el país más vasto del mundo, se extendía desde Europa hasta el océano Pacífico, y Stalin debía prestar atención no sólo a las potencias europeas sino también a las ambiciones de Japón con respecto a Asia.

Tokio se había ganado una reputación militar a expensas de Rusia. Japón había emergido como potencia mundial tras derrotar al imperio ruso en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, en la que se apoderó de los ferrocarriles construidos por los rusos para llegar a los puertos del Pacífico. Como Stalin sabía muy bien, tanto Polonia como Japón estaban interesados en Ucrania y en la cuestión de las nacionalidades en la Unión Soviética. Al parecer, Stalin sentía profundamente la humillación de Rusia en Asia. Le gustaba la canción En las colinas de Manchuria que prometía una venganza sangrienta contra los japoneses.[24]

Justo cuando el caos provocado por la colectivización en el oeste de la Unión Soviética despertaba el temor de una intervención polaca, los problemas en el este parecían favorecer a Japón. En el Asia central soviética, en especial en Kazajistán, de amplia mayoría musulmana, la colectivización desató un caos aún mayor que en Ucrania, porque exigía una transformación social aún más drástica. Las gentes de Kazajistán no eran agricultores, sino nómadas, y el primer paso de la modernización soviética era convertirlos en sedentarios. Para poder emprender la colectivización, las poblaciones nómadas debían convertirse en campesinas. La política de «sedentarización» privaba a los pastores de sus animales y, en consecuencia, de su medio de subsistencia. La gente cruzaba la frontera con sus

camellos o caballos en dirección a la región china del Xinjiang musulmán (Turkeistán), lo que hizo pensar a Stalin que se trataba de agentes de los japoneses, la potencia extranjera dominante en los conflictos internos chinos. [25]

Las cosas no iban según lo planeado. La colectivización, que se suponía que iba a garantizar el orden soviético, estaba desestabilizando las fronteras. En la parte soviética de Asia, lo mismo que en la de Europa, el Plan Quinquenal que se proponía construir el socialismo no hacía más que provocar enormes sufrimientos; y un estado que pretendía representar la justicia respondía con las más tradicionales medidas de seguridad. Los polacos soviéticos de la zona de la frontera occidental fueron deportados, y la guardia fronteriza se reforzó en todas partes. La revolución mundial tendría que realizarse dentro de fronteras cerradas, y Stalin debería tomar medidas para proteger lo que llamó «socialismo en un solo país». [26]

Stalin tuvo que demorar la cuestión de los adversarios extranjeros y repensar su política interior. Les pidió a los diplomáticos soviéticos que iniciaran conversaciones con Polonia y Japón para negociar pactos de no agresión. Ordenó al Ejército Rojo que permaneciera en orden de batalla en el este de la Unión Soviética. Y suspendió la colectivización, lo cual es revelador. En un artículo con fecha del 2 de marzo de 1930 bajo el llamativo título de «Mareados por el éxito», Stalin sostenía que el problema de la colectivización era que había sido realizada con demasiado entusiasmo. Había sido un error, afirmaba ahora, obligar a los campesinos a unirse a las granjas colectivas. Éstas desaparecían ahora tan deprisa como habían sido creadas. Así, en la primavera de 1930, los campesinos de Ucrania recogieron la cosecha invernal de trigo y sembraron para la cosecha de otoño como si la tierra les perteneciera. Es comprensible que creyeran que habían ganado. [27]

Pero la retirada de Stalin era sólo táctica.

Stalin y el politburó querían ganar tiempo, repensar su estrategia y encontrar medios más efectivos de subordinar a los campesinos al estado. Al año siguiente, la política soviética en el campo se desplegó con mucha más habilidad. En 1931 la colectivización se consumó, porque los campesinos se quedaron sin opciones. Los cuadros inferiores de la rama ucraniana del partido comunista soviético fueron purgados, para garantizar que los que trabajaran en los pueblos fueran fieles a las directrices y supieran lo que les esperaba en caso contrario. Los granjeros independientes fueron gravados con impuestos hasta que la granja colectiva se convirtió en su único refugio. Mientras las granjas colectivas se iban reagrupando poco a poco, se les otorgaron poderes coercitivos indirectos sobre los granjeros independientes de su zona. Se les permitió, por ejemplo, que votaran para quitarles las semillas de siembra. Las semillas de siembra, es decir, el grano que se guarda para plantar la cosecha siguiente, son indispensables para una granja en activo. La selección y preservación de las semillas de siembra es la base de la agricultura. A lo largo de la historia de la humanidad, tener que comerse las semillas de siembra ha sido sinónimo de desesperación total. Quien perdía el control de las semillas de siembra en favor de la colectividad perdía la capacidad de vivir de su propio trabajo. [28]

Las deportaciones se reanudaron y la colectivización siguió adelante. A finales de 1930 y principios de 1931, 32 127 familias más fueron deportadas de la Ucrania soviética, más o menos las mismas que en la oleada de deportaciones del año anterior. Los campesinos vieron que morirían de agotamiento en el Gulag o bien de hambre cerca de sus hogares, y prefirieron esto último. Las cartas de amigos y familias exiliadas escapaban ocasionalmente a la censura; una de ellas contenía el siguiente consejo: «Pase lo que pase, no vengáis. Aquí nos estamos muriendo. Es mejor esconderse o morir allí, pero, pase lo que pase, no vengáis». Los campesinos ucranianos que cedieron a la colectivización prefirieron, como observa un activista del partido, «morirse de hambre en casa antes que ser desterrados hacia lo desconocido». Dado que la colectivización se realizó de manera más lenta en 1931, por familias en lugar de por poblaciones enteras, fue más difícil de resistir. No había ataques repentinos que provocaran defensas desesperadas. A finales de aquel año, el nuevo enfoque había triunfado. En torno al setenta por ciento del campo en la Ucrania soviética estaba ya colectivizado. Los niveles de marzo de 1930 se habían alcanzado de nuevo, y esta vez de forma duradera. [29]

Después del paso en falso de 1930, Stalin consiguió la victoria política en

1931. Pero el triunfo político no se extendió a la economía. Algo iba mal con las entregas de grano. La cosecha de 1930 había sido extraordinariamente abundante. Los granjeros deportados a principios de 1930 habían sembrado ya el trigo de invierno, y la cosecha sería recogida por otros en primavera. Los meses de enero y febrero, cuando, sobre el papel, casi todo el país había sido colectivizado, son un tiempo de inactividad para el campo. Después de marzo de 1930, cuando los colectivos fueron disueltos, los campesinos tuvieron tiempo de sembrar sus cosechas como hombres y mujeres libres. El tiempo fue inusualmente bueno aquel verano. Los niveles de la cosecha de 1930 en Ucrania no hubieran podido alcanzarse en 1931 ni aunque la agricultura colectivizada hubiera sido tan eficiente como la privada, que no lo era. Las cifras récord de la cosecha de 1930 fueron utilizadas como referencia para las requisas del partido en 1931. Moscú esperaba de Ucrania mucho más de lo que ésta podía dar en realidad.[30] Para otoño de 1931, el fracaso de la primera cosecha colectivizada era evidente. Las razones eran muchas: el tiempo había sido malo; hubo plagas; el trabajo animal se vio limitado porque los campesinos habían vendido o sacrificado las bestias; la producción de tractores fue muy inferior a la prevista; los mejores granjeros habían sido deportados; la colectivización había entorpecido la siembra y la cosecha, y los campesinos que habían perdido sus tierras no veían motivos para trabajar demasiado. El líder del partido en Ucrania, Stanislaw Kosior, informó en agosto de 1931 de que los planes de requisas no eran realistas, dados los pobres resultados. Lazar Kaganóvich le dijo que los verdaderos problemas eran el robo y la ocultación. Kosior, aunque sabía que no era así, dio instrucciones a sus subordinados en ese sentido.[31] Más de la mitad de la cosecha que no se había echado a perder fue sacada de la Ucrania soviética en 1931. Para poder cumplir los objetivos de la requisas, muchas granjas colectivas entregaron sus semillas de siembra. El 5 de diciembre, Stalin ordenó que las granjas colectivas que aún no hubieran cubierto los objetivos anuales entregaran las semillas de siembra. Tal vez creía que los campesinos habían escondido parte del grano y que la amenaza de quitarles las semillas de siembra les obligaría a entregar lo que tenían. Pero, esta vez, muchos de ellos realmente no tenían nada. A finales de 1931, muchos campesinos empezaban pasar hambre. Sin tierras propias y pocas posibilidades de resistirse a las requisas, sencillamente no tenían medios para aportar suficientes calorías a sus hogares. Y después, a principios de 1932, no tuvieron semillas para plantar la cosecha de otoño. La dirección del partido en Ucrania pidió semillas de siembra en marzo de 1932, pero para entonces la siembra ya era tardía, lo que significaba que la cosecha sería pobre.[32] A principios de 1932, el pueblo pidió ayuda. Los comunistas ucranianos solicitaron a sus superiores del partido en Ucrania que pidieran a Stalin que llamara a la Cruz Roja. Miembros de las granjas colectivas escribieron cartas a las autoridades del Estado y del partido. Una de éstas, después de varios párrafos de prosa administrativa formal, ter minaba con un lastimero: «¡Dadnos pan! ¡Dadnos pan! ¡Dadnos pan!». Los miembros del partido en Ucrania pasaron por encima de Kosior y escribieron directamente a Stalin en tono agrio: «¿Cómo podemos construir la economía socialista cuando estamos todos condenados a morirnos de hambre?»[33] La amenaza de una hambruna generalizada estaba meridianamente clara para las autoridades soviéticas de Ucrania, y también para Stalin. Los activistas del partido y los agentes de la policía secreta presentaron incontables informes de muertes por inanición. En junio de 1932 el jefe del partido en la región de Járkov escribió a Kosior que estaban recibiendo notificaciones de muertes de todos los distritos de la región. Kosior recibió una carta de un miembro de las Juventudes Comunistas, fechada el 18 de junio de 1932, con una descripción gráfica que probablemente ya sería más que familiar por entonces: «Los miembros de las granjas colectivas salen a los campos y desaparecen. Al cabo de unos días aparecen los cadáveres y son enterrados sin emoción, como si fuera algo normal. Al día siguiente no es raro encontrar el cuerpo de alguien que había estado cavando tumbas para otros». Aquel mismo día, 18 de junio de 1932, el propio Stalin admitió en privado que había hambruna en la Ucrania soviética. El día anterior, la jefatura del partido en Ucrania había solicitado alimentos. Stalin no los concedió. Su respuesta fue que todo el grano de la Ucrania soviética debía recolectarse tal y como estaba planificado. Él y Kaganóvich estaban de acuerdo en que era «imperativo exportar de inmediato y sin falta».[34]

Stalin sabía perfectamente, y por propia experiencia, lo que iba a ocurrir. Sabía que el hambre bajo el gobierno de los soviets era posible. El hambre había azotado Rusia y Ucrania durante las guerras civiles y después de ellas. Una combinación de malas cosechas y requisas había matado de hambre a cientos de miles de campesinos en Ucrania, especialmente en 1921. La escasez de comida había sido precisamente una de las razones por las que Lenin había llegado a un compromiso con los campesinos. Stalin conocía bien esa historia, en la que él mismo había participado. Que su política de colectivización podía causar muertes en masa también estaba claro. En verano de 1932, como sabía Stalin, más de un millón de personas habían muerto ya de hambre en el Kazajistán soviético. Stalin acusó al líder local del partido, Filip Goloshchekin, pero sin duda conocía algunos de los aspectos estructura les del desastre.[35]

Stalin, un maestro de la política personalista, presentó la hambruna de Ucrania en términos personales. Su primer impulso, y el que prevaleció, fue considerar las muertes de los campesinos ucranianos como una traición por parte de miembros del partido comunista ucraniano. No podía aceptar la posibilidad de que su propia política de colectivización tuviera la culpa; el problema tenía que estar en su implementación, en los líderes locales, en cualquier lugar menos en el propio concepto. Mientras impulsaba su transformación en la primera mitad de 1931, el problema que le preocupaba no era el sufrimiento de su pueblo, sino la posibilidad de que la imagen de su política de colectivización pudiera quedar empañada. Los campesinos ucranianos que morían de hambre, se quejaba, estaban abandonando su república natal y desmoralizando a otros ciudadanos soviéticos con sus «lloriqueos».[36]

Durante la primavera y el verano de 1932, Stalin parecía creer, de forma algo rudimentaria, que si se negaba la realidad de la hambruna ésta desaparecería. Razonaba tal vez que Ucrania estaba de todos modos superpoblada, y que las muertes de unos cientos de miles de personas tendrían poca importancia a largo plazo. Quería que los agentes locales de Ucrania cubrieran los objetivos de obtención de grano pese a la previsión inequívoca de que las cosechas serían inferiores. Los agentes locales del partido se encontraron entre el martillo rojo de Stalin y la hoz ominosa de los cosechadores. Los problemas que afrontaban eran objetivos y no podían resolverse mediante la ideología ni la retórica: falta de semillas de siembra, siembra tardía, mal tiempo, maquinaria insuficiente para reemplazar el trabajo animal, caos debido al último impulso hacia la colectivización de finales de 1931, y campesinos hambrientos incapaces de trabajar.[37]

El mundo que veían los activistas locales del partido en el campo ucraniano se describía mucho mejor en esta canción infantil que en las lacónicas órdenes y la engreída propaganda que llegaban de Moscú:

Padre Stalin, míralo,
las granjas colectivas son una bendición,
las casas en ruinas, los graneros hundidos,
los caballos agotados.
Y en casa la hoz y el martillo,
y en casa la muerte y el hambre.
No quedan vacas, ya no hay cerdos,
sólo tu foto en la pared.
Papá y mamá en el koljuz
y el pobre niño llorando abandonado.
Ya no hay pan, ya no hay carne,
el partido acabó con todo.
Ya no hay dulzura ni bondad,
el padre se come a sus hijos.
El hombre del partido golpea y aplasta
y nos manda a los campos de Siberia.[38]

Alrededor de los activistas del partido estaba la muerte; por encima de ellos, la negación. El hambre era una realidad brutal, indiferente a las palabras y las fórmulas, a las deportaciones y los disparos. Más allá de cierto punto, el campesino hambriento era incapaz de hacer un trabajo productivo, y no había coherencia ideológica ni compromiso personal que pudieran cambiar este hecho. Pero, a medida que ascendía por los canales institucionales, el mensaje perdía

fuerza. Los informes verídicos sobre la hambruna que llegaban desde abajo chocaron con la presión política ejercida desde arriba en un pleno del comité central de partido en Ucrania celebrado del 6 al 9 de julio de 1932 en Járkov. Los portavoces ucranianos se quejaban de la imposibilidad de cumplir las exigencias anuales de requisas de grano, pero fueron silenciados por Lázar Kaganóvich y Viacheslav Mólotov, miembros del politburó y emisarios de Stalin venidos de Moscú. Stalin les había ordenado derrotar a los «desestabilizadores ucranianos».[39]

Mólotov y Kaganóvich eran aliados de confianza y leales a Stalin; junto con él, dominaban el politburó y por lo tanto la Unión Soviética. Stalin aún no era un dictador indiscutido, y el politburó estaba todavía en los comienzos de una especie de dictadura colectiva. Pero estos dos hombres, a diferencia de los anteriores aliados de Stalin en el politburó, eran incondicionalmente leales. Stalin los manipulaba sin cesar, pero en realidad no era necesario. Servían a la revolución sirviéndole a él, y tendían a no distinguir entre ambas cosas. Kaganóvich ya había empezado a llamar a Stalin «nuestro padre». En julio de 1932 en Járkov, les dijeron a los camaradas ucranianos que hablar de hambruna era sólo una excusa para justificar la holgazanería de los campesinos que no querían trabajar y de los activistas que no querían disciplinarlos ni requisar el grano. [40]

En aquellos momentos Stalin estaba de vacaciones y había viajado al sur, en un tren bien surtido de ricas provisiones, desde Moscú a través de la hambrienta Ucrania hasta la bonita ciudad turística de Sochi, en el mar Negro. Él y Kaganóvich se escribieron cartas en las que con firmaban su idea compartida de que el hambre era una confabulación dirigida contra ellos en persona. Stalin invertía graciosamente los términos y se imaginaba que eran los campesinos, y no él, los que usaban el hambre como un arma. Kaganóvich le confirmaba a Stalin que hablar de los ucranianos como «víctimas inocentes» era una «sucias tapadera» que usaba el partido de Ucrania. Stalin expresaba su temor de que pudieran «perder Ucrania». Había que convertir a Ucrania en una «fortaleza». Ambos coincidían en que el único enfoque razonable era mantenerse firmes en la política de requisas y exportar el grano lo antes posible. A esas alturas, Stalin parecía haber interpretado, al menos para su propia satisfacción, la conexión entre la hambruna y la deslealtad de los comunistas ucranianos: el hambre era el resultado del sabotaje, los activistas locales del partido eran los saboteadores, otros miembros superiores del partido protegían a sus subordinados, y todos estaban al servicio del espionaje polaco.[41]

Tal vez en 1931 Stalin había llegado a la conclusión de que las políticas polaca y japonesa anunciaban un cerco a la Unión Soviética. El año 1930 fue un momento álgido del espionaje polaco en la Unión Soviética. Polonia había fundado en secreto un ejército ucraniano en su territorio y estaba entrenando a docenas de ucranianos y polacos para misiones especiales dentro de la Unión Soviética. Japón era incluso más peligroso. En 1931, los soviéticos interceptaron una nota del embajador japonés en Moscú en la que éste sugería que se hicieran preparativos para una guerra ofensiva con vistas a la conquista de Siberia. Ese mismo año Japón había invadido Manchuria, una región del noreste de China que tenía una extensa frontera con la Unión Soviética.[42]

En otoño de 1931, según un informe de la inteligencia soviética, Polonia y Japón habían firmado un acuerdo secreto relativo a un ataque conjunto a la Unión Soviética. Sin embargo, no era así: aunque existió una incipiente alianza polaco-japonesa, había sido neutralizada por la hábil política exterior soviética. Si bien Japón se había negado a negociar un pacto de no agresión con Moscú, Polonia sí firmó un acuerdo. La Unión Soviética deseaba un tratado con el país vecino para poder continuar su transformación económica en paz; Polonia jamás había tenido intenciones de iniciar una guerra, y en aquellos momentos sufría una crisis económica. Su poco reformado sistema agrario no podía mantener un aumento de los gastos militares en una época de colapso económico. Los presupuestos militares soviéticos, durante muchos años comparables a los polacos, por entonces eran mucho mayores. El acuerdo polaco-soviético entró en vigor en enero de 1932.[43]

En 1932 y 1933, Polonia no era una amenaza para la URSS. El ejército polaco había sufrido grandes recortes presupuestarios. La policía y la guardia fronteriza soviéticas habían capturado a muchos espías polacos. Los agentes polacos no habían obstaculizado la colectivización durante el caos de 1930, y en

1932 no tenían recursos para levantar a la población hambrienta. Lo intentaron y fracasaron. Incluso los partidarios más entusiastas de una política agresiva consideraban que el verano de 1932 debía ser un tiempo de tranquilidad. Si los soviéticos prometían paz, parecía mejor no realizar movimientos provocadores. Los diplomáticos y los espías polacos fueron testigos de la hambruna. Sabían que el canibalismo se había convertido «casi en un hábito» y que «poblaciones enteras» se habían «extinguido». Pero no podían hacer nada con respecto a los orígenes del hambre ni estaban en condiciones de ayudar a las víctimas. Polonia no dio a conocer al mundo lo que sabían sus diplomáticos sobre la hambruna. En febrero de 1932, por ejemplo, al consulado polaco en Járkov llegó una carta anónima en la que se pedía a los polacos que informaran al mundo del hambre en Ucrania. Pero para entonces el pacto de no agresión con la Unión Soviética ya había entrado en vigor, y Varsovia no quiso dar semejante paso.[44]

Stalin había aumentado el margen de maniobra en sus fronteras occidentales que tenía en 1930. Al firmar el pacto de no agresión de julio de 1932, Polonia aceptaba el statu quo, y los campesinos ucranianos quedaron a merced del dirigente soviético. En agosto, Stalin, aún de vacaciones, presentaba a sus colaboradores más cercanos, con pedantesco entusiasmo, la teoría de que a la colectivización le faltaba tan sólo una base legal. El socialismo, afirmaba, igual que el capitalismo, necesitaba leyes para proteger la propiedad. El Estado se vería reforzado si toda la producción agrícola fuera declarada propiedad estatal, si toda recolección no autorizada de grano se considerara robo y si tal robo fuera penado con la ejecución inmediata. De este modo, un campesino hambriento podría ser ejecutado si era sorprendido cogiendo una piel de patata de un surco en la tierra que hasta hacía poco había sido suya. Quizá Stalin pensó realmente que aquello podía funcionar; el resultado, por supuesto, fue la supresión de toda protección legal que los campesinos pudieran tener frente a la violencia total del Estado triunfante. La simple posesión de comida constituía una posible prueba de un delito. La ley entró en vigor el 7 de agosto de 1932. [45]

Los jueces soviéticos, en general, ignoraron la letra de la ley, pero el resto del partido y el aparato estatal entendieron su espíritu. Los valientes más entusiastas de la ley solían ser los más jóvenes, educados en las nuevas escuelas soviéticas, que creían en las promesas del nuevo sistema. A los miembros de la organización juvenil oficial se les decía que su «tarea principal» era «la lucha contra el robo y la ocultación de grano así como contra los sabotajes de los kulaks». Para las jóvenes generaciones de las ciudades, el comunismo representaba el avance social, y el mundo campesino, demonizado por la agitación, debía que dar atrás. El partido comunista en la Ucrania soviética, aunque con una presencia desproporcionada de rusos y de judíos entre sus miembros, incluía ahora a muchos jóvenes ucranianos que creían que el campo era reaccionario y estaban dispuestos a sumarse a las campañas contra los campesinos.[46]

Se erigieron torres de vigilancia en los campos para evitar que los campesinos se quedaran con productos. Sólo en la región de Odesa se construyeron más de setecientas de estas torres. Se formaron brigadas, entre cuyo personal había más de cinco mil miembros de las organizaciones juveniles, que iban de casa en casa apoderándose de todo lo que encontraban. Los activistas empleaban, recuerda un campesino, «varillas largas de metal para buscar por los establos, las porquerizas y las cocinas. Miraban por todas partes y se lo llevaban todo, hasta el último grano». Cayeron sobre el pueblo «como la peste negra», clamando: «¡Campesino! ¿dónde está tu grano? ¡Confiesa!». Las brigadas se llevaron todo lo que tuviera relación con la comida, incluida la cena que estaba al fuego y que se comían ellos.[47]

Como un ejército invasor, los activistas del partido vivían del territorio, tomando lo que podían y comiendo lo suficiente, y recogían pocos frutos de su labor y su entusiasmo aparte de la miseria y la muerte. Quizá por sentirse culpables, quizá embargados por sentimientos de triunfo, humillaban a los campesinos allá donde iban. Orinaban en barriles de pepinillos, obligaban a los campesinos hambrientos a boxear entre ellos para divertirse, los hacían arrastrarse y ladrar como perros, o arrodillarse en el barro y rezar. Las mujeres sorprendidas robando en las granjas colectivas eran despojadas de sus ropas, golpeadas y paseadas desnudas por el pueblo. En un pueblo, la brigada se emborrachó en la cabaña de un campesino y violó en grupo a la hija de éste. Las

mujeres que vivían solas eran violadas sistemáticamente por las noches con la excusa de confiscarles el grano, y también les quitaban la comida después de violarlas. Así triunfaban el Estado y la ley de Stalin.[48] Redadas y decretos no podían crear comida donde no la había. Desde luego, los campesinos escondían comida y los hambrientos la robaban. Pero el problema del campo ucraniano no era el robo o el engaño, que se hubieran resuelto ciertamente con la aplicación de la violencia. Los problemas eran el hambre y la muerte. Los cupos de grano no se alcanzaban porque la colectivización había fracasado, porque la cosecha de otoño de 1932 fue mala, y porque las exigencias de requisas eran demasiado altas. Stalin envió a Mólotov a Ucrania para que instara a los camaradas a la «lucha por el grano». Pero el entusiasmo de los servidores de Stalin no podía cambiar lo que ya había ocurrido. Incluso Mólotov se vio obligado a recomendar, el 30 de octubre, que se redujeran las cuotas de Ucrania. Stalin aceptó la sugerencia, pero pronto se mostró más categórico que nunca. En noviembre de 1932 sólo se había cubierto aproximadamente un tercio del cupo anual.[49]

Cuando los informes sobre el fracaso de las requisas llegaron al Kremlin, la esposa de Stalin se suicidó. Escogió el 7 de noviembre de 1932, el día después del decimoquinto aniversario de la Revolución de Octubre, para dispararse un tiro en la cabeza. Lo que esto significó para Stalin nunca ha sido aclarado del todo, pero al parecer fue un duro golpe. Amenazó con suicidarse él también. Kaganóvich, que encontró a Stalin muy cambiado, tuvo que pronunciar la oración fúnebre.[50]

Al día siguiente, Stalin abordaba el problema del hambre con un grado más de insidia. Culpó de los problemas de Ucrania a los camaradas y a los campesinos. Dos telegramas del politburó enviados el 8 de noviembre de 1932 reflejaban el clima: los granjeros individuales y colectivos de la Ucrania soviética que no hubieran alcanzado los cupos de requisas no tendrían acceso al resto de los productos de la economía. Se creó una troika especial en Ucrania para acelerar las sentencias y ejecuciones de los activistas del partido y de los campesinos presuntamente responsables de sabotaje. Hasta 1623 miembros de los koljoses fueron arrestados ese mes. Las deportaciones se reanudaron: a finales de año, 30 400 personas más habían sido desplazadas. Los activistas les decían a los campesinos: «Abre o echamos la puerta abajo. Vamos a llevarnos lo que tengas, y tú vas a morir en un campo de concentración».[51]

Cuando, en las últimas semanas de 1932, interpretó el desastre de la colectivización, Stalin alcanzó nuevas cotas de osadía ideológica. La hambruna de Ucrania, cuya existencia había admitido antes, cuando su gravedad era menor, ahora era «un cuento de hadas», un rumor calumnioso esparcido por los enemigos. Stalin había desarrollado una nueva teoría interesante: que la resistencia al socialismo se incrementa a medida que crece su éxito, porque sus enemigos resisten con mayor desesperación al ver cercana la derrota final. De este modo, cualquier problema de la Unión Soviética podía definirse como una muestra de la insidia del enemigo, y la actuación enemiga podía contemplarse a su vez como una evidencia de progreso.[52]

La resistencia a sus políticas en la Ucrania soviética, afirmaba Stalin, era de un tipo especial, tal vez invisible para el observador poco perspicaz. La oposición ya no era abierta, porque los enemigos del socialismo estaban ahora «callados» e incluso «santificados». Los «kulaks de hoy», decía, eran «gente tranquila, amable, casi santa». Justamente los que parecían inocentes debían ser considerados culpables. El campesino que moría lentamente de hambre era, a pesar de las apariencias, un saboteador que trabajaba para las potencias capitalistas en su campaña de descrédito de la Unión Soviética. El hambre era resistencia, y la resistencia era una señal de que la victoria del socialismo estaba a la vuelta de la esquina. Estas no fueron meras meditaciones de Stalin en Moscú: se convirtieron en la línea ideológica promovida por Mólotov y Kaganóvich mientras viajaban por las regiones de las muertes en masa, a finales de 1932.[53]

Stalin nunca presenció personalmente las muertes que había explicado de este modo, pero los camaradas de la Ucrania soviética sí lo hicieron: de algún modo, tuvieron que reconciliar su línea ideológica con las evidencias que les presentaban sus sentidos. Forzados a interpretar los estómagos hinchados como oposición política, llegaron a la tortuosa conclusión de que los saboteadores odiaban tanto al socialismo que dejaban morir a sus familias a propósito. Así, los cuerpos consumidos de hijos e hijas, de padres y madres, no eran otra cosa

que una fachada detrás de la cual los enemigos tramaban la destrucción del socialismo. Incluso los que estaban muriéndose de hambre fueron presentados algunas veces como propagandistas enemigos con un plan premeditado para minar el socialismo. A los jóvenes comunistas ucranianos de las ciudades se les decía que los hambrientos eran enemigos del pueblo «que arriesgan sus vidas para socavar nuestro optimismo».[54]

Los ucranianos de Polonia reunieron dinero para enviar alimentos, pero se les dijo que el gobierno soviético rechazaba categóricamente toda ayuda. Los comunistas ucranianos que habían pedido alimentos al extranjero –un tipo de ayuda que las autoridades soviéticas habían aceptado durante la hambruna anterior de principios de los años veinte– ni siquiera se enteraron del rechazo. Por razones políticas, Stalin no quería aceptar ayudas del mundo exterior. Tal vez pensó que reconocer que su primera decisión política de gran alcance había provocado el hambre podría perjudicar su posición al frente del partido. Aun así, Stalin podía haber salvado millones de vidas sin llamar la atención del extranjero. Podía haber suspendido las exportaciones de alimentos por unos meses, o haber liberado las reservas de grano (tres millones de toneladas) o, simplemente, haber permitido que los campesinos accedieran a los almacenes de grano locales. Estas sencillas medidas, que se habían mantenido hasta fecha tan avanzada como noviembre de 1932, habrían reducido las cifras de millones de muertes a cientos de miles. Stalin no quiso prolongarlas.[55]

En las últimas semanas de 1932, cuando no existían ni amenazas externas ni peligros internos, sin otra justificación concebible que la de demostrar que sus dictados eran inexorables, Stalin eligió matar a millones de personas en la Ucrania soviética. Adoptó una postura de pura mala fe, en la que el campesino ucraniano era el agresor y él, Stalin, la víctima. El hambre era una forma de agresión, para Kaganóvich dentro de la lucha de clases y para Stalin dentro de la lucha nacional ucraniana, contra la cual la única defensa era la muerte. Stalin estaba decidido a demostrar su dominio sobre el campesinado de Ucrania, e incluso parecía disfrutar con el profundo sufrimiento que provocaba su postura. Amartya Sen argumenta que la muerte de inanición «es una función de derecho y no de disponibilidad de alimentos como tal». No fue la escasez de comida, sino la distribución de la misma lo que mató a millones de personas en la Ucrania soviética, y fue Stalin quien decidió que tenía derecho a ello.[56]

Aunque la colectivización fue un desastre para toda la Unión Soviética, las pruebas de que hubo premeditación en el asesinato en masa de millones de personas son más evidentes en Ucrania. La colectivización había comportado ejecuciones y deportaciones masivas en todos los territorios de la Unión Soviética, y los campesinos y nómadas que constituyeron el grueso de la fuerza de trabajo del Gulag procedían de todas las repúblicas soviéticas. El hambre había azotado en 1932 regiones de la Rusia soviética igual que a casi toda Ucrania. Sin embargo, las respuestas políticas a Ucrania fueron especiales, y letales. A finales de 1932 y principios de 1933 se aplicaron siete normativas cruciales solamente, o principalmente, a la Ucrania soviética. Cada una de ellas puede parecer una medida administrativa anodina y, sin duda, fueron presentadas como tales, pero todas iban a provocar muertes.

1. El 18 de noviembre de 1932, se exigió a los campesinos de Ucrania que devolvieran los adelantos de grano que habían obtenido previamente al cumplir los objetivos de requisita. Esto supuso que las pocas poblaciones en las que los campesinos habían tenido buenas cosechas se vieran privadas del escaso premio que habían ganado. Las brigadas del partido y la policía estatal se desataron en estas regiones en una caza febril de comida. Dado que a los campesinos no les habían dado recibos por el grano que devolvieron, quedaron sujetos a interminables registros y abusos. La jefatura del partido en Ucrania intentó proteger las semillas de siembra, pero sin éxito.[57]

2. Dos días después, el 20 de noviembre de 1932, se estableció una penalización en carne. Los campesinos que no cumplieran las cuotas de grano, debían pagar una tasa especial en carne. Los campesinos que aún conservaban animales se vieron obligados a entregarlos al Estado. Las reses y los cerdos habían sido la última reserva frente al hambre. Como recuerda una campesina, «quien tenía una vaca no se moría de hambre». Una vaca da leche y, como último recurso, puede ser sacrificada. Otra campesina recuerda que se llevaron el único cerdo que tenía la familia, y después su única vaca. La joven se agarraba a sus cuernos mientras se la llevaban. Quizá por el cariño que sienten las muchachas granjeras por sus

animales, pero también por desesperación. Incluso después de pagar la penalización de la carne, los campesinos debían cumplir la cuota de grano original. Pero si no habían podido cumplirla bajo la amenaza de perder sus animales, después todavía menos. Murieron de hambre.[58]

3. Ocho días más tarde, el 28 de noviembre de 1932, las autoridades soviéticas introdujeron la «lista negra». Según esta nueva norma, las granjas colectivas que no cubrieran el cupo de grano deberían, de forma inmediata, entregar quince veces la cantidad de grano correspondiente a todo un mes. En la práctica esto significaba, de nuevo, la llegada de hordas de activistas del partido y policías con la misión y el derecho legal de llevárselo todo. Ninguna población pudo responder a la cuota multiplicada, y comunidades enteras perdieron toda la comida que tenían. Las comunidades incluidas en la lista negra perdían además el derecho a comerciar y a recibir ningún tipo de envíos del resto del país. Las comunidades de la lista negra de la Ucrania soviética, a veces seleccionadas desde la lejana Moscú, se convirtieron en zonas de muerte.[59]

4. El 5 de diciembre de 1932, el jefe de seguridad en Ucrania nombrado a dedo por Stalin presentó la justificación para aterrorizar a los agentes del partido en Ucrania con el fin de que reunieran el grano. Vsevolod Balytskyi había hablado personalmente con Stalin en Moscú el 15 y el 24 de noviembre. El hambre en Ucrania debía interpretarse, según Balytskyi, como el resultado de una trama de los nacionalistas ucranianos, en particular de exiliados con conexiones en Polonia. Por lo tanto, cualquiera que dejara de cumplir sus obligaciones en las requisas era un traidor al Estado.[60]

Pero esta línea política tenía implicaciones aún más profundas. La conexión del nacionalismo ucraniano con la hambruna autorizaba el castigo de aquellos que hubieran participado en políticas soviéticas anteriores de apoyo al desarrollo de la nación ucraniana. Stalin creía que la cuestión nacional era en esencia una cuestión campesina, y al deshacer el compromiso de Lenin con los campesinos deshizo también el compromiso de Lenin con las nacionalidades. El 14 de diciembre, Moscú autorizó la deportación de los comunistas locales ucranianos a campos de concentración, bajo la premisa de que habían abusado de las políticas soviéticas con la intención de extender el nacionalismo ucraniano, y por ello habían permitido que los nacionalistas sabotearan la recolección del grano. Balytskyi afirmó que había desmascarado una «Organización Militar Ucraniana» así como grupos polacos rebeldes. En enero de 1933 informó del descubrimiento de más de mil organizaciones ilegales y, en febrero, comunicó los planes de los nacionalistas polacos y ucranianos para derribar el poder soviético en Ucrania. [61]

Las justificaciones eran inventos, pero la política tuvo consecuencias. Polonia había retirado a sus agentes de Ucrania y había abandonado toda esperanza de sacar partido del desastre de la colectivización. El gobierno polaco, con la intención de mantenerse leal al acuerdo polaco-soviético de no agresión firmado en julio de 1932, incluso había evitado llamar la atención internacional sobre la hambruna soviética, que iba a peor. Pero la política de Balytskyi, aunque basada en fantasmas, reforzó la obediencia local a las directrices de Moscú. Los arrestos y deportaciones masivos que ordenó transmitían un mensaje claro: cualquiera que defendiese a los campesinos sería condenado como enemigo. En aquellas semanas cruciales de finales de diciembre, mientras que el índice de mortalidad en Ucrania alcanzaba los cientos de miles, los activistas y administradores ucranianos dejaron de resistirse a la línea del partido. Si no llevaban a cabo las requisas acabarían, en el mejor de los casos, en el Gulag. [62]

5. El 21 de diciembre de 1932, Stalin (a través de Kaganóvich) confirmó la cuota anual de requisas de grano para la Ucrania soviética, que debía alcanzarse en enero de 1933. El 27 de noviembre el politburó había asignado a Ucrania un tercio de las recolecciones de toda la Unión Soviética. Ahora, después de cientos de miles de muertes por hambre, Stalin envió a Kaganóvich para que blandiera el látigo sobre la jefatura del partido ucraniano en Járkov. Justo después de su llegada, la tarde del 20 de diciembre, el politburó ucraniano fue convocado. En la reunión, que se prolongó hasta las cuatro de la mañana, se decidió que había que cumplir los objetivos de requisas. Era la sentencia de muerte para unos tres millones de personas. Como sabían todos los que estaban en la sala a aquellas horas previas al amanecer, el grano no podría arrebatársele a una población que ya estaba muriéndose de hambre sin que las consecuencias

fueran horribles. Una simple suspensión de las requisas durante tres meses no hubiera dañado la economía soviética y habría salvado la mayoría de esos tres millones de vidas. Pero Stalin y Kaganóvich insistían exactamente en lo contrario. El estado tenía que luchar «ferozmente», como dijo Kaganóvich, para cumplir el plan.[63]

Tras realizar su cometido en Járkov, Kaganóvich viajó por la Ucrania soviética exigiendo que el plan se cumpliera «al cien por cien», sentenciando a funcionarios locales y ordenando deportaciones de familias a su paso. Regresó a Járkov el 29 de diciembre de 1932 para recordarles a los líderes ucranianos del partido que las semillas de siembra también debían recolectarse.[64]

6. Mientras el hambre asolaba Ucrania durante las primeras semanas de 1933, Stalin sellaba las fronteras de la república para que los campesinos no pudieran huir, y cerraba las ciudades para que no pudieran mendigar en ellas. Desde el 14 de enero de 1933, los ciudadanos soviéticos debían llevar pasaportes internos para residir legalmente en las ciudades. Los campesinos no recibían tales documentos. El 22 de enero de 1933, Balytskyi advirtió a Moscú que los campesinos ucranianos estaban huyendo de la república, y Stalin y Molotov ordenaron a la policía estatal que evitara las fugas. Al día siguiente, se prohibió la venta de billetes de ferrocarril de larga distancia a los campesinos. La justificación de Stalin era que los refugiados campesinos no estaban en realidad mendigando pan, sino participando en una «trama contrarrevolucionaria», al actuar como propaganda viviente para Polonia y otros estados capitalistas que deseaban desacreditar las granjas colectivas. A finales de febrero de 1933, unos 190 000 campesinos habían sido interceptados y devueltos a sus pueblos para que murieran en ellos.[65]

Stalin tema su «fortaleza» en Ucrania, pero era un castillo que parecía un gigantesco campo de concentración, con torres de vigilancia, fronteras selladas, trabajo inútil y penoso y muertes innumerables y previsibles.

7. Incluso después de que el objetivo de requisas para 1932 se cumpliera a finales de enero de 1933, la recolección de grano continuó. Las requisas siguieron en febrero y marzo, porque los miembros del partido buscaban grano para la siembra de primavera. A finales de diciembre de 1932, Stalin aprobó la propuesta de Kaganóvich de tomar las semillas destinadas a la siembra de primavera para completar el objetivo anual, por lo que las granjas colectivas se quedaron sin nada que plantar para la cosecha de otoño. Las semillas para la siembra de primavera podrían haber salido de los cargamentos de grano para la exportación, que estaban preparados en vagones de tren en aquel momento, o de los tres millones de toneladas de las reservas de la Unión Soviética. En lugar de eso, lo sacaron del poco que les quedaba a los campesinos de la Ucrania soviética. En muchos casos, era el único alimento que tenían para sobrevivir hasta la cosecha de primavera. 37 392 personas fueron arrestadas en los pueblos de la Ucrania soviética ese mes, muchos de los cuales seguramente pretendían salvar a sus familias de morir de hambre.[66]

Esta recolección final fue un asesinato, aunque los que la llevaron a cabo, en general, creían hacer lo correcto. Como recuerda un activista, aquella primavera vio «gente morir de hambre. Vi a mujeres y niños con los estómagos hinchados, poniéndose azules, que aún respiraban pero cuyos ojos estaban ausentes, sin vida». Aunque «veía todo aquello y no podía apartar de mi mente la idea de suicidarme», tenía fe: «como había hecho antes, creí porque quería creer». Otros activistas, sin duda, tenían menos fe y más miedo. Todos los niveles del partido en Ucrania habían sido depurados en los años anteriores; en enero de 1933, Stalin envió a sus propios hombres a controlar la cúpula. Alrededor de los comunistas que ya no expresaban su fe se formaba un «muro de silencio» que condenaba a los que quedaban encerrados en él. Aprendieron que resistir era ser purgado, y ser purgado significaba compartir el destino de aquellos cuyas muertes estaban provocando.[67]

Los activistas del partido comunista que se apoderaron del grano de la Ucrania soviética a principios de 1933 dejaron tras de sí un silencio mortal. El campo tenía sus propios sonidos, una música más lenta y suave que la de la ciudad, pero no menos predecible y reconfortante para los que habían nacido con ella. Ucrania se quedó muda.

Los campesinos habían sacrificado sus animales (o el Estado se los había arrebatado), habían matado las gallinas, los perros, los gatos. Habían espantado los pájaros con la caza. Los seres humanos, con suerte, habían huido; era más

probable que estuvieran muertos o demasiado débiles para hacer ruido. Apartados de la atención del mundo por un Estado que controlaba la prensa y los movimientos de los periodistas extranjeros, privados de ayudas oficiales y de simpatía por una línea del partido que identificaba la muerte de hambre con el sabotaje, marginados de la economía por la intensa pobreza y la planificación injusta, separados del resto del país por normativas y cordones policiales, las personas morían solas, pueblos enteros morían solos. Dos décadas después, la filósofa política Hannah Arendt explicaba esta hambruna en Ucrania como el evento central de la creación de una sociedad moderna «atomizada», la alienación de todos para con todos.[68]

El hambre no llevó a la rebelión sino a la amoralidad, al crimen, a la indiferencia, a la locura, a la parálisis y, por fin, a la muerte. Los campesinos soportaron meses de sufrimientos indescriptibles, indescriptibles por su duración y su crueldad, pero también porque las personas estaban demasiado débiles y eran demasiado pobres y demasiado ignorantes para hacer la crónica de lo que les estaba ocurriendo. Pero los supervivientes recordarían. Como explica uno de ellos, hicieran lo que hicieran, los campesinos «seguían muriendo, muriendo, muriendo». La muerte era lenta, humillante, ubicua y genérica. Morir de hambre con cierta dignidad estaba fuera del alcance de casi todos. Petro Veldii mostró una rara fortaleza cuando se arrastró por su pueblo el día en el que esperaba morir. Los vecinos le preguntaban adónde iba: al cementerio, a morir. No quería que unos extraños arrastraran su cuerpo hasta una zanja, así que ya tenía cavada su propia tumba, pero cuando llegó al cementerio se encontró con que otro había ocupado la fosa. Se cavó una nueva, se tumbó dentro y esperó. [69]

Muy pocos testigos externos vieron y pudieron relatar lo ocurrido durante los meses más terribles. El periodista Gareth Jones había llegado a Moscú por sus propios medios y, violando la prohibición de viajar a Ucrania, tomó un tren a Járkov el 7 de marzo de 1933. Se bajó al azar en una pequeña estación y caminó por los campos con una mochila llena de alimentos. Encontró «hambre a una escala colosal». En todas partes escuchaba las mismas dos frases: «todo el mundo tiene el vientre hinchado por el hambre» y «estamos esperando la muerte». Durmió en suelos de tierra con niños hambrientos, y supo la verdad. Una vez compartió su comida con una niña que después exclamó: «Ahora que he comido cosas tan buenas ya puedo morir tranquila».[70]

María Lowinska viajó aquella primavera por la Ucrania soviética, acompañando a su esposo e intentando vender sus productos de artesanía. Los pueblos que conocían de visitas anteriores estaban ahora desiertos. El silencio interminable les daba miedo. Cuando escuchaban el canto de un gallo se alegraban tanto que su propia reacción les alarmaba. El músico ucraniano Yosyp Panasenko fue enviado por las autoridades centrales con su grupo de intérpretes de instrumentos tradicionales de cuerda para ofrecer cultura a los campesinos hambrientos. Aunque les había arrebatado hasta el último bocado de comida, el Estado tuvo la grotesca idea de elevar las mentes y los espíritus de los campesinos. Los músicos encontraban pueblos abandonados uno tras otro. Por fin, encontraron gente: dos muchachas muertas en una cama, las piernas de un hombre que asomaban de una estufa, y una anciana que deliraba y pasaba las uñas por el polvo. El agente del partido Viktor Kravchenko llegó una tarde a un pueblo para ayudar en la cosecha. Al día siguiente encontró diecisiete cadáveres en la plaza del mercado. Escenas semejantes se veían en los pueblos de toda la Ucrania soviética, donde aquella primavera la gente moría a un ritmo superior a las diez mil muertes al día.[71]

Los ucranianos que eligieron aceptar las granjas colectivas creyeron que de este modo al menos escaparían a la deportación. Pero ahora era posible que los deportaran, porque la colectivización de las granjas había fracasado. Unos quince mil campesinos fueron deportados de Ucrania entre febrero y abril de 1933. Al este y al sur de Ucrania, en regiones de la república soviética rusa habitadas por ucranianos, unas sesenta mil personas fueron deportadas por no poder cumplir las cuotas de grano. En 1933, otros 141 000 ciudadanos soviéticos fueron enviados al Gulag, la mayoría hambrientos o enfermos de tifus, muchos de ellos procedentes de la Ucrania soviética.[72]

En los campos del Gulag intentaban conseguir algo para comer; pero les resultaba tremendamente difícil, porque el Gulag tenía instrucciones de alimentar a los fuertes y privar a los débiles, y estos deportados llegaban ya debilitados por

el hambre. Cuando los prisioneros hambrientos se envenenaban comiendo plantas silvestres y basura, los funcionarios de los campos los castigaban por vagancia. En 1933 al menos 67 297 personas murieron en los campos, de hambre y enfermedades asociadas, y otras 241 355 perecieron en los asentamientos especiales, muchas de ellas naturales de la Ucrania soviética. No se sabe cuántos miles más murieron en el largo viaje de Ucrania a Kazajistán o al extremo norte. Sacaban los cadáveres de los trenes y los enterraban allí mismo, sin anotar sus nombres ni las cifras de muertos.[73]

Los que ya estaban consumidos por el hambre cuando abandonaron sus hogares tenían pocas probabilidades de sobrevivir en un entorno extraño. Como anotó un funcionario estatal en mayo de 1933: «Cuando viajaba solía encontrarme exiliados administrativos vagando como sombras por los pueblos en busca de un trozo de pan o unas sobras. Comían carroña, perros y gatos muertos. Los vecinos cerraban sus casas. Los que lograban entrar en una casa caían de rodillas ante el dueño y, entre lágrimas, suplicaban un trozo de pan. Fui testigo de varias muertes en las carreteras entre los pueblos, en los baños públicos y en los graneros. Yo mismo vi personas hambrientas que se arrastraban por la acera agonizantes. La policía los recogía y morían unas horas después. En abril, un investigador y yo pasamos por delante de un granero y encontramos un cuerpo muerto. Enviamos a un policía y a un médico para recogerlo y ellos encontraron otro cadáver dentro del granero. Ambas personas habían muerto de hambre, no de forma vio lenta». El campo de Ucrania había exportado su comida al resto de la Unión Soviética; ahora exportaba parte de la hambruna resultante... al Gulag.[74]

Los niños nacidos en la Ucrania soviética a finales de los años veinte y principios de los treinta llegaron a un mundo de muerte, entre padres sin esperanza y autoridades hostiles. Un niño nacido en 1933 tenía una esperanza de vida de siete años. Incluso en aquellas circunstancias, algunos pequeños eran capaces de encontrar motivos de esperanza. Hanna Sobolewska, que perdió a su padre y a cinco hermanas y hermanos por el hambre, recordaba la dolorosa esperanza de su hermano menor, Józef. Incluso hinchado por el hambre seguía encontrando señales de vida. Un día creyó ver que la cosecha había brotado del suelo; otro día, pensó que había encontrado champiñones. «¡Ahora viviremos!», exclamaba, y repetía estas palabras cada noche antes de dormirse. Después, se despertó una mañana y dijo: «Todo se muere». Al principio, los escolares escribían a las autoridades con la esperanza de que el hambre fuera producto de un malentendido. Los alumnos de una clase de una escuela elemental, por ejemplo, enviaron una carta a las autoridades del partido pidiendo «su ayuda, porque nos estamos muriendo de hambre. Deberíamos estar estudiando, pero tenemos demasiada hambre para caminar».[75]

Pronto estas cosas dejaron de ser noticia. En la escuela a la que asistía Yurii Lysenko, de ocho años, en la región de Járkov, una niña se cayó en clase un día, como si se hubiera dormido de pronto. Los adultos corrieron hacia ella, pero Yurii sabía que ya no había esperanza, «que ella había muerto y que la enterrarían en el cementerio, como habían enterrado a otros el día anterior, y el anterior, y todos los días». Los niños de otra escuela sacaron de un estanque el cuerpo mutilado de un compañero de clase que encontraron cuando estaban pescando. Toda su familia había muerto: ¿Se lo habrían comido antes? ¿O había sobrevivido a sus parientes sólo para que un caníbal lo matara? Nadie lo supo; pero preguntas como éstas eran comunes entre los niños de Ucrania en 1933.[76]

Los padres no podían cumplir sus obligaciones. Los matrimonios se resentían cuando las esposas, a veces con el consentimiento angustiado de sus maridos, se prostituían con los líderes locales del partido a cambio de harina. Los padres, aunque ambos vivieran, estuvieran juntos y pusieran el mayor empeño, apenas podían cuidar de sus hijos. Un día, un padre de la región de Vynitsia fue a enterrar a uno de sus dos hijos y al regresar a casa se encontró al otro muerto. Algunos padres mostraban su amor por sus hijos protegiéndolos, y los encerraban en cabañas para mantenerlos a salvo de las bandas errantes de caníbales. Otros padres entregaban a sus hijos a familiares que vivían lejos o a forasteros, o los dejaban en las estaciones de ferrocarril. Los campesinos desesperados que alzaban a sus criaturas hasta las ventanillas de los trenes no necesariamente mendigaban comida: a menudo intentaban entregar a sus hijos a alguien que probablemente vendría de la ciudad y que, por lo tanto, no se moría de hambre. Padres y madres enviaban a sus hijos a las ciudades a mendigar, con resultados muy diversos. Algunos niños morían por el camino, o en su destino. A otros los

detenía la policía de la ciudad e iban a morir en la oscuridad, en una metrópolis extraña donde eran enterrados en una fosa común con otros pequeños cuerpos. Incluso cuando los niños volvían, las noticias no solían ser buenas. Petro Savhira fue a Kiev a mendigar con uno de sus hermanos y a su regreso se encontró muertos a sus otros dos hermanos.[77]

La inanición dividía a algunas familias, los padres se volvían contra los hijos y los hijos unos contra otros. Como la policía estatal, la OGPU, se sintió obligada a constatar, en la Ucrania soviética «las familias matan a sus miembros más débiles, normalmente niños, y se comen su carne». Incontables padres mataron y se comieron a sus hijos, y más tarde murieron de hambre ellos también. Una madre cocinó a su hijo para ella y para su hija. Una niña de seis años vio por última vez a su padre mientras éste afilaba el cuchillo para sacrificarla, antes de que otros parientes la salvaran. Eran posibles muchas combinaciones. Una familia mató a su nuera, le dio su cabeza a los cerdos y asó el resto del cuerpo.[78]

En un sentido más amplio, fueron tanto la política como el hambre las que destruyeron familias y enfrentaron a la generación joven con la mayor. Los miembros de las Juventudes Comunistas servían en las brigadas que requisaban la comida. Pero, además, los niños integrados en los Pioneros debían ser «los ojos y los oídos del partido dentro de la familia». Los más sanos eran encargados de vigilar los campos para evitar robos. Medio millón de niños y niñas preadolescentes y adolescentes ocupaban las torres de vigilancia para observar a los adultos en el verano de 1933 en Ucrania. Se esperaba que todos los niños informaran acerca de sus padres.[79]

La supervivencia era una lucha moral además de física. Una doctora le escribía a una amiga, en junio de 1933: «aún no soy caníbal, pero no estoy segura de que cuando recibas esta carta no me haya convertido ya en una». Las buenas personas morían antes. Morían los que se negaban a robar o a prostituirse. Morían los que daban comida a otros. Morían los que rehusaban comer cadáveres humanos. Morían los que no querían matar a otros hombres. Morían los padres que no querían caer en el canibalismo, y sus hijos morían después. En 1933, Ucrania estaba llena de huérfanos y a veces la gente los acogía. Pero, sin comida, ni aún los forasteros más bondadosos podían hacer gran cosa por esos niños. Niños y niñas permanecían tendidos en sábanas y mantas, comiéndose sus propios excrementos y esperando la muerte.[80]

En un pueblo de la región de Járkov, unas mujeres hacían lo que podían para cuidar a los niños. Formaron, recuerda una de ellas «una especie de orfanato». Sus pupilos se encontraban en condiciones penosas: «Los niños tenían los estómagos abultados; estaban cubiertos de heridas y de costras, sus cuerpos parecían a punto de reventar. Los sacábamos afuera, los poníamos encima de sábanas y gemían. Un día, los niños se callaron de repente; fuimos a mirar lo que ocurría y vimos que se estaban comiendo a Petrus, el más pequeño. Le arrancaban tiras de carne y se las comían. Y Petrus hacía lo mismo, se arrancaba tiras y se comía todo lo que podía. Los otros niños ponían los labios en las heridas y se bebían la sangre. Apartamos al niño de las bocas hambrientas y nos echamos a llorar».[81]

El canibalismo es tabú tanto en la vida como en la literatura, y las comunidades procuran proteger su dignidad suprimiendo los documentos que registran este modo desesperado de supervivencia. Los ucranianos del exterior de la Ucrania soviética lo han considerado desde entonces un motivo de gran vergüenza. Pero aunque el canibalismo en Ucrania en 1933 dice mucho del sistema soviético, no dice nada de los ucranianos como pueblo. La hambruna conlleva el canibalismo. En Ucrania llegó un momento en el que había poco o nada de grano y la única carne era la humana. Se creó un mercado negro de carne humana; es posible incluso que la carne humana entrara en la economía oficial. La policía investigaba a todos los que vendían carne, y las autoridades estatales vigilaban de cerca los mataderos y las carnicerías. Un joven comunista de la región de Járkov informó a sus superiores de que sólo podría cubrir el cupo de carne si utilizaba seres humanos. En los pueblos, era sospechoso que saliera humo de una chimenea, porque constituía un indicio de que quizá unos caníbales estaban comiéndose a una víctima, o de que una familia estaba asando a uno de sus miembros. La policía seguía el humo y hacía arrestos. Al menos 2505 personas fueron sentenciadas por canibalismo durante los años 1932 y 1933 en Ucrania, pero la cifra real fue sin duda mucho mayor.[82]

El pueblo de Ucrania jamás consideró aceptable el canibalismo. Incluso en el punto álgido de la hambruna, para los vecinos de los pueblos constituía un ultraje descubrir que había caníbales entre ellos, hasta el punto de que los culpables eran golpeados e incluso quemados vivos de forma espontánea. La mayoría de las personas no sucumbió al canibalismo: un huérfano era un niño que no había sido devorado por sus padres. Y los motivos para comer carne humana eran diversos. Algunos caníbales eran sin duda criminales de la peor calaña. Bazyl'ii Graniewicz, por ejemplo, perdió a su hermano Kolya a manos de un caníbal. Cuando éste fue arrestado por la milicia, encontraron la cabeza de Kolya entre las once que tenía en su casa. Pero, a veces, el canibalismo era un crimen sin víctimas. Algunos padres y madres mataban a sus hijos y se los comían, y en tales casos los niños eran sin duda las víctimas. Pero otros padres les pedían a sus hijos que se alimentaran de ellos si morían, Más de un niño ucraniano tuvo que decirle a un hermano o hermana: «Madre dice que si se muere nos la comamos». Eso era previsión y amor.[83]

Uno de los últimos servicios que realizaba el Estado era la eliminación de los cadáveres. Como escribió en 1933 un estudiante ucraniano, la tarea era ardua: «No siempre es posible enterrar a los muertos, porque los hambrientos mueren en los campos mientras vagan de pueblo en pueblo». En las ciudades había carros que hacían rondas a primera hora de la mañana para recoger a los campesinos muertos la noche anterior. En el campo, los campesinos con mejor salud formaban brigadas para recoger los cadáveres y enterrarlos. Pocas veces tenían las ganas ni la fuerza para enterrarlos muy profundamente, por lo que brazos y manos asomaban por encima de la tierra. Los equipos de enterradores cobraban según el número de cadáveres recogidos, lo que daba pie a ciertos abusos. Los equipos se llevaban a los moribundos junto con los muertos y los enterraban vivos. Por el camino les decían que, de todos modos, iban a morir pronto, así que ¿qué más daba? En algunos casos, estas víctimas lograron salir escarbando de las poco profundas fosas. Los enterradores, por su parte, se debilitaban y morían, y sus cuerpos eran abandonados allí donde caían. Un técnico agrónomo recuerda que «devoraban los cadáveres los perros que nadie se había comido y que se habían vuelto salvajes».[84]

En septiembre de 1933, la cosecha de la Ucrania soviética fue recogida por soldados del Ejército Rojo, activistas del partido comunista, obreros y estudiantes. Obligados a trabajar incluso cuando se estaban muriendo, los hambrientos campesinos habían sembrado en primavera la cosecha que no vivirían para recoger. De la Rusia soviética llegaron colonos para ocupar las casas y los pueblos, y se encontraron con, que primero tendrían que recoger los cadáveres de los anteriores habitantes. A menudo, los cuerpos podridos se les deshacían entre las manos. En ocasiones, los recién llegados regresaban a sus casas al ver que el hedor no desaparecía del todo pese a los fregados y la pintura; pero otras veces se quedaban. El «material etnográfico» soviético (como le dijo un oficial soviético a un diplomático italiano) había sido alterado; Igual que antes en Kazajistán, donde el cambio fue aún más drástico, el equilibrio demográfico de la Ucrania soviética cambió a favor de los rusos.[85]

¿Cuántas personas murieron de hambre a principios de la década de 1930 en la Unión Soviética y en su república ucraniana? Nunca lo sabremos con exactitud. No se conservaron archivos completos. Los que existen confirman la escala masiva del suceso: las autoridades de la sanidad pública del óblast de Kiev, por ejemplo, constataron que 493 644 personas iban a sufrir hambre en la región sólo en el mes de abril de 1933. Las autoridades locales tenían miedo de registrar las muertes por inanición, y al cabo de un tiempo no estuvieron en condiciones de registrar nada en absoluto. Con mucha frecuencia, las únicas instancias del poder estatal que entraban en contacto con los muertos eran las brigadas de enterradores, y éstas no llevaban nada que se pareciera a un registro sistemático.[86]

El censo soviético de 1937 contabilizó ocho millones de personas menos de lo esperado: la mayoría eran víctimas de la hambruna en Ucrania, Kazajistán y Rusia, más los niños que no tuvieron. Stalin suprimió los datos e hizo ejecutar a los demógrafos responsables. En 1933, funcionarios soviéticos daban en privado una cifra estimada de cinco millones y medio de muertos por inanición, que

parece correcta, aunque un poco baja, para la Unión Soviética a principios de los años treinta, incluyendo Ucrania, Kazajistán y Rusia.[87]

Un análisis demográfico retrospectivo sugiere unos dos millones y medio de muertos en Ucrania, una cifra demasiado cercana a los dos millones cuatrocientas mil muertes de más que reflejó el censo, cantidad que debía estar bastante rebajada, porque muchas muertes no fueron registradas. Otro cálculo demográfico, llevado a cabo por encargo de las autoridades de la Ucrania independiente, arroja la cifra de 3,9 millones de muertos. La verdad probablemente se encuentre entre ambos números, donde se sitúan las estimaciones de los estudiosos más respetados. Parece razonable proponer una cifra de unos 3,3 millones de muertos por inanición y por enfermedades relacionadas con el hambre en la Ucrania soviética en 1932-1933. De ellos, unos tres millones serían ucranianos y el resto rusos, polacos, alemanes, judíos y otros. Entre el aproximadamente un millón que murió en la república soviética de Rusia, probablemente había por lo menos doscientos mil ucranianos, ya que el hambre golpeó con fuerza en las regiones donde vivían. Quizá hasta cien mil ucranianos más se encontraron entre el millón trescientas mil personas que murieron en las primeras hambrunas de Kazajistán. En total, no menos de 3,3 millones de ciudadanos soviéticos murieron en Ucrania de inanición y enfermedades relacionadas con el hambre, y aproximadamente el mismo número de nacionales de Ucrania murió en el con junto de la Unión Soviética.[88]

Rafał Lemkin, el jurista internacional que inventó el término genocidio definió el caso ucraniano como «un ejemplo clásico de genocidio soviético». El tejido de la sociedad rural de Ucrania fue puesto a prueba, llevado al límite y desgarrado. Los campesinos ucranianos fueron muertos, humillados o repartidos por los campos a lo largo y a lo ancho de la Unión Soviética. Los supervivientes cargaron con sentimientos de culpa e impotencia y, a veces, con recuerdos de colaboración y de canibalismo. Cientos de miles de huérfanos crecerían para convertirse en ciudadanos soviéticos pero no ucranianos, al menos no del modo en que habrían crecido en una familia y en un país ucranianos intactos. Los intelectuales ucranianos que sobrevivieron a las calamidades perdieron la confianza en sí mismos. Tanto el escritor como el activista político más destacados de la Ucrania soviética se suicidaron, el primero en mayo y el segundo en julio de 1933. El estado soviético derrotó a todos los que deseaban alguna autonomía para la república de Ucrania, para sí mismos y para sus familias.[89]

Los comunistas extranjeros que estaban en la Unión Soviética y fueron testigos del hambre consiguieron de algún modo considerar la hambruna no como una tragedia nacional sino como un paso adelante para la humanidad. El escritor Arthur Koestler creía en aquella época que los hambrientos eran «enemigos del pueblo que prefieren mendigar a trabajar». Su compañero de casa en Járkov, el físico Alexander Weissberg, sabía que habían muerto millones de campesinos y, no obstante, conservó la fe. Koestler se quejaba ingenuamente ante Weissberg de que la prensa soviética no publicara que los ucranianos no tenían «nada que comer y por lo tanto se están muriendo como moscas». Él y Weissberg sabían que eso era cierto, como lo sabía cualquiera que tu viera algún contacto con el país. Pero escribir sobre la hambruna hubiera hecho imposible la fe. Los dos creían que la destrucción del campo podía admitirse como parte de una historia general del progreso humano. Las muertes de los campesinos ucranianos eran el precio a pagar por una civilización más elevada. Koestler abandonó la Unión Soviética en 1933. Weissberg lo acompañó a la estación del tren, y sus palabras de despedida fueron: «Pase lo que pase, mantén bien alta la bandera de la Unión Soviética».[90]

Pero el resultado final del hambre no fue el socialismo, en ningún sentido de la palabra excepto en el estalinista. En un pueblo de Ucrania, el arco triunfal erigido para celebrar el final del Plan Quinquenal estaba rodeado de cadáveres de los campesinos. Los funcionarios soviéticos que persiguieron a los kulaks tenían más dinero que sus víctimas, y los miembros del partido en las ciudades gozaban de perspectivas vitales mucho mejores. Los campesinos no tenían derecho a car tillas de racionamiento, mientras que las élites del partido adquirían alimentos selectos en tiendas especiales; aunque, si engordaban demasiado, debían tener cuidado con los «fabricantes de salchichas» que merodeaban, sobre todo por las noches. Las mujeres ricas de las ciudades de Ucrania, normalmente esposas de altos funcionarios, cambiaban sus raciones de comida por bordados

campesinos y ornamentos robados de las iglesias rurales. De este modo, la colectivización robó también su identidad a los pueblos de Ucrania, igual que había destruido moral y físicamente a sus campesinos. El hambre llevó a los ucranianos y a otros a despojarse de todo y a desnudar también sus lugares de culto antes de conducirlos a la muerte.[91]

Aunque Stalin, Kaganóvich y Balytskyi explicaran la represión en Ucrania como una respuesta al nacionalismo ucraniano, la Ucrania soviética era una república plurinacional. La hambruna afectó a rusos, polacos, alemanes y muchos otros. Los judíos de Ucrania solían vivir en las ciudades, pero los del campo no fueron menos vulnerables que los demás. Un día de 1933, un redactor de la plantilla del diario del partido, Frauda que negaba el hambre, recibió una carta de su padre judío. «La presente es para comunicarte –escribía el padre– que tu madre ha muerto. Murió de hambre después de meses de sufrimiento». Su último deseo fue que su hijo rezara el kadish para ella. El episodio revela la diferencia generacional entre los padres anteriores a la revolución y los hijos que crecieron en ella. No sólo entre los judíos, sino también entre los ucranianos y otros, la generación educada en los años veinte era mucho más proclive a aceptar el sistema soviético que las generaciones que habían vivido en el Imperio Ruso. [92]

Los diplomáticos alemanes y judíos informaban a sus superiores del sufrimiento y la muerte de alemanes y polacos en la Ucrania soviética. El cónsul alemán en Járkov escribió que «casi siempre que me aventuro en las calles veo gente cayéndose de hambre». Los diplomáticos polacos se enfrentaban a largas colas de personas hambrientas des esperadas por conseguir un visado. Uno de los diplomáticos informaba: «Con frecuencia los que acuden, hombres hechos y derechos, lloran cuando hablan de sus esposas e hijos moribundos o hinchados por el hambre». Como sabían estos diplomáticos, muchos campesinos de Ucrania, no sólo los polacos y alemanes, esperaban una invasión exterior que los liberara de su agonía. Hasta mediados de 1932, su mayor esperanza fue Polonia. La propaganda de Stalin llevaba cinco años diciendo que Polonia planeaba invadir Ucrania y anexionársela. Cuando empezó la hambruna, muchos campesinos ucranianos deseaban que la propaganda se hiciera realidad. Como dijo un espía polaco, se aferraban a la esperanza de que «Polonia o cualquier otro Estado viniera a librarlos de la desgracia y la opresión».[93]

Cuando Polonia y la Unión Soviética firmaron su pacto de no agresión en julio de 1932, la esperanza se desvaneció. A partir de entonces, los campesinos sólo pudieron esperar un ataque alemán. Ocho años más tarde, los supervivientes estuvieron en condiciones de comparar el dominio soviético con el germano. Los hechos básicos del hambre y las muertes en masa, aunque a veces aparecían en la prensa europea y norteamericana, nunca adquirieron la naturaleza de sucesos incontestables. Casi nadie afirmó que Stalin quisiera matar de hambre a los ucranianos; incluso Adolf Hitler prefirió acusar al sistema marxista. La simple afirmación de que la hambruna se estaba produciendo suscitaba controversias; Gareth Jones lo sostuvo en un puñado de artículos de prensa y al parecer fue el único que lo hizo en inglés y con su firma. Cuando, en otoño de 1933, el cardenal Theodor Innitzer de Viena intentó reunir ayuda para alimentos destinados a los hambrientos, las autoridades soviéticas lo rechazaron agriamente diciendo que la Unión Soviética no tenía «ni cardenales ni caníbales»: una afirmación que era verdad sólo a medias.[94]

Aunque los periodistas sabían menos que los diplomáticos, muchos de ellos eran conscientes de que millones de personas estaban muriendo de hambre. Walter Duranty, el prestigioso corresponsal del New York Times en Moscú, hizo todo lo posible para socavar el preciso informe de Gareth Jones. Duranty, que ganó un premio Pulitzer en 1932, calificó el relato que hacía Jones de la hambruna de «gran cuento de terror». La afirmación de Duranty de que no había hambruna sino sólo «mortalidad causada por enfermedades derivadas de la mala nutrición» se hacía eco de los usos soviéticos y elevaba el eufemismo a la categoría de mendacidad, una distinción que hizo Orwell, quien ciertamente consideraba el hambre de 1933 en Ucrania como un ejemplo señero de esas negras verdades que los artistas del lenguaje recubrían con brillantes colores. Duranty sabía que millones de personas habían muerto de hambre; pero afirmaba en su periódico que el hambre servía a un propósito superior. Pensaba que no se podía «hacer una tortilla sin cascar los huevos». Además de Jones, el único periodista que aportó informes serios en lengua inglesa –publicados de forma anónima en el Manchester

Guardian— fue Malcolm Muggeridge. Escribió que aquella hambruna era «uno de los crímenes más monstruosos de la historia, tan terrible que, en el futuro, la gente apenas podrá creer que esto haya ocurrido».[95]

Para ser justos, incluso los más interesados en los acontecimientos de la Ucrania soviética, los ucranianos residentes cerca de la frontera exterior de la Unión Soviética, necesitaron meses para comprender el alcance de la hambruna. Unos cinco millones de ucranianos vivían en la vecina Polonia, y sus líderes políticos se esforzaron por atraer la atención internacional sobre la muerte colectiva en la Unión Soviética; pero, aún así, sólo comprendieron la magnitud de la tragedia en mayo de 1933, cuando la mayoría de las víctimas ya había muerto. A lo largo del verano y el otoño siguientes, los periódicos ucranianos en Polonia cubrieron la hambruna y los políticos ucranianos del país organizaron marchas y manifestaciones. La líder de la organización feminista ucraniana intentó organizar un bloqueo internacional de los productos soviéticos en una llamada a las mujeres del mundo. Se hicieron varios intentos de llegar al presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt.[96]

Nada de eso dio resultado. Las leyes del mercado internacional permitieron que el grano tomado de Ucrania alimentara a otros países. Roosevelt, preocupado ante todo por la situación de los trabajadores estadounidenses durante la Gran Depresión, deseaba establecer relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Los telegramas de los activistas ucranianos le llegaron en otoño de 1933, justo cuando su iniciativa personal de entablar relaciones con los soviéticos empezaba a dar frutos. Estados Unidos reconoció a la Unión Soviética en noviembre de 1933.

El principal resultado de la campaña estival de los ucranianos de Polonia fue una hábil contrapropaganda soviética. El 27 de agosto de 1933, el político francés Édouard Herriot llegó a Kiev como invitado oficial. Herriot, líder del Partido Radical, había sido tres veces primer ministro, la más reciente en 1932. Era un hombre corpulento, célebre por su apetito, y él mismo comparaba su cuerpo con el de una embarazada de gemelos. En las recepciones en la Unión Soviética lo mantuvieron apartado de los diplomáticos alemanes y polacos, que podrían haber estropeado la diversión con menciones inconvenientes a la hambruna.[97]

El día anterior al fijado para la visita de Herriot a Kiev, la ciudad fue cerrada y se ordenó a la población que la limpiara y engalanara. Las vitrinas de las tiendas, vacías todo el año, se llenaron de pronto de comida, una comida que no estaba a la venta y sólo servía de decorado para que lo viera un único visitante extranjero. La policía, con uniformes nuevos, dispersaba a las multitudes. Todos los que vivían a lo largo del recorrido de Herriot fueron obligados a realizar un ensayo, vestidos para la visita, para comprobar que sabían dónde colocarse y qué ropas llevar. Condujeron a Herriot por la incomparable avenida principal de Kiev, la Kreschatík, animada por el tráfico de automóviles (recogidos en varias ciudades y conducidos por activistas del partido para crear la apariencia de bullicio y prosperidad). En la calle, una mujer murmuró: «Quizá este burgués le dirá al mundo lo que está pasando aquí». Se llevaría una desilusión. En lugar de eso, Herriot expresó su asombro por lo bien que la Unión Soviética había hecho honor tanto al «espíritu socialista» como al «sentimiento nacional ucraniano».[98]

El 30 de agosto de 1933, Herriot visitó la comuna infantil Feliks Dzierzynski de Járkov, una escuela bautizada con el nombre del fundador de la policía secreta soviética. Por aquel entonces, los niños seguían muriéndose de hambre en la región de Kiev; los que vio Herriot habían sido escogidos entre los más sanos y fuertes. Lo más probable es que las ropas que llevaban se las hubieran prestado aquella mañana. El cuadro, desde luego, no era falso del todo: los soviéticos habían construido escuelas para los niños ucranianos y estaban en camino de erradicar el analfabetismo. Los niños que vivían a finales de 1933 sabrían leer cuando fueran adultos, y eso era lo que los soviéticos querían que viera Herriot. El francés preguntó, sin la menor ironía, qué habían almorzado los niños. De esta pregunta informal dependía la imagen de la Unión Soviética. Vasili Grossman recrearía la escena en su dos novelas mayores. Como recuerda el escritor, habían preparado a los niños para esa pregunta, y ellos dieron una respuesta plausible. Herriot creyó lo que había visto y oído, y siguió viaje a Moscú, donde fue agasajado con caviar en un palacio.[99]

Las granjas colectivas de la Unión Soviética, les dijo Herriot a los franceses a su regreso, eran huertos bien cuidados. El periódico oficial del partido,

Pravda, reprodujo con placer las observaciones de Herriot. La historia había terminado. O, tal vez, la historia estaba en otra parte.

Capítulo 2

TERROR DE CLASES

La segunda revolución de Stalin en la Unión Soviética, con la colectivización y la hambruna consiguiente, quedó en segundo plano al subir Hitler al poder en Alemania. Muchos europeos, angustiados por la nazificación de Alemania, miraron con esperanza a Moscú como posible aliado. Gareth Jones fue uno de los pocos que pudo observar los dos sistemas a principios de 1933, cuando tanto Hitler como Stalin se consolidaban en el poder. El 25 de febrero de 1933, voló con Adolf Hitler de Berlín a Frankfurt y se convirtió en el primer periodista que viajaba por aire con el nuevo canciller alemán. «Si este avión se estrellara –escribió–, toda la historia de Europa cambiaría». Jones había leído Mein Kampf y vislumbraba las ambiciones de Hitler: el dominio de Alemania, la colonización de Europa oriental, la eliminación de los judíos. Hitler, que ya era canciller, había disuelto el Reichstag y estaba en medio de una campaña electoral orientada a conseguir un mandato más amplio para sí mismo y una mayor presencia de su partido en el parlamento alemán. Jones contempló la reacción de los alemanes ante su nuevo canciller, primero en Berlín y después en un mitin en Frankfurt; percibió «una pura adoración primitiva».[1]

Jones se dirigió a Moscú, en lo que él mismo definió como el viaje desde «una tierra donde acababa de empezar la dictadura» hasta «la dictadura de la clase obrera». El periodista veía una importante diferencia entre ambos regímenes. El ascenso de Hitler significaba el inicio de un nuevo poder en Alemania. Stalin estaba por entonces asegurándose el dominio de un estado unipartidista, con un poderoso aparato policial capaz de ejercer una violencia masiva y coordinada. Su política de colectivización había requerido la muerte por las armas de decenas de miles de ciudadanos y la deportación de cientos de miles de ellos, y había llevado a millones al borde de la muerte por inanición, como Jones vio y relató. Más avanzada la década de 1930, Stalin ordenaría pasar por las armas a cientos de miles de ciudadanos soviéticos más, en campañas organizadas por clases sociales y por nacionalidades étnicas. Todo esto quedaba fuera de las posibilidades –y probablemente de las intenciones– de Hitler.[2]

A algunos de los alemanes y otros europeos que apoyaron a Hitler y su empresa, la crueldad de la política soviética les parecía un argumento a favor del nacionalsocialismo. En sus apasionados discursos de la campaña electoral, Hitler retrataba a los comunistas y al Estado soviético como los grandes enemigos de Alemania y de Europa. Durante la primera crisis de su recién estrenado mandato, explotó el miedo al comunismo para obtener más poder para sí mismo y para su gabinete. El 27 de febrero de 1933, dos días después de que Hitler y Jones aterrizaran en Frankfurt, un holandés, en solitario, prendió fuego al edificio del Parlamento alemán. Aunque el pirómano fue sorprendido en el acto y confesó, Hitler aprovechó de inmediato la ocasión para demonizar a la oposición. En una exhibición teatral de ira, gritó que «todo el que se interponga en nuestro camino será destrozado». Hitler acusó del incendio del Reichstag a los comunistas alemanes, quienes, afirmó, estaban preparando nuevos ataques terroristas.[3]

Para Hitler, el incendio del Reichstag no pudo ser más oportuno. Como jefe del gobierno pudo actuar contra sus oponentes políticos; como candidato a las elecciones, utilizó el miedo en su provecho. El 28 de febrero de 1933, un decreto suspendía los derechos de los ciudadanos alemanes y permitía su «detención preventiva». En una atmósfera de inseguridad, los nazis obtuvieron un triunfo decisivo en las elecciones del 5 de marzo, con un 43,9 por ciento de los votos y 288 escaños en el Reichstag. En las semanas y meses que siguieron, Hitler se valió de la policía alemana y de los paramilitares nazis para aplastar a los dos partidos a los que agrupaba con la etiqueta de «marxistas»: los comunistas y los socialdemócratas. El 20 de marzo, Heinrich Himmler, estrecho colaborador de Hitler, estableció en Dachau el primer campo de concentración nazi. Las SS de Himmler, un cuerpo paramilitar convertido en guardia personal de Hitler, proporcionaron el personal. Aunque los campos de concentración no eran una institución novedosa, las SS de Himmler los emplearían para la intimidación y el terror. Como les dijo un oficial SS a los guardianes de Dachau: «Si algún camarada no soporta la sangre, tendrá que renunciar. Cuantos más malnacidos

mueran, a menos tendremos que alimentar».[4]

Tras su victoria electoral, el canciller Hitler se convirtió rápidamente en el dictador Hitler. El 23 de marzo de 1933, con los primeros prisioneros ya en Dachau, el nuevo parlamento aprobó una ley de habilitación que permitía a Hitler gobernar por decreto en Alemania sin contar con el presidente ni con el Parlamento. Esta ley sería renovada y permanecería en vigor mientras Hitler viviera. Gareth Jones regresó a Berlín procedente de la Unión Soviética el 29 de marzo de 1933, un mes después de hacer el trayecto inverso, y dio una conferencia de prensa sobre el hambre en la Ucrania soviética. En la capital alemana, la peor hambruna de la historia parecía una noticia menor comparada con el establecimiento de una nueva dictadura. En realidad, el sufrimiento en la Unión Soviética ya se había convertido, durante la ausencia de Jones, en un elemento de la ascensión de Hitler al poder.[5]

Hitler había utilizado la hambruna ucraniana en su campaña electoral, convirtiendo el suceso en un asunto de furiosa política ideológica aún antes de que quedara establecido como un hecho histórico. Cuando atacaba con ira a los «marxistas», Hitler empleaba el hambre en Ucrania como acusación contra la aplicación del marxismo en la práctica. Ante una concentración en el Sportpalast de Berlín, el 2 de marzo de 1933, Hitler proclamó que «millones de personas se mueren de hambre en un lugar que podría ser el granero del mundo». Con una sola palabra, marxista, Hitler vinculaba las muertes masivas en la Unión Soviética con los socialdemócratas alemanes, que eran el baluarte de la República de Weimar. Para la mayoría, era más fácil aceptar (o rechazar) esta perspectiva como un todo que separar la verdad de la falsedad. Para quienes no estaban familiarizados con la política soviética, es decir, para casi todos, aceptar la valoración que hizo Hitler de la hambruna significaba un paso adelante hacia la aceptación de su condena de la política de izquierdas, una condena que, en su retórica, se mezclaba con el rechazo de la democracia como tal.[6]

Las propias políticas de Stalin facilitaron a Hitler la elaboración de sus argumentos, porque ambos poseían una visión binaria del mundo político. Stalin, concentrado en la colectivización y el hambre, realizó sin pensarlo gran parte del trabajo ideológico que ayudó a Hitler a llegar al poder. Cuando Stalin empezó a colectivizar la agricultura en la Unión Soviética, la Internacional Comunista dio instrucciones a los partidos comunistas hermanos de que siguieran la línea de «clase contra clase». Los comunistas debían mantener su pureza ideológica y evitar alianzas con los socialdemócratas. Sólo los comunistas tenían un papel legítimo en el progreso humano, y los otros que decían hablar en nombre de los oprimidos eran estafadores y «socialfascistas». Había que agruparlos con los partidos de la derecha, entre los que incluían a los nazis. En Alemania, los comunistas debían considerar como sus peores enemigos a los socialdemócratas y no a los nazis.

En la segunda mitad de 1932 y los primeros meses de 1933, durante su larga gestación de la catástrofe, a Stalin le habría sido difícil abandonar la línea internacional de «clase contra clase». La lucha de clases contra los kulak era al fin y al cabo la explicación oficial de los terribles sufrimientos y las muertes en masa dentro de la Unión Soviética. En la política interior alemana, esta línea impidió a la izquierda del país unirse en contra de Hitler. Además, los meses cruciales de la hambruna fueron también críticos para el futuro de Alemania. La insistencia de los comunistas alemanes en la necesidad de una revolución de clases inmediata sirvió para que los nazis ganaran votos de las clases medias. También provocó que los empleados y los trabajadores autónomos prefirieran votar nazi antes que socialdemócrata. Aún así, los comunistas y los socialdemócratas juntos tenían más apoyo popular que los nazis; pero la línea de Stalin impidió que pudieran trabajar juntos. En todos estos aspectos, la postura inflexible de Stalin en política exterior durante la colectivización y el hambre en la Unión Soviética ayudó a Hitler a ganar las elecciones de julio de 1932 y de marzo de 1933.[7]

Mientras que las verdaderas consecuencias de las políticas económicas de Stalin fueron ocultadas a la prensa extranjera, Hitler llamaba adrede a la atención hacia sus políticas de redistribución, que figuraron entre las primeras medidas que tomó como dictador. En el mismo periodo en que la hambruna llegaba a su

punto culminante en la Unión Soviética, el estado alemán empezó a robar a sus ciudadanos judíos. Después de la victoria electoral del 5 de marzo de 1933, los nazis organizaron un boicot económico a los negocios judíos en Alemania. Al igual que la colectivización, los boicots mostraban qué sector de la sociedad perdería más con las futuras transformaciones sociales y económicas: no los campesinos, como en la URSS, sino los judíos. Los boicots, aunque dirigidos cuidadosamente por los líderes y los paramilitares nazis, se presentaban como resultado de la «ira espontánea» del pueblo ante la explotación judía.[8]

En este aspecto, las políticas de Hitler se parecían a las de Stalin. El líder soviético presentaba el desarraigo del campo soviético y la supresión de los kulaks como el resultado de una auténtica lucha de clases. La conclusión política fue la misma en Berlín que en Moscú: el Estado debía intervenir para garantizar que la necesaria redistribución fuera relativamente pacífica. Mientras que en 1933 Stalin había adquirido la autoridad y el poder de coerción para forzar la colectivización a escala masiva, Hitler tuvo que moverse mucho más despacio. El boicot tuvo un efecto limitado, y su consecuencia principal fue la emigración de unos 37 000 judíos alemanes en 1933. Hasta cinco años después no se produciría la transferencia de propiedades de los judíos a los alemanes no judíos, que los nazis llamaron «arianización».[9]

La Unión Soviética partió de una situación de aislamiento internacional y, con la ayuda de muchos simpatizantes extranjeros, consiguió controlar su imagen con cierto éxito. Muchos concedían a Stalin el beneficio de la duda, incluso cuando sus políticas cambiaron de los disparos a la deportación y el hambre. Hitler, por su parte, tuvo que contar con una opinión internacional entre la que había voces críticas y ataques. La Alemania de 1933 estaba llena de periodistas internacionales y otros viajeros, y Hitler necesitaba paz y comercio durante los años venideros. De modo que, aunque dio por terminado el boicot, utilizó los comentarios negativos de la prensa extranjera para fundamentar las razones de las políticas más radicales que preparaba. Los nazis insistían en que los periódicos europeos y norteamericanos estaban controlados por los judíos, y que cualquier crítica extranjera formaba parte de la conspiración judía internacional contra el pueblo alemán.[10]

A sí pues, un legado importante de los boicots de la primavera de 1933 fue de orden retórico. Hitler introdujo un argumento que ya nunca dejaría de usar, incluso mucho después, cuando sus ejércitos habían conquistado gran parte de Europa y sus instituciones estaban asesinando a millones de judíos: hicieran lo que hicieran Alemania y los alemanes, la razón era que se estaban defendiendo del judaísmo internacional. Los judíos siempre eran los agresores; los alemanes, las víctimas.

Al principio, el anticomunismo de Hitler fue más útil en política interior que su antisemitismo. Para controlar el Estado alemán tenía que deshacerse de comunistas y socialdemócratas. En el curso de 1933, unos doscientos mil alemanes fueron encarcelados, la mayoría de ellos hombres considerados opositores de izquierdas. El terror de Hitler en 1933 tenía por objeto la intimidación antes que la eliminación: la mayoría de estas personas fueron liberadas después de pasar breves periodos bajo lo que los nazis llamaban eufemísticamente «custodia preventiva». Al partido comunista se le impidió ocupar los ochenta y un escaños que había ganado en las elecciones; pronto, todas sus propiedades fueron requisadas por el estado. En julio de 1933, en Alemania era ilegal pertenecer a cualquier partido político que no fuera el nazi. En noviembre, los nazis escenificaron unas elecciones parlamentarias en las que sólo sus candidatos podían participar y ganar. Hitler había convertido rápidamente Alemania en un estado unipartidista, y ciertamente no el estado unipartidista que Stalin hubiera esperado. El partido comunista alemán, que fue durante años el más importante en el exterior de la Unión Soviética, quedó disuelto en cuestión de pocos meses. Su derrota fue un serio golpe para el prestigio del movimiento comunista internacional.[11]

Al principio, Stalin parecía confiar en que las relaciones especiales germano-soviéticas podrían preservarse a pesar de la llegada de Hitler al poder. Desde 1922, los dos Estados habían mantenido acuerdos de colaboración militar y económica, en el entendimiento tácito de que ambos estaban interesados en la

remodelación de Europa del Este a expensas de Polonia. El acuerdo de Rapallo de 1922 fue confirmado por el pacto de neutralidad expresado en el Tratado de Berlín, firmado en 1926 y prorrogado por cinco años más en 1931. La señal más clara de las buenas relaciones y los propósitos comunes eran las maniobras militares alemanas en suelo soviético. Pero éstas llegaron a su fin en 1933. En enero de 1934, la Alemania nazi firmó con Polonia una declaración de no agresión. Este movimiento sorpresa parecía marcar una reorientación de base en la política exterior germana. Daba la impresión de que Varsovia había reemplazado a Moscú como socio preferente en el Este. ¿Combatirían juntos alemanes y polacos contra la Unión Soviética?[12]

La nueva relación de Alemania con Polonia probablemente le importó a Stalin más que la opresión de los comunistas alemanes. El propio Stalin siempre dirigía la política exterior sobre dos planos, el diplomático y el ideológico, uno orientado a los Estados y el otro a las sociedades, incluida la suya. En el primero de los planos tenía al comisario para asuntos exteriores, Maxim Litvinov; en el segundo, a la Internacional Comunista. Probablemente suponía que el enfoque de Hitler era muy parecido y, por lo tanto, que su abierto anticomunismo no impediría las buenas relaciones entre Berlín y Moscú. Pero el acercamiento a Polonia añadía lo que parecía diplomacia antisoviética a la ideología anticomunista. Como Stalin había sospechado correctamente, Hitler intentaba reclutar a Polonia como aliado de menor entidad en una cruzada contra la Unión Soviética. Mientras se desarrollaban las negociaciones germano-polacas a finales de 1933, a los líderes soviéticos les preocupaba con razón que los alemanes estuvieran intentando obtener territorios polacos en el oeste a cambio de la promesa de que Polonia podría más tarde anexionarse territorios de la Ucrania soviética. Polonia, sin embargo, nunca mostró interés en las proposiciones alemanas de extender el acuerdo en ese sentido. La declaración germano-polaca no incluyó, de hecho, ningún protocolo secreto de cooperación militar contra la URSS, a pesar de lo que proclamaban la inteligencia y la propaganda soviéticas. Aún así, Hitler tenía intenciones de utilizar la declaración germano-polaca como principio de un acercamiento a Varsovia que culminaría en una alianza militar contra la URSS. En 1934 se preguntaba en voz alta qué incentivos serían necesarios.[13]

En enero de 1934, la Unión Soviética parecía encontrarse en una posición desastrosa. Su política interior había hecho morir de hambre a millones de ciudadanos; su política exterior había ayudado a llevar al poder a un peligroso dictador anticomunista, Hitler, quien había firmado la paz con el anterior enemigo común de alemanes y soviéticos, Polonia.

Stalin tomó la vía de escape retórica e ideológica. En el congreso del partido comunista soviético de enero-febrero de 1934, conocido como «El congreso de los vencedores», Stalin proclamó que se había completado una segunda revolución dentro de la Unión Soviética. Las hambrunas, la experiencia más inolvidable de los pueblos soviéticos, no fueron mencionadas; se difuminaron dentro de un relato general de cómo Stalin y su séquito de leales habían superado la resistencia de los enemigos para hacer realidad el Plan Quinquenal. Lázar Kaganóvich saludó a su señor, Stalin, como el creador de «la mayor revolución que la historia de la humanidad haya conocido jamás». El triunfo de Hitler, pese a las apariencias, era una señal de la cercana victoria del sistema comunista en el mundo. La brutalidad de los nazis revelaba que el capitalismo se hundiría pronto bajo sus propias contradicciones y que la revolución europea estaba a la vuelta de la esquina.[14]

Esta interpretación sólo tenía sentido para los revolucionarios convencidos, los comunistas ya ligados a su líder por la fe y por el miedo. Hacía falta una mentalidad especial para creer sinceramente que las cosas serían mejores cuanto peor fuera su aspecto. A tales razonamientos los llamaban «dialéctica», pero en este caso la palabra, a pesar de su ilustre origen desde los griegos a través de Hegel y Marx, significaba poco más que la capacidad psicológica de adaptar las propias percepciones a las cambiantes expresiones de la voluntad de Stalin.[15] Por su parte, Stalin sabía que la retórica no bastaba. Incluso mientras proclamaba que la revolución de Hitler era una señal de la próxima victoria socialista, se apresuró a cambiar su política interior. No siguió vengándose año

tras año de los campesinos ucranianos. Los campesinos tendrían que vivir, asustados e intimidados, pero produciendo los alimentos que necesitaba el Estado soviético. La política soviética permitía ahora que cada campesino cultivara una pequeña parcela, equivalente a un huerto particular, para su propio consumo. Los cupos de requisita y los objetivos de exportación detuvieron su escalada irracional. El hambre en la Unión Soviética llegó a su fin en 1934.[16]

El ascenso de Hitler fue una oportunidad para presentar a la Unión Soviética como la defensora de la civilización europea, y Stalin la aprovechó más de un año después, en junio de 1934. Según la nueva línea de la Internacional Comunista, difundida por entonces, la política ya no era una cuestión de «clase contra clase». Ahora, la Unión Soviética y los partidos comunistas de todo el mundo se unirían en una alianza de «antifascistas». Mejor que enzarzarse en una lucha inflexible de clases, los comunistas rescatarían a la civilización de la marea ascendente del fascismo. El fascismo, término popularizado por Mussolini en Italia, era interpretado por los soviéticos como una corrupción del capitalismo tardío. Aunque la expansión del fascismo auguraba el final del viejo orden capitalista, su odio maligno hacia la Unión Soviética –continuaba el razonamiento estalinista– justificaba los compromisos de soviéticos y comunistas con otras fuerzas capitalistas (en defensa de la Unión Soviética). Los comunistas europeos debían redefinirse como «antifascistas» y cooperar con los socialdemócratas y otros partidos de la izquierda. Se esperaba de los comunistas de Europa que formaran “frentes populares”, alianzas con los socialdemócratas y demás partidos de izquierdas para conseguir ganar en las elecciones. Por el momento, los comunistas trabajarían dentro de las democracias y no en pos de su destrucción.[17]

Desde luego, estas consignas llegaban demasiado tarde para los comunistas y socialdemócratas alemanes. Pero en la Europa occidental y del sur, las personas preocupadas por la expansión de Hitler y del fascismo celebraron el nuevo enfoque soviético. Al presentar a la Unión Soviética como la patria del «antifascismo», Stalin buscaba detentar el monopolio del bien. Sin duda, la gente razonable estaría del lado de los antifascistas y no de los fascistas. La conclusión era que cualquiera que estuviera en contra de la Unión Soviética probablemente sería un fascista, o por lo menos un simpatizante del fascismo. Durante el periodo del Frente Popular; de junio de 1934 a agosto de 1939, unos tres cuartos de millón de ciudadanos soviéticos serían fusilados por orden de Stalin, y una cantidad mayor deportados al Gulag. La mayor parte de las víctimas eran campesinos y obreros, la gente a la que se suponía que el sistema social soviético debía servir. El resto, en general, eran miembros de minorías étnicas. Igual que el ascenso de Hitler al poder había dejado en segundo plano el hambre soviética de 1933, la actual respuesta de Stalin distraería la atención del Gran Terror.[18]

El Frente Popular gozó de grandes posibilidades de éxito en las democracias occidentales europeas más distantes de la Unión Soviética, Francia y España. El mayor triunfo se produjo en París, donde un gobierno del Frente Popular llegó al poder en mayo de 1936. Los partidos de izquierda (incluidos los radicales de Herriot) ganaron las elecciones y el socialista Léon Blum se convirtió en primer ministro. Los comunistas franceses, parte de la coalición electoral victoriosa, no se sumaron formalmente al gobierno, pero aseguraron la mayoría parlamentaria e influyeron en la política. De este modo obtuvieron votos para las reformas, aunque lo que más les importaba a los comunistas era garantizar que la política exterior francesa fuera amistosa con la Unión Soviética. En París, el Frente Popular fue considerado un triunfo de la izquierda tradicional francesa; pero muchos, entre ellos los refugiados políticos de la Alemania nazi, lo vieron como un éxito de los soviéticos, e incluso como la confirmación de que estos apoyaban la democracia y la libertad. La presencia del Frente Popular en Francia hizo mucho más difícil que algunos de los intelectuales europeos más destacados criticaran a la Unión Soviética.[19]

En España, una coalición de partidos formó también un Frente Popular que ganó las elecciones de febrero de 1936. Los acontecimientos dieron un giro inesperado: en julio, oficiales del ejército apoyados por grupos de extrema derecha intentaron un golpe de estado para derrocar al gobierno electo. El gobierno resistió, y empezó la guerra civil española. Aunque para los españoles se trataba de una guerra interna, las ideologías confrontadas de la era del

Frente Popular tomaron partido. La Unión Soviética empezó a suministrar armas a la acuciada República española en octubre de 1936, mientras que la Alemania nazi y la Italia fascista apoyaron a las fuerzas derechistas dirigidas por el general Francisco Franco. La guerra civil española estrechó las relaciones entre Berlín y Roma y centró la atención de la política soviética en Europa. Durante meses, España estuvo a diario en primera plana de los periódicos soviéticos más importantes.[20]

España se convirtió en una llamada a las armas para los socialistas europeos, que acudieron a combatir al lado de la República en peligro y muchos de los cuales daban por supuesto que la Unión Soviética estaba con la democracia. Uno de los socialistas europeos más perspicaces, George Orwell, se sintió desalentado al ver la lucha de los estalinistas por dominar la izquierda española dentro del Frente Popular. Desde su punto de vista, los soviéticos habían exportado sus prácticas políticas junto con sus armas. La ayuda de Stalin a la República española tenía un precio: el derecho a emprender luchas de facciones dentro del territorio español. El mayor rival de Stalin, Trotski, aún vivía, si bien en el lejano exilio mexicano, y muchos de los españoles defensores de la República se sentían más próximos a la persona de Trotski que a la Unión Soviética de Stalin. Pronto, la propaganda soviética pintaba a los trotskistas españoles como fascistas, y se envió a España a agentes del NKVD para matarlos por su «traición».[21]

Los enemigos del Frente Popular lo presentaban como una conspiración de la Internacional Comunista para dominar el mundo. El Frente Popular proporcionó a Japón y a Alemania un pretexto adecuado para consolidar sus relaciones. El 25 de noviembre de 1936, Alemania y Japón firmaron el Pacto Anticomintern, que obligaba a los dos Estados a consultarse mutuamente en caso de ataque. El acuerdo de mayo de 1936 entre los servicios de información alemán y japonés permitió el intercambio de inteligencia sobre la Unión Soviética e incluyó un plan para que ambos países utilizaran contra ella los movimientos nacionalistas de los territorios fronterizos de la URSS.[22]

Desde la perspectiva soviética, la amenaza japonesa era más inmediata que la alemana. Durante la primera mitad de 1937, Alemania parecía ser un peligro añadido al de Japón y no a la inversa. La política japonesa estaba dominada por dos expectativas contrapuestas de expansión imperial, una hacia el sur y otra hacia el norte. Una importante camarilla del ejército japonés veía en los recursos de Siberia la llave para el futuro desarrollo económico del país. Manchukuo, el satélite de Japón en Manchuria, tenía una larga frontera con la Siberia soviética, y siempre había sido vista como una plataforma de lanzamiento para una invasión. Los japoneses jugaban con la idea de establecer un estado títere ucraniano en el territorio soviético de Siberia oriental, a partir del millón de ucranianos que vivían allí como deportados o colonos. Tokio pensaba que los ucranianos deportados al Gulag seguramente se opondrían al poder soviético si tuvieran asegurado el respaldo exterior. Los espías polacos que estaban al corriente de la idea la llamaban "Manchukuo número dos".[23]

Los japoneses tenían ciertamente un interés a largo plazo en Siberia. Una academia especial japonesa de Manchukuo, en la ciudad de Harbin, ya había preparado una primera generación de jóvenes imperialistas que hablaban ruso, como Chiune Sugihara. Éste fue uno de los negociadores de un acuerdo por el cual los soviéticos, en 1935, vendieron a los japoneses sus derechos sobre el ferrocarril de Manchuria. Sugihara, además, estaba a cargo de la oficina de asuntos exteriores de Manchukuo. Convertido a la religión ortodoxa y casado con una mujer rusa, Sugihara se hacía llamar Sergei y pasaba la mayor parte del tiempo en el barrio ruso de Harbin, donde había hecho amistad con exiliados rusos a los que reclutaba para misiones de espionaje en la Unión Soviética. El drama del duelo soviético-japonés en el Extremo Oriente atrajo la atención de Gareth Jones, quien viajó a Manchuria ese mismo año. El galés, con su instinto infalible para la noticia, acertaba al ver en esa región el escenario principal del conflicto global entre «fascismo» y «antifascismo». Pero Jones, en circunstancias algo misteriosas, fue secuestrado y asesinado por unos bandidos. [24]

Stalin debía preocuparse no sólo de un ataque japonés directo contra la Siberia soviética, sino también de la consolidación de un imperio japonés en Extremo Oriente. Manchukuo era una colonia japonesa arrebatada al territorio chino; quizá planearan crear otras. China tenía la frontera más extensa con la Unión Soviética y una política inestable. El gobierno nacionalista chino llevaba la delantera en la guerra civil que mantenía contra el partido comunista chino. En la Larga Marcha, las tropas comunistas chinas lideradas por Mao Zedong se habían visto obligadas a retirarse al norte y al oeste del país. Sin embargo, ninguno de los dos bandos parecía capaz de conseguir nada parecido a un monopolio de la fuerza en China. Incluso en las regiones que controlaban, los nacionalistas dependían de señores de la guerra locales. Y, lo que quizá era más importante para Stalin, los nacionalistas y los comunistas eran incapaces de unirse para frenar el avance japonés.

La política exterior soviética debía buscar el equilibrio entre el apoyo a los partidos hermanos (menos importante) y la seguridad del estado soviético (más importante). Aunque, en principio, la Internacional Comunista apoyaba a los comunistas chinos, Stalin dio armas y fondos al gobierno nacionalista con la esperanza de pacificar la frontera. En la provincia china de mayoría musulmana de Xinjiang, que tenía una extensa frontera con el Kazajistán soviético, Stalin adoptó también una postura ajena a la ideología. Apoyó al señor de la guerra local, Sheng Shicai, y envió ingenieros y mineros para explotar los recursos naturales y hombres del NKVD para garantizar la seguridad.[25]

En conjunto, el acercamiento germano-japonés puede verse como la consumación de un cerco al territorio de la Unión Soviética por parte de Japón, Alemania y Polonia. Estos eran los tres vecinos más importantes de la Unión Soviética; también eran tres Estados que la habían derrotado (a la URSS o al Imperio Ruso) en guerras libradas en vida de Stalin. Aunque Alemania perdió la Primera Guerra Mundial, sus tropas vencieron al ejército ruso en el frente oriental en 1917. Japón humilló al ejército y a la marina rusos en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905. Polonia había derrotado al Ejército Rojo en fecha tan reciente como 1920. Y en aquellos momentos, después de los tratados germano-polaco y germano-japonés, las tres potencias parecían haberse aliado contra la Unión Soviética. Si el Pacto Anticomintern y la declaración de no agresión germano-polaca hubieran incluido realmente protocolos secretos relativos a una guerra contra la Unión Soviética, Stalin hubiera estado en lo cierto en cuanto al cerco. Pero en realidad no fue así, y una alianza ofensiva entre Tokio, Varsovia y Berlín era altamente improbable, si no imposible. Aunque las relaciones de Polonia con Japón eran buenas, Varsovia no quería dar ningún paso que pudiera interpretarse como hostil a la Unión Soviética. Polonia declinó la invitación alemana de unirse al Pacto Anticomintern.[26]

Parte del talento político de Stalin residía en su habilidad para asociar las amenazas exteriores con los fallos de su política interior, como si ambas cosas fueran la misma y él no fuera responsable de ninguna. Esto lo eximía de los fracasos políticos y le permitía definir a los que consideraba enemigos interiores como agentes de potencias extranjeras. En fecha tan temprana como 1930, cuando los problemas de la colectivización se hicieron evidentes, Stalin ya hablaba de conspiraciones internacionales con la participación de partidarios de Trotski y diversas potencias extranjeras. Era obvio, proclamó Stalin, que «mientras exista el cerco capitalista seguirá habiendo derrotistas, espías, saboteadores y asesinos entre nosotros». Cualquier problema de la política soviética era culpa de estados reaccionarios que querían ralentizar el curso de la historia. Todos los fallos aparentes del Plan Quinquenal procedían de una intervención extranjera: en consecuencia, las peores penalidades eran obra de traidores y la culpa siempre estaba en Varsovia, Tokio, Berlín, Londres o París. [27]

En aquellos años, el estalinismo contenía, por lo tanto, una especie de doble bluf. El éxito del Frente Popular dependía de una información sobre los avances del socialismo que era, en gran medida, pura propaganda. Por otra parte, la explicación del hambre y la miseria en casa residía en la subversión extranjera, una idea que, en esencia, carecía de fundamento. Stalin a la cabeza del aparato del partido soviético y de la Internacional Comunista, utilizaba ambas mentiras

de forma simultánea, pero sabía bien cómo podrían volverse ciertas: con una intervención militar extranjera de un Estado lo bastante hábil para alistar a ciudadanos soviéticos que hubieran sufrido sus políticas. El poder de la combinación de guerra extranjera y oposición interna era, después de todo la primera lección de la historia de los soviets. El mismo Lenin había sido el arma secreta de Alemania en la Primera Guerra Mundial; la propia revolución bolchevique fue un efecto colateral de la política exterior alemana de 1917. Veinte años después, Stalin hubo de temer que sus oponentes dentro de la Unión Soviética utilizaran la inminencia de una guerra para derrocar su régimen. Trotski estaba en el exilio, igual que lo había estado Lenin en 1917. Durante una guerra, Trotski podía regresar y reunir a sus seguidores, como había hecho Lenin veinte años antes.[28]

En 1937 Stalin no tenía ninguna oposición política relevante dentro del partido comunista soviético; pero, al parecer, esto sólo le llevó a creer que sus enemigos habían aprendido a mantenerse invisibles. Igual que había hecho en el apogeo de la hambruna, aquel año sostuvo que los enemigos más peligrosos del Estado fingían ser inofensivos y leales. Todos los enemigos, incluso los invisibles, debían ser desenmascarados y erradicados. El 7 de noviembre de 1937, vigésimo aniversario de la revolución bolchevique (y el quinto del suicidio de su esposa), Stalin hizo un brindis: «Destruiremos sin piedad a todo aquel que, por sus hechos o por sus pensamientos –sí, ¡sus pensamientos!– amenace la unidad del estado socialista. ¡Por la completa destrucción de todos los enemigos, de ellos y de su estirpe!»[29]

A diferencia de Hitler, Stalin tenía a su disposición la herramienta para llevar a cabo semejante política: la policía estatal, antes conocida como Chelea y OGPU, y que por entonces se llamaba NKVD. La policía estatal soviética había surgido durante la revolución bolchevique, cuando era llamada Chelea. Su misión al principio había sido más política que legal: la eliminación de opositores a la revolución. Una vez establecida la Unión Soviética, la Chelea (OGPU, NKVD) se convirtió en una nutrida fuerza de policía estatal encargada de la defensa de la ley. En situaciones consideradas de excepción, como la colectivización de 1930, se suspendían los procedimientos legales y los agentes del OGPU (a la cabeza de troikas) actuaban en la práctica como jueces, jurados y ejecutores. Ello suponía un retorno a la tradición revolucionaria de la Cheka, y se justificaba por la existencia de una situación igualmente revolucionaria, ya fuera de avance hacia el socialismo o de amenaza para el mismo. Con el fin de estar en condiciones de aplastar a los que había elegido como enemigos en la segunda mitad de los años treinta, Stalin necesitaría que el NKVD reconociera que se estaba produciendo alguna suerte de crisis que requiriera ese tipo de medidas especiales.[30]

Un dramático asesinato le dio a Stalin la oportunidad de afianzar su poder sobre el NKVD. En diciembre de 1934 uno de los camaradas más cercanos a Stalin, Sergéi Kírov, fue asesinado en Leningrado. Stalin explotó el asesinato de Kírov de forma similar a como Hitler había usado el incendio del Reichstag el año anterior. Acusó del crimen a los opositores políticos internos y afirmó que estaban planeando otros ataques terroristas contra líderes soviéticos. Aunque el asesino, Leonid Nikolaev, fue arrestado el mismo día del atentado, Stalin no se contentaría con una simple acción policial. Hizo que se promulgara una ley especial que permitía la ejecución expeditiva de los «terroristas». Haciendo hincapié en la amenaza del terrorismo, declaró que los oponentes del ala izquierda de su anterior politburó planeaban asesinar a los líderes soviéticos y derrocar el poder de los soviets.[31]

La interpretación que hizo Stalin del asesinato de Leningrado constituía un desafío directo a la policía estatal soviética. La suya no era una teoría que el NKVD fuera proclive a aceptar, entre otras cosas porque no había pruebas. Cuando el jefe del NKVD, Genrikh Yagoda, se atrevió a elevar preguntas a Stalin, se le dijo que tuviera cuidado o podría ser «reprendido». Stalin encontró un cómplice, Nikolái Yezhov, dispuesto a propagar su versión de los acontecimientos. Yezhov, un hombre de diminuta estatura procedente de la frontera lituano-polaca, ya era conocido por su opinión de que la oposición estaba en sintonía con el terrorismo. En febrero de 1935 se hizo cargo de una «comisión de control» que recogía información comprometida sobre los miembros del comité central y la entregaba al politburó. Stalin y Yezhov veían conspiraciones por todas partes y se reforzaban mutuamente en sus sospechas. Stalin terminó por confiar en Yezhov e incluso, en un raro gesto de intimidad, llegó hasta expresar preocupación por

su salud. Yezhov se convirtió en adjunto de Yagoda y después lo sustituyó. En septiembre de 1936 Yezhov fue nombrado comisario de asuntos interiores, al mando del NKVD. En cuanto a Yagoda, primero se le dio otro cargo y dos años después fue ejecutado.[32]

A partir de agosto de 1936, Yezhov acusó a los anteriores opositores políticos de Stalin de delitos imaginarios en juicios farsa. Las confesiones de estos hombres conocidos atrajeron la atención mundial. Lev Kámenev y Grigory Zinóviev, que habían sido en un tiempo aliados de Trotski y opositores de Stalin, fueron juzgados entre el 19 y el 24 de agosto. Confesaron haber participado en una trama terrorista para asesinar a Stalin y, junto con otros catorce hombres, fueron sentenciados a muerte y ejecutados. Aquellos viejos bolcheviques habían sido intimidados y golpeados, y estaban haciendo poco más que repetir los diálogos de un guión. Pero sus confesiones, a las que se dio amplio crédito, ofrecieron una especie de historia alternativa de la Unión Soviética, en la que Stalin había tenido razón desde siempre. En los siguientes juicios farsa, Stalin incluso siguió la misma cadencia de finales de los años veinte: después de deshacerse de sus antiguos opositores por la izquierda, Kámenev y Zinóviev, se volvió contra su antiguo oponente por la derecha, Nikolái Bujarin. Años atrás, en 1928, cuando el debate aún era posible, Bujarin había amenazado con denunciar a Stalin como organizador de la hambruna. Aunque nunca cumplió su amenaza, murió de todos modos. Trotski, que no podía ser sometido a juicio porque estaba en el extranjero, era el supuesto cabecilla. El periódico del partido, Pravda establecía una conexión clara en un titular de agosto de 1936: «Trotski-Zinóviev-Kámenev-Gestapo». ¿Podían ser estos tres bolcheviques, hombres que habían construido la Unión Soviética, agentes a sueldo de las potencias capitalistas? ¿Eran estos tres bolcheviques de origen judío probables agentes de la policía secreta estatal de la Alemania nazi? No lo eran, pero la acusación fue tomada en serio incluso fuera de la URSS.[33]

Para muchos europeos y norteamericanos, los juicios farsa eran sencillamente juicios, y las confesiones probaban la culpabilidad. Algunos observadores simpatizantes de la Unión Soviética los vieron como un resultado positivo: la socialista británica Beatrice Webb, por ejemplo, se congratulaba de que Stalin hubiera «cortado la madera muerta». Otros simpatizantes de los soviéticos sin duda sofocaron sus dudas sobre la base de que la URSS era el enemigo de la Alemania nazi y por lo tanto la esperanza de la civilización. La opinión pública europea estaba tan polarizada en 1936 que era muy difícil criticar al régimen soviético sin que ello pareciera un respaldo al nacionalsocialismo y a Hitler. Desde luego, se trataba de la lógica bipolar compartida por el nacionalsocialismo y el Frente Popular: Hitler llamaba «marxistas» a sus enemigos, y Stalin llamaba «fascistas» a los suyos.[34] Ambos coincidían en que no había término medio.

Stalin nombró a Yezhov al mismo tiempo que decidía intervenir en España; los juicios farsa y el Frente Popular eran, desde su punto de vista, la misma política. El Frente Popular aceptaba las definiciones de amigos y enemigos siguiendo, claro está, la línea cambiante de Moscú. Como toda apertura a fuerzas políticas no comunistas, exigía una intensa vigilancia tanto en el interior como en el extranjero. Para Stalin, la guerra civil española era una guerra contra el fascismo armado de España y sus aliados exteriores y, al mismo tiempo, una lucha contra los enemigos del ala derecha e internos. Creía débil al gobierno español porque era incapaz de encontrar y matar a suficientes espías y traidores. La Unión Soviética era tanto un Estado como una visión, tanto un sistema político interno como una ideología internacionalista. Su política exterior fue siempre política interior, y a la inversa. Esas eran su fuerza y su debilidad.[35]

Como percibió Orwell, la versión de un enfrentamiento con el fascismo europeo que publicitaban los soviéticos coincidió con la purga sangrienta de opositores internos pasados o potenciales. Se instalaron comisiones soviéticas en Barcelona y Madrid justo cuando empezaban los juicios farsa en Moscú. El enfrentamiento con el fascismo en España justificaba la vigilancia en la Unión Soviética, y las purgas de la Unión Soviética justificaban la vigilancia en España. La guerra civil española reveló que Stalin estaba decidido, a pesar de la retórica de pluralismo del Frente Popular, a eliminar toda oposición a su versión del socialismo. Orwell fue testigo de cómo los comunistas provocaban choques en Barcelona en mayo de 1937 y, después, de cómo el gobierno español, en deuda con

Moscú, prohibía el partido trotskista. Como escribió Orwell acerca de la escaramuza de Barcelona: «Esta escuálida reyerta en una ciudad lejana es más importante de lo que pueda parecer a primera vista». Tenía toda la razón. Stalin pensaba que en Barcelona se había revelado una quinta columna fascista. El suceso ponía de manifiesto la simple y poderosa lógica estalinista, por encima de la geografía y de la realidad política local. Fue el tema de un capítulo memorable de su Homenaje a Cataluña, las memorias de guerra que mostraron, por lo menos a algunos izquierdistas y demócratas, que el fascismo no era el único enemigo.[36]

Dentro de la Unión Soviética, las confesiones de los juicios farsa parecían evidenciar conspiraciones organizadas, a las que Yezhov llamaba «centros», respaldadas por agencias de espionaje extranjeras. A finales de junio de 1937, Yezhov informó al comité central del partido en Moscú de las conclusiones a las que había llegado. Había, comunicó Yezhov a la elite del partido, una conspiración principal, un «centro de centros» que abarcaba a todos los opositores políticos, a las fuerzas armadas e incluso al NKVD. Su finalidad era nada menos que la destrucción de la Unión Soviética y la restauración del capitalismo en sus territorios. Los agentes del «centro de centros» no se detendrían ante nada, ni ante la castración de los carneros sementales (un acto de sabotaje que Yezhov mencionó explícitamente). Todo ello justificaba purgas dentro del partido, el ejército y el NKVD. Ocho altos mandos de las fuerzas armadas fueron sometidos a juicios farsa ese mismo mes, y casi la mitad de los generales del Ejército Rojo serían ejecutados en los meses siguientes. De los 139 miembros del comité central que habían participado en el congreso del partido en 1934 (el Congreso de los Vencedores), 98 fueron pasados por las armas. En total, la depuración de las fuerzas armadas, de las instituciones del estado y del partido comunista se tradujo en unas cincuenta mil ejecuciones.[37]

Durante esos mismos años de 1934-1937, Hitler también empleaba la violencia para reforzar su control sobre las instituciones del poder: el partido, la policía y los ejércitos. Como Stalin, Hitler recreó su propio ascenso al poder y acabó con algunos de los que le habían ayudado. Aunque la escala de los asesinatos fue mucho menor, las purgas de Hitler dejaron claro que la ley, en Alemania, estaba sujeta a los caprichos del líder. A diferencia de Stalin, que había subordinado el NKVD a su propia autoridad, Hitler usó el terror como medio para desarrollar su cuerpo paramilitar favorito, las SS, y reafirmar la superioridad de éste por encima de las diversas fuerzas policiales del estado en Alemania. Mientras que Stalin empleaba sus purgas para intimidar a las fuerzas armadas soviéticas, Hitler se ganó las simpatías de los generales alemanes al eliminar a un nazi a quien el alto mando del ejército veía como una amenaza.

El objetivo más prominente de la purga de Hitler fue Ernst Rohm, el líder de uno de los cuerpos paramilitares, los camisas pardas de las SA. Las SA habían ayudado a Hitler a reforzar su autoridad personal, a intimidar a los opositores (y a los votantes) y a llegar al poder en 1933. La lucha callejera de las SA le resultaba menos útil al Hitler canciller de lo que lo había sido para el Hitler político. En 1933 y 1934 Rohm había hablado de la necesidad de una segunda revolución, una idea que Hitler rechazó. Además, Rohm alimentaba ambiciones personales que no encajaban con los planes de reconstrucción del ejército alemán de Hitler. Rohm sostenía que sus SA reflejaban mejor el espíritu nazi que las fuerzas armadas, a las que deseaba controlar personalmente. Sus tres millones de camisas pardas de las SA superaban con mucho a los trescientos mil soldados que el Tratado de Versalles permitía a las fuerzas armadas alemanas. Hitler quería romper con las obligaciones del tratado, pero reconstruyendo el ejército en lugar de reemplazarlo o fusionarlo con un cuerpo paramilitar.[38]

A finales de junio de 1934, Hitler ordenó a las SS el asesinato de Rohm y de varias docenas de sus asociados, así como de otros rivales dentro del movimiento y algunos otros políticos. El jefe de las SS era Heinrich Himmler; quien hacía hincapié en la pureza racial, la formación ideológica y la lealtad personal a Hitler. En la que fue conocida como «la noche de los cuchillos largos», Hitler empleó a uno de los cuerpos paramilitares, las SS, para dominar al otro, las SA, refrendó el trabajo de Himmler y acabó con Rohm y con docenas de personas más. El 14 de julio de 1935 comunicó al parlamento que habían sido ejecutados setenta

y cuatro hombres; el verdadero número fue, al menos, de ochenta y cinco, varios de los cuales eran diputados parlamentarios nazis. Sostuvo, naturalmente, que Rohm y los demás habían planeado un golpe contra el gobierno legítimo y que tuvo que detenerlo antes de que actuaran. Además de a la jefatura de las SA, la purga sangrienta de Hitler alcanzó a conservadores y anteriores jefes del gobierno. De los tres cancilleres que lo precedieron, uno fue asesinado, otro arrestado, y el tercero huyó.[39]

Como las SS habían sido el instrumento de la campaña de asesinatos, Himmler se acercó más al centro del poder. Las SS, ahora separadas de las SA, se convirtieron en la institución más poderosa dentro del Partido Nacionalsocialista. Tras la Noche de los Cuchillos Largos, su labor consistiría en subordinar las diversas instituciones policiales alemanas a la ideología nazi. Himmler procuraría mezclar sus SS con las fuerzas policiales alemanas normales mediante la rotación de personal y la centralización de las instituciones bajo su mando personal. En 1936, Hitler nombró a Himmler jefe de la policía alemana. Esto lo colocó a cargo de los hombres uniformados de la policía de orden, de los detectives de la policía criminal y de los efectivos de la policía secreta, la Gestapo. La policía era una institución del Estado (o, mejor dicho, abarcaba una serie de instituciones del Estado diversas) y las SS eran una institución del partido nazi; Himmler quería reunir a ambas. En 1937, estableció el cargo de SS Obergruppenführer y Jefe de Policía, jefes regionales que en teoría lideraban tanto fuerzas de las SS como de la policía, y unificó la jerarquía de mando.[40]

Tan importante como la elevación de las SS sobre las SA fue la mejora de las relaciones entre Hitler y los generales. La ejecución de Rohm le valió a Hitler una deuda de gratitud por parte del alto mando militar. Hasta 1934, el ejército había sido la única institución estatal importante que Hitler no había dominado por completo. Una vez que el dictador demostró que su plan era reconstruir el ejército en lugar de aplastarlo con las SA, la situación cambió rápidamente. Cuando el presidente alemán murió, unas semanas después, los militares respaldaron la elevación de Hitler a la jefatura del Estado. Hitler nunca usó el título de presidente; prefería el de líder. Desde agosto de 1934, los soldados alemanes harían un juramento incondicional de lealtad personal a Hitler, y desde entonces se dirigían a él como «mi líder». Ese mismo mes, los títulos de Hitler como «líder y canciller del Reich» fueron confirmados en un plebiscito nacional. En marzo de 1935, Hitler renunció públicamente a los compromisos de Alemania para con el Tratado de Versalles, reintrodujo el servicio militar obligatorio y empezó a reconstruir las fuerzas armadas alemanas.[41]

Como Stalin, Hitler demostraba su control de los órganos de poder presentándose como víctima de tramas y librándose a continuación de sus enemigos, reales o imaginarios. Al mismo tiempo, iba creando instrumentos de coerción similares a los que Stalin había heredado de Lenin y de la revolución bolchevique. Dentro de Alemania, las SS y la policía alemana no llegaron nunca a los niveles de terror organizado del NKVD en la Unión Soviética. La Noche de los Cuchillos Largos, con sus docenas de víctimas, quedaba muy por debajo de las purgas soviéticas del partido, las fuerzas armadas y el NKVD, en las que decenas de miles de personas fueron ejecutadas, muchas más de las que eliminó el régimen nazi antes de la Segunda Guerra Mundial. Las SS necesitarían tiempo y práctica antes de poder rivalizar con el NKVD. Himmler consideraba a sus mandos «soldados ideológicos», pero es tos solamente cumplirían su misión de conquista y dominio racial a la zaga de soldados auténticos: tras las líneas en Polonia después de 1939 o en la Unión Soviética después de 1941.[42]

La lógica del terror interno de Hitler se orientaba hacia una futura guerra ofensiva, que sería realizada y expandida por una Wehrmacht leal a Hitler y convertida en guerra de destrucción por las SS y la policía. Sólo en ese sentido estaban justificados los temores de Stalin acerca de una guerra. Sin embargo, los alemanes no contaban en sus planes con la posible ayuda de la población soviética en esa futura contienda. En este aspecto, el escenario de una unión de enemigos extranjeros con opositores internos que Stalin imaginaba era del todo inexistente. Por lo tanto, el terror aumentado que desató Stalin sobre su propia población en 1937 y 1938 fue totalmente infructuoso y, en realidad, contraproducente.

Las purgas soviéticas dentro del ejército, el partido y el NKVD fueron el preludio al Gran Terror de Stalin, que en 1937 y 1938 se llevó las vidas de cientos de miles de personas por motivos de clase o de nacionalidad. Los interrogatorios de decenas de miles de personas generaron una multitud de «organizaciones», «tramas» y «grupos», categorías en las que podían caer cada vez más ciudadanos soviéticos. Las ejecuciones de miembros del partido comunista provocaron, por supuesto, temores dentro del mismo partido, pero éste solía quedar exento siempre que sus miembros siguieran las directrices de Stalin del verano de 1937 y estuvieran de acuerdo en perseguir a los verdaderos enemigos dentro de la masa de la sociedad soviética. Las purgas también sirvieron para poner a prueba la lealtad del NKVD, ya que su jefatura fue cambiada a capricho de Stalin, y los agentes no tuvieron más remedio que mirar mientras purgaban a sus colegas. Sin embargo, en verano de 1937 la acosada NKVD fue lanzada contra grupos sociales que muchos de sus agentes sí podían considerar enemigos. Durante meses, la cúpula del poder en la Unión Soviética había estado planeando un golpe contra un grupo al que tal vez los agentes temían: los kulaks.[43]

Los kulaks eran campesinos, los tenaces supervivientes de la revolución de Stalin, que habían superado la colectivización, la hambruna y, muy a menudo, el Gulag. Como clase social, el kulak (campesino próspero) nunca existió en realidad; el término fue más bien una clasificación de los soviéticos que cobró vida propia. El intento de «liquidar a los kulaks» durante el primer Plan Quinquenal había acabado con una cantidad enorme de personas, pero en lugar de destruir una clase creó otra: la de los que habían sido estigmatizados y reprimidos, pero que habían sobrevivido. Los millones de personas que fueron deportadas o huyeron durante la colectivización fueron consideradas a partir de entonces como kulaks, y a veces aceptaban esa denominación. Los líderes soviéticos tuvieron que advertir que la revolución había creado sus propios opositores. En el pleno del comité central del partido comunista de febrero y marzo de 1937, algunos oradores extrajeron la conclusión lógica. Había «elementos ajenos» que corrompían al proletariado puro de las ciudades. Los kulaks eran «enemigos apasionados» del sistema soviético.[44]

Ser un kulak no sólo significaba haber sufrido, sino también haber sobrevivido a traslados a distancias enormes. La colectivización había empujado a millones de kulaks al Gulag o a las ciudades, en viajes de cientos o miles de kilómetros. Al menos tres millones de campesinos se habían convertido en trabajadores asalariados durante el primer Plan Quinquenal. Ese era el plan, después de todo: convertir la Unión Soviética de un país agrícola a un país industrial. Probablemente, doscientas mil personas que fueron marcadas como kulaks pudieron alcanzar las ciudades antes de que las ejecutaran o deportaran. Unos cuatrocientos mil kulaks habían logrado escapar de los asentamientos especiales, algunos a las ciudades, la mayoría al campo. Decenas de miles más habían cumplido sus condenas y habían abandonado los campos de concentración y los asentamientos. Las sentencias de cinco años al Gulag emitidas en 1930, 1931 y 1932 supusieron liberaciones masivas en 1935, 1936 y 1937.[45]

La previsión de los optimistas había sido que los desplazamientos y los castigos despojarían a los kulaks de sus nocivos orígenes sociales y los convertirían en ciudadanos soviéticos. Para la segunda mitad de la década de 1930, el estalinismo había abandonado tal esperanza. La misma movilidad social intrínseca a su política de industrialización se estaba desmoronando. Los kulaks regresaban y se incorporaban a las granjas colectivas: era posible que encabezaran rebeliones, como habían hecho otros campesinos en 1930. Los kulaks retornaban a un orden social que era tradicional de muchas maneras. Stalin sabía, por el censo de 1937 que él mismo suprimió, que una mayoría de adultos seguía desafiando el ateísmo del estado soviético y creía en Dios. Veinte años después de la revolución bolchevique, la pervivencia de la fe religiosa era sorprendente y quizá inquietante. ¿Reconstruirían los kulaks la sociedad tal como había sido? [46]

Los kulaks sentenciados más tarde o a penas más largas en el Gulag seguían deportados en Siberia o Kazajistán, en el este de la Unión Soviética o en Asia central: ¿no apoyaría esa gente una invasión japonesa? El NKVD informó en junio de 1937 que los kulaks exiliados en Siberia constituían «una amplia base para construir una rebelión». Sin duda, en el caso de que una potencia extranjera apoyara una guerra, los kulaks combatirían contra el poder soviético. Mientras

tanto, eran el enemigo en casa. Una política represiva sentó las bases para otra: los kulaks exiliados no amaban a la Unión Soviética, y su residencia actual, tan lejos de sus hogares, estaba cerca de una amenaza extranjera, el imperio japonés en expansión.[47]

Los informes del NKVD sobre Extremo Oriente lo presentaban como el posible escenario de una alianza entre opositores internos y una potencia extranjera. En abril de 1937 habían estallado revueltas contra la presencia soviética en la provincia china de Xinjiang. En el estado títere japonés de Manchukuo, los japoneses reclutaban emigrados rusos que establecían contactos con los kulaks exiliados de Siberia. Según el NKVD, una «Unión General Militar Rusa» respaldada por Japón, planeaba incitar a los kulaks exiliados a rebelarse cuando se produjera la invasión japonesa. En junio de 1937, el NKVD regional recibió permiso para llevar a cabo arrestos masivos y ejecuciones de personas sospechosas de colaborar con la «Unión General Militar Rusa». Los objetivos de la operación deberían ser kulaks exiliados y antiguos oficiales del ejército imperial ruso que, se suponía, estaban al mando. Naturalmente, había muchos más de los primeros que de los segundos. Y así empezó el asesinato de los kulaks en su exilio siberiano.[48]

Los líderes soviéticos siempre consideraron la amenaza japonesa como la mitad oriental de un cerco capitalista en el que estaban implicadas Polonia y la Alemania nazi. Los preparativos para una guerra contra Japón en Asia eran también los preparativos de una guerra en Europa. Precisamente porque muchos kulaks estaban regresando a sus hogares en aquellos momentos desde Asia a Europa, era posible imaginarse redes de enemigos que se extendían de un extremo al otro de la Unión Soviética. Aunque las ejecuciones de campesinos empezaron en Siberia, al parecer Stalin decidió castigar a los kulaks no sólo en el exilio del este sino en toda la Unión Soviética.

En un telegrama del 2 de julio de 1937 titulado «Sobre los elementos antisoviéticos», Stalin y el politburó impartieron órdenes generales sobre acciones masivas de represión en todas las regiones de la URSS. La cúpula de los soviets responsabilizaba a los kulaks de las recientes oleadas de sabotajes y criminalidad, lo que en la práctica quería decir que en la Unión Soviética nada había ido mal. El politburó ordenó que las oficinas provinciales del NKVD llevaran un registro de todos los kulaks residentes en sus regiones respectivas y que recomendaran cupos de ejecuciones y deportaciones. La mayoría de los oficiales regionales del NKVD pidió que se les permitiera añadir a las listas a varios «elementos antisoviéticos». Para el 11 de julio, el politburó tenía ya una primera tanda de listas de personas a perseguir. A iniciativa de Stalin, estas cifras se redondearon añadiendo en cada caso «mil más». La importancia de la operación se puso de relieve con esta clara señal a la policía estatal: debía hacer algo más que sentenciar a quienes ya figuraban en sus archivos. Con el fin de demostrar su diligencia en aquel clima de amenazas y purgas, los oficiales del NKVD tendrían que encontrar aún más víctimas.[49]

Stalin y Yezhov querían «la liquidación física directa de la contrarrevolución al completo», es decir, la eliminación de los enemigos «de una vez por todas». Los cupos revisados se reenviaron de Moscú a las regiones como parte de la orden 00447, fechada el 30 de julio de 1937, titulada «Sobre las operaciones para reprimir a antiguos kulaks, criminales y otros elementos antisoviéticos». En ella, Stalin y Yezhov preveían la ejecución de 79 950 ciudadanos soviéticos y la sentencia de 193 000 más a penas de entre ocho y diez años en el Gulag. No es que el politburó o la oficina central del NKVD en Moscú tuvieran en mente a 172 950 personas determinadas, quedaba por ver qué ciudadanos soviéticos llenarían esos cupos: las ramas locales del NKVD lo decidirían.[50]

Los cupos de muerte y prisión se llamaban oficialmente «límites», aunque todos los implicados sabían que debían ser superados. Los miembros locales del NKVD debían explicar por qué no podían alcanzar un «límite», y se les animaba a excederlos. Ningún agente del NKVD deseaba dar la impresión de que le faltara energía para enfrentarse a la «contrarrevolución», en especial cuando la línea de Yezhov era «mejor excederse que quedarse cortos». No fueron 79 950 personas, sino cinco veces más, las ejecutadas en la acción contra los kulaks. A finales de 1938, el NKVD había ejecutado a 386 798 ciudadanos soviéticos en cumplimiento de la orden 00447.[51]

La orden 00447 debía ser puesta en práctica por la misma institución que había llevado el terror al campo soviético a principios de la década de 1930: la

comisión de tres personas o troika. Compuestas por un jefe regional del NKVD, un líder regional del partido y un fiscal regional, las troikas eran las responsables de convertir los cupos en ejecuciones, los números en cadáveres. El cupo total para la Unión Soviética se dividió entre sesenta y cuatro regiones, cada una con su troika correspondiente. En la práctica, las troikas estaban dominadas por los jefes del NKVD, quienes generalmente presidían las reuniones. Los fiscales tenían órdenes de ignorar los procedimientos legales. Los jefes del partido y otros responsables no eran expertos en cuestiones de seguridad y temían convertirse ellos mismos en objetivos. Los jefes del NKVD se sentían en su elemento.[52]

El cumplimiento de la orden 00447 empezó por el vaciado de los archivos. El NKVD tenía ciertos materiales sobre los kulaks, ya que kulak era una categoría creada por el Estado. Los criminales, el segundo grupo mencionado en la orden, eran, por definición, gente que había tenido algún encuentro previo con el sistema judicial. En la práctica, los demás «elementos antisoviéticos» eran simplemente todos aquellos que estuvieran fichados por el NKVD local. Los agentes del NKVD, ayudados por la policía, llevaron a cabo investigaciones en «sectores operacionales» en cada una de las sesenta y cuatro zonas. Un «grupo operacional» reunía una lista de personas a interrogar, que eran arrestadas, obligadas a confesar e incitadas a implicar a otros.[53]

Las confesiones se obtenían bajo tortura. El NKVD y otros órganos policiales aplicaban el «método de la correa de transmisión», consistente en interrogatorios ininterrumpidos de día y de noche. Lo complementaba el «método de la permanencia», en el que los sospechosos eran obligados a permanecer de pie en fila cerca de una pared y los golpeaban si la tocaban o si se dormían. Con las prisas para cumplir los cupos, a menudo los agentes se limitaban a golpear a los prisioneros hasta que confesaban. Stalin lo autorizó el 2,1 de julio de 1937. En la Bielorrusia soviética, los interrogadores sumergían la cabeza del prisionero en una letrina y lo golpeaban cuando intentaba levantarse. Algunos interrogadores empleaban confesiones estándar a las que añadían los datos personales del prisionero y cambiaban algún detalle. Otros obligaban a los prisioneros a firmar páginas en blanco y las rellenaban después en sus ratos libres. Así era como los órganos del soviet de enmascaraban al enemigo y trasladaban su pensamiento a los archivos.[54]

Las cifras llegaban de la central, pero los cadáveres se hacían en destino. Las troikas que llevaban a la práctica la orden 00447 eran responsables de las sentencias a los prisioneros, sin necesidad de que se confirmaran en Moscú y sin posibilidad de apelación. Los tres miembros de la troika se reunían de noche con los agentes investigadores, escuchaban un breve informe de cada caso y la sentencia recomendada: o muerte o Gulag; muy pocos arrestados escapaban a una sentencia. Las troikas casi siempre aceptaban las recomendaciones. Manejaban cientos de casos a la vez, a un ritmo de sesenta por hora o más; la vida o la muerte de un ser humano se decidía en un minuto o menos. En una sola noche, la troika de Leningrado, por ejemplo, sentenció a muerte a 658 prisioneros del campo de concentración de Solovki.[55]

El terror prevalecía en el Gulag como en todas partes. Se hace difícil entender cómo podrían amenazar al Estado Soviético los internos de los campos; pero, como las regiones de la URSS, el sistema del Gulag tenía su propio cupo de muertes, que había que alcanzar o superar. Puesto que las personas definidas como kulaks podían ser peligrosas, también lo eran las que habían sido encarceladas como tales: ésa era la lógica. Los campos del kulak tuvieron un cupo inicial de diez mil ejecuciones, aunque al final fueron ejecutados 30 178 prisioneros. Omsk, una ciudad del suroeste de Siberia cuyos alrededores estaban llenos de colonos de los asentamientos especiales deportados durante la colectivización, fue escenario de una de las campañas más crueles. El jefe del NKVD en la zona había solicitado ya una cuota especial de ocho mil ejecuciones el 1 de agosto de 1937, antes de que la orden 00447 entrara en vigor. Sus hombres llegaron a sentenciar a 1301 personas en una sola noche.[56]

La operación contra los kulaks se llevaba en secreto. Nadie, ni siquiera el condenado, escuchaba las condenas. Los sentenciados simplemente eran llevados, primero a algún tipo de prisión y después a un camión de carga o al lugar de la ejecución. Estos lugares se elegían o se instalaban con gran discreción. Las muertes se ejecutaban siempre de noche y en sitios aislados, en habitaciones insonorizadas bajo tierra, en grandes edificios, como garajes en los que el

ruido amortiguaba los disparos, o en bosques, lejos de lugares habitados. Los ejecutores eran siempre agentes del NKVD y solían usar pistolas Nagan. Dos hombres sujetaban al prisionero por los brazos y el ejecutor disparaba un solo tiro desde atrás en la base del cráneo y después, a menudo, otro «disparo de control» en la sien. «Tras la ejecución –especificaba un manual de instrucciones– los cuerpos se depositarán en una fosa cavada previamente. Después serán enterrados cuidadosamente y se camuflará la fosa». Cuando llegó el invierno de 1937 y la tierra se congeló, las fosas se hacían empleando explosivos. Todos cuantos tomaban parte en estas operaciones debían jurar guardar secreto, y muy pocas personas estaban directamente implicadas. Un equipo de sólo quince hombres del NKVD de Moscú ejecutó a 20 761 personas en Butovo, a las afueras de Moscú, en 1937 y 1938.[57]

La operación contra los kulaks implicó ejecuciones de principio a fin. En septiembre de 1937 Yezhov informó a Stalin, con evidente orgullo, de que 35 454 personas habían sido pasadas por las armas. Durante el año 1937, no obstante, el número de condenas al Gulag excedió al de las sentencias de muerte. Con el tiempo, los nuevos asentamientos fueron dedicándose más a las ejecuciones que a albergar a exiliados. Al final, el número de personas ejecutadas en la operación contra los kulaks fue más o menos el mismo que el de las enviadas al Gulag (387 326 y 389 070 respectivamente). El cambio del exilio a la ejecución se hizo por razones prácticas: era más fácil matar que deportar, y los campos se llenaban rápidamente y no se consideraban de utilidad para muchos de los deportados. Una investigación en Leningrado condujo a la ejecución –no a la deportación– de treinta y cinco personas sordomudas. En la Ucrania soviética, el jefe del NKVD, Izrail Leplevskii, ordenó a sus oficiales que ejecutaran a los más viejos en lugar de deportarlos. En tales casos, los ciudadanos soviéticos eran ejecutados por ser quienes eran.[58]

La Ucrania soviética, donde la «resistencia kulak» había sido general durante la colectivización, fue uno de los centros importantes de la matanza. Leplevskii amplió el marco de la orden 00447 Para Que incluyera a presuntos nacionalistas ucranianos, que desde la época de la hambruna habían sido tratados como una amenaza a la integridad territorial de la Unión Soviética. 40 530 personas fueron arrestadas en Ucrania acusadas de nacionalismo. En un caso, se arrestó a unos ucranianos acusándolos de haber solicitado alimentos a Alemania en 1933. Cuando los cupos (ya aumentados dos veces) para la Ucrania soviética se cubrieron en diciembre de 1937, Leplevskii pidió más. En febrero de 1938, Yezhov aumentó en 23 650 personas el cupo de muertes para la república. En total, en 1937 y 1938 los hombres del NKVD ejecutaron a 70 868 habitantes de Ucrania en la operación kulak. El índice de ejecuciones por otras sentencias fue especialmente alto en la región durante 1938. Entre enero y agosto, 35 563 personas fueron ejecutadas, mientras que sólo 830 que fueron enviadas a los campos. La troika del distrito de Stalino, por ejemplo, se reunió siete veces entre julio y septiembre de 1938 y sentenció a muerte a todos y cada uno de los 1102 acusados a los que juzgó. Del mismo modo, la troika de Voroshilovgrad sentenció a muerte a las 1226 personas cuyos casos revisó en septiembre de 1938.[59]

Estas cifras espeluznantes significaron ejecuciones regulares y masivas junto a numerosas y grandes zanjas de la muerte. En las ciudades ucranianas, los trabajadores con antecedentes kulak reales o imaginarios eran sentenciados a muerte acusados de alguna suerte de sabotaje y solían ser ejecutados el mismo día. En Vinnitsa, los sentenciados a muerte eran maniatados, amordazados y conducidos a un túnel de lavado de coches. Allí los esperaba un camión con el motor encendido para amortiguar el sonido de los disparos. Después, cargaban los cuerpos en el camión y los llevaban a algún lugar de la ciudad: tal vez a un huerto, a un parque o a un cementerio. Para realizar su trabajo, los hombres del NKVD cavaron no menos de ochenta y siete fosas comunes en Vinnitsa y sus alrededores.[60]

Tanto los juicios farsa como la operación contra los kulaks le dieron a Stalin la ocasión de recrear los años de finales de la década de 1920 y principios de la de 1930, su periodo de mayor vulnerabilidad política, pero esta vez con resultados previsibles. Sus anteriores opositores políticos, que representaban la época del debate sobre la colectivización, fueron eliminados físicamente, lo mismo que los kulaks, que encarnaban la época de la resistencia masiva a la colectivización. Igual que la eliminación de las élites del partido confirma a Stalin como sucesor de Lenin, el asesinato de kulaks ratificaba su

interpretación de las políticas de Lenin. Si la colectivización había conducido al hambre y la muerte masiva, la culpa había sido de los muertos y de los servicios de inteligencia extranjeros que de alguna manera lo habían organizado todo. Si la colectivización había creado resentimiento entre la población, también era culpa de la misma gente que la había sufrido y de sus supuestos apoyos extranjeros. Precisamente, y ante todo, porque la política de Stalin había sido tan desastrosa, su defensa exigía una lógica tan tortuosa y muertes masivas. Una vez tomadas aquellas medidas podía presentarlas como el veredicto de la historia.[61]

Pero aunque Stalin presentara sus políticas como inevitables, estaba abandonando (sin admitirlo) el marxismo que había permitido a los líderes debatir acerca del futuro y pretender conocerlo. En la medida en que el marxismo es una ciencia de la historia, su ámbito natural es la economía y el objeto de su investigación son las clases sociales. Incluso según las más toscas interpretaciones leninistas del marxismo, la gente se opone a la revolución debido a sus antecedentes de clase. Pero con el estalinismo algo estaba cambiando: los intereses convencionales de la seguridad del Estado se habían infiltrado en el lenguaje marxista y lo habían cambiado de forma inalterable. Los acusados en los juicios farsa habían traicionado a la Unión Soviética supuestamente en beneficio de intereses extranjeros. Conforme a la acusación, la suya era una lucha de clases sólo en el sentido más atenuado e indirecto: se suponía que habían ayudado a Estados que representaban a los imperialistas que cercaban a la patria del socialismo.

Aunque la acción contra los kulaks parecía a primera vista terror de clases, la matanza iba dirigida, como en la Ucrania soviética, contra «nacionalistas». También en este caso el estalinismo introducía algo nuevo. En la versión leninista del marxismo, se esperaba que las nacionalidades abrazaran el proyecto soviético a medida que su progreso social coincidiera con la construcción del Estado. Así pues, la cuestión de los campesinos estaba al principio ligada a la cuestión nacional de forma positiva: las gentes que pasaran del campesinado a las clases trabajadoras, administrativas o profesionales adquirirían conciencia nacional como leales ciudadanos soviéticos. Ahora, con Stalin, la cuestión campesina estaba ligada a la cuestión nacional en sentido negativo. La toma de conciencia nacional ucraniana por los campesinos de Ucrania era peligrosa. La mayor parte de las víctimas de la orden 00447 en la Ucrania soviética fueron ucranianas, pero un porcentaje desproporcionado fueron polacas. En este caso, la conexión entre clase y nación era quizá más explícita. Los agentes del NKVD lo resumían en una frase: «Si es polaco, será kulak».[62]

El terror nazi de 1936-1939 se desarrolló sobre líneas parecidas, castigando usualmente a los miembros de grupos sociales políticamente definidos por ser quienes eran y no a personas por acciones individuales. Para los nazis, la categoría más importante era la de los «asociales», a los que consideraban contrarios a su visión del mundo, y que a veces lo eran realmente. Se trataba de los homosexuales, vagabundos y personas tenidas por alcohólicas, adictas a drogas o reacias a trabajar. También lo eran los Testigos de Jehová, que rechazaban las premisas de la visión nazi con mucha más firmeza que la mayoría de los otros cristianos alemanes. El gobierno nazi consideraba a estas personas como alemanes desde el punto de vista racial, pero corruptas y, por lo tanto, debían ser mejoradas mediante el confinamiento y el castigo. Como el NKVD soviético, la policía alemana realizó redadas organizadas por distritos en 1937 y 1938, con cupos numéricos para sectores específicos de la población y, también como el NKVD, solía sobrepasar esos cupos en su celo por demostrar su lealtad e impresionar a sus superiores. El resultado de los arrestos, sin embargo, era distinto: casi siempre el confinamiento, muy raramente la ejecución.[63]

La represión nazi de estos grupos sociales indeseables exigió la creación de una red de campos de concentración. A los campos de Dachau y Lichtenberg, ambos fundados en 1933, se añadieron los de Sachsenhausen (1936), Buchenwald (1937) y Flossenberg (1938). En comparación con el Gulag, estos cinco campos eran modestos. Mientras que un millón de ciudadanos soviéticos trabajaban en los campos de concentración y los asentamientos especiales soviéticos a finales de 1938, el número de ciudadanos alemanes en los campos de concentración de su

país era de unos veinte mil. Teniendo en cuenta la diferencia de población, el sistema soviético de campos de concentración era en aquella época unas veinticinco veces mayor que el alemán.[64]

En aquel momento, el terror soviético no sólo era mayor en dimensión, sino que también era incomparablemente más letal. Nada en la Alemania de Hitler se acercó ni remotamente a la ejecución de casi cuatrocientas mil personas en dieciocho meses realizada en la Unión Soviética bajo la orden 00447. En 1937 y 1938, 267 personas fueron sentenciadas a muerte en la Alemania nazi, en comparación con las 378 326 sentencias a muerte sólo en la operación contra los kulaks en la Unión Soviética. De nuevo, teniendo en cuenta la diferencia de población, las posibilidades que tenía un ciudadano soviético de ser ejecutado en la acción contra los kulaks eran unas siete veces mayores que las que tenía un ciudadano alemán de ser sentenciado a muerte en la Alemania nazi por cualquier delito.[65] Tras la purga de las cúpulas y la reafirmación de su dominio sobre las instituciones clave, tanto Stalin como Hitler llevaron a cabo limpiezas sociales en 1937 y 1938. Pero la acción contra los kulaks no fue la totalidad del Gran Terror. Esta podía considerarse, o al menos presentarse, como una guerra de clases. Pero cuando la Unión Soviética mataba a enemigos de clase también estaba matando a enemigos étnicos.

A finales de la década de 1930, el régimen nacionalsocialista de Hitler era bien conocido por su racismo y su antisemitismo, pero fue la Unión Soviética de Stalin la que emprendió las primeras campañas de exterminio de nacionalidades enemigas internas.

Capítulo 3 TERROR NACIONAL

Las personas pertenecientes a minorías nacionales «deben ser puestas de rodillas y eliminadas como perros rabiosos». No era un oficial de las SS el que hablaba, sino un líder del partido comunista, en el espíritu de las operaciones contra las nacionalidades del Gran Terror de Stalin. En 1937 y 1938, un cuarto de millón de ciudadanos soviéticos fueron ejecutados básicamente por motivos étnicos. En teoría, los planes quinquenales debían conducir a la Unión Soviética a un florecimiento de las culturas nacionales bajo el socialismo. En la práctica, la Unión Soviética de finales de los años treinta fue una tierra de persecuciones nacionales sin parangón. Mientras el Frente Popular presentaba a la Unión Soviética como el hogar de la tolerancia, Stalin ordenaba el exterminio de varias nacionalidades soviéticas. La minoría étnica europea más perseguida en la segunda mitad de la década de 1930 no fueron los aproximadamente cuatrocientos mil judíos alemanes (cifra que iba menguando por la emigración) sino los seiscientos mil polacos soviéticos (cifra que iba menguando por las ejecuciones).[1]

Stalin fue un pionero de los asesinatos en masa de nacionalidades, y los polacos fueron las víctimas principales entre las nacionalidades soviéticas. A la minoría nacional polaca, como a los kulaks, se la culpaba de los fracasos de la colectivización. La justificación para ello se inventó durante la hambruna de 1933 y se aplicó después durante el Gran Terror de 1937 y 1938. En 1933, el jefe del NKVD en Ucrania, Vsevolod Balytskyi, explicó las muertes de hambre masivas como la provocación de un conciliábulo de espías al que llamó la «Organización Militar Polaca». Según Balytskyi, esta organización se había infiltrado en la rama ucraniana del partido comunista y había respaldado a los nacionalistas ucranianos y polacos, que sabotearon la cosecha y después utilizaron los cadáveres de los campesinos ucranianos como propaganda antisoviética. Se suponía que el grupo había inspirado la «Organización Militar Ucraniana» nacionalista, un calco de la polaca que realizaba el mismo trabajo y compartía con ella la responsabilidad de la hambruna.[2]

En realidad se trataba de una invención inspirada en la historia. En los años treinta no existía ninguna Organización Militar Polaca en la Ucrania soviética ni en ninguna parte. Existió una vez, durante la guerra polaco-bolchevique de 1919-1920, como grupo de reconocimiento del ejército polaco. La Organización Militar Polaca fue sofocada por la Cheka y quedó disuelta en 1921. Balytskyi conocía la historia, puesto que había tomado parte en su desarticulación y destrucción. En los años treinta los espías polacos no tuvieron ningún papel político en Ucrania. No habían tenido capacidad de actuación ni siquiera en 1930 y 1931, cuando la URSS era más vulnerable y aún podían enviar agentes a través

de la frontera, y no tenían la intención de intentarlo tras el pacto de no agresión soviético-polaco iniciado en enero de 1932. Después de la hambruna, perdieron la confianza que pudiera quedarles en su capacidad de entender el sistema soviético, y mucho menos de cambiarlo. Los espías polacos se quedaron atónitos cuando se produjo la hambruna y fueron incapaces de elaborar una respuesta. Precisamente porque en realidad no había ninguna amenaza polaca en 1933, Balytskyi había podido manipular los símbolos del espionaje polaco a voluntad. Era típico del estalinismo: siempre resultaba más fácil sacar provecho de las supuestas acciones de una «organización» inexistente.[3]

La «Organización Militar Polaca», según afirmó Balytskyi en el verano de 1933, había infiltrado en la Unión Soviética a incontables agentes que se hacían pasar por comunistas huidos de la persecución en su Polonia natal. En realidad, el comunismo era marginal e ilegal en Polonia, y los comunistas polacos veían la Unión Soviética como su refugio natural. Aunque la inteligencia militar de Polonia sin duda intentó reclutar comunistas polacos, la mayoría de los izquierdistas de ese país que acudieron a la Unión Soviética eran simples refugiados políticos. Los arrestos de exiliados políticos polacos en la Unión Soviética empezaron en julio de 1933. El dramaturgo polaco comunista Witold Wandurski fue encarcelado en agosto de 1933 y obligado a confesar su pertenencia a la Organización Militar Polaca. Una vez documentado el vínculo entre el comunismo y el espionaje polacos en los protocolos del interrogatorio, más comunistas polacos fueron arrestados en la URSS. El comunista polaco Jerzy Sochacki dejó un mensaje escrito con su propia sangre antes de morir arrojándose al vacío en una cárcel de Moscú en 1933: «Soy fiel al partido hasta el final».

[4]

La «Organización Militar Polaca» proporcionó la coartada para convertir a los polacos en chivo expiatorio de los fracasos políticos soviéticos. Después de la firma de la declaración de no agresión germano-polaca de enero de 1933, los polacos fueron acusados no sólo de la hambruna sino también del empeoramiento de la posición internacional de la Unión Soviética. Ese mes, Balytskyi acusó a la «Organización Militar Polaca» de la pervivencia del nacionalismo ucraniano. En marzo de 1934, 10 800 ciudadanos soviéticos de nacionalidad polaca o alemana fueron arrestados en Ucrania. En 1935, mientras que el nivel de actividad del NKVD decrecía en el conjunto de la Unión Soviética, seguía creciendo en la Ucrania soviética, con especial atención hacia los polacos. En febrero y marzo de 1935, 41 650 polacos, alemanes y kulaks fueron reasentados desde el este al oeste de Ucrania. Entre junio y septiembre de 1936, 69 283 personas, la mayoría polacos soviéticos, fueron deportadas de Ucrania a Kazajistán. Los diplomáticos polacos estaban confusos antes estas acciones. Polonia seguía una política de equidistancia entre la Unión Soviética y la Alemania nazi: acuerdos de no agresión con ambos, alianzas con ninguno de ellos.[5]

La «Organización Militar Polaca» conjurada durante la hambruna de 1933 se mantuvo como pura fantasía burocrática en la Ucrania soviética, y después se adaptó para justificar el terror nacional contra los polacos en toda la URSS. Stalin dio una primera pista en diciembre de 1934 al pedir que el polaco Jerzy Sosnowski fuera expulsado del NKVD. Sosnowski, que mucho tiempo atrás fuera miembro de la Organización Militar Polaca real, había sido reformado en la Cheka y trabajó productivamente para los soviets durante más de una década. En parte debido a que la policía estatal soviética había sido fundada por un comunista polaco, Feliks Dzierzytiski, muchos de sus oficiales más destacados eran polacos, a menudo reclutados en los primeros tiempos. Yezhov, el jefe del NKVD, al parecer se sentía amenazado por estos oficiales polacos veteranos; ciertamente, estaba obsesionado con los polacos en general. Inclinado a creer en complicadas tramas orquestadas por agencias de inteligencia extranjeras, situaba a Polonia en el puesto de honor porque los polacos, desde su punto de vista, «lo saben todo». La investigación de Sosnowski, que fue arrestado en diciembre de 1933, quizá hizo que Yezhov se fijara en la Organización Militar Polaca histórica.[6]

Yezhov siguió la campaña antipolaca de Balytskyi en Ucrania, y después reformuló el concepto. Coincidiendo con el inicio de los juicios públicos de 1936 en Moscú, Yezhov le tendió una trampa a su subordinado Balytskyi. Mientras comunistas destacados confesaban en la capital, Balytskyi informó desde Kiev que la «Organización Militar Polaca» había sido refundada en Ucrania. Sin duda, sólo quería recabar atención y recursos para él y su aparato local en un momento de

pánico en temas de seguridad. Sin embargo, en un giro de los acontecimientos que debió de sorprender a Balytskyi, Yezhov declaró que la «Organización Militar Polaca» era un peligro aún mayor de lo que aseguraba Balytskyi. No era un asunto para el NKVD regional de Kiev sino para la central de Moscú. Balytskyi, que se había inventado la trama de la «Organización Militar Polaca», perdía así el control de su invento. Pronto se obtuvo una confesión del comunista polaco Tomasz Dąbal, quien afirmó haber sido el director de la organización en toda la Unión Soviética.[7]

Gracias la iniciativa de Yezhov, la «Organización Militar Polaca» perdió todo resto de sus orígenes históricos y regionales y se convirtió en una amenaza para la Unión Soviética. El 16 de enero de 1937, Yezhov le presentó a Stalin su teoría de una gran conspiración y después, con su permiso, la trasladó a un pleno del comité central. En marzo, Yezhov purgó al NKVD de agentes polacos. Aunque Balytskyi no era polaco, sino ucraniano, se encontró en una situación muy incómoda. Si la «Organización Militar Polaca» era tan importante, preguntó Yezhov, ¿por qué Balytskyi no había estado más atento? De este modo, Balytskyi, que había convocado el fantasma de la «Organización Militar Polaca», se convirtió en víctima de su propia creación. En mayo cedió su puesto en Ucrania a su antiguo adjunto, Izrail Leplevskii, el oficial del NKVD que con tanta energía había conducido la operación kulak en la Ucrania soviética. El 7 de julio, Balytskyi fue arrestado bajo la acusación de espionaje al servicio de Polonia. Una semana más tarde, su nombre fue suprimido del estadio en el que jugaba sus partidos de fútbol el Dinamo de Kiev, y reemplazado por el de Yezhov. Balytskyi fue ejecutado en noviembre.[8]

En junio de 1937, cuando Yezhov introdujo el imaginario «centro de centros» para explicar la acción contra los kulaks y los juicios farsa en curso, anunció además la amenaza de la no menos irreal «Organización Militar Polaca». Ambas entidades estaban presuntamente conectadas. Igual que la justificación de la acción contra los kulaks, la justificación de la acción contra los polacos permitía reescribir la historia soviética de modo que la responsabilidad de todos los problemas políticos recayera sobre sus enemigos, y que tales enemigos quedaran definidos claramente. En la versión de Yezhov, la «Organización Militar Polaca» había estado activa en toda la Unión Soviética desde el principio y había penetrado no sólo en el Partido Comunista, sino también en el Ejército Rojo y en el NKVD. Había permanecido invisible (según Yezhov) precisamente por su envergadura: tenía agentes en las altas esferas, capaces de enmascararse y ocultar sus acciones.[9]

El 11 de agosto de 1937, Yezhov emitió la orden 00485 con el mandato de que el NKVD se encargara de la «total liquidación de las redes de espías de la Organización Militar Polaca». Aunque la orden 00485 fue promulgada poco después del principio de la operación contra los kulaks, su contenido radicalizó notablemente el Terror. A diferencia de la orden 00447, dirigida contra enemigos ya familiares y que, al menos en teoría, eran enemigos de clase, la 00485 trataba a un grupo nacional como enemigo del estado. La orden antikulaks, desde luego, también incluía a los criminales y fue aplicada a nacionalidades y enemigos políticos de diversas clases, pero por lo menos tenía una débil aureola de análisis de clases. Los kulaks como grupo podían describirse en términos marxistas, pero declarar que ciertas naciones de la URSS eran enemigas del proyecto soviético suponía algo más: parecía el abandono de la premisa socialista básica de fraternidad entre los pueblos.[10]

La influencia soviética en el mundo durante aquellos años de Frente Popular dependía de una imagen de tolerancia. En una Europa en la que el fascismo y el nacionalsocialismo estaban en ascenso, y ante los habitantes del sur de Estados Unidos, procedentes de una tierra de discriminación racial y de linchamiento de negros, la mejor baza de Moscú para proclamar su superioridad moral era la de presentarse como un estado multicultural que aplicaba la discriminación positiva. En el popular filme soviético de 1936, *Circus*, por ejemplo, la heroína era una actriz estadounidense que, tras dar a luz a un niño negro, acude a la Unión Soviética para huir del racismo.[11]

El plurinacionalismo de la URSS no era una hipocresía, y los crímenes étnicos convulsionaron el sistema soviético. El NKVD se componía de muchas nacionalidades, por lo que representaba un ejemplo de plurinacionalismo. Cuando empezaron los juicios públicos de 1936, la cúpula del NKVD estaba dominada por hombres procedentes de minorías nacionales, sobre todo judíos. En los documentos

de identidad de en torno al cuarenta por ciento de los altos cargos del NKVD constaba su nacionalidad judía, lo mismo que en los de más de la mitad de los generales del NKVD. En el clima del momento, quizá fueran los judíos los que tenían más razones para oponerse a las políticas de persecución étnica. Tal vez para contrarrestar el instinto nacionalista (o el de conservación) de sus oficiales, Yezhov envió una circular especial asegurándoles que su tarea era castigar el espionaje y no a las etnias: «Sobre la actividad fascista insurgente, saboteadora, derrotista y terrorista del servicio polaco de inteligencia en la URSS». Las treinta páginas del documento abundaban en la teoría que Yezhov ya había compartido con el comité central y con Stalin; que la Organización Militar Polaca estaba conectada con otros «centros» de espionaje y que había penetrado en todas las instituciones soviéticas clave.[12]

Incluso aunque Stalin y Yezhov hubieran estado convencidos de la existencia de una profunda penetración polaca en las instituciones soviéticas, la simple idea no bastaba para fundamentar los arrestos individuales. La verdad era que no había nada parecido a una vasta trama polaca en la Unión Soviética, y los agentes de la NKVD se encontraron con pocas opciones. Las conexiones entre el estado polaco y los acontecimientos en la Unión Soviética serían difíciles de documentar incluso empleando grandes dosis de ingenio. Los dos grupos más sospechosos de ciudadanos polacos, los diplomáticos y los comunistas, no servían para fundamentar una acción de aniquilación en masa. El auge del espionaje polaco en la Unión Soviética se había producido mucho tiempo atrás, y el NKVD sabía todo lo que había que saber acerca de lo que los polacos habían intentado a finales de los años veinte y principios de los treinta. Sin duda, los diplomáticos polacos habrían intentado recoger información, pero estaban protegidos por la inmunidad diplomática, eran pocos y ya se encontraban bajo vigilancia constante. En su mayor parte, en 1937 ya estaban bastante escarmentados como para contactar con ciudadanos soviéticos y poner en peligro sus vidas, y por aquella época tenían instrucciones de cómo debían actuar en caso de ser arrestados. Yezhov le dijo a Stalin que los exilados políticos polacos eran el mayor «suministro de espías y elementos provocadores dentro de la URSS». Muchos de los comunistas polacos más destacados estaban ya en la Unión Soviética, y algunos ya habían muerto. Sesenta y nueve de los cien miembros del comité central del partido polaco fueron ejecutados en la URSS. La mayoría de los restantes permanecían entre rejas en Polonia, por lo cual no estaban disponibles para ser ejecutados. En todo caso, eran cifras demasiado bajas.[13] Precisamente porque no había ninguna trama polaca, los agentes del NKVD tenían pocas opciones, aparte de perseguir a los polacos soviéticos y otros ciudadanos relacionados con Polonia, la cultura polaca o el catolicismo. El carácter étnico antipolaco de la operación prevaleció en la práctica, como quizá estaba previsto desde un principio. La carta de Yezhov autorizaba el arresto de elementos nacionalistas y de miembros de la «Organización Militar Polaca» todavía no descubiertos. Estas categorías eran tan vagas que los agentes del NKVD podían aplicarlas a casi cualquier persona de etnia polaca o que tuviera relación con Polonia. Los agentes del NKVD que desearan demostrar el celo adecuado en el cumplimiento de la operación tendrían que ser bastante imprecisos en cuanto a los cargos contra esas personas. Las acciones anteriores de Baltytskyi contra los polacos habían creado una reserva de sospechosos que bastaría para unas cuantas purgas, pero que distaba mucho de cubrir los objetivos. Los agentes locales del NKVD tendrían que tomar la iniciativa, no re visando los ficheros, como en la operación kulak, sino creando nuevos rastros documentales. Un jefe del NKVD de Moscú entendió el espíritu de la orden: su organización debía destruir a los «polacos por completo». Sus agentes buscaron a los polacos en el listín telefónico.[14]

Los ciudadanos soviéticos debían «desenmascararse» a sí mismos como agentes de Polonia. Dado que había que sacar de la nada los grupos y escenarios de la trama polaca, la tortura desempeñó un papel importante en los interrogatorios. Además de los métodos tradicionales de la correa de transmisión y de la permanencia, muchos polacos fueron sometidos a una forma de tortura colectiva llamada el «método de la conferencia». Se reunía a un grupo de sospechosos polacos en un lugar, por ejemplo, en el sótano de un edificio público de una ciudad o pueblo de la Ucrania o la Bielorrusia soviéticas, y un policía torturaba a uno de ellos delante de los demás. Una vez que la víctima había confesado, se instaba a los otros a ahorrarse los sufrimientos confesando de antemano. Si querían evitar el

dolor y las heridas, no sólo tendrían que autoinculparse, sino que debían implicar a otros. En tal situación, los detenidos tenían un buen motivo para confesar lo antes posible: era evidente que todo el mundo acabaría siendo implicado de todos modos, y una confesión rápida les ahorraría sufrimientos. De este modo se reunían con gran rapidez testimonios para implicar a todo un grupo. [15]

Los procedimientos legales fueron algo diferentes de los seguidos en la operación contra los kulaks, pero no menos escuálidos. En la operación contra los polacos, el agente investigador redactaba un breve informe sobre cada uno de los prisioneros, con la descripción del presunto crimen –habitualmente sabotaje, terrorismo o espionaje– y la recomendación de una de las dos sentencias posibles, el Gulag o la muerte. Cada diez días enviaba todos sus informes al jefe regional del NKVD y a un fiscal. A diferencia de las troikas de la operación antikulak, esta comisión de dos personas (la dvoika) no podía sentenciar por sí misma a los prisioneros, sino que debía solicitar aprobación a las autoridades superiores. Reunían los informes en un álbum, anotaban la sentencia que recomendaban en cada caso y lo enviaban a Moscú. Al principio, los álbumes eran revisados por una dvoika central, en la que Yezhov actuaba como comisario para la seguridad del Estado y Andrei Vyshynskii se limitaba a poner sus iniciales después de una apresurada revisión a cargo de sus subordinados. En un solo día podían completar dos mil sentencias de muerte. El «método del álbum» ofrecía la apariencia de una revisión formal por parte de las más altas autoridades soviéticas. En realidad, era el agente investigador quien decidía el destino de cada víctima, que después se confirmaba de forma más o menos automática. [16]

Las biografías se convirtieron en sentencias de muerte, lo mismo que cualquier relación con la cultura polaca o con el catolicismo pasaron a ser pruebas de participación en el espionaje internacional. Se sentenciaba a las personas por ofensas que parecen insignificantes: diez años de Gulag por tener un rosario, muerte por no producir suficiente azúcar. Los detalles de la vida diaria bastaban para generar un informe, una entrada en el álbum, una firma, un veredicto, un disparo y un cadáver. Después de veinte días, o dos ciclos de álbumes, Yezhov informó a Stalin de que ya se habían realizado 23 216 arrestos en la operación antipolaca. Stalin expresó su satisfacción: «¡Espléndido! Sigamos escarbando y limpiando esa escoria polaca. Elimínenla por el interés de la Unión Soviética». [17]

En las primeras etapas de la operación antipolaca, muchos de los arrestos se hacían en Leningrado, donde el NKVD tenía grandes oficinas y donde vivían miles de polacos en un perímetro reducido. La ciudad había sido tradicionalmente lugar de asentamiento de polacos desde los días del Imperio Ruso.

Janina Juriewicz, en aquella época una joven polaca de Leningrado, vio alterada su vida por estos primeros arrestos. Era la menor de tres hermanas y estaba muy unida a María, la mayor. María se enamoró de un joven llamado Stanislaw Wyganowski, y los tres salían a pasear juntos, con la pequeña Janina como carabina. María y Stanislaw se casaron en 1936 y eran una pareja feliz. Cuando detuvieron a María en agosto de 1937, su marido comprendió lo que aquello significaba: «Me reuniré con ella –dijo– bajo tierra». Acudió a preguntar a las autoridades y lo arrestaron a él también. En septiembre, el NKVD visitó el hogar familiar de los Juriewicz, confiscó todos los libros polacos y arrestó a la otra hermana de Janina, Elzbieta. Esta, María y Stanislaw fueron ejecutados de un disparo en la nuca, y los enterraron en fosas comunes. Cuando la madre de Janina preguntó a la policía, le dijeron la mentira habitual: sus hijas y su yerno habían sido sentenciados a «diez años sin derecho a correspondencia». Como era una sentencia posible, alternativa a la de muerte, la gente lo creía y esperaba. Muchos de ellos siguieron esperando durante décadas. [18]

Personas como los Juriewicz, que no tenían nada que ver con ninguna clase de espionaje polaco, eran la «escoria» a la que se refería Stalin. La familia de Jerzy Makowski, un joven estudiante de Leningrado, sufrió un destino similar. Él y sus hermanos eran ambiciosos y deseaban labrarse un porvenir en la Unión Soviética y cumplir el deseo de su padre de que tuvieran una profesión. Jerzy, el más joven de los hermanos, quería ser constructor naval. Estudiaba cada día con su hermano Stanislaw. Una mañana, los despertaron tres hombres del NKVD que venían a arrestar a Stanislaw. Este, aunque intentaba tranquilizar a su hermano menor, estaba tan nervioso que no podía atarse los zapatos. Fue la última vez

que Jerzy vio a su hermano. Dos días más tarde, el siguiente hermano, Wladyslaw, también fue detenido. Stanislaw y Wladyslaw Makowski fueron ejecutados, dos de los 6597 ciudadanos soviéticos pasados por las armas en la región de Leningrado durante la operación antipolaca. A su madre le dijeron la mentira acostumbrada: que sus hijos habían sido enviados al Gulag sin derecho a correspondencia. El tercer hermano, Eugeniusz, que había querido ser cantante, tuvo que trabajar en una fábrica para mantener a la familia; contrajo tuberculosis y murió.[19]

La poeta rusa Anna Ajmátova, que vivía por entonces en Leningrado, perdió a su hijo en el Gulag durante el Terror. Ella recordaba una «Rusia inocente» que se retorció «bajo las botas sangrientas de los ejecutores, bajo las ruedas de los furgones policiales». La Rusia inocente era un país plurinacional, Leningrado era una ciudad cosmopolita y sus minorías nacionales eran las que corrían mayor riesgo. En 1937 y 1938, en la ciudad de Leningrado, los polacos tenían treinta y cuatro veces más posibilidades que los otros ciudadanos soviéticos de ser arrestados. Una vez detenido en Leningrado, un polaco tenía muchas posibilidades de ser pasado por las armas; el ochenta y uno por ciento de los sentenciados en la operación antipolaca en esa ciudad fueron ejecutados, en su mayor parte dentro de los diez días posteriores al arresto. Su situación era sólo un poco peor que la de los polacos de otros lugares. En toda la Unión Soviética, el promedio de personas ejecutadas en la operación antipolaca fue del setenta y ocho por ciento de los detenidos. El resto, por supuesto, no fueron liberados: la mayoría de ellos cumplieron sentencias de ocho a diez años en el Gulag.[20] En aquella época, ni los habitantes de Leningrado en general ni los polacos de Leningrado en particular tenían idea de estas proporciones. Sólo conocían el miedo a los golpes en la puerta de madrugada y la visión del furgón celular, llamado la «María negra» o el «destructor de almas» y, por los polacos, el «cuervo negro» (nunca más). Como recordaba un polaco, la gente se iba a la cama cada noche sin saber si la despertaría el sol o el cuervo negro. La industrialización y la colectivización habían esparcido a los polacos por todo aquel vasto país. Ahora desaparecían de sus fábricas, cuarteles u hogares. Tomemos un ejemplo entre mil: en una modesta casa de madera de la ciudad de Kunstevo, al oeste de Moscú, vivían varios trabajadores cualificados, entre ellos un mecánico y un obrero metalúrgico polacos. Estos dos hombres fueron arrestados el 18 de enero y el 2 de febrero de 1938 respectivamente y ejecutados. Evgenia Babushkina, una tercera víctima de la operación antipolaca en Kunstevo, ni siquiera era polaca. Se trataba de una joven y prometedora experta en química orgánica, aparentemente leal; pero su madre había trabajado como lavandera de unos diplomáticos polacos, y por ello Evgenia también fue ejecutada.[21]

La mayoría de los polacos soviéticos no vivían en ciudades de Rusia como Leningrado o Kunstevo, sino más al oeste, en Bielorrusia y Ucrania, tierras que los polacos habían habitado durante cientos de años. Estos territorios habían formado parte de la antigua mancomunidad de Polonia-Lituania en los siglos XVII y XVIII. En el curso del siglo XIX, cuando ya habían pasado a ser las regiones occidentales del Imperio Ruso, los polacos perdieron buena parte de su estatus, y en muchos casos habían empezado a asimilarse a las poblaciones ucranianas y bielorrusas con las que convivían. A veces, sin embargo, la asimilación era a la inversa, cuando hablantes de bielorruso o de ucraniano que consideraban el polaco como el idioma de la civilización se presentaban como polacos. La política soviética inicial de los años veinte con respecto a las nacionalidades había tendido a convertir en polacos a estas personas, enseñándoles el idioma literario en escuelas de habla polaca. Ahora, durante el Gran Terror, la política soviética volvía a distinguir a esas gentes, pero de manera negativa, sentenciándolas a muerte o al Gulag. Al igual que ocurría con la persecución de los judíos en esa misma época en la Alemania nazi, la persecución de una persona por motivos étnicos no necesariamente significaba que esa persona se sintiera hondamente identificada con la nacionalidad en cuestión.[22]

En la Bielorrusia soviética, el Terror coincidió con una purga masiva de la jefatura del partido en Minsk realizada por el comandante del NKVD Boris Berman. Este acusó a los comunistas bielorrusos locales de abusar de las políticas positivas de afirmación nacional y de fomentar el nacionalismo bielorruso. Más tarde que en Ucrania, pero en gran medida con los mismos razonamientos, el NKVD presentó a la Organización Militar Polaca como el cerebro de la supuesta deslealtad bielorrusa. Los ciudadanos soviéticos de la región fueron acusados de

ser «nacionalfascistas bielorrusos», «espías polacos», o ambas cosas. Como las tierras de Bielorrusia, igual que las ucranianas, estaban divididas entre la Unión Soviética y Polonia, era fácil elaborar tales acusaciones. La implicación en las culturas bielorrusas o ucranianas se manifestaba en el interés por su desarrollo al otro lado de las fronteras. El asesinato en masa en la Bielorrusia soviética incluyó la eliminación deliberada de las personas instruidas representativas de la cultura nacional bielorrusa. Como más tarde afirmó uno de los colegas de Berman, éste «destruyó la flor de la intelectualidad bielorrusa». No menos de 218 de los escritores más destacados del país fueron asesinados. Berman les dijo a sus subordinados que sus carreras dependían de que cumplieran con prontitud la orden 00485: «La rapidez y calidad del trabajo de descubrir y arrestar espías polacos será la primera consideración a tener en cuenta en la evaluación de cada líder».[23]

Berman y sus hombres sacaron partido de la economía de escala, ya que operaban en uno de los mayores centros de exterminio de la Unión Soviética. Realizaban las ejecuciones en el bosque de Kurapaty, a doce kilómetros al norte de Minsk. Los bosques eran conocidos por sus flores blancas (Kurasliepy en bielorruso literario, Kurapaty en el dialecto local). Los cuervos negros evolucionaban entre las flores blancas día y noche, en tales cantidades que pavimentaban el estrecho camino de grava, al que la población local llamaba «la carretera de la muerte». En el bosque se habían despejado quince hectáreas de pinos en las cuales se cavaron cientos de fosas. Una vez condenados, conducían a los ciudadanos soviéticos a través de las verjas de acceso, y dos hombres los escoltaban hasta el borde de las tumbas. Allí, les disparaban por la espalda y los empujaban a la fosa. Cuando había escasez de balas, los hombres del NKVD obligaban a sus víctimas a sentarse juntas, con las cabezas en línea, de manera que una sola bala pudiera atravesar varios cráneos. Los cadáveres se disponían en capas y se cubrían de arena.[24]

De las 19 931 personas arrestadas en la operación antipolaca de la república bielorrusa, 17 772 fueron condenadas a muerte. Algunos eran bielorrusos, otros judíos, pero la mayoría eran polacos, que además eran arrestados también en la acción antikulak de Bielorrusia y en otras purgas. En total, y como resultado de las ejecuciones y sentencias de muerte, el número de polacos de la Bielorrusia soviética se redujo en más de sesenta mil durante el Gran Terror.[25]

La operación antipolaca fue más amplia en la Ucrania Soviética, donde habitaba aproximadamente el setenta por ciento de los seiscientos mil polacos de la Unión Soviética. 55 928 personas fueron arrestadas en Ucrania en la operación, de las cuales 47 327 fueron pasadas por las armas. En 1937 y 1938, los polacos tenían doce veces más probabilidades de ser arrestados que el resto de la población de la Ucrania Soviética. Era allí donde la hambruna había dado pie a la teoría de la Organización Militar Polaca, donde Balytskyi había perseguido a los polacos durante años, y donde su antiguo adjunto, Izrail Leplevskii, tuvo que demostrar su celo después de que quitaran de en medio a su antiguo jefe. A Leplevskii no le sirvió de mucho: también fue arrestado en abril de 1938 y ejecutado, antes incluso de que terminara la operación polaca de Ucrania (su sucesor, A. I. Uspenskii, tuvo la astucia de desaparecer en septiembre de 1938, pero al final lo encontraron y lo ejecutaron también).[26]

Uno de los adjuntos de Leplevskii, Lev Raikhman, elaboró categorías de arresto que podían aplicarse a la amplia población polaca de la Ucrania Soviética. Uno de los grupos sospechosos, bastante interesante, era el de los agentes de policía que trabajaban entre los polacos soviéticos. Con respecto a este grupo se repetía el dilema de la vigilancia que afectó a Balytskyi, Leplevskii y a los agentes del NKVD en general. Una vez «establecido» que la «Organización Militar Polaca» era y había sido omnipresente en la Ucrania soviética y poderosa en toda la Unión Soviética, el NKVD siempre podía argüir que los policías e informadores no habían mostrado el celo suficiente en etapas anteriores. Aunque muchos de esos agentes de policía eran polacos soviéticos, algunos eran ucranianos, judíos o rusos.[27]

Jawiga Moszyńska cayó en esa trampa. La periodista polaca, que trabajaba para un periódico en su idioma, informó a la policía sobre sus colegas. Cuando estos fueron arrestados y acusados de ser espías polacos, la situación de la periodista se hizo insostenible. ¿Por qué no les había dicho antes a las autoridades que toda la comunidad polaca era un nido de espías extranjeros? Czesława Angielczyk, una agente del NKVD de origen polaco-judío que informó

sobre los profesores de polaco, sufrió un destino similar: Una vez que la operación polaca es tuvo en pleno desarrollo y se arrestaba a los profesores de manera rutinaria, ella también quedó expuesta a la acusación de no haber sido lo bastante diligente en su trabajo con anterioridad. Ambas mujeres fueron ejecutadas y enterradas en Bykivnia, una gran concentración de fosas comunes al noreste de Kiev, escenario de la ejecución de al menos diez mil ciudadanos soviéticos durante el Gran Terror.[28]

En las zonas rurales de Ucrania, la operación antipolaca fue incluso más arbitraria y feroz que en Kiev y en otras ciudades. «El cuervo negro volaba», recuerdan los supervivientes, de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, llevando el dolor a los polacos. El NKVD enviaba equipos a las ciudades con la esperanza de completar los arrestos y ejecuciones de los polacos en semanas o incluso días. En Zhmerinka, importante nudo ferroviario, el NKVD se presentó en marzo de 1938, acorraló a cientos de polacos y los torturó para que confesaran. En Polonne, la dvoika compuesta por el jefe de la NKVD y el fiscal requisó el edificio desacralizado de la iglesia católica. Los polacos de Polonne y de los pueblos cercanos fueron arrestados y encerrados en el sótano de la iglesia. 168 personas fueron asesinadas en ese lugar.[29]

En las poblaciones más pequeñas era difícil cubrir incluso las formalidades judiciales más triviales. Las fuerzas operativas del NKVD aparecían de súbito, con instrucciones de arrestar y ejecutar a un cierto número de personas. Partían de la suposición de que todo un pueblo, fábrica o granja colectiva eran culpables; rodeaban el lugar por la noche y torturaban a los hombres hasta que obtenían los resultados que necesitaban. Llevaban a cabo las ejecuciones y se iban. En muchos casos, las víctimas llevaban bastante tiempo muertas para cuando se elaboraban los álbumes con sus fichas y se enviaban a Moscú. En el campo, las fuerzas operativas del NKVD eran escuadrones de la muerte. En Cherniivka, el NKVD esperó hasta el 25 de diciembre de 1937 (Navidad para los polacos católicos, no para los ucranianos ortodoxos) para arrestar a todos los que acudieron a la iglesia. Los arrestados sencillamente desaparecieron, recuerda una mujer del lugar, «como una piedra en el agua».[30]

Los arrestados eran casi siempre hombres, y los arrestos dejaban a sus familias sumidas en la desesperación. Zeferyna Koszewicz vio a su padre por última vez cuando lo arrestaron en la fábrica y lo llevaron a Polonia para interrogarlo. Lo último que le dijo fue: «¡Haz caso a tu madre!». La mayoría de las madres estaban desamparadas. En el campo ucraniano, como en toda la Unión Soviética, las viudas seguían el ritual de visitar la cárcel a diario para llevar comida y ropa interior limpia, y los guardianes les devolvían ropa sucia; como ésta era la única señal de que sus esposos aún vivían, la recibían con alegría. A veces, algún hombre conseguía deslizar un mensaje al exterior, como hizo un marido en la ropa sucia que le envió a su esposa: «Sufro y soy inocente». Un día, la ropa sucia estaba manchada de sangre. Al día siguiente no había ropa sucia, y eso significaba que no había marido.[31]

En octubre y noviembre de 1937, antes de que los campos y asentamientos especiales se llenaran, las esposas eran deportadas a Kazajistán después de que sus maridos fueran ejecutados. Durante esas semanas, el NKVD secuestraba a menudo a los niños polacos de hasta diez años y se los llevaba a orfanatos. De este modo se aseguraban de que no fueran educados como polacos. A partir de diciembre de 1937, cuando ya no quedaba mucho sitio en el Gulag, las mujeres, por lo general, no eran deportadas, y se quedaban solas con sus hijos. Ludwik Piwmslci, por ejemplo, fue arrestado mientras su esposa estaba dando a luz al hijo de ambos. No pudo comunicarle su sentencia, porque nunca le permitieron verla, y él mismo sólo la supo en el tren: diez años talando árboles en Siberia. Fue uno de los afortunados, uno de los relativamente escasos polacos que fueron arrestados y sobrevivieron. Eleanora Pasckienwicz presencié cómo arrestaban a su padre el 19 de diciembre de 1937 y después vio dar a luz a su madre el día de Navidad.[32]

La operación antipolaca fue más feroz en Ucrania, en las mismas tierras donde las políticas de exterminio por hambre habían matado a millones de personas sólo unos pocos años atrás. Algunas familias polacas que perdían hombres en el Terror en la Ucrania soviética ya habían sido horriblemente golpeadas por la hambruna, Hanna Sobolewska, por ejemplo, había visto morir de hambre a cinco hermanos y a su padre en 1933. El menor de sus hermanos, Józef, era el muchacho que, antes de

morir de hambre, solía decir: «¡Ahora viviremos!» En 1938, el cuervo negro se llevó a su único hermano superviviente, así como a su marido. Como decía evocando el Terror en los pueblos polacos de Ucrania: «los niños lloran, las mujeres se quedan».[33]

En septiembre de 1938, los procedimientos de la operación antipolaca se igualaron con los de la operación antikulak cuando el NKVD recibió el poder de sentenciar, ejecutar y deportar sin supervisión formal. El método de los álbumes, pese a su sencillez, se había vuelto engorroso. Aunque la revisión de estos documentos en Moscú fuera muy expeditiva, de todos modos llegaban en mayor cantidad de la que podía tramitarse. En septiembre de 1938, había más de cien mil casos por examinar. En consecuencia, se crearon «troikas especiales» para leer los archivos en los lugares de origen. Las troikas se componían de un jefe local del partido, un jefe local del NKVD y un fiscal local, que a menudo eran los mismos que se habían ocupado de la operación antikulak. En esta ocasión, su tarea consistía en revisar los álbumes acumulados en sus distritos y emitir veredicto en todos los casos. Puesto que las nuevas troikas se componían usualmente de la dvoika original más un miembro del partido comunista, no hacían otra cosa que aprobar sus propias recomendaciones previas.[34]

En tres semanas, examinando cientos de casos al día, las troikas especiales se quitaron de encima el trabajo atrasado y sentenciaron a muerte a unas 72 000 personas. En el campo ucraniano operaban del mismo modo que lo habían hecho en la operación antikulak, sentenciando y matando a la gente en grandes cantidades y a toda prisa. En la región de Zhytomyr, en el extremo oeste de la Ucrania soviética cerca de Polonia, una troika sentenció a muerte a unas cien personas el 22 de septiembre de 1938, a otras 138 al día siguiente, y a 408 el 28 de septiembre.[35]

La operación antipolaca fue en algunos aspectos el capítulo más sangriento del Gran Terror en la Unión Soviética. No fue la operación más amplia, pero sí la segunda después de la acción antikulak. Tampoco fue la operación con el mayor porcentaje de ejecuciones entre los arrestados, pero se acercó mucho, y otras acciones letales comparables fue ron de escala mucho menor.

De las 143 810 personas arrestadas bajo la acusación de espionaje a favor de Polonia, 111 091 fueron ejecutadas; no todas ellas eran polacas, pero sí la mayoría. Los polacos también fueron perseguidos de forma desproporcionada en la acción antikulak, especialmente en la Ucrania soviética. Si tomamos en consideración el número de muertos, el porcentaje de sentencias de muerte en relación con las detenciones y el peligro de arresto, la etnia polaca sufrió más que cualquier otro grupo de la Unión Soviética durante el Gran Terror. Según una estimación moderada, unos ochenta y cinco mil polacos fueron ejecutados en 1937 y 1938, lo que significa que una octava parte de las 681 692 víctimas mortales del Gran Terror fueron polacas. Es un porcentaje lacerante, dado que los polacos eran una minoría ínfima en la Unión Soviética, menos del 0,4 por ciento de la población general. Los polacos tenían unas cuarenta veces más probabilidades de morir durante el Gran Terror que los ciudadanos soviéticos en general.[36]

La operación antipolaca sirvió de modelo para una serie de otras acciones contra las nacionalidades. Todas se dirigieron contra nacionalidades en la diáspora —«naciones enemigas», en la nueva terminología estalinista—, grupos con conexiones reales o imaginarias con estados extranjeros. En la operación antiletona, 16 573 personas fueron pasadas por las armas como supuestos espías de Letonia. Otros 7998 ciudadanos soviéticos fueron ejecutados como espías de Estonia, y 9078 como espías de Finlandia. En total, las operaciones contra las nacionalidades, incluyendo la antipolaca, significaron la muerte de 247 157 personas. Estas operaciones se dirigieron contra grupos nacionales que, en conjunto, representaban sólo el 1,6 por ciento de la población soviética, pero supusieron no menos del treinta y seis por ciento de las bajas del Gran Terror. Las personas de las minorías nacionales perseguidas tenían más de veinte veces más probabilidades de morir en el Gran Terror que los ciudadanos soviéticos corrientes. Los arrestados en las acciones nacionales también tenían muchas probabilidades de morir: en la operación antipolaca el porcentaje de ejecuciones era del setenta y ocho por ciento, y en el total de las operaciones la cifra era del setenta y cuatro por ciento. Mientras que un ciudadano soviético arrestado en la acción antikulak tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de ser sentenciado al Gulag, uno arrestado en una acción contra las nacionalidades tenía tres probabilidades contra una de ser pasado por las armas. Ello se debió

tal vez a una circunstancia cronológica más que a una intención especialmente letal: el grueso de los arrestos en la acción antikulak se realizó antes que los de las acciones contra las nacionalidades. En general, cuánto más tarde era arrestado un ciudadano durante el Gran Terror más probabilidades tenía de ser ejecutado, por la sencilla razón de que en el Gulag faltaba espacio.[37]

Aunque Stalin, Yezhov, Balytskyi, Lепlevskii, Berman y otros relacionaban la etnia polaca con la seguridad soviética, el asesinato de polacos no hizo que la posición internacional del estado soviético mejorara. Durante el Gran Terror fueron arrestadas más personas como espías polacos que como espías alemanes o japoneses, pero pocas (y muy posiblemente ninguna) de ellas tenían relación con el espionaje polaco. En 1937 y 1938 Varsovia seguía una cuidadosa política de equidistancia entre la Alemania nazi y la Unión Soviética. Polonia no albergaba planes en cuanto a una guerra ofensiva con la Unión Soviética.[38]

Pero, tal vez, razonaba Stalin, matar polacos tampoco haría daño. Estaba en lo cierto cuando pensaba que Polonia no se aliaría con la Unión Soviética en una guerra contra Alemania. Como Polonia se encontraba entre la Alemania nazi y la Unión Soviética, no podía ser neutral en una guerra por el dominio de Europa oriental. Tendría que enfrentarse a Alemania y ser vencida, o bien aliarse con Alemania e invadir la Unión Soviética. En cualquiera de los dos casos, una matanza masiva de polacos soviéticos no perjudicaría los intereses de la Unión Soviética, siempre, claro está, que dichos intereses no tuvieran para nada en cuenta la vida y el bienestar de sus ciudadanos. Un razonamiento cínico, aunque acaso también erróneo: como observaban continuamente los atónitos diplomáticos y espías, el Gran Terror distrajo muchas energías que se podrían haber empleado de manera más útil. Stalin interpretó mal la posición de seguridad de la Unión Soviética, y un enfoque más tradicional de las cuestiones de inteligencia le habría prestado mejor servicio a finales de la década de 1930.

En 1937, la amenaza inmediata parecía ser Japón. La actividad japonesa en Extremo Oriente había servido de justificación para la operación antikulak. La amenaza japonesa fue también la excusa para las acciones contra la minoría china en la Unión Soviética y contra los trabajadores soviéticos del ferrocarril que habían regresado de Manchuria. El espionaje japonés justificó también la deportación desde el extremo oriental de la URSS a Kazajistán de toda la población coreana soviética, unas 170 000 personas. La propia Corea se encontraba bajo ocupación japonesa, por lo que los coreanos soviéticos, por su asociación con Japón, se convirtieron en una especie de nacionalidad en diáspora. Sheng Shicai, el acólito de Stalin en el distrito occidental chino de Xinjiang, llevó a cabo su propio terror, en el que miles de personas fueron asesinadas. La República Popular de Mongolia, al norte de China, había sido un satélite soviético desde su creación en 1924. Las tropas soviéticas entraron como aliadas en Mongolia en 1937 y las autoridades mongolas efectuaron también su terror, durante el que 20 474 personas fueron ejecutadas en 1937 y 1938. Todo esto iba dirigido contra Japón.[39]

Ninguna de estas matanzas sirvió de mucho desde el punto de vista estratégico. Los dirigentes japoneses habían optado por una estrategia orientada hacia China y el Pacífico. Japón intervino en China en julio de 1937, precisamente cuando empezaba el Gran Terror; y a partir de entonces avanzó hacia el sur. Por tanto, la lógica que había detrás de la acción antikulak y de las acciones contra las nacionalidades del Este no obedecía a ninguna amenaza real. Es posible que Stalin temiera al Japón, y tenía buenas razones para ello. Las intenciones japonesas eran ciertamente agresivas en la década de 1930, y la única duda era la dirección de la expansión: al norte o al sur. Los gobiernos japoneses eran inestables y proclives a cambios rápidos en sus políticas. Al final, en todo caso, los asesinatos masivos no podían proteger a la Unión Soviética de un ataque que no se iba a producir.

Quizá, como en el caso de los polacos, Stalin pensara que el asesinato en masa no tenía coste alguno. Si Japón decidía atacar, encontraría menos apoyos dentro de la Unión Soviética. En caso contrario, las matanzas preventivas y las deportaciones no dañarían los intereses soviéticos. Una vez más, estos razonamientos sólo encajan si los intereses del Estado soviético se consideraban ajenos a las vidas y el bienestar de su población. Y, una vez más, el empleo del NKVD contra enemigos dentro del país (y contra su propia organización) impidió un enfoque más sistemático de la verdadera amenaza a la que se enfrentaba la

Unión Soviética: un ataque alemán, sin el apoyo japonés o polaco y sin la ayuda de los opositores internos al poder soviético.

Alemania, a diferencia de Japón y Polonia, estaba considerando realmente un ataque contra el Estado soviético. En septiembre de 1936, Hitler hizo saber a su gabinete que el objetivo principal de su política exterior era la destrucción de la Unión Soviética. «La esencia y la meta del bolchevismo –proclamó– es la eliminación de los estratos de la humanidad que han proporcionado a los líderes, y su sustitución por el judaísmo internacional». Alemania, según Hitler, tendría que estar preparada para la guerra en un plazo de cinco años. Para ello, en 1936, Hermann Goring asumió el mando plenipotenciario del Plan Cuatrienal que debía preparar a los sectores público y privado para una guerra de agresión. Hitler era una amenaza real para la Unión Soviética, pero al parecer Stalin no abandonaba la esperanza de que las relaciones soviético-germanas mejorasen. Tal vez por esta razón, las acciones contra los alemanes soviéticos fueron más suaves que las era prendidas contra los polacos soviéticos. 41 989 personas fueron asesinadas en una acción contra la nacionalidad alemana, pero la mayoría no eran alemanes.[40]

En aquellos años del Frente Popular, los asesinatos y deportaciones soviéticos pasaron inadvertidos en Europa. El Gran Terror, por lo que se conocía de él, era una cuestión de juicios públicos y de purgas en el partido y en el ejército. Pero estos acontecimientos, constatados por los especialistas y los periodistas en su momento, no eran la esencia del Gran Terror. La esencia del Gran Terror fueron las operaciones antikulak y contra las nacionalidades que motivaron 625 483 de las 681 692 ejecuciones por crímenes políticos realizadas en 1937 y 1938. Ambas operaciones provocaron algo más de nueve décimas partes de las sentencias de muerte y tres cuartas partes de las sentencias al Gulag.[41]

Así pues, el Gran Terror fue ante todo una acción antikulak, que tuvo su mayor impacto en la Ucrania soviética, más una serie de acciones contra las nacionalidades, la más importante de ellas contra los polacos, y en la que también fue Ucrania la región más afectada. De las 681 692 sentencias de muerte registradas durante el Gran Terror, 123 421 se efectuaron en Ucrania, sin contar a los nativos de la región que fueron ejecutados en el Gulag. La república de Ucrania perdió un porcentaje más alto de población que el resto de la Unión Soviética y, dentro de la república de Ucrania, los polacos perdieron el porcentaje más alto de vidas.[42]

El Gran Terror significó la tercera revolución soviética. Mientras que la revolución bolchevique trajo un cambio de régimen político a partir de 1917 y la colectivización un nuevo sistema económico después de 1930, el Gran Terror de 1937-1938 supuso una revolución de mentalidades. Stalin dio cuerpo a su teoría de que el enemigo sólo podía ser desenmascarado mediante los interrogatorios. Su cuento sobre agentes extranjeros y conspiraciones internas se contó en cámaras de tortura y se escribió en protocolos de interrogatorios. Si se puede decir que los ciudadanos soviéticos participaron de algún modo en la alta política de finales de 1930, fue precisamente como instrumentos de una narración. Para que la gran historia de Stalin perviviera, a veces las historias y las vidas de las personas debían llegar a su fin.

Las columnas de campesinos y trabajadores convertidas en columnas de cifras parecían elevar el ánimo de Stalin, y el curso del Gran Terror reafirmó sin duda su posición en el poder. Después de ordenar un alto de las operaciones masivas en noviembre de 1938, Stalin volvió a sustituir a su jefe del NKVD. Lavrenti Beria sucedió a Yezhov, que más adelante fue ejecutado. El mismo destino aguardaba a muchos de los altos cargos del NKVD, acusados de unos excesos que habían sido, en definitiva, la sustancia de las políticas de Stalin. Al reemplazar a Yagoda por Yezhov y a Yezhov por Beria, Stalin demostraba estar por encima del aparato de seguridad. Y como había sido capaz de emplear al NKVD contra el partido y al partido contra el NKVD, demostraba ser el líder incontestable de la Unión Soviética. El socialismo soviético se había convertido en una tiranía en la que el sátrapa demostraba su poder a través del dominio de los políticos de su corte.[43]

La Unión Soviética era un Estado plurinacional y usaba un aparato plurinacional de represión para llevar a cabo campañas de asesinatos contra las nacionalidades. En la época en que el NKVD exterminaba a miembros de minorías nacionales, sus altos cargos eran en su mayoría miembros de tales minorías. En 1937 y 1938, los agentes del NKVD, muchos de ellos judíos, lituanos, polacos o

alemanes, ejecutaban políticas de matanzas nacionales que superaban todo lo que Hider y sus SS habían intentado (hasta el momento). Al llevar a cabo estas masacres étnicas –lo cual, por supuesto, debían hacer si querían preservar sus posiciones y sus vidas–, ponían en entredicho una ética del plurinacionalismo que sin duda había sido importante para algunos de ellos. Después, en el curso del Terror, fueron ejecutados de todos modos y reemplazados casi siempre por rusos.

Oficiales judíos que habían llevado la operación antipolaca a Ucrania y Bielorrusia, como Izrail Leplevskii, Lev Raikhman y Boris Berman, fueron arrestados y ejecutados. Sus muertes formaban parte de una tendencia más amplia: Cuando empezaron los asesinatos masivos del Gran Terror, aproximadamente un tercio de los altos cargos del NKVD eran de nacionalidad judía. Cuando Stalin dio por terminada la masacre, el 17 de noviembre de 1938, los judíos no eran más que el veinte por ciento. Un año después, esta cifra era inferior al cuatro por ciento. El Gran Terror podía achacarse a los judíos, y muchos así lo hicieron. Razonar de esta manera era caer en la trampa de Stalin quien sin duda entendió que los agentes judíos del NKVD serían un cómodo chivo expiatorio para las matanzas nacionales, en especial cuando tanto los miembros judíos de la policía secreta como los judíos miembros de las élites nacionales estuvieran muertos. En todo caso, los beneficiarios institucionales del Terror no fueron judíos ni miembros de otras minorías nacionales, sino rusos que ascendieron en la jerarquía. En 1939, los rusos (dos tercios de los funcionarios de escalafón) habían reemplazado a los judíos en las alturas del NKVD, una situación que se hizo permanente. Los rusos se convirtieron en una mayoría nacional con representación excesiva: el porcentaje de rusos en la cúpula del NKVD era mayor que en la población soviética general. La única minoría nacional que tenía una representación excesiva en el NKVD al final del Gran Terror eran los georgianos, compatriotas de Stalin.[44]

Esta tercera revolución fue en realidad una contrarrevolución, un reconocimiento implícito del fracaso del marxismo y el leninismo. En sus aproximadamente quince años de existencia, la Unión Soviética había alcanzado importantes logros para aquellos de sus ciudadanos que aún conservaban la vida: por ejemplo, mientras el Gran Terror estaba en su apogeo, se introdujeron las pensiones estatales. Pero algunas premisas esenciales de la doctrina revolucionaria habían sido abandonadas. En contra de la visión marxista, la existencia ya no precedía a la esencia. Las personas eran culpables no por el lugar que ocuparan en un orden socioeconómico, sino por su identidad personal tangible o por sus conexiones culturales. La política ya no era comprensible en términos de lucha de clases. Si las etnias en diáspora de la Unión Soviética eran desleales, ello no se debía a que estuvieran vinculadas a un orden económico previo, sino a que –se suponía– estaban unidas a un Estado extranjero a causa de su origen étnico.[45]

El vínculo entre lealtad y etnia se daba por sentado en la Europa de 1938. En esos momentos, Hitler estaba usando ese mismo argumento para proclamar que los tres millones de alemanes de Checoslovaquia, y las regiones habitadas por ellos, debían unirse a Alemania. En septiembre de 1938, en una conferencia celebrada en Múnich, Inglaterra, Francia e Italia acordaron permitir a Alemania que se anexionara la franja occidental de Checoslovaquia, donde vivía la mayoría de estos alemanes. El primer ministro británico, Neville Chamberlain, declaró que el acuerdo había traído «paz a nuestro tiempo». El primer ministro francés, Edouard Daladier, no pensaba así en absoluto, pero permitió que el pueblo francés consintiera el capricho. Los checoslovacos ni siquiera fueron invitados a la conferencia: se esperaba que aceptaran el resultado. El acuerdo de Múnich privó a Checoslovaquia de la protección natural de las cordilleras fronterizas y de las fortificaciones que había en ellas, dejando al país vulnerable ante un futuro ataque alemán. Stalin interpretó la anexión como una concesión a Hitler por parte de las potencias occidentales con el fin de volcar a Alemania hacia el Este.[46]

En 1938, a los líderes soviéticos les importaba presentar su política respecto a las nacionalidades como algo muy distinto al racismo de la Alemania nazi. Ese año, se inició una campaña a tal fin que incluía la publicación de cuentos infantiles, entre ellos uno titulado El cuento de los números. Los niños

soviéticos aprendieron en él que los nazis estaban «rebuscando en todo tipo de documentos viejos» para certificar la nacionalidad de la población alemana. Esto era verdad, desde luego. Las leyes alemanas de Nuremberg de 1935 excluyeron a los judíos de la participación política en el estado alemán y definieron la condición de judío con arreglo a la ascendencia. Los funcionarios alemanes, en efecto, examinaban los archivos de las sinagogas para averiguar quién tenía abuelos judíos. Pero en la Unión Soviética la situación no era muy distinta. Los documentos de identidad soviéticos incluían la nacionalidad, de manera que cada judío, cada polaco, cada ciudadano soviético tenía una registrada de forma oficial. En teoría, los ciudadanos podían elegir su propia nacionalidad, pero en la práctica no siempre era así. En abril de 1938 el NKVD exigió que en ciertos casos se incluyera información sobre la nacionalidad de los padres. El NKVD no tenía que «rebuscar en viejos documentos», porque ya tenía los suyos.[47] En 1938, la opresión alemana sobre los judíos era mucho más visible que las operaciones contra las nacionalidades de la URSS, aunque su escala era mucho menor. El régimen nazi empezó un programa de «arianización» concebido para privar a los judíos de sus propiedades.

Esto quedó en un segundo plano debido al robo y la violencia más públicos y espontáneos que siguieron a la anexión alemana de Austria de ese mismo mes. En febrero, Hitler había lanzado un ultimátum al canciller austriaco, Kurt von Schuschnigg exigiéndole que convirtiera a su país en un satélite de Alemania. Schuschnigg, en principio, aceptó los términos; después, regresó a Austria y desafió a Hitler al convocar un referéndum sobre la independencia. El 12 de marzo el ejército alemán entró en Austria; al día siguiente, el país dejó de existir. Unos diez mil judíos austriacos fueron deportados a Viena en verano y otoño. Gracias a los enérgicos esfuerzos de Adolf Eichmann, todos ellos se encontraron entre los muchos judíos austriacos que abandonaron el país en los meses siguientes.[48]

En octubre de 1938, Alemania expulsó del Reich y envió a Polonia a diecisiete mil judíos de ciudadanía polaca. Estos eran arrestados por las noches, metidos en vagones de tren y arrojados sin ceremonias en el lado polaco de la frontera. En Francia, un judío polaco cuyos padres fueron expulsados decidió vengarse. Asesinó a un diplomático alemán, una acción desafortunada tanto en sí misma como por el momento en que fue cometida: el disparo se produjo el 7 de noviembre, aniversario de la revolución bolchevique, y su víctima murió al día siguiente, aniversario del putsch de Munich. El asesinato dio a las autoridades alemanas el pretexto para la Noche de los Cristales Rotos, el primer gran pogromo abierto de la Alemania nazi. La presión se había ido acumulando en el Reich, en especial en Viena, donde en las semanas anteriores se había producido como mínimo un ataque diario contra propiedades judías. Entre el nueve y el once de noviembre de 1938 resultaron muertos cientos de judíos (la cifra oficial fue de noventa y uno), y miles de tiendas y cientos de sinagogas quedaron destruidas. Excepto por quienes apoyaban a los nazis, esto fue considerado en Europa como una prueba de barbarie.[49]

La Unión Soviética se benefició de la violencia pública de la Alemania nazi. En esa atmósfera, los partidarios del Frente Popular contaban con que la URSS protegería a Europa de caer en la violencia étnica. Pero la Unión Soviética acababa de emprender una campaña de asesinato étnico a una escala mucho mayor. Para ser justos, hay que decir que probablemente nadie sabía nada de esto fuera de la Unión Soviética. Una semana después de la Noche de los Cristales Rotos el Gran Terror llegó a su fin, después de que 247 157 ciudadanos soviéticos fueran ejecutados en las operaciones antinacionalidades. A finales de 1938, la URSS había matado cien veces más personas que la Alemania nazi por razones étnicas. En cuanto a los judíos, los soviéticos habían eliminado a muchos más judíos que los nazis por aquellas fechas. No fueron perseguidos en una acción contra su nacionalidad, pero de todos modos murieron a miles en el Gran Terror y durante la hambruna en Ucrania. No murieron por ser judíos, sino simplemente porque eran ciudadanos del régimen más mortífero de su época.

En el Gran Terror, el gobierno soviético mató a un número de ciudadanos que duplicaba al de judíos que vivían en Alemania. Pero fuera de la Unión Soviética nadie, ni siquiera Hitler, parecía concebir la posibilidad de asesinatos masivos de tales proporciones. Desde luego, nada semejante había ocurrido en Alemania antes de la guerra. Tras la Noche de los Cristales Rotos, los judíos entraron por primera vez en grandes cantidades en los campos de concentración alemanes.

Hitler quería por entonces intimidar a los judíos alemanes para que abandonaran el país: la gran mayoría de los veintiséis mil judíos internados en campos de concentración en aquella ocasión salió poco después. Más de cien mil judíos abandonaron Alemania a finales de 1938 y en 1939.[50]

La violencia y la acción estimularon la imaginación de los nazis en torno al destino general de los judíos europeos. Pocos días después de la Noche de los Cristales Rotos, el 12 de noviembre de 1938, Hitler hizo que su estrecho colaborador Hermann Göring presentara un plan para expulsar a los judíos de Europa. Debían ser enviados por mar a la isla de Madagascar, en el sur del océano Índico, frente a la costa sureste de África. Aunque a Hitler y a Goring sin duda les hubiera gustado ver a los judíos alemanes trabajando hasta la muerte en una especie de reserva de las SS en la isla, esos grandes planes pertenecían a un futuro imaginario en el que Alemania controlaría una amplia población judía. En aquella época, los judíos eran no más del uno por ciento de la población alemana, y esta cifra iba reduciéndose por la emigración. Nunca había habido muchos judíos en Alemania; pero en la medida en que se los consideraba un «problema», habían encontrado la «solución»: expropiación, intimidación y emigración. (Los judíos alemanes se hubieran marchado aún más deprisa si los ingleses les hubieran permitido ir a Palestina o los estadounidenses hubieran aceptado aumentar –o simplemente cubrir– sus cuotas de inmigración. En la conferencia de Evian, en julio de 1938, sólo la República Dominicana aceptó acoger a más refugiados judíos de Alemania).[51]

Madagascar, en otras palabras, era una «solución» para un «problema» judío que aún no se había planteado. Los planes de deportación a gran escala tenían cierto sentido en 1938, cuando los nazis en el poder se hacían todavía ilusiones de que Polonia se convirtiera en un satélite de Alemania y se sumara a una invasión de la Unión Soviética. Más de tres millones de judíos vivían en Polonia, y las autoridades polacas también habían considerado Madagascar como lugar para su reasentamiento. Aunque los líderes polacos no contemplaban políticas ni remotamente comparables a las de los nazis en cuanto a sus amplias minorías nacionales (cinco millones de ucranianos, tres millones de judíos, un millón de bielorrusos), querían reducir el tamaño de la población judía mediante la emigración voluntaria. Tras la muerte del dictador polaco Józef Pilsudski en 1935, sus sucesores habían adoptado la postura de la derecha nacionalista polaca en esta cuestión y habían establecido un partido en el gobierno que sólo estaba abierto a la nacionalidad polaca. A finales de la década de 1930, el estado polaco apoyaba las aspiraciones del ala derecha de los sionistas revisionistas de Polonia, que deseaban crear un gran Estado de Israel en el protectorado británico de Palestina, por medios violentos si fuera necesario.[52]

Mientras Varsovia y Berlín pensaran en términos de «problema» judío con soluciones en territorios distantes, y mientras Alemania siguiera cortejando a Polonia para formar una alianza en el este, los alemanes podían imaginar alguna solución para deportar a los judíos europeos orientales con el apoyo y las infraestructuras polacas. Pero no hubo alianza con Polonia ni plan común germano-polaco para los judíos. En este aspecto, los sucesores de Pilsudski continuaron su política de equidistancia entre Berlín y Moscú, con pactos de no agresión tanto con la Alemania nazi como con la Unión Soviética, pero sin aliarse con ninguna de ellas. El 26 de enero de 1939, en Varsovia, los polacos rechazaron por última vez las propuestas del ministro de asuntos exteriores alemán, Joachim von Ribbentrop. Durante cinco años, los alemanes habían intentado sin éxito convencer a los polacos de que una guerra agresiva contra los territorios soviéticos iba en interés de Polonia si ésta concedía a Alemania territorios polacos y se convertía en su satélite. La negativa polaca significó que Alemania entrase en guerra, no con Polonia de aliada sino contra ella y contra los judíos polacos.[53]

Aunque el plan de Madagascar no fue abandonado, cedió espacio en la mente de Hitler a la idea de una reserva judía en una Polonia conquistada. Si Polonia no cooperaba en la guerra y en la deportación, se convertiría en una colonia a la que enviarían al resto de judíos europeos, tal vez a la espera de otro éxodo final. Al regreso de Ribbentrop de Varsovia, cuando comprendió que su primera guerra iba a ser contra Polonia, Hitler pronunció un importante discurso sobre la cuestión judía. El 30 de enero de 1939, Hitler prometió al parlamento alemán que destruiría a los judíos si llevaban a Alemania a otra guerra mundial: «Hoy

quiero ser profeta una vez más: si las finanzas internacionales judías de Europa y de más allá de Europa vuelven a arrojar a los pueblos del mundo a una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización de la tierra y, por lo tanto, la victoria del judaísmo, sino la aniquilación de la raza judía en Europa». En el momento en que Hitler pronunció su discurso, en torno al noventa y ocho por ciento de los judíos de Europa vivían fuera de las fronteras de Alemania, la mayoría en Polonia y en la parte occidental de la Unión Soviética. No se sabía cómo iban a aniquilarlos, pero la guerra tendría que ser el primer paso.[54]

A principios de 1939, Hitler había alcanzado un punto de inflexión; su política exterior de reunir a los alemanes había triunfado en Checoslovaquia y en Austria, pero sus intentos de atraerse a Polonia para una guerra en el este habían fracasado. Había rearmado a Alemania y extendido sus fronteras todo lo que era posible sin entrar en guerra. La anexión de Austria había aportado seis millones de ciudadanos y amplias reservas de divisas en moneda fuerte. Múnich le procuró a Hitler no sólo tres millones más de ciudadanos, sino también el grueso de la industria armamentística checoslovaca, quizá la mejor del mundo en aquella época. En marzo de 1939 Hitler destruyó Checoslovaquia como Estado, y al mismo tiempo acabó con la esperanza de que sus metas se limitaran a la nacionalidad alemana. Los territorios checos se añadieron al Reich como «protectorado»; Eslovaquia se convirtió en un estado nominalmente independiente bajo la tutela nazi. El 21 de marzo, los alemanes intentaron intimidar a los polacos para lograr un acuerdo y fueron de nuevo rechazados. El 15 de marzo, Hitler dio instrucciones de que la Wehrmacht se preparara para la invasión de Polonia.[55] A medida que aumentaba el poder de Hitler, la naturaleza de la diplomacia de Stalin iba cambiando. Las debilidades del Frente Popular ante el fascismo eran evidentes. Munich significó el fin de una democracia checoslovaca amiga de la Unión Soviética, y la propia Checoslovaquia había quedado desmantelada en marzo de 1939. Los reaccionarios de Francisco Franco ganaron la guerra civil española en 1939. El gobierno del Frente Popular en Francia ya había caído. Las relaciones entre Moscú y las potencias europeas tendrían que ser principalmente militares y diplomáticas, puesto que Stalin carecía de apoyos políticos para influir en su conducta desde dentro.

En la primavera de 1939, Stalin tuvo un gesto sorprendente para con Hitler, su gran enemigo ideológico. Este había prometido no hacer la paz con un comunista judío: la propaganda nazi llamaba «Finkelstein» a Maxim Litvinov, el comisario soviético de asuntos exteriores. Ciertamente, Litvinov era judío, y su hermano era rabino. El 3 de mayo de 1939, Stalin le facilitó las cosas a Hitler al destituir a Litvinov, quien fue reemplazado por el colaborador más cercano de Stalin, Mólotov, que era ruso. La indulgencia con Hitler no era tan extraña como pudiera parecer. La ideología estalinista siempre tenía respuestas a sus propios interrogantes. De un día para otro, en junio de 1934, el Frente Popular había transformado a los socialdemócratas de «socialfascistas» en aliados. Si los «socialfascistas» podían ser amigos de la Unión Soviética, ¿por qué no los propios fascistas? El fascismo, después de todo, no era otra cosa (en el análisis soviético) que una deformación del capitalismo, y la Unión Soviética había gozado de buenas relaciones con la Alemania capitalista entre 1922 y 1933.

[56]

En términos puramente políticos, el acuerdo con Alemania tenía una cierta lógica. La alternativa a Alemania, la alianza con Reino Unido y con Francia, parecía ofrecer muy poca cosa. Londres y París habían dado garantías de seguridad a Polonia en marzo de 1939 con el compromiso de que intentarían retrasar un ataque alemán, y a continuación procuraron atraer a la Unión Soviética a algún tipo de coalición defensiva. Pero Stalin tenía muy claro que no era probable que ni Londres ni París intervinieran en Europa oriental en el caso de que Alemania atacara a Polonia o a la Unión Soviética. Parecía más sabia la opción de llegar a un acuerdo con los alemanes y después contemplar cómo las potencias capitalistas luchaban en la Europa occidental. «Dejar que los enemigos se destruyan entre ellos –era el plan de Stalin– y mantenernos fuertes hasta el fin de la guerra».[57]

Stalin percibía, y así lo manifestó tiempo después, que Hitler y él compartían «el deseo común de romper el viejo equilibrio». En agosto de 1939, Hitler respondió al movimiento de Stalin. Quería emprender su guerra aquel año, y era mucho más flexible en cuanto a la elección de aliados que en cuanto al calendario. Si los polacos no querían sumarse a una guerra contra la Unión

Soviética, quizá los soviéticos se sumaran a una guerra contra Polonia. Desde la perspectiva de Hitler, un acuerdo con Moscú evitaría que Alemania quedara totalmente rodeada si los británicos y los franceses le declaraban la guerra tras el ataque alemán contra Polonia. El 20 de agosto de 1939, Hitler le envió a Stalin un mensaje personal pidiéndole recibir a Ribbentrop no más tarde del día 23. Ribbentrop se dirigió a Moscú, donde, según anotaron tanto Orwell como Koestler, las esvásticas adornaban el aeropuerto de la capital del socialismo. Este hecho, que fue la conmoción ideológica final que apartó a Koestler del comunismo, era la demostración palpable de que la Unión Soviética ya no era un estado ideológico.[58]

Los dos regímenes encontraron de inmediato una base común en sus respectivas aspiraciones de destruir Polonia. Una vez que Hitler abandonó sus esperanzas de ganarse a Polonia para atacar a la Unión Soviética, se hizo difícil distinguir la retórica nazi de la comunista en cuanto a ese país. Hitler veía Polonia como la «creación irreal» del Tratado de Versalles; Mólotov, como su «fea criatura». Oficialmente, el acuerdo firmado en Moscú el 23 de agosto de 1939 era tan solo un pacto de no agresión. En realidad, Ribbentrop y Mólotov también acordaron un protocolo secreto que repartía áreas de influencia de la Alemania nazi y la Unión Soviética en el este de Europa, en los estados independientes de Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia y Rumanía. Resultaba irónico, porque Stalin acababa de justificar la muerte de más de cien mil ciudadanos de su país con el falso pretexto de que Polonia había firmado precisamente el mismo acuerdo con Alemania bajo la tapadera de un pacto de no agresión. La supuesta operación polaca se había presentado como la preparación de un ataque germano-polaco; ahora, la Unión Soviética aceptaba unirse a Alemania para atacar a Polonia.[59]

El 1 de septiembre de 1939, la Wehrmacht atacó a Polonia desde el norte, el oeste y el sur, empleando hombres y armas de las recientemente anexionadas Austria y Checoslovaquia. Hitler había empezado su guerra. En agosto y septiembre de 1939, Stalin no sólo examinaba los mapas de Europa Oriental, sino también los del este de Asia. Había encontrado una oportunidad de mejorar la posición soviética en Extremo Oriente. Por entonces, Stalin podía confiar en que ningún ataque germano-polaco llegaría por occidente. Si la Unión Soviética atacaba a Japón en Extremo Oriente no tendría que temer un segundo frente. El 20 de agosto de 1939, los soviéticos (y sus aliados mongoles) atacaron a las fuerzas japonesas (y a las del estado títere de Manchukuo) en una zona fronteriza en disputa. La política de acercamiento a Berlín iniciada por Stalin el 23 de agosto de 1939 se dirigía al mismo tiempo contra Toldo. El pacto Mólotov-Ribbentrop entre Alemania y la Unión Soviética, firmado tres días después de la ofensiva soviética, anulaba el pacto Anticomintern de Alemania y Japón. Aún más importante que la derrota en el campo de batalla fue el terremoto político provocado en Tokio por la alianza nazi-soviética. El gobierno japonés cayó, igual que los gobiernos que intentaron sucederle durante los meses posteriores.[60]

La decisión alemana de elegir a la Unión Soviética como aliada, puso al gobierno japonés en una situación inesperada y confusa. Entre los líderes japoneses había consenso en cuanto a la expansión hacia el sur y no hacia el norte, hacia China y el Pacífico en lugar de hacia la Siberia soviética. Pero si la unión entre Moscú y Berlín se mantenía, el Ejército Rojo podría concentrar sus fuerzas en Asia en lugar de en Europa. Por una simple cuestión de autodefensa, Japón se vería obligado a mantener sus mejores tropas en el norte, en Manchukuo, lo que haría mucho más difícil el avance hacia el sur. Hitler le había dado a Stalin carta blanca en Extremo Oriente, y a los japoneses sólo les quedaba esperar que el líder nazi traicionara pronto a su nuevo amigo. Japón estableció un consulado en Lituania como punto de observación de los preparativos militares alemanes y soviéticos. El cónsul fue el espía rusófono Chiune Sugihara.[61]

Cuando el Ejército Rojo venció al japonés, el 15 de septiembre de 1939, Stalin consiguió exactamente el resultado que deseaba. Las acciones contra las nacionalidades durante el Gran Terror se habían dirigido contra Japón, Polonia y Alemania, en ese orden, y contra la posibilidad de un cerco por parte de estos tres estados en coalición. Las 681 692 muertes del Gran Terror no sirvieron en absoluto para reducir las probabilidades de tal cerco, pero la diplomacia y la fuerza militar sí fueron eficaces. El 15 de septiembre, Alemania había destruido prácticamente al ejército polaco como fuerza bélica. Un ataque germano-polaco

contra la Unión Soviética quedaba obviamente descartado, y un ataque germano-japonés parecía asimismo muy improbable. Stalin había reemplazado el fantasma de un cerco polaco-germano-japonés por un muy real cerco germano-soviético a Polonia, y esta alianza dejaba aislado a Japón. Dos días después de la victoria militar soviética sobre Japón, el 17 de septiembre de 1939, el Ejército Rojo invadía Polonia desde el este. El ejército soviético y la Wehrmacht se encontraron en el centro del país y organizaron un desfile de la victoria conjunto. El 28 de septiembre, Berlín y Moscú llegaron a un segundo acuerdo sobre Polonia, un tratado de amistad y de fijación de fronteras.

Así empezaba una nueva etapa en la historia de las Tierras de sangre. Al abrir la mitad de Polonia a la Unión Soviética, Hitler permitió que el Terror de Stalin, tan mortífero en la operación antipolaca, volviera a empezar en la propia Polonia. Gracias a Stalin, Hitler pudo emprender, en la Polonia ocupada, sus primeras políticas de asesinatos en masa. En los veintiún meses que siguieron a la invasión conjunta germano-soviética de Polonia, los alemanes y los soviéticos mataron a civiles polacos en cifras comparables y por razones similares, cada aliado en su mitad del país.

Los órganos de destrucción de ambos invasores se concentraron en el territorio de un tercer país. Hitler, como Stalin, eligió a los polacos como objetivo de su primera gran campaña de asesinatos contra una nacionalidad.

Capítulo 4

LA EUROPA DE MÓLOTOV-RIBBENTROP

El terror alemán empezó en el cielo. A las 4.20 de la madrugada del 1 de septiembre de 1939 las bombas cayeron sin previo aviso sobre la ciudad de Wielutí, en Polonia central. Los alemanes habían elegido una localidad carente de importancia militar como emplazamiento para un experimento letal: ¿Podría una fuerza aérea moderna aterrorizar a la población civil mediante un bombardeo? La iglesia, la sinagoga, el hospital, estaban en llamas. Las bombas caían en oleadas, setenta toneladas en total; destruyeron la mayor parte de los edificios y mataron a cientos de personas, en su mayoría mujeres y niños. La población huyó. Cuando llegó un administrador alemán, había más cadáveres que personas vivas. Veintenas de ciudades y pueblos conocieron un destino similar en toda Polonia. Hasta 158 emplazamientos distintos fueron bombardeados.[1]

En la capital, Varsovia, la gente veía pasar los aviones por el claro cielo azul. «Los nuestros», se decían, esperanzados. Se equivocaban. El diez de septiembre de 1939 marcó la primera ocasión en la que una ciudad europea importante fue bombardeada por una fuerza aérea enemiga. Aquel día hubo diecisiete ataques aéreos alemanes sobre Varsovia. A mediados de mes, el ejército polaco estaba prácticamente derrotado, pero la capital aún se defendía. El 25 de septiembre, Hitler declaró que quería la rendición de Varsovia. Aquel día se arrojaron 560 toneladas de bombas y 72 toneladas de bombas incendiarias. En total murieron al menos veinticinco mil civiles (y seis mil soldados) durante el bombardeo de este importante núcleo de población y capital histórica europea al inicio de una guerra no declarada. A lo largo de aquel mes, las columnas de refugiados avanzaron hacia el este huyendo de la Wehrmacht. Los pilotos de caza alemanes se divertían ametrallándolas.[2]

Polonia luchó sola. Francia e Inglaterra declararon la guerra a Alemania, como habían prometido, pero no realizaron ninguna acción militar significativa durante la campaña. (Los franceses avanzaron unos kilómetros por la región del Sarre y se retiraron). El ejército polaco se apresuró a tomar posiciones defensivas. Los militares polacos estaban preparados para esperar un ataque desde el este o desde el oeste, del Ejército Rojo o de la Wehrmacht. En los planes de guerra y las maniobras de los años veinte y treinta se habían tenido en cuenta ambas variantes. Y ahora, todas las fuerzas disponibles, treinta y nueve divisiones (unos novecientos mil hombres) fueron enviadas contra las cincuenta divisiones alemanas (un millón y medio de soldados). Las fuerzas polacas eran inferiores en número y en armamento, y estaban rodeadas por las unidades de asalto motorizadas por el norte, el oeste y el sur. Aún así, la resistencia fue tenaz en algunos puntos.

La Wehrmacht se había acostumbrado a pasearse por países que se habían rendido de antemano, como Austria y Checoslovaquia. Ahora los soldados alemanes se enfrentaban a un fuego hostil de verdad, y no todo salió bien. En Danzig, la ciudad libre de la costa báltica que Hitler quería para Alemania, los polacos

defendieron la oficina de correos. Los artificieros alemanes vertieron gasolina en el sótano y quemaron vivos a los defensores. El director de la oficina abandonó el edificio agitando una bandera blanca y fue abatido a tiros de inmediato. Once personas murieron a causa de las quemaduras; los alemanes les negaron tratamiento médico. Treinta y ocho hombres fueron sentenciados a muerte y pasados por las armas acusados de defender ilegalmente el edificio. Uno de ellos, Franciszek Krause, era tío de un muchacho llamado Günter Grass, que se convertiría en el gran novelista de Alemania Occidental. Su novela *El tambor de hojalata* dio a conocer este crimen en particular, uno entre muchos.[3]

A los soldados alemanes les habían dicho que Polonia no era un verdadero país y que su ejército no era un verdadero ejército. Por lo tanto, los hombres que se oponían la invasión no podían ser soldados. Los oficiales alemanes les enseñaban a sus hombres que la muerte de alemanes en combate era «asesinato». Puesto que, en la terminología de Hitler, la resistencia a la raza superior alemana era «insolencia», los prisioneros de guerra polacos no tenían derecho a que los trataran como a tales. En el pueblo de Urycz, los prisioneros polacos fueron reunidos en un granero donde les dijeron que iban a pasar la noche; a continuación, los alemanes quemaron el cobertizo. Cerca del pueblo de Sladów, los alemanes usaron a prisioneros de guerra como escudos humanos cuando se enfrentaron a los restos de una unidad de caballería. Tras acabar con los jinetes, que no quisieron disparar a sus compatriotas, obligaron a los prisioneros a enterrar los cadáveres de sus camaradas. Después, alinearon a los prisioneros contra un muro en la orilla del Vístula y los ejecutaron. A los que intentaron escapar saltando al río los cazaron —recuerda el único superviviente— como a patos. Murieron unas trescientas personas.[4]

El 22 de agosto de 1939, Hitler les había pedido a sus comandantes que cerraran los ojos a la compasión. Los alemanes mataban a los prisioneros. En Ciepielów, después de una batalla campal, fueron capturados trescientos prisioneros polacos. A pesar de la evidencia, el comandante alemán declaró que los soldados capturados eran partisanos, combatientes irregulares no protegidos por las leyes de guerra. Los oficiales y los soldados polacos, que llevaban uniformes completos, estaban atónitos. Los alemanes los obligaron a desvestirse para que tuvieran más aspecto de partisanos. Los pasaron a todos por las armas y los arrojaron a una zanja. En la breve campaña de Polonia hubo al menos sesenta y tres acciones semejantes. No menos de tres mil prisioneros de guerra polacos fueron ejecutados. Los alemanes también mataban a los heridos. En un caso, los tanques alemanes atacaron un cobertizo marcado con una cruz roja que era un puesto de primeros auxilios polaco. Si no hubiera estado señalado con la cruz, probablemente los que mandaban los tanques lo hubieran ignorado. Los tanques dispararon contra el cobertizo, que quedó envuelto en llamas. Las ametralladoras dispararon a la gente que intentaba escapar, y los tanques pasaron por encima de los supervivientes y de los restos del edificio.[5]

Los oficiales y soldados de la Wehrmacht culparon a los civiles polacos de ser los culpables del horror que caía sobre ellos. Un general afirmó: «Los alemanes son los señores, y los polacos, los esclavos». La jefatura del ejército sabía que los objetivos de Hitler para esa campaña eran todo menos convencionales. El jefe de la plana mayor lo resumía así: «La intención del Führer es destruir y exterminar al pueblo polaco». Los soldados habían sido aleccionados para que vieran a la población civil polaca como taimada y subhumana. Uno soldado alemán estaba tan convencido de la hostilidad de los polacos que interpretó el rictus de agonía de uno de ellos como una expresión de odio irracional contra los alemanes. Los soldados pronto adoptaron la costumbre de desquitarse de sus frustraciones con el primero que veían. Por norma, los alemanes mataban a los civiles cada vez que tomaban nuevos territorios, pero también cuando perdían terreno. Si sufrían alguna baja, acusaban a quien tuvieran más a mano: primero a los hombres, pero también a mujeres y niños.[6]

En la ciudad de Widzów, los alemanes convocaron a los hombres y estos acudieron a la llamada sin temor; puesto que no habían hecho nada. Una esposa embarazada sentía que su parto se adelantaba, pero le arrancaron a su esposo de los brazos. Todos los hombres de la ciudad fueron alineados contra una valla y fusilados. En Longinówka, encerraron a cuarenta ciudadanos polacos en un edificio y le prendieron fuego. Los soldados disparaban a la gente que saltaba por las ventanas. Algunas acciones de represalia fueron inconcebiblemente arbitrarias. En un caso, se reunió a cien civiles para pasarlos por las armas porque uno de

ellos había disparado un arma. Después resultó que el disparo lo había hecho un soldado alemán.[7]

Polonia no se rindió, pero las hostilidades llegaron a su fin el 6 de octubre de 1939. Aunque los alemanes establecieron autoridades civiles de ocupación aquel otoño, la Wehrmacht siguió matando a ciudadanos polacos en grandes cantidades, en acciones de represalia totalmente arbitrarias. En diciembre, después de que dos soldados alemanes fueran muertos por unos conocidos criminales polacos, los alemanes ametrallaron a 114 hombres que no tenían nada que ver con el incidente. En enero, los alemanes ejecutaron a 255 judíos en Varsovia después de que la comunidad judía fuera incapaz de entregar a alguien que los alemanes, a juzgar por su nombre, pensaban que era judío, aunque en realidad esa persona no tenía nada que ver con ellos.[8]

A los soldados alemanes les habían aleccionado para que vieran a los judíos como a bárbaros orientales, y en Polonia encontraron algo que nunca habían visto en Alemania: amplias comunidades de judíos religiosos. Aunque Hitler bramaba contra el papel destructivo de los judíos en la sociedad alemana, estos constituían una proporción muy pequeña de la población. Entre los ciudadanos alemanes a los que las leyes de Nuremberg definían como judíos, la mayoría eran seculares y muchos no se identificaban demasiado con la comunidad judía. Los judíos de Alemania estaban altamente asimilados y se casaban muy a menudo con no judíos. Sin embargo, y por razones históricas, la vida de los judíos en Polonia era muy diferente. Habían sido expulsados de Alemania durante la Baja Edad Media, lo mismo que de la mayor parte de Europa central y oriental. Durante siglos, Polonia había sido un refugio para los judíos, y seguía siendo el principal centro de asentamiento de los judíos europeos. En 1939, en torno al diez por ciento de la población polaca era judía, y la mayoría observaba su religión, seguía sus costumbres y vestía de forma tradicional. En general hablaban yiddish que los alemanes tendían a considerar una versión deformada de su propia lengua. En Varsovia y en Łódz, las ciudades más importantes de Polonia, los judíos eran aproximadamente un tercio de la población.

A juzgar por su correspondencia, los oficiales y soldados alemanes veían a los judíos polacos como estereotipos vivientes más que como a seres humanos, una lacra especial dentro de una tierra polaca ya de por sí degenerada. En sus cartas a sus esposas o novias, los alemanes describían un tinglado inhumano de desorden y suciedad. En su imagen de Polonia, todo lo bello había sido obra de los anteriores colonos alemanes y todo lo feo era resultado de la corrupción judía y de la holgazanería polaca. Los alemanes parecían sentir una necesidad incontrolable de cambiar el aspecto de los judíos. Una y otra vez, los soldados rodeaban a hombres judíos y les cortaban los rizos que llevaban a los lados de la cabeza, mientras otros soldados se reían y tomaban fotos. También violaban a las mujeres judías con desenfado, como si eso no fuera un delito por el que pudieran castigarlos. Cuando los atrapaban, se les recordaban las leyes alemanas contra la mezcla racial.[9]

En la ciudad de Solee, tomaron a los judíos como rehenes y los encerraron en una bodega. Después de un intento de fuga, los soldados arrojaron granadas en el interior y mataron a todos los que estaban dentro. En Raw a Mazowiecka, un soldado alemán le pidió agua a un niño judío. El niño escapó corriendo, y el soldado apuntó e hizo fuego, pero falló y alcanzó a uno de sus propios camaradas. A continuación, los alemanes reunieron a cientos de personas en la plaza del pueblo y las mataron. En Dynów, unos doscientos judíos fueron ametrallados una noche de mediados de septiembre. En total, siete mil de los cuarenta y cinco mil civiles polacos muertos por los alemanes hasta finales de 1939 eran judíos, un porcentaje algo mayor que el de judíos en la población polaca.[10]

En la visión nazi del mundo en la que los soldados y los oficiales alemanes habían sido adoctrinados, un soldado judío representaba un enigma aún mayor que un soldado polaco. Los judíos fueron purgados de las fuerzas armadas alemanas a partir de 1935. En cambio, los judíos polacos, como todos los ciudadanos varones del país, prestaban el servicio militar obligatorio. Los judíos, en especial los médicos, constituían una buena proporción de los oficiales. Los alemanes separaban a los judíos de sus unidades y los enviaban a campos de trabajo punitivos especiales.

Alemania prácticamente había ganado la guerra cuando los soviéticos entraron en territorio polaco el 17 de septiembre. Ese día, la fuerza aérea alemana estaba bombardeando Leópolis (en la actualidad Łvov), la ciudad más importante del sureste, mientras el Ejército Rojo se acercaba. La entrada en Polonia de medio millón de soldados soviéticos había despertado temores y esperanzas. Los polacos querían creer que los soviéticos habían acudido a luchar contra los alemanes. Algunos soldados polacos, empujados hacia el este por el ataque alemán, creyeron por un momento que se encontraban con aliados. Las fuerzas armadas polacas necesitaban ayuda desesperadamente.[11]

Los soviéticos afirmaron que su intervención era necesaria porque el Estado polaco había dejado de existir. Como Polonia ya no podía proteger a sus propios ciudadanos –razonaban–, el Ejército Rojo tuvo que entrar en el país en misión de paz. Las amplias minorías ucraniana y bielorrusa de Polonia, continuaba la propaganda soviética, necesitaban ser rescatadas. Pero, pese a la retórica, los oficiales y soldados soviéticos iban preparados para una guerra, y la libraron. El Ejército Rojo desarmó a las unidades polacas y se enfrentó a ellas cuando fue necesario. Medio millón de hombres habían cruzado una frontera que ya no estaba defendida para luchar contra un enemigo que estaba prácticamente vencido. Los soldados soviéticos se encontraron con los alemanes, marcaron las fronteras y, en una ocasión, celebraron un desfile de la victoria conjunto. Stalin habló de una alianza «sellada con sangre» con Alemania. Era sobre todo la sangre de los más de sesenta mil soldados polacos muertos en combate.[12]

En ciudades como Leópolis, en cuya proximidad se hallaban tanto la Wehrmacht como el Ejército Rojo, los soldados polacos se encontraban con una dificultad añadida: ¿a cuál de los dos rendirse? Los militares soviéticos les prometían el regreso a salvo a sus casas después de un breve interrogatorio. Nikita Krushev, que acompañaba a los soldados soviéticos, confirmaba esta garantía. El artista Józef Czapski, oficial polaco de la reserva, estaba entre los que creyeron esa mentira. Los alemanes habían obligado a retirarse a su unidad, que después fue rodeada por los blindados soviéticos. Les prometieron a él y a sus hombres que serían llevados a Leópolis y puestos en libertad. En lugar de eso, los metieron en camiones y los llevaron a la plaza del mercado de la ciudad. Mujeres llorosas les arrojaban cigarrillos. Un joven judío compró manzanas en un puesto y se las lanzó a los prisioneros que iban en el camión. Cerca de la oficina de correos, unas mujeres recogieron las notas que habían escrito los soldados para sus familias. Llevaron a los prisioneros a la estación del tren y los enviaron al este.[13]

Cuando cruzaron la frontera soviética, recuerda Czapski, tuvieron la sensación de entrar en «otro mundo». Czapski iba sentado junto a un amigo botánico, también oficial de la reserva, que se maravillaba ante las altas hierbas de la estepa ucraniana. En otro tren, unos granjeros polacos miraban a través de las grietas del vagón las granjas colectivas soviéticas y sacudían la cabeza con disgusto ante el desorden y la dejadez que veían. En una parada en Kiev, capital de la Ucrania soviética, los oficiales polacos se encontraron con una recepción inesperada. A los ucranianos les afligía ver a oficiales polacos bajo custodia soviética. Al parecer, algunos aún creían que el ejército polaco liberaría a Ucrania de Stalin. En cambio, unos quince mil oficiales polacos fueron llevados a tres campos de prisioneros soviéticos controlados por el NKVD, uno en el este de la Ucrania soviética, en Starobilsk, y dos más en la Rusia soviética, en Kozelsk y en Ostashkov.[14]

La captura de esos hombres –sólo había una mujer entre ellos– significó la decapitación de la sociedad polaca. Los soviéticos hicieron más de cien mil prisioneros de guerra, pero soltaron a los soldados y se quedaron sólo con los oficiales, más de dos tercios de los cuales procedían de la reserva. Como Czapski y su compañero botánico, eran profesionales instruidos e intelectuales, no militares. De este modo, Polonia se vio privada de miles de médicos, abogados, científicos, profesores y políticos.[15]

Mientras tanto, las fuerzas soviéticas de ocupación en el este de Polonia colocaron a los estratos inferiores de la sociedad en los puestos vacantes. Vaciaron las cárceles y pusieron a cargo de los gobiernos locales a presos políticos, usualmente comunistas. Los agitadores soviéticos incitaban a los campesinos a vengarse de los terratenientes. Aunque la mayoría se resistió a

esta llamada al crimen, otros miles la escucharon y se produjo el caos. Los asesinatos masivos con hachas eran frecuentes. Ataban a un hombre a una estaca, le arrancaban algo de piel y le echaban sal en la herida antes de obligarle a presenciar la ejecución de su familia. El Ejército Rojo, en general, se portó de manera correcta, aunque a veces los soldados se unían a la violencia, como cuando un par de soldados mató a un funcionario local y le arrancó los dientes de oro.[16]

Detrás del ejército, el NKVD entró en masa en el país. En los veintiún meses que siguieron, hizo más arrestos en la zona ocupada del este de Polonia que en toda la Unión Soviética, deteniendo a 109 400 ciudadanos polacos. La sentencia habitual era de ocho años en el Gulag; 8513 personas fueron sentenciadas a muerte.[17]

Al oeste de la línea Mólotov-Ribbentrop, donde gobernaba Alemania, los métodos eran incluso menos sutiles. Ahora que la Wehrmacht había vencido a un ejército extranjero, las SS podían poner a prueba sus procedimientos sobre una población ajena.

El instrumento de persecución, los Einsatzgruppen, era la creación del brazo derecho de Himmler, Reynhard Heydrich. Los Einsatzgruppen eran fuerzas de operaciones especiales dirigidas por la Policía de Seguridad, que incluían a otros policías y cuya misión aparente era pacificar las zonas de retaguardia después de la expansión militar. En 1939 estaban subordinados a la Oficina Principal de Seguridad del Reich de Heydrich, que reunía la Policía de Seguridad (institución estatal) con el Sicherheitsdienst, o SD (el servicio de inteligencia de las SS, una institución del partido nazi). Los Einsatzgruppen habían sido desplegados en Austria y en Checoslovaquia, pero encontraron escasa resistencia y no tuvieron que eliminar a grupos determinados. Sería en Polonia donde los Einsatzgruppen cumplirían su misión de «soldados ideológicos» eliminando a las clases instruidas de un enemigo derrotado. (En cierto sentido, mataban a sus semejantes; el quince por ciento de los mandos de los Einsatzgruppen y de los Einsatzkommando tenían doctorados). En la operación Tannenberg, Heydrich quería que los Einsatzgruppen neutralizaran a «las capas altas de la sociedad» asesinando a sesenta y un mil ciudadanos polacos. En palabras de Hitler, «sólo una nación cuyas capas altas han sido destruidas puede ser empujada a la esclavitud». El objetivo último de este proyecto de decapitación era «destruir Polonia» como sociedad funcional. Al asesinar a los polacos más destacados, los Einsatzgruppen harían que Polonia se pareciera a la fantasía racista que los alemanes tenían del país y dejarían a la sociedad incapacitada para resistir el dominio alemán.[18]

Los Einsatzgruppen aboradaran su labor con mortífera energía, pero carecían de la experiencia y, por lo tanto, de la competencia del NKVD. Mataron a civiles, por supuesto, a menudo utilizando como tapadera operaciones de represalia contra presuntos guerrilleros. En Bydgoszcz, los Einsatzgruppen eliminaron a unos novecientos polacos. En un patio de Katowice mataron a otros 750, la mayoría mujeres y niñas. En total, los Einsatzgruppen probablemente mataran en torno a cincuenta mil ciudadanos polacos en acciones que nada tenían que ver con la guerra. Pero estos no eran, al parecer, los primeros cincuenta mil de su lista de sesenta y un mil. Con mucha frecuencia se trataba de grupos escogidos sin ningún criterio. A diferencia del NKVD, los Einsatzgruppen no seguían meticulosamente los protocolos, y en Polonia no llevaban archivos precisos de las personas a las que mataban.[19]

Los Einsatzgruppen tuvieron más éxito en las misiones contra los judíos, que requerían mucho menos análisis. A un Einsatzgruppe se le encargó de aterrorizar a los judíos para que huyeran hacia el este, desde la zona de ocupación alemana a la soviética. Debían conseguirlo a ser posible durante el mes de septiembre de 1939, mientras aún se desarrollaban las operaciones militares. A sí, por ejemplo, en Będzin, este mismo Einsatzgruppe quemó la sinagoga con lanzallamas y mató a unos quinientos judíos en dos días. Los Einsatzkommandos, destacamentos más pequeños, cumplieron misiones similares. En la ciudad de Chełm, uno de ellos se encargaba de robar a los judíos ricos. Los alemanes desnudaban y registraban en la calle a las mujeres con aspecto judío, y examinaban sus cavidades corporales a puerta cerrada. Les rompían los dedos para apoderarse de los

anillos de boda. En Przemyśl, los Einsatzkommandos ejecutaron al menos a quinientos judíos entre el 16 y el 19 de septiembre. Como resultado de estas acciones, cientos de miles de judíos huyeron a la zona de ocupación soviética. En las inmediaciones de la ciudad de Lublin fueron expulsados más de veinte mil judíos.[20]

Una vez completada la conquista de Polonia, los alemanes y sus aliados soviéticos se encontraron de nuevo para afianzar sus relaciones. El 28 de septiembre de 1939, el día en que Varsovia cayó en manos de los alemanes, los aliados firmaron un tratado de fronteras y amistad que cambió un poco las zonas de influencia. El documento asignaba Varsovia a los alemanes y Lituania a los soviéticos (es la frontera que aparece en los mapas como la «línea Mólotov-Ribbentrop»). El tratado obligaba a cada una de las partes a suprimir toda resistencia polaca al régimen de la otra. El 4 de octubre, la Alemania nazi y la Unión Soviética firmaron el protocolo que definía su nueva frontera común. Polonia había dejado de existir.

Unos días más tarde, Alemania se anexionó formalmente algunos de los territorios de su zona y convirtió el resto en una colonia, llamada Gobierno General, que sería un depósito de gente no deseada, polacos y judíos. Hitler pensaba que los judíos podrían ubicarse en algún distrito del este, dentro de una especie de «reserva natural». El gobernador general Hans Frank, antiguo abogado de Hitler, definió la situación de la población sometida en dos órdenes emitidas a fines de octubre de 1939. Una de ellas especificaba que la policía alemana se encargaría de mantener el orden; la otra, que la policía alemana tenía autoridad para sentenciar a muerte a cualquier polaco que hiciera algo que pareciera contrario a los intereses de Alemania y de los alemanes. Frank confiaba en que los polacos pronto se darían cuenta de «lo irreversible de su destino nacional» y aceptarían el dominio de los alemanes.[21]

Al este de la línea Mólotov-Ribbentrop, los soviéticos extendían su propio sistema. Moscú amplió hacia el oeste sus repúblicas de Ucrania y de Bielorrusia, obligando a sus nuevas poblaciones, que residían en el este de lo que había sido Polonia, a participar en la anexión de su propia patria. Cuando el Ejército Rojo entró en Polonia, presentó al poder soviético como el libertador de las minorías nacionales del yugo polaco y como el gran apoyo de los campesinos contra sus señores. En el este de Polonia, el cuarenta y tres por ciento de la población era polaca, el treinta y tres por ciento, ucraniana, el ocho por ciento, judía, la misma proporción de bielorrusos, y pequeños porcentajes de checos, alemanes, rusos, gitanos, tártaros y otros. Pero ahora todo el mundo, cualquiera que fuera su nacionalidad y su clase, debía expresar su apoyo al nuevo orden de forma ritual. El 22 de octubre de 1939, todos los adultos de lo que los soviéticos llamaron «Bielorrusia Occidental» y «Ucrania Occidental» debían votar en las elecciones a dos asambleas cuyo carácter provisional se revelaba en su única misión legislativa: pedir que las tierras del este de Polonia se incorporaran a la Unión Soviética. Las formalidades para la anexión se completaron el 15 de noviembre.[22]

La Unión Soviética llevó sus prácticas y sus instituciones al este de Polonia. Todo el mundo debía registrarse para obtener un pasaporte interno, lo que significaba que el Estado tendría registrados a todos sus nuevos ciudadanos. Con ello vinieron las levadas militares: unos 150 000 hombres jóvenes (polacos, ucranianos, bielorrusos, judíos) se hallaron pronto en el ejército soviético. El registro también permitió continuar de forma tranquila una de las políticas sociales soviéticas importantes: la deportación.[23]

El 4 de diciembre de 1939, el politburó soviético ordenó al NKVD que dispusiera la expulsión de ciertos grupos de ciudadanos polacos que amenazaban con poner en peligro el nuevo orden: veteranos del ejército, guardabosques, funcionarios, policías y sus familias respectivas. Así pues, una noche de febrero de 1940, con temperaturas cercanas a los cuarenta bajo cero, el NKVD se los llevó a todos: 139 794 personas sacadas de sus hogares, de noche y a punta de pistola, y conducidas a trenes de mercancías sin calefacción con destino a asentamientos especiales en el lejano Kazajistán o en Siberia. Antes de que se dieran cuenta de lo ocurrido, el destino de aquellas personas había cambiado por completo. Los asentamientos especiales, parte del sistema del Gulag, eran las zonas de

trabajos forzados adonde se enviaba a los kulaks diez años atrás.[24] Como la definición de familia que hizo el NKVD era muy amplia, los trenes se llenaban con los ancianos padres y los hijos pequeños de las personas que eran consideradas peligrosas. En las paradas del viaje al este, los guardias iban de vagón en vagón preguntando si había más niños muertos. Wieslaw Adamczyk, que en la época era un niño de once años, le preguntó a su madre si los soviéticos los llevaban al infierno. La comida y el agua se distribuían de forma irregular, y aquellos vagones de ganado eran incómodos y muy fríos. Con el tiempo, los niños aprendieron a lamer la escarcha de los clavos y vieron cómo los más viejos empezaban a congelarse hasta morir. Los muertos adultos eran sacados del tren y arrojados a fosas comunes cavadas apresuradamente. Otro muchacho los miraba y trataba de recordarlos; más tarde, escribió que incluso cuando los muertos desaparecían «sus sueños y sus deseos permanecían en nuestros pensamientos».[25] Sólo durante el viaje murieron unas cinco mil personas; once mil más morirían el verano siguiente. Una niña polaca de una escuela siberiana describió lo que le había ocurrido a su familia: «Mi hermano enfermó y se murió de hambre en una semana. Lo enterramos en una colina de la estepa siberiana. Mamá enfermó de preocupación y se hinchó por el hambre, y estuvo dos meses tumbada en la barraca. No quisieron llevarla al hospital hasta el final. Entonces se la llevaron y estuvo dos allí semanas. Después, su vida acabó. Cuando lo supimos, una gran desesperación se adueñó de nosotros. Fuimos a su entierro, a veinticinco kilómetros, hasta la colina. Oíamos los sonidos del bosque siberiano, donde dos de los nuestros encontraron su tumba».[26]

En Asia central o en el norte de Rusia los polacos se sentían aún más forasteros y desamparados que los kulaks que los precedieron. Normalmente no hablaban ruso y menos aún kazajistaní. Los habitantes locales, especialmente los de Asia central, los veían como otra imposición del centro. «Los nativos –recuerda un polaco en Kazajistán– hablaban poco el ruso y les desagradaba mucho la nueva situación y las nuevas bocas que alimentar; al principio no nos vendían nada ni nos ayudaban de ninguna manera». Los polacos tal vez no supieran que un tercio de la población de Kazajistán había muerto de hambre sólo una década antes. A un polaco, padre de cuatro hijos, lo asesinan en una granja colectiva para quitarle las botas. Otro padre murió de hambre en Siberia; su hijo recuerda: «Estaba hinchado. Lo envolvieron en una sábana y lo arrojaron al suelo». Un tercer padre murió de tifus en Vologda, la ciudad de la muerte del norte de Rusia. Su hijo de doce años ya había aprendido cierta filosofía: «Un hombre nace una vez y muere sólo una vez. Y así ocurrió».[27]

Los ciudadanos polacos deportados probablemente no hubieran oído nunca antes la palabra rusa kulak, pero entonces descubrieron su significado. En un asentamiento de Siberia, los polacos encontraron esqueletos de kulaks deportados en la década de 1930. En otro, un polaco de dieciséis años supo que el capataz de su campo de trabajo era un kulak: «Me dijo con franqueza –recuerda– lo que había en su corazón: fe en Dios». Como los polacos eran católicos y por tanto creyentes cristianos, su presencia provocaba confesiones como esta de rusos y ucranianos. Pero incluso en el lejano este las autoridades soviéticas reaccionaban con gran hostilidad ante cualquier señal de identidad polaca. Un muchacho polaco que acudió a la ciudad para vender sus ropas a cambio de comida se encontró con un policía que le arrancó la gorra que llevaba. La gorra tenía un águila blanca, símbolo del estado polaco. El policía no permitió al muchacho que la recogiera del suelo. Como decían los periodistas soviéticos y repetían los maestros, Polonia había caído y nunca volvería a levantarse.[28]

Mediante el cálculo, la clasificación y la violencia, los soviéticos pudieron meter a Polonia a la fuerza dentro del sistema existente. Tras unas pocas semanas de caos, habían extendido su Estado hacia el oeste y se habían deshecho de los opositores más peligrosos. En la mitad occidental de Polonia, al este de la línea Mólotov-Ribbentrop, los alemanes no pudieron aplicar el mismo enfoque. Hitler había extendido su Reich muy recientemente a Austria y Checoslovaquia, pero nunca a territorios con tantos habitantes no alemanes. A diferencia de los soviéticos, los alemanes ni siquiera podían proclamar que estaban llevando la justicia y la igualdad a clases o pueblos oprimidos. Todo el mundo sabía que la Alemania nazi era para los alemanes, y los alemanes no se molestaban en fingir

otra cosa.

El nacionalsocialismo tenía como premisa la superioridad de la raza aria. Y ante la evidencia de la civilización polaca, los nazis querían demostrarlo, al menos ante sí mismos. En la antigua ciudad polaca de Cracovia, enviaron a campos de concentración a todo el profesorado de su célebre universidad. La estatua de Adam Mickiewicz, el gran poeta romántico, fue derribada de su pedestal en la plaza del mercado, que fue rebautizada como Adolf Hitler Platz. Tales acciones eran tanto simbólicas como prácticas. La universidad de Cracovia era más antigua que todas las universidades de Alemania. Los europeos de la época de Mickiewicz admiraban a éste tanto como a Goethe. La existencia de tales instituciones y de tal historia, lo mismo que la presencia de unas clases polacas instruidas, era una barrera para los planes alemanes, pero también un problema para la ideología nazi.[29]

La propia condición de polaco debía desaparecer de aquellas tierras para ser reemplazada por la «germanidad». Como Hitler había escrito, Alemania «debe acotar estos elementos raciales ajenos para que la sangre de su pueblo no vuelva a corromperse, o echarlos sin contemplaciones y entregar el territorio vacío a sus camaradas nacionales». A principios de octubre de 1939, Hitler confirmó a Heinrich Himmler una nueva responsabilidad. Himmler, que ya era líder de las SS y jefe de las fuerzas policiales alemanas, se convirtió en Comisario del Reich para el Fortalecimiento de la Raza Alemana, una especie de ministerio de asuntos raciales. En las regiones que Alemania se anexionó de Polonia, Himmler debía expulsar a la población nativa y sustituirla por alemanes.[30]

Aunque Himmler abordó el proyecto con entusiasmo, era un encargo difícil. Se trataba de territorios polacos, y en la Polonia independiente nunca había habido una gran minoría alemana. Cuando los soviéticos afirmaban que entraban en el este de Polonia para defender a ucranianos y bielorrusos, al menos su argumento era demográficamente plausible; había seis millones de personas de estas nacionalidades en Polonia. En contraste, había menos de un millón de alemanes. En los nuevos territorios anexionados de Alemania, los polacos superaban a los alemanes en una proporción de quince a uno.[31]

Por entonces, el ministro de propaganda de Hitler, Joseph Goebbels, controlaba la prensa alemana y, por ello, los alemanes (y los que creían en su propaganda) tenían la impresión de que había un gran número de alemanes en el oeste de Polonia, y de que estos habían sido objeto de terribles represiones. La realidad era muy otra. No era sólo que los cerca de nueve millones de polacos superaran enormemente a los alemanes en los nuevos distritos del Reich, sino que, además, con la anexión Hitler había añadido muchos más judíos (al menos 600 000) que alemanes a su Reich, y de ese modo había triplicado la población judía de Alemania (de unos 330 000 a casi un millón). Si se incluía el Gobierno General, con 1 560 000 judíos, había añadido más de dos millones de judíos a los dominios de Berlín. Había más judíos en la ciudad de Łódź (233 000), anexionada ahora a Alemania, que en Berlín (82 788) y Viena (91 480) juntas. Había más judíos en Varsovia, ahora parte del Gobierno General, de los que había anteriormente en toda Alemania. Así pues, Hitler añadió al Reich más polacos en esta anexión que alemanes había añadido en las anteriores, incluidas las de Austria y las regiones fronterizas de Checoslovaquia. Si tenemos en cuenta el Gobierno General y el protectorado de Bohemia-Moravia surgido del desmantelamiento de Checoslovaquia, Hitler sumó a su imperio unos veinte millones de polacos, seis millones de checos y dos millones de judíos. En aquel momento había más eslavos en Alemania que en cualquier otro Estado europeo excepto la Unión Soviética. En su cruzada por la pureza racial, Alemania se había convertido a finales de 1939 en el segundo estado plurinacional más grande de Europa tras la Unión Soviética.[32]

Arthur Greiser, a cargo del Reichsgau Wartheland, la más extensa de las nuevas regiones de Alemania, era muy receptivo a la idea de «reforzar la germanidad». Su provincia se extendía de oeste a este, entre las dos grandes ciudades polacas de Poznań y Łódź. Albergaba como mínimo a unos cuatro millones de polacos, 366 000 judíos y 327 000 alemanes. Himmler propuso la deportación de un millón de personas para febrero de 1940, incluidos todos los judíos y varios cientos de miles de polacos. Greiser empezó a «reforzar la germanidad» vaciando tres hospitales psiquiátricos y haciendo ejecutar a los pacientes. Los de otro psiquiátrico, el de Owinska, tuvieron un destino diferente. En octubre y noviembre de 1939 los llevaron al cuartel general de la Gestapo y los gasearon

con monóxido de carbono embotellado. Fue el primer asesinato en masa realizado por los alemanes con este método. Murieron unos 7700 ciudadanos polacos hallados en instituciones de salud mental y se iniciaba así la política de «eutanasia» que pronto se aplicaría también dentro de las fronteras de la Alemania de la preguerra.

En el transcurso de los dos años siguientes, más de setenta mil ciudadanos alemanes considerados «no aptos para la vida» serían gaseados. El refuerzo de la germanidad tenía una dimensión interna y otra externa: la guerra agresiva en el exterior servía de excusa para el asesinato de ciudadanos alemanes. Así empezó y así iba a continuar.[33]

El objetivo de expulsar a los judíos de Alemania chocaba con otra prioridad política, la de reasentar a los alemanes de la Unión Soviética. Una vez que la URSS hubo extendido sus fronteras hacia el oeste al anexionarse la parte oriental de Polonia, Hitler debía ocuparse de los alemanes (hasta entonces ciudadanos polacos) que se encontraban bajo el dominio soviético. Hitler dispuso que estas personas fueran enviadas a Alemania; vivirían en Wartheland, en las tierras que dejarían los polacos deportados. Pero eso implicaba que habría que deportar a los granjeros polacos antes que a los judíos, para dejar espacio a los alemanes. Aunque se permitió a los judíos permanecer en sus hogares por el momento, tuvieron que soportar enormes sufrimientos y humillaciones. En Kozienice, obligaron a los judíos ortodoxos a bailar junto a una pila de libros ardiendo y cantar «la guerra es culpa nuestra». En Lowicz, el 7 de noviembre de 1939, toda la población masculina judía fue obligada a ingresar en prisión para que la comunidad judía pagara un rescate por ellos.[34]

En la primera deportación desde Wartheland al Gobierno General, realizada entre el 1 y el 17 de diciembre de 1939, la gran mayoría de los 87 883 expulsados eran polacos. La policía eligió en primer lugar a los «polacos que representan un peligro inmediato para la nación alemana». En una segunda deportación, entre el 10 de febrero y el 15 de marzo de 1940, se envió a otras 42 128 personas, de nuevo polacos en su mayoría. La distancia no era larga. En circunstancias normales, el trayecto desde Poznań, capital de Wartheland, hasta Varsovia, la mayor ciudad del Gobierno General, duraba pocas horas. Sin embargo, miles de personas murieron congeladas en los trenes, que a menudo permanecían parados en vías secundarias durante días. Himmler comentó: «Es el clima de aquí». No hace falta decir que el clima de Polonia era muy parecido al de Alemania.[35]

En Polonia y en Alemania el invierno de 1939-1940 fue inusualmente frío; en Ucrania, Rusia y el norte de Kazajistán fue más frío aún. A medida que los días se acortaban, miles de ciudadanos polacos enfermaban y morían en los asentamientos especiales soviéticos. En los tres campos de Rusia y Ucrania donde los soviéticos retenían a los prisioneros de guerra, los hombres seguían su propio calendario político y religioso. En Kozelsk, Ostashkov y Starobilsk, la gente encontró maneras de celebrar el 11 de noviembre, día de la independencia de Polonia. En los tres campos, los hombres hicieron preparativos para festejar la Navidad. Los prisioneros eran, en general, católicos romanos, con un añadido considerable de judíos, protestantes, cristianos ortodoxos y católicos griegos. Se reunían en complejos monásticos ortodoxos profanados, y rezaban o tomaban la comunión en los rincones de catedrales en ruinas.[36]

Los prisioneros veían las señales de lo que les había ocurrido a los monjes y monjas ortodoxos durante la Revolución Bolchevique. Esqueletos en tumbas poco profundas, siluetas de cuerpos humanos trazadas con balas en las paredes. Un prisionero de Starobilsk no pudo evitar reparar en las nubes de cuervos negros que nunca abandonaban el monasterio. No obstante, la oración proporcionó algo de esperanza, y personas de distintas confesiones se congregaban en las ceremonias... hasta el 24 de diciembre de 1939, cuando sacerdotes, pastores y rabinos fueron sacados de los tres campos y nunca más se los volvió a ver.[37]

Estos tres campos fueron una especie de laboratorio donde observar la conducta de las clases instruidas polacas. Kozelsk, Ostashkov y Starobilsk se volvieron polacos en apariencia. Los prisioneros no tenían más ropas que sus uniformes del ejército, con águilas blancas en las gorras. No hace falta decir que nadie llevaba en público ese emblema en lo que había sido el este de Polonia, donde los espacios públicos estaban por entonces decorados con la hoz, el martillo y

la estrella roja. Aunque las universidades polacas estaban cerradas en el lado alemán y habían sido convertidas en ucranianas y rusas en el lado soviético, los internados en los campos organizaban conferencias dirigidas por los científicos y humanistas polacos relevantes que se encontraban entre los oficiales de la reserva. Estos organizaban modestos montepíos para que los oficiales más pobres pudieran recibir préstamos de los más ricos. Recitaban de memoria las poesías aprendidas en la escuela. Algunos de ellos eran capaces de repetir de memoria las extensas novelas realistas polacas. Por supuesto, también había desacuerdos, reyertas y robos. Y unos pocos –muy pocos– aceptaron cooperar con los soviéticos. Los oficiales no se ponían de acuerdo en cuanto al comportamiento que debían seguir durante los largos interrogatorios nocturnos; pero el espíritu de solidaridad nacional era palpable, quizá también para los soviéticos.[38] No obstante, los hombres se sentían solos. Podían escribir a sus familias, pero sin comentar su situación. Sabían que el NKVD leía todos sus escritos, y debían ser discretos. Un prisionero de Kozelsk, Dobieslaw Jakubowicz, confiaba a su diario las cartas que hubiera querido escribirle a su esposa, sus sueños de contemplar su vestido y de jugar con su hija. Los prisioneros debían poner la dirección de un sanatorio como remite de sus cartas, lo cual provocaba penosas confusiones.[39]

Los prisioneros se hacían amigos de los perros empleados en la vigilancia, y también de los de las poblaciones cercanas. Los perros visitaban los campos de concentración, entraban por la puerta delante de los guardias o por los agujeros que había en las cercas de alambre de espino o debajo de ellas, demasiado pequeños para que pasara un hombre. Uno de los oficiales de la reserva que estaban en Starobilsk era Maksymilian Łabędź, el veterinario más famoso de Varsovia. Era un caballero de edad avanzada que había sobrevivido a duras penas al transporte desde la ciudad. Cuidaba a los perros e incluso realizó alguna intervención quirúrgica. Su mascota favorita era un chucho al que los oficiales llamaban Linek abreviatura de Stalinec, «pequeño Stalin» en polaco. Entre los perros a los que atendía, su preferido era Foch llamado así por el general francés que fue comandante supremo de los ejércitos aliados que derrotaron a Alemania en 1918. Por aquella época, a finales de 1939 y principios de 1940, se había establecido en París un gobierno polaco en el exilio, y los polacos en general creían que Francia podría derrotar a Alemania y rescatar Polonia. Los oficiales les pusieron sus esperanzas de contactar con el mundo exterior en el pequeño Foch que al parecer tenía un hogar en la ciudad. Insertaban notas bajo su collar con la esperanza de obtener respuesta. Un día, en marzo de 1940, recibieron una: «La gente dice que pronto os liberarán de Starobilsk. Dicen que volveréis a casa. No sabemos si es verdad».[40]

No lo era. Aquel mes, en Moscú, el jefe de la policía secreta, Lavrenty Beria, había llegado a una conclusión quizá inspirada por Stalin. Beria dejó claro, por escrito, que quería muertos a los prisioneros de guerra polacos. En una propuesta al politburó (es decir, a Stalin) Beria escribió el 5 de marzo de 1940 que todos los prisioneros polacos estaban «esperando a que los liberaran para entrar activamente en guerra contra el poder soviético». Proclamaba que las organizaciones contrarrevolucionarias de los nuevos territorios soviéticos estaban dirigidas por antiguos oficiales. A diferencia de las afirmaciones sobre la «Organización Militar Polaca» de dos años atrás, éstas no eran fantasías. La Unión Soviética había ocupado y se había anexionado la mitad de Polonia, y era inevitable que algunos polacos decidiesen resistir. En 1940, tal vez unos veinticinco mil participaban en algún tipo de resistencia organizada. Es cierto que el NKVD penetró rápidamente en estas organizaciones y arrestó a la mayoría de sus miembros, pero se trataba de una oposición real y demostrable. Beria utilizó la realidad de la resistencia polaca para justificar su propuesta de actuación con los prisioneros: «Aplicarles la pena máxima: ejecución».[41] Stalin aprobó la recomendación de Beria, y los mecanismos del Gran Terror se pusieron en marcha otra vez. Beria estableció una troika especial para que se ocupara rápidamente de las fichas de todos los prisioneros de guerra, con poderes para desoír las recomendaciones de los interrogadores previos y para emitir veredictos sin que mediara contacto con los prisioneros. Al parecer, Beria fijó un cupo de muertes, como se había hecho en 1937 y 1938: todos los prisioneros de los tres campos, más seis mil personas encerradas en prisiones en el oeste de Bielorrusia y de Ucrania (tres mil presos en cada una), así como elementos especialmente peligrosos entre los suboficiales que no se encontraban

en cautiverio. Tras un examen rápido de las fichas, el noventa y siete por ciento de los polacos de los tres campos, unos 14 587 hombres, fueron sentenciados a muerte. Las excepciones fueron algunos agentes soviéticos, personas de origen étnico alemán o letón, y otras que tenían protección extranjera. Los seis mil que estaban en las cárceles también fueron condenados a muerte, junto con otras 1305 personas arrestadas en abril.[42]

Los prisioneros de los tres campos confiaban en que los devolverían a sus casas. Cuando, en abril de 1940, se llevaron a los primeros grupos del campo de Kozelsk, sus compañeros les hicieron una fiesta de despedida. Los oficiales formaron una guardia de honor –dentro de lo que era posible hacerlo sin armas– para los que caminaban hacia los autobuses. Llevaron a los prisioneros, en grupos de unos cientos cada vez, a través de Smolensk hasta la pequeña estación de Gniazdovo. Al apearse allí se encontraban rodeados por un cordón de soldados del NKVD con las bayonetas caladas. En grupos de treinta prisioneros subían a un autobús que los llevaba a la colina de las Cabras, junto a un bosque llamado Katyn. Allí, en un centro de vacaciones del NKVD, los registraban y los despojaban de los objetos de valor. Un oficial, Adam Sloski, había estado llevando un diario hasta aquel momento: «Me han pedido el anillo de matrimonio y yo...» Llevaban a los prisioneros a un edificio del complejo, donde los ejecutaban. Sus cadáveres eran trasladados, probablemente en un camión, en tandas de treinta, a una fosa común cavada en el bosque. El proceso continuó hasta que los 4410 prisioneros enviados desde Kozelsk fueron pasados por las armas.[43]

En Ostashkov, una banda de música despedía a los prisioneros para elevar su ánimo. Los llevaron en tren en grupos de 250 a 500 a la prisión del NKVD en Kalinin (la actual Tver). Allí, los retenían brevemente mientras les tomaban los datos. Esperaban sin saber lo que iba a ocurrir y probablemente sin sospecharlo hasta el último instante. Un oficial del NKVD le preguntó su edad a uno de los prisioneros, aislado de sus compañeros. El joven sonrió. «Dieciocho». «¿A qué se dedicaba?» Aún sonreía: «Operador telefónico». «¿Cuánto tiempo estuvo trabajando?» El chico contó con los dedos: «Seis meses». A continuación, como a los 6314 prisioneros que pasaron por aquella habitación, lo esposaron y lo llevaron a una celda insonorizada. Dos hombres lo agarraron por los brazos y un tercero le disparó desde atrás en la base del cráneo.[44]

El jefe de los ejecutores de Kalinin, a quien los prisioneros nunca vieron, era Vasily Biokhin. Había sido uno de los principales exterminadores durante el Gran Terror al frente de un pelotón de ejecución. Le habían confiado algunas de las ejecuciones de altos cargos acusados en los juicios farsa, pero también había matado a cientos de obreros y campesinos que fueron asesinados en riguroso secreto. En Kalinin llevaba una gorra de cuero, un delantal y guantes largos para proteger su uniforme de la sangre y las vísceras. Cada noche ejecutaba con pistolas alemanas a unos doscientos cincuenta hombres uno detrás de otro. Los cadáveres eran llevados en un camión a la cercana Mednoe, donde el NKVD tenía algunas casas de veraneo. Los arrojaban a una gran fosa abierta previamente con una excavadora.[45]

Desde el campo de Starobilsk los prisioneros hacían el viaje en tren, cien o doscientos cada vez, hasta Járkov, donde los retenían en una cárcel del NKVD. Aunque tal vez no lo supieran, se encontraban en uno de los principales centros de exterminio de polacos de la Unión Soviética. Ahora les había llegado su turno, y fueron a la muerte, sin saber lo que les estaba sucediendo a sus camaradas de otros campos ni lo que les iba a ocurrir a ellos. Después de un día en prisión los llevaban a una habitación donde comprobaban sus datos. Por último, pasaban a otra habitación, oscura y sin ventanas donde hacían entrar el prisionero después de que un guardia preguntara: «¿Se puede?» Como recuerda un hombre del NKVD, «se escuchaba un clac y todo terminaba». Cargaban los cuerpos en camiones, con las cabezas cubiertas con las chaquetas de los muertos para que la plataforma del vehículo no se manchara de sangre. Disponían los cadáveres alternando cabezas y pies para apilarlos mejor.[46]

De este modo murieron 3739 prisioneros de Starobilsk, entre ellos todos los amigos y conocidos de Józef Czapski, como el botánico a quien recordaba por su serenidad, como un economista que intentaba ocultar sus temores a su esposa embarazada, o un doctor conocido en Varsovia por frecuentar los cafés y ayudar a los artistas, o un teniente que recitaba de memoria obras teatrales y novelas, o

un abogado que hablaba con entusiasmo de una federación Europea, o tantos ingenieros, profesores, poetas, trabajadores sociales, periodistas, cirujanos y soldados. Pero no el propio Czapski. Él y unos pocos supervivientes de los tres campos de prisioneros fueron enviados a otro campo y sobre vivieron.[47] Fiódor Dostoievski situó una escena crucial de Los hermanos Karamázov en la ermita de Optyn en Kozelsk, que en 1939 y 1940 se convirtió en el campo soviético para prisioneros de guerra. Allí tiene lugar el diálogo más famoso del libro, la discusión entre un joven noble y un anciano del monasterio acerca de la posibilidad de una ética sin Dios. Si Dios ha muerto, ¿todo está permitido? En 1940, el edificio donde se desarrolla este diálogo de ficción, antigua residencia de algunos frailes, albergaba a los interrogadores del NKVD. Ellos personificaban la respuesta soviética a dicha pregunta: sólo la muerte de Dios permitía la liberación de la humanidad. Sin saberlo, muchos oficiales polacos daban una respuesta diferente: que en un lugar donde todo está permitido, Dios es el refugio. Veían los campos de concentración como iglesias y rezaban en ellos. Muchos de ellos asistieron a los servicios religiosos de Pascua antes de ser ejecutados.[48]

Los prisioneros de los tres campos, al menos muchos de ellos, suponían que los habían seleccionado con vistas a desempeñar algún papel en la Unión Soviética. Lo que no sabían era que si no pasaban la prueba serían ejecutados. No tenían noticia de la operación antipolaca del Gran Terror, en la que habían sido ejecutados decenas de miles de polacos soviéticos sólo dos años antes. Incluso aunque hubieran sabido lo que estaba en juego, parece difícil imaginar que entre ellos hubiera muchos que pudieran mostrar algún tipo de sincera lealtad a los soviets. En los campos les hacían leer periódicos soviéticos, ver películas de propaganda y escuchar por los altavoces las noticias de la radio soviética. En general, todo eso les parecía ridículo e insultante. Incluso los que informaban sobre sus compañeros pensaban que el sistema era absurdo.[49]

La comunicación entre las dos culturas era difícil cuando no había ningún interés en común. Durante este periodo, mientras Stalin y Hitler fueran aliados, sería difícil encontrar un terreno compatible. Por otra parte, las posibilidades de malentendidos eran enormes. La colectivización y la industrialización habían modernizado la Unión Soviética, pero sin atender a la población —mejor dicho, a los consumidores— como ocurría en el Occidente capitalista. Los ciudadanos soviéticos que gobernaban la URSS se caían de las bicicletas, se comían la pasta dentífrica, usaban los lavabos como fregaderos, llevaban varios relojes en la muñeca, empleaban sujetadores como orejeras y prendas de lencería como trajes de noche. Los prisioneros polacos también eran ignorantes, pero acerca de cuestiones más fundamentales. A diferencia de los ciudadanos soviéticos que se encontraban en la misma situación que ellos, los polacos creían que no podían ser sentenciados ni ejecuta dos sin una base legal. El hecho de que estos ciudadanos soviéticos y polacos, muchos de los cuales habían nacido en el mismo Imperio Ruso, se comprendieran tan poco entre sí, era un síntoma de la gran transformación que el estalinismo había provocado.

El jefe de los interrogadores de Kozelsk, el hombre que había heredado la residencia del anciano fraile de Dostoievski, lo expresó con delicadeza: se trataba de «dos filosofías divergentes». Al final, los soviéticos extenderían y reforzarían la suya. Las bromas a expensas de los soviéticos en el este de Polonia tenían una réplica fácil: ¿cómo se llama ahora este país? Los polacos de los campos de prisioneros no encajaban en aquella civilización. No vivían como los soviéticos: así lo recordaban los campesinos rusos y ucranianos que los vieron y que décadas después recordaban su pulcritud, su limpieza y su porte digno. Probablemente no estaban hechos para vivir como el pueblo soviético, al menos a tan corto plazo y en aquellas circunstancias, pero sí para morir como él. Muchos de los oficiales polacos eran más fuertes y tenían mejor formación que sus guardianes del NKVD. Pero desarmados, confusos y aferrados por dos hombres podían ser ejecutados por un tercero y enterrados donde se suponía que nadie los encontraría nunca. En la muerte, se sumaban al silencio de los ciudadanos de la historia soviética.[50]

En total, este pequeño Terror, esta recreación de la operación antipolaca, se llevó a 21 892 ciudadanos polacos. Polonia era un estado plurinacional, con un cuerpo de oficiales plurinacional, y muchos de los muertos eran judíos, ucranianos y bielorrusos, aunque la gran mayoría eran de nacionalidad polaca. En torno al ocho por ciento de las víctimas fueron judíos, proporción que

corresponde a la de judíos del este de Polonia.[51] Como durante el Gran Terror, las familias de los represaliados también eran castigadas. Tres días antes de proponer que se ejecutara a todos los prisioneros de los tres campos, Beria ordenó la deportación de sus familias. Los soviéticos sabían quiénes eran: habían permitido que los prisioneros escribieran cartas a sus seres queridos para de este modo recoger nombres y direcciones. Las troikas que operaban en el oeste de Bielorrusia y de Ucrania prepararon listas con un total de 60 667 nombres de personas que debían ser enviadas a asentamientos especiales en Kazajistán. La mayoría de ellos pertenecían a las familias de los que una orden llamaba «gente anterior». Usualmente se trataba de familias sin maridos ni padres. A las mujeres les decían una típica mentira soviética: que las enviaban a re unirse con sus esposos. En realidad, dejaban a las familias en la taiga siberiana («la nieve y el barro eternos», como la recordaba un muchacho polaco de trece años) mientras ejecutaban a los hombres en Katyn, Kalinin, Járkov, Bykivnia y Kurapaty. El 20 de mayo de 1940, unos niños polacos le escribieron a Stalin prometiendo ser buenos ciudadanos soviéticos y quejándose tan sólo de que era «difícil vivir sin nuestros padres». Al día siguiente, los hombres del NKVD recibieron gratificaciones económicas por haber limpiado los tres campos sin dejar escapar a nadie.[52]

Dado que los hombres no estaban, esta deportación fue aún más dura para sus víctimas que la de febrero. Dejaban a las mujeres en Kazajistán con sus hijos, y a menudo con sus padres ancianos. Obligadas a marcharse sin previo aviso en abril, la mayoría de las mujeres no llevaban ropa adecuada, y a menudo tuvieron que vender sus prendas a cambio de comida. Sobrevivieron al invierno siguiente recogiendo estiércol y quemándolo para calentarse. Murieron a miles. Muchas tuvieron que tomar difíciles decisiones para mantener vivos a sus hijos. Hubieran querido criarlos como a polacos, pero comprendían que para que pudieran comer y sobrevivir tendrían que entregarlos a las instituciones soviéticas. Una mujer dejó a cinco de sus seis hijos en una oficina del NKVD y desapareció con el sexto mamando de su pecho; nunca volvieron a verla. La esposa embarazada del economista prisionero en Starobilsk y muerto en Járkov dio a luz en el exilio al hijo de ambos. El niño murió.[53]

Al mismo tiempo, en marzo de 1940, el jefe del NKVD, Beria, ordenó la deportación de las personas que se habían negado a aceptar el pasaporte soviético, actitud que significaba un rechazo del sistema y un problema práctico para los burócratas. Los ciudadanos soviéticos que se negaban a que sus identidades entraran en los archivos no podían ser observados ni castigados con eficacia. Resultó que la gran mayoría de los que rechazaron el pasaporte eran refugiados judíos de Polonia occidental que habían huido de los alemanes pero que no querían convertirse en ciudadanos soviéticos. Temían que si aceptaban los pasaportes no se les permitiera regresar a Polonia cuando recuperara la soberanía. De este modo, los judíos demostraron su lealtad a Polonia y se convirtieron en víctimas de los dos regímenes que habían conquistado su patria. Habían escapado a las depredaciones de las SS sólo para que el NKVD los deportara a Kazajistán y a Siberia. De las 78 339 personas deportadas en la acción de 1940 contra los refugiados, en torno al ochenta y cuatro por ciento eran judíos.[54]

Los judíos polacos no solían tener experiencia en el trabajo del campo, y estaban como mínimo tan indefensos como los polacos no judíos que los habían precedido. Artesanos y zapateros remendones eran enviados al extremo norte de Rusia a talar árboles. Un muchacho judío llamado Joseph recuerda que los judíos de su ciudad natal fueron obligados a quemar su propia sinagoga entre las risas de los alemanes. Su familia huyó a la zona soviética, pero rehusó el pasaporte. Su hermano, su padre y su madre murieron en el exilio.[55]

En Europa Occidental este periodo fue conocido como la «extraña guerra»: parecía que no ocurría nada. Francia e Inglaterra estaban en guerra con Alemania desde septiembre de 1939. Pero durante el otoño, el invierno y la primavera siguientes, mientras Polonia era derrotada, destruida y dividida, y decenas de miles de sus ciudadanos eran eliminados y cientos de miles deportados, no había frente occidental en la guerra. Los alemanes y sus aliados soviéticos pudieron actuar a sus anchas.

Los alemanes invadieron Dinamarca y Noruega en abril de 1940, asegurándose de este modo el acceso a las reservas de minerales de Escandinavia y evitando una posible intervención británica en el norte de Europa. Pero la extraña guerra terminó cuando Alemania atacó los Países Bajos y Francia el 10 de mayo. Cuatro días después, habían muerto unos cien mil soldados franceses y sesenta mil soldados británicos, y los alemanes estaban en París. Francia había caído mucho más rápido de lo que nadie esperaba. En junio de 1940, la Unión Soviética extendió también su imperio hacia el oeste al anexionarse los tres Estados bálticos independientes: Estonia, Letonia y Lituania.

El país báltico más extenso y poblado, Lituania, era también el que tenía el tejido de nacionalidades más denso y las relaciones internacionales más complejas. Durante el periodo de entreguerras, Lituania había reclamado la ciudad de Vilna y sus alrededores, al noroeste de Polonia. Aunque esos territorios estaban habitados sobre todo por polacos, judíos y bielorrusos, los lituanos consideraban Vilna como su capital por derecho, puesto que había sido la capital de un importante estado durante la Edad Media y el primer Renacimiento conocido como el Gran Ducado de Lituania. En las décadas de 1920 y 1930, los líderes de la Lituania independiente habían empleado Kaunas como centro administrativo, pero consideraban que Vilna era su capital. Stalin jugó con estas emociones en 1939. En lugar de anexionar Vilna a la Unión Soviética, se la otorgó a Lituania, que aún era independiente. El precio, poco sorprendente, fue el establecimiento de bases militares soviéticas en territorio lituano. Cuando una revolución política aún más apresurada y artificial que la de la zona oriental de Polonia se declaró en 1940, las fuerzas soviéticas ya estaban instaladas y listas para actuar en Lituania. Gran parte de la elite política lituana escapó a la Alemania nazi.[56]

Desde Kaunas Chiune Sugihara, el cónsul japonés en Lituania, observaba con atención los movimientos militares alemanes y soviéticos. En verano de 1940, el gobierno japonés se había fijado un objetivo: alcanzar un pacto de neutralidad con la Unión Soviética. Asegurado así el norte, los japoneses podrían trazar un plan de acción en el sur para 1941. Sugihara era uno de los relativamente pocos altos funcionarios japoneses que estaban en condiciones de seguir de cerca las relaciones germano-soviéticas tras la caída de Francia. Sin personal a su cargo, empleaba como informadores a oficiales polacos que habían logrado evitar que soviéticos y alemanes los arrestaran. Los recompensaba con pasaportes japoneses y con la posibilidad de emplear la valija diplomática japonesa. Sugihara ayudaba a los polacos a encontrar vías de escape para sus compañeros oficiales. Podían viajar a través de la Unión Soviética hasta Japón empleando cierto tipo de visado japonés de salida. Fueron muy pocos los oficiales polacos que escaparon por esta ruta, pero al menos uno de ellos llegó a Japón y redactó informes para la inteligencia sobre lo que había visto mientras atravesaba la URSS.[57] Paralelamente, los refugiados judíos empezaron a visitar a Sugihara. Estos judíos eran ciudadanos polacos que inicialmente habían huido de la invasión alemana de septiembre de 1939 y que ahora temían a los soviéticos. Habían oído hablar de la deportación de judíos de junio de 1940 y les preocupaba con razón que les ocurriera lo mismo: un año más tarde, los soviéticos deportaron a unas 17 500 personas de Lituania, 17 000 de Letonia y 6000 de Estonia. Con la ayuda de los oficiales polacos, Sugihara ayudó a escapar de Lituania a varios miles de judíos. Hacían el largo viaje en tren a través de la Unión Soviética, pasaban a Japón en barco y seguían hasta Palestina o a Estados Unidos. Esta acción fue el colofón, silencioso pero rotundo, de décadas de cooperación entre los servicios de inteligencia polacos y japoneses.[58]

En 1940, a los líderes nazis les hubiera gustado librarse de los aproximadamente dos millones de judíos que habitaban en su mitad de Polonia, pero no se ponían de acuerdo sobre cómo alcanzar ese objetivo. El plan original de la guerra había sido crear algún tipo de reserva para los judíos en el distrito de Lublin, en el Gobierno General. Pero como el área conquistada por Alemania en Polonia era relativamente pequeña, y Lublin no estaba mucho más de Berlín (quinientos kilómetros) que las dos grandes ciudades desde las que hubieran debido deportar a los judíos, Varsovia (seiscientos kilómetros) y Łódź (quinientos kilómetros),

esta solución nunca había parecido satisfactoria. Hans Frank, el gobernador general, se opuso a la llegada de más judíos a su territorio. A finales de 1939 y en 1940 Himmler y Greiser habían seguido enviando judíos desde Wartheland al Gobierno General, en total 408 525, una cifra similar a la de ciudadanos polacos deportados por los soviéticos. Esto causó enormes sufrimientos a las víctimas, pero modificó poco la composición nacional de Alemania. Sencillamente, había demasiados polacos, y moverlos de una parte a otra de la Polonia ocupada sólo servía para generar caos y no colmaba las ambiciones de Hitler de disponer de espacio vital en el este.[59]

Adolf Eichmann, un especialista en deportación, fue designado en otoño de 1939 para mejorar la eficacia de la operación. Eichmann ya había demostrado su capacidad cuando aceleró la emigración de los judíos austríacos de Viena. Pero el problema de la deportación de judíos al Gobierno General, como pudo comprobar, no era tanto de ineficacia como de falta de sentido. Después de enviar unos cuatro mil judíos austríacos y checos al Gobierno General en octubre de 1939, Eichmann supo que Hans Frank, el gobernador general, no quería más judíos en su colonia y recibió órdenes de suspender las deportaciones. Eichmann extrajo la conclusión que parecía obvia: que los dos millones de judíos bajo poder alemán debían ser deportados al este, al vasto territorio del aliado de Alemania, la Unión Soviética. Después de todo, Stalin ya había creado una zona de asentamientos judíos: Birobidzhán, en las profundidades del Asia soviética. Como los alemanes comprobaron (y tendrían ocasión de volver a comprobar), el régimen soviético, a diferencia del suyo, tenía la capacidad y el terreno virgen necesarios para realizar deportaciones masivas con eficacia. Los alemanes propusieron la transferencia de judíos europeos en enero de 1940. Stalin no aceptó.[60]

Si el Gobierno General estaba demasiado cerca y era demasiado pequeño para resolver lo que los nazis consideraban el problema racial, y los soviéticos no querían recibir a los judíos, ¿qué hacer con esa raza enemiga que constituía la población nativa de las tierras conquistadas? Habría que mantenerlos bajo control y explotarlos hasta que llegara el momento de la Solución Final, que por entonces aún se pensaba que sería la deportación. El modelo surgió de Greiser, quien ordenó la creación de un gueto para los 233 000 judíos de Łódź el 8 de febrero de 1940. Ese mismo mes, Ludwig Fischer, el alcalde alemán de Varsovia, confió al abogado Waldemar Schön la tarea de diseñar un gueto. En octubre y noviembre, más de cien mil polacos no judíos fueron retirados del distrito noroccidental de Varsovia que los alemanes habían designado como zona del gueto, y más de cien mil judíos de Varsovia se desplazaron allí desde otros lugares de la ciudad. Se obligó a los judíos a llevar brazaletes que los identificaban como tales, y a someterse a otras reglas igualmente humillantes. Perdieron sus propiedades fuera de los guetos, que fueron a parar en primera instancia a manos de alemanes y después, a veces, de polacos (que en muchos casos habían perdido sus hogares bajo los bombardeos alemanes). Si los judíos de Varsovia eran sorprendidos fuera del gueto sin permiso podían ser condenados a muerte. El destino de los judíos fue el mismo en el resto del Gobierno General.[61]

El de Varsovia y los demás guetos se convirtieron en campos de trabajo improvisados y zonas de confinamiento provisional en 1940 y 1941. Los alemanes elegían un consejo judío, o Judenrat usualmente entre las personas que habían liderado las comunidades locales judías antes de la guerra. En Varsovia, el jefe del Judenrat era Adam Czerniaków, un periodista que había sido senador antes de la guerra. La labor del Judenrat consistía en mediar entre los alemanes y los judíos del gueto. Los alemanes también crearon fuerzas de policía no armadas, dirigidas en Varsovia por Józef Szerynski, que debían mantener el orden, prevenir las fugas y hacer cumplir las normativas alemanas de coerción. No estaba muy claro en qué consistían, aunque con el tiempo los judíos se dieron cuenta que la vida en el gueto no podría prolongarse indefinidamente. Mientras tanto, el gueto de Varsovia se convirtió en una atracción turística para visitantes alemanes. El historiador del gueto Emanuel Ringelblum comenta que «los cobertizos donde reposan docenas de cadáveres a la espera de ser enterrados son especialmente populares». En 1943 Baedeker publicó la guía turística del Gobierno General.[62]

En verano de 1940, después de la caída de Francia, los propios alemanes retomaron la idea de una Solución Final en tierras lejanas. Los soviéticos habían rechazado la deportación de los judíos a la Unión Soviética y Frank había

impedido su reasentamiento masivo en el Gobierno General. Madagascar era una posesión francesa y, con Francia sometida, el único obstáculo a su recolonización era la marina británica. Himmler expresó sus cavilaciones al respecto: «Confío en que gracias a un largo viaje de los judíos a África o a alguna otra colonia, veré extirpado por completo el concepto de judío» Aquí no acababa su ambición, naturalmente; Himmler continuaba: «En un periodo de tiempo un poco largo será posible hacer que desaparezcan de nuestros territorios los conceptos nacionales de ucranianos, gorales y lemkos. Y lo dicho de estos clanes se aplica también, a gran escala, a los polacos...»[63]

Los judíos morían en grandes cantidades, en especial en el gueto de Varsovia, donde se había reunido a cerca de cuatrocientos mil. El gueto abarcaba una zona de unos 2,5 kilómetros cuadrados, es decir, unas ciento sesenta mil personas por kilómetro cuadrado. Sin embargo, la mayoría de los judíos que allí malvivían abocados a la muerte no eran de la ciudad. En la región de Varsovia, como en todo el Gobierno General, los alemanes concentraban en un gran gueto a los judíos de poblaciones más pequeñas. Los judíos de fuera de Varsovia eran más pobres por lo general y, además, con la deportación lo perdían todo. Los enviaban a Varsovia con poco tiempo para prepararse y a menudo no podían llevarse lo que tenían. Estos judíos del distrito de Varsovia se convirtieron en la vulnerable clase baja del gueto, expuesta al hambre y las enfermedades. De los quizá sesenta mil judíos que murieron en el gueto de Varsovia en 1940 y 1941, la gran mayoría eran colonos y refugiados, y fueron ellos los que más sufrieron las crueles disposiciones alemanas, como la de negar alimentos al gueto durante todo el mes de diciembre de 1940. A menudo morían de hambre después de largos sufrimientos físicos y degradación moral.[64]

Los padres solían morir primero, dejando a sus hijos solos en una ciudad extraña. Gitla Szuicman recordaba que tras la muerte de su madre y de su padre, vagó «sin destino por el gueto» y terminó «completamente hinchada por el hambre». Sara Sborow, cuya madre murió a su lado en la cama, y cuya hermana se hinchó, se consumió de hambre y murió, ha escrito: «En mi interior lo sé todo, pero no puedo decirlo». Un adolescente muy expresivo, Izrael Lederman, comprendía que había «dos guerras, una de balas y una de hambre. La guerra de hambre es peor, porque la persona sufre; las balas matan al instante». Un médico recuerda: «Niños de diez años se venden a sí mismos a cambio de pan».[65]

En el gueto de Varsovia, las organizaciones comunitarias judías establecieron refugios para huérfanos. Algunos niños, en su desesperación, deseaban que sus padres murieran para así poder recibir al menos su ración de alimentos como huérfanos. Algunos de esos refugios ofrecían un espectáculo lamentable. Como recordaba una trabajadora social, los niños «maldicen, se pegan y se empujan en torno a la olla de gachas. Hay niños enfermos de gravedad tendidos en el suelo, niños hinchados de hambre, cadáveres que no se retiran en varios días». Trabajó con ahínco para poner orden en un refugio, pero los niños contrajeron el tifus. Ella y los que estaban a su cargo fueron puestos en cuarentena, encerrados en aquel lugar. El refugio, escribió en su diario con asombrosa clarividencia, «ahora sirve de cámara de gas».[66]

Los alemanes tenían controladas a las élites judías polacas: eran ellas las que llevaban a cabo las políticas alemanas en el gueto a través de los Judenrat. Pero las élites polacas no judías les parecían una amenaza. A principios de 1940, Hitler llegó a la conclusión de que había que ejecutar a los polacos más peligrosos dentro del Gobierno General. Le dijo a Frank que los «elementos dirigentes polacos» debían ser «eliminados». Frank elaboró una lista de grupos a suprimir, muy similar a la de la operación Tannenberg: los instruidos, los clérigos, los políticamente activos. Una curiosa casualidad quiso que anunciara a sus subordinados el plan para «liquidar» a los grupos considerados como «líderes espirituales» el 2 de marzo de 1940, tres días antes de que Beria iniciara las acciones de terror contra los prisioneros polacos de la Unión Soviética. En esencia, su política era la misma que la de Beria: matar a quienes ya estaban bajo arresto, arrestar a los considerados peligrosos y matarlos también. A diferencia de Beria, Frank aprovechó para ejecutar a criminales comunes, es de suponer que para ganar espacio en las prisiones. A finales del verano de 1940, los alemanes habían matado a unas tres mil personas a las que consideraban políticamente peligrosas, así como a la misma cantidad de criminales comunes.[67]

La operación alemana estuvo peor coordinada que la soviética. La AB Aktion

(Ausserordentliche Befriedungsaktion «acción extraordinaria de pacificación»), como se denominó a esta matanza, fue realizada de forma diferente en cada uno de los distritos del Gobierno General. En el distrito de Cracovia se leía a los prisioneros un veredicto sumario, aunque no se registraba ninguna sentencia en los archivos. Se les acusaba de traición, lo cual permitía sentenciarles a muerte; pero, de forma contradictoria, en los archivos se hacía constar que habían muerto cuando intentaban escapar. De hecho, los prisioneros eran trasladados de la cárcel de Montelupi, en Cracovia, a la cercana Krzesowice, donde les hacían cavar sus propias fosas. Los ejecutaban al día siguiente, en grupos de treinta o cincuenta. En el distrito de Lublin los prisioneros estaban encerrados en el castillo y eran llevados a un lugar al sur de la ciudad. Los ametrallaban al lado de unas zanjas, a la luz de los faros de los camiones. En una sola noche, la del 15 de agosto de 1940, 450 personas fueron ejecutadas.[68] En el distrito de Varsovia los prisioneros permanecían en la cárcel de Pawiak y los llevaban al bosque de Palmiry. Allí había varias fosas de tres metros de ancho por treinta de largo que los alemanes habían obligado a cavar a los trabajadores forzados. Despertaban a los prisioneros al amanecer y les decían que recogieran sus cosas. Al principio, los cautivos creían que los iban a trasladar a otro campo, pero comprendían su destino cuando los camiones se internaban en el bosque. La noche más sangrienta fue la del 20 al 21 de junio de 1940, en la que 358 personas fueron ejecutadas.[69] En el distrito de Radom, la acción fue especialmente sistemática y brutal. Ataban a los prisioneros y les leían el veredicto: eran «un peli gro para la seguridad de Alemania». Como ocurría en las demás ciudades, los polacos no solían entender que, supuestamente, aquello pretendía ser un proceso judicial. Se los llevaban por la tarde en grandes grupos, según un horario: «3.30, ataduras. 3.45, lectura del veredicto, 4.00, traslado». Los primeros grupos eran conducidos a una zona arenosa a doce kilómetros al norte de Czestochowa, donde les vendaban los ojos y los ejecutaban. La esposa de uno de los prisioneros, Jadwiga Flak, consiguió más tarde encontrar el camino al lugar de las masacres. En la arena encontró señales inequívocas de lo ocurrido: fragmentos de huesos y pedazos de la tela usada para cubrir los ojos. Su esposo, Marian, era un estudiante que acababa de cumplir los veintidós años. Sobrevivieron cuatro prisioneros, miembros del consejo ciudadano. El cuñado de Himmler, que era el encargado alemán de dirigir la ciudad, pensó que necesitaba a aquellos cuatro hombres para construir una piscina y un burdel para alemanes.[70] Más adelante, los grupos de Czestochowa eran llevados a los bosques. El 4 de julio de 1940 las tres hermanas Glinka, Irina, Janina y Serafina, fueron ejecutadas allí. Las tres se habían negado a revelar el paradero de sus hermanos. Janina calificó al gobierno alemán de «risible y transitorio». Dijo que jamás traicionaría «a su hermano ni a ningún otro polaco», y no lo hizo.[71] En el recorrido hasta los lugares de las masacres, los prisioneros arrojaban notas desde los camiones con la esperanza de que alguien que pasara por allí las encontrara y se las llevara a sus familiares. Era algo así como una costumbre polaca, y las notas llegaban a su destino con asombrosa frecuencia. Las personas que las escribieron, a diferencia de los prisioneros de los tres campos soviéticos, sabían que iban a morir. Los prisioneros de Kozelsk, Ostashkov y Starobilsk también arrojaban notas desde los autobuses que los transportaban, pero en ellas decían cosas como: «No sabemos a dónde nos llevan».[72] He aquí otra diferencia entre la represión alemana y la rusa. Al este de la línea Mólotov-Ribbentrop los soviéticos deseaban preservar el secreto, y lo conseguían con raras excepciones. Al oeste de la línea Mólotov-Ribbentrop los alemanes no siempre querían discreción e incluso cuando era así les faltaba habilidad para mantenerla. Así pues, las víctimas de la AB Aktion intentaban reconciliarse y reconciliar a sus familiares con el destino que les aguardaba. No todos los que esperaban la muerte coincidían en cuanto al significado de lo que les estaba ocurriendo. Mieczyslaw Habrowski escribió: «La sangre derramada en la tierra polaca la enriquecerá, y de ella brotarán los vengadores de una Polonia libre y grande». Ryzsard Schmidt, que había atacado físicamente a sus interrogadores, prefirió renunciar a la venganza: «Que los niños no tomen venganza, porque la venganza conlleva más venganza». Marian Muszyński se limitó a despedirse de su familia: «Quedad con Dios. Os quiero a todos».[73]

Algunos de los que iban a la muerte durante la AB Aktion pensaban en sus familiares apresados por los soviéticos. Aunque estos y los alemanes no coordinaban sus políticas contra las clases instruidas polacas, ambas acciones tenían por objetivo al mismo tipo de personas. Los soviéticos actuaban para eliminar a elementos que les parecían peligrosos para su sistema con la excusa de la lucha de clases. Los alemanes también defendían los territorios adquiridos, aunque actuaban además con el fin de poner en su sitio a una raza inferior. A fin de cuentas, las dos políticas fueron muy similares, con deportaciones y asesinatos en masa que coincidieron más o menos en el tiempo. Al menos en dos casos, el terror soviético mató a un hermano y el terror nazi a otro. Janina Dowbor fue la única mujer entre los oficiales polacos prisioneros de los soviéticos. De su espíritu aventurero, aprendió muy joven a volar en ala delta y saltar en paracaídas. Fue la primera mujer europea que saltó desde una altura superior a los cinco mil metros. Aprendió a pilotar en 1939 y se alistó en la reserva de la fuerza aérea polaca. En septiembre de 1939, los soviéticos la hicieron prisionera. Según un relato, su avión fue abatido por los alemanes; saltó en paracaídas y fue arrestada por los soviéticos en su calidad de subteniente. La llevaron a Ostashkov y después a Kozelsk. Tenía alojamiento aparte y pasaba el tiempo con sus camaradas de la fuerza aérea, entre los cuales se sentía segura. El 21 o el 22 de abril de 1940 fue ejecutada en Katyn y enterrada en las fosas junto con 4409 hombres. Su hermana menor, Agniezka, se había quedado en la zona alemana. A finales de 1939 se sumó, junto con unos amigos, a una organización de la resistencia. La arrestaron en abril de 1940, más o menos por la época en que ejecutaron a su hermana, y murió en el bosque Palmiry el 21 de junio de 1940. Ambas hermanas fueron enterradas en fosas poco profundas, después de pasar por simulacros de juicios y recibir sendos disparos en la cabeza.[74]

Los hermanos Wnuk, nacidos en una región que había estado en el este-centro de Polonia pero que ahora quedaba junto a la frontera germano-soviética, conocieron un destino semejante. Boleslaw, el hermano mayor, era un político populista que había formado parte del parlamento polaco. Jakub, el menor, estudió farmacia y diseñó máscaras antigás. Ambos se casaron en 1932 y tenían hijos. Jakub, junto con otros expertos de la institución en la que trabajaba, fue arrestado por los soviéticos y ejecutado en Katyn en abril de 1940. Boleslaw fue arrestado por los alemanes en octubre de 1939; lo llevaron al castillo de Lublin en enero y lo ejecutaron durante la Aktion AB, el 29 de junio de 1940. Dejó una nota escrita en un pañuelo: «Muerdo por la patria con una sonrisa en los labios, pero soy inocente».[75]

En primavera y verano de 1940 los alemanes extendieron su pequeño sistema de campos de concentración con el fin de intimidar y explotar a los polacos. A finales de abril de 1940, Heinrich Himmler visitó Varsovia y ordenó que veinte mil polacos fueran internados en campos de concentración. Por iniciativa de Erich von dem Bach-Zelewski, comisario de Himmler para el Fortalecimiento de la Raza Alemana en la región de Silesia, se estableció un nuevo campo de concentración en el emplazamiento de un cuartel del ejército polaco cercano a Cracovia: Oświęcim, más conocido por su nombre alemán, Auschwitz. Cuando la AB Aktion llegó a su fin, las ejecuciones de prisioneros fueron sustituidas por el envío a los campos alemanes, a menudo al de Auschwitz. El primer transporte a Auschwitz estaba compuesto por prisioneros políticos polacos de Cracovia, que fueron enviados el 14 de junio de 1940 y recibieron los números 31 al 758. En julio se enviaron transportes de prisioneros políticos polacos a Sachsenhausen y a Buchenwald; en noviembre hubo otros dos envíos a Auschwitz. El 15 de agosto comenzaron las redadas masivas en Varsovia, en las que cientos y después miles de personas eran detenidas en las calles y enviadas a Auschwitz. En noviembre de 1940, el campo se había convertido en un lugar de ejecución de polacos. Por la misma época, el lugar llamó la atención de los inversores de IG Farben. Auschwitz pasó a ser un gigantesco campo de trabajo, similar al modelo soviético, aunque sus trabajadores esclavos servían a los intereses de las empresas alemanas en vez de a la industrialización planificada que soñaba Stalin.[76]

A diferencia de los alemanes, que creían equivocadamente haber eliminado a las clases instruidas polacas en su parte de Polonia, los soviéticos sí que habían alcanzado en gran medida ese objetivo. La resistencia polaca iba creciendo en el Gobierno General, mientras que en la Unión Soviética sus redes fueron desarticuladas rápidamente y los activistas arrestados, exiliados y en ocasiones ejecutados. Mientras tanto, se vislumbraba un nuevo desafío al poder soviético por parte de los ucranianos. Polonia había albergado a cinco millones de ucranianos, que ahora vivían casi en su totalidad en la Ucrania soviética y que no necesariamente se sentían satisfechos con el nuevo régimen. Los nacionalistas ucranianos, cuyas organizaciones eran ilegales en la Polonia de entreguerras, habían aprendido a trabajar en la sombra. Ahora que Polonia ya no existía, el foco de sus actividades cambió de forma natural. Las actuaciones políticas soviéticas había hecho que algunos ucranianos se volvieran receptivos al mensaje nacionalista. Aunque al principio una parte de los campesinos ucranianos había dado la bienvenida a la Unión Soviética y a su política de repartir las tierras requisadas a los terratenientes, la colectivización posterior los enemistó pronto con el régimen.[77]

La Organización de Nacionalistas Ucranianos empezó a actuar contra las instituciones del poder soviético. Algunos líderes nacionalistas ucranianos tenían contactos con el servicio de inteligencia militar alemán y con el espionaje de las SS, el Sicherheitsdienst de Reinhard Heydrich. Stalin supo que varios de estos líderes ejercían como espías para Berlín, y una cuarta oleada de deportaciones, con origen en los territorios anexionados de Polonia del este, se dirigió principalmente contra los ucranianos. Las dos primeras operaciones habían perseguido sobre todo a los polacos, la tercera, a los judíos. Una acción de mayo de 1941 desplazó a 11 328 ciudadanos polacos, la mayoría ucranianos, desde el oeste de la Ucrania soviética a los asentamientos especiales. La última deportación, el 19 de junio, afectó a 22 353 ciudadanos, la mayoría de ellos de nacionalidad polaca.[78]

Como recordaba un muchacho de Bialystok: «Nos llevaron bajo un bombardeo y hubo un incendio; la gente empezó a arder en los vagones». Alemania invadió la Unión Soviética en un ataque sorpresa, el 22 de junio, y sus bombarderos se cruzaron con los trenes soviéticos de prisioneros. Unos dos mil deportados murieron en los vagones de ganado, víctimas de ambos regímenes.[79]

Al purgar sus nuevas tierras, Stalin se había estado preparando para otra guerra. Pero no pensaba que llegaría tan pronto.

Cuando Alemania invadió la Unión Soviética con un ataque sorpresa, el 22 de junio de 1941, Polonia y la Unión Soviética pasaron de repente de enemigos a aliados. En aquel momento, ambas luchaban contra Alemania. Sin embargo, la situación era complicada. En los dos años anteriores la represión soviética había alcanzado a cerca de medio millón de ciudadanos polacos: unos 315 000 fueron deportados, otros 110 000 arrestados, 30 000 ejecutados y 25 000 murieron mientras estaban presos. El gobierno polaco estaba al corriente de las deportaciones, pero no de las ejecuciones. No obstante, soviéticos y polacos empezaron a formar un ejército con los cientos de miles de ciudadanos polacos que en aquel momento estaban esparcidos por las prisiones, los campos de trabajo y los asentamientos especiales soviéticos.[80]

El alto mando polaco detectó que faltaban varios miles de oficiales. Józef Czapski, el oficial polaco y artista que había sobrevivido a Kozelsk, fue enviado a Moscú por el gobierno polaco con la misión de encontrar a los hombres que faltaban, sus antiguos compañeros del campo de concentración. Czapski era una persona templada, pero se tomó la misión como una llamada del destino. Polonia no tendría una segunda oportunidad de combatir contra los alemanes, y Czapski debía encontrar a los oficiales que conducirían a los hombres a la batalla. Durante su viaje a Moscú, acudieron a su mente algunos fragmentos de poemas románticos polacos; primero, el ensueño hondamente masoquista de Juliusz Słowacki que pide a Dios que mantenga a Polonia en la cruz hasta que sea capaz de mantenerse en pie por sí misma. Más adelante, mientras hablaba con un polaco de honradez conmovedora, Czapski recordó los versos más famosos de un poema de Cyprian Norwid escrito en el exilio sobre la nostalgia de la patria: «Añoro a los que dicen sí cuando es sí y no cuando es no, / añoro una luz sin sombra».

Czapski, un sofisticado urbanita, procedente de una familia de nacionalidad mixta, hallaba solaz en la visión de su nación a la luz del idealismo romántico. [81]

Czapski estaba evocando indirectamente las Escrituras, porque el poema de Norwid cita el evangelio de Mateo: que tu respuesta sea sí, sí; no, no; porque todo lo demás procede del mal. Era el mismo versículo con el que Arthur Koestler concluía *El cero y el infinito* su novela sobre el Gran Terror. Czapski iba de camino a la prisión de la Lubianka en Moscú, escenario de esa misma novela; era, además, el mismo lugar donde el amigo de Koestler, Alexander Weissberg, fue interrogado antes de su liberación en 1940. Weissberg y su esposa habían sido detenidos a finales de la década de 1930; sus experiencias fueron una de las fuentes del libro de Koestler. Czapski se proponía preguntar a uno de los interrogadores de la Lubianka acerca de sus propios amigos, los prisioneros polacos desaparecidos. Tema una cita con Leonid Reikhman, un agente del NKVD que había interrogado a prisioneros polacos. [82]

Czapski le entregó a Reikhman un informe que describía los movimientos conocidos de los miles de oficiales desaparecidos. Reikhman lo leyó atentamente de principio a fin, siguiendo las líneas con un lápiz, pero sin subrayar nada. Después, pronunció unas palabras evasivas y prometió llamar a Czapski a su hotel en cuanto reuniera información sobre el asunto. Una noche, cerca de la medianoche, sonó el teléfono, era Reikhman, quien afirmó que tenía que dejar la ciudad por un asunto urgente. No tenía novedades, y le dio a Czapski los nombres de otros oficiales con los que podía hablar y con los que el gobierno polaco ya se había puesto en contacto previamente. Ni siquiera entonces sospechó Czapski la verdad: que todos los oficiales desaparecidos habían sido eliminados. Pero sí percibió que le estaban ocultando algo. Decidió abandonar Moscú. [83]

Al día siguiente, mientras volvía a su hotel, Czapski notó unos ojos fijos en él. Acostumbrado a que su uniforme de oficial polaco llamara la atención en la capital soviética, no hizo caso. Un anciano judío se acercó a él cuando llegaba al ascensor. «¿Es usted un oficial polaco?» El judío era polaco, pero no había visto su país natal desde hacía treinta años y deseaba volver a verlo. «Así – dijo el hombre – podré morir tranquilo». Llevado por un impulso, Czapski invitó al caballero a su habitación, con la intención de entregarle una revista publicada por la embajada polaca. En la primera página aparecía una foto de Varsovia. Varsovia: la capital de Polonia, el centro de la vida judía, el destino y punto de encuentro de dos civilizaciones. La plaza del castillo estaba destruida. Eso era Varsovia después del bombardeo alemán. El visitante de Czapski se desplomó en una silla, agachó la cabeza y lloró. Cuando el caballero judío se hubo marchado, el propio Czapski empezó a sollozar. Tras días de soledad y mendacidad en el Moscú oficial, un solo momento de contacto humano lo había cambiado todo. «Los ojos de aquel pobre judío –recordaría Czapski– me salvaron de caer en un abismo de incredulidad y desesperación absoluta». [84]

La tristeza que ambos hombres compartieron correspondía a un momento que ya era pasado, la ocupación conjunta germano-soviética de Polonia. Mientras fueron aliados, entre septiembre de 1939 y junio de 1941, los estados soviético y alemán habían matado en conjunto a doscientos mil ciudadanos polacos y habían deportado a alrededor de un millón más. Los polacos fueron enviados al Gulag y a Auschwitz, donde decenas de miles morirían durante los meses y los años siguientes. Los judíos polacos bajo la ocupación alemana fueron encerrados en guetos a la espera de un destino incierto. Decenas de miles de judíos polacos ya habían muerto de hambre y de enfermedades.

Los intentos de Moscú y de Berlín por decapitar a la sociedad polaca y convertir a los polacos en una masa maleable a la que dominar en lugar de gobernar, infligieron una herida particular. Hans Frank, citando a Hitler, definió su trabajo como la eliminación de los «elementos dirigentes» polacos. Los oficiales del NKVD llevaron al extremo la lógica de su misión y consultaron un «Quién es quién» polaco para localizar a sus objetivos. Ello significó un ataque frontal al concepto mismo de modernidad, o más exactamente a la encarnación social de la Ilustración en esa parte del mundo. El orgullo de las sociedades de la Europa del este era la intelligentsia, las clases instruidas que se veían a sí mismas como guías de la nación, en especial en tiempos de desgobierno y dificultades, y que preservaban la cultura nacional en sus escritos, su lengua y su conducta. El idioma alemán posee la misma palabra con el mismo significado: Hitler ordenó, literalmente, «el exterminio de la intelligentsia polaca». El jefe de los

interrogadores de Kozelsk había hablado de una «filosofía divergente», y uno de los interrogadores alemanes de la AB Aktion ordenó ejecutar a un anciano por mostrar una «forma de pensar polaca». Se pensaba que la intelligentsia encarnaba esa civilización y manifestaba su especial idiosincrasia.[85]
El asesinato masivo a manos de los dos países ocupantes fue una trágica demostración de que la intelligentsia polaca había cumplido su misión histórica.

Capítulo 5

LA ECONOMÍA DEL APOCALIPSIS

El 22 de junio de 1941 fue uno de los días más importantes de la historia de Europa. La invasión alemana de la Unión Soviética, que empezó ese día bajo el nombre en clave de Operación Barbarroja, significó mucho más que un ataque sorpresa, un cambio de alianzas o una nueva etapa de la guerra: fue el principio de una catástrofe indescriptible. El enfrentamiento de la Wehrmacht y sus aliados con el Ejército Rojo provocó la muerte de más de diez millones de soldados y de un número comparable de civiles, que murieron, bajo los bombardeos, huyendo de ellos, o de hambre y enfermedades provocadas por la guerra en el frente oriental. Durante la contienda, los alemanes mataron además a unos diez millones de personas, entre ellas más de cinco millones de judíos y más de tres millones de prisioneros de guerra.

En la historia de las Tierras de sangre, la Operación Barbarroja marca el principio de una tercera etapa. En la primera (1933-1938), la Unión Soviética llevó a cabo casi todas las masacres; en la segunda, durante la alianza germano-soviética (1939-1941), las matanzas estuvieron equilibradas. Entre 1941 y 1945, los alemanes fueron responsables de casi todos los asesinatos políticos.

Cada cambio de etapa plantea una pregunta. En la transición de la primera a la segunda, la pregunta es: ¿Cómo pudieron los soviéticos aliarse con los nazis? En el paso de la segunda a la tercera, ¿por qué rompieron los alemanes dicha alianza? La Europa de Mólotov-Ribbentrop configurada por Moscú y Berlín entre 1939 y 1941 implicó la ocupación o la pérdida de territorios para Bélgica, Dinamarca, Estonia, Finlandia, Francia, Letonia, Lituania, Luxemburgo, los Países Bajos, Noruega, Polonia y Rumanía. También significó deportaciones y fusilamientos en masa de ciudadanos de Polonia, Rumanía y los países bálticos. Pero para la Unión Soviética y la Alemania nazi supuso una fructífera cooperación económica, victorias militares y expansión a expensas de estos países. ¿Cómo fue posible que los sistemas nazi y soviético cooperaran en provecho mutuo entre 1939 y 1941 y después, entre 1941 y 1945, se enzarzaran en la guerra más destructiva en la historia de la humanidad?

A menudo, la pregunta de 1941 se plantea de una forma abstracta, como si se tratara de un asunto de la civilización europea. En algunas argumentaciones, las políticas asesinas de los alemanes (y de los soviéticos) son la culminación de una modernidad que se supone que empezó durante la Revolución Francesa y las Guerras Napoleónicas, cuando se pusieron en práctica las ideas ilustradas acerca de la razón de Estado. Pero la evolución del concepto de modernidad no explica la catástrofe de 1941, o al menos no la explica directamente. Ambos regímenes rechazaban el optimismo de la Ilustración y su idea de que el progreso social significaría el triunfo de la ciencia sobre la naturaleza. Tanto Hitler como Stalin, en cambio, aceptaban la modificación darwinista de finales del siglo XIX: el progreso era posible, pero sólo como resultado de una violenta lucha entre las razas o las clases hasta la supervivencia del más fuerte. Por ello, era legítimo destruir a las clases altas polacas (estalinismo) o a las capas sociales artificialmente instruidas de la raza inferior polaca

(nacionalsocialismo). En este punto, las ideologías de la Alemania nazi y de la Unión Soviética pudieron llegar a un compromiso que se materializó en la conquista de Polonia. La alianza les permitía destruir los frutos de la Ilustración europea en Polonia, al acabar con buena parte de las clases instruidas polacas. Hizo posible que la Unión Soviética propagara su versión de la igualdad y que la Alemania nazi impusiera a diez millones de personas su esquema racial y, de forma más drástica, confinara a los judíos en guetos en espera de una «Solución Final». Sería posible, por tanto, considerar a la Alemania nazi y a la Unión Soviética como dos instancias de la modernidad que emanaban hostilidad hacia una tercera, Polonia; pero, desde luego, ambos regímenes distaban mucho de representar a la modernidad como tal.[1]

La respuesta a la pregunta de 1941 tiene que ver menos con la herencia cultural

de la Ilustración que con las posibilidades del imperialismo, menos con París y más con Londres. Hitler y Stalin debían enfrentarse a las dos principales herencias del siglo XIX británico: el imperialismo como principio vertebrador de la política mundial, y la supremacía indiscutible del Imperio Británico en el mar. Hitler, incapaz de rivalizar con los británicos en los océanos, vio en la Europa del este un campo abonado para un imperio de nuevo cuño. El Este no era precisamente una tabula rasa: el Estado soviético y todas sus obras tenían que desaparecer y entonces el Este sería, como dijo Hitler en julio de 1941, un «jardín del Edén». El Imperio Británico había sido una de las principales preocupaciones del predecesor de Stalin, Lenin, quien creía que el imperialismo sostenía artificialmente al capitalismo. El reto de Stalin como sucesor de Lenin era defender la cuna del socialismo, la Unión Soviética, frente a un mundo donde persistían tanto el imperialismo como el capitalismo. Stalin había hecho concesiones al mundo imperialista mucho antes de que Hitler llegara al poder: puesto que el imperialismo continuaba, el socialismo tendría que ser representado no por una revolución mundial sino por el Estado Soviético. Una vez alcanzado este compromiso ideológico («socialismo en un solo país»), la alianza de Stalin con Hitler era una cuestión menor. Al fin y al cabo, cuando un país se considera un baluarte del bien rodeado por un mundo de maldad, cualquier pacto es justificable y ninguno es peor que otro. Stalin afirmó que el acuerdo con Alemania había servido adecuadamente a los intereses soviéticos. Suponía que terminaría en algún momento, aunque no en 1941.[2]

Hitler quería una Alemania imperialista; Stalin quería que los soviéticos resistieran la etapa imperialista de la historia, por mucho que durara. El enfrentamiento no era tanto de principios como de territorio. El Jardín del Edén de Hitler, el pasado ideal encarnado en el futuro próximo, era precisamente la Tierra Prometida de Stalin, un territorio obtenido a un alto precio y sobre el cual ya se había escrito una historia oficial (la Breve historia del socialismo europeo de Stalin, 1938). Hitler siempre había querido conquistar la parte occidental de la Unión Soviética. Stalin quería desarrollar y reforzar la Unión Soviética, para defenderla contra semejantes ambiciones imperialistas, aunque sus temores se orientaban más a Japón y Polonia, o a un cerco japonés-polaco-alemán, que a una invasión por parte de Alemania. Los japoneses y los polacos invirtieron más esfuerzos que los alemanes en cultivar los movimientos nacionales dentro de los límites de la Unión Soviética. Stalin suponía que todo aquel que quisiera intentar la invasión de su vasto país debería primero hacerse con un aliado dentro de sus fronteras.[3]

La contradicción no era solo una cuestión de ideas: Hitler quería una guerra y Stalin no, al menos no una guerra como la de 1941. Hitler ambicionaba un imperio y ésta era una cuestión de vital importancia para él; pero también calculaba sus posibilidades, y le contrariaban las limitaciones de un momento muy inusual. El periodo crucial fue de un año, entre el 25 de junio de 1940 y el 22 de junio de 1941, entre la victoria inesperadamente veloz en Francia y la invasión de la Unión Soviética, que se suponía que iba a brindar un triunfo igual de rápido. A mediados de 1940, Hitler había conquistado gran parte del centro, del este y del norte de Europa y sólo tenía un enemigo: Gran Bretaña. Su gobierno estaba respaldado por el trigo y el petróleo soviéticos y su ejército era aparentemente invencible. Considerando las evidentes ventajas para Alemania de la alianza con los soviéticos, ¿por qué decidió Hitler atacar a su aliado?

A finales de 1940 y principios de 1941, la Unión Soviética y la Alemania nazi eran las únicas grandes potencias del continente europeo, pero no eran las únicas potencias de Europa. Alemania y la Unión Soviética habían cambiado Europa, pero Gran Bretaña había construido un mundo. La Unión Soviética y la Alemania nazi se influenciaron mutua mente en algunos aspectos, pero ambas recibieron a su vez la influencia de Gran Bretaña, el enemigo que desafiaba su alianza. El Imperio Británico y su armada estructuraban un sistema mundial que ni los nazis ni los soviéticos aspiraban a derrocar a corto plazo. En lugar de eso, cada uno aceptaba que tenía que ganar sus guerras, completar sus revoluciones y construir sus imperios, a pesar de la existencia del Imperio Británico y del dominio de la Royal Navy. Como enemigos o como aliados, y pese a sus diferencias ideológicas, los líderes soviéticos y nazis se enfrentaban a la misma pregunta básica, planteada por la realidad del poder británico: ¿Cómo podía un vasto imperio terrestre prosperar y dominar el mundo moderno sin un acceso fiable a los mercados mundiales y sin demasiada fuerza bélica naval?[4]

Stalin y Hitler dieron la misma sencilla respuesta a esta pregunta fundamental. El Estado tenía que poseer un territorio extenso y ser autosuficiente en lo económico, con un equilibrio entre industria y agricultura que sostuviera a unos ciudadanos altamente conformistas e ideológicamente motivados, capaces de hacer realidad las profecías históricas: la industrialización interna estalinista o el agrarismo colonial nazi. Tanto Hitler como Stalin aspiraban a una autarquía imperial, dentro de un vasto imperio terrestre bien abastecido de alimentos, materias primas y recursos minerales. Ambos conocían el poderoso atractivo de los materiales modernos: el líder soviético se había bautizado a sí mismo Stalin, «acero», y Hitler prestaba especial atención a la producción de este metal. No obstante, ambos entendían la agricultura como un elemento clave para completar sus revoluciones. Los dos creían que sus sistemas probarían su superioridad sobre el capitalismo en decadencia y que garantizarían su independencia del resto del mundo gracias a la producción propia de alimentos.

[5]

A finales de 1940 y principios de 1941, la guerra influyó en estos grandiosos planes económicos de forma muy diferente para los soviéticos y para los nazis. En aquel momento, Stalin tenía que defender su revolución económica, mientras que Hitler necesitaba una guerra para transformar la economía. Mientras que Stalin tenía su «socialismo en un solo país», Hitler vislumbraba algo así como el nacionalsocialismo en varios países: un vasto imperio alemán organizado para asegurar la prosperidad de los alemanes a expensas de otros pueblos. Stalin presentó las colectivizaciones como una guerra de clases interna y, al mismo tiempo, como una preparación para las guerras exteriores por venir. Las aspiraciones económicas de Hitler únicamente se podrían realizar tras un conflicto militar real: de hecho, después de una victoria total sobre la Unión Soviética. El secreto de la colectivización (como Stalin había demostrado años antes) era que se trataba de una alternativa a la colonización expansiva, es decir, una forma de colonización interna. A diferencia de Stalin, Hitler creía que las colonias podían tomarse en el exterior, y las colonias que tenía en mente eran las tierras agrícolas de la Unión Soviética occidental, así como las reservas de petróleo del Cáucaso soviético. Hitler quería que Alemania, según sus propias palabras, fuera «el estado más autárquico del mundo». Derrotar a Gran Bretaña no era necesario para este objetivo; derrotar a la Unión Soviética, sí. En enero de 1941, Hitler dijo al mando militar que las «inmensas riquezas» de la Unión Soviética harían a Alemania «inexpugnable».[6]

La voluntad de los británicos de continuar solos la contienda tras la caída de Francia en junio de 1940 llevó estas contradicciones a un primer plano. Entre junio de 1940 y junio de 1941, Gran Bretaña fue el único enemigo de Alemania, pero más fuerte de lo que parecía. Estados Unidos no había entrado en guerra, pero el presidente Franklin D. Roosevelt había dejado claro su compromiso. En septiembre de 1940, los estadounidenses cedieron cincuenta destructores a los británicos a cambio del derecho a construir bases militares en el Caribe; y en marzo de 1941 el presidente obtuvo autoridad, gracias a la «ley de préstamo y arriendo», para enviar material bélico. Las tropas británicas habían sido expulsadas del continente europeo cuando Francia cayó, pero Gran Bretaña evacuó a una gran parte de ellas de Dunquerque. En el verano de 1940, la Luftwaffe se enfrentó a la Royal Air Force, pero no pudo vencerla; bombardeó las ciudades británicas, pero no intimidó a los ingleses. Alemania no pudo dejar patente su superioridad aérea, un grave problema para una potencia que planeaba una invasión. Aunque un asalto anfíbio a las Islas Británicas podría haber llevado un contingente masivo de hombres y material a través del Canal de la Mancha, Alemania carecía de los barcos necesarios para controlar las aguas y efectuar el transporte. En el verano de 1940, la marina alemana tenía tres cruceros y cuatro destructores: nada más. El 31 de julio de 1940, aunque la Batalla de Inglaterra estaba sólo en su inicio, Hitler ya había decidido invadir a su aliado, la Unión Soviética. El 18 de diciembre ordenó la redacción de los planes operativos para la invasión destinada a «aplantar la Rusia Soviética en una campaña rápida».[7] Hitler pretendía usar a la Unión Soviética para solventar su problema con Inglaterra no tanto por su valor como aliado en aquel momento, sino por su futuro valor como colonia. Durante este año crucial, entre junio de 1940 y junio de 1941, los planificadores económicos alemanes trabajaron duro para concebir cómo la conquista de la Unión Soviética podría convertir Alemania en la superpotencia que Hitler deseaba. Los principales responsables de la

planificación trabajaban bajo la mirada atenta de Heinrich Himmler y a las órdenes directas de Reinhard Heydrich. Siguiendo las líneas maestras del Generalplan Ost, el profesor Konrad Meyer, Standartenführer de las SS, diseñó una serie de planes para establecer una vasta colonia en el este. Una primera versión estuvo lista en enero de 1940; la segunda, en julio de 1941; la tercera a finales de 1941, y la cuarta en mayo de 1942. El diseño general era consistente de principio a fin: los alemanes deportarían, matarían, asimilarían o esclavizarían a las poblaciones nativas y traerían orden y prosperidad a la frontera sometida. Dependiendo de las estimaciones demográficas, entre treinta y uno y cuarenta cinco millones de personas, la mayoría eslavos, iban a desaparecer. En una de las versiones, entre un 80% y un 85% de los polacos, el 65% de los ucranianos del oeste, el 75% de los bielorrusos y el 50% de los checos iban a ser eliminados.[8]

Una vez que las corruptas ciudades soviéticas hubieran sido arrasadas, los granjeros alemanes establecerían, en palabras de Himmler, «perlas de asentamiento», utópicas comunidades granjeras que producirían una gran abundancia de alimentos para Europa. Serían colonias agrícolas alemanas de entre quince y veinte mil personas cada una, rodeadas de pueblos alemanes dentro de un radio de diez kilómetros. Los colonos alemanes supondrían para Europa una decisiva defensa en los montes Urales contra la barbarie asiática, que sería forzada a retroceder hacia el este. La contienda en los límites de la civilización pondría a prueba la hombría de una generación venidera de colonos alemanes. La colonización haría de Alemania un imperio continental capaz de rivalizar con Estados Unidos, otro duro estado fronterizo basado en el colonialismo exterminador y el trabajo de los esclavos. El Este era el destino manifiesto de los nazis. Desde el punto de vista de Hitler, en el Este «se producirá por segunda vez un proceso similar al de la conquista de América». Tal como Hitler imaginaba el futuro, Alemania trataría a los eslavos de la misma forma que los norteamericanos habían tratado a los indios. El Volga, proclamó una vez, sería el Misisipi alemán.[9]

La ideología se alió pues con la necesidad. Como Gran Bretaña no sucumbió, la única ambición imperial válida de Hitler era la conquista de más territorio en Europa del Este. Lo mismo ocurría con su intención de librar a Europa de judíos: mientras Gran Bretaña permaneciera en la guerra, los judíos debían ser eliminados en el continente europeo y no en islas lejanas como Madagascar. A finales de 1940 y a principios de 1941, la armada británica impedía la versión transoceánica que Hitler ambicionaba para la Solución Final. Madagascar era una posesión francesa y Francia había sucumbido, pero los británicos todavía controlaban las rutas marítimas. La Unión Soviética había rechazado la propuesta alemana de importar dos millones de judíos europeos. Mientras la Unión Soviética y la Alemania nazi fueran aliadas, los alemanes no podían hacer otra cosa que aceptar la negativa soviética y esperar su oportunidad. Pero si Alemania conquistaba la Unión Soviética podría usar sus territorios como le viniera en gana. Hitler acababa de ordenar los preparativos para la invasión de la URSS cuando proclamó ante una multitud reunida en el Palacio de Deportes de Berlín, en enero de 1941, que una guerra mundial significaría «el final del papel de los judíos en Europa». La Solución Final no vendría después de la invasión de Gran Bretaña, que quedaba aplazada indefinidamente, sino que seguiría a la invasión de la Unión Soviética del 22 de junio de 1941. Las principales masacres tendrían lugar en la Ucrania ocupada.[10]

La Unión Soviética era la única fuente real de calorías para Alemania y su imperio de Europa Occidental que, juntos y por separado, eran importadores natos de alimentos. Como Hitler sabía muy bien, a finales de 1940 y principios de 1941 el 90% de los cargamentos de alimentos de la Unión Soviética provenían de Ucrania. Como Stalin, Hitler veía Ucrania como un valioso activo geopolítico, y a sus habitantes como meros instrumentos para cultivar el suelo: herramientas que podían cambiarse por otras o desecharse. Para Stalin, el dominio de Ucrania era la condición previa y la prueba del triunfo de su versión del socialismo. Purgada, hambrienta, colectivizada y aterrorizada, Ucrania alimentaba y defendía a Rusia y al resto de la Unión Soviética. Hitler soñaba con el suelo infinitamente fértil de Ucrania, y daba por sentado que los alemanes extraerían de la tierra más que los soviéticos.[11]

Los alimentos de Ucrania eran tan importantes para la ambición nazi de un imperio en el Este como para defender la integridad de la Unión Soviética de

Stalin. La «fortaleza» ucraniana de Stalin era el «granero» de Hitler. El mando general del ejército alemán llegó a la conclusión, en un estudio de agosto de 1940, de que Ucrania era «agrícola e industrialmente la parte más valiosa de la Unión Soviética». Herbert Backe, el responsable de la planificación civil, le dijo a Hitler en enero de 1941 que «la ocupación de Ucrania nos liberará de cualquier preocupación económica». Hitler quería Ucrania «para que nadie nos pueda hacer pasar hambre de nuevo como en la última guerra». La conquista de Ucrania desligaría a los alemanes del bloqueo británico, y su posterior colonización permitiría a Alemania convertirse en una potencia global al estilo de Estados Unidos.[12]

A largo plazo, el Generalplan OST de los nazis implicaba apropiarse de la tierra de cultivo, destruir a los que trabajaban en ella y poblarla con alemanes. Pero entre tanto, durante la guerra e inmediatamente después de su conclusión, que Hitler preveía que sería rápida, necesitaba a los campesinos locales para que cosecharan alimentos para los soldados y civiles alemanes. A finales de 1940 y principios de 1941, los planificadores decidieron que las fuerzas victoriosas alemanas deberían usar en la Unión Soviética conquistada la herramienta que Stalin había inventado para controlar el suministro de alimentos: las granjas colectivas. Algunos planificadores políticos alemanes deseaban abolirlas durante la invasión, porque creían que así se aseguraría el apoyo de la población ucraniana. Los planificadores económicos, sin embargo, pensaban que Alemania tenía que conservarlas para alimentar al ejército y a los civiles alemanes, y ganaron la discusión. Se dice que Backe, el experto en alimentos de Göring dentro del plenipotenciario del Plan Cuatrienal, afirmó que los «alemanes hubieran tenido que introducir la granja colectiva si los soviéticos no la hubieran puesto ya en marcha».[13]

De acuerdo con la visión que los planificadores alemanes tenían de las cosas, la granja colectiva podría usarse otra vez para matar de hambre a millones de personas: de hecho, en esta ocasión la intención era matar a decenas de millones. La colectivización había traído el hambre a la Ucrania soviética, primero como resultado no deseado de la incompetencia y de los objetivos irreales de producción de grano y segundo como una consecuencia deliberada de las vengativas requisas de finales de 1932 y principios de 1933. Hitler, por su parte, ya tenía previsto matar de hambre a la población soviética no deseada. Los planificadores alemanes calculaban que las partes de Europa que ya estaban bajo dominación alemana necesitaban importaciones para alimentar a unos veinticinco millones de personas. También incluían en sus planes a la Unión Soviética, cuya población urbana había crecido en unos veinticinco millones desde la Primera Guerra Mundial. Vieron una solución aparentemente simple: estos últimos tenían que morir para que los primeros pudieran vivir. Según sus cálculos, las granjas colectivas producían justo la cantidad de alimentos que los alemanes necesitaban, pero no la suficiente para sustentar a los pueblos del Este. Por eso, en este sentido, las granjas eran la herramienta ideal para el control político y el equilibrio económico.[14]

Este era el Plan de Hambre tal como se formuló el 23 de mayo de 1941: durante la guerra contra la URSS y después de ella, los alemanes pensaban alimentar a los soldados y a los civiles alemanes (y del oeste de Europa) matando de hambre a los ciudadanos soviéticos de las tierras conquistadas, especialmente a los de las grandes ciudades. La producción alimentaria de Ucrania no se enviaría ahora al norte para alimentar a Rusia y al resto de la Unión Soviética, sino al oeste para nutrir a Alemania y al resto de Europa. Según la interpretación alemana, Ucrania (junto con partes del sur de Rusia) era una «región excedente» que producía más alimentos de los que necesitaba, mientras que Rusia y Bielorrusia eran «regiones deficitarias». Los habitantes de las ciudades ucranianas, y casi todo el mundo en Bielorrusia y en el noroeste de Rusia, tendrían que pasar hambre o huir. Unos treinta millones de personas morirían de hambre en el invierno de 1941-1942, las ciudades serían destruidas, y el terreno se devolvería al bosque natural. El Plan de Hambre implicaba la «extinción de la industria así como de una gran parte de la población en las regiones deficitarias». Estas directrices del 23 de mayo de 1941 incluían algunas de las expresiones más explícitas del lenguaje nazi sobre sus intenciones de matar a una gran cantidad de personas: «Muchas decenas de millones de personas en este territorio se convertirán en superfluas y morirán o deberán emigrar a Siberia. Si alguien intenta rescatar de la muerte por inanición a esa población deberá

emplear los excedentes de las zonas de tierra fértil, y eso sólo puede realizarse a expensas del aprovisionamiento de Europa. Por lo que esta gente imposibilitaría que Alemania resistiera hasta el final de la guerra e impediría que Alemania y Europa superasen el bloqueo. Esto tiene que quedar absolutamente claro».[15]

Hermann Göring, por aquel entonces el colaborador más importante de Hitler, era el responsable global de la planificación económica. Su Plan Cuatrienal se había encargado de preparar la economía alemana para la guerra entre 1936 y 1940. Ahora, el Plan Cuatrienal, responsable del Plan de Hambre, iba a chocar con el Plan Quinquenal de Stalin y a revocarlo. Imitaría el plan estalinista en su ambición (completar una revolución) y explotaría sus logros (la granja colectiva), pero invertiría sus objetivos (la defensa e industrialización de la Unión Soviética). El Plan de Hambre preveía la restauración de una Unión Soviética preindustrial, con mucha menos población, poca industria y sin grandes ciudades. El avance de la Wehrmacht sería un viaje hacia atrás en el tiempo. El nacionalsocialismo iba a contener el avance del estalinismo y a revertir el curso de su gran río de la historia.

El hambre y la colonización eran políticas alemanas: discutidas, aceptadas, formuladas, difundidas y sabidas. El almacén del Plan de Hambre se estableció en marzo de 1941. En mayo se expidió un conjunto de «Directrices de política económica» acordes a él. Una versión algo más aséptica, conocida como el «Archivo verde», circuló ese junio en miles de copias entre los dirigentes alemanes. Justo antes de la invasión, Himmler y Göring estuvieron supervisando aspectos importantes de la planificación de la posguerra: Himmler, la colonia racial a largo plazo del Generalplan Ost, Göring, la hambruna y destrucción generados a corto plazo por el Plan de Hambre. El propósito de los alemanes era hacer una guerra de destrucción que transformaría el este de Europa en una colonia agraria de exterminio. Hitler tenía la intención de deshacer todo el trabajo de Stalin. El socialismo en un solo país sería reemplazado por el socialismo para la raza alemana. Tales eran los planes. [16]

Sin embargo, Alemania tenía una alternativa, al menos en opinión de su aliado japonés. Trece meses después de que el Pacto Mólotov-Ribbentrop hubiera distanciado a Toldo de Berlín, las relaciones germano-japonesas se restablecieron sobre la base de una alianza militar. El 27 de septiembre de 1940, Toldo, Berlín y Roma firmaron un Pacto Tripartito, En ese momento, cuando el conflicto central en la guerra europea era la batalla aérea entre la Royal Air Forcé y la Luftwaffe, Japón esperaba que la alianza germano-nipona se volviera contra Gran Bretaña. Tokio exhortaba a los alemanes a una revolución de la economía política mundial completamente diferente a la que concebían los planificadores germanos. En lugar de colonizar la Unión Soviética, pensaban los japoneses, la Alemania nazi debería unirse a Japón y vencer al Imperio Británico.

Los japoneses, que construían su imperio desde las islas hacia el exterior, entendían el mar como su vía natural de expansión. Japón estaba interesado en persuadir a los alemanes de que los británicos eran el principal enemigo común, puesto que el acuerdo en ese sentido ayudaría a los japoneses a conquistar las colonias británicas (y holandesas) en el Pacífico. Los japoneses tenían una propuesta para los alemanes, un plan que iba más allá de la necesidad inmediata que tenía Japón de los recursos minerales de las colonias británicas y holandesas. Se trataba de una estrategia ambiciosa: en lugar de combatir a la Unión Soviética, los alemanes deberían moverse hacia el sur, empujar a los británicos en Oriente Medio y encontrarse con los japoneses en algún lugar del sur de Asia, quizás en la India. Si los alemanes y los japoneses controlaban el canal de Suez y el océano Indico, razonaba Tokio, el poder naval británico dejaría de ser un factor decisivo. Alemania y Japón se convertirían así en las dos potencias mundiales.[17]

Hitler no mostró ningún interés en esta alternativa. Los alemanes informaron a los soviéticos sobre el Pacto Tripartito, pero Hitler nunca tuvo intención de permitir que los soviéticos se unieran a la alianza. A Japón le hubiera gustado ver una coalición germano-japonesa-soviética contra Gran Bretaña, pero nunca existió esa posibilidad: Hitler ya había decidido invadir la Unión Soviética. A

pesar de que Japón e Italia eran ahora aliados de Alemania, Hitler no les incluyó en su máxima ambición bélica. Creía que los alemanes podían y debían vencer a la Unión Soviética por sí solos. La alianza alemana con Japón se vería limitada por los desacuerdos subyacentes en cuanto a objetivos y enemigos. Los japoneses necesitaban vencer a los británicos y, finalmente, a los estadounidenses, para convertirse en el imperio naval dominante en el Pacífico. Los alemanes necesitaban destruir a la Unión Soviética para convertirse en un enorme imperio terrestre en Europa y, de este modo, rivalizar con los británicos y los estadounidenses a largo plazo.[18]

Japón había aspirado a un pacto de neutralidad con la Unión Soviética desde el verano de 1940; en abril de 1941 se firmó un acuerdo. Chiune Sugihara, el espía japonés especialista en la Unión Soviética, pasó esa primavera en Königsberg, ciudad alemana del este de Prusia en el Mar Báltico, intentando averiguar la fecha en que Alemania invadiría la Unión Soviética. Acompañado de colaboradores polacos, viajó por el este de Alemania, incluidas las tierras polacas que Alemania se había anexionado. Basándose en la observación de los movimientos de las tropas alemanas, estimó que la invasión se produciría a mediados de junio de 1941. Sus informes a Tokio fueron sólo una de las muchas indicaciones dadas por los equipos de inteligencia en Europa y en todo el mundo de que los alemanes romperían el Pacto Mólotov-Ribbentrop e invadirían a su aliado a finales de la primavera, o a principios del verano.[19]

El mismo Stalin recibió más de un centenar de tales indicaciones, pero prefirió ignorarlas. Su estrategia siempre había sido alentar a los alemanes a que librasen guerras en el oeste, con la esperanza de que las potencias capitalistas se destruirían entre sí, dejando que una Europa postrada cayera en manos soviéticas como un fruto maduro. Hitler había ganado sus batallas en el oeste de Europa (contra Noruega, Dinamarca, Bélgica, Luxemburgo, los Países Bajos y Francia) demasiado rápida y fácilmente para el gusto de Stalin. Pero, al parecer, éste no podía creer que Hitler fuera a abandonar la ofensiva contra Gran Bretaña, el enemigo común de las ambiciones nazis y soviéticas, el primer imperio mundial del planeta. Preveía una guerra con Alemania, pero no en 1941. Se dijo a sí mismo y a los demás que las advertencias de un inminente ataque alemán eran propaganda británica, diseñada para separar a Berlín y Moscú a pesar de sus evidentes intereses comunes.

Dejando de lado cualquier otra consideración, Stalin no podía creer que los alemanes fueran a atacar sin equipamiento de invierno, una previsión que no constaba en ninguno de los informes de espionaje.[20]

Fue el mayor error de cálculo de la carrera de Stalin. El ataque sorpresa alemán a la Unión Soviética del 22 de junio de 1941 pareció al principio un éxito espectacular. Tres millones de soldados alemanes, en tres Grupos de Ejércitos, cruzaron la línea Mólotov-Ribbentrop y avanzaron hacia los estados bálticos, Bielorrusia y Ucrania con la intención de tomar Leningrado, Moscú y el Cáucaso. A los alemanes se les unieron en la invasión sus aliados Finlandia, Rumanía, Hungría, Italia y Eslovaquia, así como una división de españoles y un regimiento de croatas, ambos compuestos de voluntarios. Fue la mayor ofensiva en la historia de la guerra. No obstante, a diferencia de la invasión de Polonia, el ataque venía sólo de un lado y el combate tendría lugar en un solo (y muy extenso) frente. Hitler no había acordado con su aliado japonés un ataque conjunto a la Unión Soviética. Los líderes japoneses podrían haber decidido atacar la URSS por iniciativa propia, pero prefirieron no romper el pacto de neutralidad. Algunos líderes japoneses, entre ellos el ministro de Asuntos Exteriores, Yosuke Matsuoka, exhortaron a una invasión de la Siberia soviética, pero fueron desoídos. El 24 de junio de 1941, dos días después de que las tropas alemanas entraran en la Unión Soviética, los mandos del ejército y de la armada japoneses habían adoptado una resolución: «No intervenir por el momento en la guerra germano-soviética». En agosto, Japón y la Unión Soviética reafirmaron su pacto de neutralidad.[21]

Los oficiales alemanes confiaban plenamente en alcanzar una victoria rápida sobre el Ejército Rojo. Los éxitos de Polonia y, sobre todo, de Francia, habían convencido a muchos de ellos del genio militar de Hitler. La invasión de la Unión Soviética, encabezada por las divisiones blindadas, iba a proporcionar una

«victoria relámpago» en un plazo de entre nueve y doce semanas. Con el triunfo militar, vendría el colapso del orden político soviético y el acceso a los alimentos y al petróleo. Los altos mandos alemanes decían que la Unión Soviética era «un castillo de naipes» o «un gigante con los pies de barro». Hitler esperaba que la campaña no durara más de tres meses, probablemente menos. Sería «un juego de niños». Fue el mayor error de cálculo de su carrera.[22]

Crueldad no es lo mismo que eficiencia, y en el plan alemán había demasiada sed de sangre para que fuera realmente factible. La Wehrmacht no iba a ser capaz de poner en práctica el Plan de Hambre. El problema no era de ética ni de legalidad: Hitler había relevado a los soldados de cualquier deber de obedecer las leyes de guerra con respecto a civiles, y los soldados alemanes no dudaron en matar a civiles desarmados. En los primeros días del ataque se portaron de la misma forma en que lo habían hecho en Polonia. Al segundo día de la invasión, las tropas alemanas usaban a civiles como escudos humanos. Como en Polonia, los soldados alemanes trataron a menudo a los soldados soviéticos como a insurgentes a los que podían ejecutar después de capturarlos, y mataron a los soldados que trataban de rendirse. Las mujeres de uniforme, algo nada raro en el Ejército Rojo, eran asesinadas primero precisamente por ser mujeres. El problema para los alemanes fue, en cambio, que matar de hambre sistemáticamente a una extensa población de civiles es una empresa intrínsecamente difícil. Es más fácil conquistar un territorio que redistribuir calorías.[23]

Ocho años antes, había sido necesaria toda la fuerza del estado soviético para llevar el hambre a Ucrania. Stalin tuvo que usar recursos logísticos y sociales que ningún ejército invasor podía soñar con reunir: una policía de Estado experta y muy bien informada, un partido con raíces en el campo, y multitudes de voluntarios motivados ideológicamente. Bajo su dominio, las gentes de la Ucrania soviética (y las de todas partes) se encorvaban sobre sus vientres hinchados para cosechar unas pocas gavillas de trigo que no les estaba permitido comer. Quizá resulte más espeluznante todavía el hecho de que lo hicieran bajo la vigilancia de numerosos funcionarios del Estado y del partido, a menudo gente de las mismas regiones. Los autores del Plan de Hambre dieron por supuesto que las granjas colectivas podrían aprovecharse para controlar los suministros de grano y matar de hambre a un gran número de personas, aunque el poder del estado soviético ya estuviera destruido. A los nazis se les hacía impensable que una forma de administración económica pudiera funcionar mejor bajo control soviético que bajo su control. Pero la eficiencia alemana era más una presunción ideológica que una realidad. [24]

Los ocupantes alemanes nunca tuvieron la capacidad de instaurar el hambre cuando y donde quisieron. Para que se hubiera podido implementar el Plan de Hambre, las fuerzas alemanas tendrían que haber supervisado cada granja colectiva, observar las cosechas en todas partes y asegurarse de que no había comida escondida o sin anotar. La Wehrmacht podía mantener y controlar las granjas colectivas, como lo podían hacer los colaboradores locales y las SS, pero nunca con tanta eficacia como lo habían hecho los soviéticos. Los alemanes no conocían a las poblaciones locales, las cosechas locales ni los escondites. Podían aplicar el terror, pero menos sistemáticamente de lo que lo habían hecho los soviéticos; carecían del Partido, y del miedo y de la fe que éste podía despertar. Carecían de personal que aislara las ciudades del campo. Y como la guerra continuó durante más tiempo de lo planeado, los oficiales alemanes temían que el hambre organizada pudiera crear un movimiento de resistencia en la retaguardia.[25]

Se suponía que la Operación Barbarroja iba a ser rápida y decisiva y brindaría una «victoria relámpago» en tres meses como máximo. Pero aunque retrocedió, el Ejército Rojo no cayó. En dos meses de lucha, los alemanes tomaron lo que había sido Lituania, Letonia y el este de Polonia, así como la mayor parte de Bielorrusia y una parte de la Ucrania soviética. Franz Halder, jefe de Estado Mayor del ejército alemán, confió a su diario el 3 de julio de 1941 que creía que habían ganado la guerra. A finales de agosto, los alemanes se habían anexionado Estonia, otro trozo más de Ucrania y el resto de Bielorrusia. Pero el ritmo no era el previsto y los objetivos fundamentales no se habían conseguido. La autoridad soviética permanecía en Moscú. Como un comandante del ejército

alemán observó concisamente el 5 de septiembre de 1941 «ni guerra relámpago victoriosa, ni destrucción del ejército ruso, ni desintegración de la Unión Soviética».[26]

En todo caso, los alemanes privaban de alimento a los ciudadanos soviéticos menos por estrategia que por desesperación política. Aunque el Plan de Hambre se basara en suposiciones políticas falsas, todavía proporcionaba las premisas morales para la guerra en el Este. En otoño de 1941, los alemanes imponían el hambre no para remodelar una Unión Soviética conquistada sino para continuar la guerra sin imponer ningún coste a su propia población civil. En septiembre, Göring tuvo que hacer balance de la nueva situación, tan desastrosamente diferente de lo que los nazis esperaban. Había que abandonar los sueños de una Unión Soviética destrozada que entregaba sus riquezas a los triunfantes alemanes. Se suponía que el dilema clásico de la economía política, cañones o mantequilla, iba a solucionarse de forma milagrosa: las armas conseguirían la mantequilla. Pero ahora, al cabo de tres meses de guerra, los hombres que manejaban los cañones necesitaban mantequilla desesperadamente. Como la guerra se prolongaba más de las doce semanas previstas, los soldados y los civiles alemanes competían entre sí por las limitadas provisiones. La propia invasión había detenido el suministro de grano procedente de la Unión Soviética y, en aquellos momentos, había que alimentar a tres millones de soldados alemanes sin reducir las raciones dentro de la propia Alemania.[27]

Los alemanes carecían de planes de emergencia contra el fracaso. Las tropas tenían la sensación de que algo marchaba mal: nadie les había proporcionado abrigo de invierno, y se congelaban en las guardias nocturnas. Sin embargo, ¿cómo decirle al pueblo alemán que la invasión había fracasado, cuando parecía que la Wehrmacht seguía avanzando y Hitler aún tenía momentos de euforia? Pero para que los líderes nazis pudieran negar que la guerra iba mal, los civiles alemanes tenían que estar protegidos de cualquier consecuencia negativa de la invasión. Los gruñidos de los estómagos se convertirían en las protestas de los ciudadanos. No era admisible que los alemanes tuvieran que sacrificarse por las tropas en el frente, al menos no excesivamente y no demasiado pronto. Un cambio en la política in terna de alimentos podría hacer que adivinaran la verdad: que la guerra, al menos tal como sus líderes la habían concebido, estaba ya perdida. Backe, el experto en avituallamiento de Hitler, tenía claro lo que había que hacer: privar de comida a los soviéticos para que los alemanes pudieran saciarse.[28]

A Göring le correspondía salvar la economía del país a la vez que abastecía la maquinaria de guerra alemana. Su plan original de instaurar el hambre en la Unión Soviética después de una victoria clara dio paso a la improvisación: los soldados alemanes tendrían que requisar la comida que necesitaran mientras continuaban peleando en una guerra que se suponía que ya debería de haber acabado. El 16 de septiembre de 1941, justo cuando se rebasaba el plazo de la «victoria relámpago», Göring ordenó a las tropas alemanas que vivieran «de la tierra». Un comandante general local fue más específico: los alemanes tenían que aprovisionarse «como en las guerras coloniales». Los alimentos de la Unión Soviética se distribuirían primero a los soldados alemanes, luego a los alemanes en Alemania, después a los ciudadanos soviéticos y, por último, a los prisioneros de guerra soviéticos. La Wehrmacht siguió luchando mientras los días se acortaban y las noches se alargaban, la solidez de las carreteras daba paso al lodo y a la mugre de las lluvias de otoño, y sus soldados temían que arreglárselas por sí mismos. La orden de Göring permitió que continuara aquella guerra descabellada, a expensas de la inanición de millones de ciudadanos soviéticos y, por supuesto, de las muertes de millones de soldados alemanes, soviéticos y de otras nacionalidades.[29]

Göring actuó en septiembre de 1941 de forma asombrosamente parecida a como lo había hecho Kaganóvich, en diciembre de 1932. Ambos dieron instrucciones para una política alimentaria que causaría la muerte de millones de personas en los meses siguientes; y ambos presentaron la hambruna provocada por sus políticas no como una tragedia humana, sino como el resultado de la agitación enemiga. Como Kaganóvich, Göring explicó a sus subordinados que el hambre era un arma del enemigo, destinada a despertar compasión donde se necesitaba inflexibilidad ciega. En 1932 y 1933, Stalin y Kaganóvich pusieron al partido ucraniano entre ellos y la población, forzando a los comunistas de Ucrania a cargar con la responsabilidad de la recolección de grano y a asumir las culpas si no se

conseguían los objetivos. Hitler y Göring colocaron en 1941 y 1942 a la Wehrmacht entre ellos y la hambrienta población soviética. Durante el verano de 1941, algunos soldados alemanes habían compartido sus raciones con los famélicos civiles soviéticos. Unos cuantos oficiales alemanes habían tratado de asegurar que se alimentara a los prisioneros de guerra soviéticos. En otoño, eso tenía que acabar. Si los soldados alemanes querían comer, les dijeron, tendrían que someter al hambre a la población que los rodeaba. Debían imaginar que cualquier alimento que entraba en la boca de un ciudadano soviético era arrebatado de la boca de un niño alemán.[30]

Los altos mandos alemanes tendrían que continuar la guerra, lo que significaba alimentar a los soldados, lo que significaba matar de hambre a los demás. Esa era la lógica política que desembocaba a su vez en una trampa moral. Para los soldados y los oficiales de rango inferior no había otra escapatoria excepto la insubordinación o rendirse al enemigo, posibilidades que eran tan impensables para las tropas alemanas en 1941 como lo habían sido para los comunistas ucranianos en 1932.[31]

En septiembre de 1941, los tres Grupos de Ejércitos de la Wehrmacht, Norte, Centro y Sur, conocieron las nuevas políticas alimentarias en lugares muy diferentes. El Grupo Norte, encargado de conquistar los países bálticos y el noroeste de Rusia, había puesto sitio a Leningrado en septiembre. El Grupo Centro avanzó a través de Bielorrusia en agosto y, después de una larga pausa en la cual algunas de sus fuerzas se sumaron al Grupo Sur en la Batalla de Kiev, se dirigió de nuevo hacia Moscú a principios de octubre. El Grupo Sur, mientras tanto, atravesó Ucrania hacia el Cáucaso, mucho más despacio de lo previsto. Las secciones de soldados alemanes se asemejaban a las brigadas comunistas de una década atrás, recogiendo tanta comida como podían y lo más rápido posible.

El Grupo de Ejércitos Sur llevó el hambre a Járkov y a Kiev, las dos ciudades que habían sido capitales de la Ucrania soviética. Kiev fue tomada el 19 de septiembre de 1941, mucho más tarde de lo planeado y tras un gran debate sobre lo que había que hacer con la ciudad. De acuerdo con el Generalplan Ost, Hitler quería que la arrasaran. Los comandantes in situ, sin embargo, necesitaban el puente sobre el río Dniéper para continuar su avance hacia el este. Al final, los soldados alemanes irrumpieron en la ciudad. El 30 de septiembre, los ocupantes prohibieron el suministro de alimentos a Kiev. Su justificación fue que las provisiones del campo tenían que permanecer donde estaban para que las recogiera el ejército y, después, las autoridades civiles de ocupación. Aun así, los campesinos de los alrededores de Kiev encontraron el modo de llegar a la ciudad e incluso organizaron mercados. Los alemanes fueron incapaces de bloquear la ciudad con la eficacia que mostraron los soviéticos en 1933.[32] La Wehrmacht no implantaba el Plan de Hambre original, sino que instauraba el hambre allí donde le parecía conveniente. La Wehrmacht no pretendía matar de inanición a la totalidad de la población de Kiev, sino tan sólo asegurarse de que sus propias necesidades quedaran cubiertas. Aún así, la suya fue una política de indiferencia hacia la vida humana que mató quizá a más de cincuenta mil personas. Como anotó un habitante de Kiev en diciembre de 1941, los alemanes celebraban la Navidad, pero los vecinos «se mueven como sombras, hay una hambruna total». En Járkov, una política similar mató quizá a veinte mil personas. Entre ellos, en 1942, a 273 niños del orfanato de la ciudad. Fue cerca de Járkov donde, en 1933, unos niños campesinos famélicos se comieron vivo a otro en un orfanato improvisado. Ahora los niños de las ciudades, si bien en número menor, sufrían también aquella muerte horrible.[33]

Los planes de Hitler para Leningrado, la antigua capital de la Rusia zarista, superaban incluso a los temores más oscuros de Stalin. Leningrado se encuentra junto al mar Báltico, más cercana a la capital finlandesa, Helsinki, y a la capital de Estonia, Tallin, que a Moscú. Durante el Gran Terror, Stalin se aseguró de que los finlandeses se convirtieran en el objetivo de una de las acciones más mortíferas contra las nacionalidades, por miedo a que Finlandia pudiera reclamar Leningrado algún día. En noviembre de 1939, Stalin se ganó la enemistad de los finlandeses al atacar Finlandia, que estaba dentro de su área de influencia según los términos del pacto Mólotov-Ribbentrop. En esa Guerra de Invierno, los finlandeses infligieron grandes pérdidas al Ejército Rojo y dañaron su reputación. Finalmente, tuvieron que ceder aproximadamente una décima parte de su territorio en marzo de 1940, proporcionando así a Stalin una franja

de separación alrededor de Leningrado. De este modo, en junio de 1941, Hitler tenía en Finlandia un aliado, ya que los finlandeses querían, naturalmente, recuperar territorio y vengarse, en lo que llamarían la Guerra de Continuación. Pero Hitler no deseaba tomar Leningrado ni entregársela sencillamente a los finlandeses: quería borrarla de la faz de la tierra. Planeaba exterminar a sus habitantes, arrasar la ciudad hasta los cimientos y luego transferir su territorio a los finlandeses.[34]

En septiembre de 1941, el ejército finlandés aisló Leningrado por el norte mientras el Grupo de Ejércitos Norte empezaba una campaña de asedio y bombardeo de la ciudad desde el sur. A pesar de que no todos los jefes alemanes conocían los planes más radicales de Hitler para las ciudades soviéticas, estaban de acuerdo en que Leningrado tenía que pasar hambre. Eduard Wagner, intendente general del ejército alemán, escribió a su mujer que los habitantes de Leningrado, tres millones y medio en su totalidad, tendrían que ser abandonados a su suerte. Simplemente, eran demasiados para las «raciones del ejército», y el «sentimentalismo estaba fuera de lugar». Plantaron minas alrededor de la ciudad para evitar las huidas. La rendición no fue inmediata, pero si lo hubiera sido no la habrían aceptado. El objetivo alemán era matar de hambre a Leningrado. Muy al principio del sitio, el 8 de septiembre de 1941, los obuses alemanes destruyeron los almacenes de alimentos y los depósitos de combustible de la ciudad. En octubre de 1941 unas dos mil quinientas personas murieron de inanición y de enfermedades asociadas. En noviembre, el número había aumentado hasta cinco mil quinientas; en diciembre, a cincuenta mil. Al final del asedio, en 1944, aproximadamente un millón de personas había perdido la vida.[35]

Leningrado no sucumbió del todo al hambre porque las autoridades locales soviéticas seguían operando en el interior de la ciudad y distribuyeron el pan disponible, y porque los líderes soviéticos corrieron riesgos para aprovisionar a la población. Cuando la superficie del lago Ladoga se congeló, sirvió como vía de escape y ruta de aprovisionamiento. Ese invierno las temperaturas alcanzaron los 40.º bajo cero y la ciudad tuvo que enfrentarse al frío sin reservas de comida, sin calefacción ni agua corriente. Aun así, el poder soviético en la ciudad no se colapso. El NKVD continuó arrestando, interrogando y encarcelando. Los prisioneros también eran trasladados a través del lago Ladoga; estos habitantes de Leningrado se encontraban entre los cerca de 2,5 millones de personas a los que el NKVD trasladó al Gulag durante la guerra. La policía y el cuerpo de bomberos seguían desempeñando su labor. Dimitri Shostakóvich era voluntario de la brigada de incendios cuando escribió el tercer movimiento de su Séptima Sinfonía. Las bibliotecas siguieron abiertas, se leían libros y se escribían y se defendían tesis doctorales.[36]

Los rusos —y personas de otras etnias— de la gran ciudad se enfrentaban a los mismos dilemas que los ucranianos y kazajos (y otros) habían encarado diez años antes, durante las hambrunas de la colectivización. Wanda Zvierieva, que era una niña durante el asedio de Leningrado, recordaba a su madre más tarde con gran amor y admiración. «Era una mujer hermosa. Su cara era comparable a la de Mona Lisa». Su padre era un físico con aficiones artísticas que tallaba esculturas de diosas griegas en madera con su navaja. A finales de 1941, como la familia estaba pasando hambre, su padre fue a su oficina con la esperanza de conseguir una cartilla de racionamiento que permitiera a la familia procurarse comida. Estuvo fuera varios días. Una noche, Wanda se despertó y vio a su madre cerniéndose sobre ella con una hoz en la mano. Luchó y redujo a la mujer, o a «la sombra que quedaba de ella». Su interpretación de la acción de su madre es caritativa: quería matarla para evitarle el sufrimiento del hambre. Su padre volvió con comida al día siguiente, pero ya era demasiado tarde para su madre, que murió unas pocas horas después. La familia la amortajó con una manta y la dejó en la cocina hasta que la tierra estuvo lo suficientemente blanda para enterrarla. Hacía tanto frío en el piso que su cuerpo no se descompuso. Esa primavera, el padre de Wanda murió de neumonía.[37]

En el Leningrado de esa época circulaban cientos o miles de historias como ésta. Vera Kostrovitskaia era una de los muchos intelectuales de Leningrado que llevaban diarios donde consignaron los horrores. De origen polaco, había perdido a su marido algunos años antes, en el Gran Terror. Ahora veía morir de hambre a sus vecinos rusos. En abril de 1942 narró el destino de un desconocido al que veía cada día: «Un hombre alto, envuelto en harapos, con una mochila colgada, se sienta en la nieve, con la espalda contra un poste. Permanece allí acurrucado.

Al parecer, iba camino de la estación de Finlandia, se sintió cansado y se sentó. Durante dos semanas, mientras yo iba y venía del hospital, estuvo «sentado»:

1. Sin su mochila.
2. Sin sus harapos.
3. En ropa interior.
4. Desnudo.
5. Un esqueleto con las entrañas fuera».[38]

Es célebre el diario de Leningrado de una muchacha de once años, Tania Savicheva, cuya versión completa es como sigue:

Zhenia murió el 28 de diciembre a las 12.30 1941

La abuela murió el 25 de enero, a las tres de la tarde 1941

Leka murió el 5 de marzo a las a las cinco de la madrugada 1942.

El tío Vasya murió el 13 de abril dos horas después de medianoche. 1942.

El tío Lesha murió el 10 de mayo a las cuatro de la tarde 1942

Mi madre murió el 13 de mayo temprano por la mañana 1941

Savichevs murió.

Todo el mundo ha muerto.

Sólo queda Tañía».[39]

Tañía Savicheva murió en 1944.

Cuanto mayor era el control que la Wehrmacht ejercía sobre la población, más probable resultaba que ésta pasara hambre. Los lugares don de la Wehrmacht controlaba completamente a la población, los campos de prisioneros de guerra, fueron el escenario de muertes a una escala sin precedentes. En estos campos se implantó algo muy parecido al Pían de Hambre original.

Nunca en la historia de la guerra moderna se habían hecho tan tos prisioneros tan rápidamente. En un enfrentamiento, el Grupo de Ejércitos Norte tomó 348 000 prisioneros cerca de Smolensko; en otro, el Grupo Sur apresó a 665 000 cerca de Kiev. Sólo en estas dos victorias de septiembre fueron capturados más de un millón de hombres y algunas mujeres. A finales de 1941, los alemanes habían apresado a unos tres millones de soldados soviéticos, aunque para ellos no era una sorpresa: se esperaba que los tres Grupos de Ejércitos se movieran incluso más rápido de lo que lo hicieron y, por tanto, estaba previsto que hubiera todavía más prisioneros. Las simulaciones habían predicho lo que ocurriría. Aun así, los alemanes no dispusieron nada para los prisioneros de guerra, al menos en el sentido convencional. Según las leyes de guerra tradicionales, a los prisioneros se les proporcionan comida, refugio y atención médica, aunque sólo sea para asegurar que el enemigo hará lo mismo.[40]

Hitler deseaba invertir ese proceder. Al tratar a los soldados soviéticos de forma inhumana, quería asegurarse de que los soldados alemanes –por temor a que los soviéticos hicieran lo mismo con ellos– lucharan desesperadamente para evitar caer en manos del enemigo. Parece que no soportaba la idea de que los soldados de la raza superior se rindieran a los seres inferiores del Ejército Rojo. Stalin tenía casi el mismo punto de vista: los soldados del Ejército Rojo no debían permitir que los cogieran vivos. No admitía la posibilidad de que los soldados soviéticos se replegaran y se rindieran. Se suponía que tenían que avanzar y matar o morir. Stalin anunció en agosto de 1941 que los prisioneros de guerra soviéticos serían tratados como desertores y sus familias arrestadas. Cuando su hijo fue hecho prisionero por los alemanes, Stalin ordenó que arrestaran a su propia nuera. Esta tiranía de la ofensiva en las directrices soviéticas provocaba que los soldados de la URSS fueran apresados. Los comandantes tenían miedo de ordenar la retirada, porque podían culparlos a ellos de una derrota (y purgarlos y ejecutarlos). Por tanto, sus soldados mantenían las posiciones demasiado tiempo y eran cercados y hechos prisioneros. Las políticas de Hitler y Stalin conspiraban para que los soldados soviéticos se convirtieran en prisioneros de guerra y, después, dejaran de existir.[41]

En cuanto se rendían, los prisioneros soviéticos sufrían el salvajismo de sus captores alemanes. Los soldados del Ejército Rojo cautivos marchaban en largas columnas y eran golpeados horriblemente durante el trayecto desde el campo de batalla a los campamentos. Los soldados capturados en Kiev, por ejemplo, recorrieron unos cuatrocientos kilómetros siempre a la intemperie. Como recordaba uno de ellos, si un prisionero exhausto se sentaba al borde de la carretera, un escolta alemán «se acercaba a caballo y lo azotaba con su látigo. Si la persona continuaba sentada, con la cabeza gacha, el escolta sacaba una

carabina de la montura o una pistola de la funda». Ejecutaban a los prisioneros heridos, enfermos o cansados, y abandonaban sus cuerpos para que los ciudadanos soviéticos los encontraran y se ocuparan de retirar los y enterrarlos.[42] Para trasladar en tren a los prisioneros soviéticos, la Wehrmacht usaba vagones de mercancías abiertos, sin ninguna protección contra las inclemencias del tiempo. Cuando los trenes alcanzaban sus destinos, cientos y a veces miles de cadáveres congelados caían por las puertas abiertas. El porcentaje de muertes durante el transporte era muy alto, del setenta por ciento. Quizá doscientos mil prisioneros murieron en esas marchas y traslados letales. Todos los prisioneros que llegaban a los cerca de ochenta campos de prisioneros de guerra creados en la Unión Soviética ocupada estaban cansados y hambrientos y muchos de ellos se encontraban heridos o enfermos.[43]

Normalmente, un campo de prisioneros de guerra es una instalación sencilla, construida por soldados para otros soldados, pero destinada a preservar la vida. Estos campos ofrecen condiciones difíciles y se ubican en lugares desconocidos, pero están contruidos por personas que saben que sus propios camaradas son retenidos como prisioneros por el ejército enemigo. Los campos de prisioneros de guerra alemanes, sin embargo, distaban mucho de ser normales: estaban diseñados para acabar con la vida. En principio, se dividían en tres categorías: Dulag (campo de tránsito), Stalag (campo base para reclutas y suboficiales), y los Oflags, más pequeños, para oficiales. En la práctica, los tres tipos de campos solían ser poco más que un campo abierto rodeado de alambre de espino. No se inscribía a los prisioneros por sus nombres, aunque los contaban. Aquello transgredía las leyes y la tradición de la guerra de un modo apabullante. Incluso en los campos de concentración alemanes se registraban los nombres. Sólo más adelante hubo otro tipo de instalación alemana donde no se anotaban los nombres, pero todavía no había sido inventada. No se hacían provisiones de alimentos, cobijo o cuidados médicos. No había clínicas, y muy a menudo tampoco inodoros. En general, carecían de refugio contra los elementos. Los índices oficiales de calorías para los prisioneros estaban muy por debajo de los niveles de supervivencia y, muy a menudo, tales índices ni siquiera se alcanzaban. En la práctica, sólo los prisioneros más fuertes y los seleccionados como vigilantes tenían probabilidades de obtener algo de comida.[44]

Al principio, los prisioneros soviéticos estaban desconcertados por el trato que les daba la Wehrmacht. Uno de ellos aventuraba que «los alemanes nos están enseñando a comportarnos como camaradas». Incapaz de imaginar que el hambre fuera una política, supuso que los alemanes querían que los prisioneros soviéticos mostraran solidaridad los unos con los otros compartiendo entre ellos la comida que tuvieran. Quizá este soldado no podía creer que, como la Unión Soviética, la Alemania nazi era un Estado capaz de hacer pasar hambre por razones políticas. Irónicamente, la esencia de la política alemana para con los prisioneros residía en la idea de que, en realidad, no se trataba de seres humanos y por tanto no eran soldados como ellos ni en modo alguno camaradas. Las directrices de mayo de 1941 habían recordado a los soldados alemanes la presunta «brutalidad inhumana» de los rusos en la batalla. En septiembre se indicó a los vigilantes alemanes de los campos que serían castigados si usaban poco sus armas.[45]

En otoño de 1941, los prisioneros de guerra de todos los Dulags y Stalags estaban hambrientos. Aunque incluso Göring reconoció que el Plan de Hambre como tal no era posible, las prioridades de la ocupación alemana garantizaban por sí mismas que los prisioneros soviéticos pasaran hambre. Imitando y radicalizando las políticas del Gulag soviético, las autoridades alemanas daban menos comida a aquellos que no podían trabajar que a los que podían hacerlo, acelerando de este modo la muerte de los más débiles. El 21 de octubre de 1941 los que no estaban en condiciones de trabajar vieron como sus raciones oficiales se recortaban en un veintisiete por ciento. Para muchos prisioneros fue una reducción puramente teórica, ya que en buena parte de los campos de prisioneros de guerra no se alimentaba a nadie con regularidad y, de todas formas, los más débiles no tenían habitualmente acceso a la comida. Una observación del intendente general del ejército, Eduard Wagner, dejaba clara la política de selección: aquellos prisioneros que no puedan trabajar, dijo el 13 de noviembre, «tienen que ser sometidos al hambre». En los campos, los prisioneros comían cualquier cosa que pudieran encontrar: hierba, corteza, pinaza. No tenían carne a menos que se apoderaran de algún perro muerto de un disparo. Unos pocos presos consiguieron

carne de caballo en algunas ocasiones. Los prisioneros se peleaban por lamer los utensilios de cocina, entre las risas de los guardias alemanes. Cuando empezó el canibalismo, los alemanes lo explicaron como la consecuencia del bajo nivel de la civilización soviética.[46]

Las drásticas condiciones de la guerra acercaron aún más a la Wehrmacht a la ideología del nacionalsocialismo. Desde luego, los militares habían sido nazificados progresivamente a partir de 1933. Hitler se había librado de la amenaza de Rohm y de sus SA en 1934, y en 1935 anunció el rearme de Alemania y el reclutamiento. Orientó la industria alemana hacia la producción de armas y consiguió una serie de victorias en 1938 (Austria, Checoslovaquia), 1939 (Polonia) y 1940 (Dinamarca, Noruega, Luxemburgo, Bélgica y, sobre todo, Francia). Tuvo varios años para escoger a sus favoritos entre los oficiales de alta graduación y para purgar a aquellos cuyos puntos de vista juzgaba demasiado tradicionales. La victoria sobre Francia de 1940 acercó mucho a Hitler a los mandos militares alemanes, pues los oficiales empezaron a creer en su talento. Aun así, curiosamente fue la falta de una victoria en la Unión Soviética la que hizo a la Wehrmacht inseparable del régimen nazi. En la hambrienta Unión Soviética de otoño de 1941, la Wehrmacht se hallaba en una trampa moral de la que sólo el nacionalsocialismo parecía capaz de liberarla. El ejército alemán debía abandonar cualquier vestigio de sus ideales militares tradicionales en favor de una ética destructiva que diera sentido a las calamidades que estaba sufriendo. Sin duda había que alimentar a los soldados alemanes, pero estos comían para ganar fuerza y poder luchar en una guerra que ya estaba perdida. Sin duda, las calorías para alimentarlos tenían que extraerse del campo, pero esto conllevaba la hambruna. Para aplicar unas políticas ilegales y asesinas, los altos mandos militares y los oficiales de operaciones no disponían de otra justificación que la que Hitler les había proporcionado: que los seres humanos eran contenedores de calorías que podían vaciarse, y que los eslavos, judíos y asiáticos que poblaban la Unión Soviética eran menos que humanos y, por ello, más que prescindibles. Como los comunistas ucranianos en 1933, los oficiales alemanes aplicaron en 1941 una política de hambruna. En ambos casos, muchos individuos pusieron objeciones o reservas al principio, pero, al final, los grupos se implicaron en los crímenes del régimen y, de este modo, se plegaron a las demandas morales de sus líderes. Se convirtieron al sistema al tiempo que el sistema se convertía en una catástrofe.

Fue la Wehrmacht la que estableció y administró la primera red de campos en la Europa de Hitler, campos donde la gente moría por miles, por decenas de miles, por centenares de miles, y finalmente por millones.

Algunos de los más infames campos de prisioneros de guerra estaban en la Bielorrusia soviética ocupada, donde a finales de noviembre de 1941 las tasas de mortalidad alcanzaban el dos por ciento diario. En el Stalag 352, cerca de Minsk, que un superviviente recordaba como el «puro infierno», los prisioneros estaban cercados con alambre de espinos, tan hacinados que apenas se podían mover y se veían obligados a defecar y orinar de pie. Allí murieron unas 109 500 personas. En el Dulag 185, el Dulag 127 y el Stalag 341 de la ciudad de Mogilev, al este de Bielorrusia, unos testigos vieron montañas de cuerpos sin enterrar fuera de la alambrada. Entre treinta y cuarenta mil prisioneros murieron en esos campos. En el Dulag 131 en Bobruisk, las instalaciones del campo se incendiaron. Miles de prisioneros murieron quemados, y otros 1700 fueron abatidos a tiros mientras trataban de escapar. En total murieron al menos treinta mil personas en Bobruisk. En los Dulags 220 y 121 de Homyel casi la mitad de los prisioneros intentaba cobijarse en establos abandonados; el resto no tenía refugio alguno. En diciembre de 1941 las tasas de mortalidad de estos campos subieron de doscientas a cuatrocientas y a setecientas bajas diarias. En el Dulag 342 de Molodechno las condiciones eran tan espantosas que unos prisioneros solicitaron por escrito que los ejecutaran.[47]

Los campos en la Ucrania soviética ocupada eran similares. En el Stalag 306 de Kirovogrado, los guardias alemanes informaron de que los prisioneros se comían los cuerpos de los camaradas ejecutados, a veces antes de que las víctimas estuvieran muertas. Rosalía Volkovskaia, una superviviente del campo de mujeres de Volodymyr-Volynskyi pudo ver las condiciones en que se hallaban los hombres en el vecino Stalag 365: «Las mujeres veíamos desde arriba cómo muchos de los prisioneros se comían los cadáveres». En el Stalag 346 de Kremenchuk, donde los internos recibían como máximo doscientos gramos de pan al día, arrojaban los

cuerpos a una fosa cada mañana. Como en Ucrania en 1933, algunas veces enterraban a los vivos con los muertos; al menos veinte mil personas murieron en ese campo. En el Dulag 162, en Stalino (en la actualidad Donetsk), al menos diez mil prisioneros se apiñaban detrás de la alambrada de un pequeño campo en el centro de la ciudad, donde no tenían más remedio que estar de pie; sólo los moribundos se acostaban, porque cualquiera que se tumbara era pisoteado. Perecieron unos veinticinco mil, que iban dejando sitio a otros. El Dulag 160 de Jorol, al suroeste de Kiev, fue uno de los mayores campos. Aunque el lugar era una fábrica de ladrillos abandonada, los prisioneros tenían prohibido refugiarse en sus edificios. Si trataban de resguardarse en ellos de la lluvia o de la nieve, les disparaban. Al comandante de este campo le gustaba observar el espectáculo de los prisioneros peleándose por la comida. Solía correr a caballo entre la muchedumbre y mataba a las personas al arrollarlas. En éste y en otros campos cercanos a Kiev murieron unos treinta mil prisioneros.[48]

Los nazis recluyeron también a los prisioneros de guerra soviéticos en docenas de instalaciones de la Polonia ocupada, en el Gobierno General (que había sido ampliado hacia el sudeste después de la invasión de la Unión Soviética). Aquí, los atónitos miembros de la resistencia polaca recibieron informes acerca de las muertes masivas de prisioneros soviéticos durante el invierno de 1941-1941. Unos 45 690 murieron en los campos del Gobierno General en diez días, entre el 21 y el 30 de octubre de 1941. En el Stalag 307 de Dęblin murieron unos ochenta mil prisioneros soviéticos durante el transcurso de la guerra. En el Stalag 319 de Chełm perecieron unas sesenta mil personas; en el Stalag 366 de Siedlce, cincuenta y cinco mil; en el Stalag 325 de Zamość, veintiocho mil; en el Stalag 316 de Siedlce, veintitrés mil. Aproximadamente medio millón de prisioneros de guerra soviéticos murieron de hambre en el Gobierno General. De este modo, a finales de 1941 el mayor grupo de víctimas mortales causadas por el dominio alemán no eran los polacos nativos ni los judíos nativos, sino los prisioneros de guerra soviéticos que habían sido trasladados al oeste de la Polonia ocupada y abandonados a su suerte para que se congelaran o murieran de hambre. A pesar de que la invasión soviética de Polonia era aún reciente, los campesinos polacos trataban a menudo de alimentar a los famélicos prisioneros soviéticos que encontraban. En represalia, los alemanes disparaban a las mujeres polacas que transportaban jarras de leche, y destruyeron pueblos polacos enteros.[49]

Incluso aunque todos los prisioneros soviéticos hubieran estado sanos y bien alimentados, la tasa de mortalidad en el invierno de 1941-1942 hubiera sido alta. Contra lo que muchos alemanes creían, los eslavos no tenían una resistencia natural al frío. A diferencia de los alemanes, los soldados soviéticos poseían en ocasiones equipamientos de invierno, que los alemanes les robaban. Lo normal era que los prisioneros de guerra fueran abandonados sin cobijo y sin ropas de abrigo, a temperaturas muy por debajo de la de congelación. Como los campamentos estaban a menudo en campo abierto, no había árboles ni colinas que pararan los vientos implacables del invierno. Los prisioneros cavaban con las manos en la dura tierra trincheras donde poder dormir. En Homyel tres soldados soviéticos, camaradas, se calentaban mutuamente durmiendo apiñados. Dormían por turno en el centro, el mejor lugar, donde recibían el calor de sus amigos. Al menos uno de los tres sobrevivió para contar su historia.[50]

Para cientos de miles de prisioneros de guerra, ésta era la segunda hambruna por razones políticas en Ucrania en el espacio de ocho años. Muchos miles de soldados de la Ucrania soviética vieron como sus vientres se hinchaban por segunda vez o fueron una vez más testigos de canibalismo. No hay duda de que muchos supervivientes de la primera inanición masiva murieron en la segunda. Unos cuantos ucranianos, como Ivan Shulinskyi, se las arreglaron para sobrevivir a las dos. Hijo de un kulak deportado, rememoraba la hambruna de 1933 y le decía a la gente que venía de «la tierra del hambre». Solía animarse durante su cautiverio cantando una canción tradicional ucraniana:[51]

Si al menos tuviera alas
me elevaría hacia el cielo,
hacia las nubes
donde no hay dolor ni castigo

Igual que durante la campaña soviética de 1933, en la campaña de hambre alemana

de 1941 muchos habitantes de Ucrania hicieron lo que pudieron por salvar a los moribundos. Las mujeres identificaban a los hombres como parientes para así obtener su liberación. Las jóvenes se casaban con prisioneros que trabajaban fuera de los campos, algo que a veces se permitía porque de este modo los hombres de un área ocupada producían comida para los alemanes. En la ciudad de Kremenchuk, donde al parecer la escasez de alimentos no era tan espantosa, los trabajadores de los campos dejaban bolsas vacías en la ciudad cuando iban a trabajar por la mañana y las recogían al atardecer llenas de comida donada por los transeúntes. Las condiciones de 1941 favorecían esta clase de ayuda, ya que la cosecha fue inusualmente buena. Las mujeres (los informes hablan casi siempre de mujeres) trataban de alimentar a los prisioneros durante las marchas de la muerte o en los campos, aun cuando la mayoría de los comandantes de los campos de prisioneros de guerra no permitían que los civiles se acercaran con alimentos. Generalmente las expulsaban con disparos de aviso; a veces, las mataban.[52]

La organización de los campos del Este mostraba un total desprecio por la vida – la vida de los eslavos, asiáticos y judíos– que hacía posible la masacre por hambre. En los campos de prisioneros para soldados del Ejército Rojo, la tasa de mortalidad durante la guerra fue del 57,5% , y en los primeros ocho meses después de la Operación Barbarroja debió de ser mucho más alta. En los campos alemanes de prisioneros para soldados aliados, la tasa de mortalidad era inferior al 5%. En un solo día del otoño de 1941, el número de prisioneros de guerra soviéticos muertos igualó al de prisioneros de guerra británicos o alemanes que murieron durante toda la Segunda Guerra Mundial.[53]

Del mismo modo que no bastaba con desearlo para matar de hambre a la población soviética, el Estado soviético no podía ser destruido de golpe: Pero, desde luego, los alemanes lo intentaron. Parte de la idea de la «victoria relámpago» era que la Wehrmacht podría ganar terreno tan rápidamente que los soldados –y los Einsatzgruppen que los seguían– podrían dar muerte a las élites políticas soviéticas y a los oficiales políticos del Ejército Rojo. Las «Directrices de conducta de las tropas en Rusia» oficiales publicadas el 19 de mayo de 1941 exigían «medidas represivas» para cuatro grupos: agitadores, partisanos, saboteadores y judíos. La «Directrices para el tratamiento de comisarios políticos» del 6 de junio de 1941 especificaban que había que matar a los cargos políticos capturados.[54]

De hecho, las élites soviéticas locales huyeron al este; cuanto más importantes, más probable era que pudieran ser evacuadas o que tuvieran los recursos para organizar su huida. El país era enorme y Hitler no tenía ningún aliado invasor que pudiera cortar el paso a esta gente en otro sector. Las políticas alemanas de asesinato de masas sólo podían afectar a los líderes de las ciudades ya conquistadas: Ucrania, Bielorrusia, los países bálticos y una pequeña franja de Rusia. Lo cual distaba mucho de ser una parte significativa de la Unión Soviética y las personas asesinadas no eran de importancia vital para el sistema soviético. Las ejecuciones tenían unas consecuencias mínimas para el Estado. La mayoría de las unidades de la Wehrmacht obedecía sin problemas la «Orden Commissar»; el ochenta por ciento informó de que habían ejecutado a los comisarios. Los archivos militares conservan registros de 2252 comisarios ejecutados por el ejército; el número real fue probablemente mayor.[55]

Matar a los civiles fue principalmente tarea de los Einsatzgruppen, algo que ya habían hecho en Polonia en 1939. Como en Polonia, los Einsatzgruppen tenían como misión acabar con ciertos grupos políticos para provocar el colapso del Estado. Cuatro Einsatzgruppen siguieron a la Wehrmacht por la Unión Soviética: Einsatzgruppe A, en pos del Grupo de Ejércitos Norte en su avance por los Estados bálticos hacia Leningrado; Einsatzgruppe B, siguiendo al Grupo Centro a través de Bielorrusia hacia Moscú; Einsatzgruppe C, tras el Grupo Sur en Ucrania, y Einsatzgruppe D, siguiendo al XI Ejército en el extremo sur de Ucrania. Como Heydrich aclaró en un telegrama del 2 de julio de 1941, después de comunicar de palabra las órdenes más relevantes, los Einsatzgruppen estaban para matar funcionarios comunistas, judíos en puestos del partido o del Estado y otros «elementos peligrosos». Con la eliminación de personas catalogadas como una amenaza política ocurrió lo mismo que con el Plan de Hambre: las que estaban

recluidas fueron más vulnerables. A mediados de julio llegaron a los territorios conquistados órdenes expresas para que se llevaran a cabo ejecuciones en masa en los Stalag y los Dulag. El 8 de septiembre de 1941 los Einsatzkommandos recibieron la orden de hacer «selecciones» entre los prisioneros de guerra y ejecutar a funcionarios del Estado y del partido, comisarios políticos, intelectuales y judíos. Para ello, en octubre, los altos mandos del ejército proporcionaron acceso ilimitado a los campos a los Einsatzkommandos y a la policía de seguridad.[56]

Los Einsatzkommandos no podían examinar a los cautivos con demasiado detenimiento. Interrogaban a los prisioneros de guerra soviéticos en sus depósitos de prisioneros, inmediatamente después de detenerlos. Ordenaban a los comisarios, a los comunistas y a los judíos que dieran un paso adelante. A continuación, se los llevaban, los ejecutaban y los arrojaban a las fosas. Disponían de unos cuantos intérpretes, quienes recuerdan la selección como un proceso más bien aleatorio. Los alemanes sabían más bien poco acerca de los grados y de las insignias del Ejército Rojo y al principio confundían a los cornetas con oficiales políticos. Sabían que a los oficiales les permitían llevar el pelo más largo que a los reclutas, pero éste no era un indicador fiable: hacía tiempo que aquellos hombres no habían pasado por el barbero. El único grupo al que podían identificar fácilmente en esos momentos eran los judíos; los guardias alemanes examinaban los penes para ver si estaban circuncidados. Muy raramente, los judíos sobrevivían afirmando que eran musulmanes circuncidados; mucho más a menudo, los musulmanes circuncidados eran ejecutados como judíos. Al parecer, los médicos alemanes colaboraron voluntariamente en este procedimiento: la medicina era una profesión fuertemente nazificada. Como recordaba un doctor del campo de Jorol, «en esos tiempos, a los oficiales y a los soldados les parecía que lo más natural era que todos los judíos fueran ejecutados». Al menos cincuenta mil judíos soviéticos fueron ejecutados después de la selección, así como también cincuenta mil no judíos. [57]

Los campos alemanes de prisioneros de guerra en el Este fueron mucho más mortíferos que sus campos de concentración. De hecho, los campos de concentración existentes cambiaron de naturaleza tras el contacto con prisioneros de guerra. Dachau, Buchenwald, Sachsenhausen, Mauthausen y Auschwitz se convirtieron en centros de exterminio cuando las SS los emplearon para ejecutar prisioneros. Unos ocho mil prisioneros soviéticos fueron ejecutados en Auschwitz, diez mil en Mauthausen, dieciocho mil en Sachsenhausen. En Buchenwald, en noviembre de 1941, las SS idearon un sistema para masacrar prisioneros soviéticos sorprendentemente parecido a los métodos soviéticos del Gran Terror, aunque haciendo gala de una mayor hipocresía y sofisticación. Conducían a los prisioneros a una habitación en medio de un establo, en un entorno bastante ruidoso. Se encontraban en lo que parecía una sala de exámenes médicos, rodeados por hombres con batas blancas, hombres de las SS que fingían ser doctores. Colocaban al prisionero de pie contra la pared en un lugar determinado, supuestamente para medir su altura. En la pared había una hendidura vertical que quedaba tapada por la nuca del prisionero. En una habitación contigua se encontraba un SS con una pistola, que disparaba cuando veía la nuca a través de la hendidura. Tiraban el cuerpo en una tercera habitación, limpiaban con rapidez la «sala de examen» y hacían pasar al siguiente prisionero. Transportaban cargamentos de treinta y cinco o cuarenta cadáveres en camión hasta un crematorio: un avance técnico en comparación con las prácticas soviéticas.[58]

Los alemanes ejecutaron, según estimaciones moderadas, a medio millón de prisioneros de guerra soviéticos. Mataron a unos 26 millones más de hambre o por malos tratos durante el transporte. En total, quizá masacraron a 3,1 millones. Esa brutalidad no derrocó el orden soviético; en todo caso, fortaleció la moral. La selección de oficiales políticos, comunistas y judíos era inútil. Matar a esas personas, ya presas, no debilitaba demasiado al Estado soviético. De hecho, las políticas de hambre y de selección endurecieron la resistencia del Ejército Rojo. Los soldados sabían que si los alemanes los capturaban sufrirían una dolorosa muerte por inanición, lo cual seguramente aumentaba su motivación para

la lucha. Los comunistas, los judíos y los oficiales políticos sabían que iban a ejecutarles, y por ello no tenían razones para rendirse. A medida que se propagaba el conocimiento de las prácticas alemanas, los ciudadanos empezaban a pensar que quizá el poder soviético era una alternativa preferible.[59] Como en noviembre de 1941 la guerra continuaba y en el frente seguían muriendo soldados que tenían que ser reemplazados por reclutas de Alemania, Hitler y Göring se dieron cuenta de que necesitarían algunos prisioneros de guerra como mano de obra dentro del Reich. El 7 de noviembre, Göring dio la orden de seleccionar a los más aptos para el trabajo. Al terminar la guerra, más de un millón de prisioneros de guerra soviéticos estaban trabajando en Alemania. No era fácil sobrevivir al maltrato y al hambre. Como señaló un comprensivo observador alemán: «De millones de prisioneros, sólo son capaces de trabajar unos pocos miles. Muchos de ellos han muerto, muchos tienen tifus y el resto están tan débiles y maltrechos que no están en condiciones de trabajar». De los prisioneros que fueron trasladados a Alemania, unos cuatrocientos mil murieron. [60]

En comparación con los planes germanos, la invasión de la Unión Soviética fue un fiasco absoluto. Se suponía que la Operación Barbarroja proporcionaría una «victoria relámpago» a finales del otoño de 1941, pero no había ninguna victoria a la vista. Se suponía que la invasión de la Unión Soviética resolvería todos los problemas económicos, pero no fue así. Al final, la Bélgica ocupada, por ejemplo, tenía un mayor valor económico para la Alemania nazi. Se suponía, también, que la población tenía que ser eliminada; en su lugar, la aportación económica más importante de la Unión Soviética fue la mano de obra. La conquistada Unión Soviética iba a procurar, en teoría, espacio para una «Solución Final» a lo que los nazis consideraban el problema judío. Según lo planificado, los judíos tenían que trabajar hasta morir en la Unión Soviética o ser trasladados a través de los Montes Urales o exiliados al Gulag. La resistencia de la Unión Soviética en el verano de 1941 ya había hecho imposible otro intento más de llevar a cabo la Solución Final.[61]

A finales de 1941, los líderes nazis ya habían evaluado y tenido que abandonar cuatro versiones distintas de la Solución Final. El Plan Lublin para una reserva en el este de Polonia falló en noviembre de 1939 porque el Gobierno General estaba demasiado cerca y era demasiado complicado; el plan consensuado con los soviéticos de febrero de 1940, porque Stalin no aceptó la emigración judía; el plan de Madagascar de agosto de 1940, porque primero Polonia y posteriormente Gran Bretaña lucharon en lugar de cooperar; y ahora el plan coercitivo de noviembre de 1941, porque los alemanes no habían destruido el Estado soviético. Si bien la invasión de la URSS no proporcionó ninguna «solución», ciertamente exacerbó el «problema» judío. La zona del Este conquistada por Alemania se correspondía esencialmente con la parte del mundo más densamente poblada por judíos. En la Polonia ocupada, en los Estados bálticos y en la Unión Soviética occidental los alemanes habían tomado el control de los más importantes enclaves tradicionales de los judíos europeos. Ahora unos cinco millones de judíos vivían bajo el dominio alemán. Con la excepción del antiguo Imperio Ruso, ningún poder había gobernado nunca en la historia sobre tantos judíos como la Alemania nazi en 1941.[62]

El destino de algunos de los prisioneros soviéticos que fueron liberados de los campos en el Este anunciaba lo que les esperaba a los judíos. En Auschwitz, a principios de septiembre de 1941, cientos de prisioneros soviéticos fueron gaseados con ácido cianhídrico, un pesticida (la marca comercial era Zyklon B) que había sido usado con anterioridad para fumigar los barracones de los prisioneros polacos del campo. Más tarde, aproximadamente un millón de judíos serían asfixiados con Zyklon B en Auschwitz. Más o menos por esa época, la eficacia de los gases de combustión se puso a prueba con otros prisioneros soviéticos en Sachsenhausen. El gas expulsado por el tubo de escape de una furgoneta se introducía en el espacio interior de la misma, y el monóxido de carbono asfixiaba a las personas encerradas dentro. Ese mismo otoño usarían las furgonetas para asesinar judíos en la Ucrania soviética ocupada. A partir de diciembre de 1941 también usaron el monóxido de carbono de una furgoneta aparcada en Chelmo para matar a judíos polacos en las tierras anexionadas a

Alemania.[63]

Entre la aterrorizada y famélica población de los campos de prisioneros, los alemanes reclutaron a no menos de un millón de hombres para colaborar con el ejército y con la policía. Al principio, la idea era que ayudarían a los alemanes a controlar el territorio de la Unión Soviética cuando su gobierno cayera. Como esto no sucedió, los ciudadanos soviéticos fueron asignados para ayudar en los crímenes de masas que Hitler y sus colaboradores siguieron perpetrando en el territorio ocupado al continuar la guerra. A muchos antiguos prisioneros les dieron palas para cavar las zanjas junto a las que los alemanes ejecutaban a los judíos. Otros fueron integrados en formaciones policiales dedicadas a cazar judíos. Algunos prisioneros fueron enviados a un campo de entrenamiento en Travniki, donde los formaron como guardianes. Estos ciudadanos soviéticos y veteranos de guerra, reciclados para servir a la Alemania nazi, pasarían 1942 en los centros de exterminio de la Polonia ocupada, Treblinka, Sobibor y Bełżec, donde fueron gaseados más de un millón de judíos polacos.[64] De este modo, algunos de los supervivientes de la matanza de la policía alemana se convirtieron en cómplices de otra masacre, de la misma forma en que una guerra para destruir la Unión Soviética se transformó en una guerra para asesinar a los judíos.

Capítulo 6

LA SOLUCIÓN FINAL

Las utopías de Hitler se desmoronaron al entrar en contacto con la Unión Soviética, pero no las descartó, sino que las reformuló. Él era el líder, y sus secuaces debían sus puestos a sus habilidades para adivinar y cumplir su voluntad. Cuando encontraba resistencia, como en el frente del Este en la segunda mitad de 1941, la labor de hombres como Göring, Himmler y Heydrich era rehacer las ideas de Hitler de tal manera que se consolidara su genio de líder (a la vez que las posiciones de estos jefes en el régimen nazi). Hubo cuatro utopías en verano de 1941: una victoria relámpago que destruiría a la Unión Soviética en semanas, un Plan de Hambre que mataría de hambre a treinta millones de personas en meses; una Solución Final que eliminaría a todos los judíos europeos tras la guerra, y un Generalplan Ost que convertiría a la parte oeste de la Unión Soviética en una colonia alemana. Seis meses después del arranque de la Operación Barbarroja, Hitler había reformulado los objetivos de la guerra de forma que el exterminio físico de los judíos se convirtió en la prioridad. Para entonces, sus colaboradores más próximos habían tomado las iniciativas ideológicas y administrativas necesarias para hacer realidad ese deseo.[1] No hubo ninguna victoria relámpago. Además, aunque millones de soviéticos fueron víctimas de la hambruna, el Plan de Hambre demostró ser impracticable. En cuanto al Generalplan Ost, o cualquier variante de los planes de colonización de la posguerra, tendrían que esperar. Cuando estas utopías se desvanecieron, el futuro de los políticos pasó a depender de que supieran rescatar lo rescatable de aquellas fantasías: Göring, Himmler y Heydrich escarbaron en las ruinas para salvar lo que pudieron. Göring, que estaba a cargo de la economía y del Plan de Hambre, fue el que salió peor parado. Considerado «el segundo hombre del Reich» y el sucesor de Hitler, siguió siendo inmensa mente influyente en Alemania, pero su papel en el Este quedó muy disminuido. Como la economía se convirtió no tanto en un asunto de planificación a gran escala para el período de posguerra como en una improvisación constante para continuar la guerra, Göring perdió su posición prominente en favor de Albert Speer. A diferencia de Göring, Heydrich y Himmler fueron capaces de dar la vuelta a su favor a la situación adversa en el campo de batalla reformulando la Solución Final de forma que pudiera llevarse a cabo durante una guerra que no marchaba según lo planeado. Ambos entendieron que la guerra se estaba convirtiendo, como Hitler empezó a decir en agosto de 1941, en una «guerra contra los judíos».[2]

Himmler y Heydrich asumieron la eliminación de los judíos. El 31 de julio de 1941, Heydrich obtuvo la autorización formal de Göring para formular la Solución Final. Esta todavía implicaba la coordinación previa de los proyectos de deportación con el plan de Heydrich de hacer trabajar hasta la muerte a los judíos en la zona soviética con quistada en el este. En noviembre de 1941, cuando Heydrich quiso concertar un encuentro en Wannsee para coordinar la Solución Final, todavía tenía esa idea en mente. Los judíos no aptos para el trabajo tendrían que desaparecer; los que fueran capaces de realizar tareas

físicas podrían trabajar hasta la muerte en algún lugar de la Unión Soviética conquistada. La propuesta de Heydrich tenía un amplio consenso dentro del gobierno alemán, pero no era especialmente oportuna. El Ministerio del Este, que supervisaba los gobiernos de ocupación civiles establecidos en septiembre, daba por hecho que los judíos desaparecerían. Su jefe, Alfred Rosenberg, habló en noviembre de la «erradicación biológica del judaísmo en Europa». Esto se conseguiría trasladando a los judíos al otro lado de los Urales, la frontera este de Europa. Pero en noviembre de 1941, el proyecto de esclavitud y deportación se había teñido de ambigüedad, ya que Alemania no había destruido la Unión Soviética y Stalin todavía controlaba la inmensa mayoría de su territorio. [3]

Mientras Heydrich hacía los preparativos burocráticos en Berlín, fue Himmler quien extrajo hábilmente del pensamiento utópico de Hitler lo que había de factible y relevante. Del Plan de Hambre tomó las categorías de «poblaciones sobrantes» y de «bocas inútiles» y presentó a los judíos como las personas cuyas calorías se podrían ahorrar. De la victoria relámpago tomó los cuatro Einsatzgruppen. Su labor había sido matar a las élites soviéticas para acelerar el colapso de la URSS, no matar a todos los judíos como tales. Los Einsatzgruppen no habían recibido esa orden cuando la invasión empezó y, además, eran demasiado escasos en número. Pero temían experiencia matando civiles, y podrían reforzarse y conseguir ayuda local. Del Generalplan Ost, Himmler sacó los batallones de Policía del Orden y miles de colaboradores locales, cuyo cometido inicial era ayudar al control de la Unión Soviética conquistada; en cambio, proporcionaron el personal que permitió a los alemanes llevar a cabo verdaderos fusilamientos en masa de judíos a principios de agosto de 1941. Estas instituciones, apoyadas por la Wehrmacht y la policía militar, hicieron posible que, para finales de año, los alemanes hubieran asesinado aproximadamente a un millón de judíos al este de la línea Mólotov-Ribbentrop. [4]

Himmler tuvo éxito porque percibía los extremos de las utopías nazis que operaban en la mente de Hitler, incluso cuando la voluntad de éste chocaba con la firme resistencia del mundo exterior. Himmler radicalizó la Solución Final trasladándola de la posguerra a la propia guerra y mostrando (después del fracaso de cuatro planes previos de deportación) cómo se podía conseguir: con fusilamientos en masa de civiles judíos. Su prestigio prácticamente no se vio afectado por los fracasos de la victoria relámpago y del Plan de Hambre, que eran responsabilidad de la Wehrmacht y de las autoridades económicas. Incluso cuando trasladó la Solución Final al reino de lo realizable, todavía continuó alimentando el sueño del Generalplan Ost, el «Jardín del Edén» de Hitler. Siguió ordenando revisiones del plan, dispuso una deportación experimental al distrito de Lublin en el Gobierno General y apremió a Hitler a arrasar ciudades cuando se presentó la oportunidad. [5]

En el verano y el otoño de 1941, Himmler dejó a un lado lo imposible, consideró lo que podría reportarle más gloria e hizo lo que era factible: matar a los judíos al este de la línea Mólotov-Ribbentrop en la Polonia, los Estados bálticos y la Unión Soviética ocupados. Ayudados por su interpretación de la doctrina nazi, Himmler y las SS llegaron a suplantar a las autoridades civiles y militares alemanas en la Unión Soviética ocupada y en el imperio alemán, durante unos meses en que el poder germano pasaba por malos momentos. Como dijo el propio Himmler, «el Este pertenece a las SS». [6]

Hasta muy poco antes, el Este había pertenecido al NKVD. Uno de los secretos del éxito de Himmler es que fue capaz de explotar el legado del poder soviético en los lugares donde éste había funcionado poco antes.

Los primeros territorios que los alemanes conquistaron en la Operación Barbarroja eran ocupados por segunda vez. Las victorias del verano de 1941 se produjeron en las zonas que los alemanes habían concedido a los soviéticos por el Tratado de Amistad y de Fronteras de septiembre de 1939: el este de Polonia, Lituania, Letonia y Estonia, anexionadas por entonces a la Unión Soviética. En otras palabras, en la Operación Barbarroja las tropas alemanas primero invadieron las tierras que habían sido estados independientes en 1939 y 1940, y sólo después entraron en lo que era la Unión Soviética de antes de la guerra. Su aliado rumano, mientras tanto, conquistó los territorios que había perdido a

manos de la URSS en 1940.[7]

La doble ocupación, primero soviética, después alemana, hizo la experiencia de los habitantes de estas tierras mucho más complicada y peligrosa. Una única ocupación puede fracturar una sociedad durante generaciones; una doble ocupación es aún más dolorosa y traumática. En este caso, creó riesgos y tentaciones desconocidos en el Oeste. La partida de un gobernante extranjero no significó nada más que la llegada de otro. Cuando las tropas extranjeras se fueron, la gente no se encontró con la paz, sino con las políticas del nuevo ocupante. Cuando llegó este segundo invasor, tuvieron que asumir las consecuencias de los compromisos contraídos con el primero, o tomar decisiones bajo una ocupación mientras preveían la siguiente. Para los diferentes grupos, estas alternancias tuvieron significados diversos. Los lituanos gentiles (por ejemplo) vivieron la partida de los soviéticos en 1941 como una liberación; los judíos no podían ver la llegada de los alemanes de la misma forma.

Lituania ya había sufrido dos grandes transformaciones en la época en que llegaron las tropas germanas, a finales de junio de 1941. Mientras era todavía un estado independiente, se había beneficiado inicialmente del Pacto Mólotov-Ribbentrop de agosto de 1939. Aunque el Tratado de Amistad y de Fronteras de septiembre de 1939 había entregado Lituania a los soviéticos, sin que los lituanos lo supiesen. Lo que los líderes lituanos percibían aquel mes era otra cosa: que la Alemania nazi y la Unión Soviética habían destruido Polonia, el adversario de Lituania durante el periodo de entreguerras. El gobierno lituano consideraba Vilna, una ciudad importante para Polonia, como la capital de su país. Lituania había obtenido territorios polacos sin necesidad de intervenir en las hostilidades de septiembre de 1939. En octubre de 1939, la Unión Soviética cedió a Lituania Vilna y las regiones circundantes (7122 km² y 457 000 habitantes). Su precio fue el establecimiento de bases militares soviéticas.[8] Y entonces, justo medio año después, Lituania fue conquistada por el que parecía su benefactor. En junio de 1940, Stalin se apoderó de Lituania y de los otros Estados bálticos, Letonia y Estonia, y los incorporó rápidamente a la Unión Soviética. Después de esta anexión, la Unión Soviética deportó a unas veintiuna mil personas de Lituania, incluyendo a muchos representantes de sus élites. Entre los miles de exiliados había un primer ministro y un ministro de Asuntos Exteriores lituanos. Algunos políticos y líderes militares escaparon del Gulag huyendo a Alemania. Solía ser gente con contactos previos en Berlín y amargada por la experiencia de la agresión soviética. De entre estos emigrados, los alemanes favorecieron a los nacionalistas de derechas y prepararon a algunos de ellos para que tomaran parte en la invasión de la Unión Soviética.[9]

Así pues, cuando los alemanes invadieron la Unión Soviética en junio de 1941 Lituania se encontraba en una situación única. Había sacado partido del pacto Mólotov-Ribbentrop; luego había sido conquistada por los soviéticos; ahora sería ocupada por los alemanes. Tras un año de despiadada ocupación soviética, muchos lituanos acogieron bien el cambio; había pocos judíos lituanos. En junio de 1941, vivían doscientos mil judíos en el país (más o menos el mismo número que en Alemania). Los alemanes llegaron a Lituania con algunos nacionalistas lituanos escogidos y encontraron una población dispuesta a creer –o a fingir que creía– que los judíos habían sido responsables de la represión soviética. Las deportaciones soviéticas se habían producido aquel mismo mes, y el NKVD había fusilado a lituanos en las cárceles tan sólo unos días antes de que los alemanes llegaran. El diplomático lituano Kazys Skirpa usó este sufrimiento en su programa de radio para incitar a la muchedumbre al asesinato. Unos 2500 judíos fueron asesinados por los lituanos en sangrientos pogromos a principios de julio.[10]

Gracias a los colaboradores a los que habían formado y al apoyo local, los ejecutores alemanes tuvieron en Lituania toda la ayuda que necesitaban. Las directrices iniciales de matar a los judíos que ocuparan posiciones relevantes fueron pronto sobrepasadas por el Einsatzgruppe A y los colaboradores locales que reclutó. El Einsatzgruppe A había seguido al Grupo de Ejércitos Norte por el interior de Lituania; El Einsatzkommando 3 del Einsatzgruppe A, encargado de la importante ciudad lituana de Kaunas, tuvo todos los colaboradores que quiso. Disponía de una plantilla de sólo 139 personas, incluyendo secretarías y conductores, los cuales sumaban cuarenta y cuatro, pero en las semanas y meses que siguieron, los alemanes llevaron a los judíos lituanos a los centros de

exterminio alrededor de la ciudad de Kaunas. El 4 de julio de 1941, unidades lituanas mataron judíos bajo las órdenes y la supervisión germanas. En fecha tan temprana como el 1 de diciembre, el Einsatzkommando 2 consideró que el problema judío estaba resuelto en Lituania. Informó de la muerte de 133 346 personas, de las cuales 114 856 eran judías. A pesar de los deseos de Skirpa, nada de esto sirvió a ningún objetivo político lituano; cuando el diplomático intentó declarar la independencia del estado de Lituania fue puesto bajo arresto domiciliario.[11]

La ciudad de Vilna había sido el centro metropolitano del noroeste de la Polonia independiente y fue brevemente la capital de la Lituania independiente y soviética. Pero durante todas estas vicisitudes, y durante quinientos años, Vilna había sido algo más: un centro de la civilización judía, conocido como la Jerusalén del norte. Unos setenta mil judíos vivían en la ciudad cuando empezó la guerra. Mientras que el resto de Lituania y los otros Estados bálticos estaban a cargo del Einsatzgruppe A, la zona de Vilna (junto con la Bielorrusia soviética) le correspondió al Einsatzgruppe B. La unidad asignada para matar a los judíos de Vilna fue su Einsatzkommando 9. Los fusilamientos tuvieron lugar en el bosque de Ponary, muy cerca de la ciudad. Hacia el 23 de julio de 1941 los alemanes habían organizado un grupo auxiliar lituano, el cual enviaba columnas de judíos hacia Ponary. Allí, llevaban a grupos de doce a veinte personas al borde de una fosa, donde tenían que entregar todos sus objetos de valor y sus ropas. Les arrancaban los dientes de oro. Unos 72 000 judíos de Vilna y de otros lugares (y en torno a ocho mil polacos y lituanos no judíos) fueron asesinados en Ponary.[12]

Ita Straz fue una de los escasos supervivientes entre los judíos de Vilna. La policía lituana la arrastró hacia una fosa que ya estaba llena de cadáveres. Tenía 19 años y pensó: «Es el fin. ¿Y qué he visto de la vida?». Los disparos no la alcanzaron, pero el miedo la hizo caer dentro de la fosa. La sepultaron los cuerpos de la gente que caía después de ella. Alguien caminó a lo largo de la pila disparando hacia abajo para asegurarse de que no quedara nadie vivo. Una bala le alcanzó en la mano, pero ella no emitió ningún quejido. Más tarde, se arrastró fuera de la fosa. «Estaba descalza. Caminé y caminé sobre cadáveres. Parecía que no se acababa nunca».[13]

La vecina Letonia también había sido anexionada a la Unión Soviética solo un año antes de la invasión alemana. Unos veintiún mil ciudadanos letones (muchos de ellos judíos) habían sido deportados por los soviéticos semanas antes de que llegaran los alemanes. El NKVD ejecutaba a prisioneros letones mientras la Wehrmacht se acercaba a Riga. El principal colaborador de los alemanes en la zona fue Viktor Arajs, un nacionalista letón (alemán por parte de madre) que casualmente conocía al traductor que la policía alemana había llevado a Riga. Le autorizaron a formar el comando Arajs, que a primeros de julio de 1941 quemó vivos a los judíos en una sinagoga de Riga. Cuando los alemanes organizaron los asesinatos en masa, el comando se encargó de escoger a los ejecutores letones de entre aquellos cuyas familias habían sufrido durante la dominación soviética. En julio, bajo la supervisión de los mandos del Einsatzgruppe A, el comando Arajs hizo marchar a los judíos de Riga hasta el cercano bosque de Bikernieki y los fusiló. Los alemanes realizaron primero «unos disparos de demostración» y, seguidamente, dejaron que el Comando Arajs hiciera el resto. Con la ayuda de estos letones, los alemanes habían matado hacia finales de 1941 al menos a 69 750 judíos de los 80 000 que había en el país.[14]

En el tercer país báltico, Estonia, el sentimiento de humillación después de la ocupación soviética era tan grande como en Lituania y Letonia, si no mayor. A diferencia de Vilna y Riga, Tallin no había movilizado ni siquiera parcialmente a su ejército antes de rendirse a los soviéticos en 1940. Había cedido a las peticiones de la URSS antes que los otros países, excluyendo así toda posible alianza diplomática báltica. Los soviéticos habían deportado a unos 11 200 estonios, entre ellos a la mayor parte de los líderes. En Estonia, el Einsatzgruppe A también encontró colaboradores en número más que suficientes. Los estonios que habían resistido a los soviéticos en los bosques se unieron ahora a un Comando de Autodefensa bajo la guía de los alemanes. Estonios que habían colaborado con los soviéticos se sumaron también, en un intento de mejorar su reputación.

Los estonios recibieron a los alemanes como a libertadores y, a cambio, los germanos consideraron a los estonios racialmente superiores no sólo a los judíos

sino a los otros pueblos bálticos. Había muy pocos judíos en Estonia. Los estonios del Comando de Autodefensa asesinaron, siguiendo órdenes alemanas, a los 963 judíos que pudieron encontrar. En Estonia, los asesinatos y los pogromos continuaron sin los judíos: irnos cinco mil estonios no judíos fueron asesinados por haber colaborado ostensiblemente con el régimen soviético.[15]

Cuando empezaron a construir su propio imperio al este de la línea Mólotov-Ribbentrop, los alemanes encontraron los rastros recientes de la construcción del estado soviético. Las señales eran aún más evidentes en el este de Polonia que en los Estados bálticos. Mientras que Estonia, Letonia y Lituania habían sido incorporadas a la Unión Soviética un año antes de la invasión germana, en junio de 1940, el este de Polonia fue anexionado por los soviéticos nueve meses antes, en septiembre de 1939. Aquí los alemanes encontraron evidencias de una transformación social. Se había nacionalizado la industria, se habían colectivizado algunas granjas y toda la élite local había sido aniquilada. Los soviéticos habían deportado a más de tres mil ciudadanos polacos y asesinado a decenas de miles más. La invasión alemana impulsó al NKVD a ejecutar a unos 9817 ciudadanos polacos para evitar que cayeran en manos de los alemanes. Estos llegaron al oeste de la Unión Soviética en verano de 1941 y se encontraron las cárceles del NKVD llenas de cadáveres recientes de prisioneros. Los habían eliminado antes de que los alemanes pudieran utilizarlos para sus propios propósitos.[16]

Los asesinatos soviéticos en masa proporcionaron a los alemanes una oportunidad para hacer propaganda. La argumentación nazi de que los sufrimientos bajo el yugo soviético se debieron a los judíos tuvo alguna repercusión. Con o sin la propaganda alemana, mucha gente en la Europa de entreguerras asociaba a los judíos con el comunismo. Los partidos comunistas de entreguerras tuvieron, de hecho, un notable componente judío, especialmente en los puestos relevantes, un hecho que gran parte de la prensa europea había comentado durante veinte años. Los partidos de derechas embarullaron la cuestión razonando que si muchos comunistas eran judíos, por lo tanto muchos judíos eran comunistas. Son premisas muy diferentes; la última no fue nunca cierta en ningún lugar. Incluso antes de la guerra se culpaba a los judíos de la caída de los estados nacionales; una vez comenzada la guerra y a medida que los estados nacionales se hundían durante la invasión soviética o alemana, la tentación de usarlos como chivos expiatorios fue aún mayor. Los estonios, letonios, lituanos y polacos no sólo habían perdido los estados independientes concebidos para sus naciones, sino también su estatus y sus instituciones y representantes políticos. Habían renunciado a todo ello, en muchos casos sin luchar demasiado. Por ello la propaganda nazi tenía un doble atractivo: no era vergonzoso perder ante los comunistas soviéticos, pues estaban respaldados por una poderosa conspiración judía mundial; y puesto que los judíos eran los culpables últimos del comunismo, matarlos era lo correcto en aquellos momentos.[17]

En la última semana de junio y las primeras semanas de julio de 1941 la violencia contra los judíos creció en un arco que se extendía hacia el sur desde el mar Báltico al mar Negro. En Lituania y Letonia, donde los alemanes atrajeron a su causa a los nacionalistas locales y se presentaron, al menos por el momento, como libertadores de todos los Estados, la resonancia de la propaganda fue mayor y la participación local más notable. En algunos lugares importantes de lo que había sido el este de Polonia, como Bialystok, los germanos llevaron a cabo matanzas a gran escala con sus propias fuerzas, estableciendo así una especie de modelo para los habitantes locales. Bialystok, justo al este de la línea Mólotov-Ribbentrop, había sido una ciudad del noreste de Polonia y luego de la Bielorrusia soviética. Inmediatamente después de que Wehrmacht la tomara el 27 de junio, el Batallón 309 de la Policía del Orden empezó a saquearla y a matar civiles. Los policías alemanes mataron a unos tres mil judíos y dejaron sus cuerpos tirados por la ciudad. Luego, llevaron a unos cuantos cientos más de judíos a la sinagoga, le prendieron fuego y dispararon a los que trataban de escapar. En las dos semanas siguientes, los polacos de la ciudad tomaron parte en unos treinta pogromos en la región de Bialystok. Mientras tanto, Himmler viajó a esta ciudad y dio instrucciones de que se tratara a los judíos como si fueran insurgentes. La Policía del Orden llevó a dos mil hombres judíos de Bialystok a las afueras y los ejecutó entre el 8 y el 11 de julio.[18]

En el sur de lo que había sido el este de Polonia, en las regiones en las que los ucranianos eran mayoría, los alemanes apelaron al nacionalismo local. En

este caso, los germanos culparon a los judíos de la opresión soviética padecida por los ucranianos. En Kremenets, donde habían encontrado más de cien prisioneros asesinados, mataron a unos ciento treinta judíos en un pogromo. En Lutsk, donde hallaron a 2800 prisioneros ametrallados, ejecutaron a dos mil judíos y afirmaron que se trataba de una represalia por las injusticias cometidas por los comunistas judíos con los ucranianos. En Lvov, donde encontraron a 2500 prisioneros muertos en una prisión del NKVD, el Einsatzgruppe C y la milicia local organizaron un pogromo que duró varios días. Los alemanes presentaron a los muertos por el NKVD como víctimas ucranianas de la policía secreta judía: en realidad, algunos de los ejecutados eran polacos y judíos (y la policía secreta probablemente estaba compuesta por rusos y ucranianos en su mayoría). El diario de un hombre que pertenecía a otro Einsatzgruppe describe la escena del 5 de julio de 1941: «cientos de judíos corren calle abajo con las caras cubiertas de sangre, con agujeros en la cabeza y los ojos colgando». En los primeros días de la guerra, las milicias locales, con o sin el aliento y la ayuda alemanas, asesinaron e instigaron a otros a matar en pogromos a 19 655 judíos.[19]

La manipulación política y el sufrimiento local no explican por completo la participación en estos pogromos. La violencia contra los judíos sirvió para acercar a los alemanes a elementos de la población local no judía. La rabia se dirigió, como los alemanes querían, contra los judíos en lugar de contra los colaboradores del régimen soviético. La gente que reaccionó a las proclamas de los alemanes sabía que estaba sirviendo a sus nuevos amos, creyera o no que los judíos eran responsables de sus desgracias. Con sus acciones confirmaban la cosmovisión nazi. El acto de matar judíos en venganza por las ejecuciones del NKVD ratificó la interpretación nazi de la Unión Soviética como un estado judío. La violencia contra los judíos también permitió a los estonios, letones, lituanos, ucranianos, bielorrusos y polacos que habían cooperado con el régimen soviético escapar sin mácula. La idea de que sólo los judíos servían a los comunistas era conveniente no sólo para los ocupantes sino también para algunos de los ocupados.[20]

No obstante, esta nazificación psicológica hubiera sido mucho más difícil sin las evidencias palpables de las atrocidades soviéticas. Los pogromos se llevaron a cabo allí donde los soviéticos habían estado recientemente y donde el poder soviético se había instalado poco antes; donde, en los meses anteriores, los órganos soviéticos de coacción habían organizado arrestos, ejecuciones y deportaciones. Fue una producción conjunta, una edición nazi de un texto soviético.[21]

El descubrimiento de la violencia perpetrada al este de la línea Mólotov-Ribbentrop sirvió a los intereses de las SS y de sus líderes. Himmler y Heydrich habían mantenido siempre que la vida era un choque de ideologías y que las interpretaciones europeas del principio de legalidad tenían que dar paso a la violencia despiadada necesaria para destruir al enemigo racial e ideológico en el Este. La tradicional fuerza de la ley de Alemania, la policía, tenía que convertirse en un cuerpo de «soldados ideológicos». Por esta razón, antes de la guerra, Himmler y Heydrich purgaron las filas de la policía de hombres considerados poco fiables, animaron a los policías a unirse a las SS y pusieron a la Policía de Seguridad (la Policía Criminal más la Gestapo) bajo una única estructura de mando. Su objetivo era crear una fuerza unificada dedicada a la guerra racial preventiva. En el momento en que se produjo la invasión de la Unión Soviética, aproximadamente una tercera parte de los policías con rango de oficial pertenecían a las SS, y unas dos terceras partes al partido nacionalsocialista.[22]

El ataque sorpresa alemán había cogido al NKVD con la guardia baja y provocó que el Este apareciera como una tierra sin ley, necesitada de un nuevo orden germano. El NKVD, normalmente discreto, quedó al descubierto como un asesino de prisioneros. Los alemanes rompieron los velos de mistificación, secreto y disimulo que habían ocultado los crímenes soviéticos (mucho mayores) de 1937-1938 y 1930-1933. Los alemanes, junto con sus aliados, eran la única potencia que había penetrado en el territorio de la Unión Soviética de esa manera y, por tanto, los únicos en situación de presentar pruebas directas de los asesinatos estalinistas. Como fueron los alemanes quienes descubrieron estos crímenes, los asesinatos en las prisiones fueron política antes de ser historia. Es casi imposible separar la verdad de la manipulación política contenida en un hecho

cuando se ha empleado como propaganda.

Debido al rastro visible de la violencia soviética, las fuerzas del orden alemanas pudieron presentarse como si estuvieran reparando los crímenes soviéticos, aun cuando en realidad estaban ocupados en sus propios crímenes. A la luz de su adoctrinamiento, lo que los alemanes encontraron en las tierras doblemente ocupadas cobraba un cierto sentido para ellos. Parecía una confirmación de lo que estaban dispuestos a ver y para lo que habían sido entrenados: la criminalidad soviética desplegada por los judíos en beneficio propio. Las atrocidades soviéticas ayudarían a los hombres de las SS, a los policías y a los soldados a justificar ante sí mismos las políticas a las que muy pronto se vieron abocados: el asesinato de mujeres y niños judíos. Aunque las masacres de prisioneros eran importantes para los habitantes locales que habían sufrido la criminalidad soviética, para los líderes nazis fueron más un catalizador que una razón.

En julio de 1941, Himmler estaba impaciente por mostrar Hitler que se había orientado hacia el lado oscuro del nacionalsocialismo y que estaba listo para seguir políticas de crueldad absoluta. Sus SS y su policía competían por el poder en las nuevas colonias del Este con las autoridades de ocupación militares y civiles. Himmler estaba además enzarzado en una competencia personal por el favor de Hitler con Göring, cuyos planes de expansión económica perdieron credibilidad al prolongarse la guerra. Himmler demostraría que fusilar era más fácil que instaurar el hambre, deportar y esclavizar. Como Comisario del Reich para el Fortalecimiento de la Raza Alemana, la autoridad de Himmler en calidad de jefe de los asuntos raciales se extendía sólo a la Polonia conquistada, no a toda la Unión Soviética en poder de los nazis. Pero cuando las fuerzas alemanas entraron en la Unión Soviética de la preguerra, Himmler se comportó como si tuviera esa autoridad, usando su poder como jefe de la policía y de las SS para emprender una política de transformación racial basada en la violencia asesina. [23]

En julio de 1941, Himmler viajó por el oeste de la Unión Soviética para transmitir la nueva directriz: además de a los hombres había que matar a las mujeres y niños judíos. Las fuerzas sobre el terreno reaccionaron de inmediato. El Einsatzgruppe C, que había seguido al Grupo de Ejércitos Norte en Ucrania, fue más lento en emprender las matanzas de judíos que el Einsatzgruppe A (países bálticos) y el Einsatzgruppe B (Vilna y Bielorrusia). Pero, instigado por Himmler, el Einsatzgruppe C mató a unos sesenta mil judíos en agosto y septiembre. Fueron fusilamientos organizados y no pogromos. De hecho, el Einsatzkommando 5 del Einsatzgruppe C se quejó el 21 de julio de que un pogromo conjunto de los ucranianos locales y los soldados alemanes les había impedido fusilar a los judíos de Uman. En los dos días siguientes, sin embargo, el Einsatzkommando 5 ejecutó a mil cuatrocientos judíos de Uman (salvaron a unas cuantas mujeres judías a las que emplearon para coger lápidas del cementerio judío y usarlas para construir una carretera). Parece que el Einsatzkommando 6 del Einsatzgruppe C no había asesinado a mujeres y niños judíos hasta que Himmler realizó una inspección personal. [24]

El asesinato de mujeres y niños era una barrera psicológica que Himmler se aseguró de romper. Como los Einsatzgruppen mataban generalmente sólo a los varones judíos, Himmler mandó unidades de su Waffen-SS, las tropas de combate de las SS, para asesinar a comunidades enteras, incluyendo a las mujeres y a los niños. El 17 de julio de 1941, Hider dio instrucciones a Himmler de «pacificar» los territorios ocupados. Dos días después, Himmler envió la brigada de caballería de las SS a la pantanosa región de Polesia, entre Ucrania y Bielorrusia, con la orden expresa de disparar a los hombres judíos y conducir a las mujeres a los pantanos. Himmler impartió sus instrucciones con un lenguaje de guerra de guerrillas. Pero el 1 de agosto el comandante de la Brigada de Caballería aclaró que «ni un solo hombre judío debe quedar con vida, ni una familia en ningún pueblo». Las Waffen SS entendieron enseguida las intenciones de Himmler y ayudaron a difundir su mensaje. Hacia el 13 de agosto, 13 788 hombres, mujeres y niños judíos habían sido asesinados. Himmler también envió a la Primera Brigada de Infantería de las SS para que ayudara a los Einsatzgruppen y a las fuerzas policiales en Ucrania. Durante el curso de 1941, las formaciones de la Waffen-SS asesinaron a más de cincuenta mil judíos al este de la línea Mólotov-Ribbentrop. [25]

Himmler se aseguró de que los Einsatzgruppen tuvieran los suficientes refuerzos

para matar a todos los judíos que encontraran. Desde agosto de 1941 en adelante, la mayor parte de los ejecutores para las masacres salieron de doce batallones de la Policía del Orden. Se suponía que la Policía del Orden tenía que desplegarse por toda la Unión Soviética; no obstante, dado que la campaña militar había sido más lenta de lo previsto, en las zonas ocupadas de retaguardia había un número mayor de unidades disponibles. En agosto, el personal disponible para efectuar asesinatos en masa al este de la línea Mólotov-Ribbentrop había alcanzado la cifra de veinte mil. Por aquella época, parece ser que Himmler había autorizado la práctica, ya generalizada, de reclutar policías locales para ayudar en los fusilamientos. Casi desde el principio, lituanos, letones y estonios participaron en las matanzas. A finales de 1941, decenas de miles de ucranianos, bielorrusos, rusos y tártaros habían sido también reclutados para las fuerzas de policía locales. Los individuos de etnia alemana eran los más deseados, y tuvieron un papel destacado en las matanzas de judíos. Con la Policía del Orden y los reclutas locales había suficiente personal para el exterminio de los judíos de la Unión Soviética ocupada.[26]

Himmler tomó la iniciativa, dirigió los asesinatos y organizó la burocracia represiva. Gozaba de la confianza de Hitler y podía dirigir las instituciones policiales a su gusto. Extendió a la Unión Soviética ocupada la figura de SS-Obergruppenführer y Jefe de Policía. En la misma Alemania, los SS-Obergruppenführer y Jefes de Policía habían resultado ser poco más que un nuevo estrato de la administración; en el Este, se convirtieron en lo que Himmler siempre había querido que fueran: sus representantes personales, el eslabón crucial de la jerarquía del poder policial coercitivo. Asignó un SS-Obergruppenführer y Jefe de Policía a cada Grupo de Ejércitos: Norte, Centro y Sur, mientras un cuarto estaba listo para desplazarse hacia el Cáucaso. Estos hombres estaban teóricamente subordinados a las autoridades de ocupación civil (Comisionado del Reich para el Ostland en el norte, Comisionado del Reich para Ucrania en el sur) establecidas en septiembre de 1941. En realidad, estos Obergruppenführer respondían ante Himmler, y sabían que matar judíos era complacer sus deseos. En Bletchley Park, donde los británicos decodificaban las comunicaciones alemanas, quedó claro que los Obergruppenführer competían «entre sí para lograr las mejores "puntuaciones"».[27]

A finales de agosto de 1941, la coordinación de las fuerzas alemanas se puso de manifiesto en los fusilamientos en masa de judíos en la ciudad del sudoeste ucraniano de Kámenets-Podólski. En esta localidad, los refugiados judíos se habían convertido en un problema.

A Hungría, aliada de Alemania, se le había permitido anexionarse la Rutenia subcarpática, el lejano distrito oriental de Checoslovaquia. En lugar de conceder a los judíos naturales de esa región la ciudadanía húngara, Hungría los consideró «apátridas» y los expulsó hacia el este, a la Ucrania ocupada por los alemanes. El flujo de judíos hacia territorio controlado por los alemanes ponía en peligro los limitados recursos alimentarios. Friedrich Jeckeln, el SS-Obergruppenführer para la zona, tomó la iniciativa, probablemente para poder informar de un éxito a Himmler en la reunión del 12 de agosto. Viajó en avión hasta allí para prepararlo todo personalmente. Los alemanes llevaron a los refugiados judíos, y a algunos judíos de la zona, a un lugar en las afueras de Kámenets-Podólski. El Batallón 320 de la Policía del Orden y la plana mayor personal de Jeckeln ejecutaron a los judíos ante unas fosas. Asesinaron a unos 23 600 judíos en el transcurso de cuatro días, del 26 al 29 de agosto, Jeckeln informó del número a Himmler por radio. Fue, con mucho, la mayor masacre que los alemanes habían llevado a cabo hasta entonces y estableció un patrón para las que siguieron.[28]

La Wehrmacht ayudó en estas operaciones de fusilamientos en masa, las instigó y algunas veces las ordenó. A finales de agosto de 1941, nueve semanas después del inicio de la guerra, la Wehrmacht estaba seriamente preocupada por los suministros de alimentos y la seguridad de la retaguardia. El asesinato de judíos ahorraría alimentos y, de acuerdo con la lógica nazi, prevendría las revueltas de insurgentes. Después de la masacre de Kámenets-Podólski, la Wehrmacht cooperó sistemáticamente con los Einsatzgruppen y las fuerzas policiales en la destrucción de las comunidades judías. Cuando tomaban una ciudad o un pueblo, la policía, si estaba presente, reunía a algunos hombres

judíos y los ejecutaba. El ejército inspeccionaba a la población superviviente para identificar a los judíos. Después, la Wehrmacht y la policía negociaban a cuántos de los judíos supervivientes iban a matar y a cuántos debían dejar con vida en un gueto, como mano de obra. Tras esta selección, la policía perpetraba una segunda matanza, para la cual el ejército a menudo proporcionaba camiones, municiones y guardias. Si la policía no estaba presente, el ejército hacía el registro y organizaba por su cuenta los trabajos forzados. La policía se encargaba más tarde de los asesinatos. A medida que las directrices centrales estuvieron claras y se establecieron los protocolos de cooperación, el número de víctimas mortales ente los judíos en la Ucrania ocupada casi se dobló desde julio a agosto de 1941 y luego, de nuevo, desde agosto a septiembre.[29]

En Kiev, en septiembre de 1941, una confrontación tardía con los vestigios del poder soviético proporcionó el pretexto para la siguiente escalada: el primer intento de asesinar a todos los judíos nativos de una gran ciudad.

El 19 de septiembre de 1941, el Grupo de Ejércitos Sur de la Wehrmacht tomó Kiev, varias semanas después de lo previsto y con la ayuda del Grupo Centro. El 24 de septiembre explotaron una serie de bombas y minas que destruyeron los edificios del centro de Kiev donde los alemanes habían establecido sus oficinas. Algunos de estos explosivos tenían temporizadores programados desde antes de que las fuerzas soviéticas se retiraran, pero al parecer otros fueron detonados por hombres del NKVD que permanecían en Kiev. Mientras los alemanes recogían sus muertos y heridos de entre los escombros, la ciudad pareció de pronto volverse insegura. Como recordaba un vecino de la localidad, los alemanes dejaron de sonreír. Tenían que gobernar la metrópolis con un exiguo número de personas —y acababan de asesinar a docenas de ellas— a la vez que preparaban una larga marcha hacia el este. La línea ideológica de los alemanes era clara: si el NKVD era el culpable, la culpa tenía que recaer en los judíos. En una reunión celebrada el 26 de diciembre, las autoridades militares acordaron con los representantes de la policía y de las SS que el asesinato en masa de los judíos de Kiev era la represalia apropiada. Aunque muchos de los judíos de Kiev habían huido antes de que los alemanes tomaran la ciudad, decenas de miles se quedaron. Había que ejecutarlos a todos.[30]

La desinformación fue la clave de toda la operación. Un equipo de propaganda de la Wehrmacht imprimió avisos en los periódicos ordenando a los judíos de Kiev que se presentaran, bajo pena de muerte para los que desobedecieran, en una esquina de una calle en el barrio oeste de la ciudad. Usando la que se convertiría en la mentira estándar de estos asesinatos en masa, les decían a los judíos que iban a ser trasladados y que, por ello, debían llevar junto con sus documentos el dinero y los objetos de valor. El 29 de septiembre de 1941, la mayor parte de la comunidad judía que permanecía en la ciudad se presentó en el punto de encuentro. Algunos pensaron que como al día siguiente se celebraba el Yom Kippur, la fiesta judía más importante, no podían salir malparados. Muchos llegaron antes del amanecer con la esperanza de conseguir buenos asientos en un tren de traslado... que no existía. La gente preparó el equipaje para un viaje largo, las ancianas llevaban ristras de cebollas alrededor del cuello como alimento. Una vez reunidas, las más de treinta mil personas anduvieron, según las instrucciones, por la calle Melnyk en dirección al cementerio judío. Testigos de los pisos cercanos mencionaron «una fila sin fin» que «se desbordaba por toda la calle y por las aceras».[31]

Los alemanes habían instalado un control policial cerca de las verjas del cementerio judío, donde verificaban los documentos y les decían a los no judíos que regresaran a casa. A partir de allí, los judíos eran escoltados por alemanes con fusiles automáticos y perros. Seguramente en el puesto de control, si no antes, muchos de los judíos empezaron a preguntarse cuál sería su verdadero destino. Dina Pronicheva, una mujer de treinta años, caminaba delante de su familia y llegó a un punto desde donde podía oír los disparos. De pronto todo estuvo claro para ella, pero decidió no contárselo a sus padres para no preocuparles. En lugar de eso, caminó junto a su madre y a su padre hasta que llegó a las mesas donde los alemanes pedían los objetos de valor y las ropas. Un alemán le había arrebatado ya el anillo de boda a su madre cuando Pronicheva se dio cuenta de que ésta había entendido tan bien como ella lo que estaba sucediendo. Sólo cuando su madre le susurró de pronto: «tú no pareces judía», a Pronicheva se le ocurrió escapar. Una comunicación tan directa es rara en situaciones como esta, en que la mente trabaja para negar lo que está pasando y

el espíritu se inclina a la imitación, la subordinación y la subsiguiente extinción. Pronicheva, cuyo marido era ruso y tenía por tanto apellido ruso, le dijo a un alemán de una mesa cercana que no era judía. El soldado le ordenó esperar a un lado hasta que hubieran terminado el trabajo del día.[32]

De este modo, Dina Pronicheva pudo ver lo que les ocurría a sus padres, a su hermana y a los judíos de Kiev. Una vez entregados los objetos de valor y los documentos, los obligaron a desnudarse. Seguidamente los condujeron, con amenazas y disparos al aire, al borde de un barranco conocido como Babii Yar. A muchos de ellos les pegaban. Pronicheva recordaba que la gente «ya estaba ensangrentada antes de que les dispararan». Tenían que tumbarse boca abajo sobre los cadáveres que yacían debajo de ellos y esperar los disparos que vendrían de arriba y de los lados. A continuación le tocaba al siguiente grupo. Los judíos fueron pasando y muriendo durante treinta y seis horas. Quizá en la agonía y en la muerte todas las personas sean iguales, pero hasta el momento final cada uno de ellos era diferente; cada uno tenía preocupaciones y presentimientos distintos, hasta que todo estuvo claro y un instante después se hizo la oscuridad. Algunas personas murieron pensando en otras en lugar de en sí mismas, como la madre de una hermosa muchacha de quince años, Sara, que rogó que la mataran al mismo tiempo que a su hija. En ello hubo, incluso en el final, el pensamiento y el deseo de proteger: si veía como disparaban a su hija se aseguraba de que no la violarían. Una madre desnuda pasó los que sabía que eran sus últimos cinco segundos de vida amamantando a su bebé. Cuando tiraron al bebé vivo al barranco, saltó detrás de él y de esta forma encontró la muerte. Sólo en la fosa se redujeron las personas a nada o a una parte de un número total, que fue de 33 761. Cuando los cuerpos fueron exhumados y quemados en piras, y los huesos que no ardieron fueron triturados y mezclados con arena, el número fue lo único que quedó de ellos.[33]

Al final de la jornada, los alemanes decidieron matar a Dina Pronicheva. Su condición de judía era dudosa, pero había visto demasiado. En la oscuridad, la condujeron al borde del barranco junto con unas cuantas personas más. No la obligaron a desnudarse. Sobrevivió de la única forma posible en aquella situación: justo cuando empezaron los disparos, se arrojó al barranco y simuló estar muerta. Aguantó el peso del alemán que caminó sobre su cuerpo, permaneció inmóvil «como una muerta» cuando las botas pisaron su pecho y su mano. Consiguió mantener abierto un pequeño hueco para respirar mientras la tierra caía a su alrededor. Oyó a un niño pequeño que llamaba a su madre y pensó en sus propios hijos. Se ordenó a sí misma: «Dina, levántate, huye, corre hacia tus hijos». Quizá las palabras lo cambiaran todo, como lo hicieron cuando su madre, ahora muerta en algún lugar allá abajo, le susurró al oído. Escarbó para salir y se arrastró hacia afuera con sigilo.[34]

Dina Pronicheva se unió al peligroso mundo de los pocos judíos supervivientes de Kiev. La ley exigía que se entregara a los judíos a las autoridades. Los alemanes ofrecían incentivos materiales: dinero y, a veces, las llaves de los pisos de los judíos. La población local, en Kiev como en cualquier otro lugar de la Unión Soviética, estaba, por su puesto, acostumbrada a denunciar a «los enemigos del pueblo». No hacía mucho, en 1937 y 1938, el principal enemigo local, denunciado en esa ocasión al NKVD, habían sido los «espías polacos». Ahora, con la Gestapo instalada en las antiguas oficinas del NKVD, el enemigo eran los judíos. Aquellos que acudían a la policía alemana para denunciarlos pasaban frente a un guardia que llevaba un brazalete con una esvástica y permanecía plantado delante de unos frisos con la hoz y el martillo soviéticos. La oficina para los asuntos judíos era bastante pequeña, ya que la investigación de los «crímenes» judíos era simple: un documento soviético en el que constara la nacionalidad judía, un pene sin prepucio, significaban la muerte. Iza Belozovskaia, una judía de Kiev que permanecía escondida, tenía un hijo pequeño llamado Igor que no comprendía aquello. Le preguntó a su madre: «¿Qué es un judío?». En la práctica, la respuesta la daba un policía alemán al leer un documento de identidad soviético, o los doctores sujetando a chicos como Igor para «un examen médico».[35]

Iza Belozovskaia sentía la muerte por todas partes. «Tenía un fuerte deseo – recordaba– de espolvorear mi cabeza, toda mi persona, con cenizas, para no oír nada, para convertirme en polvo». Pero siguió adelante y vivió. Aquellos que perdieron la esperanza sobrevivieron a veces gracias a la devoción de sus consortes no judíos o de sus familias. La comadrona Sofia Eizenshtayn, por

ejemplo, fue escondida por su marido en una fosa que el hombre excavó en la parte trasera de un patio. La llevó allí disfrazada de mendiga y la visitaba cada día cuando salía a pasear con su perro. Le hablaba fingiendo que le hablaba al perro. Ella le suplicó que la envenenara. En cambio, él continuó llevándole comida y agua. Los judíos a los que la policía atrapaba eran asesinados. Los confinaban en celdas de la prisión de Kiev que habían albergado a las víctimas del Gran Terror tres años antes. Cuando la prisión estaba llena, se llevaban al amanecer a los judíos y a otros prisioneros en un camión cubierto. Los habitantes de Kiev aprendieron a temer a ese camión, como habían temido los cuervos negros del NKVD que salían de esas mismas verjas. Llevaban a los judíos y a otros prisioneros a Babii Yar, donde les obligaban a desvestirse, a arrodillarse al borde del barranco y a esperar el disparo.[36]

Babii Yar consolidó el precedente de Kámenets-Podólski en cuanto a la destrucción de los judíos en las ciudades ucranianas del centro, del este y del sur. Debido a que el Grupo de Ejércitos Sur había tardado en capturar Kiev y dado que las noticias sobre las políticas germanas se propagaron rápidamente, la mayoría de los judíos de estas regiones huyeron al este y sobrevivieron. Casi todos los que se quedan ron perecieron. El 13 de octubre de 1941, alrededor de 12 000 judíos fueron asesinados en Dnepropetróvsk. Los alemanes usaron las administraciones locales establecidas por ellos mismos para facilitar el trabajo de encarcelar a los judíos y, seguidamente, matarlos. En Jarkov, al parecer, el Sonderkommando 4-a del Einsatzgruppe C hizo que las autoridades de la ciudad reunieran a los judíos en un solo barrio. El 15 y el 16 de diciembre llevaron a más de 10 000 judíos de Jarkov a una fábrica de tractores a las afueras de la ciudad. Allí, en enero de 1942, el batallón de la Policía del Orden 314 y el Sonderkommando 4-a los ejecutaron por tandas. Algunos de ellos fueron gaseados en una furgoneta en la que introducían el tubo de escape en el habitáculo interior y, en consecuencia, en los pulmones de los judíos encerrados dentro. También probaron las furgonetas gaseadoras en Kiev, pero fueron descartadas cuando la Policía de Seguridad se quejó de que le disgustaba retirar los cadáveres enredados, cubiertos de sangre y excrementos. En Kiev, la policía alemana prefería dispararles junto a barrancos y fosas.[37]

La progresión de las masacres fue algo diferente en la Bielorrusia soviética ocupada, tras las líneas del Grupo de Ejércitos Norte. En las primeras ocho semanas de la guerra, hasta agosto de 1941, el Einsatzgruppe B a las órdenes de Artur Nebe mató en Vilna y Bielorrusia a más judíos que todos los demás Einsatzgruppen. Pero el siguiente asesinato en masa de judíos en Bielorrusia quedó pospuesto por razones militares. Hitler decidió mandar divisiones del Grupo de Ejércitos Centro para ayudar al ejército Sur en la batalla para la conquista de Kiev de septiembre de 1941. Esta decisión retrasó la marcha del ejército Centro hacia Moscú, que era su misión principal.[38]

Una vez que Kiev fue tomado y la marcha hacia Moscú pudo reanudarse, prosiguieron con las masacres. El 2 de octubre de 1941, el Grupo de Ejércitos Centro empezó una ofensiva secundaria en Moscú, con el nombre en clave de Operación Tifón. Las divisiones de la policía y de seguridad empezaron a eliminar a los judíos de la retaguardia. El ejército Centro avanzó con una fuerza compuesta por un millón novecientos mil hombres distribuidos en setenta y ocho divisiones. A partir de entonces, la política de masacres generales de judíos, incluyendo a mujeres y niños, se extendió a toda Bielorrusia. En el transcurso de septiembre de 1941, el Sonderkommando 4-a y el Einsatzkommando 5 del Einsatzgruppe C se dedicaron a exterminar a todos los judíos de los pueblos y de las pequeñas ciudades; a principios de octubre esta política se aplicó también a las grandes urbes.[39]

En octubre de 1941, Magilov se convirtió en la primera ciudad importante de Bielorrusia donde casi todos los judíos fueron aniquilados. Un policía alemán (austríaco) escribió a su mujer sobre sus sentimientos y experiencias al disparar a los judíos en los primeros días del mes. «La primera vez, mi mano temblaba un poco al disparar, pero uno se acostumbra. Al llegar a la décima víctima ya apuntaba tranquilamente y disparaba con seguridad a la multitud de mujeres, niños y bebés. Pensaba en que tengo dos bebés en casa a los que estas hordas tratarían igual, si no diez veces peor. La muerte que les proporcionamos fue una muerte buena, rápida, comparada con los tormentos infernales que sufrieron miles y miles en las cárceles del GPU. Los bebés volaban trazando parábolas en el aire y los destrozábamos disparándoles al vuelo, antes de que

sus cuerpos cayeran en la fosa o en el agua». El 2 y el 3 de octubre de 1941, los alemanes (con la ayuda de policías auxiliares de Ucrania) ejecutaron a 2273 hombres, mujeres y niños en Magilov. El 19 de octubre les siguieron otros 3726. [40]

En Bielorrusia, la orden directa de matar a las mujeres y a los niños partió de Erich von dem Bach-Zelewski, el SS-Obergruppenführer y Jefe de Policía de la «Rusia Central», el territorio que se encontraba en la retaguardia del ejército Centro. Bach, a quien Hitler consideraba un «hombre que podría avanzar en un mar de sangre», era el representante directo de Himmler y ciertamente actuaba según los deseos de éste. En la Bielorrusia soviética ocupada, la sintonía entre las SS y el ejército en cuanto al destino de los judíos fue especialmente notable. El general Gustav von Bechtolsheim, comandante de la división de infantería responsable de la seguridad en la zona de Minsk, propugnaba con fervor las masacres de judíos como medida preventiva. Si los soviéticos hubieran invadido Europa, razonaba, los judíos hubieran exterminado a los alemanes. Los judíos «no eran humanos en el sentido europeo del término» y, por tanto, debían «ser destruidos». [41]

Himmler aprobó los asesinatos de mujeres y niños en julio de 1941 y, un mes más tarde, el exterminio total de las comunidades judías, como una pequeña muestra del paraíso venidero, el Jardín del Edén que Hitler deseaba. Era una visión postapocalíptica de exaltación tras la guerra, de la vida después de la muerte, el resurgimiento de una raza tras el exterminio de otras. Los miembros de las SS compartían el racismo y los sueños. La Policía del Orden coincidía a veces con esta visión y, por supuesto, se ensuciaba participando en ella. Los oficiales y soldados de la Wehrmacht a menudo tenían el mismo punto de vista que las SS, sustentado en una cierta interpretación de utilidad militar: que la eliminación de los judíos podía ayudar a que una guerra cada vez más difícil concluyera de forma victoriosa, a prevenir la resistencia guerrillera o, al menos, a mejorar los suministros de alimentos. Aquellos militares que no aprobaban las matanzas de judíos pensaban que de todos modos no tenían elección, puesto que Himmler estaba más cerca de Hitler que ellos. A medida que transcurría el tiempo, incluso los oficiales del ejército se convencieron de que los asesinatos de judíos eran necesarios, no porque los alemanes fueran a ganar la guerra pronto, como Himmler y Hitler creían todavía en verano de 1941, sino porque era posible que la perdieran. [42]

El poder soviético nunca se derrumbó. En septiembre de 1941, dos meses después de la invasión, el NKVD era enérgico en sus acciones, dirigidas contra el objetivo más vulnerable: los alemanes de la Unión Soviética. El 28 de agosto, Stalin ordenó deportar a Kazajistán a 438 700 alemanes soviéticos en las siguientes dos semanas, muchos de ellos de la región autónoma del río Volga. Por su velocidad, eficacia y alcance territorial, este único acto de Stalin ridiculizó las confusas y contradictorias deportaciones que los alemanes habían llevado a cabo durante los dos años anteriores. Fue en ese momento de desafío feroz de Stalin, a mediados de septiembre de 1941, cuando Hitler tomó una decisión extrañamente ambigua: enviar al este a los judíos alemanes. En octubre y noviembre empezó su deportación a Minsk, Riga, Kaunas y Łódź. Hasta ese momento, los judíos alemanes habían perdido sus derechos y sus propiedades, pero muy raramente sus vidas. Ahora los enviaban, cierto que sin instrucciones de matarlos, a lugares donde los judíos habían sido asesinados gran número. Quizá Hitler quería venganza. Sin duda no había dejado de advertir que el Volga no se había convertido en el Misisipi de Alemania. En lugar de establecerse en la cuenca del Volga como triunfantes colonos, los alemanes habían sido deportados desde allí como ciudadanos soviéticos represaliados y humillados. [43]

La desesperación y la euforia se hermanaban en la mente de Hitler; por esa razón, los hechos pueden interpretarse de otro modo. Es posible suponer que Hitler empezó a deportar judíos alemanes porque quería creer, o quería que otros creyeran, que la Operación Tifón, la ofensiva secundaria contra Moscú iniciada el 2 de octubre de 1941, conduciría al final de la guerra. En un momento de exaltación, Hitler incluso llegó a proclamar, en un discurso del 3 de octubre: «¡El enemigo está vencido y no volverá a levantarse!». Cuando la guerra hubiera acabado de verdad, la Solución Final podía iniciarse como un programa de

deportaciones, ya dentro del periodo de posguerra.[44]
Aunque la operación Tifón no proporcionó victoria final alguna, los alemanes continuaron de todos modos la deportación de los judíos alemanes al este, lo que provocó una especie de reacción en cadena. La necesidad de hacer espacio en estos guetos impulsó uno de los métodos de asesinatos colectivos (en Riga, Letonia) y probablemente aceleró el desarrollo de otro (en Łódź, Polonia). En Riga, el comandante de la policía era en ese momento Friedrich Jeckeln, SS-Obergruppenführer y Jefe de Policía del Reichskommissariat para Ostland. Jecklen, nativo de Riga, había organizado el primer fusilamiento masivo de judíos en Kámenets-Podólski en agosto, cuando del Reichskommissariat de Ucrania. En su nuevo destino, trasladó a Letonia sus métodos industriales de ejecución. Primero hizo que los prisioneros de guerra soviéticos cavaran una serie de fosas en Letbartskii, en el bosque de Rumbula, cerca de Riga. En un solo día, el 30 de noviembre de 1941, los alemanes y los letones hicieron marchar en columnas a unos catorce mil judíos hasta los lugares de exterminio, les obligaron a tumbarse unos al lado de otros en las fosas y les dispararon desde arriba.[45]

La ciudad de Łódź quedaba en los dominios de Arthur Greiser, que dirigía Wartheland, el mayor distrito del territorio polaco anexionado al Reich. Łódź había sido la segunda ciudad con más población judía de Polonia, y ahora era la primera del Reich. Su gueto ya estaba superpoblado antes de la llegada de los judíos alemanes. Es posible que la necesidad de eliminar a los judíos de Łódź forzara a Greiser; o a las SS y los comandantes de la Policía de Seguridad de Wartheland, a buscar un método de asesinato más eficaz. Wartheland siempre había estado en el centro de la política de «fortalecimiento de la raza alemana». Cientos de miles de polacos fueron deportados a principios de 1939 para ceder el espacio a cientos de miles de alemanes venidos de la Unión Soviética (antes de que la invasión alemana de la URSS hiciera inútil enviar a los alemanes hacia el oeste). Pero la deportación de los judíos, que había sido siempre el elemento central del plan para transformar la zona en un territorio de etnia exclusivamente alemana, había resultado muy difícil de llevar a cabo. Greiser se enfrentaba, a escala de su distrito, con un problema que Hitler había afrontado a escala de su imperio: oficialmente la Solución Final consistía en la deportación, pero no había ningún lugar a donde mandar a los judíos. A principios de diciembre de 1941, una furgoneta de gas estaba aparcada en Chelmno.[46]

La deportación de los alemanes judíos en octubre de 1941 estuvo marcada en primer lugar por la improvisación y, en segundo lugar, por la incertidumbre. Los judíos alemanes enviados a Minsk y a Łódź no fueron asesinados sino ubicados en guetos. Los judíos alemanes enviados a Kaunas fueron, sin embargo, ejecutados a su llegada, como los del primer transporte enviado a Riga. Fueran cuales fueran las intenciones de Hitler, ahora los judíos alemanes eran asesinados. Quizá Hitler decidiera en ese momento matar a todos los judíos de Europa, incluyendo a los judíos alemanes; si fue así, ni siquiera Himmler había comprendido todavía su intención. Fue Jeckeln quien exterminó a los judíos alemanes que llegaron a Riga, aquellos a quienes Himmler no había querido matar. Himmler promovió, también en octubre de 1941, la búsqueda de un nuevo y más efectivo método para masacrar a los judíos. Estableció contacto con su incondicional Odilo Globocnik, SS-Obergruppenführer del distrito de Lublin del Gobierno General, quien inmediatamente se puso a trabajar en un nuevo tipo de instalación para la eliminación de judíos, en un lugar conocido como Bełżec. En noviembre de 1941, el concepto no estaba totalmente claro y la maquinaria no estaba todavía instalada, pero ya eran evidentes algunas líneas generales de la versión definitiva de la Solución Final de Hitler. En la Unión Soviética ocupada, los judíos estaban siendo fusilados a escala industrial. En la ocupada y anexionada Polonia (en Wartheland y en el Gobierno General) se construían instalaciones de cámaras de gas (en Chelmno y en Bełżec). En Alemania estaban enviando a los judíos al este, donde algunos de ellos ya habían sido exterminados.[47]

La Solución Final en forma de asesinato de masas, iniciada al este de la Línea Mólotov-Ribbentrop, se iba extendiendo hacia el oeste.

En noviembre de 1941, el Grupo de Ejércitos Centro presionaba en dirección a Moscú para alcanzar la aplazada, pero no menos gloriosa, victoria total: el fin del sistema soviético, el principio de la transformación apocalíptica de las asoladas tierras soviéticas en un orgulloso territorio fronterizo alemán. En realidad, los soldados alemanes se estaban metiendo en un apocalipsis mucho más convencional. Sus camiones y tanques se demoraban en el lodo del otoño, sus cuerpos perdían energía por falta de ropa apropiada y comida caliente. En cierto momento, los oficiales alemanes llegaron a ver las agujas del Kremlin con los prismáticos, pero ellos no alcanzarían nunca la capital soviética. Sus hombres estaban sin suministros y al límite de sus fuerzas. La resistencia del Ejército Rojo era más firme que nunca; sus tácticas, más inteligentes que nunca.[48]

El 24 de noviembre de 1941, Stalin ordenó que sus reservas estratégicas en el este entraran en batalla contra el ejército Centro de la Wehrmacht. Estaba seguro de que podía asumir ese riesgo. Stalin tenía noticias de un informador muy bien situado en Tokio, y sin duda de otras fuentes, de que no habría un ataque japonés contra la Siberia soviética. Había rehusado creer en un ataque alemán en septiembre de 1941, y se equivocó; ahora se negaba a creer en un ataque japonés en otoño de 1941, y acertó. Se mantuvo firme. El 5 de diciembre, el Ejército Rojo inició la ofensiva en Moscú. Los soldados alemanes probaron el sabor de la derrota. Los caballos cargados con los equipos, exhaustos, no pudieron retroceder con suficiente rapidez: las tropas pasarían el invierno a la intemperie, apiñadas en el frío, carentes de todo.[49]

El servicio de inteligencia de Stalin estaba en lo cierto. Japón se encontraba a punto de comprometerse decisivamente en una guerra en el Pacífico, lo que seguramente excluiría una ofensiva japonesa en Siberia. La orientación hacia el sur del imperialismo japonés se había fijado en 1937. La decisión quedó clara cuando Japón invadió la Indochina francesa en septiembre de 1940. Hitler había disuadido a su aliado japonés de sumarse a la invasión de la Unión Soviética; ahora que esa invasión había fracasado, las fuerzas japonesas se movían en la dirección opuesta.

Mientras el Ejército Rojo marchaba hacia el oeste, el 6 de diciembre de 1941 un contingente de portaaviones japoneses se dirigía a Pearl Harbor, la base de la flota estadounidense en el Pacífico. El 7 de diciembre un general alemán describía en una carta a casa las batallas en los alrededores de Moscú. Él y sus hombres, decía, «luchamos por nuestras vidas, cada día y cada hora, contra un enemigo que es superior en todos los aspectos». Ese mismo día, dos oleadas de aviones japoneses atacaron la flota americana, destruyendo varios barcos de guerra y matando a dos mil militares. Al día siguiente, Estados Unidos declaró la guerra a Japón. Tres días después, el 11 de diciembre, la Alemania nazi declaró la guerra a Estados Unidos. Al presidente Franklin D. Roosevelt le resultó muy fácil declarar la guerra a Alemania.[50]

La posición de Stalin en Extremo Oriente mejoró de forma sustancial. Si los japoneses tenían la intención de luchar contra los Estados Unidos por el control del Pacífico, era prácticamente inconcebible que fueran a enfrentarse a los soviéticos en Siberia. Stalin ya no tenía que temer una guerra en dos frentes. Es más, el ataque japonés había precipitado la entrada de Estados Unidos en la guerra y lo había convertido en aliado de la Unión Soviética. A principios de 1942, los americanos ya se habían enfrentado a los japoneses en el Pacífico. Los buques de suministro americanos llegarían pronto a los puertos soviéticos en el Pacífico, sin intromisiones de los submarinos japoneses, ya que los japoneses eran neutrales en la guerra soviético-alemana. Un Ejército Rojo que recibía suministros americanos por el este era algo muy distinto a un Ejército Rojo amenazado por un ataque japonés en la misma zona. Stalin sólo tenía que explotar la ayuda americana y animar a los estadounidenses a abrir un segundo frente en Europa. Entonces los alemanes quedarían cercados y la victoria soviética estaría asegurada.

Desde 1933, Japón había sido una pieza clave en los juegos de alianzas y enfrentamientos entre Hitler y Stalin. Ambos hombres, cada uno por sus propias razones, deseaban que Japón participara en sus guerras en el sur, contra China por tierra y contra los imperios europeos y los Estados Unidos por mar. Hitler acogió con agrado el bombardeo de Pearl Harbor, creyendo que Estados Unidos tardaría en armarse y que lucharía en el Pacífico y relegaría a Europa. Incluso después del fracaso de las operaciones Barbarroja y Tifón, Hitler prefería que los japoneses combatieran a Estados Unidos en lugar de luchar contra la Unión

Soviética. Al parecer, Hitler pensaba que podría con quistar la URSS a principios de 1942, y luego combatir contra un Esta dos Unidos debilitado por la guerra en el Pacífico. Stalin también que ría que los japoneses se movieran hacia el sur, y realizó una política exterior y militar cuidadosamente elaborada que tuvo precisamente este efecto. Su pensamiento era en esencia el mismo que el de Hitler: los japoneses debían mantenerse al margen porque las tierras de la Unión Soviética le pertenecían a él. Tanto Berlín como Moscú querían mantener a Japón en Extremo Oriente y en el Pacífico, y Tokio les hizo un favor a ambos. El resultado del ataque alemán a la Unión Soviética determinaría cuál de los dos iba a beneficiarse de ese favor.[51]

Si la invasión alemana se hubiera desarrollado según lo previsto, como una victoria relámpago que habría arrasado las ciudades soviéticas más importantes y habría proporcionado a Alemania el trigo de Ucrania y el petróleo del Cáucaso, el ataque japonés a Pearl Harbor hubiera sido una buena noticia para Berlín. En ese escenario, el ataque a Pearl Harbor distraería a los Estados Unidos mientras Alemania con solidaba su posición victoriosa en su nueva colonia. Los alemanes hubieran podido iniciar el Generalplan Ost o alguna variante del mismo con objeto de convertirse en un enorme imperio terrestre, autosuficiente en cuanto a alimentos y petróleo y capaz de defenderse contra un bloqueo naval de Gran Bretaña y de un asalto anfibio de Estados Unidos. Este había sido siempre un escenario de fantasía, pero con algunos visos de realidad hasta el momento en que las tropas alemanas llegaron cerca de Moscú. Pero cuando los alemanes tuvieron que retroceder, en el mismo momento en que los japoneses avanzaban, Pearl Harbor adquirió exactamente el significado opuesto y Alemania se encontró en la peor situación posible: ya no era un gigantesco imperio terrestre que intimidaba a Gran Bretaña y se preparaba para una confrontación con los Estados Unidos, sino un simple país europeo en guerra contra la Unión Soviética, Gran Bretaña y los Estados Unidos, con unos aliados que o bien eran débiles (Italia, Hungría, Rumanía, Eslovaquia) o bien no estaban implicados en el crucial teatro del Este europeo (Japón, Bulgaria). Los japoneses parecían comprender la situación mejor incluso que los alemanes. Querían que Hitler firmara la paz con Stalin por separado, y que después luchara contra los británicos y los americanos por el con trol de Asia y del norte de África. Los japoneses deseaban acabar con el poder naval británico; los alemanes intentaban trabajar dentro de sus fronteras. Esto dejaba a Hitler con una única estrategia mundial, y persistió en ella: la destrucción de la Unión Soviética y la creación de un imperio terrestre a partir de sus ruinas.[52]

En diciembre de 1941, Hitler encontró una curiosa solución a su drástico planteamiento estratégico. Él mismo había dicho a sus generales que «todos los problemas continentales» tenían que estar resueltos a finales de 1941de forma que Alemania pudiera prepararse para un conflicto global con el Reino Unido y Estados Unidos. En lugar de eso, Alemania se encontraba ante la eterna pesadilla estratégica, una guerra en dos frentes y contra tres grandes potencias. Con sus características audacia y agilidad política, Hitler reformuló el planteamiento en términos coherentes con el antisemitismo nazi, ya que no con el plan original para la guerra. ¿Qué había llevado a Alemania a una guerra con el Reino Unido, los Estados Unidos y la Unión Soviética (aparte de los planes utópicos, las valoraciones ineptas, la arrogancia racista y la temeridad estúpida)? Hitler tenía la respuesta: una conspiración judía mundial.[53]

En enero de 1939, Hitler había pronunciado un discurso amenazando a los judíos con la extinción si tenían éxito al fomentar otra guerra mundial. Desde el verano de 1941, la propaganda germana había insistido incesantemente en el tema de un grupo judío cuyos tentáculos alcanzaban a los británicos, a los soviéticos y, más aún, a los estadounidenses. El 12 de diciembre de 1941, una semana después del contraataque soviético en Moscú, cinco días después del ataque japonés a Pearl Harbor y un día después de que Estados Unidos respondiera a la declaración alemana de guerra, Hitler retomó este discurso. Se refirió a su idea como a una profecía que tenía que cumplirse: «La guerra mundial ha llegado –les dijo a unos cincuenta camaradas de confianza el 12 de diciembre de 1941–. La aniquilación de los judíos será su consecuencia necesaria». Desde ese momento,

sus subordinados más importantes entendieron cuál sería su trabajo: matar a todos los judíos en todos los lugares donde fuera posible. Hans Frank, el jefe del Gobierno General, transmitió esta política en Varsovia diez días después: «Caballeros, debo pedirles que se liberen de cualquier sentimiento de piedad. Tenemos que aniquilar a los judíos donde quiera que los encontremos con el fin de mantener la integridad de la estructura del Reich».[54]

Se culpó a los judíos del desastre inminente, un desastre que, por otra parte, nadie mencionaba. Los nazis comprenderían al instante la relación entre el enemigo judío y la perspectiva de su derrota. Todos cuantos compartían el punto de vista de Hitler creían que en la anterior guerra mundial los alemanes no fueron vencidos en el campo de batalla, sino que su derrota se debió a «una puñalada por la espalda», una conspiración de judíos y otros enemigos internos. Ahora, los judíos también serían culpables de la alianza americano-británico-soviética. Este «frente común» del capitalismo y el comunismo, razonaba Hitler, sólo podía haber sido consagrado por las conspiraciones judías en Londres, Moscú y Washington. Los judíos eran los agresores; los alemanes, las víctimas. Para conjurar el desastre, los judíos tenían que ser eliminados. El jefe de propaganda de Hitler, Joseph Goebbels, escribió en su diario sobre este cambio moral: «No estamos aquí para compadecernos de los judíos, sino para compadecernos de nuestra nación alemana».[55]

Como la guerra se había decantado a favor de Stalin, Hitler reformuló sus objetivos. El plan anterior había sido destruir la Unión Soviética y luego eliminar a los judíos. Ahora, dado que la destrucción de la Unión Soviética quedaba pospuesta indefinidamente, el exterminio total de los judíos se convertía en una política de guerra. En lo sucesivo, la amenaza no serían las masas eslavas y sus supuestos señores judíos, sino los judíos como tales. En 1942, la propaganda contra los eslavos disminuyó, al tiempo que muchos de ellos empezaron a trabajar para el Reich. La decisión de Hitler de matar a los judíos (en lugar de explotarlos en trabajos forzados) fue presumiblemente facilitada por su decisión simultánea de explotar la mano de obra de los eslavos en lugar de matarlos. Estas medidas significaron el abandono de la mayor parte de las previsiones iniciales sobre el desarrollo de la guerra, aunque, por supuesto, Hitler nunca lo admitiría. En todo caso, los asesinatos en masa de los judíos al menos parecían consecuentes con la visión inicial de un imperio fronterizo en el este.[56]

En realidad, la decisión de exterminar a los judíos contradecía esta visión, puesto que significaba la aceptación implícita de que los alemanes nunca controlarían los vastos territorios que hubieran necesitado para una Solución Final consistente en la deportación. En términos logísticos, el asesinato en masa era más sencillo que las deportaciones masivas. Llegados a este punto, el exterminio era la única opción de Hitler si deseaba que se cumpliera su propia profecía. El suyo era un imperio terrestre y no marítimo, pero no poseía territorios excedentes en los que los judíos pudieran desaparecer. El único avance en la Solución Final lo había obtenido Himmler al demostrar su método, que no requería deportación: el exterminio. Las matanzas no eran tanto una señal de éxito como un sustitutivo del mismo. Desde finales de Julio de 1941, los judíos estaban siendo asesinados porque la prevista victoria relámpago no llegaba a materializarse. Desde diciembre de 1941, los judíos tenían que ser eliminados porque la alianza contra Alemania se hacía más fuerte. Hitler buscó y encontró emociones todavía más profundas y expresó objetivos más sanguinarios. Y los líderes alemanes, conscientes de sus implicaciones, los aceptaron.[57]

Al definir el conflicto como una «guerra mundial», Hitler desvió la atención de la falta de una victoria relámpago y de las ingratas lecciones de la historia que siguieron a su fracaso militar. En diciembre de 1941, los soldados alemanes se vieron cara a cara con el destino de Napoleón, cuya «Grande Armée» había alcanzado las afueras de Moscú más rápido de lo que lo hizo la Wehrmacht en 1941. Al final, Bonaparte tuvo que batirse en retirada vencido por el invierno y por los refuerzos rusos. Los soldados alemanes habían mantenido sus posiciones, e inevitablemente tendrían que enfrentarse a una repetición del tipo de batallas que se habían librado en 1914-1918: largos días encogidos dentro de trincheras para zafarse de la artillería y de las ametralladoras, largos años de desplazamientos lentos y erráticos y de incontables muertes. Era el tipo de guerra que, se suponía, había quedado obsoleta desde que los regía el genio militar de Hitler. La plana mayor alemana había previsto medio millón de bajas y

la victoria en septiembre; en diciembre, la victoria se alejaba y las pérdidas se acercaban al millón.[58]

El fracaso de las ofensivas, las fechas límite sobrepasadas y las deprimentes perspectivas serían menos vergonzosas si la Wehrmacht no combatía en una guerra colonial ofensiva mal planeada, sino en una gloriosa y trágica guerra mundial en defensa de la civilización. Si los soldados alemanes luchaban contra las potencias del mundo entero dirigidas por las conspiraciones judías de Moscú, Londres y Washington, entonces su causa era grande y justa. Si tenían que combatir en una guerra defensiva, como de hecho estaba ocurriendo en la práctica, entonces otros debían asumir el rol de agresores. Los judíos recibieron ese papel en la fábula, al menos para los seguidores de los nazis y para muchos civiles alemanes que esperaban el regreso de sus padres, maridos e hijos. Los soldados alemanes, creyeran o no que los judíos eran responsables de la guerra, probablemente no necesitaran una revisión ideológica tanto como los políticos y los civiles. Estaban desesperados, pero eran todavía letales; lucharían bien y seguirían luchando, al menos para que Hitler pudiera cumplir su profecía. La Wehrmacht era y seguiría siendo la fuerza de combate más efectiva de Europa, aun cuando sus oportunidades de conseguir una victoria ya eran casi nulas.

Por la gracia del pensamiento racista, el asesinato de los judíos era un triunfo en sí mismo para los alemanes en un momento en que cualquier otra victoria quedaba lejos de sus posibilidades. Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética eran enemigos de Alemania, los judíos eran enemigos de Alemania; por tanto, siguiendo este silogismo falaz, las tres potencias estaban bajo la influencia de los judíos. Si eran Estados judíos, entonces los judíos de Europa eran sus agentes. Matar a los judíos de Europa era, por tanto, atacar a los enemigos de Alemania, directa e indirectamente, y en ese caso el exterminio estaba justificado no sólo moralmente sino por lógica militar. Himmler anotó en diciembre de 1941 el deseo de Hitler de que los judíos de Europa fueran destruidos «como traidores», como agentes de los enemigos alemanes en la retaguardia. Para entonces, la lógica de matar judíos en «represalia» por los ataques partisanos ya era una realidad: en los pantanos de Polesia, entre Bielorrusia y Ucrania, donde Himmler la había utilizado como justificación para matar a los hombres, mujeres y niños judíos a principios de julio de 1941; en Kiev, donde los alemanes habían asesinado a más de treinta mil judíos en represalia por las bombas soviéticas en la ciudad, y aún más en Serbia, donde los grupos armados alemanes habían encontrado una fuerte resistencia poco antes de invadir la Unión Soviética.[59]

El ejemplo de Serbia quizá sea especialmente pertinente. La guerra alemana en el sureste de Europa había empezado un poco antes que la guerra en la Unión Soviética y había brindado ciertamente lecciones aplicables. Alemania había invadido Yugoslavia y Grecia en la primavera de 1941, justo antes del inicio de la Operación Barbarroja, principalmente para rescatar a su chapucero aliado italiano de una derrota segura en sus guerras balcánicas. Aunque Alemania había destruido rápidamente al ejército yugoslavo y creado un Estado títere en Croacia, la resistencia en la zona ocupada serbia que compartía con Italia fue considerable, en gran parte alentada por los comunistas. El comandante general alemán en Serbia ordenó que sólo los judíos y los gitanos fueran asesinados como represalia por las muertes de alemanes caídos en acciones contra la resistencia: en una proporción de cien por uno. De esta manera, casi todos los judíos varones de Serbia habían sido ejecutados después de que Himmler escribiera su nota sobre la destrucción de los judíos «como traidores». La lógica aplicada en Serbia devino universal. Los judíos serían asesinados por su condición de tales, en represalia por la alianza USA-GB-URSS. No se podía esperar que ni los judíos ni los aliados lo entendieran: sólo tenía sentido dentro de la visión del mundo alemana, que Hitler había adaptado para un uso futuro.[60]

La quinta y última versión de la Solución Final fue el asesinato en masa. En el discurso nazi, la palabra deportación evolucionó desde la literalidad al eufemismo. Durante años, los líderes alemanes habían imaginado que podrían «resolver» el «problema judío» europeo trasladando a los judíos de un sitio a otro. Los judíos trabajarían hasta la muerte allí adonde fueran a parar y quizá los esterilizarían para que no pudieran reproducirse, pero no serían asesinados. De esta manera, el término deportación aplicado a la política para los judíos en 1940 y 1941 era incompleto, pero no inexacto del todo. En lo sucesivo,

deportación o asentamiento en el este significarían «asesinato en masa». Quizá el eufemismo deportación al sugerir una continuidad en las políticas, ayudó a los nazis a soslayar el hecho de que la política alemana no sólo había cambiado, sino que lo había hecho porque la guerra no se desarrollaba según lo esperado. Su empleo tal vez ayudaba a los alemanes a protegerse ante la realidad de que era el desastre militar lo que condicionaba su política judía.[61]

Los alemanes ya habían demostrado en diciembre de 1941 que podían hacer cosas peores que deportar judíos a Polonia, Madagascar o la Unión Soviética. Podían matar a los judíos que estaban bajo su autoridad y culpar a las víctimas de su destino. La realidad de la deportación, de la cual los alemanes se distanciaban ahora, puede iluminarse simplemente con una cita de las prácticas alemanas: «Lugar de deportación: en el lugar de deportación se sitúan ocho trincheras. Un pelotón de diez oficiales y soldados trabaja en cada trinchera y es relevado cada dos horas».[62]

Por la época en la que Hitler comunicó sus preferencias, en diciembre de 1941, las SS de Himmler y las fuerzas de la policía (ayudadas por la Wehrmacht y la policía local) ya habían asesinado a un millón de judíos en la Unión Soviética ocupada. La visión retrospectiva transmite una sensación de inevitabilidad y, por ello, la política alemana de matar a todos los judíos europeos puede parecer el cumplimiento de un objetivo que estaba, en cierto sentido, prefijado. Si bien es cierto que Hitler daba por sentado que los judíos no tendrían cabida en su Europa futura, y que la escalada de asesinatos de Himmler podía corresponder a los deseos de Hitler, la decisión de éste de disponer el asesinato en masa de todos los judíos debe verse sólo como eso: una decisión. Después de todo, había otras respuestas posibles ante los mismos acontecimientos.[63]

Rumanía, aliado de Alemania, demostró la posibilidad de tales cambios de estrategia. Bucarest también había trabajado por la depuración nacional. En diciembre de 1941, los judíos rumanos habían sufrido más que los judíos alemanes. Rumanía se había unido a la invasión de la Unión Soviética (como Alemania, siguiendo la propaganda que asociaba a los comunistas con los judíos). Al invadir la Unión Soviética junto a los germanos, Rumanía recuperó los territorios de Besarabia y Bucovina que la Unión Soviética se había anexionado en 1940. Añadió además a sus territorios una nueva región llamada «Transnistria», arrebatada a la parte sur de la Ucrania soviética. En esta zona, en 1941, las políticas rumanas con los judíos fueron igual de brutales que sus equivalentes alemanas. Después de tomar Odesa, las tropas rumanas mataron a unos veinte mil judíos locales en «represalia» por una explosión que destruyó sus cuarteles generales en la ciudad. En el distrito de Bohdanivka los rumanos ejecutaron en pocos días, a finales de diciembre de 1941, a más de cuarenta mil judíos. Los rumanos también crearon su propia colección de guetos y campos de trabajo en Transnistria, donde perecieron decenas de miles de judíos de Besaravia y Bukovina. En total, Rumanía mató a unos trescientos mil judíos.[64]

Aun así, cuando el curso de la guerra cambió los líderes rumanos reaccionaron de forma diferente a Hitler. Sus políticas respecto a los judíos siguieron siendo brutales, pero se fueron suavizando en lugar de endurecerse. A partir del verano de 1942, Rumanía no deportó más judíos a Transnistria. Cuando los alemanes construyeron sus centros de exterminio, Rumanía rehusó enviar allí a sus judíos. A finales de 1942, la política rumana había cambiado sustancialmente con respecto a la alemana. Rumanía intentó cambiar de bando hacia finales de la guerra, y en ese momento la supervivencia de los judíos que aún quedaban se convirtió en una ventaja. 1942 fue, de este modo, un momento de inflexión crucial, en el que las políticas de Alemania y Rumanía tomaron direcciones opuestas. Alemania masacraría a todos los judíos porque la guerra estaba perdida; Rumanía, al final de ese año, salvaría a algunos judíos por la misma razón. El dictador Rumano Ion Antonescu dejó la puerta entreabierta para las negociaciones con los americanos y los británicos; Hitler no dejó a los alemanes ninguna posibilidad de escapar de sus propias culpas.[65]

Durante 1942, los alemanes asesinaron a la mayoría de los judíos supervivientes que estaban bajo su ocupación. Al oeste de la línea Mólotov-Ribbentrop, los asesinatos en masa se llevaban a cabo en cámaras de gas. Al este de la línea, los alemanes continuaron con los fusilamientos en masa y también usaron las furgonetas gaseadoras que habían probado con los prisioneros de guerra soviéticos. En la Ucrania soviética ocupada por los nazis, las masacres empezaron de nuevo tan pronto la tierra se descongeló lo suficiente como para cavar fosas, e incluso antes allí donde había excavadoras. En la parte este de la Ucrania soviética, todavía bajo la ocupación militar, los fusilamientos sencilla mente continuaron sin pausa desde finales de 1941 hasta principios de 1942. En enero, los Einsatzgruppen, asistidos por la Wehrmacht, masacraron a las pequeñas comunidades judías que habían sobrevivido a la primera andanada, así como a grupos de trabajadores judíos. En la primavera de 1942, la acción se desplazó del este al oeste, de la zona militar a la autoridad civil de ocupación, el Reichskommissariat de Ucrania. Allí todas las acciones fueron llevadas a cabo por las fuerzas policiales permanentes, batallones de la Policía del Orden alemana con la asistencia de milicianos locales. Gracias a la ayuda de decenas de miles de colaboradores locales, los alemanes dispusieron de la mano de obra necesaria.[66]

Las tierras que los alemanes conquistaron primero fueran las últimas en las que el asesinato se convirtió en exterminio. Aunque los alemanes habían invadido todas las antiguas tierras de la Polonia ocupada en los primeros diez días de la guerra, en junio de 1941, muchos de los judíos nativos del sudeste de Polonia – ahora el oeste del Reichskommissariat de Ucrania– habían sobrevivido hasta 1942. Las fuerzas alemanas ya habían atravesado esta zona en la fecha en que Himmler empezó a ordenar la destrucción de comunidades judías enteras. Por la época en que la política nazi cambió, la mayor parte de las fuerzas alemanas ya habían partido. En 1942, los germanos emprendieron una segunda ronda de fusilamientos en masa en los distritos al oeste del Reichskommissariat de Ucrania, esta vez organizados por las autoridades civiles y realizados por la policía con la inestimable ayuda de la policía local.[67]

Estos distritos ucranianos –en los territorios que habían sido el este de Polonia– eran representativos de los muchos pueblos y ciudades pequeñas, cuya población era judía en un cincuenta por ciento, a veces un poco menos, a veces un poco más. Los judíos solían vivir en el centro, preferentemente en casas de piedra alrededor de las plazas de los pueblos, y no en las casuchas de madera de las afueras. Habían vivido allí durante más de quinientos años, bajo diversos gobiernos y con ni veles de prosperidad variables, pero con un éxito que se reflejaba en la arquitectura y la demografía. En la Polonia de entreguerras la mayoría de esta población judía continuó siendo muy religiosa y bastante ajena al mundo exterior. Seguía hablando el yiddish y, para fines religiosos, el hebreo, y las tasas de matrimonios mixtos con cristianos eran bajas. El este de Polonia continuó siendo la cuna de la cultura Asquenazí, que hablaba yiddish y estaba dominada por clanes rivales de carismáticos hasidim. Esta tradición judía había sobrevivido a la mancomunidad polaco-lituana donde se había originado, al Imperio Ruso y a la república polaca de entreguerras.[68]

Tras el Pacto Mólotov-Ribbentrop y la invasión conjunta de Polonia, el poder y la ciudadanía soviéticos se extendieron a estos judíos entre 1939 y 1941 y, por tanto, normalmente se les cuenta entre las víctimas judías soviéticas de los nazis. Estos judíos vivieron por un tiempo dentro de la URSS, después de que sus fronteras se ampliaran hacia el oeste para incluir lo que había sido el este de Polonia, y estaban sujetos a las políticas soviéticas. Como los polacos, los ucranianos y los bielorrusos de estas tierras, fueron sometidos a arrestos, deportaciones y ejecuciones. Los judíos habían perdido sus negocios y sus escuelas religiosas. Pero este breve periodo de dominio soviético difícil mente podía bastar para convertir a los judíos en soviéticos. Con la excepción de los niños más pequeños, los habitantes de Rivna y de asentamientos similares habían sido ciudadanos de Polonia, Lituania, Letonia o Rumanía durante mucho más tiempo que de la Unión Soviética. De los aproximadamente 2,6 millones de judíos asesinados en los territorios de la Unión Soviética, 1,6 millones habían muerto bajo gobierno soviético, en menos de dos años. Su civilización se había visto gravemente debilitada por el dominio soviético de 1939-1941; no sobreviviría al Reich alemán.[69]

Rivna ya había visto un asesinato en masa en 1941, algo inusual en estas ciudades. Aunque Kiev era el centro del estado policial alemán en Ucrania, Rivna fue en 1941 la capital provisional del Reichskommissariat de Ucrania. El Reichskommissar, Erich Koch, era famoso por su brutalidad. Los consejeros de Hitler le llamaban el «el segundo Stalin», y lo decían como un cumplido. Koch ya había ordenado, en otoño de 1941, que asesinaran a la mayoría de los judíos de Rivna. El 6 de noviembre de 1941, la policía ordenó a todos los judíos sin permiso de trabajo que se presentaran con el fin de reubicarlos. Unas diecisiete mil personas fueron trasladadas a los bosques cercanos, conocidos como Sosenky. Allí les dispararon delante de fosas previamente cavadas por prisioneros de guerra soviéticos. A los aproximadamente diez mil judíos que sobrevivieron, los obligaron a vivir en un gueto en la peor zona de la ciudad.[70]

A principios de 1942, aun después de que la mayoría de los judíos hubiera muerto, el Judenrat de Rivna intentaba conservar algunos medios de subsistencia para los supervivientes. Las autoridades alemanas, sin embargo, habían decidido que los judíos dejarían de existir. En verano de 1942, Koch, con la escasez de comida en mente, dio un paso más cuando pidió a sus subordinados una «solución definitiva» del problema judío. En la noche del 13 de julio de 1942 los judíos de Rivna fueron agrupados en el gueto por la policía alemana y sus auxiliares ucranianos. Les obligaron a caminar hasta la estación de tren, donde los encerraron en vagones. Después de dos días sin comida ni agua, los trasladaron a una cantera cerca de los bosques, a las afueras de la ciudad de Kostopil. Allí, la Policía de Seguridad alemana y la policía auxiliar los ejecutaron.[71]

En Lutsk, los judíos constituían aproximadamente la mitad de la población, quizá diez mil personas. En diciembre de 1941, fueron obligados a vivir en un gueto, donde los alemanes designaron un Judenrat. Generalmente, el Judenrat servía para extraer las riquezas de la comunidad a cambio de la suspensión de las ejecuciones, lo que a veces ocurría y a veces no. Los alemanes solían establecer además una fuerza policial judía, que utilizaban para crear los guetos y, más tarde, para eliminarlos. El 20 de agosto de 1942, en Lutsk, la policía local judía salió a buscar a los que se escondían. El mismo día mandaron a los hombres judíos a cavar fosas en los bosques cerca de Hirka Polonka, a siete kilómetros de Lutsk. Los alemanes que les vigilaban no hicieron ningún esfuerzo por disimular lo que iba a ocurrir. Les pidieron a los hombres que cavaran bien, como si sus mujeres y sus madres fueran a descansar en las fosas al día siguiente. El 21 de agosto llevaron a las mujeres y a los niños de Lutsk a Hirka Polonka. Los alemanes comieron, bebieron y rieron, y obligaron a las mujeres a recitar: «No tengo derecho a vivir porque soy una judía». Seguidamente, obligaron a las mujeres a desvestirse y a arrodillarse desnudas sobre las fosas de cinco en cinco. El siguiente grupo tenía que tumbarse desnudo sobre la primera capa de cadáveres y, después, les disparaban. El mismo día condujeron a los hombres judíos al patio del castillo de Lutsk y los asesinaron allí.[72]

También en Kovel los judíos constituían la mitad de la población local, unas catorce mil personas. En mayo de 1942, dividieron a los judíos de la ciudad en dos grupos, trabajadores y no trabajadores, y los ubicaron en dos guetos separados, el primero en la ciudad nueva y el segundo en la ciudad vieja. Un judío del lugar, que conocía la terminología nazi, sabía que los alemanes consideraban al segundo gueto el de las «bocas inútiles». El 2 de junio la policía alemana y la policía auxiliar local cercaron el gueto de la ciudad vieja. Los seis mil judíos que vivían allí fueron conducidos a un claro cerca de Kamín-Kashyrskyi y ejecutados de un disparo. El 19 de agosto, la policía repitió esta acción en el otro gueto y pasó por las armas a ocho mil judíos más.

Entonces empezó la caza de los judíos ocultos, quienes fueron acorralados y encerrados en la mayor sinagoga de la ciudad sin comida ni agua. Seguidamente, les dispararon, pero no antes de que unos cuantos dejaran sus mensajes finales, en yiddish o en polaco, grabados con piedras, cuchillos, plumas o con las uñas en las paredes del templo donde algunos de ellos habían celebrado el Sabbath.

[73]

Una esposa dejó una nota de amor y devoción a su «querido esposo» para que tuviera conocimiento de su destino y del de su «precioso» hijo. Dos chicas escribieron juntas sobre su amor por la vida: «Uno ansía vivir y no le dejan. Venganza. Venganza». Una mujer joven se mostró más resignada: «Estoy extrañamente tranquila, aunque es duro morir a los veinte años». Una madre y un padre pidieron a sus hijos que rezaran el kadish por ellos y que observaran los

días festivos. Una hija dejó una nota de despedida a su madre: «¡Querida mamá! No pudimos escapar. Nos sacaron del gueto para traernos aquí, y ahora tenemos que morir de una muerte horrible. Sentimos mucho que no estés con nosotros, yo no puedo perdonármelo. Te damos las gracias, mamá, por toda tu devoción. Te enviamos muchos, muchos besos».

Capítulo 7

HOLOCAUSTO Y VENGANZA

Bielorrusia fue el centro de la confrontación entre la Alemania nazi y la Unión Soviética. Aquellos de sus habitantes que habían sobrevivido a la invasión de junio de 1941 asistieron a la escalada de violencia entre alemanes y soviéticos. Su patria, que había sido una república soviética y que volvería a serlo, era en aquel momento una zona de ocupación alemana. Sus ciudades eran campos de batalla de ejércitos en avance y retroceso; sus pueblos, centros de asentamiento judíos destruidos por el Holocausto. Sus campos se convirtieron en campos alemanes de prisioneros de guerra, donde los soldados soviéticos morían de inanición por decenas o cientos de miles. En sus bosques, los resistentes soviéticos libraban una feroz guerra de guerrillas contra los policías alemanes y las Waffen SS. El país entero fue el escenario de una competición simbólica entre Hitler y Stalin, desarrollada no sólo por los soldados detrás de las líneas, los resistentes en los bosques y los policías en las zanjas, sino también por los propagandistas en Berlín, Moscú y Minsk, la capital de la república.

Minsk fue un punto central de la furia destructiva nazi. La fuerza aérea alemana bombardeó la ciudad hasta su rendición, el 24 de junio de 1941; la Wehrmacht tuvo que esperar a que los incendios se extinguieran para poder entrar. A finales de julio, los alemanes habían ejecutado a miles de personas instruidas y confinado a los judíos en la zona noroeste de la ciudad. Minsk tendría un gueto, campos de concentración, campos de prisioneros de guerra y centros de exterminio. Al final, los alemanes transformaron Minsk en una especie de teatro macabro donde representaban el sucedáneo de victoria consistente en matar judíos.[1]

En Minsk, en otoño de 1941, mientras Moscú resistía férreamente, los alemanes celebraron un triunfo imaginario. El 7 de noviembre, aniversario de la revolución bolchevique, organizaron algo más efectista que los simples fusilamientos en masa. Por la mañana, reunieron a miles de judíos del gueto a los que habían obligado a vestir sus mejores galas, como si fueran a celebrar la festividad soviética. Hicieron formar a los cautivos en dos columnas, les dieron banderas soviéticas y les ordenaron cantar canciones revolucionarias; debían sonreír a las cámaras que filmaban la escena. Salieron a las afueras de Minsk e hicieron subir a estos 6624 judíos en camiones que los llevaron hasta un antiguo almacén del NKVD en el cercano pueblo de Tuchinka. Los hombres judíos que volvieron esa noche de sus tareas de trabajos forzados se encontraron con que sus familias habían desaparecido. Como uno de ellos recordaba: «De ocho personas —mi mujer, mis tres hijos, mi anciana madre y sus dos hijos— ¡no quedaba ni un alma!»[2]

El terror en sí mismo no era nada nuevo. Pocos años antes, en 1937 y 1938, los soviéticos se llevaban a la gente de Minsk a Tuchinka en los cuervos negros, los furgones del NKVD. Pero incluso en la cima del Gran Terror de Stalin de aquellos años, el NKVD siempre fue discreto y apresaba a las personas de una en una o de dos en dos, en la oscuridad de la noche. Los alemanes, en cambio, llevaron a cabo aquella acción masiva en pleno día, concebida para el consumo del público, llena de significado, apta para sus películas propagandísticas. Se suponía que el desfile organizado probaría la afirmación nazi de que los comunistas eran judíos y de que los judíos eran comunistas. Su eliminación, según la forma de pensar nazi, aparte de proteger la retaguardia del Grupo de Ejércitos Centro significaba una especie de victoria en sí misma. Pero esta huera expresión de triunfo parecía diseñada para disfrazar una derrota más obvia. Se suponía que el 7 de noviembre de 1941 el ejército Centro ya tendría que haber tomado Moscú, y no era así.[3]

Stalin permanecía aún en la capital soviética y organizaba allí sus propias celebraciones de victoria. Nunca había abandonado la ciudad, ni durante la ofensiva inicial de la Operación Barbarroja de junio de 1941, ni durante la segunda ofensiva de octubre de la Operación Tifón. Por motivos de seguridad, habían trasladado lejos del Kremlin el cuerpo embalsamado de Lenin; pero Stalin

se había quedado y gobernaba. Leningrado estaba sitiada, y Minsk y Kiev habían caído, pero Moscú se defendía bajo el mando obstinado de su líder. El 6 de noviembre, Stalin habló de forma desafiante ante los ciudadanos soviéticos. Hizo notar que los alemanes llamaban a su campaña una «guerra de aniquilación» y les prometió lo mismo. Hizo referencia, por primera y única vez, a los asesinatos de judíos a manos de los alemanes. Sin embargo, cuando calificó al régimen nazi como un imperio ansioso por organizar «pogromos» se estaba quedando muy por debajo de la realidad de los asesinatos masivos en curso. Los judíos de Minsk trasladados a Tuchinka el 7 de noviembre (día de celebración soviética) fueron pasados por las armas el 9 de noviembre (la celebración nacionalsocialista). Les siguieron cinco mil más el 20 de noviembre. Los imperios anteriores nunca habían hecho nada semejante a los judíos. En un día cualquiera de la segunda mitad de 1941, los alemanes mataban a más judíos de los que habían sido asesinados en pogromos durante toda la historia del Imperio Ruso.[4]

Los asesinatos de judíos perpetrados por los alemanes nunca llegaron a tener un papel demasiado importante en la visión soviética de la guerra. Desde la perspectiva estalinista, no era el asesinato de judíos lo que importaba, sino sus posibles interpretaciones políticas. La identificación que hacían los alemanes entre judíos y comunistas no sólo era una convicción nazi y una excusa para el asesinato en masa, sino también un arma de propaganda contra la Unión Soviética. Si la Unión Soviética no era más que un imperio judío, entonces seguramente (siguiendo la argumentación nazi), la inmensa mayoría de sus ciudadanos no tendrían ningún motivo para defenderla. En consecuencia, la defensa de la Unión Soviética que Stalin planteó en noviembre de 1941 no sólo era militar sino también ideológica. La Unión Soviética no era un Estado de judíos, como los nazis sostenían; era un estado de soviéticos, entre los que los rusos eran los primeros. El 7 de noviembre, mientras los judíos marchaban por Minsk hacia la muerte, Stalin pasaba revista a un desfile militar en Moscú. Para levantar el ánimo de los ciudadanos soviéticos y para demostrar su tranquilidad a los alemanes, trasladó las divisiones del Ejército Rojo desde sus posiciones defensivas en el oeste de Moscú y las hizo desfilar por los bulevares. En su alocución de ese día llamó a los soviéticos a seguir el ejemplo de sus «grandes ancestros», mencionando a seis héroes militares prerrevolucionarios, todos ellos rusos. En tiempo de desesperación, el líder soviético apelaba al nacionalismo ruso.[5]

Stalin se vinculaba a sí mismo y a su pueblo con el Imperio Ruso anterior, al que sólo un día antes había relacionado con los pogromos de judíos. Al invocar a los héroes de la historia rusa prerrevolucionaria, el secretario general del partido comunista de la Unión Soviética estaba pactando con sus fantasmas. Al emplazar a los rusos en el centro de la historia, estaba reduciendo implícitamente el papel de otros pueblos soviéticos, incluidos los que sufrían más que los rusos por la ocupación alemana. Si aquella era una «gran guerra patriótica», como había dicho el colaborador más cercano de Stalin, Viacheslav Mólotov, el día de la invasión germana, ¿cuál era la patria? ¿Rusia o la Unión Soviética? Si el conflicto era una guerra para la defensa de Rusia, ¿cómo interpretar los asesinatos en masa de judíos cometidos por los alemanes? El antisemitismo público de Hitler había colocado a Stalin, como a todos los líderes de los aliados, ante un profundo dilema. Hitler decía que los aliados estaban luchando por los judíos; los aliados, temiendo que el pueblo le creyera, tuvieron que insistir en que luchaban para liberar a las naciones oprimidas, pero no a los judíos en particular. La respuesta de Stalin a la propaganda nazi determinó la historia de la Unión Soviética durante toda su existencia: todas las víctimas de las políticas asesinas alemanas eran «ciudadanos soviéticos», pero la más grande de todas las naciones soviéticas era Rusia. Uno de los jefes de propaganda de Stalin, Aleksander Shcherbakov, clarificó esta doctrina en enero de 1942: «Los rusos –los primeros entre las familias de pueblos iguales de la URSS– están soportando la carga principal de la lucha contra los ocupantes alemanes». Por la época en que Shcherbakov pronunciaba estas palabras, los alemanes habían matado a un millón de judíos al este de la línea Mólotov-Ribbentrop, incluyendo a unos 190 000 judíos en Bielorrusia.[6]

Cuando el frío polar llegó al gueto de Minsk, que no tenía electricidad ni combustible, los judíos llamaron a su hogar «la ciudad muerta». En el invierno de 1941-1942, Minsk alojaba el mayor gueto de la Unión Soviética de la preguerra, en el que vivían confinados unos setenta mil judíos. Según el censo

soviético de 1939, había unos 71 000 judíos entre los 239 000 residentes en la localidad. Algunos de los judíos nativos de Minsk habían huido antes de que los alemanes tomaran la ciudad a finales de junio de 1941, y algunos miles más habían sido ejecutados en verano y en otoño; por otro lado, la población judía se había incrementado con los refugiados procedentes de Polonia. Estos llegaron huyendo de la invasión germana de Polonia en 1939, pero después de la invasión de las tropas alemanas en 1941 ya no tuvieron adonde escapar: la ruta de huida al este estaba ahora sellada. Una vez desaparecido el poder de la URSS, no podría haber deportaciones soviéticas, que, aun siendo letales, protegían a los judíos polacos de las balas alemanas. Tampoco habría más rescates como el organizado por el espía japonés Sugihara en Lituania en 1940.[7]

Minsk era la capital provincial del General Commissariat de Rutenia Blanca (como los alemanes llamaban a Bielorrusia). El General Commissariat comprendía más o menos una cuarta parte de la Bielorrusia soviética cuya parte este permaneció bajo administración militar, la sur fue añadida al Reichskommissariat de Ucrania, y Bialystok fue anexionada por el Reich. Junto con los tres estados bálticos ocupados, el General Commissariat de Rutenia Blanca constituyó el Reichskommissariat Ostland. Los judíos bielorrusos[^] ya fuera en esa zona de ocupación civil o hacia el este, en la zona de ocupación militar, se hallaban detrás de las líneas de la Operación Tifón. Si la Wehrmacht avanzaba, eran asesinados; si se estancaba, algunos conservaban la vida. Por un tiempo. La incapacidad de los alemanes para conquistar Moscú a finales de 1941 salvó a los judíos que quedaban en Minsk, al menos de momento. Cuando las divisiones del Ejército Rojo reforzadas con tropas del Extremo Oriente defendieron la capital soviética, los alemanes mandaron al frente batallones de la Policía del Orden. Eran los mismos policías que, en otras circunstancias, hubieran recibido el encargo de matar judíos. Al estancarse la ofensiva alemana a finales de noviembre, el ejército se dio cuenta de que las botas y abrigos que habían tomado de los soldados soviéticos muertos o capturados no eran suficientes para el invierno que les esperaba. Los trabajadores judíos de Minsk tendrían que confeccionar más, y por esa razón les permitieron vivir durante el invierno.[8]

Como Moscú resistió, los alemanes tuvieron que abandonar sus planes iniciales para Minsk: no podían someterla al hambre; no podían vaciar sus tierras de campesinos, y algunos de sus judíos tendrían que vivir un tiempo más. Los alemanes reafirmaron su dominio en Minsk haciendo marchar a columnas de prisioneros de guerra por el gueto y por la ciudad. A finales de 1941, cuando era bastante probable que los prisioneros de guerra murieran de hambre, algunos de ellos sobrevivieron escapando al gueto de Minsk. El gueto aún era un lugar más seguro que los campos de prisioneros. En los últimos meses de 1941, murieron más personas en los Dulags y Stalags cercanos que en el gueto de Minsk. El enorme Stalag 352, probablemente el campo más mortífero de todos, era un complejo de depósitos de prisioneros en y alrededor de Minsk. Un campo en la calle Shirokaia, en medio de la ciudad, encerraba tanto a prisioneros de guerra como a judíos. La antigua instalación del NKVD en Tuchinka funcionaba como prisión alemana y lugar de ejecución.[9]

La política alemana en la Minsk ocupada fue de un terror salvaje e impredecible. La carnavalesca marcha de la muerte del 7 de noviembre fue sólo uno más de una serie de episodios asesinos que horrorizaron a los judíos y les hicieron temer por su destino. Las peores humillaciones se infligían a los judíos conocidos y respetados antes de la guerra. Obligaron a un prestigioso científico a arrastrarse por la plaza Yubileinaya, el centro del gueto, con un balón de fútbol en la espalda. Luego le dispararon. Los alemanes tomaban judíos como esclavos personales para limpiar sus casas y lavar su ropa. El médico austriaco Irmfried Eberl, ubicado en Minsk después de una misión en la que gaseó a los discapacitados de Alemania, escribió a su mujer que no necesitaba dinero en aquel «paraíso». Cuando Himmler visitó Minsk, le ofrecieron como entretenimiento un espectáculo consistente en ejecuciones de judíos filmadas por cámaras de cine. Al parecer, más tarde Himmler contempló la película de su asistencia al asesinato en masa.[10]

Las mujeres judías sufrían de formas específicas. A pesar de las regulaciones contra la «corrupción racial», algunos alemanes pronto se aficionaron a la violación como preludio al asesinato. Al menos una vez los alemanes organizaron un «concurso de belleza» de mujeres judías, llevándolas al cementerio,

forzándolas a desnudarse y matándolas después. En el gueto, los soldados alemanes solían obligar a las chicas judías a bailar desnudas por la noche; por la mañana no quedaba más que cadáveres. Perla Aginskaia recordaba lo que vio en un oscuro piso del gueto de Minsk una noche en otoño de 1941: «Una habitación pequeña, una mesa, una cama. La sangre descendía por el cuerpo de la chica, brotaba de unas heridas profundas y oscuras en su pecho. Era evidente que la chica había sido violada y asesinada. Había heridas de bala alrededor de sus genitales».[11]

Violencia no es igual a aplomo, y terror no equivale a dominio. Durante los primeros nueve meses de ocupación, desde el verano de 1941 hasta el principio de la primavera de 1942, el frenesí de asesinatos y violaciones no sometió completamente a Minsk a la dominación alemana.

Minsk era una ciudad peculiar, un lugar cuya estructura social desafiaba la mentalidad nazi y la experiencia alemana en la Polonia ocupada. Aquí, en la metrópolis soviética, la historia de los judíos había tomado un rumbo diferente que en Polonia. Veinte años de oportunidades sociales y coacciones políticas habían hecho su efecto. Los judíos urbanos de la ciudad no estaban organizados en ninguna clase de comunidad tradicional, ya que los soviéticos habían destruido sus instituciones religiosas y comunitarias en los años veinte y treinta. Los judíos de la generación más joven estaban altamente asimilados, hasta el punto de que en los documentos soviéticos de muchos de ellos constaba «bielorruso» o «ruso» como nacionalidad. Aunque esto probablemente significara poco para ellos antes de 1941, podía salvarles la vida bajo la dominación alemana. Algunos judíos de Minsk tenían amigos y colegas bielorrusos o rusos que eran indiferentes a su religión y nacionalidad o simplemente la desconocían. Un ejemplo chocante de esta ignorancia o indiferencia fue Isai Kaziniets, quien organizó la red comunista clandestina en la ciudad de Minsk. Ni sus amigos ni sus enemigos sabían que era judío.[12]

El gobierno soviético había traído una especie de tolerancia y asimilación, a cambio de la subordinación y obediencia a las directrices de Moscú. La Unión Soviética de Stalin no estimulaba la iniciativa política. Cualquiera que respondiera con demasiado entusiasmo ante una situación determinada o incluso ante una línea política, estaba en peligro cuando la situación o la línea cambiaban. El dominio soviético en general y el Gran Terror de 1937-1938 en particular habían enseñado a la gente a evitar las acciones espontáneas. Las personas que destacaron en Minsk en la década de 1930 fueron ejecutadas por el NKVD en Kuropaty. Incluso cuando debería estar claro para Moscú que los ciudadanos soviéticos de Minsk tenían sus propias razones para luchar contra los alemanes, los comunistas locales entendieron que tales razones podrían no bastar para protegerles de una persecución futura cuando los soviéticos volvieran. Kaziniets y todos los comunistas locales dudaron a la hora de crear cualquier tipo de organización, sabiendo que el estalinismo se oponía a toda acción espontánea desde la base. Si hubiera sido por ellos, habrían soportado a Hitler por miedo a Stalin.[13]

Un forastero, el comunista polaco judío Hersh Smolar, impulsó a actuar a los comunistas y judíos de Minsk. Su curiosa combinación de experiencias soviéticas y polacas le había proporcionado las habilidades (y, quizá, la ingenuidad) para salir adelante. Había pasado el principio de los años veinte en la Unión Soviética y hablaba ruso, la lengua principal de Minsk. A su regreso a una Polonia donde el partido comunista era ilegal, creció acostumbrado a operar en la sombra y a trabajar contra las autoridades locales. Arrestado por la policía polaca y encarcelado, se había salvado de los fusilamientos en masa estalinistas que pesaban tanto en Minsk. Estaba entre rejas durante el Gran Terror de 1937-1938, cuando invitaban a los comunistas polacos a la Unión Soviética para asesinarlos a tiros. Liberado de la prisión polaca cuando la Unión Soviética invadió Polonia en septiembre de 1939, Smolar sirvió al nuevo régimen soviético. Escapó de los alemanes, a pie, en junio de 1941 y llegó hasta Minsk. Después de la ocupación alemana de la ciudad, empezó a organizar la clandestinidad en el gueto y persuadió a Kaziniets de que una resistencia general en la ciudad era lícita. Kaziniets quería saber a quién representaba Smolar; Smolar le dijo que realmente no representaba a nadie más que a sí mismo. Parece que esta negación persuadió a Kaziniets de que Smolar, bajo una impenetrable cobertura, trabajaba en realidad autorizado por Moscú. Ambos hombres encontraron un gran número de voluntariosos conspiradores dentro y fuera del gueto; así, a principios de otoño

de 1941 existía, infiltrado a conciencia, un abnegado movimiento de resistencia comunista tanto en el gueto como en la ciudad.[14]

La resistencia socavó las bases de los órganos alemanes de control de la vida de los judíos, el Judenrat y la policía judía. En la Unión Soviética ocupada, como en la Polonia ocupada, la autoridad alemana obligó a los judíos a vivir en guetos, que estaban administrados por un consejo judío local conocido por el término alemán Judenrat. En las ciudades de la Polonia ocupada, el Judenrat estaba a menudo compuesto por judíos de cierta posición en la comunidad antes de la guerra, a menudo las mismas personas que habían dirigido las estructuras comunitarias legales en la Polonia independiente. En Minsk, tal continuidad de los líderes judíos era imposible, ya que los soviéticos habían eliminado la vida comunitaria judía. A los alemanes no les era nada fácil encontrar personas que representaran a las élites judías y que estuvieran acostumbradas a pactar con las autoridades locales. Parece que escogieron al Judenrat inicial de Minsk más o menos al azar, y escogieron mal. El Judenrat al completo cooperaba con la resistencia.[15]

A finales de 1941 y principios de 1942, los judíos que querían escapar del gueto podían contar con la ayuda del Judenrat. Los policías judíos solían apostarse lejos de los lugares donde se planeaban los intentos de fuga. Debido a que el gueto de Minsk sólo estaba cercado con alambrada de espino, la momentánea ausencia de vigilancia policial permitía a la gente huir hacia el bosque, que estaba muy cerca de los límites de la ciudad. A través de la alambrada, entregaban a los niños más pequeños a gentiles que accedían a criarlos o a llevarlos a orfanatos. Los niños más mayores aprendieron las rutas de huida y acudían para servir de guías desde la ciudad hacia el bosque cercano. Sima Fiterson, una de estos guías, llevaba una pelota con la que jugaba para advertir a los que la seguían de que había alguna amenaza. Los niños se adaptaron rápidamente, pero de todos modos corrían un gran peligro. Para celebrar la primera Navidad bajo ocupación alemana, Erich von dem Bach-Zelewski, el SS-Obergruppenführer, envió miles de pares de guantes y de calcetines infantiles a las familias de los SS en Alemania.[16]

A diferencia de los judíos de otros lugares que estaban también bajo la ocupación alemana, los de Minsk tenían un sitio adonde huir. Podían ir al bosque cercano en busca de los resistentes soviéticos. Sabían que los alemanes habían hecho innumerables prisioneros de guerra y que algunos habían escapado a los bosques. Estos hombres se habían quedado en la espesura porque eran conscientes de que los alemanes los matarían a tiros o de hambre. Stalin hizo un llamamiento en julio de 1941 para que los comunistas organizaran guerrillas en la retaguardia, con la esperanza de establecer algún control sobre este movimiento espontáneo antes de que se hiciera más fuerte. La unificación no era posible todavía: los soldados se escondían en los bosques y los comunistas, si no habían huido, hacían todo lo posible para ocultar su pasado a los alemanes.[17]

Los activistas clandestinos de Minsk, sin embargo, intentaron apoyar a sus colegas armados. Al menos en una ocasión, los miembros de la resistencia del gueto liberaron a un oficial del Ejército Rojo del campo de la calle Shirokaia; se convirtió en un importante líder partisano en los bosques cercanos y, a cambio, salvó a un buen número de judíos. Los obreros judíos en las fábricas alemanas robaban ropa de invierno y botas destinadas a los soldados alemanes del Ejército Centro y las distribuían entre los guerrilleros. Los trabajadores de las fábricas de armas, cosa notable, hacían lo mismo; El Judenrat, al que habían exigido recaudar una «contribución» regular de dinero entre la población del gueto, desviaba algunos de estos fondos para los rebeldes. Más tarde, los alemanes llegaron a la conclusión de que el movimiento de resistencia al completo había sido organizado y financiado desde el gueto. Era una exageración fruto de las ideas estereotipadas sobre la riqueza de los judíos, pero la ayuda del gueto de Minsk fue real.[18]

La guerra de guerrillas era una pesadilla para los planes militares alemanes, y los oficiales del ejército habían sido formados para implantar una línea dura. Les habían enseñado a ver a los soldados soviéticos como servidores de los oficiales políticos comunistas, quienes los habían instruido para luchar como guerrilleros al estilo «asiático», contrario a las leyes de la guerra. La guerra

de guerrillas era (y es) ilegal, ya que va en contra de la lucha convencional de ejércitos uniformados que dirigen su violencia unos contra otros en lugar de ejercerla sobre las poblaciones civiles locales. En teoría, los resistentes protegen a los civiles del ocupante hostil; en la práctica, como el ocupante, deben subsistir de lo que requisan a los civiles. Como los resistentes se ocultan entre los civiles, provocan, y a menudo lo hacen a propósito, las represalias de los invasores contra la población local. Las represalias sirven a su vez como propaganda de reclutamiento para los resistentes, o dejan a supervivientes individuales sin ningún lugar adonde ir excepto los bosques. El hecho de que las fuerzas alemanas fueran limitadas y se las necesitara en el frente aumentaba el temor de las autoridades civiles y militares a los disturbios que los guerrilleros pudieran provocar.[19]

Bielorrusia, repleta de bosques y ciénagas, es un territorio ideal para la guerra de guerrillas. El jefe militar del Estado Mayor alemán fantaseó más adelante con la idea de usar armas nucleares para limpiar sus cenagales de población humana. Esta tecnología no estaba disponible, por supuesto, pero tal fantasía nos da una idea tanto de la crueldad de la planificación alemana como de los miedos que suscitaba el difícil terreno. La política del ejército era impedir la guerra de guerrillas implantando «tal terror en la población que ésta perdiera toda voluntad de resistir», Bach, SS-Obergruppenführer y Jefe de Policía, dijo más tarde que la explicación última de las matanzas de civiles en acciones contra la resistencia era el deseo de Himmler de matar a todos los judíos y a treinta millones de eslavos. Parecía una pequeña inversión en terror preventivo para los alemanes, ya que se suponía que aquella gente iba a morir de todos modos (en el Plan de Hambre o en el Generalplan Ost). Hitler, que veía la guerrilla como una oportunidad de destruir a la potencial oposición, reaccionó enérgicamente cuando Stalin exhortó en julio a los comunistas locales a resistir ante los alemanes. Incluso antes de la invasión de la Unión Soviética, Hitler eximió a sus soldados de la responsabilidad legal sobre las acciones perpetradas contra civiles. Quería que los soldados y la policía mataran incluso a los que «nos miren con recelo».[20]

Los alemanes tenían pocos problemas para controlar el movimiento partisano a finales de 1941 y se limitaron a considerar que las matanzas de judíos en curso eran la represalia adecuada. En septiembre de 1942, se impartió cerca de Mahileu un seminario sobre la guerra de guerrillas; su momento culminante fue el fusilamiento de treinta y dos judíos, de los cuales diecinueve eran mujeres. La línea general de pensamiento era que «donde hay partisanos hay judíos, y donde hay judíos hay partisanos». El motivo resultaba más difícil de explicar. Las ideas antisemíticas sobre la debilidad y el disimulo de los judíos aportaron una suerte de explicación: era improbable que los comandantes alemanes creyeran que los judíos podían realmente alzarse en armas, pero a menudo veían la mano de la población judía detrás de las acciones de la resistencia. El general Bechtolsheim, responsable de la seguridad en la zona de Minsk, creía que si «cuando se comete un acto de sabotaje en un pueblo se destruye a todos los judíos de la ciudad, uno puede estar seguro de que ha acabado con los culpables o, al menos, con los que estaban detrás de ellos».[21]

En este ambiente, donde los guerrilleros eran débiles y las represalias alemanas eran antisemíticas, la mayoría de los judíos del gueto no tenían ninguna prisa por escapar al bosque. En Minsk, a pesar de todos sus horrores, por lo menos estaban en casa. Pese a las matanzas regulares, no menos de la mitad de los judíos de Minsk seguían vivos a principios de 1942.

En 1942, el movimiento de resistencia soviético cobró nueva fuerza en el mismo momento en que el destino de los judíos bielorrusos quedó sellado, y en gran medida por la misma razón. En diciembre de 1941, enfrentado a una «guerra mundial», Hitler comunicó su deseo de que todos los judíos de Europa fueran exterminados. El avance del Ejército Rojo era una de las principales razones de que la posición alemana en Bielorrusia se debilitara y, también, de que Hitler expresara explícita mente su deseo de masacrar a todos los judíos. Las fuerzas soviéticas en avance fueron incluso capaces de abrir una brecha en las líneas alemanas a principios de 1942. El «corredor Surazh», como se llamaba al espacio entre los Grupos de Ejércitos Norte y Centro, permaneció abierto durante medio año. Hasta septiembre de 1942, los soviéticos pudieron mandar hombres de confianza y armas para controlar y abastecer a los partisanos que operaban en Bielorrusia. Las autoridades soviéticas establecieron de ese modo canales de

comunicación más o menos fiables. En mayo de 1942, la dirección general del movimiento de resistencia se estableció en Moscú.[22]

La decisión expresa de Hitler de matar a todos los judíos de Europa elevó a la categoría de abstracción la identificación alemana de los judíos con los resistentes: los judíos eran partidarios de los enemigos de los alemanes y por tanto tenían que ser eliminados de forma preventiva. Himmler y Hitler asociaban la amenaza judía con la amenaza guerrillera. La lógica de esta conexión entre judíos y resistentes era vaga y problemática, pero su significado en cuanto a los judíos de Bielorrusia, el centro de la guerra de guerrillas, estaba absolutamente claro. En la zona de ocupación militar, la retaguardia del ejército Centro, la matanza de judíos se reanudó en enero de 1942. Un Einsatzkommando pintó estrellas de David en sus camiones para publicitar su misión de encontrar judíos y asesinarlos. Los líderes del Einsatzgruppe B decidieron matar a todos los judíos de su zona de influencia el 20 de abril de 1942, día del cumpleaños de Hitler.[23]

Las autoridades de ocupación civil en Minsk también siguieron la nueva directriz. Wilhelm Kube, el comisario general de la Rutenia Blanca, se reunió con sus jefes de policía el 19 de enero de 1942. Todos parecieron aceptar la exposición de Kube: aunque la gran tarea «colonial-política» alemana en el Este exigía el exterminio de todos los judíos, habría que dejar con vida a unos cuantos por un tiempo como trabajadores forzados. Las masacres en Minsk empezarían en marzo, dirigidas contra la población que permanecía en el gueto durante el día mientras las brigadas de trabajo estaban fuera.[24]

El 1 de marzo de 1942, los alemanes ordenaron al Judenrat que proporcionara un cupo de cinco mil judíos al día siguiente. La resistencia del gueto pidió al Judenrat que no comerciara con sangre judía, algo que el Judenrat probablemente no estaba predispuesto a hacer de todas formas. Algunos policías judíos, en lugar de ayudar a los alemanes a conseguir su cuota, alertaron a sus compañeros para que se escondieran. Cuando, el 2 de marzo, el Judenrat no entregó el cupo, los alemanes dispararon a los niños y apuñalaron hasta la muerte a todos los vigilantes del orfanato judío. Incluso asesinaron a algunos obreros que volvían a casa después del trabajo. En total mataron a 3412 personas ese día. Feliks Lipski era uno de los niños judíos que escaparon al derramamiento de sangre. Su padre había sido asesinado en el Gran Terror de Stalin, acusado de ser un espía polaco, y desapareció de la forma en que la gente lo hacía entonces: nunca lo volvieron a ver. Ahora el niño veía personas a las que conocía convertidas en cadáveres dentro de zanjas. Recordaba atisbos de blanco: piel, ropa interior, nieve.[25]

Tras el fracaso de la acción de principios de marzo de 1942, los alemanes quebraron la resistencia de Minsk y aceleraron el asesinato en masa de los judíos. A finales de marzo y principios de abril de 1942, arrestaron y ejecutaron a unos 251 activistas clandestinos, judíos y no judíos, incluyendo al jefe del Judenrat. Kaziniets, el organizador de la resistencia, fue ejecutado en julio. Por la misma época, Reinhard Heydrich visitó Minsk y, al parecer, ordenó la construcción de un campo de exterminio. Las SS se pusieron a trabajar en un nuevo complejo en Maly Trostenets, fuera de Minsk. A principios de mayo de 1942, unas cuarenta mil personas serían asesinadas allí. Las esposas de los oficiales alemanes recordaban Maly Trostenets como un hermoso lugar para montar a caballo y atesorar abrigo de pieles (arrebataados a las mujeres judías antes de que les dispararan).[26]

Unos diez mil judíos de Minsk fueron asesinados en los últimos días de julio de 1942. Junita Vishniatskaia escribió una carta a su padre para despedirse de él: «Te digo adiós antes de morir. Me da miedo la muerte, porque arrojan vivos a los niños pequeños a las zanjas. Adiós para siempre. Besos, besos».[27]

Era cierto que los alemanes a veces evitaban disparar a los niños más pequeños: en lugar de eso los tiraban a las fosas con los cadáveres y dejaban que se asfixiaran bajo tierra. También tenían a su disposición otros medios de asesinato que les permitían eludir ver el final de una vida joven. Las furgonetas gaseadoras recorrían las calles de Minsk, sus conductores buscaban niños judíos perdidos. La gente designaba a las furgonetas gaseadoras con el mismo nombre que habían usado para los camiones del NKVD durante el Gran Terror unos años antes: «destructores de almas».[28]

Los niños y las niñas sabían qué podía pasarles si les atrapaban. Solían apelar a un pequeño rastro de dignidad mientras subían por la rampa hacia su muerte:

«Por favor señores –pedían a los alemanes–, no nos peguen; Podemos subir solos a los camiones».[29]

Durante la primavera de 1942, a los judíos de Minsk el bosque empezó a parecerles menos peligroso que el gueto. El mismo Hersh Smolar tuvo que dejar el gueto para incorporarse a la resistencia. De los aproximadamente diez mil judíos de Minsk que se sumaron a unidades de la resistencia, quizá la mitad sobrevivieron a la guerra. Smolar estaba entre ellos. Por otra parte, los guerrilleros no necesariamente daban la bienvenida a los judíos. Las unidades guerrilleras existían para derrotar a la ocupación alemana, no para ayudar a los civiles a soportarla. Los judíos que no tenían armas eran a menudo rechazados, lo mismo que las mujeres y los niños. Incluso despedían a veces a los hombres judíos armados o, en algunos casos, los mataban para quedarse con sus armas. Los líderes de la resistencia tenían miedo de que los judíos de los guetos fueran espías alemanes, una acusación que no era tan absurda como puede parecer. Los alemanes solían secuestrar a las esposas e hijos y luego les decían a los maridos judíos que fueran al bosque y regresaran con información si querían volver a ver a sus familias.[30]

La situación de los judíos en los bosques mejoró lentamente durante el transcurso de 1942, cuando algunos de ellos formaron sus propias unidades de guerrilleros, una iniciativa que la plana mayor del movimiento de resistencia finalmente sancionó. Israel Lapidus organizó una unidad de unos cincuenta hombres. El destacamento 106 de Sholem Zorin contaba con diez veces más y asaltaba el gueto de Minsk para rescatar judíos. En casos aislados, las unidades de guerrilleros soviéticos organizaron operaciones de distracción que permitieron a los judíos escapar del gueto. En una ocasión, los partisanos atacaron a una unidad germana cuando se disponía a exterminar un gueto. Oswald Rufeisen, un judío que trabajaba como intérprete para la policía alemana en la ciudad de Mir, introdujo en secreto armas en el gueto de esa localidad y avisó a sus habitantes cuando se dio la orden de liquidarlos.[31]

Tuvia Bielski, también judío, rescató probablemente a más judíos que ningún otro líder guerrillero. Poseía un talento especial para entender los peligros de la lucha de guerrillas entre Stalin y Hitler. Bielski era natural de Bielorrusia, de la parte del noreste de Polonia que los soviéticos se habían anexionado en 1939 y que luego perdieron ante los alemanes en 1941. Había servido en el Ejército Polaco y por ello tenía algún entrenamiento militar. Él y su familia conocían bien los bosques, probablemente porque eran contrabandistas a pequeña escala. Pero su don táctico iba más allá de su experiencia personal. Por un lado, entendía que su objetivo era rescatar judíos en lugar de matar alemanes. Él y sus hombres trataban generalmente de evitar entrar en combate: «No tengáis prisa por pelear y morir –solía decir–. Quedamos muy pocos, tenemos que salvar vidas. Salvar a un judío es mucho más importante que matar alemanes». Por otro lado, era capaz de colaborar con los guerrilleros soviéticos cuando aparecían, incluso aunque el cometido de estos fuera precisamente matar alemanes. A pesar de que su campamento móvil estaba compuesto en gran medida por mujeres y niños, supo ganarse el reconocimiento de los soviéticos como líder de la resistencia. Al rescatar en lugar de resistir Bielski salvó a más de mil personas.[32]

Bielski era una anomalía dentro del movimiento de los partisanos soviéticos, que iba creciendo y que estaba cada vez más subordinado a Moscú. A principios de 1942, había (según cálculos soviéticos) unos veintitrés mil guerrilleros en Bielorrusia; el número probablemente se dobló cuando el comité central se consolidó en mayo, y se dobló otra vez al final del año. En 1941, los guerrilleros apenas eran capaces de mantenerse con vida; en 1942, estaban en condiciones de alcanzar objetivos de importancia militar y política. Plantaban minas y destruían vías de tren y locomotoras. Se suponía que tenían que impedir el suministro de provisiones de los alemanes y destruir su administración, pero, en la práctica, la forma más segura de atacar la estructura de ocupación alemana era asesinar a integrantes desarmados de la administración civil: alcaldes de pueblos pequeños, maestros de escuela, hacendados y sus familias. No era un abuso, era la política oficial del movimiento de resistencia soviético durante noviembre de 1942. Los guerrilleros intentaban lograr el control total de los territorios, a los que llamaban «repúblicas partisanas».[33]

Las operaciones de los guerrilleros, aunque efectivas en ocasiones, comportaban inevitables daños a la población civil de Bielorrusia, tanto a judíos como a gentiles. Los partisanos soviéticos prácticamente sentenciaban a muerte a los campesinos cuando les impedían proporcionar alimentos a los alemanes. Una pistola soviética amenazaba al campesino para que después una pistola alemana lo matara. Cuando los alemanes creían haber perdido el control de un pueblo determinado en favor de los guerrilleros, simplemente incendiaban las casas y los campos. Si no podían tener la seguridad de obtener el grano, privaban de él a los soviéticos impidiendo que lo cosecharan. Cuando los resistentes soviéticos saboteaban trenes, estaban provocando el exterminio de la población cercana. Cuando plantaban minas, sabían que algunas detonarían al paso de ciudadanos soviéticos: los alemanes hacían explotar las minas obligando a los paisanos bielorrusos y judíos a caminar de la mano sobre los campos minados. En general, esta pérdida de vidas humanas no preocupaba gran cosa a los líderes soviéticos. Las personas que morían habían estado bajo la ocupación alemana y eran, por tanto, sospechosas y quizá aún más prescindibles que el ciudadano soviético medio. Las represalias también aseguraban que se engrosaran las filas de los resistentes, ya que los supervivientes a menudo no tenían casa, ni sustento, ni familia a la que volver.[34]

Los líderes soviéticos no estaban especialmente preocupados por la difícil situación de los judíos. A partir de noviembre de 1941, Stalin nunca singularizó a los judíos como víctimas de Hitler. Algunos comandantes de la resistencia intentaron protegerlos; pero los soviéticos, como los americanos y los británicos, no contemplaban acciones militares directas para rescatar judíos. La lógica del sistema soviético fue siempre resistirse a las iniciativas independientes y valorar muy poco la vida humana. Los judíos de los guetos estaban colaborando en el esfuerzo de guerra alemán como trabajadores forzados y, por lo tanto, su muerte junto a las zanjas preocupaba poco a las autoridades de Moscú. Los judíos que no colaboraban con los alemanes sino que obstaculizaban sus acciones demostraban con ello una peligrosa aptitud para la iniciativa, y probablemente más tarde se resistirían a la restauración del gobierno soviético. Según la lógica estalinista, los judíos eran sospechosos de cualquier manera: tanto si permanecían en el gueto y trabajaban para los alemanes, como si los abandonaban y mostraban su capacidad para realizar acciones independientes. Las vacilaciones previas de los comunistas locales de Minsk resultaron justificadas: el comité central del movimiento de resistencia en Moscú trató a su organización como si fuera un frente de la Gestapo. Las personas que rescataban a los judíos de Minsk y abastecían a los guerrilleros soviéticos fueron consideradas herramientas de Hitler.[35]

Los hombres judíos que lograban entrar en la resistencia «ya se sentían liberados», como recordaba Lev Kravets. Las mujeres judías generalmente lo pasaban peor. En las unidades de partisanos la forma estándar de dirigirse a las chicas y a las mujeres era «zorra», y las mujeres normalmente no tenían otra opción que buscar un protector. Esto es quizá a lo que se refería Rosa Gerassimova, quien sobrevivió junto a los partisanos, cuando recordaba que «los guerrilleros me rescataron, aunque aquella vida era insoportable». Algunos comandantes guerrilleros, judíos o no, procuraron mantener «campamentos familiares» para mujeres, niños y ancianos. Los niños que tenían la suerte de vivir en esos campamentos jugaban a una versión del escondite en la que los alemanes cazaban judíos a los que los guerrilleros protegían. Esto era cierto en su caso; pero aunque los resistentes salvaron a unos treinta mil judíos, no está claro si sus acciones en conjunto provocaron o evitaron las matanzas de judíos. La guerra de guerrillas en la retaguardia alejó a la policía alemana y al poder militar del frente y los llevó hacia el interior, donde los policías y los soldados encontraban casi siempre más fácil matar judíos que perseguir guerrilleros y enfrentarse a ellos.[36]

En la segunda mitad de 1942, las operaciones alemanas antiguerrilla eran casi indiferenciables de los asesinatos en masa de judíos. Hitler ordenó el 18 de agosto de 1942 que los resistentes de Bielorrusia debían ser «exterminados» para finales de aquel año. Se sobreentendía que los judíos tenían que ser asesinados en el mismo plazo. El eufemismo «tratamiento especial», que no significaba otra cosa que fusilamiento, aparece en informes tanto sobre judíos como sobre civiles bielorrusos. La lógica de ambas empresas era circular pero, no obstante, persuasiva: Los judíos tenían que ser ejecutados «como guerrilleros» en 1941 ,

cuando la resistencia no era todavía verdaderamente peligrosa; luego, cuando ya había grupos guerrilleros, en 1942, los aldeanos relacionados con ellos debían ser eliminados «como judíos». La equivalencia entre judíos y guerrilleros se recalca una y otra vez, en un círculo vicioso retórico que solo podría terminar cuando ambos grupos desaparecieran.[37]

A finales de 1942, el número de judíos iba en rápido declive, pero el de partisanos ascendía velozmente. Esto no tuvo ningún efecto en los razonamientos nazis, excepto en que los métodos para tratar a los civiles bielorrusos se hicieron aún más similares a los métodos para tratar a los judíos. Cuando ambos grupos se convirtieron en objetivos cada vez más difíciles –los guerrilleros porque eran demasiado poderosos y los judíos porque eran demasiado escasos– los alemanes sometieron a la población bielorrusa no judía a oleadas de asesinatos cada vez más extremas. Desde la perspectiva de la policía alemana, la Solución Final y las campañas antiguerrilla iban de la mano.

Por poner un solo ejemplo: el 22 y 23 de septiembre de 1942, el batallón 310 de la Policía del Orden fue enviado a destruir tres pueblos con conexiones ostensibles con los guerrilleros. En el primer pueblo, Borki, la policía apresó a la población al completo; obligó a los hombres, las mujeres y los niños a andar setecientos metros y luego distribuyó palas para que la gente cavara su propia tumba. Los policías dispararon a los campesinos de Bielorrusia sin descanso desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde, matando a 203 hombres, 372 mujeres y 130 niños. La Policía del Orden salvó a 104 personas clasificadas como «dignas de confianza», aunque cuesta imaginar cómo podían serlo después de contemplar semejante espectáculo. El batallón llegó al siguiente pueblo, Zablocie, a las 2 de la mañana y lo rodeó a las 5.30. Obligaron a sus habitantes a entrar en la escuela local y mataron a 284 hombres, mujeres y niños. En el tercer pueblo, Borisovka, el batallón informó de la ejecución de 169 hombres, mujeres y niños. Cuatro semanas más tarde, destinaron al batallón a eliminar judíos en el campo de trabajo. Usaron métodos muy similares para matar a 461 judíos el 21 de octubre; la única diferencia era que no había necesidad de sorprender a la población, puesto que ya estaba bajo vigilancia en el campo.[38]

A pesar de las nuevas ofensivas alemanas en 1942, la «guerra» contra los judíos era la única que estaban ganando ese año. El Grupo de Ejércitos Norte continuaba sitiando Leningrado. El Grupo Centro no hacía ningún progreso hacia Moscú. Se suponía que el ejército Sur tenía que asegurar el río Volga y los abastecimientos de petróleo del Cáucaso, y parte de sus fuerzas llegaron al Volga en agosto de 1942, pero no consiguieron tomar Stalingrado. Las tropas alemanas avanzaron rápidamente por el sur de Rusia hasta el Cáucaso, pero no lograron controlar las zonas cruciales al llegar el invierno. Esta sería la última gran ofensiva alemana en el frente Este. A finales de 1942, los alemanes habían asesinado al menos a 208 089 judíos en Bielorrusia. Matar a los civiles, sin embargo, no sirvió en absoluto para entorpecer al Ejército Rojo y ni siquiera para ralentizar a los guerrilleros.[39]

Faltos de personal en la retaguardia y necesitados de mantener las tropas en el frente, los alemanes intentaron en otoño de 1942 hacer más efectiva la lucha antiguerrilla. Himmler nombró a Bach, SS-Obergruppenführer y Jefe de Policía, jefe de la guerra contra las guerrillas en las zonas bajo autoridad civil. En la práctica, esta responsabilidad recayó en su adjunto, Curt von Gottberg, un borracho cuya carrera en las SS había sido salvada por Himmler. Gottberg no había sufrido heridas de guerra, pero había perdido parte de una pierna (y su cargo en las SS) tras chocar su automóvil contra un árbol. Himmler pagó la pierna ortopédica de Gottberg y lo restituyó en el cargo. La asignación a Bielorrusia era una oportunidad para demostrar su madurez, y Gottberg la aprovechó. Al cabo de sólo un mes de entrenamiento policial formó su propio grupo de combate, que estuvo activo desde noviembre de 1942 hasta noviembre de 1943. En sus primeros cinco meses de campaña, los hombres de su grupo de combate informaron de que habían matado a 9432 «guerrilleros», 12 946 «sospechosos de ser guerrilleros» y unos 11 000 judíos. En otras palabras, su grupo de combate mataba a una media de doscientas personas por día, casi todas ellas civiles.[40]

La unidad responsable de las mayores atrocidades fue el comando especial Dirlwanger de las SS, que había llegado a Bielorrusia en febrero de 1942. En Bielorrusia –e incluso en todos los escenarios de la Segunda Guerra Mundial– pocos podían competir en crueldad con Oskar Dirlwanger. Era un alcohólico y

drogadicto propenso a la violencia. Había luchado en los grupos paramilitares de derechas después de la Primera Guerra Mundial y pasó los primeros años veinte torturando a comunistas y escribiendo una tesis doctoral sobre economía planificada. Se unió al partido nazi en 1923, pero puso en peligro su futuro político por diversos accidentes de tráfico y por mantener relaciones sexuales con una menor. En marzo de 1940, Himmler lo puso al frente de una brigada especial de cazadores furtivos, constituida por delincuentes encarcelados por cazar en propiedades ajenas. Algunos líderes nazis idealizaban a este tipo de hombres, a los que veían como puros alemanes primitivos que se resistían a la tiranía de la ley. Los cazadores fueron asignados a Lublin, donde la unidad se reforzó con otros criminales, incluyendo asesinos y dementes. En Bielorrusia, Dirlewanger y sus cazadores se enfrentaban a los partisanos, aunque más frecuentemente asesinaban a los civiles de las localidades que tenían la desgracia de encontrarse en su camino. El método preferido de Dirlewanger era conducir como ganado a la población local a un establo, prenderle fuego y luego disparar con ametralladoras a los que intentaban huir. El comando especial Dirlewanger de las SS mató al menos a treinta mil civiles durante su servicio en Bielorrusia.[41]

La unidad de Dirlewanger era una de las diversas formaciones de las Waffen SS y de la Policía del Orden asignadas a Bielorrusia para reforzar al maltrecho ejército regular. A finales de 1942, los soldados alemanes estaban horriblemente cansados, conscientes de la derrota, libera dos de cualquier obligación legal para con los civiles y con el mandato de tratar a los partisanos con la máxima brutalidad. Cuando los asignaban a la lucha contra la resistencia, los soldados se enfrentaban a la ansiedad de combatir a un enemigo que podía aparecer y desaparecer en cualquier momento y que conocía el territorio mejor que ellos. Las tropas de la Wehrmacht cooperaban ahora con la policía y las SS, cuya principal labor durante un tiempo había sido el asesinato en masa de civiles, sobre todo judíos. Todos sabían que debían exterminar a los guerrilleros. En estas circunstancias, el número de muertes entre los civiles se disparó hasta un límite increíble, con independencia de las tácticas empleadas.

Las principales acciones alemanas desde mediados de 1942 en adelante, conocidas como «Grandes Operaciones», se concibieron en realidad para matar a civiles y a judíos bielorrusos. Incapaces de derrotar a la resistencia, los alemanes mataban a las personas sospechosas de apoyarla. Asignaban a las unidades una cuota de asesinatos diaria, que éstas solían alcanzar rodeando pueblos y pasando por las armas a la mayoría o a todos sus habitantes. Disparaban a la gente junto a fosas o, en el caso de Dirlewanger y de los que seguían su ejemplo, los quemaban en establos o les hacían volar por los aires obligándoles a despejar minas. Entre otoño de 1942 y principios de 1943, los alemanes liquidaron guetos y pueblos enteros asociados con los partisanos. En la operación «Fiebre de los pantanos», en septiembre de 1942, la Brigada Dirlewanger asesinó a los 8350 judíos que aún quedaban en el gueto de Barnovichi y luego mató a 389 «bandidos» y a 1274 «sospechosos de ser bandidos». Estos ataques fueron dirigidos por Friedrich Jeckeln, SS-Obergruppenführer del Reichskommissariat Ostland, el mismo hombre que había organizado los fusilamientos en masa de judíos en Kámenets-Podólski en Ucrania y la aniquilación del gueto de Riga en Letonia. La Operación Hornung de febrero de 1943 empezó con el exterminio del gueto de Slutsk, es decir, con la ejecución de 3300 judíos. En un área al sudoeste de Slutsk los alemanes asesinaron a unas nueve mil personas más.[42]

A principios de 1943 las gentes de Bielorrusia, especialmente los hombres jóvenes, se vieron atrapadas en una competición mortal entre las fuerzas alemanas y los partisanos soviéticos, sin ninguna coherencia con las ideologías de ambos bandos. Los alemanes, faltos de personal, habían enrolado a hombres del lugar en sus fuerzas de policía (y, a partir de la segunda mitad de 1942, en una milicia de «autodefensa»). Muchas de estas personas habían sido comunistas antes de la guerra. Los guerrilleros, por su parte, empezaron a captar a policías bielorrusos que habían estado al servicio de los alemanes, ya que estos hombres al menos tenían armas y estaban entrenados.[43]

Más que cualquier política local o compromiso ideológico, lo que determinaba el bando que escogían los bielorrusos, cuando podían elegir, eran los fracasos de la Wehrmacht en los campos de batalla. La ofensiva de verano del ejército Sur fracasó y todo el Sexto Ejército alemán fue destruido en la batalla de Stalingrado. Cuando las noticias de la derrota de la Wehrmacht llegaron a

Bielorrusia en febrero de 1943, nada menos que doce mil policías y milicianos dejaron a los alemanes y se unieron a la resistencia soviética. Según un informe, ocho mil lo hicieron en un único día, el 2,3 de febrero. Esto quería decir que algunos bielorrusos que habían matado judíos cuando estaban al servicio de los nazis en 1941 y 1942 se unieron a los guerrilleros soviéticos en 1943. Aún más: las personas que reclutaban a estos policías bielorrusos, los oficiales políticos entre los partisanos, eran a veces judíos que habían escapado de la muerte a manos de los policías bielorrusos huyendo de los guetos. Los judíos que intentaban sobrevivir al Holocausto enrolaban ahora a sus autores.[44]

Sólo los judíos, los pocos que aún quedaban en Bielorrusia en 1943, tenían una razón clara para estar en un bando y no en el otro. Puesto que eran los enemigos obvios y declarados de los alemanes en la guerra, y la enemistad de los alemanes significaba la muerte, tenían todos los motivos para unirse a los soviéticos, a pesar de los peligros de la vida guerrillera. Para los bielorrusos (y los rusos, y los polacos) los riesgos estaban más equilibrados; pero ser neutral era una posibilidad cada vez más remota. Para los bielorrusos, acabar combatiendo y muriendo en un bando o en otro era muy a menudo un asunto casual, dependía de quién estaba en el pueblo cuando aparecían los partisanos soviéticos o la policía alemana en sus misiones de reclutamiento, que, a menudo, simplemente consistían en enrolar a la fuerza a los hombres jóvenes. Como ambos bandos sabían que su afiliación era totalmente accidental, solían someter a los nuevos reclutas a grotescas pruebas de lealtad, como matar a amigos o a miembros de la familia que habían sido capturados luchando en el otro bando. A medida que más y más miembros de la población bielorrusa eran arrastrados a la resistencia o a las diversas policías y grupos paramilitares que los alemanes organizaron apresuradamente, quedaba en evidencia la esencia de la situación: Bielorrusia era una sociedad dividida y enfrentada a causa de otros.[45]

En Bielorrusia, como en todas partes, la política local alemana estaba condicionada por los intereses económicos generales. En 1943, a los alemanes les preocupaba más la falta de mano de obra que la escasez de alimentos y, por tanto, su política en Bielorrusia cambió. Como la guerra contra la Unión Soviética continuaba y la Wehrmacht sufría pérdidas horribles un mes tras otro, era necesario sacar a los hombres alemanes de las granjas y de las fábricas y mandarlos al frente, y había que reemplazarlos para que la economía alemana siguiera funcionando. Hermann Goring emitió una directiva extraordinaria en octubre de 1942: no debía ejecutarse a los hombres bielorrusos sospechosos, sino mandarlos a Alemania como mano de obra forzada. Quienes estuvieran en condiciones de trabajar serían «seleccionados» en lugar de morir, aun cuando se hubieran levantado en armas contra Alemania. En ese momento, parecía razonar Goring, su capacidad de trabajo era lo único que podían ofrecer al Reich, y era más importante que su muerte. A medida que los guerrilleros soviéticos controlaban más territorio bielorruso llegaba menos comida a Alemania. Puesto que los campesinos no podían trabajar en Bielorrusia, era mejor obligarles a trabajar en Alemania. Pero eso no bastaba. Hitler dejó claro en diciembre de 1942 lo que Goring había expresado implícitamente: las mujeres y los niños, considerados inútiles para el trabajo, tenían que ser ejecutados.[46]

Éste fue un ejemplo especialmente llamativo de la campaña de los alemanes para reunir mano de obra forzada en el Este, que había empezado con los polacos del Gobierno General y se extendió a Ucrania antes de alcanzar su clímax sangriento en Bielorrusia. Al final de la guerra, trabajaban en el Reich unos ocho millones de extranjeros del Este, muchos de ellos eslavos, un resultado más que perverso incluso para los estándares del racismo nazi: los alemanes habían salido de su país y habían matado a millones de «subhumanos», sólo para importar millones de otros «subhumanos» para hacer el trabajo que los alemanes harían en Alemania de no ser porque estaban en el extranjero matando «subhumanos». El resultado final, dejando aparte los asesinatos en masa en el exterior, fue que Alemania se convirtió en una nación más eslava de lo que había sido nunca en la historia. (La perversidad alcanzaría su punto culminante en los primeros meses de 1945, cuando mandaron a los judíos supervivientes a campos de trabajo en la misma Alemania. Después de asesinar a 5,4 millones de judíos como enemigos raciales, trajeron a los supervivientes judíos para hacer el trabajo que los asesinos tendrían que hacer si no estuvieran asesinando en el extranjero).

Con esta nueva política, los policías y soldados alemanes tenían que matar a las mujeres y niños bielorrusos para que sus maridos, padres y hermanos pudieran ser usados como trabajadores esclavos. La operación antiguerrilla de primavera y verano de 1943 se convirtió, de este modo, en una campaña esclavista en lugar de en una guerra. Sin embargo, como los guerrilleros soviéticos combatían a veces las cazas de esclavos y los consiguientes asesinatos en masa, provocaban pérdidas a los alemanes. En mayo y junio de 1943 en las Operaciones Cazador Furtivo y Barón Gitano (llamadas así por una ópera y una opereta), los alemanes querían asegurar las vías de tren en la región de Minsk y capturar trabajadores para Alemania. Informaron de que habían matado 33 152 «guerrilleros» y de deportado a 15 801 trabajadores. Pero tuvieron 294 bajas propias: una proporción absurdamente baja, de 1 a 10, si se supone (erróneamente) que los guerrilleros muertos de los que se informaba eran realmente guerrilleros en lugar de (generalmente) civiles, pero aun así un número significativo.[47]

En mayo de 1943, con la Operación Cottbus, los alemanes se propusieron eliminar a todos los resistentes de un área a unos 140 kilómetros al norte de Minsk. Sus fuerzas destruyeron pueblo tras pueblo encerrando a las poblaciones en establos y quemando los cobertizos hasta los cimientos. En los días siguientes, se veía a los cerdos y los perros del lugar, ahora sin dueños, con miembros humanos carbonizados en las fauces. El recuento oficial fue de 6087 muertos, pero sólo la Brigada Dirlwanger informó de catorce mil muertos en esta operación. La mayoría de los asesinados eran mujeres y niños; unos seis mil hombres fueron enviados a Alemania como trabajadores.[48]

La Operación Hermann, llamada así por Hermann Goring, llevó esta lógica económica a un punto culminante durante el verano de 1943. Entre el 13 de julio y el 11 de agosto, los grupos de combate alemanes escogían un territorio, mataban a todos los habitantes excepto la mano de obra masculina en condiciones de trabajar, cogían todos los bienes que pudieran transportar y, por último, quemaban todo lo que quedara en pie. Una vez seleccionada la mano de obra entre las poblaciones locales bielorrusas y polacas, asesinaban a las mujeres, niños y personas mayores, bielorrusos y polacos. Esta operación tuvo lugar en el oeste de Bielorrusia, en tierras que habían sido invadidas por la Unión Soviética y arrebatadas a Polonia en 1939 antes de la posterior invasión alemana en 1941. [49]

En estos bosques también había guerrilleros polacos, combatientes que creían que aquellas tierras debían retornar a Polonia. Por ello, las acciones antiguerrilla se dirigían contra ambos, los guerrilleros soviéticos (que representaban el poder que había gobernado en 1939-1941) y la resistencia polaca (que luchaba por la independencia y la integridad territorial de Polonia, con el retorno a las fronteras de 1918-1939). Las fuerzas polacas eran parte del Ejército Nacional Polaco, al servicio del gobierno polaco en el exilio en Londres. Polonia era uno de los aliados de la URSS y, por tanto, en principio, las fuerzas polacas y las soviéticas luchaban juntas contra los alemanes. Pero debido a que ambas, la Unión Soviética y Polonia, reclamaban estas tierras que los soviéticos consideraban la Bielorrusia soviética occidental y los polacos el noreste de Polonia, la cuestión no era tan sencilla en la práctica. Los combatientes polacos se encontraban atrapados entre fuerzas sin ley alemanas y soviéticas. Cuando los soldados polacos no se sometían a Moscú, los guerrilleros soviéticos masacraban a los civiles polacos. En Naliboki, el 8 de mayo de 1943, por ejemplo, los guerrilleros soviéticos pasaron por las armas a 127 polacos.[50] Los oficiales del Ejército Rojo invitaron a negociar a los del Ejército Nacional en el verano de 1943 y los mataron mientras se dirigían hacia los puntos de encuentro. El comandante del movimiento resistente soviético creía que la forma de lidiar con el Ejército Nacional era denunciar a sus hombres a los alemanes para que estos los ejecutaran. Mientras tanto, los alemanes también atacaban a las fuerzas polacas. Los comandantes polacos estuvieron en contacto con ambos, soviéticos y alemanes en diversas ocasiones, pero no pudieron sellar una verdadera alianza con ninguno: el objetivo polaco, después de todo, era restaurar una Polonia independiente con las fronteras de antes de la guerra. Lo difícil que sería tal cosa si el poder de Hitler diera paso al de Stalin se puso de manifiesto en los pantanos bielorrusos.[51]

Los alemanes denominaron «zonas muertas» a las áreas cuya población habían aniquilado durante la Operación Hermann y en las siguientes operaciones de 1943. Las personas que se encontraran en una zona muerta eran «blancos legítimos». El

Regimiento de Seguridad 45 de la Wehrmacht asesinó civiles en la Operación Huevo de Pascua de abril de 1943. Los restos del Einsatzgruppe D, enviados a Bielorrusia en primavera de 1943, contribuyeron a esta empresa. Acudieron desde el sur de Rusia y el sur de Ucrania, donde los restos del Grupo de Ejércitos Sur estaban retirándose después de la derrota en Stalingrado. La tarea del Einsatzgruppe D había sido cubrir la retirada de los alemanes matando civiles allí donde supieran que existía resistencia. En Bielorrusia, su trabajo consistió en quemar hasta los cimientos pueblos donde no se había encontrado ningún tipo de resistencia, después de requisar todo el ganado que hallaban. El Einsatzgruppe D ya no cubría una retirada de la Wehrmacht, que estaba más lejos al sur, sino que preparaba otra.[52]

Recurrir a las zonas muertas implicaba reconocer que el poder soviético volvería pronto a Bielorrusia. El Ejército Sur (más reducido y combatiendo bajo otros nombres) estaba en retirada. El Grupo Norte todavía sitiaba Leningrado, sin éxito. La misma Bielorrusia se encontraba todavía detrás de la línea del frente del Grupo de Ejércitos Centro, pero no por mucho tiempo.

En diversos momentos durante la ocupación alemana de Bielorrusia, algunos militares alemanes y líderes civiles cayeron en la cuenta de que el terror de masas estaba fallando y que si querían derrotar al Ejército Rojo debían captar a la población por medios distintos al pánico. Pero era imposible. Como en todas partes en la Unión Soviética ocupada, los alemanes habían conseguido que la mayoría de la gente deseara el retorno del gobierno soviético. Un especialista alemán en propaganda enviado a Bielorrusia informó de que no había nada que pudiera decir a la población.[53]

El Ejército Popular Ruso de Liberación (RONA en la sigla rusa), respaldado por los alemanes, fue el intento más espectacular llevado a cabo para ganar el apoyo local. Estaba dirigido por Bronislav Kaminski, un ciudadano soviético de nacionalidad rusa, de ascendencia polaca y quizá también alemana, a quien al parecer habían enviado a un asentamiento especial soviético en 1930. Se presentaba a sí mismo como un enemigo de la colectivización. Los alemanes le permitieron hacer un experimento con un autogobierno local en la ciudad de Lokot, en el noroeste de Rusia. Allí, Kaminski estaba a cargo de las operaciones antiguerrilla y los habitantes tenían además permiso para quedarse una buena parte del grano que producían. Al volverse la guerra contra los alemanes, Kaminski y su equipo al completo fueron trasladados de Rusia a Bielorrusia, donde se suponía que tenían que desempeñar un papel similar. Kaminski tenía órdenes de combatir a los partisanos soviéticos en Bielorrusia, pero él y su grupo apenas se bastaron para protegerse a sí mismos en su cuartel.

Comprensiblemente, los habitantes de Bielorrusia veían al RONA como a unos forasteros que hablaban del derecho a la propiedad mientras se apoderaban de la tierra.[54]

En 1942 y 1943, Wilhelm Kube, el jefe del General Commissariat de Rutenia Blanca, trató de cambiar algunos de los principios básicos del colonialismo alemán, con la esperanza de convencer a la población para que se opusiera al Ejército Rojo. Kube intentó hacer concesiones al nacionalismo patrocinando escuelas bielorrusas y organizando varios ayuntamientos de carácter consultivo y milicias. En junio de 1943 llegó incluso a dejar sin efecto la colectivización de la agricultura, al decretar que los campesinos bielorrusos podían poseer sus propias tierras. Esta política era doblemente absurda: la mayor parte del campo estaba controlada por los guerrilleros, quienes asesinaban a las personas que se oponían a las granjas colectivas; y en paralelo, el ejército alemán y la policía vulneraban el derecho a la propiedad de forma igualmente categórica, saqueando y quemando granjas, matando a las familias y mandando a los granjeros a Alemania como trabajadores forzados. Puesto que los alemanes no respetaban el derecho a la vida de los campesinos, estos encontraban muy difícil tomarse en serio su novedosa declaración de compromiso con la propiedad privada.[55]

Incluso si Kube hubiera tenido éxito de alguna manera, sus políticas revelaban la imposibilidad de una colonización alemana del Este. Se suponía que tenían que matar de hambre a los esclavos y sustituirlos; Kube quería gobernar y luchar con su ayuda. La granja colectiva tenía que mantenerse para extraer alimentos; Kube propuso disolverla y permitir a los bielorrusos cultivar como quisieran. Al deshacer tanto la política soviética como la nazi, Kube puso de relieve su similitud. Tanto la autocolonización soviética como la colonización racial alemana implicaban una explotación económica premeditada. Pero debido a que los

alemanes eran más letales y a que sus asesinatos estaban más frescos en la memoria de los paisanos, el poder soviético empezó a parecer el mal menor o incluso una liberación. Los guerrilleros soviéticos acabaron con los experimentos de Kube: lo mató una bomba que su sirvienta le puso debajo de la cama en septiembre de 1943.[56]

En Bielorrusia los sistemas nazi y soviético se solaparon e interactuaron más que en ningún otro sitio. Su relativamente pequeño territorio fue el escenario de una guerra intensa, campañas de guerrillas y atrocidades masivas. Era la zona de retaguardia del Cuerpo de Ejércitos Centro alemán, que hubiera hecho cualquier cosa por tomar Moscú, y el objetivo de las divisiones del Ejército Rojo del frente bielorruso, que se disponían a regresar. No lo controlaban totalmente ni la administración alemana ni los guerrilleros, cada uno de los cuales usaba el terror en ausencia de verdaderos estímulos morales o materiales para la lealtad. Albergaba a una de las poblaciones más densas de judíos de Europa, condenados a la destrucción, pero también inusualmente capaces de resistir. Es probable que en Minsk y en Bielorrusia se opusieran a Hitler más judíos que en ningún otro lugar, aunque, con raras excepciones, sólo pudieron combatir el dominio nazi con la ayuda del poder soviético. Las unidades de Bielski y de Zorin fueron las mayores formaciones de judíos guerrilleros de Europa.[57]

No había una zona gris, un área difusa, un espacio marginal; no era aplicable ninguno de los cómodos clichés de la sociología del asesinato de masas. Era negro sobre negro. Los alemanes mataban a los judíos en calidad de guerrilleros, y muchos judíos se convirtieron en guerrilleros. Los judíos que se hacían partisanos servían al régimen soviético y se involucraban en la política de hacer recaer los castigos sobre los civiles. La guerra de guerrillas en Bielorrusia fue un perverso pulso entre Hitler y Stalin, quienes hacían caso omiso de las leyes de la guerra e intensificaban el conflicto detrás de las líneas del frente. Cuando la Operación Barbarroja y la Operación Tifón fracasaron, la posición alemana en la retaguardia estaba sentenciada. Su política antiguerrilla inicial, como tantas otras cosas en los planteamientos alemanes, dependía de una victoria rápida y total. Sus efectivos eran suficientes para matar judíos, pero no para combatir a los guerrilleros. Al carecer del personal necesario, los alemanes asesinaban e intimidaban. El terror sirvió como un multiplicador de la fuerza, pero las fuerzas que se multiplicaron finalmente fueron las de Stalin.

Había un movimiento soviético de resistencia y los alemanes intentaron acabar con él. Pero las políticas alemanas, en la práctica, consistían en poco más que el asesinato en masa. En un informe de la Wehrmacht se hizo constar que habían ejecutado a 10 431 partisanos, pero se informaba de que habían requisado sólo noventa armas. Eso significa que casi todas las personas a las que mataron eran civiles. Para cuando alcanzó sus primeras quince mil víctimas mortales, el Comando Especial Dirlwanger había perdido sólo 92 hombres (muchos de ellos, sin lugar a dudas, por el fuego amigo y por accidentes relacionados con el alcohol). Una proporción así sólo es posible cuando las víctimas son civiles desarmados. Bajo el epígrafe de operaciones antiguerrilla, los alemanes asesinaron a civiles bielorrusos (o judíos, polacos, rusos) en 5295 localidades de la Bielorrusia soviética ocupada. Varios cientos de estos pueblos y ciudades fueron quemados hasta los cimientos. En total, los alemanes asesinaron a unas trescientas cincuenta mil personas en sus campañas antiguerrilla, al menos el noventa por ciento de ellas desarmadas. Los alemanes mataron a medio millón de judíos en Bielorrusia, entre ellos treinta mil durante las operaciones contra la guerrilla. No estaba claro cómo había que contabilizar a estas treinta mil personas: ¿como judíos asesinados en la Solución Final? ¿o como civiles bielorrusos asesinados en represalias antiguerrillas? Los mismos alemanes a menudo tenían dificultades para hacer la distinción, por razones prácticas. Como confió un comandante alemán a su diario: «No contabilizamos a los criminales y judíos quemados en casas y búnkeres».[58]

De los nueve millones de personas que vivían en el territorio de la Bielorrusia soviética en 1941, en torno a un millón seiscientos mil fueron asesinados por los alemanes en acciones lejos de los campos de batalla, incluidos unos

setecientos mil prisioneros de guerra, quinientos mil judíos y otras trescientas veinte mil personas contabilizadas como guerrilleros (de los cuales la inmensa mayoría eran civiles desarmados). Estas tres campañas constituyen las tres mayores atrocidades alemanas en el este de Europa, y juntas golpearon a Bielorrusia con gran fuerza y crueldad. Otros varios cientos de miles de habitantes de la Bielorrusia soviética murieron en acción como soldados del Ejército Rojo.[59]

Los partisanos soviéticos también contribuyeron a alcanzar ese número de víctimas mortales. El 1 de enero de 1944 informaron de que habían matado a 17 431 personas por traición en el territorio de la Bielorrusia soviética; este número no incluye a los civiles a los que mataron por otras razones o en los meses siguientes. En total, decenas de miles de personas en Bielorrusia fueron asesinadas por los guerrilleros en acciones de castigo o, en las regiones del oeste arrebatadas a Polonia, como enemigos de clase. Otras tantas decenas de miles de personas naturales de la región murieron después de los arrestos durante la ocupación soviética de 1939-1941 y especialmente durante las deportaciones soviéticas de 1940 y 1941, durante el viaje o en Kazajistán.[60] Una cifra aproximada de dos millones de muertos en el territorio de la actual Bielorrusia durante la Segunda Guerra Mundial parece una estimación razonable y prudente. Más de un millón de personas más huyeron de los alemanes, y otros dos millones fueron deportados como trabajadores forzados o desplazados de su residencia original por otras razones. A principios de 1944, los soviéticos deportaron un cuarto de millón más de personas a Polonia y decenas de miles de personas más al Gulag. Al final de la guerra, la mitad de la población de Bielorrusia había sido asesinada o trasladada. Es algo que no sucedió en ningún otro país europeo.[61]

Las intenciones de los alemanes eran aún peores que sus resultados. La muerte por inanición de los prisioneros de guerra en el Stalag 352 de Minsk y en otros campos era sólo una pequeña parte de las muertes previstas en el Plan de Hambre. El exterminio de campesinos fue menor que la despoblación masiva concebida en el Generalplan Ost. Explotaron como trabajadores forzados aproximadamente a un millón de judíos, aunque éstos no siempre trabajaron hasta morir como preveía el Generalplan Ost. Magilov, donde empezó el asesinato en masa de los judíos urbanos y donde tenía su sede el centro antiguerrilla, estaba destinada a convertirse en un gran campo de exterminio. No fue así; parece que el crematorio que las SS encargaron para Magilov fue a parar a Auschwitz. También Minsk iba a ser el emplazamiento de un centro de exterminio con su propio crematorio. Una vez terminada la masacre, la misma Minsk debía ser arrasada. Wilhelm Kube imaginó sustituir la ciudad por un asentamiento alemán llamado Asgard, como el mítico hogar de los dioses escandinavos.[62]

De todas las utopías nazis, la única que se realizó fue la eliminación de los judíos, aunque, una vez más, no exactamente como los alemanes habían planeado. En Bielorrusia, como en todas partes, la Solución Final fue la única atrocidad que adquirió una forma más radical en su realización que en su concepción. Se suponía que los judíos soviéticos tenían que trabajar hasta la muerte construyendo el imperio alemán o ser deportados al Este. Lo que resultó imposible; la mayoría de los judíos del Este fueron asesinados allí donde vivían. En Minsk hubo unas cuantas excepciones: los judíos que escaparon y sobrevivieron, a menudo al precio de ser parte activa en la ejecución de la violencia de masas, y aquellos judíos que los alemanes mantuvieron con vida para trabajar, los cuales murieron poco después que los demás y a veces lejos de casa. En septiembre de 1943, deportaron a algunos de los últimos judíos de Minsk al oeste, a la Polonia ocupada, al campo de Sobibor.[63]

Allí encontraron una factoría de la muerte de un tipo desconocido incluso en aquella Bielorrusia en la que se podría pensar que todos los horrores de la tierra ya habían sido revelados.

Capítulo 8

LAS FACTORÍAS DE LA MUERTE NAZIS

Unos cinco millones cuatrocientos mil judíos murieron bajo la ocupación alemana. Cerca de la mitad fueron asesinados al este de la línea Mólotov-Ribbentrop, generalmente con armas de fuego, algunas veces con gas. El resto pereció al oeste de la línea, la mayoría gaseados, en ocasiones a balazos. Al este de la línea Mólotov-Ribbentrop, fueron asesinados un millón de judíos en la segunda

mitad de 1941, durante los primeros seis meses de la ocupación alemana. Otro millón fue eliminado en 1942. Al oeste de la línea Mólotov-Ribbentrop, los judíos cayeron bajo el control alemán bastante antes, pero fueron asesinados más tarde. En el este, los judíos más productivos económicamente, los hombres jóvenes, fueron pasados por las armas de inmediato, en los primeros días o semanas de la guerra. Luego, los argumentos económicos se volvieron contra las mujeres, los niños y los ancianos, quienes se convirtieron en «bocas inútiles». Al oeste de la línea Mólotov-Ribbentrop, se establecieron guetos a la espera de deportaciones (a Lublin, Madagascar o a Rusia) que nunca se produjeron. Entre 1939 y 1941, la incertidumbre sobre la forma que adoptaría la Solución Final condujo a que los judíos del oeste de la línea Mólotov-Ribbentrop fueran empleados para trabajar, lo cual constituyó una cierta razón económica para que los conservaran.

El asesinato en masa de los judíos polacos en el Gobierno General y en las tierras polacas anexionadas a Alemania se inició más de dos años después de la ocupación alemana y más de un año después de que los judíos fueran confinados en guetos. Estos judíos polacos fueron gaseados en seis centros principales, cuatro en el Gobierno General y dos en las tierras anexionadas al Reich, que funcionaron, juntos o por separado, desde diciembre de 1941 hasta noviembre de 1944: Chelmno, Bełżec, Sobibor, Treblinka, Majdanek, Auschwitz. El núcleo de la campaña de masacres al oeste de la línea Mólotov-Ribbentrop fue la operación Reinhard, el gaseamiento de un millón trescientos mil judíos polacos en Bełżec, Sobibor y Treblinka en 1942. Su último capítulo fue Auschwitz, donde fueron gaseados unos doscientos mil judíos polacos y más de setecientos mil judíos de otros países europeos, la mayoría de ellos en 1943 y 1944.[1]

Los orígenes de la Operación Reinhard se hallan en la interpretación de Himmler de los deseos de Hitler. Informado de los experimentos con gas realizados con los prisioneros de guerra soviéticos, Himmler confió a su acólito Odilo Globocnik, el 13 de octubre de 1941, la creación de un nuevo centro de gaseamiento de judíos.

Globocnik era el alto mando SS y jefe de policía del distrito de Lublin del Gobierno General, un terreno de pruebas crucial de las utopías Nazis. Globocnik había esperado que deportaran a millones de judíos a su región, donde podría ponerlos a trabajar en colonias de esclavos. Después del ataque a la Unión Soviética se le encargó la implantación del Generalplan Ost. Aunque sus grandes designios de colonización y exterminio fueron por lo general postergados tras el fracaso de la invasión de la Unión Soviética, Globocnik los implantó en una parte de su distrito de Lublin, adonde llevó a cien mil polacos desde sus hogares. Quería una «limpieza general de judíos del Gobierno General y también de polacos».[2]

A finales de octubre de 1941 Globocnik había escogido un lugar para el nuevo centro de gaseamiento: Bełżec, justo al suroeste de Lublin. El cambio de planes en lo que respecta al uso de este lugar revela la evolución de la utopía nazi desde la colonización para el exterminio hasta el exterminio a secas. En 1940, Globocnik había establecido un campo de trabajo esclavo en Bełżec, donde imaginaba que dos millones de judíos cavarían a mano zanjas antitanques. Albergaba estas fantasías porque una versión temprana de la Solución Final implicaba la deportación de judíos europeos a su distrito de Lublin. Sin embargo, no tuvo a más de treinta mil judíos a su disposición en Bełżec. Finalmente, abandonó su proyecto de defensa en 1940. Un año después, tras hablar con Himmler, Globocnik imaginó otra forma de aprovechar el lugar: serviría para el exterminio de judíos.[3]

Globocnik buscó y encontró un método para que los alemanes exterminaran a los judíos al oeste de la línea Mólotov-Ribbentrop, donde carecían de personal para ejecuciones en masa y donde no estaban dispuestos a armar a los polacos como fuerzas auxiliares. Las instalaciones de Bełżec sólo requerirían para operar a unos cuantos comandantes alemanes, y la mano de obra básica estaría compuesta por judíos esclavizados. El campo sería vigilado y operado por no alemanes escogidos en el campo de entrenamiento de Trawniki, en el distrito de Lublin. Los primeros hombres de Trawniki habían sido soldados capturados al Ejército Rojo y sacados de los campos de prisioneros de guerra. Los hombres de Trawniki eran en su mayoría ucranianos soviéticos, pero también había representantes de otras nacionalidades, incluyendo rusos y, ocasionalmente, alguna persona de origen judío, escogida, por supuesto, por accidente. Los alemanes preferían a

los alemanes soviéticos si los había.[4]

El cambio de misión de los hombres de Trawniki, como el cambio de uso de Bełżec, revelaba la transformación de las utopías de Hitler. En el plan inicial de Globocnik, estos hombres iban a servir como policías, bajo la dirección alemana, en la Unión Soviética conquistada. Puesto que no se había conquistado la Unión Soviética, los hombres de Trawniki podrían destinarse a otra tarea especial: manejar las instalaciones donde los judíos de Polonia iban a ser gaseados. Los hombres de Trawniki no tenían ni idea de este plan general cuando fueron reclutados y no tenían ningún interés personal o político en esta cuestión. Para ellos, Polonia y sus judíos les eran extraños. Es de suponer que tenían un gran interés en conservar sus trabajos, ya que su recluta[^] miento les rescató de una probable muerte por inanición. Incluso si de alguna manera hubieran tenido el coraje para desafiar a los alemanes, sabían que no podían volver de forma segura a la Unión Soviética. Al dejar los dulags y stalags quedarían designados como colaboradores alemanes.

En diciembre de 1941, los hombres de Trawniki, vistiendo uniformes negros, ayudaron a construir una rampa y unos raíles que permitirían la comunicación por tren con Bełżec. Los ciudadanos soviéticos proporcionaban así la mano de obra para la política asesina alemana.[5]

Bełżec nunca fue un campamento. La gente pernoctaba en los campamentos, pero Bełżec era una factoría de la muerte donde los judíos eran asesinados nada más llegar.

Había un precedente en Alemania de una instalación de este tipo, donde la gente llegaba con engaños, les decían que iban a ducharse y los asesinaban con monóxido de carbono. Entre 1939 y 1941 en Alemania se habían usado seis centros de exterminio para asesinar a los discapacitados, los enfermos mentales y otras personas juzgadas «indignas de vivir». Después de una prueba en la que se gaseó a los discapacitados polacos en el Wartheland, la cancillería de Hitler organizó un programa secreto para asesinar a ciudadanos alemanes. El grupo de responsables estaba formado por doctores, enfermeras y jefes de policía; uno de sus principales organizadores fue el médico personal de Hitler. La ciencia médica del asesinato en masa era simple: el monóxido de carbono (CO) se une más fácilmente que el oxígeno (O₂) a la hemoglobina de la sangre y, de este modo, impide que los glóbulos rojos lleven oxígeno a los tejidos. Reunían a las víctimas para unos supuestos exámenes médicos y luego las conducían a las duchas, donde las asfixiaban con monóxido de carbono emitido por bombonas. Si las víctimas tenían dientes de oro, las marcaban de antemano con una cruz de tiza en la espalda, para que se les pudieran extraer después de su muerte. Los niños eran las primeras víctimas; sus padres recibían cartas de los doctores contándoles mentiras sobre su muerte durante el tratamiento. La mayoría de las víctimas del programa de eutanasia fueron alemanes no judíos, mientras que los judíos alemanes con discapacidades eran asesinados sin ninguna revisión. En una de las factorías de la muerte, el personal celebró su cremación número diez mil adornando un cadáver con flores.[6]

El fin oficial del programa de eutanasia coincidió con la misión de Globocnik de desarrollar una nueva técnica para gasear a los judíos polacos. En agosto de 1941, cuando Hitler ordenó detener el programa por miedo a las protestas internas, éste había registrado 70 723 muertes y creó un modelo de asesinato con engaños mediante gas letal. La suspensión del programa de eutanasia dejó sin empleo a un grupo de policías y doctores con determinadas habilidades. En octubre de 1941, Globocnik convocó a un grupo de ellos en el distrito de Lublin para gestionar los centros de exterminio en proyecto. 92 de los aproximadamente 450 hombres que servirían a Globocnik en la tarea de gasear a los judíos polacos tenían experiencia previa en el programa de eutanasia. El más importante de ellos era Christian Wirth, que lo había supervisado. Como el jefe de la cancillería de Hitler dijo, «una gran parte de mi organización» iba a ser usada «en una solución al problema judío que se llevaría hasta las últimas consecuencias».[7]

Globocnik no fue el único que explotó la experiencia de los equipos de eutanasia. Una cámara de gas en Chelmno, en el Wartheland, también aprovechó su experiencia técnica. Mientras que el distrito de Lublin de Globocnik fue el centro experimental de la parte destructiva del programa para el «fortalecimiento la raza alemana», el Wartheland de Arthur Greiser fue el lugar de deportación más

efectivo: cientos de miles de polacos fueron enviados al Gobierno General y cientos de miles de alemanes llegaron desde la Unión Soviética. Greiser se encontró con el mismo problema que Hitler, a una escala menor: después de todos los movimientos, los judíos seguían allí, y a finales de 1941 no había ningún lugar plausible para la deportación. Greiser se las arregló para deportar a unos cuantos miles de judíos al Gobierno General, pero estos fueron reemplazados por judíos deportados del resto de Alemania.[8]

El jefe de la Sicherheitsdienst (SD) en Poznan, la capital regional de Greiser, había propuesto una solución el 16 de julio de 1941: «Existe el riesgo de que este invierno no podamos alimentar más a los judíos. Tenemos que considerar seriamente si la solución más humana no sería acabar con los que son incapaces de trabajar con algún tipo de preparación rápida. Esto sería en cualquier caso más agradable que dejar que se mueran de hambre». La «preparación rápida» era monóxido de carbono, que ya se había usado en el programa de eutanasia. Probaron una furgoneta gaseadora con prisioneros de guerra soviéticos en septiembre de 1941; posteriormente, las furgonetas gaseadoras se usaron en la Bielorrusia y la Ucrania ocupadas, especialmente para asesinar niños. La máquina asesina de Chelmno era una furgoneta gaseadora que operaba bajo la supervisión de Herbert Lange, quien había liquidado a los discapacitados en el programa de eutanasia. Desde el 5 de diciembre los alemanes estaban usando el centro de Chelmno para matar judíos en Wartheland. 145 301 judíos fueron asesinados en Chelmno en 1941 o 1942. Chelmno estuvo operativa hasta que la población judía de Wartheland se redujo, básicamente, a un campo de trabajo muy funcional dentro del gueto de Łódź. Las masacres se detuvieron a principios de abril: justo cuando estaba empezando la matanza en el distrito de Lublin.[9]

Bełżec iba a ser un nuevo modelo, más eficiente y más duradero que Chelmno. Globocnik, muy probablemente después de consultar con Wirth, decidió construir una instalación fija en la que pudieran gasear a mucha gente a la vez a cubierto (como con el programa de eutanasia), pero donde el monóxido de carbono se generara de forma fiable con motores de combustión interna (como en las furgonetas gaseadoras). En lugar de aparcarse un vehículo, como en Chelmno, el sistema requería desmontar el motor de un vehículo, conectarlo con tuberías a una cámara de gas construida para tal fin, rodear esta cámara de gas con verjas y luego comunicar la factoría de la muerte con los centros de población mediante ferrocarril. Estas eran las innovaciones de Bełżec, simples pero suficientes. [10]

Los líderes nazis siempre habían entendido que los judíos polacos estaban en el corazón del «problema» judío. La ocupación alemana había dividido a los judíos ex ciudadanos polacos en tres zonas políticas diferentes. A partir de diciembre de 1941, unos trescientos mil judíos polacos vivían en Wartheland y otras tierras polacas anexionadas a Alemania. Ahora estaban destinados a que los gasearan en Chelmno. El aproximadamente millón trescientos mil judíos polacos del lado este de la línea Mólotov-Ribbentrop estuvieron destinados a ser ejecutados a partir de junio de 1941, y la mayor parte de ellos serían asesinados en 1942. El mayor grupo de judíos polacos bajo la ocupación alemana era el de los confinados en guetos del Gobierno General. Hasta junio de 1941, el Gobierno General concentraba a la mitad de la población de judíos polacos anterior a la guerra, en torno a 1 613 000 personas. (Cuando un distrito de Galitzia se añadió después de la invasión alemana de la Unión Soviética, el número de judíos en el Gobierno General alcanzó los 2 143 000. Este aproximadamente medio millón de judíos de Galitzia, al este de la línea Mólotov-Ribbentrop, estaban destinados a la ejecución.)[11]

Cuando, en marzo de 1942, Himmler y Globocnik empezaron a matar a los judíos polacos del Gobierno General, emprendían una política inequívoca de destrucción de la mayor población judía de Europa. El 14 de marzo de 1942, Himmler pasó la noche en Lublin y habló con Globocnik. Dos días después, los alemanes empezaron la deportación de judíos desde el distrito de Lublin a Bełżec. La noche del 16 de mayo, reunieron a unos mil seiscientos judíos que carecían de documentos de trabajo, los transportaron al centro y los gasearon. Durante la segunda mitad de marzo de 1942 los alemanes empezaron a despejar de judíos el distrito de Lublin, pueblo a pueblo, ciudad a ciudad. Hermann Hófle, el lugarteniente de Globocnik

para el «realojamiento» encabezaba un equipo que desarrolló las técnicas necesarias. Los judíos de los guetos más pequeños fueron enviados a otros mayores. Luego, los judíos con relaciones peligrosas, los sospechosos de ser comunistas y los veteranos del ejército polaco fueron ejecutados. En el último paso preliminar filtraron a la población y dieron nuevos papeles a los hombres más jóvenes y a otros considerados adecuados para el trabajo.[12]

Al oeste de la línea Mólotov-Ribbentrop, los alemanes dispusieron las cosas de modo que participaran personalmente lo menos posible en las masacres. Las instituciones del gueto, los Judenrat y las fuerzas policiales, se orientaron a la labor de destrucción. El equipo de Globocnik solía empezar una acción en una metrópoli o ciudad determinada contactando con la Policía de Seguridad local; después organizaban una fuerza de policías alemanes. Si los alemanes tenían a su disposición una fuerza policial judía, como ocurría en general en todas las comunidades, requerían a los policías judíos para que hicieran el grueso del trabajo de reunir a sus compañeros para los transportes. En las ciudades, los policías judíos sobrepasaban en gran número a los alemanes de los que recibían órdenes. Puesto que no tenían armas de fuego, sólo podían usar la fuerza contra sus compañeros judíos. Algunas veces los hombres de Trawniki estaban también disponibles para ayudar.[13]

La policía alemana ordenaba a la judía reunir a la población de judíos en un punto y una hora determinados. Al principio, a menudo los atraían al punto de reunión con promesas de comida o puestos de trabajo más atractivos «en el Este». Luego, en redadas que duraban varios días, los alemanes y la policía judía solían bloquear manzanas concretas o casas determinadas y obligar a sus habitantes a acudir al punto de reunión. Los alemanes disparaban en el acto a los niños pequeños, a las mujeres embarazadas, a los discapacitados y a los ancianos. En las metrópolis y en las ciudades donde era necesaria más de una redada, estas medidas se repetían con violencia creciente. Los alemanes querían conseguir cuotas diarias para llenar los trenes, y algunas veces traspasaban las cuotas a los policías judíos, quienes eran responsables (arriesgando sus propias posiciones e incluso sus vidas) de alcanzarlas. Sellaban el gueto durante y después de la acción, de forma que la policía alemana podía saquearlo sin que la población local les estorbara.[14]

Una vez los judíos llegaban a Bełżec, estaban condenados. Llegaban desarmados a un centro cerrado y vigilado, con pocas oportunidades de entender su situación, y menos de resistirse a los alemanes y a los hombres armados de Trawniki. Al igual que a los pacientes de los centros de eutanasia, les pedían que se quitaran la ropa y se deshicieran de sus objetos de valor con la explicación de que estos serían también desinfectados y se los devolverían. A continuación les hacían marchar, desnudos, hasta cámaras que se llenaban con el gas del escape de un motor (que contiene monóxido de carbono). Sólo sobrevivieron dos o tres judíos de todos los que desembarcaron en Bełżec; 434 508 perecieron. Wirth dirigió el centro durante el verano de 1942 y parece que se lució en el desempeño de sus obligaciones. Desde entonces, sirvió como inspector general de Bełżec y de los dos otros centros que se construyeron siguiendo el mismo modelo.[15]

Este sistema funcionó rozando la perfección en el distrito de Lublin del Gobierno General. Las deportaciones a Bełżec desde el distrito de Cracovia empezaron poco después, con resultados similares. Los judíos del distrito de Galitzia sufrieron el solapamiento de dos métodos de asesinato alemanes: al principio del verano de 1941 los ejecutaban disparándoles y, posteriormente, desde marzo de 1942, los gaseaban en Bełżec. Galitzia estaba al este de la línea Mólotov-Ribbentrop y por eso allí fusilaban a los judíos; pero había sido anexionada al Gobierno General, de forma que los judíos estaban también expuestos al gaseamiento. Thomas Hecht, un judío superviviente de Galitzia, recordaba las diversas formas en las que morían los judíos en la región: dos tías, un tío y un primo suyos fueron gaseados en Bełżec; su padre, uno de sus hermanos, una tía, un tío y un primo fueron pasados por las armas; su otro hermano murió en un campo de trabajo.[16]

Mientras tanto, el equipo de Globocnik y sus hombres de Trawniki construyeron otra factoría de la muerte siguiendo el modelo de Bełżec en el distrito de Lublin: en Sobibor, justo al noreste de Lublin. Operativa desde abril de 1942, asesinó, con el mismo método que Bełżec, a unos ciento ochenta mil judíos, con sólo unos cuarenta supervivientes. Globocnik y sus hombres dominaban los

procedimientos esenciales de la operación: redadas en los guetos, realizadas por los hombres de Hofle y los policías alemanes y locales; mantenimiento del orden en los campos, a cargo de una cuadrilla de hombres de Trawniki, unos cuantos alemanes y un gran contingente de fuerza de trabajo judía; y asesinatos en masa, por asfixia por exposición al escape de motor.[17]

Tras haber conseguido una tasa de mortalidad del 99,99% en Bełżec y Sobibor, Himmler ordenó el 17 de abril de 1942 la construcción de un tercer centro, esta vez en el distrito del Gobierno General en Varsovia. Enviaron a una cuadrilla con experiencia en eutanasia acompañada por los hombres de Trawniki, a un lugar cerca del pueblo de Treblinka, donde empezó la construcción de la factoría de la muerte el 1 de junio de 1942. Los trabajadores eran judíos de la región, que fueron asesinados en cuanto acabaron el proyecto. El hombre que supervisó la construcción era, como los comandantes de Bełżec y Sobibor, un veterano del programa de eutanasia sin embargo, a diferencia de Franz Stangl (Sobibor) y Christian Wirth (Bełżec), Irmfried Eberl era doctor en medicina en lugar de jefe de policía. Había dirigido dos de los centros de eutanasia.[18]

Eberl parecía encantado con su nuevo destino: «Me va muy bien –escribió a su mujer durante la construcción de la factoría de la muerte en Treblinka–. Hay un montón de cosas que hacer y es divertido». Cuando faltaba poco para terminar el campo, Eberl estaba «contento y orgulloso de este logro». Se sentía feliz de que el modelo creado por Globocnik en Lublin se exportara a Varsovia.[19]

Hogar de la mayor parte de las clases educadas polacas y de la mayor sociedad de judíos de Europa, Varsovia era una metrópolis que no tenía cabida en la cosmovisión nazi. En primavera de 1942, más de trescientos cincuenta mil judíos permanecían aún vivos en el gueto de Varsovia.

Varsovia era la mayor ciudad del Gobierno General, pero no su centro administrativo. Hans Frank, el Gobernador General, prefería gobernar desde Cracovia, donde ocupaba el antiguo castillo real polaco y se presentaba a sí mismo como miembro de la nueva aristocracia racial. En octubre de 1939, había obstaculizado los intentos de resolver el «problema judío» transportando judíos al distrito de Lublin del Gobierno General. En diciembre de 1941, Frank comunicó a sus subordinados que «debían librarse de los judíos». No tenía ni idea, ni aún entonces, de cómo podrían conseguirlo. Pero en la primavera de 1942 descubrió que Lublin podría servirle: ya no sería el distrito del Gobierno General que recibía a más judíos, sino el lugar donde se exterminaría a los judíos que ya vivían en él. Su idea fue bien acogida: Los hombres de Trawniki llegaron a Varsovia en febrero y en abril. En verano de 1942 Frank cedió a las SS el control de los trabajadores judíos y, posteriormente, de los guetos.[20]

El asesinato político de un mando muy destacado de las SS proporcionó el pretexto para la siguiente escalada. Después de Hitler y Himmler, Reinhard Heydrich era el más importante arquitecto de la política de exterminio de los judíos. Era también un típico ejemplo de la tendencia nazi a confiar varios cargos a una misma persona: cuando ya era el jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich, lo pusieron a cargo del Protectorado de Bohemia y Moravia, las tierras checas anexionadas a Alemania en 1939. El 27 de mayo de 1942 resultó herido en un intento de asesinato llevado a cabo por un checo y un eslovaco contratados por la Inteligencia Británica, y murió el 4 de junio. Hitler y Himmler estaban enojados con él por viajar sin escolta, algo que Heydrich no creía necesario debido a su popularidad entre los checos. En las tierras checas, los alemanes no aplicaron políticas represivas comparables a las que siguieron en Polonia y en la Unión Soviética. Heydrich había convertido en un asunto prioritario el favorecer a la clase trabajadora checa.[21]

El asesinato de Heydrich significó la pérdida de uno de los planificadores de la Solución Final, pero también la consagración de un mártir. Hitler y Himmler se reunieron el 3, el 4 y el 5 de junio de 1942. Himmler pronunció el elogio fúnebre: «Tenemos el deber sagrado de vengar su muerte, continuar su labor y destruir a los enemigos de nuestro pueblo sin piedad y sin debilidad». Un pueblo checo, Lidice, sería totalmente destruido como represalia por el asesinato de Heydrich. Ejecutaron a sus hombres en el acto, mandaron a sus mujeres al campo de concentración de Ravensbrück y gasearon a los niños en Chelmno.[22]

La política nazi de exterminio total de los judíos polacos en el Gobierno General tomó el nombre de «Operación Reinhard» en homenaje a Heydrich. La referencia al asesinato convertía a los alemanes en víctimas y les sirvió para presentar la masacre de los judíos como una represalia. Dentro de la cosmovisión

nazi, el magnicidio de Heydrich en mayo de 1941 tuvo un papel similar al de la declaración de guerra americana de diciembre de 1941: hizo crecer un sentimiento de solidaridad justificada entre los agraviados nazis y distrajo la atención de los verdaderos orígenes de las dificultades y de las políticas alemanas. Heydrich se convirtió en una «víctima» importante de la supuesta conspiración internacional judía responsable de la guerra.[23]

Hitler había declarado la aniquilación de los judíos objetivo de guerra. Pero incluso después de que diera a conocer sus deseos, el momento de matarlos estuvo condicionado por las percepciones alemanas sobre el curso de la guerra y las prioridades económicas asociadas a ella. Era más probable que los judíos murieran cuando los alemanes estaban preocupados por la escasez de comida, y menos probable cuando les inquietaba la escasez de mano de obra.

Hitler anunció su decisión de aniquilar a los judíos no mucho después de decidir que los prisioneros soviéticos de guerra serían utilizados como trabajadores en lugar de matarlos. A principios de 1942, los prisioneros de guerra soviéticos supervivientes estaban integrados en la fuerza de trabajo dentro de Alemania, mientras Hans Frank organizaba con éxito una economía colonial en su Gobierno General. Con los suministros de trabajadores asegurados por el momento, la comida se convirtió en la principal preocupación, tanto en el Reich como en la Polonia ocupada. En abril de 1942, Göring había anunciado recortes en las raciones de alimentos de los alemanes del Reich, y el consumo medio de calorías, en efecto, disminuyó considerablemente ese año. Frank, por su parte, estaba preocupado por la mejora de los suministros de alimentos a su clase trabajadora polaca.[24]

De esta forma, en el verano de 1942 las inquietudes económicas, tal como las entendían los alemanes, aceleraron el plan para exterminar a los judíos polacos. Cuando la comida era la principal angustia; los judíos se convertían en «bocas inútiles», e incluso aquellos que trabajaban a beneficio de la economía alemana y de la Wehrmacht corrían peligro. A finales de 1942, Hans Frank pasó otra vez a preferir la mano de obra a los alimentos, y, por tanto, decidió mantener con vida a los judíos que quedaban. Por aquel entonces, la mayoría de los judíos polacos ya estaban muertos. La economía alemana era como una cuerda floja sobre la que los judíos estaban obligados a caminar, descalzos, con los ojos vendados y sin red. La economía, sangrienta y traicionera, era lo único que había entre ellos y la muerte; sin duda, les fallaría.[25]

La factoría de la muerte de Treblinka se terminó el 11 de julio de 1942. Ocho días después, el 19 de julio de 1942, Himmler ordenó la «deportación total de la población judía del Gobierno General antes del 31 de diciembre de 1942». La orden se refería, ante todo, a Varsovia.[26]

En Varsovia, el 22 de julio de 1942, el especialista en «reasentamientos» de Globocnik, Hermann Hófle, y su grupo de limpiadores de guetos de las SS, dieron instrucciones a la Policía de Seguridad local e hicieron una visita a Adam Czerniaków, jefe del Judenrat. Hófle comunicó a Czerniaków que tenía que presentar cinco mil judíos al día siguiente en un punto de transferencia, o Umschlagplatz Czerniaków, que conocía los anteriores exterminios de guetos en el distrito de Lublin, comprendió lo que se avecinaba. En lugar de aceptar la responsabilidad de tomar parte en la coordinación del asesinato de su gente, se suicidó. Con Czerniaków muerto, los alemanes se decantaron por el engaño: ordenaron a la policía judía que colgara letreros prometiendo pan y mermelada a aquellos que se presentaran en el Umschlagplatz. El primer transporte, de unos cinco mil judíos, partió de Varsovia con destino a Treblinka el 23 de julio. Como Bluma Bergman recordaba, los que se morían de hambre hubieran hecho cualquier cosa por un poco de comida, «incluso aunque supieras que iban a asesinarte».[27]

De este modo empezó la operación en el gueto de Varsovia que los alemanes llamaron la «Gran Acción». Hófle y su equipo se instalaron en el gueto, en Zelazna 103. Como habían hecho en otras ciudades y pueblos en los distritos de Lublin, Cracovia y Galitzia del Gobierno General, ellos y la policía de

seguridad local recurrieron a la coacción. Con la ayuda de unos cuantos cientos de hombres de Trawniki y unos dos mil policías judíos, los alemanes organizaron redadas en el gueto de Varsovia casi a diario durante dos meses. Una vez retirados los más hambrientos, la policía judía se ocupó de los grupos más desamparados: los huérfanos, los pobres, los sin hogar, los prisioneros. Los viejos y los más jóvenes no tenían ninguna oportunidad en absoluto. Los niños menores quince años desaparecieron totalmente del gueto. Los alemanes disparaban inmediatamente a los niños muy pequeños, a los enfermos, a los discapacitados y a las personas de edad avanzada.[28]

Al principio, la policía judía pudo llevar a cabo su tarea casi sin supervisión alemana. Después de varios días deportando a los hambrientos y a los indefensos, los alemanes aplicaron en Varsovia la misma técnica que en todas partes: el bloqueo por sorpresa de un edificio de pisos o de parte de una calle, la comprobación de papeles y la deportación de todos los judíos que no se consideraran necesarios para el trabajo. La policía judía, supervisada por la policía germana, realizó el primer bloqueo el 29 de julio de 1942. Los alemanes decidían qué zonas iban a despejar y cuándo; al amanecer, los policías judíos abrían un sobre sellado con las instrucciones sobre qué aéreas tenían que limpiar ese día. Por lo general, los alemanes planeaban dos acciones cada día con el propósito de alcanzar un cupo.[29]

Las selecciones para el trabajo mantenían a algunos individuos con vida, pero socavaban el espíritu colectivo de resistencia. Aunque los alemanes distaban de ser concienzudos en la distinción entre trabajadores con papeles y los demás, la selección creó una importante división social entre los judíos que tenían papeles y los que no, y generó una preocupación generalizada por la seguridad personal. Los ciudadanos tendían a creer que ellos y sus familias podrían permanecer en el gueto si tenían el trabajo y los documentos adecuados. Esta privatización de la esperanza fue fatídica para el conjunto. Todas las energías disponibles se empleaban en la caza de documentos y no en la coordinación de la resistencia. Nadie intentaba (todavía) disputar el monopolio de la fuerza dentro del gueto a los alemanes y a la policía judía. Mientras no hubo un grupo judío dispuesto a resistirse a su policía, las redadas y las deportaciones podían continuar bajo la supervisión alemana sin que tuvieran que dedicarles demasiado personal.[30]

En agosto de 1942 los alemanes ordenaron a cada uno de los policías judíos que aportaran cinco judíos al día para la deportación o, de lo contrario, serían deportados los miembros de sus familias. Esto tuvo como efecto eliminar a aquellos que no podían defenderse por sí mismos. Vacieron los principales orfanatos el 5 de agosto. El famoso educador Janusz Korczak condujo a sus niños al Umschlagplatz. Tomó de la mano a dos de ellos y caminó con la cabeza alta. Entre las 6623 personas que deportaron ese día junto con él se contaban los educadores y los cuidadores de los orfanatos del gueto: su colega Stefania Wilczyńska y muchos otros. Los policías llevaban en carros a los viejos y a los niños al Umschlagplatz. Los policías judíos se llevaron a una niña de su casa mientras su madre estaba fuera haciendo un recado. Se han conservado sus últimas palabras antes de la deportación a Treblinka: «Sé que es un buen hombre, señor. Sea tan amable de no llevarme con usted. Mi mamá se ha ido sólo por un momento. Volverá en un rato y yo no estaré aquí, sea tan amable de no llevarme con usted».[31]

En los primeros dos meses de la Gran Acción, llevaron a unos 265 040 judíos al Umschlagplatz y otros 10 380, fueron asesinados en el propio gueto. Quedaron quizá sesenta mil judíos. Eran, en su mayoría, varones jóvenes y fuertes.[32]

Cada estadio del asesinato en masa de los judíos de Varsovia era tan espantoso que alentaba la esperanza de que el futuro cercano sería al menos mejor que el pasado inmediato. Algunos judíos creyeron real mente que el trabajo en el Este no podía ser peor que la vida en el gueto. Una vez reunidos en el Umschlagplatz, se puede perdonar a los judíos que creyeran que subir a los trenes sería mejor que la espera indefinida bajo el ardiente sol sin comida, bebida, ni atención sanitaria. Asignaron la supervisión del Umschlagplatz a la policía judía, quien ocasionalmente liberaba a gente que conocía o a los que podían permitirse sobornarles. Como el historiador Emanuel Ringelblum recordaba, la policía judía

además de dinero a veces pedía pagos «en especie», es decir sexo con las mujeres a las que salvaban.[33]

Una vez en los trenes, las ilusiones se desvanecían. Aunque les habían asegurado que su destino era un campo de trabajo «en el Este», algunos judíos tuvieron que haber sospechado que era mentira: después de todo, las personas con certificados de trabajo eran precisamente las que se habían quedado en Varsovia. Si el trabajo era el objetivo, entonces, ¿por qué enviaban primero a los muy viejos y a los muy jóvenes? Los trenes con deportados tenían la prioridad más baja en el sistema ferroviario y a menudo tardaban varios días en llegar a un destino que, de hecho, estaba bastante cerca de Varsovia (Treblinka estaba sólo a cien kilómetros al noreste). No recibían comida ni bebida y en muchos de los trayectos morían en gran número. Los niños se lamían el sudor unos a otros. Las madres a veces lanzaban a los niños desde los trenes, pensando que era más posible que sobrevivieran en la naturaleza que donde fuera que el tren se dirigiese. Algunos padres explicaban a sus hijos muy pequeños, nacidos en el gueto, lo que iban viendo a través de las ventanas o de las rendijas de las puertas. Los más pequeños nunca habían visto antes campos o bosques. No los verían nunca más.[34]

Los polacos solían gritar a los trenes que pasaban. El gesto de cruzar un dedo sobre la garganta, que recordaban con odio algunos judíos supervivientes, servía para comunicar a los judíos que iban a morir (aunque no necesariamente que los polacos se lo desearan). Algunos polacos les pedían dinero; otros, quizás más compasivos, quizá con otras necesidades, se interesaban por los niños. Yankiel Wiernik recordó su propio viaje, uno de los primeros desde Varsovia: «Mi vista se posaba en todo el mundo y en todo, aunque no podía abarcar la enormidad de mi infortunio». Nadie podía.[35]

Cada transporte estaba compuesto por entre cincuenta y siete y sesenta vagones de tren, es decir entre unas cinco mil y seis mil personas. Antes de llegar a la estación más cercana a Treblinka, el tren se paraba. Entonces, a veces después de una espera de horas o incluso días, otra máquina se acercaba y movía diecinueve o veinte vagones (mil setecientas o dos mil personas) hasta una vía secundaria que se adentraba en el centro de exterminio de Treblinka. La segunda máquina empujaba en lugar de tirar de esos vagones, de forma que el maquinista iba hacia atrás y nunca veía la instalación ni entraba en ella.[36]

Los judíos que todavía estaban vivos eran obligados a salir de cada vagón por los hombres de Trawniki, que blandían pistolas y látigos restallantes. Casi todos los judíos deportados a Treblinka murieron en estas primeras semanas, pero no en la forma fluida de Bełżec y Sobibor y no como los alemanes pensaban. Los transportes regulares y masivos de judíos habían saturado muy rápido las pequeñas cámaras de gas de Treblinka y, por tanto, los alemanes y los hombres de Trawniki tuvieron que recurrir a los fusilamientos. Ese no era el trabajo para el que habían entrenado a los hombres de Trawniki: lo hacían mal, pero lo hacían. En agosto, la vía secundaria dentro de la factoría de la muerte de Treblinka estaba rodeada de pilas de cadáveres.

Oskar Berger, quien llegó en un transporte del 22 de agosto, recordaba «cientos de cuerpos tirados por los alrededores». Yankiel Wiernik rememora su llegada el 24 de agosto: «El patio del campamento estaba cubierto de cadáveres, algunos todavía con la ropa puesta y algunos desnudos, sus facciones deformadas por el miedo y el desconcierto, negros e hinchados, los ojos abiertos como platos, con las lenguas abultadas, los cráneos aplastados, los cuerpos enredados». Un judío que había llegado el día anterior, el 23 de agosto, se libró por poco de formar parte de ese montón: le seleccionaron para el trabajo, que consistía principalmente en deshacerse de los restos humanos. El hombre recordaba cómo llevaban a cabo las masacres en esas primeras semanas de Treblinka: «Después de que bajáramos del vagón, los alemanes y los ucranianos, látigos en mano, nos conducían a un patio donde nos ordenaban tumbarnos boca abajo. Entonces caminaban a nuestro alrededor y nos disparaban en la nuca». Adam Krzepicki, quien llegó el 25 de agosto, relató una impresión similar: «Cuerpos de personas de diferentes edades, en diferentes posturas, con diferentes expresiones faciales en el momento de exhalar su último suspiro. ¡Alrededor, sólo tierra, cielo y cadáveres!». Edward Weinstein recordaba el día siguiente, el 26 de agosto. «Y miré fuera y vi el infierno. Cadáveres hasta la altura de las ventanas del vagón de ganado, en la rampa». Franz Stangl, el oficial de policía austriaco que dirigía la factoría de la muerte de Sobibor recibió el encargo de

investigar el caos de Treblinka. Presumiblemente, no era un hombre que se sintiera fácilmente abrumado por la muerte y, a diferencia de los judíos que llegaban, tenía alguna idea de lo que podía esperar. Sin embargo, quedó conmocionado por lo que encontró: «El olor era indescriptible; cientos, no, miles de cadáveres estaban por todas partes, descomponiéndose, pudriéndose».[37] Irmfried Eberl, el doctor en medicina austriaco que dirigía Treblinka, había deseado probar su valía. Quería que sus tasas de exterminio superaran las de los comandantes de las otras factorías de la muerte, los jefes de policía de Bełżec y Sobibor. Continuó aceptando transportes en agosto de 1942, incluso cuando el número de personas que había que matar excedía con mucho la capacidad del centro para asfixiarlas. La muerte, entonces, se propagó al exterior: desde las cámaras de gas a la zona de espera en el patio y del patio a los trenes que aguardaban en la estación o en las vías o en algún lugar lejano en la Polonia ocupada. Los judíos morían de todos modos, la mayoría de ellos; pero ahora algunos escapaban de los trenes, lo que había ocurrido muy raramente durante los primeros transportes a Sobibor y Bełżec.[38]

Los que se fugaban volvían al gueto de Varsovia, a menudo con una cierta idea sobre de qué se habían librado. La desorganización también llamó la atención de los transeúntes. Debido a los retrasos ferroviarios, solía ocurrir que los trenes que transportaban a los soldados alemanes al frente del Este circularan detrás de uno de los trenes de la muerte o quedaran detenidos por él; unos cuantos espectadores tomaron fotografías, otros vomitaban por el hedor. Algunos de estos soldados iban camino del sudoeste de la Rusia Soviética para tomar parte en la ofensiva de Stalingrado. Los soldados alemanes que veían los transportes a Treblinka descubrían exactamente por qué estaban luchando, si es que querían saberlo.[39]

Eberl fue destituido de su puesto por incompetente y en agosto de 1942 Stangl tomó el mando de Treblinka. Strangl, quien más tarde dijo que veía el gaseamiento masivo de judíos como su «profesión» y que «lo disfrutaba», pronto puso Treblinka en orden. Hizo detener temporalmente los transportes y obligó a los trabajadores judíos a enterrar los cadáveres. Cuando la factoría de la muerte abrió de nuevo, a principios de septiembre de 1942, ya se parecía mucho más a la máquina que debía ser.[40]

Stangl gobernaba con la ayuda de un asistente particularmente sanguinario, Kurt Franz, a quien los trabajadores judíos apodaban La Muñeca (por su vanidad y su apostura). A Franz le gustaba mirar boxear a los judíos, ver cómo su perro atacaba a los judíos y contemplar a los animales en general: en cierta ocasión ordenó a los trabajadores judíos que construyeran un zoo. A los alemanes les ayudaban unas cuantas docenas de hombres de Trawniki que servían de guardias y realizaban funciones esenciales en el campo, como conducir a los judíos a las cámaras de gas y liberar el monóxido de carbono. El resto del trabajo lo ejecutaban unos pocos cientos de judíos, salvados de la muerte con el único propósito de desempeñar tareas relacionadas con el asesinato en masa y los saqueos y condenados ellos mismos a una muerte rápida si mostraban el menor signo de debilidad. Como Bełżec y Sobibor, Treblinka estaba diseñada para funcionar con mano de obra judía, de forma que los hombres de Trawniki tuvieran poco –y los alemanes casi nada– que hacer.[41]

Cuando se difundieron los rumores sobre Treblinka, los alemanes los combatieron con propaganda. El gobierno polaco, exiliado en Londres, había ido transmitiendo a sus aliados británicos y estadounidenses informes sobre los gaseamientos y sobre otras matanzas alemanas de ciudadanos polacos. Durante el verano, instó a los británicos y a los americanos, sin ningún éxito, a realizar acciones de represalia contra los civiles alemanes. Los oficiales de la resistencia polaca, el Ejército Nacional, consideraron la posibilidad de un ataque a Treblinka, pero no lo hicieron. Los alemanes negaban que hubiera gaseamientos. El jefe de la policía judía en Varsovia y el «comisario de realojamiento», Józef Szerzyński, afirmaron que habían recibido postales desde Treblinka. Era cierto que había un servicio postal dentro del gueto de Varsovia que funcionaba incluso durante aquellas semanas. Los carteros vestían gorras con señales de color naranja vivo para que no los detuvieran en las redadas, Pero, por supuesto, no traían ninguna noticia de Treblinka.[42]

Los transportes desde Varsovia a Treblinka se reanudaron el 3 de septiembre de 1942. El último transporte de la Gran Acción, del 22 de septiembre de 1942, incluía a la policía judía y a sus familias. Cuando el tren se acercaba a la

estación, los policías arrojaron por las ventanas sus sombreros y cualquier otro distintivo de su antigua misión o estatus social (los policías judíos a menudo provenían de familias prósperas). Era una conducta prudente, puesto que podían encontrar un duro recibimiento por parte de sus compañeros en el campo de concentración. Pero Treblinka no era un campo. Era un centro de exterminio, por lo que su acción no les sirvió para nada. Los policías fueron gaseados como todos los demás.

En pocos meses, Stangl había cambiado el aspecto de Treblinka y había aumentado su funcionalidad letal. Los judíos que llegaban a Treblinka a finales de 1942 ya no desembarcaban en una simple rampa rodeada de cadáveres, sino dentro de una falsa estación de tren, pintada por los trabajadores judíos para que pareciera real. Tenía un reloj, un tablón de horarios y ventanillas. Cuando los judíos salían de la estación escuchaban música interpretada por una orquesta dirigida por el músico de Varsovia Arthur Gold. A los judíos que en ese momento cojeaban o se movían con dificultad, o daban cualquier otra señal que revelara su debilidad, los llevaban a una clínica. Trabajadores judíos con bandos rojos les ayudaban a dirigirse a un edificio marcado con una cruz roja. Detrás de ese edificio, alemanes vestidos como médicos disparaban en la nuca a los judíos enfermos, junto a una fosa. El jefe de las ejecuciones era August Miete, a quien los judíos llamaban Malakh Ha-Mavet, el Ángel de la Muerte. Los judíos que podían valerse por sí mismos avanzaban unos cuantos pasos hasta una especie de patio, donde separaban a las mujeres y a los hombres: los hombres a la derecha, las mujeres a la izquierda, como les ordenaban en alemán y en yiddish.[43] En el patio, obligaban a los judíos a desvestirse con el pretexto de que les iban a desinfectar antes del siguiente transporte «al Este». Los judíos tenían que amontonar sus ropas pulcramente y atar sus zapatos juntos con un lazo. Debían entregar todos sus objetos de valor; sometían a las mujeres a búsquedas en sus orificios corporales. En este punto, en algunos transportes, seleccionaban a unas cuantas mujeres para violarlas y escogían a unos cuantos hombres para trabajar. Las mujeres compartían después el destino del resto, mientras que los hombres vivirían aún unos cuantos días, semanas o incluso meses como trabajadores esclavos.[44]

Todas las mujeres iban a las cámaras de gas sin ropa y sin pelo. Cada mujer tenía que sentarse ante un barbero judío. Las mujeres religiosas que llevaban pelucas tenían que entregarlas. Incluso en este último momento antes de la muerte, las personas reaccionaban de forma diferente, particular. Para algunas mujeres el corte de pelo era la confirmación de la historia de la «desinfección». Para otras, era la prueba de que estaban a punto de ser asesinadas. El cabello de las mujeres se empleaba para hacer polainas para los trabajadores ferroviarios alemanes y para forrar las zapatillas que usaban las tripulaciones de los submarinos alemanes.[45]

Ambos grupos, primero las mujeres y después los hombres, desnudos, humillados e indefensos, eran obligados a correr por un túnel de pocos metros de ancho y cien metros de largo; los alemanes lo llamaban «la carretera al cielo». Al final del túnel, los judíos podían ver una gran estrella de David en el frontón sobre la entrada a una habitación oscura. Había una cortina ceremonial con una inscripción en hebreo:

«Esta es la puerta de Dios. Los justos entrarán por ella». Probablemente muy pocos judíos percibían estos detalles mientras los dos guardias apostados en la entrada, dos hombres de Trawniki, los obligaban a entrar con rudeza. Uno de ellos sostenía un trozo de tubo, el otro una espada y ambos gritaban y golpeaban a los judíos. Después, uno de ellos cerraba la puerta, echaba el cerrojo y gritaba «¡Agua!», el último detalle de la mentira, innecesario ya para este grupo condenado, encerrado en una cámara de gas, pero dirigido a los que esperaban su turno. Un tercer hombre de Trawniki tiraba de una palanca y un motor de tanque bombeaba monóxido de carbono dentro de la cámara.[46]

Al cabo de unos veinte minutos, los hombres de Trawniki abrían la puerta trasera de la cámara de gas y los trabajadores judíos retiraban los cuerpos. Como resultado de las enfebrecidas luchas y de la agonía, los cuerpos estaban enredados miembro con miembro, y algunas veces eran muy frágiles. Como recordaba el trabajador de Treblinka Chil Rajchman, los cuerpos habían sufrido «una atroz metamorfosis». Los cadáveres estaban cubiertos, como la misma cámara, de sangre, heces y orina. Los trabajadores judíos tenían que limpiar la cámara para que el siguiente grupo no descubriera la mentira de la desinfección y entrara en pánico

al acceder al lugar. Posteriormente tenían que separar los cuerpos y disponerlos boca arriba sobre la tierra para que un equipo de dentistas judíos hiciera su trabajo: sacar los dientes de oro. Algunas veces las caras estaban completamente negras, como si se hubieran quemado, y las mandíbulas estaban apretadas tan firmemente que los dentistas apenas podían abrirlas. Una vez extraídos los dientes de oro, los trabajadores judíos arrastraban los cuerpos hasta las fosas para enterrarlos. El proceso al completo, desde el desembarco de los judíos vivos hasta la inhumación de sus cuerpos no llevaba más de dos horas.[47]

En el invierno de 1942-1943, los alemanes empezaron a separar a los judíos no en dos sino en tres grupos: los hombres, las mujeres ancianas y las mujeres jóvenes. Mandaban a las mujeres jóvenes al gas en último lugar porque les gustaba mirar sus cuerpos desnudos bajo el frío. Por aquel entonces quemaban los cuerpos en lugar de enterrarlos. Las piras eran parrillas de unos treinta metros de ancho, hechas con raíles de ferrocarril colocados sobre pilares de cemento. En primavera, los fuegos ardían en Treblinka día y noche, unas veces quemando los cadáveres descompuestos exhumados por los trabajadores judíos, y otras los cuerpos de aquellos que acababan de morir asfixiados. Las mujeres, con más tejido graso, quemaban mejor que los hombres: los trabajadores aprendieron a ponerlas debajo de la pila. Los vientres de las mujeres embarazadas tendían a reventar, de manera que se podían ver los fetos en su interior. En las frías noches de la primavera de 1943, los alemanes solían quedarse junto al fuego a beber y calentarse. Una vez más, los seres humanos eran reducidos a calorías, unidades para caldear. La quema tenía por objeto eliminar cualquier evidencia del crimen, pero los trabajadores judíos se aseguraron de que no lo consiguieran. Dejaban esqueletos completos intactos y enterraban mensajes en botellas para que otros los encontraran.[48]

Para las víctimas era muy difícil dejar cualquier otro tipo de rastro. Chil Rajchman había llegado a Treblinka con su hermana. Tan pronto como vio el lugar dejó las maletas de ambos en el suelo. Su hermana no entendía por qué: «No nos harán falta», fueron las últimas palabras que le dijo. Lo seleccionaron para trabajar. Mientras se dedicaba a re visar ropas, encontró «el vestido que llevaba mi hermana. Me detuve, cogí el vestido y lo sujeté entre las manos, mirándolo». Luego tuvo que dejarlo y continuar. Tamara e Itta Willenberg dejaron sus ropas amontonadas juntas. Su hermano Samuel, un trabajador judío, encontró por casualidad las prendas unidas «como en un abrazo entre hermanas». Debido a que les cortaban el pelo, las mujeres tenían unos pocos minutos en los que podían hablar con sus compañeros judíos quienes, tal vez, podrían sobrevivirlas y recordar sus palabras. Ruth Dorfmann recibió el consuelo de su barbero, quien le dijo que su muerte sería rápida, y pudo llorar con él. Hanna Levinson le pidió a su barbero que huyera para contarle al mundo lo que estaba sucediendo en Treblinka.[49]

Los judíos sólo podían controlar sus posesiones con una gran previsión, de las maneras más sutiles. En general, el instinto los impulsaba a llevar consigo sus bienes transportables (si tenían alguno) con la esperanza de realizar más tarde algún trueque o soborno. Algunas veces; cuando presentían lo que les esperaba, arrojaban su dinero y sus objetos valiosos desde el tren para que no enriquecieran a sus verdugos. Normalmente lo hacían cerca de Treblinka. Dentro de la factoría de la muerte, los trabajadores judíos se encargaban de buscar los objetos valiosos y, por supuesto, se embolsaban algunos. Se los daban a los hombres de Trawniki, que tenían derecho a salir, a cambio de comida de los pueblos cercanos. Los hombres de Trawniki entregaban los objetos valiosos a las mujeres del lugar y a las prostitutas, quienes al parecer acudían desde puntos tan lejanos como Varsovia. Cuando contraían enfermedades venéreas, los hombres de Trawniki consultaban a los médicos judíos que había entre los trabajadores. Así era el particular círculo cerrado de la economía local, que un testigo recordaba como una «Europa» enjoyada y degradada.[50]

A través de estos contactos, los trabajadores judíos que permanecían vivos en 1943 pudieron saber algo del mundo exterior y del curso de la guerra. La mayoría de los hombres de Trawniki sabían leer en ruso y se las arreglaban para conseguir propaganda y prensa soviéticas. Estaban entre los millones de ciudadanos soviéticos que trabajaban para los alemanes en diversos cometidos, y oían rumores. Tuvieron noticias –y, por tanto, los trabajadores judíos lo supieron también– de la derrota alemana en Stalingrado en febrero de 1943. Los trabajadores veían que disminuían los transportes en 1943 y temían,

justificadamente, que su propia razón de existir estuviera llegando a su fin. Por aquel entonces la inmensa mayoría de los judíos polacos ya estaban muertos. Imaginando que su centro iba a cerrar pronto, algunos de los trabajadores judíos se rebelaron el 2 de agosto de 1943, consiguieron algunas armas e incendiaron partes del complejo. Unos pocos cientos de peones escaparon por un agujero en la valla; unas cuantas docenas sobrevivieron a la guerra. Entre ellos se encontraban Chil Rajchman y los otros trabajadores que escribieron memorias sobre Treblinka.[51]

Cerraron el centro el 17 de noviembre de 1943. Sus últimas víctimas fueron los treinta trabajadores judíos encargados de desmantelarlo. Al final, los ejecutaron en grupos de cinco y los judíos que quedaban los incineraron. Los hombres de Trawniki quemaron al último grupo de cinco. Más o menos por la misma época, los alemanes emprendieron una acción de asesinato en masa contra el resto de trabajadores judíos, los que todavía trabajaban en campos de concentración en el Gobierno General. Unos cuarenta y dos mil judíos fueron asesinados en esta operación, conocida como «Festival de la cosecha».[52]

Uno de los aproximadamente cincuenta supervivientes de Treblinka, Saúl Kuperhand, comprendió que en Treblinka «mandaban los números». Los 265 040 judíos de Varsovia deportados en la Gran Acción fueron contabilizados cuidadosamente. En unas catorce semanas, entre el 4 de agosto y mediados de noviembre, al menos trescientos diez mil judíos del distrito de Radom del Gobierno General fueron gaseados en Treblinka. En total, en Treblinka fueron asesinadas 780 863 personas, la inmensa mayoría de ellas judíos polacos del Gobierno General. Muchos de los judíos del Gobierno General que no murieron en Bełżec o Sobibor fueron gaseados en Treblinka. En total, la Operación Reinhard segó las vidas de un millón trescientos mil judíos polacos.[53]

Al continuar la guerra, el propósito de Treblinka se hizo aún más patente: librar de la población judía a un imperio racial menguante y proclamar una magra victoria con sus espeluznantes frutos. Un cuerpo puede ser quemado para obtener calor o para alimentar a los microorganismos que fertilizan la tierra. Incluso las cenizas humanas son fertilizantes. Después de desmantelar Treblinka, los alemanes usaron los ladrillos de las cámaras de gas para construir una granja y convirtieron los campos de la muerte en campos de cultivo. Un par de hombres de Trawniki accedieron a quedarse como granjeros. En este hecho subyace una oscura interpretación literal de la fantasía nazi de redimir la tierra destruyendo a los judíos. Los cadáveres y las cenizas de los judíos fertilizarían el suelo cultivable que iba a dar de comer los alemanes. Pero nunca hubo ninguna a cosecha.[54]

Cuando Treblinka dejó de funcionar, el centro del Holocausto se desplazó al oeste, a unas instalaciones muy especiales en los territorios anexionados de Polonia incorporados al Reich: a Auschwitz. Era un campo establecido en 1940 en un territorio de Polonia que Alemania se había anexionado. Auschwitz estaba operativo como campo de concentración casi un año antes de que Alemania invadiera la Unión Soviética y más de un año antes de que Hitler hubiera aclarado el significado de la Solución Final. A diferencia de las factorías de la muerte en Treblinka, Sobibor y Bełżec, que se fundaron con el único propósito de matar a los judíos de Polonia, el complejo de Auschwitz evolucionó cuando cambiaron las políticas hacia los judíos y otras poblaciones. El desarrollo del centro de Auschwitz ilustra la transformación del sueño de colonizar el Este en un programa para exterminar a los judíos.

El campo alemán que se fundó en Auschwitz en 1940 estaba pensado para intimidar a la población judía. Después del ataque a la Unión Soviética en verano de 1941, los prisioneros soviéticos se añadieron a los polacos y el campo se usó como lugar de ejecución para ambos, Himmler deseaba que Auschwitz se convirtiera en un ejemplo de la economía colonial de las SS, según la cual las tierras ocupadas de una nación enemiga podían cederse a una empresa alemana, que explotaría mano de trabajo esclava para manufacturar bienes destinados a la economía de guerra alemana. Puesto que Auschwitz tenía un buen suministro de agua y estaba bien conectada por tren, Himmler la veía, igual que los altos directivos de IG Farben, como un lugar ideal para la producción de caucho artificial. En octubre de 1941 Himmler encontró trabajadores judíos en Eslovaquia, cuyos líderes se

alegraron de librarse de ellos. En un año, Eslovaquia deportó a 57 628 de sus ciudadanos judíos. Casi todos ellos morirían.[55]

En 1942 se añadió una segunda instalación importante y Auschwitz se convirtió en una factoría de la muerte además de campo de concentración y centro de ejecuciones. Rudolf Höss, su comandante, era un veterano de los campos de concentración de Dachau y Buchenwald, no de las instalaciones asesinas del programa de eutanasia. Bajo su mando, Auschwitz se convirtió en una suerte de híbrido especial, un campo de trabajo con una factoría de la muerte adjunta. Los trabajadores no judíos continuaron llegando y trabajando en unas condiciones espantosas. Seleccionaban a los judíos para trabajar cuando llegaban a Auschwitz y gaseaban inmediatamente a los que juzgaban inútiles (una considerable mayoría). En 1942, los 140 146 judíos no seleccionados para trabajar fueron gaseados en las cámaras de gas de Auschwitz conocidas como búnker 1 y búnker 2. A partir de febrero de 1943, la mayoría de los judíos muertos fueron asesinados en las nuevas cámaras de gas construidas en el cercano Birkenau, y sus cuerpos incinerados en un crematorio anexo. En las cámaras de gas de Auschwitz-Birkenau las bolitas de Zyklon B se sublimaban en contacto con el aire produciendo un gas letal en una proporción de un miligramo por kilogramo de peso corporal. El cianuro mata a escala celular, al interferir en la capacidad de la mitocondria de las células para producir la energía que mantiene la vida.[56]

Como los otros cinco centros de exterminio, Auschwitz estaba ubicado en la Polonia ocupada. Sirvió, sin embargo, como el principal lugar de exterminio de las poblaciones judías de fuera de Polonia. Aunque algunos de los judíos no polacos fueron asesinados en las otras cinco factorías de la muerte, la inmensa mayoría de las víctimas de éstas fueron judíos polacos. Auschwitz fue el único de los seis lugares de exterminio donde los judíos polacos no constituyeron la mayoría de las víctimas. Se convirtió en un centro de la muerte por la misma época en que las políticas de exterminio alemanas se trasladaron más allá de la Polonia y de la Unión Soviética ocupadas para abarcar otras poblaciones de judíos europeos, Dentro de la Oficina Central de Seguridad del Reich, Adolf Eichmann y los hombres de la sección judía organizaron deportaciones desde Francia, Bélgica y los Países Bajos en 1942. En 1943, Eichmann organizó el traslado de judíos desde Grecia y desde la Italia ocupada. La Italia fascista no había entregado a sus judíos a Hitler mientras Mussolini estuvo en el poder y Alemania e Italia fueron aliados. Pero después de que los americanos, los británicos, los canadienses y los polacos invadieran el sur de Italia y los italianos capitularan, los alemanes ocuparon la parte norte del país y deportaron a los judíos por su cuenta. En 1943, unos doscientos veinte mil judíos fueron gaseados en Auschwitz.[57]

En 1944 ya no era posible fusilar a los judíos soviéticos, porque los alemanes habían sido expulsados de la Unión Soviética y las instalaciones de la Operación Reinhard estaban cerradas debido al avance del Ejército Rojo; ese año, Auschwitz se convirtió en activo principal de la Solución Final. Casi todos los aproximadamente seiscientos mil judíos que los alemanes asesinaron en 1944 murieron en Auschwitz. La mayor parte eran judíos húngaros. Hungría, como Italia, no había enviado a los judíos a los centros de exterminio mientras fue un estado soberano y un aliado alemán (en general, a los judíos no les fue tan mal en los países aliados con Alemania como en los países ocupados por Alemania). Después de que los dirigentes húngaros intentaran, en marzo de 1944, cambiar de bando en la guerra, los alemanes impusieron su propio gobierno. Un nuevo régimen fascista húngaro empezó a deportar a los judíos en mayo. Unos 437 000 llegaron a Auschwitz en ocho semanas. Unos ciento diez mil fueron seleccionados como mano de obra, de los cuales muchos sobrevivieron; como mínimo 327 000 fueron gaseados. A lo largo de la guerra, unos trescientos mil judíos polacos fueron enviados a Auschwitz, de los cuales asesinaron a doscientos mil. Sumados, los judíos húngaros y polacos representan la mayoría de las víctimas judías de Auschwitz.[58]

Auschwitz fue el clímax del Holocausto, alcanzado en un momento en el que la mayoría de los judíos soviéticos y polacos bajo la tiranía alemana ya habían muerto. Del millón de judíos soviéticos asesinados en el Holocausto, menos del uno por ciento murió en Auschwitz. De los aproximadamente tres millones de judíos polacos asesinados en el Holocausto, sólo un 7% pereció en Auschwitz. Cerca de un millón trescientos mil judíos polacos fueron masacrados, normalmente fusilados, al este de la línea Mólotov-Ribbentrop. Un millón trescientos mil

judíos polacos más fueron gaseados en la Operación Reinhard en el Gobierno General (más de setecientos mil en Treblinka, unos cuatrocientos mil en Bełżec, ciento cincuenta mil en Sobibor y cincuenta mil en Majdanek). Otros trescientos cincuenta mil más fueron gaseados en las tierras anexionadas al Reich (cerca de doscientos mil en Auschwitz, unos ciento cincuenta mil en Chelmno). La mayoría de las víctimas polaco-judías restantes fueron pasadas por las armas en las redadas de los guetos (unos cien mil) o en la Operación Festival de la Cosecha (cuarenta y dos mil), o durante las muchas acciones menores y en ejecuciones individuales. Muchos más murieron de hambre o de enfermedades en los guetos o trabajando en los campos de concentración.[59]

Un número considerable de las víctimas mortales de Auschwitz, más de cien mil, no eran judíos. Unos setenta y cuatro mil polacos no judíos y unos quince mil prisioneros de guerra soviéticos murieron también en Auschwitz: ejecutados o trabajando hasta la muerte. Con la excepción de los prisioneros de guerra soviéticos que fueron gaseados experimentalmente, no enviaron a estas personas a las cámaras de gas, pero sí a los gitanos de las etnias romá y sinti.

Aunque nunca les persiguieron con la misma energía que a los judíos, los romá y los sinti estuvieron sometidos a una política de exterminio en los lugares donde se extendió el poder alemán. Fueron fusilados por los Einsatzgruppen en la Unión Soviética ocupada (unos ocho mil casos documentados); incluidos en las órdenes de matanzas por acciones de represalia en Bielorrusia; fusilados por la policía en la Polonia ocupada; ejecutados junto a los judíos en acciones de represalia en Serbia; asesinados en un campo de concentración del aliado títere de Alemania, Croacia (unos quince mil); sometidos a las limpiezas étnicas de los territorios conquistados por Rumanía, aliada de Alemania, y gaseados en Chelmno en enero de 1942 (unos cuatro mil cuatrocientos) y posteriormente en Auschwitz en mayo de 1943 (aproximadamente mil setecientos) y en agosto de 1944 (unos dos mil novecientos, después de que muchos más hubieran muerto por hambre, enfermedad o malos tratos). Al menos cien mil gitanos romá y sinti, y más probablemente dos o tres veces ese número, fueron asesinados por los alemanes. [60]

Aunque nadie sobrevivió a sus cámaras de gas, más de cien mil personas salieron con vida de Auschwitz. Un nombre que sería recordado tras la guerra, una sombra negra tras una cortina de acero, un atisbo de la mayor oscuridad que se cernió sobre el Este. Menos de cien trabajadores judíos vieron el interior de la factoría de la muerte de Reinhard y sobrevivieron. Pero incluso Treblinka dejó algunos rastros en el aire.

Los prisioneros solían cantar en Treblinka; por orden de los alemanes, pero también por iniciativa propia. Los judíos que iban a morir cada día cantaban El male rachamim. Los hombres de las SS los escuchaban desde fuera. Los hombres de Trawniki trajeron consigo del Este un «raro don» para cantar «preciosas canciones», como reconoció uno de los trabajadores judíos. Era música menos elevada, canciones populares polacas, que les recordaban a los trabajadores de Treblinka la vida fuera del campo y les daban valor para preparar su fuga. Estas canciones hablaban de amor y locura y, por tanto, de vida y libertad. Se celebraron algunas bodas en Treblinka, entre los trabajadores y las mujeres que realizaban las tareas domésticas para los alemanes.[61]

Los Barberos judíos, quienes cortaron el cabello a miles de mujeres, recordaban a las que eran hermosas.

Capítulo 9

RESISTENCIA E INCINERACIÓN

La noche del 21 de junio de 1944 perteneció a los partisanos soviéticos de Bielorrusia. Tres años antes, la Wehrmacht había pasado rápida mente por la región en su camino hacia Moscú, adonde nunca llegó. Los soviéticos avanzaban ahora hacia la línea Mólotov-Ribbentrop y hacia Varsovia y Berlín. El Grupo de Ejércitos Centro de la Wehrmacht estaba de vuelta en Bielorrusia, pero en retirada. Los mandos del Ejército Rojo habían planeado una ofensiva masiva en verano, que empezaría coincidiendo con el tercer aniversario de la Operación Barbarroja para recordarles a los alemanes el fracaso de sus ambiciones. Los guerrilleros soviéticos enterraron miles de cargas explosivas en las vías de

tren de Bielorrusia. Cuando los soldados soviéticos atacaban, las tropas alemanas no podían recibir refuerzos ni retirarse rápidamente. Por tanto, el 22 de junio perteneció a los soldados del primer, segundo y tercer frentes bielorrusos del Ejército Rojo. Ellos y otros dos grupos armados sumaban mucho más de un millón de soldados, más del doble de los que podía convocar el Cuerpo de Ejércitos Centro de la Wehrmacht. La ofensiva, la Operation Bagration, brindó una de las más importantes victorias soviéticas en la guerra.[1]

Dos semanas antes, los estadounidenses se habían unido a la batalla por Europa. Tras dominar a la flota japonesa en el Pacífico, Estados Unidos abrió el 4 de junio de 1944 un importante frente europeo en la guerra. El ejército de EE. UU. desembarcó (junto con los británicos y otros aliados occidentales) ciento sesenta mil hombres en las playas de Normandía. Pero el poder estadounidense también se desplegó en las profundidades de Bielorrusia, donde unidades soviéticas motorizadas, equipadas con camiones y jeeps americanos, rodeaban a las desventuradas fuerzas alemanas. Las tácticas de cerco alemanas habían sido aprendidas, agilizadas y empleadas contra los propios alemanes. El gran avance de los soviéticos en Bielorrusia fue más drástico que el de Estados Unidos a través de Francia. Los soldados alemanes fueron superados en número, y sus oficiales, en astucia. Los mandos alemanes habían esperado que la ofensiva soviética pasara a través de Ucrania en lugar de por Bielorrusia. Los alemanes sufrieron unas cuatrocientas mil bajas entre hombres extraviados, heridos o muertos. El ejército Centro fue aplastado. La vía hacia Polonia estaba abierta. [2]

Rápidamente, el Ejército Rojo cruzó la línea Mólotov-Ribbentrop y entró en la región que había sido el distrito de Lublin del Gobierno General. Vasili Grossman, el escritor soviético que seguía al Ejército Rojo como periodista, contempló lo que los alemanes dejaban atrás. El Ejército Rojo descubrió el campo de Majdanek el 24 de julio de 1944. A principios de agosto, Grossman encontró un horror aún mayor, que tal vez se le hubiera escapado a una imaginación más pobre que la suya. Al toparse con Treblinka se dio cuenta rápidamente de lo que había pasado: los judíos de Polonia habían sido asesinados en cámaras de gas, sus cuerpos quemados, sus cenizas y huesos enterrados en campos. Caminó por una «tierra tan inestable como el mar» y encontró los restos: fotografías de niños en Varsovia y en Viena; trozos de bordado ucraniano; un saco de pelo, rubio y negro.[3]

Las tierras polacas habían estado bajo la ocupación alemana cerca de cinco años. Para los judíos de Varsovia, o para casi todos ellos, la operación Bagration fue una liberación que nunca llegó. Los restos de más de un cuarto de millón de judíos de Varsovia estaban entre las cenizas y los huesos que Grossman encontró en Treblinka.

En 1939, Polonia había estado ocupada por alemanes y soviéticos. Para los polacos no judíos de Varsovia, que conspiraban para resistir a la dominación alemana, la Operación Bagration presagiaba la llegada de un aliado muy discutible. Significaba la segunda incursión del Ejército Rojo en el territorio polaco durante la Segunda Guerra Mundial.

Esta era la diferencia entre las experiencias de los polacos y las de los polacos judíos en la guerra. Los polacos judíos sufrieron horriblemente por las dos ocupaciones, alemana y soviética, pero de forma similar en cada una. Los polacos no judíos que deseaban luchar pudieron algunas veces escoger contra qué ocupante luchar y en qué circunstancias.

Los judíos polacos supervivientes tenían todas las razones para preferir los soviéticos a los alemanes y para ver al Ejército Rojo como un liberador. Muchos de estos aproximadamente sesenta mil judíos que todavía estaban vivos en el gueto de Varsovia después de la Gran Acción de verano de 1942 escogieron resistir. Pero no pudieron escoger el tiempo y el lugar de su resistencia. Todo lo que pudieron hacer fue luchar.

Varsovia fue el centro de la resistencia urbana al dominio nazi en la Europa

ocupada. Durante dos años, entre septiembre de 1942, momento en el que Treblinka se había cobrado las vidas de la mayoría de los judíos de Varsovia, y septiembre de 1944, cuando Grossman describió los mecanismos del centro de exterminio en su artículo «El infierno de Treblinka», tanto polacos como judíos habían llevado a cabo revueltas contra la ocupación alemana, por separado pero también juntos, en los levantamientos de abril de 1943 y agosto de 1944.

Las consecuencias de la resistencia de los judíos y de los polacos en Varsovia fueron prácticamente una misma: destrucción. En el momento en que el Ejército Rojo (y Grossman) llegaron a la ciudad, en enero de 1945, ésta era ruinas y cenizas. La mitad de la población estaba muerta y los supervivientes se habían ido. Grossman evocó una referencia literaria que sus lectores identificarían: las últimas personas que quedaban, judíos y polacos que encontró viviendo juntos en los restos de un edificio, eran «Robinsones» de Varsovia: como Robinson Crusoe, el héroe de la novela de Daniel Defoe, olvidado a su suerte durante años en una isla, perdido para la civilización. El poeta polaco Czeslaw Milosz, quien vivió en Varsovia durante la guerra, pasaba parte de su tiempo escribiendo un ensayo de crítica literaria precisamente sobre la misma novela. Para él, Robinson Crusoe personificaba la «leyenda de la isla», la idea de que los defectos morales vienen de la experiencia, que si nos dejaran solos podríamos ser buenos. En el ensayo, y en su poesía sobre los polacos y los judíos de Varsovia, Milosz sugería lo contrario, que la única esperanza de la ética es que cada uno recuerde la soledad del otro.[4]

En Varsovia durante la Segunda Guerra Mundial, los polacos y los judíos estaban solos de la misma forma, situados más allá de la ayuda del mundo exterior, incluso de aquellos que ellos consideraban amigos y aliados. También estaban solos de diferente manera, afrontando diferentes destinos en la misma guerra. Compartían una ciudad que había sido el centro de ambas civilizaciones, la polaca y la judía. Esa ciudad desapareció; lo que queda es su leyenda, o mejor dicho sus dos leyendas, una polaca, una judía, entre la solidaridad y la soledad, cada una consciente de la otra pero solas en el mundo de la posguerra.

Las conspiraciones polacas y judías contra la tiranía alemana, diferentes pero conectadas, comenzaron muy pronto, con la invasión alemana de Polonia en septiembre de 1939.

El 27 de septiembre de 1939, en los sótanos de un banco, ocho hombres y mujeres, la mayoría de ellos francmasones, empezaron la conspiración que se convertiría en el ejército de resistencia polaco. Conocido primero como Servicio por la Victoria de Polonia, estaba dirigido por un general con órdenes de organizar una resistencia nacional. En 1940, cuando el gobierno polaco se estableció en el exilio en Francia, la resistencia armada en la patria recibió el nombre de Unión de Lucha Armada. En 1940 y 1941, su tarea principal fue unificar a los cientos de grupos de resistencia menores que se habían formado en Polonia y reunir información para el gobierno polaco y sus aliados. La Unión de Lucha Armada estuvo activa en la zona alemana de ocupación; los intentos de crear una red bajo la ocupación soviética fueron frustrados por el NKVD. Después de que los alemanes invadieran la Unión Soviética en junio de 1941, la resistencia polaca fue capaz de operar en todos los territorios de la Polonia ocupada.[5]

A principios de 1942, la Unión de Lucha Armada se transformó en el Ejército Nacional, concebido como homólogo del Ejército Polaco que luchaba en el exterior junto a los aliados en el frente occidental. Como el gobierno de Polonia, en ese momento en el exilio en Londres, el Ejército Nacional tenía que representar a todas las fuerzas políticas y sociales del país. Su razón de ser era luchar por la restauración de Polonia a sus fronteras de antes de la guerra, como una república democrática con derechos iguales para todos los ciudadanos. La mayoría de los polacos que escogieron resistir se unieron al Ejército Nacional, aunque la extrema izquierda comunista y la extrema derecha nacionalista fundaron sus propias fuerzas de resistencia. Los comunistas organizaron la Guardia del Pueblo, conocida más tarde como el Ejército del Pueblo, que estaba estrechamente relacionada con la Unión Soviética y el NKVD. Los nacionalistas, que consideraban al comunismo y a los soviéticos un enemigo aún mayor que los alemanes, lucharon dentro de las filas de las Fuerzas Armadas Nacionales.[6] La resistencia judía en Varsovia siguió un camino diferente, aunque eso no

estuvo claro al principio. En los primeros meses de la ocupación alemana de Polonia, en 1939, la resistencia judía no parecía tener sentido como tal. No era evidente, al principio, que el destino de los judíos polacos fuera a ser muy diferente al de los no judíos. Muchos de los judíos que se sintieron amenazados por la invasión alemana huyeron a la zona de ocupación soviética de Polonia, de donde fueron deportada dos a Kazajistán. El establecimiento de los guetos en 1940 no necesariamente hizo comprender a los judíos polacos que su destino sería peor que el de los polacos no judíos, a quienes, en ese momento, estaban fusilando y mandando a los campos de concentración en gran número. En 1940 enviaban a Auschwitz a los polacos externos al gueto, mientras que a los judíos generalmente no. Pero los guetos implicaban que la resistencia judía tendría que ser una respuesta a su problemática particular. Cuando los alemanes separaron a la fuerza a los judíos de los polacos no judíos en Varsovia, en octubre de 1940, crearon una nueva realidad social, crearon categorías distintas que definirían destinos diferentes.[7]

Sin embargo, el gueto no puso de acuerdo entre los judíos en cuanto a emprender o no acciones contra los alemanes ni sobre cómo hacerlo. Los judíos polacos en el gueto de Varsovia tenían compromisos previos, surgidos de la vibrante vida política interior judía en la Polonia de entreguerras. Los judíos habían participado en las elecciones locales y nacionales en Polonia, así como en sus propias elecciones comunitarias. Los partidos eran legión y las lealtades eran profundas. En el extremo derecho del espectro estaban los Sionistas Revisionistas, que antes de la guerra se habían estado preparando para una resistencia armada contra los británicos en Palestina. Cuando, en el verano de 1941, los Revisionistas y los miembros de su organización juvenil, Betar, tuvieron noticias, por los camaradas del partido, de las masacres de judíos en Vilna, estuvieron entre los primeros en creer que la lucha armada contra los alemanes era necesaria y posible en las condiciones del gueto. También les había llegado el relato más o menos fiel del exterminio del gueto de Lublin en primavera de 1942. Tenían alguna idea de la evolución de la Solución Final; del este al oeste de la línea Mólotov-Ribbentrop, de las balas al gas.[8]

Fue la Gran Acción en Varsovia de julio-septiembre de 1941 lo que motivó que los Revisionistas formaran una Unión Militar Judía. Su comandante militar era Paweł Frenkel; los miembros de su comité político eran Michał Strykowski, León Rodal y Dawid Wdowski. La Unión estaba anclada en las tradiciones de cooperación con el Estado polaco anteriores a la guerra, lo cual explica que se encontrara bien armada: A finales de los años treinta, el régimen polaco esperaba enviar a gran parte de su población judía a Oriente Próximo. Por ello, los dirigentes polacos desarrollaron relaciones estrechas con los Sionistas Revisionistas, quienes deseaban conducir a Palestina a gran parte de la población polaco-judía. Los Revisionistas estaban dispuestos a usar la violencia para crear un Estado judío, un enfoque con el que las autoridades polacas simpatizaban. Antes de la guerra, las juventudes Betar del Sionismo Revisionista se habían estado preparando en la Polonia de preguerra para combatir por Palestina. Como a los jóvenes del Irgun, la organización de resistencia en Palestina a la que algunos de ellos se habían unido, a veces los entrenaba el Ejército Polaco. Dentro del gueto, en 1942, los Revisionistas también recolectaban dinero y robaban a los judíos ricos para adquirir armas fuera.[9]

Mientras que la historia de la Unión Militar Judía es la de un partido político de derechas que se adapta a condiciones aún más duras de las que había previsto, la historia del otro grupo de resistencia en el gueto de Varsovia, la Organización Judía de Combate, es la de múltiples partidos de centro y de izquierda que deciden que sólo la acción militar puede ser útil a los judíos. Igual que la derechista Unión Militar Judía, la Organización Judía de Combate surgió como resultado de la Gran Acción. Los muy viejos y los muy jóvenes fueron casi todos deportados y asesinados. Al parecer, las deportaciones, aunque afectaron a todos los grupos, eliminaron lo que había sido el centro conservador de la política judía: los religiosos ortodoxos y políticamente acomodaticios Agudat Israel. Antes de la guerra, su programa había sido la cooperación con el gobierno polaco a cambio de autonomía comunitaria y religiosa. A finales de los años treinta, este enfoque de compromiso pasó por las pruebas de la violencia contra los judíos y la legislación antisemita en Polonia, pero había seguido siendo popular entre la generación de más edad de los judíos devotos de Varsovia (quienes, por aquel entonces, habían muerto casi todos en Treblinka). Nada en

Polonia había preparado al Agudat para el nazismo, que recompensaba los compromisos con el asesinato.[10]

A partir de septiembre de 1942, el gueto de Varsovia era sobre todo un campo de trabajo judío habitado principalmente por hombres jóvenes. Los padres que anteriormente habían temido poner en peligro a sus familias ya no tenían esa razón para contenerse. La política de izquierdas saltó a la palestra. La izquierda judía de la Polonia de preguerra había estado dividida acerca de un gran número de cuestiones fundamentales: si partir hacia Palestina o quedarse en Polonia, si confiar o desconfiar de la Unión Soviética, si hacer propaganda en yiddish o en polaco o en hebreo... y suma y sigue. La forma más radical de la política de izquierdas, el comunismo, reapareció entre los judíos de Varsovia en ese momento. Stalin, que había disuelto el Partido Comunista de Polonia en enero de 1942, permitió su reconstitución como Partido de los Trabajadores Polacos en enero de 1942. Algunos de sus activistas polaco-judíos se infiltraron en el gueto de Varsovia, donde exhortaron a la resistencia armada. El mayor partido socialista, el Bund, era mucho menos proclive a usar la violencia. En general, estas organizaciones continuaron su trabajo como entidades diferentes. En los tres meses posteriores a la Gran Acción se alcanzó un acuerdo general sobre la necesidad de la resistencia armada. La Organización de Combate Judía se estableció en diciembre de 1942. Como era un grupo de políticos con poca o nula experiencia militar y sin armas para hacerse oír su primera necesidad fue conseguirlas, y su primera acción fue pedir las al Ejército Nacional.[11] Fuera del gueto, la Gran Acción obligó al Ejército Nacional a definir una política judía. La resistencia polaca ya había tomado algunas posiciones claras en 1941, condenando, por ejemplo, las funciones de guardia en los campos de concentración como «traición nacional». Pero el Ejército Nacional, antes del verano de 1942, tendía a identificar la agonía de Polonia exclusivamente con la de los nacionales polacos. Impulsado por los fusilamientos en masa de los judíos polacos en el Este, el Ejército Nacional creó una sección judía en febrero de 1942. Ésta reunió pruebas de los asesinatos y las transmitió a los aliados y a la BBC en abril de 1942. Las deportaciones del verano de 1942 llevaron a los polacos católicos a crear una organización de rescate, bajo el criptónimo Zegota, que en diciembre fue apadrinada por el gobierno polaco (los nazis amenazaban con la pena de muerte a los polacos si ayudaban a los judíos). Algunos oficiales del Ejército Nacional se implicaron. Los oficiales de inteligencia del Ejército Nacional suministraron documentos de identidad para los judíos que estaban escondidos fuera de los muros del gueto. Cuando la Organización de Combate Judía pidió armas en diciembre de 1942, el Ejército Nacional se ofreció para ayudar a los judíos a escapar del gueto, quizá para luchar más tarde. Esta oferta fue rechazada por la Organización de Combate Judía. Sus líderes querían luchar y, por tanto, se negaron a sí mismos una estrategia alternativa.[12]

Por razones de interés estratégico, los comandantes del Ejército Nacional de Varsovia eran contrarios a proporcionar armas a los judíos. Aunque el Ejército Nacional estaba decantándose por la acción guerrillera, temía que una rebelión en el gueto provocara una revuelta general en la ciudad que los alemanes aplastarían. A finales de 1942, el Ejército Nacional no estaba listo para esa lucha. Sus mandos consideraban que una revuelta prematura era una tentación comunista que había que evitar. Sabían que los soviéticos, y, por tanto, los comunistas polacos, estaban instando a la población local a tomar inmediatamente las armas contra los alemanes. Los soviéticos querían provocar una guerra de guerrillas en Polonia con el objetivo de debilitar a los alemanes, pero, también, para dificultar cualquier resistencia polaca futura a su propia dominación cuando ésta llegara. La tarea del Ejército Rojo sería más fácil si los soldados alemanes morían en la guerra de guerrillas, como lo sería la del NKVD si las élites polacas morían resistiendo a los alemanes. La Organización de Combate Judía englobaba a los comunistas, quienes seguían las directrices soviéticas, y creía que Polonia debería estar subordinada a la Unión Soviética. Como los dirigentes del Ejército Nacional no podían dejar de recordar, la Segunda Guerra Mundial había empezado cuando ambos, alemanes y soviéticos, invadieron Polonia. La mitad de Polonia había pasado media guerra como parte de la Unión Soviética. Los soviéticos querían recuperar el este de Polonia y obtener todavía más territorio si fuera posible. Desde la perspectiva del Ejército Nacional, el gobierno de los soviéticos era poco mejor que el dominio

de los nazis. Su objetivo era la independencia. Difícilmente ninguna circunstancia podría justificar que una organización que luchara por la independencia polaca armara a los comunistas dentro de Polonia.[13] A pesar de estas reservas, en diciembre de 1942 el Ejército Nacional dio algunas pistolas a la Organización de Combate Judía, que ésta usó para ganar autoridad y poder en el gueto. Para resistir al Judenrat y a la policía judía, armada sólo con porras, las pistolas y la audacia eran suficientes. Al matar (o tratar de matar) a los policías judíos y a los informadores de la Gestapo a finales de 1942 y principios de 1943, la Organización de Combate Judía creó la sensación de que en el gueto estaba surgiendo un nuevo orden moral. A Józef Szerzyński, el jefe de la policía judía, le dispararon en la nuca, aunque no llegó a morir. La organización asesinó a Jakub Lejkin, jefe de la policía durante la mayor acción de deportación y, más tarde, a Mieczyslaw Brzezinski, quien había conducido a sus compañeros judíos a los trenes en el Umschlagplatz. La Organización de Combate Judía imprimió panfletos en los que explicaba que la colaboración con el enemigo era un crimen castigado con la muerte. De esta forma, la organización suplantó al Judenrat, cuyo jefe se vio obligado a admitir que ya no tenía «la autoridad en el gueto, aquí hay otra autoridad». Sin un aparato administrativo y coercitivo judío eficaz, los alemanes ya no pudieron comportarse a su antojo en el gueto.[14]

Las decisiones alemanas sobre el destino del gueto y de sus habitantes que quedaban en él estuvieron influenciadas por consideraciones que los judíos posiblemente no hubieran podido entender. Para los alemanes, el gueto de Varsovia había sido primero un punto de tránsito para las deportaciones previstas al distrito de Lublin, a Madagascar o a la Unión Soviética; después, un campo de trabajo temporal, y, luego, un punto de enlace para las deportaciones a Treblinka. A finales de 1942 y principios de 1943 era de nuevo un campo de trabajo, provisional y de tamaño más reducido, cuyos trabajadores habían sido seleccionados durante la Gran Acción. Aunque Himmler nunca vaciló en su determinación de matar a los judíos bajo el dominio alemán, otras autoridades deseaban, al menos por el momento, mantener con vida a algunos trabajadores judíos. A Hans Frank le preocupaba la escasez de mano de obra en el Gobierno General. Muchos polacos estaban trabajando en Alemania, de forma que el trabajo judío se había hecho más necesario en la Polonia ocupada. Los judíos estaban trabajando para la economía de guerra alemana, y por ello también la Wehrmacht tenía interés en que permanecieran con vida.[15]

Himmler fue capaz de aceptar acuerdos. A principios de 1943 estaba dispuesto a perdonar la vida de los judíos supervivientes del gueto de Varsovia, pero también quería eliminar el propio gueto, que veía como un centro de resistencia política, desorden y enfermedad. Himmler planeaba matar a los judíos que vivieran ilegalmente en el gueto sin documentos de trabajo. Después, deportaría a los judíos restantes a otros campos de concentración, donde seguirían trabajando. En una visita a Varsovia, Himmler ordenó, el 9 de enero de 1943, que se disolviera el gueto. Los aproximadamente ocho mil judíos que estaban allí de forma ilegal tenían que ser enviados a Treblinka y gaseados, y el resto, unos cincuenta mil, serían enviados a campos de concentración. Pero cuando los alemanes entraron nueve días después en el gueto para ejecutar las órdenes de Himmler, los judíos se escondieron o resistieron. Unos cuantos judíos dispararon sobre los primeros alemanes que entraron en el gueto, sorprendiéndolos y sembrando el pánico entre ellos. Los alemanes mataron a unos 1170 judíos en las calles y deportaron a cerca de cinco mil. Al cabo de cuatro días, los alemanes tuvieron que retirarse y recapacitar. Los comandantes del Ejército Nacional en Varsovia quedaron impresionados. Las armas entregadas a la Organización de Combate Judía habían sido bien empleadas.[16]

No fue esta la primera acción en la que los judíos se enfrentaron a los alemanes en Polonia. Dentro del propio Ejército Nacional había un gran número de personas de origen judío. Aunque los comandantes conocían este hecho, casi nunca se mencionaba. Muchos de los miembros de origen judío del Ejército Nacional se consideraba polacos en lugar de judíos. Otros mantenían en secreto su identidad judía sobre la base de que, en tiempos de guerra, en Varsovia era mejor no difundir su condición. Aunque en el Ejército Nacional los antisemitas eran una minoría, una sola traición podría significar la muerte. La novedad de enero de 1943 era que los judíos habían usado armas contra los alemanes en calidad de judíos y en una acción manifiesta de resistencia judía. Esto actuó con fuerza

contra el estereotipo antisemita, presente en el Ejército Nacional y en la sociedad polaca, de que los judíos no lucharían. Y ahora la comandancia en Varsovia del Ejército Nacional había proporcionado a la Organización de Combate Judía una parte sustancial de su modesto arsenal de armas: pistolas, municiones, explosivos.[17]

En Berlín, Himmler estaba furioso. El 16 de febrero de 1943 decidió que el gueto tenía que ser destruido no sólo como asentamiento humano sino como lugar físico. Ese vecindario de Varsovia no tenía ningún valor para la raza superior, puesto que las casas que habían sido (como expresó Himmler) «usadas por subhumanos» nunca podrían ser adecuadas para los germanos. Los alemanes planearon un asalto al gueto para el 19 de abril. De nuevo, su propósito inmediato no era matar a todos los judíos, sino redirigir su fuerza de trabajo a los campos de concentración y luego destruir el gueto. Himmler no tenía ninguna duda de que esto funcionaría. Estaba pensando en los usos futuros del lugar: a largo plazo se convertiría en un parque, entretanto sería un campo de concentración hasta que ganaran la guerra. Los trabajadores judíos de Varsovia trabajarían hasta la muerte en otros lugares.[18]

Justo antes del planeado asalto al gueto de Varsovia, el jefe de propaganda alemán, Joseph Goebbels, hizo su propia contribución especial. En abril de 1943, los alemanes habían descubierto Katyn, uno de los lugares donde el NKVD había asesinado a los prisioneros de guerra polacos en 1940. «Katyn –declaró Goebbels– es mi victoria». Escogió el 18 de abril de 1943 para anunciar el descubrimiento de los cadáveres de los oficiales polacos. Katyn podía usarse para crear tensión entre los soviéticos y los polacos y entre los polacos y los judíos. Goebbels esperaba, ciertamente, que la evidencia de que la policía secreta soviética había fusilado a miles de oficiales polacos haría más problemática la cooperación entre la Unión Soviética y el gobierno polaco en el exilio. Ambos estaban incómodos con su alianza y el gobierno polaco nunca había recibido una respuesta satisfactoria de los soviéticos acerca de los oficiales desaparecidos. Goebbels también quería usar Katyn para provocar políticas antipolacas por parte de los líderes, supuestamente judíos, de la Unión Soviética y, de esta forma, distanciar a los polacos de los judíos. Así discurría la propaganda en vísperas del ataque alemán al gueto de Varsovia.[19]

La Organización de Combate Judía también había hecho sus planes. La fallida limpieza del gueto en enero de 1943 había confirmado la expectativa de los líderes judíos de que la lucha final se hallaba próxima. La visión de los alemanes muertos en las calles había roto la barrera del miedo, y la segunda transferencia de armas del Ejército Nacional también había incrementado la confianza. Los judíos del gueto asumieron que cualquier futura deportación sería directa a las cámaras de gas. Esto no era del todo cierto; si no hubieran luchado les hubieran enviado, a la mayoría, a campos de concentración como trabajadores. Pero sólo por unos cuantos meses. Los judíos supervivientes de Varsovia tenían, en esencia, razón en sus juicios. La «última fase del realojamiento –como había escrito uno de ellos– es la muerte». Pocos de ellos morirían en Treblinka, pero casi todos morirían antes del final de 1943. Estaban en lo cierto al pensar que su actitud de resistencia apenas reduciría sus oportunidades de sobrevivir. Si los alemanes ganaban la guerra, aniquilarían a los judíos que quedaran en su imperio. Si continuaban perdiendo la guerra, liquidarían a los trabajadores judíos como medida de seguridad ante el avance soviético. Un Ejército Rojo distante aún en su avance significaba un momento más de vida, mientras los alemanes utilizaran su trabajo. Pero un Ejército Rojo a las puertas significaría la cámara de gas o un disparo.[20]

Fue la certeza de la muerte colectiva la que hizo posible que todos cooperaran en la resistencia. Mientras las políticas alemanas habían permitido a los judíos creer que algunos sobrevivirían, cada individuo podía esperar formar parte de la excepción, y las divisiones sociales se hicieron inevitables. Ahora que las políticas alemanas habían convencido a todos los judíos que quedaban en el gueto de Varsovia de que iban a morir, la sociedad judía manifestó una unidad impresionante. Entre enero y abril de 1943, los judíos construyeron incontables búnkeres en bodegas, algunas veces enlazados por pasadizos secretos. La Organización de Combate Judía estableció su estructura de mando. El comandante general era Mordechai Anielewicz; los tres líderes en tres sectores definidos del gueto eran Marek Edelman, Izrael Kanal e Icchak Cukierman (quien fue reemplazado en el último momento por Eliezer Geller). Compraron más armas e

instruyeron a sus miembros en su uso. Algunos judíos que trabajaban en fábricas de armamento alemanas consiguieron robar materiales para improvisar explosivos. La Organización de Combate Judía tuvo noticias con un día de antelación de los planes alemanes de atacar el gueto y, por tanto, cuando los alemanes llegaron, todo estaba listo.[21]

Algunos miembros del Ejército Nacional, con sorpresa y admiración, la llamaron la «Guerra judío-alemana».[22]

Cuando las SS, la Policía del Orden y los hombres de Trawniki entraron en el gueto el 19 de abril de 1943, fueron rechazados por francotiradores y cócteles Mólotov, y tuvieron que retirarse. Los comandantes alemanes informaron de que habían perdido a doce hombres en la batalla. Mordechai Anielewicz escribió una carta a su colega de la Organización de Combate Judía, Icchak Cukierman, quien en ese momento estaba fuera de las fronteras del gueto: el contraataque judío «ha sobrepasado nuestros sueños más descabellados: los alemanes huyeron del gueto dos veces». La prensa del Ejército Nacional escribió sobre «una resistencia armada inconmensurablemente fuerte y decidida».[23]

La derechista Unión Militar Judía escaló los edificios más altos del gueto e izó dos banderas: la polaca y la sionista, águila blanca y estrella amarilla. Sus unidades lucharían con gran determinación cerca de sus cuarteles en la plaza Muranowska. El 20 de abril, el alto mando SS y jefe de policía para el distrito de Varsovia, Ferdinand von Sammern-Frankeneegg, fue relevado de su cargo. Su sustituto, Jürgen Stroop, recibió una llamada telefónica de un colérico Himmler: «¡Debe retirar esas banderas a cualquier precio!». Los alemanes las descolgaron el 20 de abril (el cumpleaños de Hitler), aunque ello les costó algunas bajas. Ese día los alemanes lograron entrar en el gueto y quedarse, aunque sus perspectivas de aniquilar a la población parecían escasas. La mayoría de los judíos estaban escondidos y muchos estaban armados. Los alemanes tendrían que desarrollar nuevas tácticas.[24]

Desde el primer día del levantamiento del gueto de Varsovia, los judíos murieron en combate. Los alemanes también mataban a los que no eran aptos para trabajar, cuando los descubrían. Sabían que no podían utilizar a las personas que encontraron en el hospital de la calle Gęsia, el último hospital judío de Varsovia. Marek Edelman encontró allí docenas de cadáveres con batas de hospital. En las secciones de ginecología y de obstetricia, los alemanes asesinaron a mujeres embarazadas, a mujeres que acababan de dar a luz y a sus bebés. En la esquina de las calles Gęsia y Zamenhof alguien colocó un bebé vivo en el pecho desnudo de una mujer muerta. Aunque vista desde fuera la resistencia judía pareciera una guerra, los alemanes no observaron ninguna de las leyes y costumbres de la guerra dentro de los muros del gueto. La simple existencia de subhumanos judíos era fundamentalmente un hecho criminal para las SS, y su resistencia era un acto exasperante que justificaba cualquier respuesta.[25] Stroop decidió que la única forma de despejar los búnkeres y las casas era quemarlos. Puesto que Himmler ya había ordenado la destrucción física del gueto, incendiarlo no suponía ninguna pérdida. Es más, puesto que Himmler no sabía exactamente cómo iban a consumir la demolición, el fuego solventaba dos problemas de una vez. El 23 de abril de 1943, los hombres de Stroop empezaron a incendiar los edificios del gueto, manzana a manzana. La Wehrmacht no tuvo un gran papel en el combate, pero usaron sus ingenieros y lanzallamas para la destrucción de las casas y los búnkeres. Edelman recordaba «enormes tormentas de fuego que cegaban calles enteras». Los judíos, asfixiados, no tenían más remedio que escapar de sus búnkeres. Como relató un superviviente: «queríamos morir de un tiro en lugar de quemados». Los judíos atrapados en las plantas superiores de los edificios tuvieron que saltar. Los alemanes capturaron a muchos prisioneros con las piernas rotas. Los interrogaban y luego los fusilaban. La única forma en que los judíos podían escapar del incendio era huir de un búnker a otro durante el día o de una casa a otra durante la noche. Durante varios días los SS no se sintieron seguros caminando por las calles del gueto en la oscuridad, de forma que los combatientes judíos y los civiles podían usar las horas nocturnas para moverse y reagruparse. Pero si no lograban apagar el fuego, teman los días contados.[26]

Los alemanes habían atacado el gueto el 19 de abril de 1943, la víspera de la Pascua judía. La Pascua cristiana se celebró el siguiente domingo, el 25. Desde el interior de las paredes del gueto, el poeta polaco Czeslaw Milosz describía

la festividad cristiana en su poema «Campo di Fiori» en el que evoca cómo la gente montaba en el tiiovivo de la plaza Krasinski, justo al otro lado del muro del gueto, mientras los judíos luchaban y morían. «Pensé entonces —escribió Milosz— en la soledad de los moribundos». El tiiovivo giró cada día durante toda la revuelta. Se convirtió en el símbolo del aislamiento judío: los judíos morían en su propia ciudad mientras que los polacos, más allá de las paredes del gueto, vivían y disfrutaban. A muchos polacos no les importaba lo que les sucedía a los judíos en el gueto. Aunque otros se preocupaban, algunos intentaron ayudar y unos cuantos murieron en el intento.[27]

Un año antes de que empezara el levantamiento del gueto de Varsovia, el Ejército Nacional había alertado a los británicos y a los estadounidenses de los gaseamientos de judíos polacos. El Ejército Nacional había transmitido informes del centro de exterminio de Chelmo y las autoridades polacas se habían ocupado de que la noticia llegara a la prensa británica. Los aliados no emprendieron ninguna acción relevante. En 1942, el Ejército Nacional había informado a Londres y a Washington de las deportaciones del gueto de Varsovia y del asesinato en masa de los judíos de Varsovia en Treblinka. Desde luego, el gobierno polaco presentaba siempre estos acontecimientos como un elemento más de la gran tragedia que sufrían los ciudadanos de Polonia. La información clave había sido comunicada. Tanto los polacos como los judíos habían creído, de forma equivocada, que el hacer públicas las deportaciones serviría para detenerlas. El gobierno polaco también había exhortado a los aliados a responder a los asesinatos en masa de los ciudadanos polacos (judíos incluidos) matando a civiles alemanes. De nuevo, Gran Bretaña y Estados Unidos se abstuvieron de actuar. El presidente y los embajadores polacos en el Vaticano instaron al papa a que hablara claro sobre los asesinatos masivos de judíos, sin ningún efecto. [28]

Entre los aliados, sólo las autoridades polacas tomaron medidas directas para detener la masacre de judíos. En la primavera de 1943 Zegota asistía a unos cuatro mil judíos que permanecían escondidos. El Ejército Nacional anunció que dispararía a los polacos que chantajearan a los judíos. El 4 de mayo, mientras los judíos del gueto de Varsovia combatían, el Primer Ministro Wladyslaw Sikorski hizo público un llamamiento: «Exhorto a mis compatriotas a proporcionar toda la ayuda y refugio a los que están siendo asesinados y, al mismo tiempo, condeno estos crímenes ante toda la humanidad, que ha permanecido silenciosa demasiado tiempo». Los judíos y los polacos sabían que el mando del Ejército Nacional en Varsovia no podría haber salvado el gueto ni aunque hubiera consagrado todos sus soldados y armas a este fin. En ese momento, el ejército no tenía casi ninguna experiencia en combate. No obstante, siete de las ocho operaciones armadas llevadas a cabo por el Ejército Nacional en Varsovia fueron en apoyo de los combatientes del gueto. Dos polacos murieron muy al principio del alzamiento del gueto de Varsovia, al intentar abrir una brecha en los muros; hubo otros intentos posteriores de quebrarlos, pero fallaron. En total, el Ejército Nacional hizo unas once tentativas de ayudar a los judíos. Los propagandistas soviéticos aprovecharon la oportunidad para asegurar que el Ejército Nacional denegaba la ayuda al gueto en lucha.[29]

Aryeh Wilner, a quien los polacos del Ejército Nacional conocían como Jurek, era un importante enlace entre la Organización de Combate Judía y el Ejército Nacional. Lo mataron durante la sublevación del gueto de Varsovia, pero antes comunicó un importante mensaje, que se ha convertido en leyenda, a sus contactos polacos. En efecto, fue él quien propulsó una visión de la resistencia judía que el Ejército Nacional aprobó y que él mismo se encargó de difundir: que el levantamiento del gueto no pretendía tanto preservar la vida judía como rescatar la dignidad humana. Esto se entendió en términos románticos polacos: que estas acciones debían ser juzgadas por sus intenciones y no por sus resultados, que el sacrificio ennoblece y que sacrificar la propia vida ennoblece eternamente. Esa era la esencia del argumento de Wilner, a menudo pasado por alto u olvidado: la resistencia judía no era un asunto sólo de la dignidad de los judíos sino de la dignidad de la humanidad como tal, incluyendo a los polacos, los británicos, los americanos, los soviéticos: de todos los que podrían haber hecho más y, en cambio, hicieron menos.[30]

Shmuel Zygielbojm, el representante del Bund ante el gobierno polaco en el exilio en Londres, sabía que el gueto estaba en llamas. Tenía una idea clara del curso general del Holocausto proporcionada por Jan Karski, un mensajero del

Ejército Nacional que había llevado noticias del asesinato en masa a los líderes de los aliados en 1942. Zygielbojm quizá no conociera todos los detalles, pero tenía una visión del desarrollo general de los acontecimientos e hizo un esfuerzo para explicar los al resto del mundo. En una cuidada nota de suicidio del 12 de mayo de 1943, dirigida al presidente polaco y al primer ministro pero con la intención de que la compartieran con otros líderes aliados, escribió: «Aunque la responsabilidad por el asesinato de toda la nación judía descansa sobre todo en sus perpetradores, indirectamente debe imputarse a la humanidad misma». Al día siguiente se suicidó, uniéndose, como escribió, al destino de sus colegas judíos en Varsovia.[31]

Los judíos de Varsovia siguieron luchando, sin esperanza. En mayo de 1943 los informes de Stroop a sus superiores se habían tornado tranquilos y metódicos, un asunto de números. Una cifra desconocida de judíos habían muerto quemados o se habían suicidado en los búnkeres; 56 065 habían sido capturados, de los cuales 7000 fueron pasados por las armas en el acto; 6929 más fueron enviados a Treblinka y el resto, la gran mayoría, fueron destinados al trabajo en campos como Majdanek. El 16 de mayo Stroop proclamó la victoria en el gueto de Varsovia al dinamitar la sinagoga de la calle Tlomackie. Seguidamente, los alemanes empezaron a destruir todo lo que había quedado del gueto, como Himmler había ordenado. Demolieron todos los edificios, cegaron las bodegas y las alcantarillas. El 1 de junio de 1943, Himmler dio la orden de construir un nuevo campo de concentración sobre las cenizas humeantes del gueto.[32]

Algunos judíos sobrevivieron a la rebelión del gueto, pero encontraron una recepción hostil fuera de él. En 1943, el Ejército Nacional estaba todavía más preocupado por el comunismo que en 1942. Como resultado de un arresto y un accidente de avión en verano de 1943, un comandante y un primer ministro más benévolo fueron reemplazados por otros menos comprensivos. A pesar de sus promesas al respecto, el Ejército Nacional nunca organizó una unidad judía para veteranos del levantamiento del gueto de Varsovia. Durante el transcurso de 1942, en zonas rurales, las unidades del Ejército Nacional algunas veces atacaban a los judíos armados como si fueran bandidos. En algunos casos, los soldados del Ejército Nacional mataron judíos con el fin de robarles sus propiedades. Por otra parte, sin embargo, el Ejército Nacional ejecutó a polacos que habían entregado a judíos o intentado chantajearlos.[33]

La campaña de trabajo que provocó la rebelión del gueto de Varsovia reorientó también la resistencia polaca. Durante la misma visita a Varsovia en 1943 en la que pidió por primera vez la aniquilación del gueto, Himmler ordenó redadas masivas de polacos para conseguir mano de obra. La caza al azar de trabajadores que provocó esta orden fue tremendamente perjudicial para la sociedad polaca, ya que las mujeres y los niños se encontraron de pronto sin maridos y sin padres. Durante los tres primeros meses de 1943, unos tres mil polacos de Varsovia fueron enviados a Majdanek. Allí se les unieron en mayo miles de judíos de Varsovia, transportados desde el gueto de Varsovia después del aplastamiento de la rebelión. Los polacos y los judíos de Varsovia, separados por los muros del gueto en 1941 y 1942, se encontraron encerrados dentro de la misma alambrada en 1943. Majdanek era por aquel entonces un campo de trabajo con un centro de gaseamiento anexo, como Auschwitz aunque a una escala mucho menor. Unos cincuenta mil judíos polacos murieron allí, junto con unos diez mil polacos no judíos.[34]

Al conocerse las deportaciones a lugares como Majdanek, hombres y mujeres decidieron unirse al Ejército Nacional. Debido a que en cualquier momento podían ser capturados como trabajadores y enviados a un campo de concentración, la vida en la clandestinidad podía parecer más segura que la vida legal en Varsovia. La resistencia también ofrecía camaradería como antídoto contra el miedo, y venganza como bálsamo contra la impotencia. Los alemanes habían intentado prevenir la resistencia organizada contra las redadas de trabajo matando a las clases cultas polacas, por decenas de miles, durante la invasión en 1939, y posteriormente por miles en la AB Aktion de 1940. Los planificadores de estas acciones tenían en mente precisamente evitar el problema con que ahora se encontraban: tratar a Polonia como una cantera de mano de obra bruta provocaría resistencia si quedaba alguien vivo que pudiera liderar a los polacos contra los

alemanes. Sin embargo, las clases educadas polacas eran mucho más numerosas de lo que los alemanes habían supuesto, y ante la opresión no fueron precisamente pocas las personas dispuestas a tomar el mando.

Los comandantes del Ejército Nacional prefirieron permanecer en la clandestinidad, organizar, reunir hombres y armas y esperar el mejor momento para un levantamiento general. Tal paciencia y tal previsión eran cada vez más difíciles en 1943. A través de la radio y la propaganda impresa, los soviéticos exhortaban a los polacos a iniciar la revuelta lo más pronto posible. Los polacos, conscientes del destino de los judíos en su país, temían que también los exterminaran a ellos si el dominio alemán continuaba. La implantación del Generalplan Ost en una parte del distrito de Lublin del Gobierno General supuso una conmoción especial. Aunque ese plan alemán de colonización masiva se había ido aplazando, Odilo Globocnik lo llevó finalmente adelante. Desde noviembre de 1942 y durante la primera mitad de 1943, los germanos vaciaron tres mil pueblos polacos alrededor de Zamość con el objetivo de reconvertir la zona en una colonia racial alemana. Unos cien mil polacos fueron deportados en esta acción, la mayoría a Majdanek y a Auschwitz. Debido a que la acción empezó justo cuando estaba concluyendo la Operación Reinhard y se realizó en el mismo distrito donde ésta había empezado, muchos polacos la entendieron como el principio de la Solución Final para el problema polaco. Esto no era del todo correcto, ya que el Generalplan Ost preveía la destrucción de la mayoría de los polacos, pero no de todos; sin embargo, era una conclusión lógica en aquellas circunstancias.[35]

Puesto que las políticas de trabajo habían cambiado y los judíos de Varsovia se habían rebelado, muchos polacos en Varsovia, y en todas partes, también se orientaron a una forma más contundente de resistencia. Mientras que los judíos del gueto no veían otra opción que lanzarse a una lucha a todo o nada, los polacos no judíos tenían cierta capacidad para graduar su resistencia en un punto medio entre la conspiración clandestina y la guerra abierta. En marzo de 1943, el Ejército Nacional emergió de las sombras y se dedicó a los asesinatos y a la lucha de guerrillas. Los intentos de ayudar a los combatientes del gueto se contaron entre sus primeros actos públicos de resistencia armada, todavía bastante rudimentarios. Con el tiempo, las operaciones llegaron a ser más eficaces. Mataban a los policías alemanes, así como a los ciudadanos polacos que colaboraban con la Gestapo. Durante el mes de agosto de 1943, los alemanes registraron 942 casos de resistencia partisana en el distrito de Varsovia del Gobierno General y 6124 de estos incidentes en la totalidad del Gobierno General.[36]

Como era de esperar, la evolución del Ejército Nacional hacia la resistencia armada provocó la respuesta germana. El ciclo de terror y contraterror continuó durante el año siguiente. El 13 de octubre de 1943, los alemanes empezaron a aplicar la técnica de los bloqueos, perfeccionados en el gueto de Varsovia durante la Gran Acción del verano de 1942, a los vecindarios del resto de la capital. Escogían hombres al azar para fusilamientos públicos de represalia, pensados para acobardar a la población y sofocar la resistencia creciente. A una hora y un lugar anunciados con antelación, llevaban a los arrestados en grupos de cinco o diez, les vendaban los ojos y un pelotón de fusilamiento los ejecutaba. Los hombres solían gritar: «¡Viva Polonia!» antes de recibir las descargas; por ello, los alemanes los amordazaban, les ponían sacos sobre la cabeza o les tapaban la boca con cinta aislante. Los polacos se congregaban para ver los fusilamientos, aunque no estaba nada claro que aprendieran las lecciones que los alemanes pretendían darles. Después de las masacres, las mujeres solían recoger la tierra empapada de sangre en jarras que llevaban a la iglesia.[37]

Los alemanes asumieron el fracaso de la propaganda, pero continuaron matando polacos en gran número en Varsovia: personas implicadas en la resistencia o rehenes aleatorios. Cambiaron su lugar de ejecución al territorio del antiguo gueto, donde nadie presenciara los fusilamientos. La prisión principal estaba también dentro de los muros del antiguo gueto. Casi todos los días del otoño de 1943 fusilaron a un gran número de polacos en el antiguo gueto, junto con unos cuantos judíos descubiertos entre las ruinas. El 9 de diciembre de 1943, por ejemplo, 139 polacos fueron fusilados junto con dieciséis mujeres y un niño judío. El 13 de enero de 1944, fusilaron a más de trescientos judíos. Estas ejecuciones en el gueto seguían siendo técnicamente «públicas», aunque, de hecho, no se permitía que nadie las presenciara. Informaban a las familias del destino de sus seres queridos. Después del 15 de febrero de 1944 los polacos

simplemente desaparecían de sus hogares o de las calles y los fusilaban en el gueto, sin ningún registro público del acontecimiento. Fusilaron a unas nueve mil quinientas personas desde octubre de 1943 hasta julio de 1944, algunos de ellos supervivientes judíos, la mayoría polacos no judíos.[38]

Con los ojos vendados y las manos atadas, quizá estos polacos no supieran que los llevaban a morir al nuevo campo de concentración de Himmler. Abierto el 19 de julio de 1943 dentro de las ruinas del gueto de Varsovia, el Campo de Concentración Varsovia fue una de las creaciones más espantosas de la tiranía nazi.[39]

Primero los alemanes habían obligado a vivir a los judíos en un área definida de Varsovia y la habían llamado gueto. Luego, habían ordenado la deportación desde las regiones vecinas hasta el superpoblado gueto, causando de este modo decenas de miles de muertes por inanición y enfermedades. Posteriormente, habían deportado a más de un cuarto de millón de judíos del gueto a las cámaras de gas de Treblinka, ejecutando a unos diecisiete mil más durante esas deportaciones. Luego habían aniquilado el gueto, su propia creación. Suprimieron la resistencia pasando por las armas a unos catorce mil judíos más. A continuación, habían reducido a cenizas todos los edificios. Finalmente, construyeron un nuevo campo dentro de ese no-lugar.

Era el Campo de Concentración Varsovia, una isla de vida muy precaria dentro de un área urbana llena de muerte. El campo estaba rodeado por manzanas y manzanas de edificios quemados, con restos humanos pudriéndose en su interior. Situado dentro de los muros del antiguo gueto, el campo de concentración Varsovia era más pequeño y estaba cercado por una alambrada y controlado por vigilantes. Los internos eran unos pocos cientos de polacos y unos pocos cientos de judíos. No eran, mayoritariamente, judíos polacos, sino procedentes de otras partes de Europa. Habían sido deportados en lugar de gaseados, y enviados al campo de concentración Varsovia. Provenían de Grecia, Francia, Alemania, Austria, Bélgica y los Países Bajos y, en 1944, de Hungría. Las condiciones que encontraron en el Campo de Concentración Varsovia eran tan horribles que algunos de ellos pidieron que los mandaran a Auschwitz y los gasearan.[40]

Los trabajadores judíos del Campo de Concentración Varsovia existían para desempeñar tres tareas principales en las ruinas: destruir los edificios del antiguo gueto que todavía quedaban en pie después del incendio provocado de abril y mayo de 1943; buscar objetos valiosos que los judíos pudieran haber dejado atrás, y acosar a los que todavía estaban escondidos para que salieran y se rindieran. En ocasiones también se les mandaba, con sus uniformes a rayas y zapatos de madera, a trabajar fuera de los muros del antiguo gueto. La amistad entre estos judíos extranjeros y polacos creció en Varsovia, a pesar de las barreras idiomáticas. Uno de estos trabajadores refirió una escena ocurrida al otro lado de los muros del gueto: «Un chico polaco, puede que de catorce años, mal vestido, estaba de pie cerca de nosotros con un pequeño cesto en el que había unas cuantas manzanas pequeñas. Nos miró, reflexionó un momento, y luego agarró su cesto y nos lo tiró. Después corrió hacia los otros niños que vendían comida y, de repente, el pan y la fruta nos llovieron de todas partes. Al principio los hombres de la SS de guardia no supieron qué hacer, tan sorprendidos se quedaron por esa inesperada expresión de solidaridad. Luego empezaron a gritar a los chicos y a apuntarles con las ametralladoras, y a pegarnos a nosotros por aceptar la comida. Pero los golpes no nos dolían, no hacíamos caso. Agitamos las manos para darles las gracias a los chicos».[41]

Después de octubre de 1943, los judíos del Campo de Concentración Varsovia fueron obligados a llevar a cabo aún otra tarea: la inhumación de los cuerpos de los polacos capturados en Varsovia y ejecutados en las ruinas del gueto. Traían a los polacos en camiones en grupos de cincuenta o sesenta a los terrenos del antiguo gueto o cerca del Campo de Concentración Varsovia, donde eran ejecutados con ametralladoras por hombres de las SS locales y de otra unidad de policía. A continuación, los prisioneros judíos tenían que formar un comando de la muerte para eliminar los rastros de la ejecución. Construían una pira con madera sacada de las ruinas del gueto y luego apilaban cuerpos y madera en capas. A continuación, los judíos echaban gasolina a las piras y les prendían fuego. No obstante, éste no era un comando de la muerte habitual: una vez que los cuerpos de los polacos ya estaban ardiendo, los hombres de las SS disparaban a los trabajadores judíos que habían construido la pira y lanzaban sus cuerpos a las llamas.[42]

El poema de Milosz Un pobre cristiano contempla el gueto, escrito en 1943, habla de un poder no terrenal capaz de deshacer la amalgama gris de despojos y hollín y distinguir «las cenizas de cada hombre». Nadie en este mundo podría separar las cenizas judías de las polacas.

En el verano de 1944, en una ciudad así, la resistencia era inevitable. Pero no tanto la forma y la dirección que iba a tomar. Los mandos del Ejército Nacional y el gobierno polaco en Londres se enfrentaban a una decisión muy difícil. Sus gentes sufrían más que las de cualquier capital aliada, pero había un factor que complicaba cualquier decisión estratégica. Los polacos tenían que considerar la ocupación alemana del momento a la luz de la amenaza de la futura ocupación soviética. Después del éxito de la Operación Bagration del Ejército Rojo a finales de junio, en julio se veían ríos de soldados alemanes atravesando Varsovia. Parecía como si estuvieran a punto de ser derrotados, lo cual era una buena noticia; también parecía que los soviéticos tomarían pronto su lugar en Varsovia, lo cual no lo era. Si el Ejército Nacional combatía a los alemanes de forma abierta y tenía éxito, podrían recibir al Ejército Rojo que se aproximaba como señores de su propia casa. Si combatía a los alemanes abiertamente y fracasaba, estarían postrados e impotentes cuando los soviéticos llegaran. Si no hacían nada, no estarían en posición de negociar con los soviéticos ni con los aliados occidentales.[43]

Aunque sus aliados británicos y estadounidenses se hicieran ilusiones sobre Stalin, los oficiales y políticos polacos no. No habían olvidado que la Unión Soviética había sido un aliado de la Alemania nazi de 1939 a 1941 ni que su ocupación del este de Polonia fue despiadada y opresiva. Los polacos conocían las deportaciones a Kazajistán y a Siberia; conocían los fusilamientos en Katyn. Stalin rompió las relaciones diplomáticas con el gobierno polaco a raíz del descubrimiento de Katyn, una razón más para no confiar en la Unión Soviética. Si Stalin había utilizado su propia masacre como una razón para terminar las relaciones con el gobierno polaco, ¿cómo podían esperar que negociara de buena fe sobre cualquier otro asunto? Y si la Unión Soviética no reconocía al gobierno polaco legítimo durante su guerra común contra la Alemania nazi, ¿qué probabilidades había de que apoyara la independencia polaca al terminar la guerra, cuando la posición soviética sería mucho más fuerte?

Los británicos y los americanos tenían preocupaciones mayores. El Ejército Rojo estaba ganando la guerra contra la Wehrmacht en el frente del Este y Stalin era un aliado más importante que cualquier gobierno polaco. Era más cómodo para los británicos y los americanos aceptar la falaz versión soviética de la masacre de Katyn y culpar a los alemanes. Era mucho más fácil para ellos animar a su aliado polaco a transigir que intentar imponerse a Stalin. Querían que los polacos aceptaran que los alemanes, y no los soviéticos, habían asesinado a los oficiales polacos, lo que era falso, y hubieran preferido que Polonia cediera la mitad oriental de su territorio a la Unión Soviética, lo cual era una acción impensable para cualquier gobierno soberano.

Por cierto, Londres y Washington ya habían accedido, a finales de 1943, a que la Unión Soviética reclamara la mitad oriental de la Polonia anterior a la guerra una vez esta finalizara. La frontera soviética en el este acordada por Stalin y Hitler fue confirmada por Churchill y Roosevelt. Londres y Washington aprobaron la línea Mólotov-Ribbentrop (con cambios menores) como la futura frontera soviético-polaca. En este sentido, Polonia no sólo fue traicionada por la Unión Soviética, sino también por sus aliados occidentales, quienes la presionaban para llegar a un acuerdo en un momento en el que iban a ganar menos de lo que los polacos imaginaban: la mitad de su país ya había sido entregada sin su participación.[44]

Abandonado por sus aliados, el gobierno polaco en Londres cedió la iniciativa a los combatientes polacos de Varsovia. Al ver que no había otra esperanza para establecer la soberanía polaca, el Ejército Nacional decidió una rebelión en la capital, que debía empezar el 1 de agosto de 1944.

La rebelión de Varsovia de agosto de 1944 tuvo lugar dentro del marco de la Operación Tempestad, un alzamiento nacional largamente planeado, concebido para otorgar a las fuerzas polacas un papel predominante en la liberación de lo que era el territorio polaco antes de la guerra. A finales de julio, sin embargo, la Operación Tempestad ya había fracasado. El Ejército Nacional había planeado luchar contra las unidades alemanas mientras retrocedían ante el Ejército Rojo en lo que había sido el este de Polonia. Fue imposible llegar a un acuerdo

político previo con la Unión Soviética sobre los términos de esta cooperación, puesto que Stalin había roto las relaciones diplomáticas. Los comandantes polacos alcanzaron acuerdos locales con sus homólogos soviéticos en el verano de 1944, pero a un precio muy alto. La negociación significaba abandonar escondites y revelar identidades, y los soviéticos explotaron al máximo la vulnerabilidad polaca. Los polacos que aceptaron unirse en una lucha común contra los alemanes fueron considerados probables opositores al futuro dominio soviético. La Unión Soviética nunca tuvo ninguna intención de apoyar a ninguna institución que dijera representar a una Polonia independiente. Los líderes soviéticos y el NKVD consideraron a todas las organizaciones políticas polacas (excepto a los comunistas) como parte de una trama antisoviética.[45]

En julio de 1944 permitieron a las unidades polacas apoyar al Ejército Rojo en sus ataques a Vilna y Lvov, las ciudades más importantes del este de Polonia antes de la guerra, pero fueron desarmadas por sus pretendidos aliados soviéticos. A los soldados polacos les dieron a elegir entre el mando soviético o la prisión. Después del desarme, el NKVD arrestó a cualquiera que tuviera un pasado político. Permitieron a los guerrilleros soviéticos tomar parte en la victoriosa campaña contra los alemanes; a los guerrilleros polacos, no. Incluso, en algunos casos, enfrentaron a los guerrilleros soviéticos contra los combatientes polacos. La unidad guerrillera de Tuvia Bielski, por ejemplo, intervino en el desarme del Ejército Nacional. La tragedia de la Operación Tempestad fue triple: el Ejército Nacional perdió hombres y armas; el gobierno de Polonia vio fracasar su estrategia militar, y los polacos perdieron la vida luchando por la libertad de unas tierras que Polonia no podría recuperar en ningún caso, puesto que Churchill y Roosevelt ya se las habían cedido a Stalin. [46]

Aun así, las noticias que llegaban de Alemania dieron algunas esperanzas a los comandantes polacos en Varsovia. El 20 de julio de 1944, oficiales militares alemanes intentaron asesinar a Adolf Hitler (y fracasaron). Las noticias llevaron a algunos comandantes del Ejército Nacional a creer que Alemania había perdido la voluntad de luchar y que, por tanto, un golpe audaz la expulsaría de Varsovia. El 22 de julio los soviéticos dieron otro indicio de sus intenciones a la resistencia polaca al dar a conocer, en Lublin, su propio gobierno provisional para Polonia. El territorio que había servido como laboratorio de las políticas de exterminio nazis se convertía ahora en el centro de un futuro gobierno títere comunista. Stalin reclamaba la autoridad para determinar quién formaría el gobierno polaco. Si el Ejército Nacional no actuaba, los acólitos de Stalin se instalarían en Varsovia y Polonia pasaría directamente de la ocupación nazi a la soviética. Como en 1939, en 1944 el hecho de que los polacos tuvieran aliados occidentales significaba poco o nada. En julio de 1944, con el Ejército Rojo ocupando ya más de la mitad de la Polonia anterior a la guerra, estaba claro que el país sería liberado por la fuerza de las armas soviéticas. A finales de julio los estadounidenses estaban a un mes de París (donde apoyarían un alza miento francés); no había ninguna posibilidad de que las fuerzas de EE UU liberaran ninguna parte de Polonia. Cualquier resistencia política a los planes soviéticos debería provenir de los propios polacos.[47]

El 25 de julio de 1944, el gobierno polaco confirió al Ejército Nacional en Varsovia la autorización para iniciar un levantamiento en la capital en el momento que considerara oportuno. La misma Varsovia había sido excluida de los planes de la Operación Tempestad desde un principio; el Ejército Nacional del distrito de Varsovia había enviado muchas de sus armas al este del país, donde las habían perdido a manos de los soviéticos. La lógica de una revolución inmediata en Varsovia no era fácil de entender para todo el mundo. La estructura de mando del ejército polaco que luchaba en el frente occidental a las órdenes de Władysław Anders quedó excluida de las discusiones. Dadas las tácticas antiguerrilla germanas, un levantamiento les pareció a muchos un suicidio. Los alemanes habían asesinado a polacos en represalias masivas durante toda la guerra; si un alzamiento fracasaba, razonaban algunos comandantes en Varsovia, la población civil al completo sufriría. El argumento a favor de la rebelión era que ésta no podría fracasar: derrotarían los polacos a los alemanes o no, el Ejército Rojo estaba avanzando deprisa y llegaría a Varsovia en pocos días. Con esta lógica, que prevaleció, la única cuestión era si los polacos harían primero un esfuerzo para liberar su propia capital.[48]

Los polacos estaban atrapados entre el avance del Ejército Rojo y las fuerzas

alemanas de ocupación. No podían vencer a los alemanes solos, por tanto debían esperar a que el avance soviético impeliera la retirada alemana y suponer que habría algún intervalo entre el repliegue de la Wehrmacht y la llegada del Ejército Rojo. Confiaban en que el intervalo no fuera demasiado breve, para poder establecerse como gobierno polaco antes de la entrada de los soviéticos. De hecho, el intervalo fue demasiado largo.

Los soldados polacos con uniformes y brazaletes empezaron su asalto a las posiciones alemanas la tarde del 1 de agosto de 1944. La inmensa mayoría de los combatientes provenía del Ejército Nacional; pequeñas unidades de las Fuerzas Nacionales Armadas de la extrema derecha y del Ejército del Pueblo comunista se unieron también a la lucha. El primer día del levantamiento de Varsovia, el Ejército Nacional aseguró gran parte del centro y del casco antiguo de la capital, pero no logró capturar la mayoría de los objetivos militares esenciales. Los alemanes habían hecho pocos preparativos, pero los ataques no les tomaron completamente por sorpresa. Había sido difícil disimular la movilización que iba a tener lugar en la ciudad. Las fuerzas alemanas se habían puesto en alerta a las 16.30, media hora antes de que empezara el alza miento. Los polacos decidieron atacar a la luz del día de una larga tarde de verano y por esta razón sufrieron muchas bajas. Las tropas, inexpertas e insuficientemente armadas, se encontraron con serias dificultades ante los objetivos vigilados y fortificados. No obstante, el ánimo entre los combatientes y en la ciudad era de euforia.[49]

En los lugares y momentos en los que el poder polaco reemplazó al alemán en estos primeros días de agosto de 1944, los judíos supervivientes salieron de los lugares donde se escondían entre los polacos. Muchos pidieron que les permitieran luchar. Como cuenta Michal Zylberberg, «la perspectiva de futuro de los judíos descartaba la pasividad. Los polacos habían tomado las armas contra el enemigo mortal. Nuestra obligación como víctimas y como conciudadanos era ayudarles». Otros combatientes en la revuelta de Varsovia eran veteranos del levantamiento en el gueto de 1943. Muchos de estos judíos se unieron al Ejército Nacional, otros se incorporaron al Ejército del Pueblo o incluso a las antisemitas Fuerzas Armadas Nacionales. Algunos judíos (o polacos de ascendencia judía) ya estaban alistados en el Ejército Nacional o en el Ejército del Pueblo. Casi con seguridad, lucharon más judíos en el levantamiento de Varsovia de agosto de 1944 que en la rebelión del gueto de Varsovia de abril de 1943.[50] A principios de agosto, cuando el Ejército Nacional había fracasado en el intento de tomar las posiciones alemanas importantes en Varsovia, sus soldados registraron una victoria. Los oficiales reclutaron voluntarios para un peligroso ataque a una posición fuertemente vigilada. El 5 de agosto, los soldados del Ejército Nacional entraron en las ruinas del gueto, atacaron el Campo de Concentración Varsovia, derrotaron a los noventa hombres de las SS que lo vigilaban y liberaron a los 348 prisioneros que quedaban, muchos de ellos judíos extranjeros. Uno de los soldados del Ejército Nacional en esta operación fue Stanislaw Aronson, quien había sido deportado desde el gueto a Treblinka. Otro recordaba a un judío que le había dado las gracias con lágrimas rodándole por las mejillas; e incluso otro, a un judío que suplicaba que le dieran un arma y un uniforme para poder luchar. Muchos de los trabajadores esclavos judíos que habían sido liberados se unieron al Ejército Nacional; combatían con sus uniformes a rayas del campo y sus zapatos de madera con «una completa indiferencia ante la posibilidad de vivir o morir», como contó un soldado del Ejército Nacional.[51]

Himmler vio de nuevo una oportunidad, como en la revuelta del gueto de Varsovia, de demostrar su fuerza y obtener una victoria simbólica. A pesar de las expectativas polacas, el Ejército Rojo había interrumpido su rápido avance. Con la Wehrmacht manteniendo sus posiciones porfiadamente en el río Vístula, justo al este del centro de Varsovia, aplastar la revuelta sería un trabajo para las SS y la policía alemana. Éstas eran las instituciones de Himmler, y Himmler deseaba encargarse de la rebelión para demostrar a Hitler una vez más que él era el despiadado dueño de la situación.[52]

A diferencia del levantamiento del gueto, sin embargo, esta campaña requeriría refuerzos. Después de la retirada alemana de Bielorrusia, habían quedado disponibles experimentadas unidades antiguerrilla. Erich von dem Bach-Zelewski, el jefe de las formaciones alemanas antiguerrilla y un veterano de la guerra de

guerrillas en Bielorrusia, recibió el mando general en Varsovia. Se le sumaron otros veteranos de la guerra antiguerrillas en Bielorrusia. El Comando Dirlewanger de las SS fue enviado desde el noreste de Polonia, la unidad Kaminski, desde el sudoeste. Recibieron los refuerzos de una unidad de policía enviada desde Poznań y de unos pocos centenares de combatientes extranjeros, la mayoría azerbaiyanos que habían desertado del Ejército Rojo. Aproximadamente la mitad de las personas que combatieron en Varsovia con uniformes alemanes no hablaban alemán. Probablemente esto no hizo más sangrienta la acción que siguió, pero sí la hizo más confusa, incluso para los propios alemanes.[53]

Kaminski y sus rusos recibieron el permiso personal de Himmler para saquear y aceptaron con gusto esta parte de la misión. Penetraron en Ochota, un barrio del sudoeste de Varsovia, el 4 de agosto de 1944. Durante el transcurso de los diez días siguientes se concentraron en el pillaje, pero también mataron a varios cientos de civiles polacos. Como relató uno de los oficiales de Kaminski, «las ejecuciones en masa de civiles, sin investigación previa, estaban a la orden del día». Los soldados también se hicieron famosos por sus violaciones sistemáticas. Quemaron el hospital del Instituto Marie Curie, asesinando a todos los que había en él, pero antes violaron absolutamente a todas las enfermeras. Uno de los hombres de Kaminski definió así la campaña de Ochota: «Violaban a las mujeres y saqueaban y robaban cualquier cosa a la que pudieran echar el guante». Los comandantes alemanes se quejaron de que Kaminski y sus hombres sólo se preocupaban de «robar, beber y violar mujeres». Bach hizo detener a Kaminski y ejecutarlo: no por los asesinatos y la violencia sexual, sino por su costumbre de robar para sí mismo en lugar de para las arcas del Reich.[54]

El comportamiento del Comando Especial Dirlewanger de las SS fue incluso peor. Sus hombres eran ahora un variopinto grupo de criminales, extranjeros y hombres de las SS liberados de campos de castigo. El mismo Dirlewanger era indisciplinado, incluso Himmler le tuvo que ordenar dos veces que acudiera a Varsovia. La unidad tenía en su haber las campañas en Bielorrusia, donde habían asesinado a decenas de miles de civiles en el campo y en las ciudades. Ahora matarían más civiles en la gran ciudad. La más infame unidad de las Waffen-SS en Bielorrusia se convertiría en la más infame unidad de las Waffen-SS en Polonia. La unidad Dirlewanger constituía el grueso de un grupo de combate bajo el mando de Heinz Reinefarth, el SS-Obergruppenführer para Warthegau, el mayor distrito de la Polonia ocupada anexionado a Alemania.[55]

Reinefarth recibió de Himmler una orden extraordinaria que constaba de tres partes: tenían que matar a todos los combatientes polacos; tenían que fusilar también a todos los polacos no combatientes incluyendo a mujeres y niños, y la propia ciudad debía ser arrasada hasta los cimientos. Las formaciones de la policía y el comando especial Dirlewanger de las SS aplicaron las órdenes al pie de la letra y entre el 5 y el 6 de agosto de 1944 mataron a unos cuarenta mil civiles sólo duran te estos dos días. Tenían un objetivo militar: debían marchar a través del vecindario de Wola, en el centro-oeste de la ciudad y liberar el cuartel general germano en los Jardines Sajones. Para retirar las barricadas del Ejército Nacional en la calle Wola hicieron marchar a los polacos al frente y les obligaron a hacerlo ellos, usando al mismo tiempo mujeres y niños como escudos humanos y violando a algunas de las mujeres. En su avance hacia el oeste destruyeron todos y cada uno de los edificios, uno a uno, utilizando gasolina y granadas de mano. La calle Wola discurría justo al sur del territorio que había sido el gueto y también a través de algunos de sus límites más al sur, de modo que el trabajo de destrucción convirtió en ruinas un vecindario colindante.[56]

Los hombres de la Brigada Dirlewanger incendiaron tres hospitales con sus pacientes dentro. En uno de ellos, los alemanes heridos que estaban siendo atendidos por doctores y enfermeras polacos pidieron que no hicieran daño a los polacos. No fue así. Los hombres de la Brigada Dirlewanger asesinaron a los polacos heridos. Llevaron a las enfermeras al campamento esa noche, como era su costumbre: cada noche seleccionaban a las mujeres a las que los oficiales azotarían, y luego las violaban en grupo antes de asesinarlas. Esa noche fue poco común incluso dentro de aquellos parámetros. Con un acompañamiento de música de flauta, los hombres levantaron una horca y luego colgaron a los médicos y a las enfermeras desnudas.[57]

Mientras las casas se quemaban en Wola, la gente buscó refugio en las fábricas, que se convirtieron así en cómodos objetivos de las matanzas de las SS y las unidades policiales. En una fábrica fusilaron a dos mil personas; en otra, a

cinco mil más. Wanda Lurie, una de las pocas supervivientes de los fusilamientos en masa de la fábrica Ursus, estaba esperando un niño. «Entré la última y me puse detrás, quedándome siempre rezagada con la esperanza de que no matarían a una mujer embarazada. Sin embargo, me cogieron en el último grupo. Vi un montón de cuerpos de un metro de altura». Perdió a sus hijos. «La primera descarga hirió a mi hijo mayor, la segunda a mí y la tercera a mi hijo menor». Cayó herida, pero después pudo salir de entre la pila de cuerpos. Más adelante dio a luz a un bebé sano. Los asesinatos en masa disminuyeron el 6 de agosto, posiblemente porque había escasez de balas y las necesitaban en algún otro lugar.[58]

Las masacres de Wola no tuvieron nada que ver con la guerra. Los alemanes perdieron seis hombres y mataron a unos veinte soldados del Ejército Nacional, además de asesinar al menos a treinta mil personas. La proporción de civiles y militares muertos fue de más de mil por uno, incluso si se cuentan las bajas de militares en ambos bandos. El 13 de agosto Bach revocó las órdenes de exterminio de Himmler y los fusilamientos en masa de civiles se detuvieron. Matarían a muchos más polacos, sin embargo, de formas más o menos planeadas. Cuando los alemanes tomaron el casco antiguo, asesinaron a tiros y con lanzallamas a siete mil heridos que estaban en los hospitales de campaña. Antes de que el levantamiento terminara, unos treinta mil civiles serían asesinados en el casco antiguo.[59]

En el barrio de Wola, donde tuvieron lugar las peores matanzas, había que buscar los cuerpos y retirarlos. Los alemanes formaron un grupo de trabajadores polacos esclavos a los que llamaban el «comando de cremación». Entre el 8 y el 23 de agosto de 1944, ordenaron a estas personas que revolvieran entre las ruinas del vecindario, extrajeran los cuerpos putrefactos y los quemaran en piras. Wola estaba junto a los restos del gueto. Los trabajadores avanzaron por las calles Wola, Elektoralna y Chlodna, de este a oeste, siguiendo a la inversa la ruta que había tomado la policía alemana y la Brigada Dirlewanger. Sus primeras cinco piras estuvieron justo al este del gueto, las siguientes trece, justo al oeste. Los trabajadores esclavos polacos (uno de los cuales era judío) quemaban los cuerpos mientras los guardias de las SS jugaban a cartas y reían.[60]

El levantamiento de Varsovia no derrotó a los alemanes y fue poco más que un fastidio pasajero para los soviéticos. El Ejército Rojo había sido detenido por una resistencia alemana inusualmente dura justo a las afueras de Varsovia. Los alemanes estaban oponiendo su última resistencia en Polonia, la Wehrmacht en el Vístula, las SS y la policía en Varsovia. En contra de lo que esperaban los polacos, el régimen nazi no cayó después del intento de asesinato de Hitler. En cambio, los alemanes habían consolidado el frente oriental. La Operación Bagration había quebrado al Grupo de Ejércitos Centro, pero no a la Wehrmacht. Había llevado a Vasili Grossman al lugar donde asesinaban a los judíos de Varsovia, pero no a la misma Varsovia. Mientras tanto, el frente ucraniano del Ejército Rojo estaba ocupado en importantes operaciones en otros lugares, en el sudeste. En agosto de 1944, Stalin no tenía ninguna necesidad imperiosa de tomar Varsovia.

Según la lógica estalinista, era perfectamente normal animar a la rebelión y después no apoyarla. Justo hasta el último momento, la propaganda soviética había llamado a la sublevación en Varsovia, prometiendo la ayuda soviética. El levantamiento llegó, pero la ayuda no. Aunque no hay ninguna razón para creer que Stalin detuviera las operaciones militares a propósito, el retraso en el Vístula casaba con sus intenciones. Desde la perspectiva soviética, un alzamiento en Varsovia era deseable porque mataría alemanes (y polacos que querían arriesgar sus vidas por la independencia). Los alemanes harían el trabajo necesario de destruir los restos de la intelligentsia polaca y a los soldados del Ejército Nacional, grupos que se solapaban. Tan pronto como los soldados del Ejército Nacional se alzaron en armas, Stalin los llamó aventureros y criminales. Más adelante, cuando la Unión Soviética tomó el control de Polonia, la resistencia a Hitler sería perseguida como un crimen, siguiendo la lógica de que la acción armada no controlada por los comunistas perjudicaba a los comunistas y que el comunismo era el único régimen legítimo para Polonia. Los británicos y los americanos fueron totalmente incapaces de aportar ayuda

significativa a los polacos en Varsovia. Winston Churchill, cuya obstinación personal fue un elemento crucial en la guerra, pudo hacer poco excepto instar a los polacos, aliados de Gran Bretaña, a pactar con los soviéticos. En verano de 1944 aconsejó al primer ministro polaco, Stanislaw Mikołajczyk, que visitara Moscú para buscar algún arreglo que permitiera la restauración de las relaciones diplomáticas soviético-polacas. Cuando Mikołajczyk llegó a Moscú a finales de julio de 1944, el embajador británico le pidió que cediera en todo: que entregara la mitad este del país y que aceptara la versión soviética de la masacre de Katyn (que los alemanes, no los soviéticos, eran los culpables). Como Mikołajczyk sabía, Roosevelt también prefería no cuestionar el relato soviético sobre Katyn. El inicio del alzamiento de Varsovia coincidió con la visita de Mikołajczyk a Moscú. En esta situación inesperada, Mikołajczyk se vio obligado a pedir ayuda a Stalin, que éste le negó; el propio Churchill le pidió también que auxiliara a los polacos. El 16 de agosto, Stalin se lo quitó de encima diciendo que no tenía ninguna intención de participar en una «loca aventura».[61]

Gran Bretaña había entrado en la guerra cinco años antes movida por la causa de la independencia polaca, pero ahora era incapaz de protegerla de su aliado soviético. La prensa británica a menudo se hacía eco del pensamiento estalinista, presentando a los polacos como aventureros y caprichosos, en lugar de como aliados de los británicos que querían recuperar su propia capital. Tanto George Orwell como Arthur Koestler protestaron: Orwell habló de la «falta de honradez y la cobardía» de los británicos que negaban la obligación de los aliados de apoyar el alzamiento y Koestler calificó la pasividad de Stalin como «una de las mayores infamias de la guerra».[62]

Los estadounidenses no tuvieron más suerte. Si se hubiera permitido a los aviones americanos repostar en territorio soviético, estos hubieran podido volar en misiones desde Italia a Polonia, bombardear las posiciones alemanas y abastecer a los polacos. El mismo día en que Stalin desairó a Churchill, el 16 de agosto de 1944, los diplomáticos estadounidenses añadieron objetivos polacos a la Operación Frantic, las campañas de bombardeo en el este y el sudeste de Europa. Stalin negó a su aliado americano el permiso para repostar en estas misiones. George Kennan, un joven diplomático, comprendió adonde conducía esta lógica: el rechazo era «un guante arrojado con malicioso regocijo». Stalin había manifestado, en efecto, que quería tomar el control de Polonia y que prefería que los combatientes polacos murieran y que la rebelión fracasara. Un mes después, cuando la revuelta había sido aplastada, Stalin ostentó su fuerza y su inteligencia y tergiversó la memoria histórica: a mediados de septiembre, cuando ya no servía en absoluto para cambiar el desenlace en Varsovia, autorizó por fin los bombardeos estadounidenses y ordenó unos cuantos más por su parte.[63]

Para entonces, el Ejército Nacional controlaba tan poca extensión de Varsovia que las provisiones que le enviaban caían sobre los alemanes. Los soldados polacos habían retrocedido hasta unas pocas bolsas de resistencia. Después, como los combatientes judíos habían hecho anteriormente, intentaron huir por las alcantarillas. Los alemanes, preparados para esta posibilidad por sus propias experiencias de 1943, los quemaron o los gasearon.

A principios de octubre de 1944, Himmler comunicó a Paul Geibel, el SS-Obergruppenführer y Jefe de Policía de Varsovia, que el deseo más firme de Hitler era destruir la ciudad. No debían dejar piedra sobre piedra. Himmler también compartía ese deseo. La guerra estaba clara mente perdida: los británicos habían liberado Amberes, los americanos se estaban acercando al Rin y los soviéticos pronto sitiaban Budapest. Pero Himmler veía la oportunidad de cumplir uno de sus propios objetivos de guerra, la destrucción de ciudades eslavas y polacas tal como preveía el Generalplan Ost.

Himmler dio órdenes, al parecer el 9 y el 12 de octubre, de que la ciudad de Varsovia fuera completamente destruida, edificio a edificio, manzana a manzana. En ese momento, grandes extensiones de la ciudad estaban ya en ruinas: el gueto y el barrio contiguo, Wola, así como los edificios que habían sido alcanzados por las bombas alemanas en septiembre de 1939, o en todo caso en agosto de 1944, cuando los aviones alemanes bombardearon Varsovia desde su propio aeropuerto. Pero la mayor parte de la ciudad aún seguía en pie, y muchos de sus habitantes permanecían en ella. Los alemanes evacuaron a los supervivientes a un campo temporal en Pruszków, desde donde mandarían a unas sesenta mil personas a campos de concentración y a unas noventa mil más a puestos de trabajo forzado en el Reich. Ingenieros alemanes equipados con dinamita y lanzallamas, conocedores de

la experiencia de la destrucción del gueto, incendiarían sus negocios, sus escuelas y sus hogares.[64]

La decisión de Himmler de destruir Varsovia era útil para una determinada visión nazi del Este, pero no sirvió a la causa militar alemana en la Segunda Guerra Mundial. Erich von dem Bach-Zelewski mostró sus intenciones de reclutar al Ejército Nacional como un futuro aliado en una lucha final contra los soviéticos; revocó a mediados de agosto las órdenes de Himmler de llevar a cabo matanzas aunque al parecer no tenía autoridad para hacerlo y luego, a finales de septiembre, accedió a negociar con la comandancia del Ejército Nacional con la consideración debida a un adversario derrotado. Según los términos de la rendición del 2 de octubre de 1944, los oficiales del Ejército Nacional, tanto hombres como mujeres, serían tratados según los derechos acordados por las leyes internacionales para los prisioneros de guerra. Por la misma razón, Bach se opuso a la total destrucción de la ciudad.

Es muy improbable que Bach hubiera podido encontrar muchos aliados en Varsovia, por los mismos motivos por los que encontró pocos en Bielorrusia: las acciones de los hombres de Dirlewanger y otras formaciones germanas antiguerrilla habían sido demasiado sangrientas para ser olvidadas. La reacción alemana fue tan desmedidamente destructiva que los combatientes polacos no tenían otra alternativa que esperar a la liberación soviética. Como un soldado del Ejército Nacional escribió en un poema: «Te esperamos, plaga roja / para liberarnos de la muerte negra». Al igual que Bach, la Wehrmacht se opuso a la política de Himmler. Las tropas alemanas estaban resistiendo al Ejército Rojo en el río Vístula y esperaban usar Varsovia como una fortaleza o, al menos, utilizar sus edificios como refugios. Nada de esto importó. Bach fue trasladado; el ejército, ignorado. Himmler impuso su voluntad y la capital europea fue arrasada. El día antes de que los soviéticos llegaran, los alemanes incendiaron la última biblioteca.[65]

Ninguna otra capital europea sufrió un destino semejante: destruida físicamente y despojada de la mitad de su población. Quizá ciento cincuenta mil polacos no combatientes fueron asesinados por los alemanes sólo en agosto y en septiembre de 1944, durante el levantamiento de Varsovia. Un número similar de polacos no judíos de Varsovia habían muerto ya en los campos de concentración, en los lugares de ejecución en el gueto, por las bombas alemanas o en combate. Murieron aún más judíos de Varsovia en cifras absolutas y en una proporción mucho mayor. El porcentaje de judíos de Varsovia que murieron, más del noventa por ciento, sobrepasa al de no judíos, que fue aproximadamente del treinta por ciento. Sólo el destino de las ciudades del este, como Minsk o Leningrado, es comparable con el de Varsovia. En total, pereció en torno a la mitad de los habitantes de una ciudad cuya población antes de la guerra era de un millón trescientos mil.[66] La distinción entre polacos y judíos era dudosa en el caso de algunas víctimas. Ludwik Landau, por ejemplo, podría haber sido asesinado por los alemanes porque era un oficial del Ejército Nacional y un eficaz propagandista de la Polonia independiente. Lo mataron por judío. Algunos destinos estuvieron entrelazados permanentemente. El historiador judío Emanuel Ringelblum creó en secreto archivos en el gueto como base para una futura historia de los judíos durante la guerra en Varsovia. Lo llevaron a un campo de concentración después de la derrota del alzamiento del gueto, pero fue rescatado con la ayuda de un oficial del Ejército Nacional. Los polacos lo escondieron en Varsovia, pero fue un polaco quien lo entregó a los alemanes. Lo fusilaron en las ruinas del gueto de Varsovia, a él y a los polacos que le habían dado refugio. El Ejército Nacional, por su parte, persiguió y mató al polaco que los traicionó.[67]

No obstante, cuando el levantamiento terminó y el poder alemán sustituyó al polaco, el drama de los judíos fue de nuevo muy distinto. Después de la destrucción de la ciudad no tenían, literalmente, ningún sitio donde esconderse. Hicieron lo que pudieron para camuflarse entre las columnas de civiles exiliados o, en algunos casos, para encontrar a las fuerzas soviéticas y unirse a ellas. Antes de la rebelión de Varsovia, probablemente hubiera unos dieciséis mil judíos escondidos con polacos fuera de los muros del antiguo gueto. Después, quizá todavía quedarán con vida doce mil.[68]

Los alemanes habían ganado la segunda batalla por Varsovia, pero la victoria

política recayó en los soviéticos. Los alemanes habían aplicado las mismas tácticas que usaron en Bielorrusia, ordenadas por la misma cadena de mando: Himmler-Bach-Dirlwanger. Esta vez la guerra antiguerrilla funcionó: no porque los patriotas del Ejército Nacional fueran menos decididos que los guerrilleros bielorrusos, sino porque estaban más aislados. La Unión Soviética apoyó a los guerrilleros comunistas, a los que podía controlar, y se opuso a los combatientes no comunistas, a los que no podía dirigir.

Las tropas polacas combatían contra los alemanes, pero también por su propia libertad. Ésa fue su condena. Stalin prefería apoyar al más pequeño Ejército del Pueblo, una fuerza comunista que también combatió en la rebelión. Si el Ejército del Pueblo hubiera liderado el levantamiento en lugar del Ejército Nacional, su actitud hubiera sido completamente diferente.

Pero eso sólo hubiera ocurrido en una Polonia también diferente. El Ejército del Pueblo tenía algún apoyo popular, pero mucho menos del que disfrutaba el Ejército Nacional. Las políticas polacas se habían orientado hacia la izquierda durante la guerra, como en el resto de la Europa ocupada. Aun así, el comunismo no era popular. Los polacos habían experimentado el comunismo soviético durante la guerra, en la mitad este del país. Una Polonia soberana no se convertiría en comunista. El levantamiento de Varsovia, al aniquilar a muchos de los más brillantes y valientes individuos de una generación, hizo mucho más difícil la resistencia posterior. Pero la rebelión también dirigió la atención de estadounidenses y británicos, como muchos de sus jefes más lúcidos (y con más sangre fría) esperaban, hacia la crueldad de Stalin. El diplomático americano George Kennan tenía razón: el cínico tratamiento que Stalin dio al Ejército Nacional era una bofetada en la cara de los aliados británicos y americanos. En este sentido, la rebelión de Varsovia fue el principio de la confrontación que llegaría después de la Segunda Guerra Mundial.

Mientras el Ejército Rojo vacilaba justo al este del Vístula desde principios de agosto de 1944 hasta mediados de enero de 1945, los alemanes exterminaban a los judíos en el oeste. Durante estos cinco meses, el Ejército Rojo se encontraba a menos de cien kilómetros de Łódź, en ese momento la mayor concentración de judíos que quedaba en la Polonia ocupada, y a menos de cien kilómetros de Auschwitz, donde todavía gaseaban a los judíos polacos y europeos. El parón del Ejército Rojo en el Vístula condenó no sólo a los combatientes polacos y a los civiles de Varsovia, sino también a los judíos de Łódź. Su número se había reducido mucho a causa de una serie de deportaciones a Chehno entre diciembre de 1941 y septiembre de 1942. Pero en 1943 y 1944 la cifra de judíos había permanecido relativamente estable: unos noventa mil trabajadores judíos y sus familias. Las autoridades civiles alemanas, que a veces preferían matar a disponer de mano de obra, los mantuvieron con vida allí más tiempo que en ningún otro lugar. Los judíos de Łódź estaban fabricando armas, de forma que también la Wehrmacht prefería que sobrevivieran.

Muchos de los judíos de Łódź que aún permanecían con vida murieron en el intervalo entre el inicio de la Operación Bagration y el avance soviético final sobre el Vístula. El día después de que empezara la Operación Bagration, el 23 de junio de 1944, las autoridades civiles de Łódź cedieron ante Himmler y las SS y permitieron la aniquilación del gueto. Por un breve período de tiempo, los alemanes reabrieron el centro de gaseamiento de Chelmo y 7196 judíos de Łódź fueron asfixiados allí entre el 23 de junio y el 14 de julio. Luego, las instalaciones de Chelmo cerraron definitivamente. Los judíos de Łódź, mientras tanto, sabían que el Ejército Rojo estaba cerca. Creían que sobrevivirían si podían quedarse en el gueto sólo unos cuantos días o unas cuantas semanas más. El 1 de agosto, el día en que empezó la rebelión de Varsovia, el Judenrat de Łódź fue informado de que iban a «evacuar» a todos los judíos. El alcalde alemán de la ciudad incluso trató de persuadirlos de que se apresuraran a embarcar en los trenes antes de que llegara el Ejército Rojo, porque los soldados soviéticos se vengarían de los que habían pasado la guerra fabricando armas para los alemanes. En agosto de 1944, mientras la revuelta de Varsovia arreciaba y el Ejército Rojo esperaba, unos sesenta y siete mil judíos de Łódź fueron deportados a Auschwitz. La mayoría de ellos fueron gaseados nada más llegar.[69]

Cuando los soldados soviéticos cruzaron por fin el Vístula y avanzaron por las ruinas de Varsovia, el 17 de enero de 1945, encontraron muy pocos edificios en pie. El campo de concentración Varsovia, sin embargo, todavía estaba utilizable. El NKVD soviético ocupó sus instalaciones y las usó para propósitos que resultan familiares: Los soviéticos interrogaron allí en 1945 a los soldados del Ejército Nacional y los fusilaron, como habían hecho los alemanes en 1944.[70]

El 19 de enero de 1945, dos días después de haber llegado a Varsovia, los soldados soviéticos ya estaban en Łódź. El 27 de enero llegaron a Auschwitz. Desde allí, tardaron poco más de tres meses en alcanzar Berlín. A medida que el Ejército Rojo avanzaba, los guardias de los campos de las SS trasladaban a los judíos de Auschwitz a campos de trabajo en Alemania. En estas marchas brutales y apresuradas perdieron la vida miles de judíos más. Estas marchas, que transportaban a los judíos supervivientes a la propia Alemania, fueron las últimas atrocidades nazis. El Frente Bielorruso del Ejército Rojo empezó a bombardear Berlín el 20 de abril de 1945, día del cumpleaños de Hitler; a principios de mayo ya se había reunido con el Frente Ucraniano en la capital germana. Berlín cayó y la guerra llegó a su fin. Hitler había ordenado a sus subordinados aplicar una política de tierra quemada en la propia Alemania, pero no le obedecieron. Aunque un gran número de jóvenes alemanes perdieron la vida en la defensa de Berlín, Hitler no pudo llevar a cabo más políticas de asesinatos en masa.[71]

En estos últimos meses de la guerra, desde enero a mayo de 1945, los internos de los campos de concentración alemanes murieron en gran número. Quizá trescientos mil judíos perecieron en los campos alemanes durante este período de hambre y abandono. Los soldados americanos y británicos que liberaban a los presos moribundos de los campos de Alemania creyeron haber descubierto los horrores del nazismo. Las imágenes que sus fotógrafos y sus cámaras captaron de los cadáveres y de los esqueletos vivientes de Bergen-Belsen y Buchenwald parecían mostrar los peores crímenes de Hitler. Como sabían los judíos y polacos de Varsovia, y como sabían Vasili Grossman y los soldados del Ejército Rojo, eso estaba muy lejos de la realidad. Lo peor ocurrió en las ruinas de Varsovia y en los campos de Treblinka, en los pantanos de Bielorrusia y en las fosas de Babii Yar.

El Ejército Rojo liberó todos estos lugares y la totalidad de las Tierras de sangre. Todos los lugares de exterminio y las ciudades muertas cayeron tras un telón de acero, en una Europa que Stalin construyó a su antojo ya mientras la estaba liberando de Hitler.

Grossman escribió su artículo sobre Treblinka mientras las tropas soviéticas estaban detenidas en el Vístula viendo cómo los alemanes derrotaban al Ejército Nacional en el levantamiento de Varsovia. Cuando empezó la Guerra Fría, las cenizas de Varsovia todavía estaban calientes.

Capítulo 10

LIMPIEZAS ÉTNICAS

Por la época en que el Ejército Rojo llegó a las ruinas de Varsovia, en enero de 1945, Stalin sabía qué clase de Polonia deseaba construir. Sabía cuáles serían sus fronteras, a quién obligaría a vivir dentro de ellas, a quién obligaría a marcharse. Polonia sería un estado comunista y un país étnicamente homogéneo. Aunque Stalin no iba a emprender ninguna política de asesinato de masas en el imperio de Europa del Este que planeaba, Polonia sería el centro de una zona de pureza étnica. Alemania sería para los alemanes, Polonia para los polacos y la parte oeste de la Ucrania soviética para los ucranianos. Esperaba que los comunistas polacos, incluso los que eran miembros de alguna minoría nacional, limpiaran su país de las minorías nacionales. Stalin había reactivado un partido comunista polaco y escogido a sus líderes y los había enviado a Polonia. Sabía que no sólo tendría el apoyo de los polacos sino también el de los estadounidenses y los británicos para deshacerse de un gran número de alemanes. Las políticas de Hitler para desplazar a los alemanes durante la guerra le sugerían el modo de tratarlos en adelante. La colonización alemana en tiempos de guerra hacía que el traslado obligado de una cierta cantidad de población pareciera inevitable. Las únicas cuestiones eran cuántos alemanes y de qué territorios. Stalin tenía respuestas precisas aunque sus aliados estadounidenses y británicos no las tuvieran.[1]

En la conferencia con británicos y americanos en Yalta, en febrero de 1945, Stalin se hizo escuchar; no tenía ningún motivo para esperar oposición. Roosevelt y Churchill no se oponían a que Stalin volviera a tomar las tierras que había recibido de Hitler: la mitad de Polonia, así como los países bálticos y la parte noreste de Rumanía. Stalin compensaría a Polonia, su Polonia comunista, castigando a Alemania. Polonia se desplazaría hacia el oeste, absorbiendo territorio alemán hasta una línea definida por los ríos Oder y Neisse. En las tierras que Stalin concebía como polacas vivían no menos de diez millones de alemanes; desplazarlos, o mantenerlos fuera, sería tarea de un gobierno dominado por comunistas polacos. Éste aprovecharía el deseo de muchos polacos de echar a los alemanes y se apuntaría el tanto de conseguir un objetivo, la pureza étnica, que al final de la guerra parecía obvio para la mayoría de los políticos polacos destacados. Los comunistas ganarían apoyo entre los polacos distribuyendo las tierras abandonadas por los alemanes y lo mantendrían recordando a los polacos que sólo el Ejército Rojo podría evitar que los alemanes volvieran y reclamaran sus propiedades perdidas.[2]

Los comunistas de Polonia habían aceptado estas fronteras y sabían que tendrían que echar a los alemanes. «Tenemos que expulsarlos –manifestó Wladyslaw Gomulka, secretario general del partido polaco, en mayo de 1945– puesto que todos los países están contruidos sobre principios nacionales, no plurinacionales». El desplazamiento de la frontera hacia el oeste, por sí solo, no haría de Polonia un estado «nacional»: el cambio de fronteras simplemente sustituiría grandes minorías ucranianas y bielorrusas por enormes minorías alemanas. Para ser «nacional» de la forma en que Gomulka tenía en mente, Polonia precisaría un desplazamiento masivo de millones de alemanes. Quizá un millón y medio de ellos eran administradores y colonos que nunca hubieran acudido a Polonia sin la guerra de Hitler. Vivían en casas o pisos que habían tomado de los polacos expulsados (o asesinados) durante la guerra o de judíos exterminados. Otro medio millón o más eran alemanes naturales de Polonia y habían vivido dentro de las fronteras anteriores a la guerra. Los restantes ocho millones, aproximadamente, iban a perder sus casas en territorios que formaban parte de Alemania incluso antes de la expansión de Hitler y que habían sido de población mayoritariamente alemana durante siglos.[3]

Al crear su Polonia, Stalin invirtió las líneas del Generalplan Ost. Alemania, en lugar de expandirse hacia el este para crear un enorme imperio terrestre, quedaría confinada en el oeste. Los soviéticos, los estadounidenses y los británicos ocupaban Alemania conjuntamente y el futuro político inmediato del país no estaba del todo claro. Lo que era obvio es que habría una Alemania para los alemanes, aunque no según la concepción de Hitler. Sería una zona compacta en el centro de Europa, separada de Austria, separada de los Sudetes arrebatados a Checoslovaquia, una zona que recogería a los alemanes del Este en vez de mandarlos allí como colonos. En lugar de una raza superior que disponía de esclavos a lo largo de una nueva frontera soñada en el Este, los alemanes constituirían una nación homogénea más. Pero, a diferencia de Hitler, Stalin no entendía «realojamiento» como un eufemismo del asesinato de masas. Sabía que moriría gente en el transcurso de los desplazamientos masivos de población, pero no era su objetivo destruir la nación alemana.

Todos los políticos polacos destacados, comunistas y no comunistas, estuvieron de acuerdo con Stalin en que Polonia debería avanzar tanto como fuera posible hacia el oeste y que los alemanes debían irse. Cuando el Ejército Nacional inició el levantamiento de Varsovia el 1 de agosto de 1944, el gobierno polaco en Londres privó a los alemanes de la ciudadanía y les ordenó abandonar el país. Stanislaw Mikolajczyk, primer ministro del gobierno en Londres, no fue menos categórico que sus enemigos comunistas sobre lo que significaría para los alemanes el realojamiento de la posguerra: «La experiencia con la quinta columna y con los métodos de ocupación alemanes hace imposible la convivencia de poblaciones polacas y alemanas en el territorio de un mismo Estado». Esta posición había alcanzado el consenso no sólo de la sociedad polaca, sino también de los líderes aliados. Roosevelt había dicho que los alemanes «merecían» ser expulsados mediante el terror (mientras que su predecesor, Herbert Hoover, llamó a los traslados de población «un remedio heroico»). Churchill había prometido a los polacos «una operación limpieza».[4]

En Yalta, en febrero de 1945, los americanos y los británicos accedieron en principio a que Polonia se desplazara hacia el oeste, pero no estaban

convencidos de que debiera llegar hasta la línea Oder-Neisse. No obstante, como Stalin había previsto, en la siguiente cumbre en Potsdam, en julio, ya compartían su forma de pensar. En ese momento, gran parte de su política se había concretado sobre el terreno. En marzo, el Ejército Rojo había conquistado todas las tierras alemanas que Stalin pensaba conceder a Polonia. En mayo, estaba en Berlín y la guerra en Europa había terminado. Las tropas soviéticas habían avanzado a través del este de Alemania con una rapidez y una violencia tan extraordinarias que de pronto todo parecía posible. Unos seis millones de alemanes habían sido evacuados por las autoridades alemanas o habían huido antes de la llegada del Ejército Rojo, creando las condiciones previas para la versión étnica y geográfica de Polonia pensada por Stalin. Muchos de ellos tratarían de volver tras la rendición alemana, pero poquísimos lo consiguieron.[5] En Gran Bretaña, George Orwell alzó su voz una última vez, en febrero de 1945, calificando la planeada expulsión de los alemanes como «un enorme crimen» que no podía «llevarse a cabo». Estaba equivocado. Por una vez, su imaginación política le falló.[6]

Durante la marcha hacia Berlín, el Ejército Rojo siguió un procedimiento espantosamente simple en las tierras del este del Reich, los territorios que iban a ser para Polonia: sus hombres violaban a las mujeres alemanas y apresaban a los hombres (y a algunas mujeres) para trabajar. Esta conducta continuó cuando los soldados llegaron a los territorios que se conservarían dentro de Alemania y, finalmente, a Berlín. Los soldados del Ejército Rojo también habían violado a mujeres en Polonia, en Hungría e incluso en Yugoslavia, donde una revolución comunista convertiría al país en un aliado soviético. Los comunistas yugoslavos se quejaron del comportamiento de los soldados soviéticos a Stalin, quien les dio una pequeña charla sobre los soldados y la «diversión».[7]

La escala de las violaciones aumentó cuando los soldados soviéticos llegaron a la propia Alemania; es difícil saber con seguridad el por qué. La Unión Soviética, aunque igualitaria en principio, no inculcaba respeto por el cuerpo femenino en el sentido más elemental. Aparte de sus experiencias con los alemanes, los soldados del Ejército Rojo eran producto del sistema soviético y, a menudo, de sus más crueles instituciones. Alrededor un millón de prisioneros del Gulag fueron liberados tempranamente para que pudieran luchar en el frente. Todos los soldados soviéticos se mostraban frustrados por el profundo sinsentido del ataque alemán a su pobre país: las casas de los trabajadores alemanes eran mejores que sus propios hogares. Los soldados a veces decían que sólo atacaban a los «capitalistas», pero, desde su perspectiva, un simple granjero alemán era inconcebiblemente rico. Y, a pesar de la obviedad de sus condiciones de vida, los alemanes habían ido a la Unión Soviética a robar y a matar. Los soldados soviéticos tal vez entendían la violación de las mujeres alemanas como una forma de humillar y deshonorar a los hombres alemanes.[8]

Como el Ejército Rojo sufrió pérdidas enormes en su avance hacia el oeste, sus filas fueron recompuestas por reclutas de las repúblicas soviéticas bielorrusa y ucraniana, cuyas familias habían sufrido a manos de los alemanes y cuyas jóvenes vidas habían sido moldeadas por la ocupación germana. De este modo, muchos soldados soviéticos tenían razones personales para dar crédito a la propaganda que habían leído y oído, propaganda que a veces culpaba a toda la nación alemana al completo de la tragedia soviética. La inmensa mayoría de los soldados del Ejército Rojo no se estaban vengando del Holocausto como tal, pero leían propaganda elaborada por personas que habían quedado profundamente heridas por el asesinato en masa de judíos. Ilya Ehrenburg, un escritor soviético judío que ahora trabajaba como periodista para el periódico del ejército, La Estrella Roja, era en este aspecto un especialista en propaganda del odio. «A partir de este momento –había escrito en 1942– hemos entendido que los alemanes no son humanos».[9]

Fueran cuales fueran sus motivaciones, el estallido de violencia contra las mujeres alemanas fue extraordinario. Golpeaban a los hombres que intentaban defender a sus hijas o esposas y a veces los mataban. Las mujeres tenían pocos hombres que las protegieran. Los suyos habían muerto en combate (unos cinco millones de hombres alemanes habían caído en acción por aquel entonces), habían

sido llamados a filas por la Wehrmacht, convocados para la defensa civil de emergencia o reclutados por los soviéticos para trabajar. Muchos de los hombres que quedaron eran de avanzada edad o discapacitados. En algunos pueblos, todas las mujeres solas fueron violadas, sin importar su edad. Como supo tardíamente el novelista alemán Günter Grass, su madre se ofreció en lugar de su hija. No perdonaron a ninguna de las dos. Las violaciones en grupo eran muy comunes. Muchas mujeres murieron como resultado de las heridas sufridas durante estas violaciones sucesivas.[10]

Las mujeres alemanas a menudo se suicidaban, o lo intentaban, para evitar la violación o para escapar a la vergüenza de haber sido violadas. Una de ellas relató su huida: «Con la oscuridad vino un miedo indescriptible. Muchas mujeres y muchas jóvenes estaban siendo violadas por los rusos allí mismo». Al oír los gritos, ella y su hermana se cortaron las venas, pero sobrevivieron; seguramente porque estaban demasiado frías para desangrarse hasta morir y porque al día siguiente las trató un médico soviético. Se libraron durante la noche, probablemente porque se habían desvanecido y parecía que estaban muertas. En realidad, la muerte era una de las pocas protecciones contra la violación. Perdonaron a Martha Kurzmann y a su hermana sólo porque estaban enterrando a su madre. «Justo cuando habíamos lavado a nuestra madre muerta y estábamos a punto de vestir su cuerpo, vino un ruso que quería violarnos. Escupió y se dio la vuelta». Fue una excepción.[11]

Algunas veces, después de violar a las mujeres las capturaban para trabajos forzados, aunque la mayoría de los que seleccionaban para trabajar eran hombres. Los soviéticos capturaron a unos 520 000 alemanes (es decir, una décima parte de la gente que los alemanes habían apresado en la Unión Soviética para trabajos forzados). Los soviéticos también capturaron a unas 287 000 personas de los países de Europa del Este como trabajadores y deportaron al menos a cuarenta mil polacos sospechosos de representar una amenaza para el poder soviético o para el futuro gobierno comunista. Apresaron a civiles húngaros en Budapest, los trataron como a prisioneros de guerra y les obligaron a trabajar en campos. Enviaron a los alemanes al oscuro y peligroso trabajo en las minas de la Silesia polaca o al este de Ucrania, a Kazajistán o a Siberia. La tasa de mortalidad entre los alemanes fue mucho más alta que la de los ciudadanos soviéticos. En el Campo 517 en Karelia, el porcentaje de mortalidad de los alemanes era cinco veces mayor que el habitual en el Gulag.[12]

Murieron alrededor de seiscientos mil alemanes, capturados como prisioneros, o como trabajadores al final de la guerra. Quizá ciento ochenta y cinco mil civiles alemanes murieran cautivos de los soviéticos durante y después de la guerra, y quizá treinta mil más en campos polacos. Unos 363 000 prisioneros de guerra alemanes perecieron también en los campos soviéticos (una tasa de mortalidad del 11,8% en comparación con el 57,5% de los soldados soviéticos en campos alemanes). Muchos más prisioneros murieron de camino hacia los campos o fueron ejecutados después de rendirse, sin que quedaran registrados como prisioneros de guerra.[13]

Como tantas veces, los crímenes de Stalin fueron posibles gracias a las políticas de Hitler. En gran medida, los hombres alemanes estaban allí para ser capturados y las mujeres alemanas para ser violadas porque los nazis habían fracasado en la organización de evacuaciones sistemáticas. En las últimas semanas de la guerra, las tropas alemanas se apresuraban hacia el oeste para rendirse a los británicos o a los estadounidenses en lugar de a los soviéticos; los civiles a menudo no tuvieron esta opción, Hitler había presentado la guerra como una cuestión de voluntad y, de ese modo, acentuó la tendencia característica de todas las guerras a negar la derrota y, por lo tanto, a empeorar sus consecuencias. Veía el conflicto armado como una prueba para la raza alemana: «Alemania será una potencia mundial o no será». Su nacionalismo fue siempre de un tipo especial: creía que la nación alemana era potencialmente grande, pero que necesitaba los retos de un imperio para depurarse de la degeneración. De este modo, los alemanes se verían favorecidos mientras la guerra continuara y tuviera éxito. Si los alemanes decepcionaban a Hitler fracasando al purificarse en la sangre de sus enemigos derrotados, sería culpa suya. Hitler les había mostrado el camino, pero los alemanes no habían

podido seguirlo. Si los alemanes perdían su guerra de salvación, no había ninguna razón por la que debieran sobrevivir. Para Hitler, cualquier sufrimiento que los alemanes tuvieran que soportar era consecuencia de su propia debilidad: «Si los alemanes no están dispuestos a luchar por su propia existencia, muy bien: dejemos que perezcan».[14]

El propio Hitler escogió el suicidio. Las suyas no eran el tipo de actitudes pragmáticas necesarias para preservar las vidas de los civiles. Las autoridades civiles en Alemania del este, los Gauleiters, eran hombres entregados al partido nazi y se contaban entre los seguidores más leales de Hitler. En tres provincias cruciales, los Gauleiters fracasaron al organizar las evacuaciones. El Gauleiter del este de Prusia era Erich Koch, el mismo hombre que había sido Reichskommissar para Ucrania. Una vez dijo que si encontraba un ucraniano digno de comer en su mesa se vería obligado a fusilarlo. Ahora, en enero de 1945, un ejército compuesto por una proporción bastante significativa de ucranianos se estaba echando encima de su provincia alemana y él no parecía creérselo del todo. En Pomerania, Franz Schwede-Coburg trató de hecho de parar el flujo de refugiados alemanes. En la Baja Silesia, Karl Hanke estaba preocupado porque la huida perjudicaría su campaña para convertir Breslau (actualmente Wrocław) en una fortaleza que pudiera detener al Ejército Rojo. De hecho, el Ejército Rojo rodeó Breslau tan deprisa que la gente quedó atrapada. Debido a que los civiles alemanes tardaron demasiado en marcharse, murieron en un número mucho mayor. La marina soviética hundió 206 de los 790 barcos usados para evacuar a los alemanes de la costa báltica. Uno de ellos, el Wilhelm Gustloff fue evocado más tarde por Günter Grass en su novela A paso de cangrejo.[15]

Los alemanes que escapaban por tierra quedaban a menudo literalmente atrapados en el fuego cruzado entre el Ejército Rojo y la Wehrmacht. Una y otra vez las unidades de tanques soviéticas se precipitaban contra las columnas de civiles alemanes y sus coches de caballos. Eva Jahntz narró lo que pasaba en esos casos: «Disparaban a los pocos hombres que había, violaban a las mujeres, y golpeaban a los niños y los separaban de sus madres». Grass, que vivió una escena semejante como soldado de las Waffen-SS, vio «a una mujer gritar, pero no pude oír su grito».[16]

La nueva Polonia se fundó en el momento en que la huida se convirtió en deportación. El fin de las hostilidades trajo una limpieza étnica organizada a las nuevas tierras del oeste de Polonia, oficialmente conocidas como los «territorios recuperados». El 26 de mayo de 1945, el comité central del partido comunista polaco decidió que todos los alemanes debían marcharse del país. En ese momento, los alemanes ya estaban volviendo. Habían huido del Ejército Rojo, pero no tenían ninguna intención de perder todas sus propiedades y pertenencias ni de abandonar su patria. Tampoco tenían ninguna forma de saber que su retorno era inoportuno, que su patria se iba a convertir en polaca y que sus hogares se los iban a otorgar a polacos. En junio de 1945, había vuelto quizá un millón de los aproximadamente seis millones de refugiados alemanes. Los comunistas polacos decidieron enviar el ejército recientemente constituido, ahora bajo su mando, para «limpiar» de alemanes lo que entendían que era territorio polaco.[17]

En verano de 1945, los comunistas polacos miraban con inquietud hacia el futuro, hacia el acuerdo de paz definitivo. Si no podían mantener a los alemanes al oeste de la línea Oder-Neisse, quizá no les concederían esos territorios. También estaban siguiendo el ejemplo fijado por la Checoslovaquia democrática, justo en el sur. Su presidente, Edvard Benes, había sido en tiempos de guerra el más elocuente defensor de la deportación de alemanes. El 12 de mayo comunicó a sus ciudadanos que la nación alemana «había dejado de ser humana». El día antes, el líder del partido comunista checoslovaco se había referido a la Checoslovaquia de posguerra como «una república de checos y eslovacos». Los checoslovacos, cuya minoría alemana ascendía a unos tres millones (un cuarto de la población) llevaban desde mayo expulsando a sus ciudadanos alemanes de sus fronteras. En estas expulsiones mataron a hasta treinta mil alemanes; otros 5558 se suicidaron en Checoslovaquia en 1945. Günter Grass, en aquel momento prisionero de guerra en un campo estadounidense en Checoslovaquia, se preguntaba si los soldados de infantería americanos estaban allí para custodiarlo o para proteger a los alemanes de los checos.[18]

Los oficiales del nuevo ejército polaco ordenaron a sus soldados que trataran a los campesinos alemanes como a enemigos. La nación alemana al completo era culpable y no había que tener lástima de ella. La comandancia general transmitió instrucciones de «tratarlos como nos trataron a nosotros». No se llegó nunca a eso, pero las condiciones de las deportaciones militares entre el 20 de junio y el 20 de julio de 1945 reflejaban apresuramiento, indiferencia y la primacía de la alta política. El ejército deportó a gente que vivía cerca de la línea Oder-Neisse para crear la impresión de que esos territorios estaban listos para ser transferidos a Polonia. Los militares rodeaban pueblos, daban a sus habitantes unas pocas horas para hacer el equipaje, los obligaban a formar en columnas y luego les hacían cruzar la frontera. El ejército informó que había desplazado en torno a un millón doscientas mil personas de esta forma, aunque probablemente sea una exageración considerable; algunas personas, en todo caso, fueron deportadas dos veces, puesto que regresaban sin dificultad cuando los soldados se habían ido.[19]

Lo más probable es que estos esfuerzos polacos de verano de 1945 no supusieran ninguna diferencia en el resultado final. Aunque los británicos y los estadounidenses habían acordado resistirse a los planes de Stalin para la frontera oeste polaca, le concedieron este punto a finales de julio de 1945. Aceptaron la frontera propuesta por Stalin para Polonia, la línea Oder-Neisse; la única condición, que probablemente Stalin entendió como una fachada ante los votantes polaco-estadounidenses, era que el siguiente gobierno polaco fuera elegido en unas elecciones libres. Las tres potencias estaban de acuerdo en que las transferencias de población desde Polonia y Checoslovaquia (y Hungría) debían continuar, pero sólo después de una pausa necesaria para asegurar condiciones más humanas para las personas reubicadas. Las tierras alemanas estaban bajo una ocupación conjunta, los soviéticos en el noreste, los británicos en el oeste y los estadounidenses en el sur. A estadounidenses y británicos les preocupaba que más movimientos de población pudieran traer el caos a sus zonas de ocupación en Alemania.[20]

Después de Potsdam, el gobierno polaco buscó precisamente crear condiciones inhumanas para los alemanes en Polonia, de forma que estos decidieran marcharse. Stalin había dicho a Gomulka que «debería crear tales condiciones para los alemanes que ellos mismos quisieran huir». Desde junio de 1945, las autoridades polacas hicieron justamente esto, bajo el eufemístico disfraz de «repatriaciones voluntarias». La política de expulsión indirecta fue quizá más flagrante en Silesia, donde el gobierno regional vetó el uso del alemán en lugares públicos, prohibió las escuelas alemanas, expropió las propiedades alemanas y ordenó a los hombres alemanes que trabajaran en las minas. El planteamiento fue quizá más astuto (o cínico) en la ciudad de Olsztyn, antiguamente en el este de Prusia, donde los alemanes fueron convocados para ir «voluntariamente» a Alemania a finales de octubre de 1945 (y al mismo tiempo informados de que los que se resistieran serían enviados a los campos).[21]

Las prisiones polacas y los campos provisionales penales y de trabajo estaban llenos de alemanes, a quienes, junto con los demás prisioneros, se les trataba muy mal. Las cárceles y los campos estaban bajo la jurisdicción del ministerio de Seguridad Pública, de orientación comunista, en lugar de bajo el ministerio de Justicia o el de Interior. En ese momento el gobierno polaco era todavía una coalición, pero estaba dominado por los comunistas, quienes siempre se aseguraban de controlar carteras como la de Seguridad Pública. Los comandantes de los campos, generalmente exentos de una disciplina superior, presidían el caos general y los asesinatos frecuentes. En el pueblo de Nieszawa, en el norte-centro de Polonia, arrojaron a 38 hombres, mujeres y niños al río Vístula; a los hombres y a las mujeres los fusilaron antes, a los niños no. En el campo de Lubraniec, el comandante danzó sobre una mujer alemana que estaba tan horriblemente apaleada que no pudo moverse. En esta tesitura exclamó «estamos sentando las bases de una nueva Polonia».[22]

En algunos lugares la venganza fue casi literal. En el campo Lambinowice, Czesław Gęborski modeló conscientemente las normas a imagen y semejanza de las alemanas (a pesar de las órdenes contrarias) y proclamó abiertamente su deseo de revancha. El 4 de octubre de 1945, cuarenta prisioneros de Lambinowice fueron asesinados; en total, unos 6488 alemanes murieron allí en 1945 y 1946. Gęborski había estado encarcelado bajo el dominio alemán; otros comandantes de campos polacos tenían distintas razones para desear la venganza. Izydor Cedrowski, el

comandante del campo de Potulice, era un superviviente judío de Auschwitz cuya familia había sido fusilada por los alemanes. Los alemanes y otros prisioneros morían cada día a cientos en estos campos por congelación, enfermedades y malos tratos. En total, en los campos polacos trabajaron unos doscientos mil alemanes, de los cuales un número muy alto, quizá treinta mil, murieron en 1945 o en 1946. [23]

En la segunda mitad de 1945, los alemanes tenían buenas razones para partir de Polonia «voluntariamente», aunque marcharse resultó ser tan peligroso como quedarse. Se asignaron para los transportes trenes de mercancías, a menudo con vagones abiertos. Si los vagones no eran abiertos, los alemanes a veces temían que los gasearan. Esto, por supuesto, no sucedió nunca (aunque demuestra que los alemanes sabían que otras personas habían sido muy recientemente conducidas a espacios cerrados y asfixiadas). Incluso en uno de los lugares de los cuales expulsaban ahora a los alemanes, en Stutthof, los germanos habían usado antes un vagón de tren como cámara de gas.[24]

Los trenes avanzaban muy despacio, convirtiendo en horribles odiseas viajes que podían haber durado sólo unas horas. Los alemanes que embarcaban en los trenes estaban muy a menudo hambrientos o enfermos. Sólo les permitían llevar consigo lo que podían cargar a la espalda. Los bandidos (o la milicia polaca que se suponía que les tenía que proteger) les robaban pronto. Una razón por la que los trenes paraban tan frecuentemente era permitir a los maleantes robar a la gente lo que les habían dejado llevarse. En estas circunstancias, la mortalidad en los trenes era considerable, cuando podría haber sido insignificante. Los alemanes tenían que enterrar a sus muertos a lo largo del camino, en esas anónimas paradas, en medio de la nada, sin señales ni ninguna forma de saber adónde volver. No tenían a nadie que cuidara de sus intereses en Polonia y muy a menudo nadie les quería en el otro lado. Unos seiscientos mil alemanes llegaron a Alemania en estas circunstancias durante la segunda mitad de 1945.[25]

Los aliados concertaron un plan para las siguientes deportaciones en noviembre de 1945, y los británicos y soviéticos se prepararon para recibir y ocuparse de los alemanes que iban a llegar en 1946. Debido a que muchas de las muertes y disturbios eran resultado de las condiciones de embarque y transporte, los soviéticos y los británicos enviaban representantes para controlar las deportaciones en el lado polaco. La previsión, ampliamente conseguida, era que unos transportes más ordenados reducirían el caos en Alemania. Durante el transcurso de 1946, unos dos millones más de alemanes fueron mandados por tren a las zonas de ocupación británicas y soviéticas de Alemania; alrededor de otros seiscientos mil les siguieron en 1947. Aunque las condiciones distaban de ser humanas, las bajas durante estos transportes fueron mucho menores, no más de unos pocos miles o, como mucho, unas cuantas decenas de miles.[26]

A finales de 1947, unos siete millones seiscientos mil alemanes habían abandonado Polonia, aproximadamente la mitad de ellos como refugiados huyendo del Ejército Rojo, y la otra mitad como deportados. Estas proporciones y estos números no pueden conocerse con precisión, ya que mucha gente huyó, volvió y fue deportada de nuevo, y otros fueron deportados más de una vez. Muchos de los que se habían presentado como alemanes en el transcurso (o incluso antes) de la guerra ahora aseguraban ser polacos para eludir los transportes. (El gobierno polaco, más interesado por entonces en la mano de obra que en la pureza étnica, contemplaba favorablemente las solicitudes en casos ambiguos en los que ciertas personas podían considerarse polacas. Por otra parte, muchos de los que se identificaban como polacos anteriormente se presentaban ahora como alemanes, creyendo que el futuro económico de Alemania era más brillante que el de Polonia). Pero el balance general es claro: la inmensa mayoría de las personas que se consideraban alemanas había dejado Polonia a finales de 1947. En todas estas huidas y transportes, desde principios de 1945 a finales de 1947, murieron quizá cuatrocientos mil alemanes naturales de las tierras que se había anexionado Polonia, la mayoría de ellos en campos soviéticos y polacos, y un segundo gran grupo atrapado entre los ejércitos o ahogado en el mar.[27]

Las últimas semanas de la guerra y las evacuaciones tardías fueron mucho más peligrosas que las expulsiones que siguieron tras finalizar la contienda. En los últimos cuatro meses de guerra, los alemanes padecieron algunas de las

calamidades que habían sufrido otros civiles en los anteriores cuatro años de guerra en el frente oriental, durante el avance y la retirada de la Wehrmacht. Millones de personas huyeron del ataque alemán en 1941; millones más fueron capturadas para trabajar entre 1941 y 1944; todavía más fueron obligadas a marcharse por la retirada de la Wehrmacht en 1944. Murieron muchos más ciudadanos soviéticos y polacos huyendo de los alemanes que alemanes escapando de los soviéticos. Aunque estos desplazamientos no se correspondían con políticas de asesinatos deliberados (y, por tanto, no han sido casi mencionados en este estudio), la huida, la evacuación y el trabajo forzado condujeron a la muerte, directa o indirectamente, a unos cuantos millones de ciudadanos soviéticos y polacos (las políticas alemanas de asesinatos de masas deliberados mataron a otros diez millones de personas más).[28]

La guerra se había librado en nombre de la raza alemana, pero terminó con el desinterés por la suerte de los civiles alemanes. Gran parte de la responsabilidad de las muertes asociadas con la huida y la expulsión corresponde, pues, al régimen nazi. Los civiles alemanes conocían lo suficiente de la política alemana durante la guerra para saber que debían escapar, pero su huida no fue bien organizada por el estado alemán. El comportamiento de muchos soldados soviéticos fue ciertamente tolerado por el alto mando y esperado por Stalin; sin embargo, el Ejército Rojo no habría entrado en Alemania si la Wehrmacht no hubiera invadido la Unión Soviética. Stalin favoreció la homogeneidad étnica, pero las propias políticas de Hitler habían hecho que esta actitud pareciera inevitable, y no sólo en Moscú. Las expulsiones fueron el resultado de un consenso internacional de vencedores y víctimas.

Finalmente, las expulsiones resultaron ser otra de las formas en las que Stalin ganó la guerra de Hitler. Al arrebatarse tanto territorio a Alemania en beneficio de Polonia, Stalin garantizaba que los polacos estuvieran en deuda, les gustara o no, con el poder militar soviético. ¿Con quién sino con el Ejército Rojo podrían contar en el futuro para defender esa frontera polaca del oeste frente a una Alemania renaciente?[29]

En esos años, Polonia fue una nación en movimiento. Mientras los alemanes tuvieron que mudarse al oeste para formar una Alemania más occidental, los polacos tenían que desplazarse también hacia el oeste para convertirse en una Polonia más occidental. De la misma forma que los alemanes eran expulsados de la Polonia comunista, los polacos eran expulsados de la Unión Soviética. Contra la voluntad de todos los partidos políticos polacos, incluyendo a los comunistas, la Unión Soviética se anexionó una vez más las tierras que habían sido de este de Polonia. Las personas que fueron entonces «repatriadas» (según el eufemismo estalinista) a Polonia no tenían ninguna razón para amar al comunismo o a Stalin. Pero de algún modo estaban ligados al sistema comunista. Los comunistas arrebataban la tierra pero también la repartían, expulsaban a la gente pero también le daban refugio. Aquellos que habían perdido sus antiguos hogares y conseguido otros nuevos dependían por completo de quienes estaban en condiciones de defenderles, y esos sólo podían ser los comunistas polacos, quienes garantizaban que el Ejército Rojo protegería los bienes de Polonia. El comunismo como ideología tenía poco que ofrecer a Polonia y no fue nunca demasiado popular. Pero las geopolíticas étnicas de Stalin sustituyeron a la lucha de clases creando una base duradera de apoyo, si no de legitimidad, para el nuevo régimen.[30]

En Postdam, estadounidenses y británicos habían respaldado las expulsiones con las esperanzas puestas en las elecciones democráticas en Polonia. Pero éstas nunca se celebraron. En cambio, el primer gobierno de la posguerra, dominado por los comunistas, intimidó y arrestó a la oposición. Los americanos empezaron a ver la línea Oder-Neisse como un asunto que podía usarse contra la Unión Soviética. Cuando el secretario de estado estadounidense cuestionaba su existencia en septiembre de 1946, estaba aumentando la influencia de EE UU en Alemania y debilitando el influjo soviético entre los alemanes no conformes con la pérdida de territorio y las expulsiones; pero también estaba ayudando a consolidar la posición soviética en Polonia. El régimen polaco convocó elecciones parlamentarias en enero de 1947, pero falseó los resultados. Los estadounidenses y los británicos vieron desaparecer sus oportunidades de ejercer

alguna influencia en Polonia. Stanislaw Mikolajczyk, el primer ministro del gobierno polaco en el exilio, había vuelto para presentarse a las elecciones como cabeza del partido campesino: tuvo que huir.[31]

El régimen polaco pudo alegar el poderoso argumento de que sólo su aliado soviético era capaz de proteger la nueva frontera oeste de los deseos de los alemanes, mientras que los estadounidenses los alentaban. En 1947, los polacos, a pesar de lo que opinaran sobre los comunistas, difícilmente podían pensar en perder «los territorios recuperados». Como Gomulka había anticipado correctamente, la expulsión de los alemanes «ataría la nación al sistema». El talentoso ideólogo comunista Jakub Berman creía que los comunistas debían sacar el máximo provecho de la limpieza étnica. Los «territorios recobrados» dieron a muchos polacos que habían sufrido durante la guerra una casa mejor o una granja mayor, e hicieron posible la reforma agraria, el primer paso en cualquier toma de poder comunista. Y, quizá lo más importante, dieron un lugar donde vivir a un millón de polacos inmigrantes del este de Polonia (anexionado por la URSS). Precisamente porque Polonia había perdido tanto en el este, el oeste era aún más valioso.[32]

La limpieza étnica de alemanes de las nuevas tierras polacas se produjo al final de la guerra. Era, sin embargo, la segunda parte de una política soviética que en realidad había empezado mucho antes, durante la guerra, en las tierras del este de Polonia anteriores a la conflagración, al este de la línea Mólotov-Ribbentrop. De la misma forma que los alemanes habían tenido que dejar tierras que ya no serían alemanas, los polacos tuvieron que abandonar tierras que ya no serían polacas. Aunque Polonia era técnicamente uno de los países que había ganado la guerra, perdió casi la mitad (47%) de su territorio anterior a la contienda en favor de la Unión Soviética. Después de la guerra, los polacos (y los judíos polacos) ya no eran bienvenidos en las nuevas regiones occidentales de las repúblicas soviéticas bielorrusa y ucraniana ni en la región de Vilna de la república soviética lituana.[33]

La alteración de la estructura de la población del este de Polonia en detrimento de los polacos y los judíos había empezado antes, durante la propia guerra. Los soviéticos habían deportado a cientos de miles de personas durante su primera ocupación, en 1940 y en 1941. Un porcentaje desproporcionado de ellos eran polacos. Muchos, procedentes del Gulag, viajaron a través de Irán y Palestina para combatir junto a los aliados en el frente occidental, y a veces llegaron a Polonia al final de la guerra; pero casi nunca volvieron a sus hogares. Los alemanes habían asesinado a alrededor de un millón trescientos mil judíos en la antigua Polonia del este en 1941 y 1942 con la ayuda de los policías locales. Algunos de estos policías ucranianos ayudaron a formar en 1943 un ejército partisano que, bajo el mando de los nacionalistas ucranianos, limpió el sudeste de la antigua Polonia (que para ellos era el oeste de Ucrania) de los polacos que quedaban. La OUN-Bandera, la organización nacionalista que dirigía el ejército resistente, había prometido tiempo atrás liberar a Ucrania de sus minorías nacionales. Su capacidad para matar polacos procedía del adiestramiento de los alemanes, y su determinación de matarlos tenía mucho que ver con su deseo de despejar el territorio de supuestos enemigos antes de una confrontación final con el Ejército Rojo. La UPA, como era conocido el ejército partisano, asesinó a decenas de miles de polacos y provocó represalias de estos contra los civiles ucranianos.[34]

Aunque la UPA era un decidido (quizá el más decidido) oponente del comunismo, el conflicto étnico que desencadenó sólo sirvió para fortalecer el imperio de Stalin. Él concluiría lo que los nacionalistas habían empezado. Stalin continuó deshaciéndose de los polacos e incorporó los territorios en disputa a su Ucrania soviética. Los comunistas polacos firmaron en septiembre de 1944 acuerdos que facilitaban canjes de población entre Polonia y la Ucrania soviética (así como de Bielorrusia y Lituania). En Ucrania, los polacos recordaban el muy reciente dominio soviético y se enfrentaban ahora a la amenaza continua de los nacionalistas ucranianos. Tenían muchas razones para participar en estas «repatriaciones». Unos 780 000 polacos fueron trasladados a la Polonia comunista, dentro de sus nuevas fronteras, junto con un número comparable de personas procedentes de Bielorrusia y Lituania. 1 517 983 personas habían

partido de la Unión Soviética como polacos a mediados de 1946, junto con unos cuantos cientos de miles que no fueron registrados en los transportes oficiales. Alrededor de cien mil de estas personas eran judíos: la política soviética era expulsar de la antigua Polonia oriental a las personas de etnia polaca y judía y quedarse con los bielorrusos, ucranianos y lituanos. Aproximadamente un millón de ciudadanos polacos fueron realojados en lo que había sido Alemania del este, ahora los «territorios recuperados» del oeste de Polonia. Mientras tanto, 483 099 ucranianos fueron enviados de la Polonia comunista a la Ucrania soviética entre 1944 y 1946, la mayoría de ellos por la fuerza.[35]

Mientras realizaba el trasiego de gente a través de las fronteras, el régimen soviético continuaba enviando a sus propios ciudadanos a campos y asentamientos especiales. Muchos de los nuevos prisioneros del Gulag eran personas de las tierras que Stalin se había apropiado en 1939 con el consentimiento alemán y que luego volvió a tomar en 1945. Entre 1944 y 1946, por ejemplo, 182 543 ucranianos fueron deportados de la Ucrania soviética al Gulag: no porque hubieran cometido algún crimen en concreto, ni siquiera por ser nacionalistas ucranianos, sino por estar emparentados con ellos o por conocerlos. Más o menos en la misma época, en 1946 y 1947, los soviéticos condenaron al Gulag a 148 079 veteranos del Ejército Rojo por colaboración con los alemanes. Nunca hubo tantos ciudadanos soviéticos en el Gulag como en los años posteriores a la guerra; de hecho, el número de ciudadanos soviéticos en los campos y en los asentamientos especiales aumentó cada año desde 1945 hasta la muerte de Stalin.[36]

La Polonia comunista no tenía Gulag, pero en 1947 sus gobernantes propusieron una «solución final» a su «problema ucraniano»; dispersar lejos de sus hogares, pero dentro de las fronteras de Polonia, a los ucranianos que quedaban. Entre abril y julio de 1947, el régimen polaco llevó a cabo una operación más en contra de los ucranianos de su territorio, bajo el nombre en clave «Vístula». Unos 140 660 ucranianos o personas identificadas como tales fueron realojados por la fuerza desde el sur y el sudeste del país al oeste y al norte, a los «territorios recuperados» que hasta hacía poco habían sido alemanes. Se suponía que la Operación Vístula iba a obligar a los ucranianos de Polonia, o al menos a sus hijos, a integrarse dentro de la cultura polaca. Al mismo tiempo, las fuerzas polacas derrotaron a las unidades del ejército partisano ucraniano, la UPA, en suelo polaco. Los combatientes nacionalistas ucranianos habían renacido para defender a la gente que no quería ser deportada. Pero cuando casi todos los ucranianos fueron deportados, la posición de la UPA en Polonia se hizo insostenible. Algunos de sus combatientes huyeron al oeste, otros a la Unión Soviética, para continuar la lucha.[37]

La Operación Vístula, originalmente con el nombre en clave de Operación Este, fue realizada íntegramente por fuerzas polacas, con alguna ayuda soviética dentro de Polonia. Sin embargo, las personas clave encargadas de planear la operación eran colaboradores soviéticos, y la acción se llevó a cabo de forma coordinada con Moscú. Tuvo lugar al mismo tiempo que varias operaciones de la URSS en los territorios soviéticos adyacentes, denominadas con criptónimos similares. La que tenía una relación más obvia era la Operación Oeste, que se desarrolló en los territorios colindantes de Ucrania. Cuando la Operación Vístula se cerró, los soviéticos ordenaron la deportación de ucranianos del oeste de Ucrania a Siberia y Asia central. En unos cuantos días de octubre de 1947, 76 192 ucranianos fueron trasladados al Gulag. En el oeste de Ucrania, las fuerzas especiales soviéticas se enfrentaron a la UPA en un conflicto increíblemente sangriento. Ambos bandos cometieron atrocidades, incluyendo la exposición pública de cadáveres mutilados del enemigo o de sus supuestos colaboradores. Pero, al final, la tecnología de la deportación proporcionó a los soviéticos una ventaja decisiva. El Gulag siguió creciendo.[38]

Después de este éxito en la frontera ucraniano-polaca, los soviéticos se ocuparon de las otras fronteras europeas y aplicaron métodos similares en operaciones parecidas. En la Operación Primavera de mayo de 1948, deportaron a 49 331 lituanos. En mayo, la Operación Priboi provocó la salida de Lituania de 31 917 personas más, así como de 42 149 de Letonia y de 20 173 de Estonia. En total, entre 1941 y 1949 Stalin deportó a unas doscientas mil personas de los tres pequeños países bálticos. Como todas las tierras tres veces ocupadas (soviéticos, alemanes y de nuevo soviéticos) del este de la línea Mólotov-Ribbentrop, los estados bálticos entraron en la URSS en 1945 habiendo perdido a

gran parte de su elite e incluso a un significativo porcentaje de su población.
[39]

Bajo Stalin, la Unión Soviética había evolucionado, lentamente y de forma titubeante, de un estado marxista revolucionario a un enorme imperio plurinacional con un barniz de ideología marxista y continuamente preocupado por la seguridad de sus fronteras y por las minorías. Debido a que Stalin heredó, mantuvo y dirigió el aparato de seguridad de los años revolucionarios, estas preocupaciones derivaron en estallidos de matanzas nacionales, en 1937-1938 y 1940, y en episodios de deportaciones nacionales que empezaron en 1930 y prosiguieron durante toda la vida de Stalin. Las deportaciones de la guerra plasmaron una cierta evolución de la política soviética de deportación; desde los realojamientos tradicionales de individuos sospechosos de representar a las clases enemigas hacia una limpieza étnica que adaptó las poblaciones a las fronteras.

Antes de la guerra, las deportaciones al Gulag tuvieron siempre dos posibles propósitos: el crecimiento de la economía soviética y la aplicación de correctivos a la población. En los años treinta, cuando los soviéticos empezaron a deportar a gran número de personas por motivos étnicos, el objetivo era apartar a las minorías nacionales de las problemáticas regiones fronterizas y asentarlas en el interior del país. Es difícil considerar estas deportaciones nacionales como un castigo específico para individuos concretos, pero aún se basaban en la suposición de que esos deportados se integrarían mejor en la sociedad soviética cuando fueran apartados de sus hogares y de su patria. Las acciones nacionales del Gran Terror liquidaron a un cuarto de millón de personas en 1937 y 1938, pero también mandaron a cientos de miles a Siberia y Kazajistán, donde se esperaba que trabajaran para el estado y se reformaran. Incluso las deportaciones de 1940-1941 de los territorios polacos, bálticos y rumanos anexionados podían verse en términos soviéticos como una guerra de clases. Los hombres de las familias de la elite fueron asesinados en Katyn y en otros lugares, y sus viudas, hijos y padres abandonados a merced de la estepa de Kazajistán. Allí, o se integraban en la sociedad soviética o morían.

Durante la guerra, Stalin emprendió acciones punitivas contra minorías nacionales concretas asociadas con la Alemania nazi. Unos novecientos mil alemanes soviéticos y alrededor de ochenta y nueve mil finlandeses fueron deportados en 1941 y 1942. Cuando el Ejército Rojo avanzaba después de la victoria de Stalingrado a principios de 1943, el jefe de seguridad de Stalin, Lavrenty Beria, recomendó la deportación de pueblos enteros acusados de colaborar con los alemanes. En su mayoría eran naciones musulmanas del Cáucaso y de Crimea.[40]

Cuando las tropas soviéticas reconquistaron el Cáucaso, Stalin y Beria pusieron en funcionamiento la maquinaria. En un solo día, el 19 de noviembre de 1943, los soviéticos deportaron a la población karachai al completo, 69 267 personas, a Kazajistán y Kirguistán. En el curso de dos días, del 28 al 29 de diciembre de 1943, los soviéticos mandaron a 91 919 calmucos a Siberia. Beria acudió a Grozny el 20 de febrero de 1944 para supervisar personalmente las deportaciones de los chechenos e ingusetios. Encabezando a unos ciento veinte mil miembros de las fuerzas especiales, acorraló y expulsó a 478 479 personas en sólo una semana. Tuvo a su disposición camiones americanos Studebaker, suministrados durante la guerra. Para que no quedara ningún checheno o ingusetio en la región, las personas que 110 podían moverse fueron fusiladas. Quemaron los pueblos hasta los cimientos en todas partes; en algunos lugares, también prendieron fuego a establos llenos de gente. En dos días, el 8 y el 9 de marzo de 1944, los soviéticos desplazaron a Kazajistán al pueblo balkar, 37 107 personas. En abril de 1944, justo después de que el Ejército Rojo llegara a Crimea, Beria propuso y Stalin aceptó que reubicaran a la totalidad de la población tártara de Crimea. Durante tres días, del 18 al 20 de marzo de 1944, fueron deportadas 180 014 personas, la mayoría a Uzbekistán. Más avanzado 1944, Beria deportó a los turcos meskheti, unas 91 095 personas, desde la Georgia soviética.[41]

En este contexto de purgas nacionales continuas, la decisión de Stalin de limpiar la frontera soviético-polaca aparece como un desarrollo nada sorprendente de su política general. Desde el punto de vista soviético, los

partisanos ucranianos, bálticos o polacos no eran más que criminales que causaban problemas a lo largo de la periferia y que debían ser tratados a base de castigos y deportaciones. Había, sin embargo, una importante diferencia. Todos los kulaks y los miembros de las minorías deportadas en los años treinta se encontraron lejos de casa, pero todavía dentro de la URSS. Lo mismo pasó con los pueblos crimeos, caucásicos y bálticos deportados durante la guerra y poco después. Sin embargo, en septiembre de 1944, Stalin optó por transportar a los polacos (y a los judíos polacos), a los ucranianos y a los bielorrusos a uno y otro lado de un estado fronterizo para crear homogeneidad étnica. La misma lógica se aplicó, en una escala mucho mayor, a los alemanes en Polonia. Trabajando en paralelo, y a veces conjuntamente, el régimen soviético y el comunista polaco consiguieron una curiosa hazaña entre 1944 y 1947: erradicaron –a ambos lados de la frontera polaco-soviética– las minorías étnicas que hacían de aquella una región plurinacional. Y al mismo tiempo se deshicieron de la etnia nacionalista que había luchado con más saña para lograr precisamente esa limpieza. Los comunistas se apropiaron del programa de sus enemigos. La consigna soviética se convirtió en limpieza étnica... sin los limpiadores étnicos.

El territorio de Polonia fue el centro geográfico de la campaña de limpieza étnica de Stalin durante la posguerra. En esta campaña perdieron sus hogares más alemanes que cualquier otro grupo. Unos siete millones seiscientos mil alemanes habían dejado Polonia a finales de 1947 y otros tres millones, aproximadamente, fueron deportados desde la Checoslovaquia democrática. Alrededor de novecientos mil alemanes del Volga fueron deportados dentro de la Unión Soviética durante la guerra. El número de alemanes que perdieron sus hogares en el transcurso de la guerra y a posteriori sobrepasa los doce millones.

Aunque inmensa, esta cifra no constituye la mayoría de los desplazamientos forzados durante y después de la guerra. Unos dos millones de no alemanes fueron deportados por las autoridades soviéticas (o por los comunistas polacos) durante el mismo periodo de la posguerra. Otros ocho millones, muchos de ellos trabajadores forzados capturados por los alemanes, fueron devueltos a la Unión Soviética en la misma época. (Puesto que muchos de ellos, si no la mayoría, hubieran preferido no volver, pueden contarse como dos veces desplazados). En la Unión Soviética y en Polonia, más de doce millones de ucranianos, polacos, bielorrusos e individuos de otras naciones huyeron o fueron trasladados durante la guerra o inmediatamente después. Este número no incluye a los aproximadamente diez millones de personas que fueron asesinadas deliberadamente por los alemanes, la mayoría de las cuales fueron realojados de una forma u otra antes de ser asesinados.[42]

La huida y deportación de los alemanes, aunque no fue una política deliberada de asesinato en masa, constituyó el incidente principal de la limpieza étnica de la posguerra. Durante todo este conflicto civil, incluidos la huida, la deportación y el realojamiento provocados o causados por el retorno del Ejército Rojo entre 1943 y 1947, murieron unos setecientos mil alemanes, así como al menos ciento cincuenta mil polacos y quizá doscientos cincuenta mil ucranianos. Como mínimo, otros trescientos mil ciudadanos soviéticos murieron durante o poco después de las deportaciones soviéticas desde el Cáucaso, Crimea, Moldavia y los Estados bálticos. Si consideramos las luchas de los nacionalistas lituanos, letones y estonios contra la reimposición del poder soviético como resistencia a las deportaciones, lo que en cierta medida fueron, deberían añadirse otras aproximadamente cien mil personas al número total de muertos asociados con la limpieza étnica.[43]

En términos relativos, el porcentaje de alemanes trasladados con respecto a la población alemana total fue muy inferior al de los pueblos caucásicos o crimeos, que fueron deportados hasta la última persona. Dicho porcentaje de alemanes fue mayor que el de polacos, bielorrusos, ucranianos y bálticos. Pero esta diferencia desaparece si a los movimientos de población causados por los alemanes durante la guerra agregamos los producidos por la ocupación soviética al final de la misma. Durante el período 1939-1947, los polacos, ucranianos, bielorrusos y bálticos tenían tantas posibilidades como los alemanes de que los trasladaran obligatoriamente. En todos los lugares donde los demás pueblos se enfrentaron a las políticas hostiles alemanas y soviéticas, los alemanes (con

algunas excepciones) sufrieron la opresión sólo del bando soviético. En el periodo de posguerra, los alemanes tenían tantas probabilidades de perder la vida como los polacos, el otro grupo que fue desplazado mayoritariamente a una patria nacional al oeste. Los alemanes y los polacos tenían muchas menos probabilidades de morir que los ucranianos, rumanos y bálticos y que los pueblos caucásicos y crimeos. Menos de uno de cada diez alemanes y polacos murieron durante la huida, exilio o deportación, o como consecuencia directa de éstas; entre los ciudadanos bálticos y soviéticos, la proporción se acerca a uno de cada cinco. Como norma general, cuanto más al este se dirigían las deportaciones y cuanto más directamente estaba implicado el poder soviético, más mortales resultaban. Esto es evidente en el caso de los mismos alemanes: la inmensa mayoría de estos que escaparon de Polonia y Checoslovaquia sobrevivieron, mientras que un gran porcentaje de los que fueron transportados al este desde el interior o a la Unión Soviética fallecieron. Era mejor ser enviado al oeste que al este y mejor ser llevado a una patria que te esperaba que a una distante y extraña república soviética. También era mejor aterrizar en una Alemania desarrollada (incluso aunque hubiera sido bombardeada y devastada) que en los páramos soviéticos, que se suponía que los propios deportados tenían que desarrollar. Era mejor ser recibido por las autoridades británicas y americanas en las zonas de ocupación que por el NKVD local en Kazajistán o en Siberia.

Con bastante rapidez, aproximadamente dos años después del final de la guerra, Stalin había construido su nueva Polonia y sus nuevas fronteras y había desplazado a los pueblos para ajustarlos a ellas. En 1947, parecía que la guerra había acabado por fin y que la Unión Soviética había obtenido una clara victoria militar sobre los alemanes y sus aliados y una victoria política sobre los opositores al comunismo en Europa del Este.

Los polacos, un grupo siempre molesto para Stalin, habían sido trasladados desde la Unión Soviética a la nueva Polonia comunista, ahora ligada a la URSS y con la que constituía la base de un nuevo imperio comunista. Aparentemente, Polonia había sido subyugada: invadida dos veces, por dos veces sometida a deportaciones y matanzas, modificada en sus fronteras y demografía y gobernada por un partido dependiente de Moscú. Alemania había sido totalmente vencida y humillada. Sus territorios de 1938 fueron divididos en dos zonas de ocupación múltiple y encontrarían su camino en cinco diferentes estados soberanos: la República Federal Alemana (Alemania Occidental), la República Democrática Alemana (Alemania del Este), Austria, Polonia y la URSS (en Kaliningrado). Japón había sido completamente derrotado por los americanos, sus ciudades bombardeadas o, muy al final, destruidas por armas nucleares: ya no era una potencia en Asia continental. Las tradicionales amenazas de Stalin habían sido eliminadas. La pesadilla de antes de la guerra de un posible bloqueo japonés-polaco-alemán había terminado.

Durante la Segunda Guerra Mundial murieron más ciudadanos soviéticos que de cualquier otro pueblo en cualquier guerra en los anales de la historia. En el interior, los ideólogos soviéticos sacaron ventaja del sufrimiento para justificar el gobierno estalinista como el precio necesario de la victoria en lo que se llamó «la Gran Guerra Patriótica». La patria en cuestión era Rusia, así como la Unión Soviética; el mismo Stalin hizo un famoso brindis por «la Gran Nación Rusa» justo después del final de la guerra, en mayo de 1945. Los rusos, sostenía, habían ganado la guerra. Por supuesto, alrededor de la mitad de la población de la Unión Soviética era rusa y, por tanto, en números, los rusos habían jugado un papel más importante en la victoria que cualquier otro pueblo. Pero la idea de Stalin contenía una confusión intencionada: la guerra en el territorio soviético se había combatido y ganado principalmente en Bielorrusia y en Ucrania y no en Rusia. Habían muerto muchos más civiles judíos, bielorrusos y ucranianos que rusos. Debido a que el Ejército Rojo sufrió pérdidas horribles, sus filas se completaron con reclutas locales bielorrusos y ucranianos tanto al principio como al final de la guerra. Los pueblos caucásicos y crimeos deportados, por ejemplo, habían sufrido la muerte de un mayor porcentaje de sus jóvenes en el Ejército Rojo que los rusos. Probablemente, hubo más soldados judíos condecorados por su valor que soldados rusos.

La tragedia judía, en particular, no podía incluirse dentro de la experiencia soviética y, por tanto, era una amenaza para la mitificación soviética posterior a la guerra. Alrededor de cinco millones setecientos mil civiles judíos habían sido asesinados por los alemanes y los rumanos, de los cuales dos millones seiscientos mil eran ciudadanos soviéticos en 1941. Esto no sólo significaba que habían asesinado a más civiles judíos en términos absolutos que a miembros de cualquier otra nacionalidad soviética, sino también que más de la mitad del cataclismo tuvo lugar fuera de las fronteras de la Unión Soviética de posguerra. Desde el punto de vista estalinista, incluso la experiencia del asesinato en masa de un pueblo era un ejemplo preocupante de exposición al mundo exterior. En 1939-1941, cuando la Unión Soviética se había anexionado Polonia y los alemanes todavía no habían invadido la URSS, los judíos soviéticos se mezclaron con los judíos polacos, quienes les recordaron las tradiciones religiosas y lingüísticas del mundo de sus abuelos. Los judíos soviéticos y polacos, durante ese breve pero importante momento, vivieron juntos. Más tarde, después de la invasión alemana, murieron juntos. Precisamente porque el exterminio fue un destino común para los judíos de ambos lados de la frontera, su recuerdo no podía integrarse como un elemento de la Gran Guerra Patriótica.

Era la exposición a Occidente lo que preocupaba a Stalin, incluso aunque varios estados de Europa del este y central hubieran copiado su sistema. En el período de entreguerras, los ciudadanos soviéticos habían creído realmente que vivían mejor que las masas que sufrían bajo la explotación capitalista en Occidente. Ahora, Estados Unidos había emergido de la Segunda Guerra Mundial como una potencia económica sin rival. En 1947 ofreció ayuda económica, en forma del Plan Marshall, a los países europeos que desearan cooperar unos con otros en materias elementales de política comercial y financiera. Stalin pudo rechazar esa ayuda y obligar a sus satélites a rechazarla también, pero no pudo borrar los conocimientos que los ciudadanos soviéticos habían adquirido durante la guerra. Cada soldado soviético y cada trabajador forzado que volvía sabía que las condiciones de vida en el resto de Europa, incluso en países relativamente pobres como Rumanía y Polonia, eran mucho mejores que en la Unión Soviética. Los ucranianos volvieron a un país donde el hambre bramaba de nuevo. Quizá un millón de personas murieron de inanición en los dos años posteriores a la guerra. Fue el oeste de Ucrania, con un sector de agricultura privada que los soviéticos no habían tenido todavía tiempo de colectivizar, quien salvó al resto de la Ucrania Soviética de un sufrimiento aún mayor.[44]

Los rusos eran una base segura para la leyenda estalinista de la guerra. Las batallas de Moscú y de Stalingrado fueron victorias. Los rusos eran la mayor nación, su lenguaje y su cultura eran los dominantes y su república estaba muy alejada de Occidente, tanto de la versión nazi como de la emergente representación americana. Rusia es enorme: los alemanes nunca proyectaron colonizar más que una quinta parte de su zona occidental y nunca conquistaron más que una décima parte de ésta. La Rusia Soviética no había sufrido una ocupación total durante meses o años como la que habían padecido los Estados bálticos, Bielorrusia o Ucrania. Todos los que permanecieron en Bielorrusia y Ucrania sufrieron la ocupación alemana: no así la inmensa mayoría de los habitantes de la Rusia soviética. Rusia no estaba tan herida por el Holocausto como Ucrania o Bielorrusia, simplemente porque los alemanes llegaron más tarde y pudieron matar menos judíos (alrededor de sesenta mil o aproximadamente un 1% del Holocausto). También en eso Rusia estuvo más distante de la experiencia de la guerra.

Una vez terminada la contienda, la tarea fue aislar a la nación rusa y, por supuesto, a todas las otras naciones, de la infección cultural. Una de las más peligrosas plagas intelectuales serían las interpretaciones de la guerra que difirieran de la de Stalin.

La victoria del comunismo de corte soviético en Europa del Este ocasionó tanta angustia como triunfalismo. Los triunfos políticos fueron ciertamente impresionantes: los comunistas de Albania, Bulgaria, Hungría, Polonia, Rumanía y Yugoslavia dominaban sus países en 1947, gracias a la ayuda soviética pero también gracias a su propio adoctrinamiento, crueldad y astucia. Los comunistas demostraron su habilidad en la movilización de recursos humanos para resolver los problemas inmediatos de la reconstrucción de la posguerra, por ejemplo en Varsovia.

Pero ¿por cuánto tiempo podría el modelo económico soviético de rápida industrialización producir crecimiento en países que estaban más industrializados de lo que había estado la Unión Soviética en la época del Plan Quinquenal y cuyos ciudadanos esperaban unos niveles de vida más elevados? ¿Por cuánto tiempo podrían aceptar las sociedades de Europa del Este que el comunismo significaba una liberación nacional, cuando sus líderes comunistas estaban obviamente supeditados a un poder extranjero, la Unión Soviética? ¿Cómo podría Moscú sostener la imagen de Occidente como un enemigo constante, cuando Estados Unidos parecía representar tanto la prosperidad como la libertad? Stalin necesitaba que los líderes europeos del Este siguieran sus deseos, explotaran el nacionalismo y aislaran a sus gentes de Occidente, lo cual era una combinación muy difícil de conseguir.

Fue tarea de Andrei Zhdánov, el nuevo favorito y jefe de propaganda de Stalin, el conseguir la cuadratura de todos estos círculos. Zhdánov debía teorizar sobre la inevitable victoria de la Unión Soviética en el mundo de la posguerra y proteger la pureza de Rusia al mismo tiempo. En agosto de 1946, el partido comunista soviético había aprobado una resolución condenando la influencia occidental en la cultura soviética. La contaminación podía proceder de Europa Occidental o de Estados Unidos, pero también de las culturas que habían cruzado las fronteras, como los judíos, los ucranianos o los polacos. Zhdánov también tuvo que explicar la nueva rivalidad entre la Unión Soviética y Estados Unidos de una forma que los líderes de Europa del Este pudieran entender y aplicar en sus propios países.

En septiembre de 1947, los líderes de los partidos comunistas de Europa se reunieron en Polonia para escuchar la nueva línea política de Zhdánov. En un encuentro en Szklarska Poręba, hasta hacía muy poco un lugar de veraneo alemán conocido como Schreiberhau, les dijeron que sus partidos formarían parte de una «Oficina de Información Comunista» o «Cominform». Estos serían los medios a través de los cuales Moscú comunicaría sus directrices y coordinaría sus políticas. Los líderes comunistas reunidos aprendieron que el mundo estaba dividido en «dos bandos», progresista y reaccionario, con la Unión Soviética destinada a liderar la nuevas «democracias del pueblo» de Europa del Este, y con Estados Unidos condenada a heredar todas las flaquezas del capitalismo degenerado, puestas en evidencia tan recientemente en la Alemania nazi. Las inalterables leyes de la historia garantizaban la victoria final de las fuerzas del progreso.[45]

Los comunistas sólo tenían que jugar el papel que les habían asignado en el bando progresista, dirigido desde luego por la Unión Soviética, y evitar la tentación de adoptar cualquier vía nacional propia al socialismo. Así todo iría bien.

Entonces Zhdánov sufrió un ataque al corazón, el primero de varios. De alguna manera, no todo iba bien.

Capítulo 11

ANTISEMITISMO ESTALINISTA

En enero de 1948, Stalin hizo matar a un judío. Solomón Mijoels, el presidente del Comité Antifascista Judío y director del Teatro Yiddish de Moscú, había sido enviado a Minsk para actuar como jurado de una obra que optaba al premio Stalin. Cuando llegó a la ciudad, le invitaron a la casa de campo del jefe de la policía estatal de Bielorrusia, Lavrenty Tsanova, quien hizo que lo asesinaran a él y a un testigo inoportuno. Abandonaron el cadáver de Mijoels, aplastado por un camión, en una calle tranquila.

Minsk había sido escenario de una implacable masacre de judíos sólo unos años antes. La ironía de que los soviéticos mataran a un judío de nuevo en Minsk no debió de pasarle inadvertida a Tsanova, policía e historiador, que estaba terminando una historia del movimiento partisano bielorruso en la que se omitía la situación especialmente difícil de los judíos bajo la ocupación alemana y su lucha. La historia soviética de los guerrilleros judíos ya se había escrito, pero iba a ser suprimida. Los judíos habían sufrido más que nadie en Minsk durante la guerra, y la liberación que llegó con los soviéticos no significó el final de sus sufrimientos. Parecía, también, que esa historia del Holocausto en la URSS iba a quedar sin ser escrita.[1]

Mijoels era el representante de una serie de cuestiones que Stalin deseaba silenciar. Conocía a personas de origen judío en el entorno inmediato de Stalin,

como el miembro del politburó Lazar Kaganóvich y las esposas de Viacheslav Mólotov y Kliment Voroshilov. Y, lo que era peor, Mijoels había intentado ponerse en contacto con Stalin para hablar con él acerca del destino de los judíos durante la guerra. Como Vasili Grossman, Mijoels había sido miembro del Comité Antifascista Judío oficial de la Unión Soviética durante la contienda. Siguiendo instrucciones de Stalin, Mijoels había trabajado para llamar la atención mundial sobre la apremiante situación de los judíos con el fin de reunir fondos para el esfuerzo bélico soviético. Después de la guerra, Mijoels se sentía incapaz de dejar caer en el olvido el asesinato en masa de los judíos y se resistía a diluir su calvario dentro del sufrimiento general de los pueblos soviéticos. En septiembre de 1945 llevó a un congreso en Kiev cenizas de Babii Yar en un recipiente de cristal, y había seguido hablando abiertamente de las fosas de la muerte durante los años posteriores a la guerra. Además, en 1947 le pidió al jefe de propaganda de Stalin, Andrei Zhdánov, que permitiera la publicación del Libro negro de los judíos soviéticos, una colección de documentos y testimonios sobre los asesinatos en masa editada por Grossman, Ilya Ehrenburg y otros. Su petición no fue escuchada. La era Zhdánov de la cultura soviética no podía tolerar una historia judía de la guerra. En la Unión Soviética de posguerra, los obeliscos a la memoria de los caídos no podían tener estrellas de David, sino sólo estrellas rojas de cinco puntas. En el oeste de la Unión Soviética, en las tierras que se anexionaron los soviéticos durante y después de la guerra, en las tierras en las que fueron asesinados un millón seiscientos mil judíos, los monumentos a Lenin se erigían sobre pedestales hechos con lápidas judías. La sinagoga donde los judíos de Kovel dejaron sus mensajes de despedida se utilizaba para almacenar grano.[2]

Svetlana Allilueva, la hija de Stalin, oyó por casualidad a su padre cuando disponía con Tsavana la versión oficial del asesinato: «accidente de circulación». Mijoels era una personalidad de cierto relieve en la cultura soviética, y su actividad política no había sido bien recibida. Pero la hostilidad de Stalin hacia Mijoels como judío probablemente tuviera tanto que ver con la paternidad como con la política. El hijo de Stalin, Iakov, que murió cautivo de los alemanes, estaba casado con una judía. El primer amor de Svetlana fue un actor judío, a quien Stalin envió al Gulag bajo la acusación de ser un espía británico. El primer marido de Svetlana también era judío. Stalin lo tildaba de tacaño y cobarde y lo obligó a divorciarse de su hija para que ésta pudiera casarse con el hijo de Zhdánov, su purificador de la cultura soviética. La pareja hacía pensar en la fundación de una familia real, menos judía de lo que hubiera deseado Svetlana. Entre los colaboradores cercanos de Stalin siempre había habido judíos, entre los que Kaganóvich fue el más prominente. Pero en aquel momento, cuando se acercaba a los setenta años de edad y tal vez se preocupaba por su sucesión, su actitud hacia los judíos estaba cambiando.[3] Después de la muerte de Mijoels, la policía política soviética, ahora bajo el nombre de Ministerio de Seguridad del Estado (MGB), proporcionó de forma retroactiva la razón por la cual su asesinato había sido un asunto de interés nacional: el nacionalismo judío. Viktor Abalcúmov, jefe del ministerio, concluyó en marzo de 1948 que Mijoels era un nacionalista judío que se relacionaba con estadounidenses peligrosos. Para los estándares soviéticos era bastante fácil montar una acusación con esta premisa. Durante la guerra, el gobierno soviético había dado instrucciones a Mijoels, como miembro del Comité Judío Antifascista, de apelar a los sentimientos nacionales de los judíos. Había viajado a Estados Unidos en 1943 para recaudar fondos y allí había hecho comentarios favorables sobre el sionismo. Por pura casualidad, su avión permaneció varias horas estacionado en una pista en Palestina, y Mijoels, a iniciativa propia, aprovechó para tomar el aire de Tierra Santa. En febrero de 1944 Mijoels se sumó a una campaña para convertir la península de Crimea, que los soviéticos habían limpiado de supuestos enemigos musulmanes a partir de 1943, en una «república socialista judía». Crimea, en el mar Negro, era una de las regiones que formaban la frontera marítima con la Unión Soviética. La idea de que se convirtiera en patria de los judíos soviéticos se había propuesto en varias ocasiones, y tenía el apoyo de algunos destacados judíos estadounidenses. Stalin prefería la solución soviética, Birobidzhan, la región autónoma judía en lo más profundo del extremo este de la URSS.[4]

Puesto que la Segunda Guerra Mundial había significado una experiencia brutal para todos los europeos del Este, en la URSS y en los nuevos estados satélites,

todos los habitantes de la nueva Europa comunista debían entender que la nación rusa había luchado y sufrido como ninguna otra. Los rusos debían ser los grandes vencedores y las grandes víctimas, entonces y para siempre. El centro de la tierra rusa tal vez podría ser protegido del peligroso Occidente por las otras repúblicas soviéticas y por los nuevos Estados satélites de Europa del Este. Lo contradictorio de esta idea era evidente: los pueblos que más habían sufrido no tenían ninguna razón para aceptar la reivindicación estalinista del martirio y la pureza de Rusia. Sería muy difícil defender tal planteamiento en lugares como Estonia, Letonia y Lituania, donde la Segunda Guerra Mundial había empezado y terminado con una ocupación soviética. Tampoco sería sencillo en Ucrania occidental, donde después de la guerra los partisanos nacionalistas combatieron a los soviets durante años, ni era probable que los polacos olvidaran que la Segunda Guerra Mundial había empezado con la invasión de Polonia por parte de los ejércitos soviético y alemán aliados.

La dificultad de comprensión sería aún mayor para los judíos. Dado que los alemanes habían matado a judíos soviéticos, polacos y de otras zonas de Europa, el Holocausto difícilmente podría incluirse en una historia soviética de la guerra, y menos aún en una historia en la que el centro de gravedad del sufrimiento se desplazaba hacia Rusia, donde habían muerto relativamente pocos judíos. Una cosa era que los judíos vieran el retorno del poder soviético como una liberación, cosa que muchos de ellos hicieron, y otra muy distinta que tuvieran que reconocer que otros ciudadanos soviéticos habían sufrido más que ellos; Los judíos aceptaron al Ejército Rojo como una fuerza liberadora precisamente porque la política nazi había sido exterminarlos. Pero, debido a sus orígenes concretos, este sentimiento de gratitud no se convertía automáticamente en una leyenda política sobre una gran guerra patriótica rusa. Los judíos, al fin y al cabo, también habían luchado en el Ejército Rojo, y habían tenido más ocasiones de recibir medallas al valor que los ciudadanos soviéticos en general.[5]

El número de judíos muertos por los alemanes en la Unión Soviética era un secreto de estado. Los alemanes mataron en torno a un millón de judíos soviéticos, más aproximadamente un millón seiscientos mil judíos polacos, lituanos y letones que entraron a formar parte de la URSS tras las anexiones soviéticas de 1939 y 1940. Los rumanos también mataron a judíos, principalmente en territorios que después de la guerra quedaron dentro de los límites de la Unión Soviética. Estas cifras eran evidentemente sensibles, puesto que revelaban que los judíos habían sufrido un destino muy especial, incluso en comparación con los atroces sufrimientos de otros pueblos soviéticos. Los judíos eran menos del dos por ciento de la población, y los rusos más de la mitad. Los alemanes habían asesinado a más civiles judíos que rusos en la Unión Soviética ocupada. Los judíos formaban una categoría por sí mismos, incluso comparados con otros pueblos que habían sufrido más que los rusos, como los ucranianos, bielorrusos y polacos. Los líderes soviéticos lo sabían, lo mismo que los ciudadanos soviéticos que vivían en las tierras que ocuparon los alemanes. Pero el Holocausto nunca podría convertirse en parte de la historia soviética de la guerra.[6]

Las altas cifras de judíos asesinados planteaban además la espinosa cuestión de cómo habían podido eliminar los alemanes a tantos civiles en tan poco tiempo en la Unión Soviética ocupada: la respuesta es que habían recibido ayuda de ciudadanos soviéticos. Como sabían todos los que habían vivido la guerra, los ejércitos alemanes eran enormes, pero las fuerzas de ocupación alemanas en la retaguardia eran escasas. Las autoridades civiles y la policía alemanas no tenían personal suficiente para gobernar la Unión Soviética occidental en condiciones normales, mucho menos para llevar a cabo una política intensiva de asesinatos en masa. Los funcionarios locales siguieron haciendo su trabajo para los nuevos amos, los jóvenes se ofrecían voluntarios para la policía y algunos judíos de los guetos asumieron la labor de controlar al resto. Las ejecuciones al este de la línea Mólotov-Ribbentrop implicaron de un modo u otro a cientos de ciudadanos soviéticos (y, por cierto, ciudadanos soviéticos también se encargaron de buena parte del trabajo crucial en las instalaciones letales al oeste de la misma línea Mólotov-Ribbentrop en la Polonia ocupada. Estaba prohibido decir que entre el personal de Treblinka, Sobibor y Bełżec había ciudadanos soviéticos). Que los alemanes necesitaran colaboradores y que los encontraran no es sorprendente. Pero la colaboración socavaba el mito de una

población soviética que había defendido el honor de la patria resistiendo al odiado invasor fascista. Mantener el mito exigía que la masacre de los judíos fuera olvidada.

Durante la guerra, los soviéticos y sus aliados estuvieron de acuerdo en que la contienda no debía ser considerada una guerra de liberación de los judíos. Desde distintas perspectivas, los líderes soviéticos, polacos, estadounidenses y británicos creían que los sufrimientos judíos se comprendían mejor como uno de los aspectos de la perversa ocupación alemana. Aunque los Líderes aliados conocían bien el curso del Holocausto, ninguno de ellos actuó como si éste fuera una razón para hacer la guerra a la Alemania nazi o para prestar una atención especial al sufrimiento de los judíos. La cuestión judía solía ser evitada en la propaganda. Cuando Stalin, Churchill y Roosevelt emitieron en Moscú la «Declaración sobre las atrocidades» en octubre de 1943, mencionaban entre los crímenes nazis «la ejecución sistemática de oficiales polacos», que era una alusión a Katyn, en realidad un crimen soviético, y la «ejecución de rehenes franceses, holandeses, belgas y noruegos» y de «campesinos cretenses», pero no se mencionaba a las minorías judías de cada país. En la época en que se hizo público este resumen de atrocidades, unos cinco millones de judíos habían sido ejecutados o gaseados por el hecho de ser judíos.[7]

En su aspecto más positivo, esta reticencia en cuanto al exterminio racial reflejaba una cuestión de principios, el temor a suscribir la visión racista del mundo de Hitler. Según este razonamiento, los judíos no eran ciudadanos de ningún país, y por ello el agruparlos juntos, y éste era el temor, significaba reconocer su unidad como raza y aceptar la visión racista de Hitler. En su aspecto menos positivo, este enfoque era una concesión al antisemitismo popular, muy presente en la Unión Soviética, Polonia, Inglaterra y Estados Unidos. Para Londres y Washington, esa tensión quedó resuelta en 1945 con la victoria en la guerra. Los estadounidenses y los británicos no liberaron ninguna parte de Europa que tuviera una población judía muy significativa antes de la guerra, y no vieron ninguna de las instalaciones letales importantes de los alemanes. Las políticas de cooperación económica, militar y política de la posguerra en la Europa occidental tuvieron relativamente poco que ver con la cuestión judía. El territorio del Estado ampliado de Stalin incluía la mayor parte de los campos de exterminio alemanes, y el de su imperio de posguerra (incluyendo la Polonia comunista) albergaba los emplazamientos de todas las factorías de la muerte alemanas. Stalin y su politburó tuvieron que enfrentarse después de la guerra a una resistencia continuada a la reimposición del poder soviético, con planteamientos incompatibles con el destino de los judíos como factor ideológico y político. La resistencia de posguerra en el oeste de la Unión Soviética fue una continuación de la guerra en dos sentidos: primero, aquellas tierras eran las que los soviéticos habían ganado por conquista y donde una mayor proporción del pueblo había tomado las armas para combatirlos; segundo, en los países bálticos, en Ucrania y en Polonia, algunos resistentes eran abiertamente antisemitas y continuaron empleando la táctica nazi de asociar el poder soviético con el judaísmo.

En esta situación, los soviéticos tenían grandes incentivos políticos para distanciarse, tanto ellos mismos como su estado, del sufrimiento judío, y hasta para hacer esfuerzos especiales con el fin de garantizar que los antisemitas no asociaran el retorno del poder soviético con el regreso de los judíos. En Lituania, ya incorporada de nuevo a la Unión Soviética, el secretario general de la rama local del partido comunista soviético consideraba a los judíos muertos en el holocausto como a «hijos de la nación», lituanos que murieron mártires del comunismo. Nikita Jrushchov, miembro del politburó y secretario general del partido en Ucrania fue todavía más lejos. Era el encargado de la lucha para derrotar a los nacionalistas ucranianos en lo que había sido el sureste de Polonia, una zona de densa población judía y polaca antes de la guerra. Los alemanes habían matado a los judíos, y los soviéticos habían deportado a los polacos. Jrushchov quería que los ucranianos estuvieran agradecidos a la Unión Soviética por la «unificación» de su país a expensas de Polonia y por la «limpieza» de terratenientes polacos. Sabía que los nacionalistas deseaban la pureza étnica, y quería que el poder soviético se identificara totalmente con ella.[8]

Sensible como era a los estados de ánimo de la población, Stalin buscó una manera de presentar la guerra que halagara a los rusos y marginara a los judíos

(y, en realidad, a todos los demás pueblos de la Unión Soviética). Toda la idea de la Gran Guerra Patriótica se basaba en la premisa de que la guerra había empezado en 1941, cuando Alemania invadió la URSS, y no en 1939, cuando Alemania y la Unión Soviética invadieron Polonia conjuntamente. En otras palabras, para la historia oficial los territorios anexionados como resultado de la agresión soviética de 1939 debían ser considerados como si de alguna manera siempre hubieran sido soviéticos, y no como el botín de una guerra que Stalin había ayudado a Hitler a iniciar. De otro modo, la Unión Soviética sería vista como una de las dos potencias que empezaron la guerra, como uno de los agresores, lo cual era inaceptable.

Ningún relato soviético de la guerra podría consignar uno de sus hechos cruciales: que la ocupación conjunta de Alemania y la Unión Soviética fue peor que la ocupación alemana en solitario. Las poblaciones al este de la línea Mólotov-Ribbentrop, sometidas a una ocupación alemana y dos soviéticas, sufrieron más que las de cualquier otra región de Europa. Desde la perspectiva soviética, todas las muertes en esa zona debían sumarse a las pérdidas soviéticas, incluso aunque las personas en cuestión sólo hubieran sido ciudadanos soviéticos durante unos meses antes de morir, e incluso aunque muchos de ellos hubieran sido asesinados por el NKVD y no por las SS. De este modo, las muertes en Polonia, Rumanía, Lituania, Bielorrusia y Ucrania servían para que la tragedia de la Unión Soviética (o de Rusia, para los menos atentos) pareciera mucho mayor.

Las vastas pérdidas sufridas por los judíos soviéticos se produjeron sobre todo en tierras recién invadidas por la Unión Soviética. Esos judíos eran ciudadanos de Polonia, Rumanía y los países bálticos, sometidos al control soviético tan sólo veintiún meses antes de la invasión alemana, en el caso de Polonia, y veinte meses antes en el caso del noreste de Rumanía y los países bálticos. Los ciudadanos soviéticos que más sufrieron en la guerra habían sido sometidos al poder soviético inmediatamente antes de que llegaran los alemanes, y como resultado de una alianza soviética con la Alemania nazi: aquello resultaba molesto. La historia de la guerra debía empezar en 1941, y aquellas gentes tenían que haber sido «pacíficos ciudadanos soviéticos».

Los judíos de los territorios al este de la línea Mólotov-Ribbentrop, tan recientemente conquistados por la Unión Soviética, fueron los primeros a los que alcanzaron los Einsatzgruppen cuando Hitler traicionó a Stalin y Alemania invadió la Unión Soviética en 1941. La prensa soviética les había ocultado el conocimiento de las políticas alemanas con respecto a los judíos en 1939 y 1940. Prácticamente no tuvieron tiempo de evacuar la zona, ya que Stalin se había negado a aceptar la posibilidad de una invasión alemana. Habían sido sometidos al terror y a la deportación en la Unión Soviética ampliada entre 1939 y 1941, durante el periodo en el que Stalin y Hitler fueron aliados, y cuando se rompió esta alianza quedaron terriblemente expuestos a las fuerzas alemanas. Los judíos de esta pequeña zona constituyeron más de la cuarta parte del total de víctimas del Holocausto.

Para que prevaleciera la noción estalinista de la guerra, el hecho de que los judíos hubieran sido las víctimas principales de la conflagración tenía que ser olvidado. También habría que olvidar que la Unión Soviética había sido aliada de la Alemania nazi cuando empezó la guerra, en 1939, y que la Unión Soviética no había estado preparada para el ataque alemán en 1941. La masacre de los judíos no sólo era un recuerdo indeseable por sí misma, sino que evocaba otros recuerdos inconvenientes. Debía ser olvidada.

Controlar la mente de los ciudadanos fue mucho más difícil para los líderes soviéticos después de la Segunda Guerra Mundial. Aunque el aparato de la censura seguía siendo fuerte, demasiada gente había experimentado la vida más allá de la URSS como para que sus normas parecieran las únicas posibles y para que la vida en ella fuera necesariamente la mejor de las vidas. La propia guerra no podía circunscribirse a una sola patria, fuera ésta la rusa o la soviética; había alcanzado a muchos otros pueblos, y sus resultados configuraron no sólo un país sino todo un mundo. En particular, el establecimiento del Estado de Israel hizo imposible la amnesia política soviética con respecto al destino de los judíos. Incluso después del Holocausto, había más judíos en la Unión Soviética que en

Palestina, pero esta última se convertiría en territorio nacional de los judíos. Si estos iban a tener un Estado, ¿había que apoyar el golpe al imperialismo británico en Oriente Medio que eso suponía? ¿O había que temer el desafío a la lealtad de los judíos soviéticos que el nuevo estado significaba?[9]

Al principio, los líderes soviéticos parecían esperar que Israel se constituyera como un Estado socialista amigo de la URSS, por lo que el bloque comunista apoyó a Israel como nadie más podía hacerlo. En la segunda mitad de 1947, se permitió emigrar a Israel a unos setenta mil judíos desde Polonia, adonde muchos de ellos acababan de ser desplazados desde la Unión Soviética. Después de que Naciones Unidas reconociera al Estado de Israel en mayo de 1948 (con el voto favorable de los soviéticos), el nuevo Estado fue invadido por sus vecinos. El incipiente ejército israelí se defendió y, en docenas de casos, desalojaron a los árabes de los territorios. Los polacos entrenaron a soldados judíos en Polonia y después los enviaron a Palestina. Los checoslovacos enviaron armamento. Como observó Arthur Koestler, los envíos de armas «despertaron un sentimiento de gratitud de los judíos hacia la Unión Soviética».[10]

Ya a finales de 1948, Stalin había llegado a la conclusión de que los judíos influían más en el Estado soviético de lo que los soviéticos influían en el Estado judío. En Moscú, y en la propia corte de Stalin, se manifestaban signos espontáneos de aprecio a Israel. Los moscovitas parecían adorar a la nueva embajadora israelí, Golda Meir (nacida en Kiev y educada en Estados Unidos). Las festividades judías se celebraron con gran fanfarria. El Rosh Hashaná, la fiesta de año nuevo, convocó en Moscú la mayor reunión pública en veinte años. Unos diez mil judíos se apiñaron en la sinagoga coral. Cuando sonó el ho a y las personas se prometieron mutuamente encontrarse «el año próximo en Jerusalén» reinaba un ambiente de euforia. El 7 de noviembre, aniversario de la Revolución Bolchevique, Polina Zhemchuzhina, esposa del comisario de asuntos exteriores Viacheslav Mólotov, se encontró con Golda Meir y la animó a seguir asistiendo a la sinagoga. Y, lo que era peor, Zhemchuzhina habló en yiddish, la lengua de sus padres y la de Meir, lo cual suponía, en aquel ambiente paranoico, una sugerencia de unidad nacional entre los judíos por encima de las fronteras. Se oyó exclamar a Ekaterina Gorbman, esposa de otro miembro del politburó, Kliment Voroshilov: «¡Ahora nosotros también tenemos nuestra tierra!»[11]

A finales de 1948 y principios de 1949, la vida pública en la Unión Soviética dio un giro hacia el antisemitismo. La nueva línea la estableció, de forma indirecta pero inteligible, el periódico Pravda el 28 de enero de 1949. Un artículo sobre «críticos teatrales poco patrióticos» que eran «portadores de un cosmopolitismo sin Estado» iniciaba una campaña de denuncias contra los judíos en todas las esferas de la vida profesional. Pravda se purgó a sí mismo de judíos a principios de marzo. Se licenció sin honor a los oficiales judíos del Ejército Rojo, y se retiró a los activistas judíos de sus posiciones de poder en el partido comunista. Varias docenas de poetas y novelistas judíos que empleaban seudónimos rusos vieron cómo sus nombres reales aparecían entre paréntesis junto a sus firmas. Los escritores judíos que se habían interesado por la cultura yiddish o por los asesinatos de judíos a manos de los alemanes fueron arrestados. Como recordaba Grossman: «Por toda la Unión Soviética parecía que sólo los judíos robaban y aceptaban sobornos, sólo los judíos mostraban una indiferencia criminal hacia los sufrimientos de los enfermos, y sólo los judíos publicaban libros malignos o mal escritos».[12]

El Comité Antifascista Judío fue disuelto formalmente en noviembre de 1948, y más de cien escritores y activistas judíos fueron arrestados. El escritor Der Nister, por ejemplo, fue detenido en 1949 y murió bajo custodia policial ese mismo año. Las visiones contenidas en su novela La familia Mashber parecían proféticas ahora que las prácticas soviéticas convergían con los modelos nazis: «Un tren de mercancías muy cargado, con una larga fila de vagones rojos iguales, sus negras ruedas parecen inmóviles mientras giran al unísono». Los judíos de toda la Unión Soviética estaban angustiados. El MGB informaba sobre la ansiedad de los judíos de Ucrania, que percibían que las nuevas políticas procedían de arriba y estaban preocupados porque «nadie sabe lo que va a ocurrir». Sólo habían pasado cinco años desde el final de la ocupación alemana y, por cierto, sólo once desde el final del Gran Terror.[13]

Los judíos se arriesgaban ahora a que los marcaran con dos epítetos: el de «nacionalistas judíos» o el de «cosmopolitas desarraigados». Aunque estas dos

acusaciones pudieran parecer contradictorias, puesto que un nacionalista es alguien que resalta sus raíces, dentro de la lógica estalinista podían ir unidos. Los judíos eran «cosmopolitas» porque se suponía que su adhesión a la cultura soviética y a la lengua rusa no era sincera. No se podía contar con ellos para defender a la Unión Soviética ni a la nación rusa frente a la penetración de diversas corrientes procedentes de Occidente. De este modo, los judíos se sentían intrínsecamente atraídos por Estados Unidos, adonde (según creía Stalin) podían emigrar y hacerse ricos. La potencia industrial de Estados Unidos era obvia para los soviéticos, que empleaban vehículos Studebaker para deportar a su propia población. Su superioridad tecnológica (y su mera crueldad) también quedó demostrada en Japón al final de la guerra con el bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki.

El poder de Estados Unidos se hizo patente además durante el bloqueo de Berlín en la segunda mitad de 1948. Alemania aún estaba ocupada por las cuatro potencias victoriosas: la URSS, Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Berlín, en la zona soviética, permanecía bajo ocupación conjunta. Los aliados occidentales anunciaron la introducción de una nueva moneda alemana, el deutschmark, en las zonas que controlaban. Los soviéticos bloquearon Berlín occidental con el objetivo evidente de forzar a los berlineses del oeste a aceptar suministros de la URSS y, de este modo, reconocer el control soviético de su sociedad. Los estadounidenses se encargaron de abastecer por aire a la ciudad aislada, algo que Moscú aseguró que no funcionaría. Pero, en mayo de 1949, los soviéticos tuvieron que abandonar el bloqueo. Los estadounidenses, junto con los ingleses, demostraron que eran capaces de suministrar por aire miles de toneladas de provisiones diarias. En una sola acción manifestaron su buena voluntad, su prosperidad y su poder. Al inicio de la guerra fría, Estados Unidos parecía capaz de hacer lo que ninguno de los anteriores rivales de la Unión Soviética había hecho: ofrecer una visión de la vida universal y atractiva. Poner a los estadounidenses en el mismo saco con los nazis como miembros de un mismo bando reaccionario estaba muy bien, pero tal asociación iba a perecerles poco plausible a los judíos (y, por supuesto, a otros grupos).

Los judíos soviéticos también eran llamados sionistas porque tal vez preferían Israel, el estado nacional judío, a la Unión Soviética, su país de residencia. Después de la guerra, Israel era un Estado nacional que —como había ocurrido con Polonia, Letonia o Finlandia antes de la contienda— podía suscitar la lealtad de una nacionalidad en diáspora dentro de la Unión Soviética. En el periodo de entreguerras, la política soviética había tendido al principio a apoyar el desarrollo cultural de todas las nacionalidades; pero después se revolvió violentamente contra algunas de ellas, como la polaca, la letona y la finlandesa. La Unión Soviética podía ofrecer educación y asimilación a los judíos y a todos los demás grupos, pero después del establecimiento de Israel y el triunfo de Estados Unidos, ¿qué pasaría si esos judíos instruidos sentían que había una alternativa mejor en otra parte?

Un judío soviético podía ser visto al mismo tiempo como un «cosmopolita desarraigado» y como un «sionista» en la medida en que Israel, según el nuevo punto de vista soviético, era considerado un satélite de Estados Unidos. Un judío atraído por Estados Unidos apoyaría al nuevo cliente americano; un judío atraído por Israel apoyaría al nuevo patrón israelí. De cualquiera de las dos maneras —o en ambas— los judíos soviéticos ya no eran ciudadanos de confianza de la Unión Soviética. O eso le parecía a Stalin.

Ahora que el judaísmo y las conexiones judías con Estados Unidos eran sospechosos, Viktor Abakúmov, el jefe del MGB, buscó un modo de presentar a los antiguos activistas del disuelto Comité Antifascista como agentes del espionaje estadounidense. En cierto sentido, el trabajo resultó fácil. El Comité había sido creado para dar a conocer el judaísmo al mundo, por lo que sus miembros podían ser calificados tanto de nacionalistas judíos como de cosmopolitas. Pero este razonamiento no justificaba de manera inmediata una acción de terror masivo ni operaciones nacionales como las de 1937-1938. Abakúmov encontró impedimentos que venían de arriba. Sin la expresa aprobación de Stalin no podía involucrar en la trama a judíos realmente importantes, y menos aún iniciar nada semejante a una operación masiva.

Durante las acciones antinacionalidades de 1937-1938, ningún miembro del politburó pertenecía a las nacionalidades perseguidas. Pero no era así en el caso de un proyecto de operación antijudía. En 1949, Lazar Kaganóvich ya no era

el colaborador más cercano de Stalin ni su posible sucesor, pero seguía siendo miembro del politburó. Cualquier acusación de infiltración judía nacionalista en los órganos supremos del soviét (a semejanza de la supuesta penetración nacionalista polaca de 1937-1938) hubiera tenido que empezar por Kaganóvich. Stalin se negaba a permitir que investigaran a Kaganóvich, el único miembro judío del politburó. En aquella época, de los 210 miembros o candidatos del comité central del partido comunista soviético, cinco eran de origen judío, y ninguno fue investigado.

La búsqueda de espías soviéticos que realizó Abakúmov alcanzó a las familias de miembros del politburó. Polina Zhemchuzhina, la esposa de Mólotov, fue arrestada en enero de 1949. La mujer negó los cargos de traición. Mólotov, en su único acto de rebeldía, se abstuvo de votar para condenar a su esposa, aunque se disculpó más adelante: «Reconozco mi profundo arrepentimiento por no haber impedido que Zhemchuzhina, una persona muy querida, cometiera errores y estableciera vínculos con nacionalistas judíos antisoviéticos como Mijoels». Al día siguiente, la esposa de Mólotov fue arrestada y sentenciada a trabajos forzados, y Mólotov se divorció de ella. Zhemchuzhina pasó cinco años en Kazajistán, entre kulaks, el tipo de gente a la que su marido había ayudado a deportar en la década de 1930. Al parecer, los kulaks la ayudaron a sobrevivir. Mólotov, por su parte, perdió su puesto de comisario de asuntos exteriores. Había sido nombrado en 1939, en parte porque, a diferencia de su predecesor Litvinov, no era judío, y Stalin por aquel entonces necesitaba a alguien con quien Hitler se aviniera a negociar. Y en 1949 perdió el cargo, en parte porque su esposa sí era judía.[14]

Las personas investigadas no se mostraron dispuestas a colaborar. Cuando, en mayo de 1952, se escogió a catorce judíos soviéticos más o menos desconocidos para someterlos a juicio, el resultado fue una especie de caos judicial poco corriente. Sólo dos de los acusados reconocieron todos los cargos durante las investigaciones; el resto sólo admitió parte de las acusaciones o las negó todas. Después, durante el juicio, todos afirmaron ser inocentes. Incluso Itzik Fefer, informador de la policía desde siempre y testigo de la acusación durante el juicio, al final se negó a cooperar. Trece de los catorce acusados fueron sentenciados a muerte en agosto de 1952 y ejecutados. Aunque el juicio sentó un precedente de ejecución de judíos acusados de espiar para los estadounidenses, tuvo poco valor político. Las personas condenadas eran demasiado poco conocidas para despertar gran interés, y su comportamiento fue poco adecuado para un juicio farsa.[15]

Si Stalin quería un asunto judío espectacular tendría que buscarlo en otra parte.

La Polonia comunista parecía un lugar prometedor para un juicio farsa antisemita, aunque al final éste nunca se produjo. La cuestión judía era incluso más delicada en Varsovia que en Moscú. Polonia había sido el hogar de más de tres millones de judíos antes de la guerra; en 1948 se había reconstruido como estado homogéneo de etnia polaca dirigido por comunistas... algunos de los cuales eran de origen judío. Los polacos habían tenido acceso a propiedades que habían sido alemanas, en el oeste, y judías, en las ciudades. El idioma polaco adoptó expresiones que significaban «anteriormente alemana» y «anteriormente judía» para calificar las propiedades. Pero mientras que ucranianos y alemanes fueron deportados desde la Polonia comunista, los judíos eran deportados a Polonia: unos cien mil de ellos desde la Unión Soviética. Los polacos no podían dejar de notar que los más altos cargos del partido comunista, así como su aparato policial, seguían siendo plurinacionales aunque la etnia del país hubiera sido unificada: había una presencia desproporcionada de judíos entre los dirigentes del partido y de la policía secreta. Los judíos que habían decidido permanecer en Polonia después de la guerra eran a menudo comunistas que sentían que tenían una misión que cumplir y creían en la transformación del país por el bien de todos.[16]

Polonia había sido el centro de la vida judía en Europa durante quinientos años: ahora parecía que aquello se había acabado. En torno al noventa por ciento de la población judía de la Polonia de preguerra había sido exterminada durante la contienda. La mayoría de los judíos polacos supervivientes dejaron el país en

los años que siguieron a la guerra. Muchos de ellos no podían regresar a sus hogares en ningún caso, puesto que ahora sus casas quedaban dentro de la Polonia oriental anexionada por la Unión Soviética. De acuerdo con las políticas soviéticas de limpieza étnica, los ucranianos, bielorrusos y lituanos debían quedarse en las repúblicas soviéticas que llevaban sus nombres, mientras que los judíos y los polacos tenían que ir a Polonia. Los judíos que intentaban regresar a casa eran a menudo recibidos con desconfianza y violencia. Algunos polacos tal vez temieran además que los judíos reclamaran las propiedades que habían perdido durante la guerra, ya que los polacos, de una manera u otra, se las habían robado (con frecuencia después de que sus propios hogares fueran destruidos). Pero los judíos eran reasentados a menudo en Silesia, anteriormente alemana, un «territorio recuperado» tomado a Alemania, donde no existía ese inconveniente. Aún así, allí, como en todas partes en la Polonia de posguerra, los judíos recibían palizas y eran asesinados en tales proporciones que la mayoría de los supervivientes decidían marcharse. Primero, por supuesto, debían tener adonde ir: a Estados Unidos o a Israel. Para llegar hasta allí, los judíos polacos iban primero a Alemania, a campamentos de personas desplazadas.

El desplazamiento voluntario de supervivientes del Holocausto hacia Alemania no sólo fue una triste ironía. Fue también la última etapa de un viaje que reveló muchas de las atroces políticas a las que los judíos y otros pueblos habían sido sometidos. Los judíos de los campamentos de personas desplazadas de Alemania procedían a menudo de Polonia occidental y central, adonde habían llegado huyendo de los alemanes en 1939, o bien habían sido deportados por los soviéticos al Gulag y regresaron a una Polonia de posguerra en la que la gente quería quedarse con sus propiedades y los acusaba personalmente a ellos de la dominación soviética. En la Polonia de posguerra era muy peligroso ser judío, aunque no más que ser ucraniano, alemán o polaco en la clandestinidad anticomunista. Estos otros grupos querían, en general, permanecer en su tierra; los judíos, en cambio tenían buenos motivos para sentirse inseguros en su propio país: tres millones de sus compañeros habían sido muertos en la Polonia ocupada. La marcha de los judíos polacos a Israel y a Estados Unidos hizo que el papel de los judíos comunistas en la política de Polonia se hiciera aún más evidente de lo que hubiera sido sin esta emigración. El régimen comunista polaco se enfrentaba a un doble inconveniente político: 110 era nacional en el sentido geopolítico, ya que dependía del apoyo de Moscú, ni en el sentido étnico, ya que algunos de sus representantes más destacados eran judíos (y habían pasado la guerra en la Unión Soviética).[17]

Los comunistas polacos de origen judío estaban en el poder en 1949 gracias a las políticas internacionales de 1948, los primeros tiempos de la Guerra fría. Por razones que nada tenían que ver con Polonia y sí con una ruptura más amplia dentro del bloque comunista, en el verano de 1948 Stalin prestaba más atención al riesgo de las mayorías nacionales que al del «cosmopolitismo» o el «sionismo» judíos.

Dado que Stalin intentaba coordinar y controlar su nuevo grupo de aliados comunistas, la línea ideológica de Moscú reaccionaba a lo que percibía como deslealtad en la Europa del Este. Probablemente debió de advertir que era mucho más difícil seguir la línea soviética para los líderes de los regímenes comunistas de lo que lo había sido para los líderes de los partidos comunistas antes de la guerra: ahora los camaradas aliados tenían que gobernar y no sólo estar en la oposición. Además, Stalin debía ajustar su línea ideológica a las realidades del poder de Estados Unidos. Todas esas inquietudes pasaron a primer plano en verano de 1948, y la preocupación por los judíos quedó relegada de momento. Ello fue decisivo para Polonia, puesto que permitió consolidarse en el poder a los comunistas de origen judío y asegurarse de que no se realizaran juicios farsa antisemitas.

En verano de 1948, la principal preocupación de Stalin en el este de Europa era la Yugoslavia comunista. El comunismo de este importante país balcánico admiraba al régimen soviético, pero no quería depender del poder de la URSS. Tito (Josip Broz), líder de los comunistas y los partisanos yugoslavos, había logrado tomar el poder sin la ayuda soviética. Después de la guerra, Tito dio señales de independencia respecto a Stalin en su política exterior. Hablaba de una confederación balcánica cuando Stalin ya había abandonado la idea. Apoyaba a los comunistas revolucionarios de la vecina Grecia, un país que Stalin consideraba incluido en la esfera de influencia de Estados Unidos e Inglaterra. El

presidente Harry Truman había dejado claro, en su doctrina anunciada en marzo de 1947, que los estadounidenses tomarían medidas para evitar el avance del comunismo en Grecia. A Stalin le preocupaba más estabilizar sus ganancias en Europa que tomar parte en posibles aventuras revolucionarias futuras. Sin duda creía que podría derrocar a Tito y sustituirlo por un gobierno yugoslavo más complaciente.[18]

La brecha entre Tito y Stalin configuró el comunismo internacional. La postura independiente de Tito, y la expulsión de Yugoslavia del Cominform que vino a continuación, lo convirtieron en un modelo negativo de «nacionalcomunismo». Entre abril y septiembre de 1948, se estimuló a los regímenes satélites de Moscú a que se preocuparan por el presunto peligro nacionalista (la «desviación a la derecha» de la línea del partido) y no por el peligro cosmopolita (la «desviación a la izquierda»). Cuando el secretario general de Polonia, Władysław Gomułka, puso objeciones a la nueva línea, se vio expuesto a acusaciones de ser él también un ejemplo de «desviación» nacional. En junio de 1948, Andrei Zhdánov dio instrucciones a los comunistas polacos rivales de Gomułka para que derrocaran al líder. El miembro del politburó polaco Jakub Berman estaba de acuerdo en que el partido sufría una desviación nacional. En agosto, Gomułka fue destituido del cargo de secretario general. A finales de ese mes tuvo que presentar una autocrítica ante la asamblea del comité central del partido polaco.[19]

Gomułka era en efecto un nacionalcomunista, y sus camaradas polacos de origen judío tal vez tuvieran razón al temerle. No era judío (aunque su esposa sí lo era), y se lo consideraba más atento que sus camaradas a los intereses de los polacos no judíos. A diferencia de Jakub Berman y otros dirigentes comunistas, había permanecido en Polonia durante la guerra y por ello los líderes soviéticos de Moscú lo conocían menos que a los camaradas que huyeron a la Unión Soviética. Ciertamente había sacado partido de cuestiones nacionales: presidió las limpiezas étnicas de alemanes y ucranianos y se hizo cargo en persona del asentamiento de polacos en los «territorios recuperados» del oeste. Había llegado hasta a pronunciar un discurso en el comité central en el que criticaba ciertas tradiciones de la izquierda polaca por su desproporcionada atención a los judíos.

Tras su caída, Gomułka fue reemplazado por un triunvirato compuesto por Bolesław Bierut, Jakub Berman e Hilary Mine (los dos últimos de origen judío). La nueva troika polaca accedió al poder justo a tiempo de evitar una acción antisemita en Polonia. Pero, para su desconcierto, la línea política de Moscú cambió durante las mismas semanas en las que intentaban consolidar su posición. Aunque aún era posible la desviación nacionalista hacia la derecha, las señales más explícitas de Stalin en otoño de 1948 tenían que ver con el papel de los judíos en los partidos comunistas europeos. Stalin dejó claro que los sionistas y los cosmopolitas ya no eran bienvenidos. Quizá consciente de la nueva atmósfera, Gomułka apeló a Stalin en diciembre: había demasiados «camaradas judíos» en la dirección del partido polaco que «no se sentían vinculados a la nación polaca». Esto, según Gomułka, conducía a la alienación del partido con respecto a la sociedad polaca y amenazaba con provocar el «nihilismo nacional».[20]

Así pues, en 1949, Polonia adoptó una variedad particular de estalinismo. Los estalinistas judíos ejercían mucho poder, pero estaban atrapados entre el antisemitismo estalinista de Moscú y el antisemitismo popular de su propio país. Por separado, ninguno de los dos antisemitismos era lo bastante importante para anular su poder, pero debían asegurarse de que ambos no se unieran. Los comunistas judíos debían hacer hincapié en que su identificación política con la nación polaca era tan fuerte que borraba sus orígenes judíos y hacía imposible la existencia de políticas judías particulares.

Un ejemplo chocante de esta tendencia fue la nueva versión de la revuelta del gueto de Varsovia de 1943, el mayor ejemplo de la resistencia judía al Holocausto, que ahora se presentó como una rebelión nacional polaca encabezada por los comunistas. Hersz Smolar, el comunista polaco judío que había sido el héroe del gueto de Minsk, despojaba ahora de judaísmo a la resistencia judía frente a los nazis. Describió la revuelta del gueto de Varsovia en los términos ideológicos impuestos por Zhdánov: había habido «dos bandos» dentro del gueto, uno progresista y otro reaccionario. Los que hablaban de Israel estaban ahora en el bando reaccionario, como lo habían estado entonces. Los progresistas eran los comunistas, y los comunistas habían luchado. Se trataba de una distorsión

extraordinaria: aunque era cierto que los comunistas habían incitado a la resistencia armada en el gueto, los sionistas de izquierdas y los bundistas tenían más apoyo popular, y los sionistas de derechas disponían de más armas. Smolar auguraba purgas a los activistas políticos judíos que no aceptaran el comunismo nacional polaco: «Y si resulta que entre nosotros hay personas que zumban como moscas en torno a alguna especie de metas nacionales judías supuestamente más elevadas y más esenciales, entonces eliminaremos a esa gente de nuestra sociedad, igual que los luchadores del gueto arrojaron a un lado a los cobardes y a los de voluntad débil».[21]

Toda resistencia al fascismo estaba, por definición, dirigida por comunistas. Si no la dirigían comunistas, no era resistencia. La historia del levantamiento del gueto de Varsovia de 1943 debía reescribirse de manera que los comunistas aparecieran en ella a la cabeza de los judíos polacos, del mismo modo que se suponía que dirigían la resistencia polaca antinazi en general. En esta historia políticamente correcta de la Segunda Guerra Mundial, la resistencia en el gueto tenía poco que ver con el asesinato masivo de judíos y mucho con el coraje de los comunistas. Este cambio fundamental en el énfasis oscurecía la experiencia judía de la guerra, puesto que el Holocausto se convertía en una simple instancia del fascismo. Y fueron precisamente los judíos comunistas los encargados de desarrollar y dar a conocer estas interpretaciones espurias para no ser acusados de perseguir objetivos judíos y no polacos. Con el fin de presentarse de forma plausible como líderes comunistas polacos, los comunistas judíos tuvieron que despojar de motivaciones judías el ejemplo más importante de la resistencia de los judíos contra los nazis. El cebo de la trampa política de Stalin lo había puesto Hitler.[22]

Esta fue la defensa de los judíos polacos estalinistas frente al antisemitismo de Stalin. Si los héroes de la resistencia polaca estaban dispuestos, en efecto, a negar que el antisemitismo de Hitler hubiera influido en la vida y en la política judías y, en algunos casos, en la propia decisión personal de resistir a la ocupación alemana, sin duda su devoción quedaría demostrada. El estalinismo implicaba la negación de los hechos históricos más obvios y de su significado más apremiante en lo personal: en cuanto al levantamiento del gueto de Varsovia de 1943, los comunistas judíos polacos realizaron ambas negaciones; la difamación, asociada a ellas, del Ejército Nacional polaco y del levantamiento de Varsovia de 1944 fue una labor fácil en comparación. Puesto que no había sido dirigido por comunistas, no se trataba de un levantamiento. Puesto que los soldados del Ejército Nacional no eran comunistas, eran reaccionarios que actuaban contra los intereses de las masas trabajadoras. Los patriotas polacos que murieron intentando liberar su capital eran fascistas, poco mejores que Hitler. El Ejército Nacional, que había combatido a los alemanes con mucha más determinación que los comunistas polacos, era «un enano escupido por la reacción».[23]

Jakub Berman era el miembro del politburó responsable tanto de la ideología como de la seguridad en 1949. Berman repitió un argumento clave estalinista para justificar el terror: a medida que la revolución se acerca a su consumación, sus enemigos luchan con más desesperación; por ello, los revolucionarios comprometidos deben recurrir a medidas más extremas. Fingiendo no escuchar la línea soviética, situó la lucha como un combate contra la desviación nacionalista o derechista. Nadie podía acusar a Berman de falta de atención al nacionalismo, después de la ruptura de Tito y Stalin y, al mismo tiempo, nadie hizo más que él para desdibujar la memoria judía de las masacres alemanas en la Polonia ocupada. Berman, que había perdido a sus familiares más próximos en Treblinka en 1942, presidió un comunismo nacional polaco en el que, sólo unos años después, las cámaras de gas pasarían a un segundo plano de la historia.[24] El Holocausto había atraído a muchos judíos al comunismo, la ideología del libertador soviético; ahora, para gobernar Polonia y apaciguar a Stalin, los líderes comunistas judíos tenían que negar la importancia del Holocausto. Berman ya había hecho un movimiento importante en esa dirección en diciembre de 1946, cuando ordenó que las estimaciones oficiales de polacos no judíos muertos debían ser aumentadas de forma significativa, mientras que las de judíos debían reducirse, de modo que las dos cifras se igualaran: tres millones en los dos casos. El Holocausto ya estaba politizado, y de una manera peligrosa. Como a cualquier otro acontecimiento histórico, había que entenderlo «dialécticamente», en términos que coincidieran con la línea ideológica de Stalin y con el

desiderátum político del momento. Posiblemente murieran más judíos que no judíos polacos, pero quizá eso era políticamente inconveniente. Sería mejor que las cantidades se igualaran. Permitir que el sentido personal de la realidad o de la justicia interfiriese con los ajustes dialécticos era fracasar como comunista. Recordar las muertes de los propios familiares en la cámara de gas era puro sentimentalismo burgués. Un comunista consumado tenía que mirar más allá, como hizo Berman, para ver la verdad que exigía el momento y actuar en consecuencia y de manera contundente. La Segunda Guerra Mundial, como la guerra fría, era una lucha de las fuerzas progresistas contra las reaccionarias, y nada más.[25]

Berman, un hombre muy inteligente, entendía estas cosas mejor que nadie y llevó las premisas a sus conclusiones lógicas. Dirigió un aparato de seguridad que arrestó a miembros del Ejército Nacional que habían asumido la misión especial de salvar judíos; ni ellos ni sus acciones tenían resonancia histórica dentro de la visión del mundo estalinista: los judíos no habían sufrido más que los demás, y los soldados del Ejército Nacional no eran mejores que los fascistas. El defecto más flagrante de Berman, desde la perspectiva del propio Stalin, era que él mismo era de origen judío (aunque en su documentación figuraba la nacionalidad polaca). Esto no era exactamente un secreto: se había casado bajo una khuppah ["palio"] según el rito judío. En julio de 1949, el embajador soviético se quejó en una nota a Moscú de que el gobierno polaco estaba dominado por judíos como Berman, y de que los judíos dirigían el aparato de seguridad, afirmaciones exageradas aunque no carentes de base. En el periodo de 1944-1954, 167 de 450 altos funcionarios del ministerio de Seguridad del Estado eran judíos y así lo reconocían, es decir, en torno al treinta y siete por ciento en un país donde los judíos eran menos del uno por ciento de la población. No todas las personas de origen judío en las alturas del servicio de seguridad se definían como polacas en sus documentos de identidad, y eso podía reflejar (o no) el modo en que se veían a sí mismos; estas cuestiones rara vez eran simples. Pero la identidad del pasaporte, incluso aunque reflejara, como sucedía a menudo, una sincera identificación con el Estado y la nación polacos, no impedía que buena parte de la población polaca, así como los líderes soviéticos, consideraran judíos a las personas de origen judío.[26]

Berman, el comunista de origen judío más importante de Polonia, era un objetivo obvio de cualquier posible juicio farsa antisemita, y él era perfectamente consciente de ello. Para empeorar las cosas, podían relacionarlo con los protagonistas del drama más importante de los inicios de la Guerra Fría, los hermanos Field. Los norteamericanos Noel y Hermann Field estaban presos por aquel entonces en Checoslovaquia y Polonia como espías de Estados Unidos. Noel Field era un diplomático estadounidense y también un agente de la inteligencia soviética; era amigo de Alien Dulles, el jefe de la inteligencia estadounidense que había dirigido la oficina de servicios estratégicos (OSS) en Berna, Suiza; también dirigió una organización de ayuda a los comunistas después de la guerra. Field llegó a Praga en 1949, probablemente pensando que los soviéticos requerían de nuevo sus servicios, y fue detenido. Su hermano Hermann acudió a buscarlo y fue también arrestado, en Varsovia. Ambos confesaron bajo tortura haber establecido una vasta organización de espionaje en Europa del Este.[27]

Aunque ellos nunca fueron juzgados, las supuestas actividades de los hermanos Field ofrecieron un argumento para varios de los juicios farsa que se llevaban a cabo en la Europa del Este comunista. Por ejemplo, en Hungría, en septiembre de 1949 Lászlo Rájk fue juzgado y ejecutado como agente de Noel Field. Se suponía que la investigación húngara había descubierto células de la organización de los Field también en países comunistas hermanos. En realidad, Hermann Field conocía al secretario de Berman y una vez le había dado una carta para él. Los Field eran peligrosos precisamente porque de hecho conocían a muchos comunistas, podían asociarlos con la inteligencia de Estados Unidos y, podía esperarse que dijeran cualquier cosa bajo tortura. En cierto momento, el propio Stalin le preguntó a Berman sobre Field.[28]

Jakub Berman también podía ser vinculado con un tipo de política judía que ya no estaba permitida. Conocía a los miembros del Comité Antifascista Judío desde que estuvo con Mijoels y Fefer, antes de la visita de estos a Estados Unidos en 1943. Procedía de una familia que tenía representantes en ámbitos de la política judía de Polonia. Uno de sus hermanos (muerto en Treblinka) había sido miembro de Polaei-Zion Right, una rama del sionismo socialista. Otro hermano, Adolf, que sobrevivió al gueto de Varsovia, era miembro de Polaei-Zion Left, rama del

sionismo de izquierdas. Adolf Berman había organizado servicios sociales para niños en el gueto de Varsovia y dirigió el comité central de los judíos polacos después de la guerra. Cuando Polonia se hizo comunista, continuó siendo un sionista de izquierdas, en la convicción de que ambas posturas políticas podían conciliarse de algún modo.[29]

En 19451 empezaba a quedar claro que las personas como Adolf Berman no tendrían sitio en la Polonia de posguerra. De hecho, las duras palabras de Smolar sobre el carácter reaccionario del sionismo y la necesidad de suprimir de la sociedad a los judíos cobardes iban dirigidas a él. Al hablar así, Smolar creaba una especie de defensa estalinista frente al propio Stalin: si los comunistas judíos de Polonia ostentaban actitudes antisionistas y propolacas podían eludir las acusaciones de sionismo y cosmopolitismo. Pero no estaba nada claro que ni siquiera este enfoque categórico pudiera salvar a Jakub Berman de la conexión con su hermano. El antisemitismo estalinista no podía contrarrestarse tan fácilmente mediante la lealtad y la entrega.

Jakub Berman sobrevivió gracias a la defensa de su amigo y aliado Boleslaw Bierut, secretario general del partido polaco y cara amable del triunvirato que lo gobernaba. Una vez, Stalin le preguntó a quién necesitaba más, si a Berman o a Mine. Bierut era demasiado astuto para caer en la trampa: se interpuso entre Stalin y Berman, lo cual era arriesgado. En general, los comunistas polacos nunca se entregaron a la brutalidad entre compañeros que era evidente en Checoslovaquia, Rumanía o Hungría. Ni siquiera el desdichado Gomułka fue obligado a firmar una confesión humillante ni a enfrentarse a un juicio. Los comunistas polacos que estaban en el poder a finales de la década de 1940 sabían en general, por propia experiencia, lo que les había pasado a sus camaradas en los años treinta. En esa época, Stalin había enviado una señal y los comunistas polacos se habían denunciado unos a otros como era de esperar, lo que condujo a asesinatos en masa y al final del propio partido. Aunque todos los comunistas extranjeros sufrieron el Gran Terror, la experiencia polaca fue única, y acaso creara un cierto sentimiento de preocupación por las vidas de los camaradas más cercanos.[30]

En 1950, cuando la presión de la Unión Soviética se hizo más intensa, Berman terminó por permitir a los servicios de seguridad seguir la línea antijudía. Los judíos polacos se convirtieron en sospechosos de ser espías estadounidenses o israelíes. El proceso no estuvo exento de complicaciones, puesto que los que montaban las acusaciones contra los judíos polacos a veces lo eran también ellos mismos. El propio aparato de seguridad polaco fue purgado de algunos de sus altos cargos judíos. Como ello suponía a menudo que unos judíos purgaran a otros, el departamento del aparato de seguridad encargado de estos casos era jocosamente apodado la oficina de «autoexterminio». Estaba dirigido por Józef Swiatlo, cuya propia hermana se había marchado a Israel en 1947.[31]

Aún así, Berman, Mine y Bierut se mantenían, afirmando que ellos eran los buenos polacos, los buenos comunistas y los buenos patriotas, frente a una sociedad incrédula y un Stalin dudoso. Aunque judíos, comunistas y el resto de la población fueron obligados a sofocar el recuerdo del Holocausto, en esos años no hubo ninguna campaña pública contra sionistas o cosmopolitas. A base de hacer concesiones, y apoyándose en la lealtad de su amigo Bierut, Berman fue capaz de mantener la noción de que en Polonia el principal peligro procedía de la desviación nacionalista polaca y no de la judía. Cuando, en julio de 1951, Gomułka fue finalmente arrestado, los dos agentes de seguridad que fueron a detenerle, como él quizá advirtió, eran de origen judío.

Entre 1950 y 1952, mientras los polacos ganaban tiempo, la Guerra Fría se transformó en una confrontación bélica. La guerra de Corea agudizó la preocupación de Stalin por el poder de Estados Unidos.

A principios de la década de 1950 la Unión Soviética parecía encontrarse en una posición mucho más sólida que antes de la guerra. Las tres potencias que habían cercado a la URSS, Alemania, Polonia y Japón, estaban todas ellas sustancialmente debilitadas. Polonia era un satélite soviético con un militar soviético como ministro de defensa. Las tropas soviéticas habían llegado a Berlín y permanecían allí. En octubre de 1949 la zona de ocupación soviética en Alemania había sido transformada en la república Democrática Alemana, un

satélite de la URSS gobernado por comunistas alemanes. Prusia del Este, antiguo distrito alemán en el mar Báltico, había sido dividido entre la Polonia comunista y la propia URSS. Japón, la gran amenaza de los años treinta, había sido derrotada y desarmada, aunque en este caso la Unión Soviética no contribuyó a la victoria y, por tanto, participó poco en su ocupación. Los estadounidenses estaban construyendo bases militares en Japón y enseñando a jugar al béisbol a los japoneses.[32]

Incluso derrotado, Japón había modificado la política en Extremo Oriente. La incursión japonesa en China de 1937 había ayudado en definitiva a los comunistas chinos. En 1944 los japoneses habían organizado con éxito una ofensiva terrestre contra el gobierno nacionalista chino, que no afectó al resultado de la guerra pero que debilitó fatalmente al régimen nacionalista. Una vez que los japoneses se rindieron, sus fuerzas se retiraron del territorio chino. Fue la ocasión para los comunistas chinos, semejante a la que aprovecharon los comunistas rusos treinta años antes. En la Segunda Guerra Mundial, Japón desempeñó el mismo papel que Alemania en la Gran Guerra: tras fracasar en el intento de conquistar un gran imperio, le sirvió en bandeja una revolución a un vecino comunista. La República Popular China fue proclamada en octubre de 1949.[33]

Aunque Washington percibió el comunismo chino como la continuación de una revolución comunista mundial, para Stalin fue una noticia ambivalente. Mao Zedong, líder de los comunistas chinos, no era un acólito personal de Stalin como la mayoría de los comunistas de Europa del Este. Aunque los comunistas chinos aceptaban la visión estalinista del marxismo, Stalin nunca había ejercido un control personal de su partido. Stalin sabía que Mao sería un rival ambicioso e impredecible. «La batalla de China –dijo– aún no ha terminado». En su política en Extremo Oriente Stalin quería asegurarse de que la Unión Soviética mantendría su posición de líder del mundo comunista. La misma preocupación surgió con respecto a Corea, donde acababa de establecerse un estado comunista. Japón, que había gobernado Corea desde 1905, se retiró después de la guerra. La península de Corea fue ocupada entonces por la Unión Soviética en el norte y por Estados Unidos en el sur. Los comunistas norcoreanos establecieron una república popular en Corea del Norte en 1948.[34]

En primavera de 1950 Stalin tuvo que decidir qué respuesta le daría a Kim Il-Sung, el líder comunista norcoreano, que deseaba invadir la parte sur de la península. Stalin sabía que los americanos consideraban que Corea se encontraba dentro del «perímetro defensivo» que estaban construyendo en Japón y en el Pacífico, porque el secretario de Estado así lo había manifestado en enero. El ejército de EE UU se había retirado de la península en 1949. Kim Il-Sung le dijo a Stalin que sus fuerzas derrotarían rápidamente al ejército surcoreano. Stalin dio su bendición a la guerra de Kim Il-Sung y envió armas soviéticas a los norcoreanos, que invadieron el sur el 25 de junio de 1950. Stalin incluso envió a unos cientos de coreanos soviéticos del Asia central para luchar en el bando norcoreano; los mismos que habían sido deportados por orden suya sólo trece años antes.[35]

La guerra de Corea se parecía mucho a una confrontación armada entre los mundos comunista y capitalista. Los estadounidenses respondieron con celeridad y firmeza enviando tropas desde Japón y otros puntos del Pacífico, y lograron hacer retroceder a los norcoreanos hasta la frontera original. En septiembre, Truman aprobó el NSC-68, confirmación oficial secreta de la amplia estrategia de Estados Unidos de contención del comunismo en el mundo, una idea formulada por George Kennan. En octubre, los chinos intervinieron del lado de los norcoreanos. Hasta 1952, Estados Unidos y sus aliados estuvieron en guerra con Corea del Norte y la China comunista. Los tanques de Estados Unidos se enfrentaban a los tanques soviéticos, y la aviación estadounidense combatía con los cazas de la URSS.

Al parecer, Stalin temía la posibilidad de que la guerra se ampliara, quizá con dos frentes. En enero de 1951, reunió a los líderes de sus satélites europeos del Este y les ordenó que prepararan sus ejércitos para una guerra en Europa. Entre 1951 y 1952 las tropas del Ejército Rojo se duplicaron.[36]

Precisamente durante estos años, 1951 y 1952, la idea de que los judíos soviéticos fueran agentes secretos de Estados Unidos pareció consolidarse en la mente de Stalin. Desafiado en Berlín, frustrado en Polonia y combatido en Corea, Stalin se enfrentaba de nuevo, al menos en su imaginación cada vez más inquieta,

al cerco enemigo. Como en los años treinta, en los cincuenta era posible pensar que la Unión Soviética era objeto de una trama internacional controlada ya no desde Berlín, Varsovia y Tokio (con Londres en la trastienda) sino desde Washington (de nuevo con Londres en la trastienda). Al parecer, Stalin creía que la Tercera Guerra Mundial era inevitable, y reaccionó ante la amenaza que preveía igual que lo había hecho a finales de la década de 1930.

En algunos aspectos, la situación internacional podía parecer más peligrosa que entonces, cuando por lo menos la Gran Depresión había llevado la pobreza al mundo capitalista. En cambio, a principios de los cincuenta todo indicaba que los países liberados por las potencias occidentales vivirían una rápida recuperación económica. En los años treinta, las potencias capitalistas estaban divididas, pero en abril de 1949 las más importantes de ellas estaban unidas en una nueva alianza militar, la Organización del Atlántico Norte (OTAN).[37] Finalmente, en julio de 1951, Stalin encontró el modo de dirigir a sus servicios de seguridad contra una trama judía imaginaria dentro de la Unión Soviética. El relato de la trama, tal como se presentó en la segunda parte de ese año, tenía dos partes: unos rusos considerados antijudíos habían sido asesinados; y sus asesinatos fueron ocultados por el aparato soviético de seguridad.

Una de las presuntas víctimas era Aleksandr Shcherbakov, el propagandista de la época de guerra que había afirmado que los rusos llevaban «el peso principal» de la guerra. Había supervisado al Comité Judío Antifascista y había purgado en la prensa a los periodistas judíos por orden de Stalin. Otra víctima fue Andréi Zhdánov, el purificador de la cultura soviética, que había impedido la publicación del Libro Negro del Judaísmo Soviético. Se suponía que estas muertes eran el principio de una ola de terrorismo judío ejercida a través de los médicos, pagada por la tesorería de Estados Unidos y cuyo objetivo final era asesinar a los líderes soviéticos.

Uno de los asesinos evidentes era el doctor judío Yakov Etinger, que había muerto bajo custodia policial en marzo de 1951. Viktor Abakúmov, director del Ministerio de Seguridad del Estado (MGB), supuestamente no había informado de la trama porque él mismo estaba implicado en ella. Con el fin de evitar que se conociera su participación, había asesinado a Etinger. Y como Abakúmov lo había matado, Etinger no podría confesar el alcance de sus crímenes.[38]

Un primer esbozo de estas extraordinarias acusaciones se presentó en una denuncia a Abakúmov enviada a Stalin por el subordinado del primero, Mikhail Riumin. La elección de Etinger daba en el blanco de las preocupaciones de Stalin. Etinger había sido arrestado no como parte de una trama de terrorismo médico, sino como nacionalista judío. Riumin, con su astuta iniciativa, vinculó el nacionalismo judío, reciente inquietud de Stalin, con los asesinatos médicos, una de sus preocupaciones de siempre. Desde luego, ninguna de las acusaciones de Riumin tenía sentido. Shcherbakov había muerto al día siguiente de haberse empeñado, contra las órdenes de los médicos, en tomar parte en el desfile del Día de la Victoria. Zhdánov, por su parte, había ignorado las órdenes de los médicos de que descansara. En cuanto a Etinger, el médico judío en cuestión, no lo había asesinado Abakúmov, sino el propio Riumin en marzo de 1951. Riumin lo había llevado al agotamiento con los incesantes interrogatorios conocidos como el sistema de la correa, aunque los médicos le habían advertido que eso pondría en peligro su vida.[39]

Pero Riumin acertó al crear una conexión que creía que atraería a Stalin: médicos judíos terroristas que mataban a comunistas (rusos) relevantes. El rumbo de la investigación estaba claro a partir de ahí: purgar el MGB de los judíos y sus lacayos y encontrar más médicos asesinos judíos. Abakúmov fue arrestado el 4 de julio de 1951 y reemplazado por Riumin, que empezó una purga antijudía en el MGB. El comité central ordenó después, el 11 de julio, investigar las «actividades terroristas de Etinger», Cinco días más tarde, el MGB arrestaba a la especialista en electrocardiogramas Sofía Karpai. La doctora era sumamente importante para el conjunto de la investigación: era la única médico aún viva que podía ser vinculada de alguna manera a la muerte de un líder soviético, puesto que había tomado e interpretado dos lecturas del corazón de Zhdánov. Pero una vez arrestada rehusó corroborar la historia del asesinato médico y se negó a implicar a nadie más.[40]

El caso era débil. Pero sería posible generar otras evidencias de tramas judías en alguna otra parte.

Otro satélite soviético, la Checoslovaquia comunista, iba a proporcionar el juicio farsa antisemita que no prosperó en Polonia. Una semana después del arresto de Sofía Karpai, el 23 de julio de 1951, Stalin le indicó a Klement Gottwald, el presidente comunista de Checoslovaquia, que debía librarse de su cercano colaborador Rudolf Slánsky, quien representaba de manera ostensible el «nacionalismo judío burgués». El 6 de septiembre, Slánsky fue destituido de su puesto de secretario general.[41]

La evidente hostilidad de Moscú provocó una trama de espionaje real, o al menos un intento chapucero de organizarla. Los checos que trabajaban para la inteligencia estadounidense notaron que Moscú no había felicitado a Slánsky con ocasión de su cincuenta aniversario (el 31 de julio de 1951). Decidieron animar a Slánsky a escapar de Checoslovaquia. A principios de noviembre le enviaron una carta en la que le ofrecían refugio en Occidente. El mensajero que debía entregar la misiva era en realidad un agente doble que trabajaba para los servicios de seguridad checoslovacos. El hombre entregó la carta a sus superiores, quienes se la mostraron a los soviéticos. El 11 de noviembre de 1951 Stalin le envió a Gottwald un emisario personal para pedirle el arresto inmediato de Slánsky. Aunque ni Slánsky ni Gottwald habían visto aún la carta, Gottwald debió de pensar que no tenía opción. Slánsky fue arrestado el 24 de noviembre y sometido a interrogatorios durante todo un año.[42]

El resultado final del caso Slánsky fue espectacular: un juicio farsa estalinista checoslovaco según el modelo soviético de 1936 revestido de antisemitismo descarado. Aunque algunas de las víctimas destacadas de los juicios farsa de Moscú de 1936 habían sido judíos, no se los juzgó por esta condición. En Praga, once de los catorce acusados eran de origen judío y fueron identificados como tales en las actas del juicio. La palabra cosmopolita se empleó como si fuera un término legal de significado conocido por todos. El 20 de noviembre de 1952, Slánsky marcó el tono de la sesión política al invocar los espíritus de los comunistas que habían ido a la muerte antes que él: «Reconozco mi culpa plenamente y deseo honradamente describir todo lo que he hecho y los crímenes que he cometido». Era evidente que seguía un guión previamente ensayado. En un momento del juicio respondió a una pregunta que el fiscal se había olvidado de formular.[43]

Slánsky confesó una conspiración que recorría toda la gama de obsesiones obligadas del momento, con partidarios de Tito, sionistas, masones y agentes de la inteligencia estadounidense que reclutaban solamente a judíos. Entre sus supuestos crímenes estaba el asesinato médico de Gottwald. Rudolf Margolius, otro de los acusados, tuvo que denunciar a sus padres, ambos muertos en Auschwitz. Como durante el Gran Terror, las diversas tramas resultaban estar coordinadas por un «centro», en este caso el «Centro de Conspiración Antiestatal». Los catorce acusados pidieron la pena de muerte, y once de ellos la obtuvieron. Cuando le pusieron la soga al cuello a Slánsky, el 3 de diciembre de 1952, le dio las gracias al verdugo y dijo: «Tengo lo que merezco». Los cuerpos de los once acusados ejecutados fueron incinerados y sus cenizas empleadas para rellenar las grietas de un camino.[44]

En aquellos momentos no parecía nada improbable que a continuación se realizara un juicio público de judíos soviéticos. Trece ciudadanos soviéticos habían sido ejecutados en Moscú en agosto de 1952, acusados de espionaje para Estados Unidos, sobre la base de acusaciones de cosmopolitismo y sionismo y no de informes fiables. Eran personas incriminadas como nacionalistas judíos y espías norteamericanos a partir de pruebas generadas bajo tortura y que fueron juzgados en secreto. En diciembre de 1952 once ciudadanos checoslovacos fueron ejecutados en Praga, sobre premisas similares, pero tras un juicio farsa que recordaba el Gran Terror. Por entonces, incluso el régimen polaco empezó a arrestar a personas como espías israelíes.[45]

En otoño de 1952, varios médicos soviéticos más estaban siendo investigados. Ninguno de ellos tenía nada que ver con Zhdánov ni con Shcherbakov, pero habían tratado a otros dignatarios soviéticos y comunistas antes de que estos murieran. Uno de ellos era el médico personal de Stalin, quien a principios de 1952 le

había aconsejado retirarse. Siguiendo órdenes expresas y reiteradas de Stalin, estas personas fueron terriblemente golpeadas, y algunos de ellos pronunciaron el tipo de confesión esperado. Mirón Vovsi, que era primo de Solomón Mijoels, confesó en el lenguaje robótico del estalinismo: «Al pensar en todo ello, llego a la conclusión de que a pesar de la podredumbre de mis crímenes, debo revelar a la investigación la terrible verdad de mi abyecto trabajo destinado a destruir la salud y acortar la vida de determinados líderes trabajadores del Estado de la Unión Soviética».[46]

Con estas confesiones en la mano, aquel hombre que estaba envejeciendo debió de pensar que no había tiempo que perder. Stalin solía planear sus golpes con bastante anticipación antes de asestarlos, pero en aquellos momentos parecía tener prisa. El 4 de diciembre de 1952, el día después de la ejecución de Slánsky, el comité central de los soviets tuvo noticia de una «trama médica» en la que «nacionales judíos» desempeñaban un papel dirigente. Uno de los implicados era, presuntamente, el médico de Stalin, que era ruso; la lista de participantes en el complot indicaba el origen de los que eran judíos. Stalin se las había arreglado para condenar a su médico, el hombre que le había aconsejado que pusiera fin a su carrera política, y mostraba otros signos de que sus preocupaciones políticas iban unidas a sus temores personales. En la fiesta de su setenta y tres cumpleaños, el 21 de diciembre de 1952, se aferraba literalmente a su hija Svetlana mientras bailaba con ella.[47]

Era como si aquel diciembre Stalin deseara purgar su propia muerte. Un comunista no puede creer en la inmortalidad del alma, pero sí en la Historia: la que se revela en los cambios en los modos de producción, la que se refleja en el ascenso del proletariado, la que representa el partido comunista en la concepción de Stalin y, por lo tanto, la Historia configurada por su voluntad. Si la vida no era más que una construcción social, quizá la muerte también lo fuera, y pudiera invertirse mediante el ejercicio de una dialéctica valiente y voluntariosa. Los médicos causaban la muerte en lugar de retrasarla; el hombre que le advertía de un fin próximo era un asesino y no un consejero. Lo que se necesitaba era una actuación adecuada. Solomón Mijoels fue un perfecto rey Lear, un mandatario que entregó tontamente el poder, demasiado pronto y a los sucesores equivocados. Ahora Mijoels se había desvanecido como un espectro de impotencia. Sin duda debía ser posible hacer que se desvanecieran también los judíos y todo lo que representaban: el riesgo de degradación de la Unión Soviética, el riesgo de que se reescribiera la historia de la Segunda Guerra Mundial, el riesgo de un futuro equivocado.[48]

Stalin, un hombre enfermo de setenta y tres años que no escuchaba otra opinión que la suya, siguió adelante. En diciembre de 1952 afirmó que «todos los judíos son nacionalistas y agentes de la inteligencia estadounidense», una formulación paranoica incluso para sus esquemas. Los judíos, añadió ese mismo mes, «creían que Estados Unidos había salvado a su nación». Había en esto una leyenda que ni siquiera había surgido todavía, pero Stalin no estaba errado del todo. Con su perspicacia característica, anticipaba correctamente uno de los grandes mitos de la Guerra Fría e incluso de décadas posteriores. Ninguno de los aliados hizo gran cosa por rescatar a los judíos: los estadounidenses ni siquiera llegaron a ver los centros de exterminio importantes.[49]

El 13 de enero de 1953, periódico del partido, Pravda revelaba una trama estadounidense para asesinar a los líderes soviéticos por medios médicos. Los doctores, se daba por supuesto, eran judíos. La agencia de noticias TASS caracterizaba al «grupo terrorista de médicos» como «monstruos con forma humana». Pero, pese al lenguaje vitriólico tan reminiscente del Gran Terror, no todo estaba preparado. Las personas nombradas en el artículo aún no habían confesado sus supuestos crímenes, condición previa de todo juicio farsa. Los acusados debían confesar en privado antes de hacerlo en público: era el requisito mínimo de la escenografía del estalinismo. No se podía esperar que el acusado se sometiera a un juicio farsa sin que todo estuviera previamente acordado entre las paredes de una sala de interrogatorios.[50]

Sofía Karpai, la cardióloga que era la principal acusada, no había confesado nada en absoluto. Era judía y mujer, quizá los interrogadores supusieron que sería la primera en hundirse. Al final, fue la única de los acusados que tuvo la fortaleza de mantener su versión y defender su inocencia. En el último interrogatorio, el 18 de febrero de 1953, se mantuvo firme y negó de forma explícita las acusaciones que pesaban sobre ella. Como Stalin, estaba enferma y

moribunda; a diferencia de él, probablemente era consciente de su estado. Al parecer, creía que decir la verdad era importante; al hacerlo así, retrasó la investigación. Aunque sólo por unos días, sobrevivió a Stalin, y probablemente hizo que otros lo sobrevivieran también.[51]

En febrero de 1953, los líderes soviéticos redactaban y volvían a redactar una autodenuncia judía colectiva, con frases que bien podrían haber sido extraídas de la propaganda nazi. Debía ser firmada por judíos soviéticos destacados y publicada en Pravda. Vasili Grossman estaba entre, los que fueron intimidados para firmarla. Ataques insidiosos de la prensa daban a entender, de forma inesperada, que su novela sobre la guerra, Por una causa justa recientemente publicada, no era lo bastante patriótica. Por una causa justa era una vasta novela sobre la batalla de Stalingrado. La perspectiva de Grossman cambió a partir de este momento. En la secuela de su novela, su obra maestra Vida y destino, Grossman presentaba a un interrogador nazi contemplando el futuro: «Hoy os espanta nuestro odio a los judíos. Mañana utilizaréis nuestra experiencia». En la última versión conocida de la carta de autodenuncia, del 20 de febrero de 1953, los firmantes aseguraban que entre los judíos había «dos bandos», el progresista y el reaccionario. Israel estaba en el bando reaccionario; sus líderes eran «millonarios judíos vinculados a los monopolistas americanos». Los judíos soviéticos también debían reconocer que «las naciones de la Unión Soviética y por encima de ellas la gran nación rusa», habían salvado a la humanidad y a los judíos.[52]

La carta condenaba al imperialismo en general y a los judíos de la trama médica en particular, citando sus nombres. En términos estalinistas debía leerse como una justificación, o incluso una invitación a purgas a gran escala de judíos soviéticos que no fueran lo bastante antiimperialistas. Los ciudadanos soviéticos que firmaran la carta tendrían que identificarse como judíos (no todos ellos eran vistos así ni se consideraban a sí mismos como tales) y como líderes de una comunidad que se encontraba en claro peligro. Ilya Ehrenburg, escritor soviético de origen judío como Grossman, había permitido a Stalin que firmara con su nombre artículos polémicos sobre Israel. En aquel momento, sin embargo, se resistía a avalar semejante documento. Le escribió a Stalin una carta hipócrita preguntándole qué debía hacer. En ella empleaba el mismo tipo de defensa que habían usado Berman y los comunistas judíos polacos unos años atrás: puesto que los judíos no son una nación, y nosotros somos comunistas leales, ¿cómo vamos a participar en una campaña contra nosotros mismos en la que se nos considera representantes de una supuesta entidad nacional colectiva conocida como judaísmo?[53]

Stalin nunca contestó. Fue hallado en coma el 1 de marzo de 1953 y murió cuatro días después. En cuanto a sus deseos, solo cabía especular sobre cuáles eran: tal vez no había estado completamente decidido, quizá esperaba la respuesta de la sociedad soviética ante las acciones iniciales. Estragado por la enfermedad mortal y por las dudas sobre su sucesión, preocupado por la influencia de los judíos en el sistema soviético y enzarzado en la Guerra Fría contra un enemigo poderoso al que no entendía demasiado, había acudido a sus métodos de defensa tradicionales, los juicios y las purgas. A juzgar por los rumores que circulaban en la época, los ciudadanos soviéticos se imaginaban sin dificultad los posibles resultados: los médicos serían juzgados junto con los líderes soviéticos acusados de ser sus aliados; los judíos que quedaran serían purgados por la policía estatal y por las fuerzas armadas; los treinta y cinco mil médicos judíos soviéticos (y tal vez también los científicos) serían deportados a los campos; y quizá hasta el pueblo judío como tal sería sometido a traslados forzosos o incluso a ejecuciones masivas.[54]

Semejante acción, si hubiera ocurrido, habría sido una más dentro de una serie de operaciones antinacionalidades y deportaciones étnicas que había empezado en 1930 con los polacos y había continuado con el Gran Terror y después de la Segunda Guerra Mundial. Todo ello habría estado en consonancia con anteriores prácticas de Stalin y hubiera encajado en su lógica tradicional. Las minorías nacionales a temer y a castigar eran las que tenían conexiones aparentes con el mundo no soviético. Aunque había supuesto la muerte de cinco millones setecientos mil judíos, la guerra también había influido en el establecimiento de un territorio nacional judío fuera del alcance de Stalin. Como las naciones enemigas de los años treinta, los judíos tenían ahora motivos de queja dentro de la Unión Soviética (cuatro años de purgas y de antisemitismo oficial), un

protector externo a la Unión Soviética (Israel), y un papel destacable en un enfrentamiento internacional (encabezado por Estados Unidos). Los precedentes eran claros y la lógica, conocida. Pero el estalinismo tocaba a su fin.

Teniendo en cuenta todos los juicios de la Unión Soviética y Europa del Este, así como todas las personas que murieron bajo custodia policial, Stalin no mató a más de unas docenas de judíos en los últimos años de su vida. Si deseaba en realidad una operación final de terror antinacionalidades, lo cual no está claro en absoluto, no pudo verla realizada. Es tentador imaginar que sólo su muerte impidió que ocurriera, que la Unión Soviética se precipitaba hacia otra purga nacional a la escala de las de los años treinta, pero las pruebas de ello son contradictorias. Las propias acciones de Stalin fueron sorprendentemente indecisas y las reacciones de sus órganos de poder, lentas.

En la década de 1950 Stalin no era el amo de su país del mismo modo en que lo había sido en la de 1930, y el país tampoco era el mismo. Más que en una personalidad, Stalin se había convertido en un culto. Desde la Segunda Guerra Mundial no había visitado fábricas, granjas ni dependencias gubernamentales, y entre 1946 y 1953 sólo pronunció tres discursos públicos. En los años cincuenta Stalin ya no dirigía la Unión Soviética como un tirano solitario del modo en que lo había hecho durante los quince años anteriores. En los años cincuenta, los miembros clave del politburó se reunían con regularidad durante sus largas ausencias de Moscú, y tenían sus propias redes de clientes en la burocracia soviética. Como ocurrió con el Gran Terror de 1937-1938, una purga masiva de judíos y la masacre subsiguiente habría creado posibilidades de movimientos hacia arriba en la sociedad soviética en general. Pero no estaba del todo claro que los ciudadanos soviéticos, aunque muchos de ellos fueran ciertamente antisemitas, hubieran deseado tal oportunidad a ese precio.[55]

Lo más chocante fue que el proceso se presentara engorroso. Durante el Gran Terror, las sugerencias de Stalin se convertían en órdenes, las órdenes en cupos, los cupos en cadáveres y los cadáveres en números. Nada parecido ocurrió en el caso judío. Aunque Stalin pasó buena parte de los últimos cinco años de su vida preocupado por los judíos soviéticos, fue incapaz de encontrar a un jefe de seguridad que realizara un montaje adecuado. En los viejos tiempos, Stalin se deshacía de los jefes de seguridad cuando completaban una acción masiva, acusándoles a ellos de los excesos cometidos. Ahora, para empezar, los funcionarios del ministerio de Seguridad del Estado –quizá por motivos lógicos– se mostraban reacios a cometer excesos. Primero Stalin puso a Abakúmov a trabajar en el caso, aunque Lavrenty Beria era el máximo responsable de la seguridad del Estado. Después, permitió que Abakúmov fuera denunciado por Riumin, quien cayó a su vez en noviembre de 1952. El sucesor de Riumin tuvo un ataque al corazón en su primer día de trabajo. Por último, S. A. Goglidze, un esbirro de Beria, se hizo cargo de la investigación.[56]

Stalin había perdido su poder, otrora infalible, de arrastrar a las personas a su mundo ficticio. Tenía que amenazar a los jefes de seguridad en lugar de darles instrucciones. Sus subordinados sabían que Stalin quería confesiones y coincidencias que pudieran presentarse como pruebas; pero se veían continuamente refrenados por una cierta atención al decoro burocrático e incluso, hasta cierto punto, a la ley. El juez que sentenció a los miembros del Comité Antifascista Judío informó a los acusados de su derecho a apelar. En las persecuciones a los judíos soviéticos, los jefes de seguridad a veces tenían problemas para hacer entender a sus subordinados –y, quizá más importante, a los acusados– lo que se esperaba de ellos. Los interrogatorios, aunque brutales, no siempre producían el tipo de pruebas que se necesitaban. La tortura, aunque se realizaba, era un último recurso en el que Stalin tenía que insistir personalmente.[57]

Stalin tenía razón al inquietarse por la influencia de la guerra y de Occidente y por la continuidad del sistema soviético tal como lo había conformado. En los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, no todos los ciudadanos soviéticos, ni mucho menos, estaban dispuestos a aceptar que los años cuarenta justificaban los treinta, ni que la victoria sobre Alemania disculpaba la

represión sobre el pueblo. Esa había sido la lógica, desde luego, del Gran Terror en su momento: que se acercaba una guerra y había que eliminar a los elementos peligrosos. En la mente de Stalin, una futura guerra con Estados Unidos probablemente justificara otra ronda de represión preventiva en la década de 1950, pero no está tan claro que los ciudadanos soviéticos desearan que se diera ese paso. Aunque muchos persistían en la histeria antisemítica de principios de la década y se negaban, por ejemplo, a ser atendidos por médicos judíos y a aceptar medicinas de farmacéuticos judíos, ello no significaba que fueran a respaldar el regreso del terror masivo.

La Unión Soviética perduró casi cuatro décadas después de la muerte de Stalin, pero sus órganos de seguridad no volvieron a organizar hambrunas ni ejecuciones en masa. Los sucesores de Stalin, aunque brutales, abandonaron la práctica del terror de masas en el sentido estalinista. Nikita Jrushchov, que acabó por triunfar en la lucha por la sucesión de Stalin, liberó a la mayoría de los prisioneros enviados al Gulag una década antes. No era que Jrushchov fuera incapaz de perpetrar asesinatos masivos: se mostró sediento de sangre durante el Terror de 1937-1938 y en la reconquista de Ucrania occidental después de la Segunda Guerra Mundial. Se trataba más bien de que creía que ya no se podía seguir gobernando a la Unión Soviética de ese modo. Incluso reveló algunos crímenes de Stalin en un discurso ante el congreso del partido en febrero de 1956, aunque puso el énfasis en el sufrimiento de las élites del partido comunista y no en los grupos que habían padecido en proporciones mucho mayores: campesinos, trabajadores y miembros de minorías nacionales.

Los Estados de Europa del Este siguieron siendo satélites de la Unión Soviética, pero ninguno de ellos pasó de los juicios farsa (preludios del Gran Terror de finales de los años treinta) a los asesinatos en masa. La mayoría de ellos (Polonia fue una excepción) colectivizaron la agricultura, pero nunca negaron a los campesinos el derecho a las parcelas privadas. En los estados satélites no hubo hambrunas como las de la Unión Soviética. Bajo Jrushchov, la Unión Soviética invadió a su satélite comunista Hungría en 1956. Aunque la guerra civil que siguió mató a miles de personas y la intervención forzó un cambio de gobierno, no hubo purgas masivas sangrientas. Después de 1953 relativamente poca gente murió asesinada por razones políticas en la Europa comunista. Las cifras se redujeron de forma exponencial con respecto a las eras de los asesinatos en masa (1933-1945) y de la limpieza étnica (1945-1947).

El antisemitismo estalinista planeó sobre Europa del Este hasta mucho después de la muerte de Stalin. Rara vez fue una herramienta importante de gobierno, pero siempre estuvo disponible en momentos de tensiones políticas. Permitted a los líderes revisar la historia de los sufrimientos de la guerra (evocados como algo que sólo padecieron los eslavos) y también la historia del propio estalinismo (que se presentaba como una versión judía, deformada, del comunismo).

En 1968 en Polonia, quince años después de la muerte de Stalin, el Holocausto fue revisado a conveniencia del nacionalismo comunista. Por entonces Wladyslaw Gomułka había vuelto al poder. En febrero de 1956, cuando Jrushchov criticó algunos aspectos del mandato de Stalin, socavó la posición de los líderes comunistas de Europa oriental asociados con el estalinismo, y reforzó la posición de los que se llamaban a sí mismos reformistas. Fue el fin del triunvirato de Berman, Bierut y Mine. Gomułka fue excarcelado y rehabilitado, y tomó el poder en octubre. Para unos polacos, representaba las esperanzas de reforma del comunismo; para otros, la aspiración a un comunismo más nacionalista. Polonia ya había consumado la reconstrucción de la posguerra y la rápida industrialización, y los intentos de mejorar el sistema económico resultaron contraproducentes o políticamente arriesgados. Cuando los intentos de reforma económica fracasaron, el nacionalismo permaneció.[58]

En 1968, el régimen de Gomułka decretó una purga antisionista que recordaba la retórica de los últimos años de Stalin. Veinte años después de caer en desgracia en 1948, Gomułka se vengaba de los comunistas judíos polacos o, más bien, de algunos de sus hijos. Como en la Unión Soviética de 1952 y 1953, la cuestión sucesoria se cernía sobre Polonia. Gomułka llevaba largo tiempo en el poder. Como Stalin, deseaba desacreditar a sus rivales asociándolos con la cuestión judía y, en particular, acusándolos de blandura frente a la supuesta amenaza

sionista.

El término sionismo volvió a la prensa comunista polaca tras la victoria israelí en la guerra de los Seis Días de junio de 1967. En la Unión Soviética, la guerra confirmó el estatus de Israel como satélite de Estados Unidos, un enfoque que seguirían los Estados comunistas de Europa Oriental. Pero los polacos a veces apoyaban a Israel («nuestros pequeños judíos», como decía la gente) frente a los árabes, que contaban con el respaldo de la Unión Soviética. Algunos polacos veían a Israel como se veían a sí mismos: como el paria perseguido, representante de la civilización occidental, mal visto por la Unión Soviética. Para ellos, la victoria de Israel sobre los estados árabes encarnaba la fantasía de Polonia derrotando a la Unión Soviética.[59]

La postura oficial del comunismo polaco era muy diferente. Sus líderes identificaban a Israel con la Alemania nazi, y al sionismo con el nacionalsocialismo. A menudo estas opiniones las sustentaban personas que habían vivido la Segunda Guerra Mundial e incluso habían luchado en ella. Pero estas comparaciones grotescas procedían de una cierta lógica política, por entonces común a los líderes comunistas de Polonia y de la Unión Soviética. En la visión comunista del mundo, no fueron los judíos, sino los eslavos (los rusos de la URSS, los polacos de Polonia) las figuras centrales (como víctimas y como vencedores) de la Segunda Guerra Mundial. Los judíos, siempre un enorme problema para la veracidad de esta historia, habían sido asimilados a ella en los años de posguerra, considerados, cuando era necesario, como «ciudadanos soviéticos» en la URSS y como «polacos» en Polonia. En esta última, los comunistas judíos habían hecho todo lo posible por eliminar a los judíos de la historia de la ocupación alemana de Polonia. Una vez realizada esta tarea, en 1956, los comunistas judíos perdieron poder. El comunista no judío Gomułka se encargó de explotar la leyenda de la inocencia étnica polaca.

Este relato de la Segunda Guerra Mundial fue también una postura propagandística durante la Guerra Fría. Los polacos y los rusos, víctimas eslavas de la última guerra alemana, seguían bajo la amenaza de Alemania, que ahora eran la República Federal de Alemania y su patrón, Estados Unidos. En el mundo de la Guerra Fría, esto no parecía del todo descabellado. El canciller de Alemania Occidental en aquella época era un antiguo nazi. Los mapas de Alemania en los libros escolares alemanes incluían los territorios perdidos en favor de Polonia en 1945 (marcados como «bajo administración polaca»). Alemania Occidental nunca había reconocido diplomáticamente a la Polonia de posguerra. En las democracias occidentales, lo mismo que en Alemania Occidental, no se hablaba demasiado de los crímenes de guerra alemanes. Al admitir en la OTAN a Alemania Occidental en 1955, Estados Unidos ignoró en la práctica las atrocidades de su reciente enemigo.

Igual que en los años cincuenta, el antisemitismo estalinista asignaba a Israel un papel maligno en la Guerra Fría. Recogiendo un tema de la prensa soviética de enero de 1953, los periódicos polacos de 1967 afirmaban que Alemania Occidental había transmitido la ideología nazi a Israel. Los humoristas gráficos retrataban al ejército israelí como si fuera la Wehrmacht. De este modo, se suponía, quedaba invertida la reivindicación de Israel de que su existencia estaba sancionada moralmente por la Segunda Guerra Mundial y por el Holocausto: en la versión del comunismo polaco, el capitalismo había llevado al imperialismo, del cual el nacionalsocialismo era un ejemplo. En aquellos momentos, el líder del bando imperialista era Estados Unidos, cuyos instrumentos eran Israel y Alemania Occidental. Israel era una instancia más del imperialismo, sustentadora de un orden mundial que generaba crímenes contra la humanidad, y no un pequeño Estado que reivindicaba una condición histórica de víctima. Los comunistas querían monopolizar para sí mismos esa condición.[60]

Estas comparaciones entre nazis y sionistas empezaron en la Polonia comunista con la guerra de los Seis Días, en junio de 1967, pero la primavera siguiente se trasladaron al interior cuando el régimen polaco reprimió a la oposición. Los estudiantes universitarios polacos, en protesta por la prohibición de una obra teatral, convocaron una marcha pacífica contra el régimen para el 8 de marzo de 1968. El régimen castigó a sus líderes como «sionistas». El año anterior, los judíos de Polonia habían sido calificados de «quinta columna» que apoyaba a los enemigos de Polonia en el extranjero. Ahora, se culpaba a los judíos de los problemas generales de Polonia, clasificados de nuevo, como en la URSS quince años atrás, de «sionistas» y «cosmopolitas». Y como en la Unión Soviética, la contradicción sólo era aparente: los «sionistas», se suponía, favorecían a

Israel, y los «cosmopolitas» se sentían atraídos por Estados Unidos, pero ambos eran aliados del imperialismo y enemigos del Estado polaco. Eran marginales y traidores, indiferentes a Polonia y a la forma de ser polaca.[61]

En una ágil maniobra, los comunistas polacos se apoderaron de un antiguo argumento antisemita europeo para sus propios fines. El estereotipo nazi del «judeobolchevismo» —la propia idea de Hitler de que el comunismo era una conspiración judía— estaba bastante extendido en la Polonia de antes de la guerra. La relevancia de judíos polacos en los primeros tiempos del régimen comunista, aunque fruto de circunstancias históricas especiales, había hecho poco por disipar la creencia popular que asociaba judíos y comunismo. Ahora, en la primavera de 1968, los comunistas polacos la usaron al proclamar que el problema del estalinismo era su judaísmo. Si algo había ido mal en la Polonia comunista de las décadas de 1940 y 1950, había sido por culpa de los judíos que ejercieron demasiado poder en el partido y deformaron todo el sistema. Quizá algunos comunistas hubieran hecho daño a los polacos, pero se trataba de comunistas judíos. En consecuencia, el comunismo polaco podía librarse de esa gente, o al menos de sus hijos e hijas. De este modo, el régimen de Gomułka aspiraba a hacer que el comunismo fuera étnicamente polaco.

La solución sólo podía ser una purga de los judíos de la vida pública y de los cargos políticos relevantes. Pero ¿quiénes eran los judíos? En 1968, los estudiantes con apellidos judíos o con padres estalinistas recibieron una atención desproporcionada en la prensa. Las autoridades polacas emplearon el antisemitismo para separar a los estudiantes del resto de la población, organizando grandes concentraciones de trabajadores y soldados. En los pronunciamientos de los líderes del país la clase obrera polaca se convirtió en la clase obrera de etnia polaca. Pero las cosas no eran tan sencillas. El régimen de Gomułka empleaba de buena gana la etiqueta de judío para librarse de las críticas en general. Un judío, según la definición del partido, no siempre era alguien cuyos padres fueran judíos. Una cierta vaguedad respecto al judaísmo caracterizó la campaña: a menudo, un «sionista» era simplemente un intelectual o alguien no favorable al régimen.[62]

La campaña era calculadamente injusta, deliberadamente provocativa y absurda en su vacuidad histórica. Sin embargo, no fue letal. Las fuerzas antisemitas del comunismo judío recordaban al estalinismo tardío, con estereotipos que fueron familiares en la Alemania nazi. No obstante, nunca hubo ningún plan para asesinar judíos. Aunque al menos un suicidio puede relacionarse con la «campaña antisionista» y muchas personas fueron golpeadas por la policía, no hubo asesinatos reales. El régimen efectuó 2591 arrestos, trasladó a unos cientos de estudiantes a guarniciones alejadas de Varsovia y sentenció a prisión a algunos líderes estudiantiles. Unos diecisiete mil ciudadanos polacos (la mayoría, aunque no todos, de origen judío) aceptaron la oferta del régimen de expedirles pasaportes sin retorno y dejaron el país.[63]

Los residentes de Varsovia no podían dejar de notar que los exiliados abandonaban el país desde una estación de ferrocarril cercana a la Umschlagplatz, desde donde los judíos de Varsovia eran deportados por tren a Treblinka sólo veintiséis años atrás. Al menos tres millones de judíos habían vivido en Polonia antes de la Segunda Guerra Mundial. Después de este episodio de antisemitismo comunista, quedaron tal vez treinta mil. Para los comunistas polacos y la gente que les daba crédito, los judíos no fueron víctimas en 1968 ni en ningún momento del pasado cercano sino gente que conspiraba para privar a los polacos de sus legítimas reivindicaciones de inocencia y heroísmo.

El antisemitismo estalinista de Polonia en 1968 cambió las vidas de decenas de miles de personas y acabó con la fe en el marxismo de muchos hombres y mujeres inteligentes en Europa del Este. El marxismo, por supuesto, tenía otros problemas. Por aquella época, el potencial económico del modelo estalinista se había agotado en Polonia, lo mismo que en todo el bloque comunista. La colectivización no ayudaba demasiado a las economías agrarias. La industrialización forzada podía generar un crecimiento rápido hasta cierto punto. Después de una generación, estaba claro más o menos en todas partes que Europa Occidental era más próspera que el mundo comunista, y que la diferencia iba creciendo. Los líderes comunistas polacos, al abrazar el antisemitismo, estaban admitiendo de manera implícita que su sistema no podía mejorar.

Alienaron a muchas de las personas que antes podían haber creído en una reforma del comunismo, y ellos mismos no tenían idea de cómo mejorar el sistema. En 1970

Gomułka tuvo que dejar el poder tras intentar subir los precios, y fue reemplazado por un sucesor completamente desprovisto de ideología que buscó la prosperidad del país a base de créditos externos. El fracaso de este esquema condujo a la emergencia del movimiento Solidaridad en 1980.[64]

Mientras los estudiantes polacos caían bajo las porras de la policía en marzo de 1968, los comunistas checoslovacos intentaban reformar el marxismo en Europa del Este. Durante la Primavera de Praga, el régimen comunista permitió un amplio margen de libertad de expresión pública con la esperanza de generar apoyo a la reforma económica. Como era de esperar, los debates tomaron direcciones distintas a las que el régimen había esperado. A pesar de la presión soviética, Aleksandr Dubcek, secretario general del partido checoslovaco, permitió que las reuniones y los debates continuaran. En agosto, las tropas soviéticas (junto con las polacas, las alemanas orientales, las búlgaras y las húngaras) invadieron Checoslovaquia y aplastaron la Primavera de Praga.

La propaganda soviética confirmó que el experimento con el antisemitismo de los líderes polacos no era una desviación. En la prensa soviética, se prestaba mucha atención a los orígenes judíos, reales o imaginarios, de los reformadores comunistas checoslovacos. En Polonia, en las décadas de 1970 y 1980, la policía secreta se esmeraba en subrayar los orígenes judíos de algunos miembros de la oposición. Cuando Mijaíl Gorbachov subió al poder en 1985 como reformador de la Unión Soviética, los que se oponían a sus reformas intentaron explotar el antisemitismo ruso en defensa del antiguo sistema.[65]

El estalinismo había desplazado a los judíos europeos de Europa del Este de su posición histórica como víctimas de los alemanes y los había insertado en una fábula de conspiración contra el comunismo. De ahí a presentarlos como parte de una conspiración intrínsecamente judía solo había un paso. Y, de este modo, la vacilación comunista para presentar y definir el mayor crimen de Hitler tendía, al paso de los años, a confirmar un aspecto de la visión del mundo de éste.

El antisemitismo estalinista en Moscú, Praga y Varsovia mató sólo a un puñado de personas, pero mistificó el pasado europeo. El Holocausto complicaba el relato estalinista del sufrimiento de los ciudadanos soviéticos como tales y restaba crédito a la versión de que los rusos y eslavos habían sido las mayores víctimas. Los comunistas y sus leales seguidores eslavos (y otros) tenían que ser vistos como víctimas y también vencedores de la Segunda Guerra Mundial. El esquema de la inocencia eslava y las agresiones occidentales debía aplicarse también a la Guerra Fría, incluso aunque eso significara que los judíos, asociados con Israel y Estados Unidos en el bando imperialista occidental, aparecieran como los agresores de la historia.

Mientras los comunistas gobernaran en gran parte de Europa, el Holocausto nunca sería reconocido como lo que fue. Precisamente porque muchos millones de europeos del Este no judíos habían muerto en los campos de batalla, en los Dulag y los Stalag, en ciudades sitiadas y en represalias en los pueblos y el campo, la insistencia comunista sobre el sufrimiento no judío tenía un fundamento histórico. Los líderes comunistas, desde Stalin hasta el último de ellos, podían decir con razón que poca gente en Occidente apreciaba el papel del Ejército Rojo en la derrota de la Wehrmacht ni el sufrimiento que los pueblos de Europa del Este soportaron bajo la ocupación alemana. Sólo hizo falta una modificación, diluir el Holocausto en un relato general de los sufrimientos, para dejar fuera algo que había sido central en Europa del Este, la civilización judía. Durante la Guerra Fría, la respuesta natural de Occidente era poner de relieve el enorme sufrimiento que el estalinismo había infligido a los ciudadanos de la Unión Soviética. Esto también era verdad; pero, como en el relato soviético, no era la única verdad ni toda la verdad. En esta competición por la memoria, el Holocausto, las otras políticas alemanas de asesinato en masa y las masacres estalinistas se convirtieron en tres historias diferentes, aunque compartieran tiempo y espacio en la realidad histórica.

Como la vasta mayoría de los asesinatos en masa de civiles por parte de los regímenes nazi y soviético, el Holocausto tuvo lugar en las Tierras de sangre. Después de la guerra, los territorios tradicionales de los judíos europeos quedaron dentro del mundo comunista, lo mismo que las factorías de la muerte y los campos de exterminio. Al introducir un nuevo tipo de antisemitismo en el

mundo, Stalin restó importancia al Holocausto. Cuando la memoria colectiva internacional emergió en las décadas de 1970 y 1980, se apoyaba en la memoria de judíos alemanes y europeos occidentales, grupos reducidos de víctimas, y en Auschwitz, donde murió sólo uno de cada seis judíos del total de víctimas. Los historiadores y los organizadores de actos conmemorativos de Europa Occidental tendían a corregir la distorsión estalinista equivocándose en la dirección opuesta, olvidando rápidamente los casi cinco millones de judíos muertos al este de Auschwitz y los casi cinco millones de no judíos asesinados por los nazis. Privado de sus rasgos distintivos judíos en el Este, y despojado de su geografía en Occidente, el Holocausto nunca llegó a convertirse por completo en parte de la historia europea, incluso aunque los europeos y muchos otros estaban de acuerdo en que todos debían recordarlo. El imperio de Stalin cubrió al de Hitler. El telón de acero cayó entre Occidente y Oriente y entre los supervivientes y los muertos. Ahora que ha desaparecido, podemos conocer, si lo deseamos, la historia de Europa entre Hitler y Stalin.

Conclusión

HUMANIDAD

Todos tenían un nombre. El muchacho que imaginaba que veía trigo en los campos era Józef Sobolewski. Murió de hambre, lo mismo que su madre y cinco de sus hermanos y hermanas, en la Ucrania famélica de 1933. El hermano que sobrevivió fue ejecutado en 1937, durante el Gran Terror de Stalin. Sólo quedó su hermana, Hanna, para recordarles a él y a sus esperanzas. Stanislaw Wyganowski era el joven que cuando arrestaron a su esposa, Maria, adivinó que se reuniría con ella bajo tierra. Los dos fueron ejecutados por el NKVD en Leningrado en 1937. El oficial polaco que escribió sobre su anillo de bodas era Adam Solski. El diario fue encontrado en su cadáver cuando desenterraron sus restos en Katyn, donde fue ejecutado en 1940. Probablemente escondiera el anillo; probablemente lo encontrarán sus ejecutores. La niña rusa de once años que llevaba un diario en el Leningrado sitiado y hambriento de 1941 era Tania Savicheva. Una de sus hermanas escapó por la superficie helada del lago Ladoga; Tania y el resto de la familia murieron. La niña judía de once años que le escribió a su padre sobre las zanjas de la muerte en Bielorrusia en 1942 era Junita Vishniatskaia. Su madre, que escribió con ella, se llamaba Zlata. Ambas fueron asesinadas. La última línea de la carta de Junita decía: «Adiós para siempre. Besos, besos». Cada uno de los muertos se convirtió en un número. Entre ambos, los regímenes nazi y estalinista asesinaron a más de catorce millones de personas en las Tierras de sangre. La matanza empezó con una hambruna que Stalin impuso a la Ucrania soviética por motivos políticos y que se llevó más de tres millones de vidas. Continuó con el Gran Terror de Stalin de 1937 y 1938, durante el cual fueron ejecutadas unas setecientas mil personas, la mayoría campesinos o miembros de minorías nacionales. Los soviéticos y los alemanes cooperaron seguidamente en la destrucción de Polonia y de sus ciases instruidas, y mataron a doscientas mil personas entre 1939 y 1941. Después, cuando Hitler traicionó a Stalin y ordenó la invasión de la Unión Soviética, los alemanes mataron de hambre a los prisioneros de guerra soviéticos y a los habitantes de Leningrado durante el sitio de la ciudad, y se llevaron las vidas de más de cuatro millones de personas. En la Unión Soviética ocupada, en Polonia y en los estados bálticos, los alemanes pasaron por las armas o gasearon a unos cinco millones cuatrocientos mil judíos. Los alemanes y los soviéticos se incitaban mutuamente a cometer crímenes cada vez mayores, como ocurrió en las guerras de resistencia en Bielorrusia y Varsovia, en las que los alemanes asesinaron a medio millón de civiles.

Estas atrocidades tienen un lugar y un tiempo comunes: las Tierras de sangre entre 1933 y 1945. Al describir sus circunstancias hemos presentado el acontecimiento central de la historia europea. Sin un relato de todas las políticas de exterminio en su escenario histórico común no es posible establecer comparaciones entre la Alemania nazi y la Unión Soviética. Ahora que esta historia de las Tierras de sangre está completa, la comparación es pertinente. Los sistemas nazi y estalinista deben ser comparados, no tanto para conocer a uno o al otro como para entender nuestra época y a nosotros mismos. Hannah Arendt lo puso de manifiesto en 1951 al unir los dos regímenes bajo la rúbrica de «totalitarismo». La literatura rusa del siglo XIX le brindó la idea del «hombre superfluo». El historiador pionero del Holocausto Raúl Hilberg le mostró

después cómo el estado burocrático podía erradicar a esas personas en el siglo veinte. Arendt nos proporcionó el retrato del hombre superfluo moderno, movido a sentirse como tal por la presión de la sociedad de masas y, después, por los regímenes totalitarios capaces de integrar la muerte en una historia de progreso y felicidad. El retrato que hizo Arendt de la época de las matanzas es el que ha pervivido, un retrato de personas (tanto víctimas como verdugos) que pierden lentamente su humanidad, primero en el anonimato de la sociedad de masas, después en un campo de concentración. Es una imagen poderosa, y hay que rectificarla antes de emprender la comparación histórica entre las matanzas soviéticas y nazis.[1]

Los centros de exterminio que mejor encajan en ese marco son los campos alemanes de prisioneros de guerra. Estos fueron la única clase de instalaciones –alemanas o soviéticas– en las que se concentró a seres humanos con el propósito definido de matarlos. Los prisioneros de guerra soviéticos, apiñados por decenas de miles y privados de alimentos y atención médica, morían deprisa y en gran número: perecieron unos tres millones, la mayoría en un plazo de pocos meses. Pero este importante ejemplo de asesinato mediante concentración tiene poco que ver con el concepto de Arendt de la sociedad moderna. Su análisis dirige nuestra atención hacia Berlín y Moscú, las capitales de dos Estados distintos que ejemplifican el sistema totalitario, cada uno de ellos actuando sobre sus ciudadanos. Pero los prisioneros de guerra soviéticos murieron como resultado de la interacción de los dos sistemas. La versión de Arendt del totalitarismo se centra en la deshumanización dentro de la moderna sociedad de masas industrial, no en el solapamiento histórico de las aspiraciones al poder soviéticas y germanas. El momento crucial para aquellos soldados fue su captura, cuando pasaron del control de sus oficiales superiores soviéticos y del NKVD al de la Wehrmacht y las SS. Su destino no puede explicarse como una alienación progresiva dentro de una sociedad moderna, sino que fue una consecuencia del encuentro bélico de dos de ellas, de las políticas criminales de Alemania en el territorio de la Unión Soviética.

En cualquier otro lugar, el campo de concentración no solía ser un paso dentro de un proceso de exterminio, sino un método de corrección de las mentes y de extracción de trabajo de los cuerpos. Con la importante excepción de los campos de prisioneros de guerra de los alemanes, ni estos ni los soviéticos usaban el campo de concentración para matar. Lo habitual era que los campos fueran la alternativa –y no el preludio– de la ejecución. Durante el Gran Terror en la Unión Soviética eran posibles dos veredictos: muerte o Gulag. El primero significaba un tiro en la nuca; el segundo, trabajo agotador en un lugar lejano, en la oscuridad de una mina, en el frío de un bosque congelado o en la estepa abierta, pero también, a menudo, significaba vida. Bajo el dominio alemán, los campos de concentración y las factorías de la muerte operaban bajo principios diferentes. Una cosa era una sentencia al campo de concentración de Belsen, y otra distinta un transporte al centro de exterminio de Bełżec. La primera significaba hambre y trabajos forzados, pero también una posibilidad de sobrevivir; la segunda significaba la muerte cierta e inmediata por asfixia. Por eso, irónicamente, se recuerda Belsen y se ha olvidado Bełżec.

Las políticas de exterminio no surgieron de las políticas de concentración. El sistema soviético de campos de concentración formaba parte de una economía política que aspiraba a perdurar. El Gulag existía antes y existió después de las hambrunas de principios de los años treinta, y antes, durante y después de las ejecuciones masivas de finales de esa década. Alcanzó sus mayores dimensiones a principios de los años cincuenta, cuando ya los soviéticos habían dejado de exterminar a sus conciudadanos en grandes cantidades, en parte gracias a la propia existencia del Gulag. Los alemanes empezaron el asesinato en masa de judíos en el verano de 1941 en la Unión Soviética ocupada, pasándolos por las armas al lado de zanjas, lo cual no tenía nada que ver con un sistema de campos de concentración que ya llevaba ocho años en funcionamiento. En unos pocos días de la segunda mitad de 1941, los alemanes mataron a más judíos en el Este de los que tenían recluidos en todos sus campos de concentración. Las cámaras de gas no se crearon para los campos de concentración, sino como instalaciones médicas de exterminio dentro del programa de «eutanasia». Después llegaron las camionetas ambulantes de gas empleadas para matar a los judíos en el este de la URSS, la camioneta de gas estacionada en Chelmo para matar judíos polacos en las tierras anexionadas por Alemania, y por último las instalaciones de gas permanentes de

Bełżec, Sobibor y Treblinka, en el Gobierno General. Las cámaras de gas permitieron que la política seguida en la Unión Soviética, el asesinato masivo de judíos, continuara al oeste de la línea Mólotov-Ribbentrop. La inmensa mayoría de los judíos asesinados en el Holocausto jamás vio un campo de concentración.[2]

La imagen de los campos de concentración alemanes como el peor aspecto del nacionalsocialismo es una ilusión, un espejismo oscuro en un desierto ignoto. En los primeros meses de 1945, mientras el Estado alemán se desmoronaba, los prisioneros mayoritariamente no judíos del sistema de campos de las SS morían en gran número. Su destino era semejante al de los prisioneros del Gulag de la URSS entre 1941 y 1943, cuando el sistema soviético se encontraba bajo la presión de la invasión y ocupación alemanas. Algunas de las víctimas de los campos nazis, casi muertas de hambre, fueron captadas por las cámaras de cine de los ingleses y los estadounidenses. Estas imágenes condujeron a los europeos occidentales y a los norteamericanos a conclusiones erróneas en cuanto al sistema alemán. Los campos de concentración mataron a cientos de miles de personas al final de la guerra, pero no estaban concebidos (a diferencia de las instalaciones de exterminio) para el asesinato en masa. Aunque algunos judíos fueron sentenciados a los campos de concentración como presos políticos y otros como trabajadores forzados, los campos no estaban destinados principalmente a los judíos. Entre los supervivientes judíos se encontraban algunos que fueron enviados a campos de concentración, y ésta es otra razón por la que los campos nos son familiares: fueron descritos por los supervivientes, por personas que al final hubieran muerto de extenuación, pero que quedaron libres porque la guerra terminó. La política alemana de matar a todos los judíos de Europa no se llevó a cabo en los campos de concentración, sino junto a zanjas, en camionetas de gas y en las instalaciones de exterminio de Chelmno, Bełżec, Sobibor, Treblinka, Majdanek y Auschwitz.[3]

Como reconoce Hannah Arendt, Auschwitz fue una combinación inusual de complejo industrial y centro de exterminio. Permanece como símbolo tanto de la concentración como del exterminio, lo cual crea una cierta confusión. Al principio el campo albergaba a polacos, después, a prisioneros de guerra, después, a judíos y a gitanos. Una vez que fueron añadidas las instalaciones letales, algunos de los judíos que llegaban eran seleccionados para el trabajo, obligados a trabajar hasta la extenuación y finalmente gaseados. Por ello, es en Auschwitz donde encontramos el principal ejemplo de la imagen de Arendt de alienación progresiva que desemboca en la muerte. Es una pintura que armoniza con la literatura escrita por los supervivientes de Auschwitz: Tadeus Borowski, Primo Levi, Elie Wiesel. Pero esta secuencia fue excepcional y no refleja el desarrollo habitual del Holocausto, ni siquiera en Auschwitz. La mayoría de los judíos que murieron en Auschwitz fueron gaseados nada más llegar y nunca estuvieron dentro de un campo de concentración. El viaje de los judíos desde el campo a la cámara de gas fue un episodio menor de la historia del complejo de Auschwitz y resulta engañoso como guía de lo que fue el Holocausto o el asesinato de masas en general.

Auschwitz fue realmente una de las grandes sedes del Holocausto: aproximadamente uno de cada seis judíos muertos pereció allí. Pero aunque la factoría de la muerte de Auschwitz fue la última instalación de exterminio que entró en funcionamiento, no era la cumbre de la tecnología de la muerte: los escuadrones de ejecución eran más eficientes y mataban más deprisa, los centros de hambre mataban más deprisa, y Treblinka mataba más deprisa. Auschwitz tampoco fue el lugar principal en el que se sometió a exterminio a las dos comunidades judías más amplias de Europa, la polaca y la soviética. La mayoría de los judíos polacos bajo la ocupación alemana ya habían sido eliminados cuando Auschwitz se convirtió en la principal factoría de la muerte. Cuando las cámaras de gas y los complejos de crematorios de Birkenau entraron en funcionamiento en la primavera de 1943, más de tres cuartas partes de los judíos que fueron víctimas del Holocausto ya habían muerto. Por cierto, la inmensa mayoría de todas las personas asesinadas por los regímenes nazi y soviético, en tomo al noventa por ciento, ya habían muerto cuando las cámaras de gas de Birkenau empezaron su trabajo mortífero. Auschwitz fue la coda de la gran fuga de la muerte. Quizá, como argumentaba Arendt, los asesinatos en masa nazis y soviéticos fueran el síntoma de una disfuncionalidad más profunda de la sociedad moderna. Pero antes de extraer esas conclusiones teóricas sobre la modernidad o sobre

cualquier otra cosa, debemos saber lo que ocurrió en realidad, en el Holocausto y en las Tierras de sangre en general. Por el momento, la época de los asesinatos de masas continúa sobrada de teorías y falta de conocimientos. A diferencia de Arendt, que era una conocedora extraordinaria dentro de los límites de la documentación disponible en su momento, nosotros tenemos pocas excusas para esta desproporción entre teoría y conocimientos. Ahora disponemos de las cifras de muertos, más exactas en unos casos que en otros pero suficientes para hacernos una idea precisa de la acción destructiva de cada régimen. En las políticas que implicaron la eliminación de civiles o de prisioneros de guerra, la Alemania nazi mató a unos diez millones de personas en las Tierras de sangre, quizá a once millones en total; la Unión Soviética de Stalin aniquiló a unos cuatro millones en las Tierras de sangre, y a unos seis millones en total. Si añadimos las muertes previsibles provocadas por la hambruna, la limpieza étnica y las largas estancias en los campos de concentración, la cifra estalinista total asciende a tal vez nueve millones, y la nazi quizá a doce. Estas grandes cifras nunca pueden ser exactas, entre otras cosas porque millones de civiles que murieron como resultado indirecto de la Segunda Guerra Mundial fueron víctimas, de un modo u otro, de ambos sistemas. La región más afectada fueron las Tierras de sangre; según la geografía de nuestros días, San Petersburgo y la franja occidental de la Federación Rusa, la mayor parte de Polonia, los países bálticos, Bielorrusia y Ucrania. Fue allí donde el poder y la malignidad de los regímenes nazi y soviético se solaparon e interactuaron. Las Tierras de sangre son importantes no sólo porque en ellas habitaron la mayoría de las víctimas, sino también porque fueron el centro de las principales políticas de exterminio que afectaron a personas de fuera de esos territorios. Por ejemplo, los alemanes exterminaron a cinco millones cuatrocientos mil judíos. De estos, más de cuatro millones eran nativos de las Tierras de sangre: polacos, soviéticos, lituanos y letones. La mayor parte de los restantes eran judíos de otros países de Europa del Este. El grupo más amplio de víctimas judías de fuera de la región, los húngaros, fueron muertos en las Tierras de sangre, en Auschwitz. Si tenemos también en cuenta a Rumanía y Checoslovaquia, los judíos del este de Europa suman casi el noventa por ciento de las víctimas del Holocausto. Las poblaciones judías del oeste y el sur de Europa, más pequeñas, fueron deportadas para morir en las Tierras de sangre. Al igual que los judíos, las víctimas no judías eran tanto nativas de las Tierras de sangre como trasladadas allí para morir. En sus campos de prisioneros de guerra, así como en Leningrado y otras ciudades, los alemanes mataron de hambre a más de cuatro millones de personas. La mayoría de las víctimas de estas políticas de hambre habían nacido en las Tierras de sangre; pero cerca de un millón eran ciudadanos soviéticos de fuera de la región. Las víctimas de las políticas de asesinato en masa de Stalin vivían a lo largo y ancho de la Unión Soviética, el Estado más vasto de la historia mundial. Aún así, Stalin golpeó más duro en las tierras fronterizas del oeste de la URSS, en las Tierras de sangre. Los soviéticos mataron de hambre a más de cinco millones de personas durante la colectivización, la mayoría en la Ucrania soviética. Los soviéticos registraron en sus archivos la muerte de 681 691 personas durante el Gran Terror de 1937-1938, de las cuales una parte desproporcionadamente grande eran campesinos polacos y ucranianos, dos grupos que habitaban en la Unión Soviética occidental y por tanto en las Tierras de sangre. Estas cifras por sí solas no constituyen una comparación de los dos sistemas, pero son un punto de partida tal vez obligado.[4]

En mayo de 1941 Arendt huyó a Estados Unidos, donde aplicó su formidable formación filosófica alemana a la cuestión de los orígenes de los regímenes nacionalsocialista y soviético. Pocos semanas después de su marcha, Alemania invadió la Unión Soviética. En la Europa de Arendt, la Alemania nazi y la URSS habían crecido por separado y después sellaron una alianza. La Europa de Vasili Grossman, el fundador de otra tradición comparativa, era un continente en el que la Unión Soviética y la Alemania nazi estaban en guerra. Grossman, escritor de ficción convertido en corresponsal de guerra soviético, presencié muchas de las batallas importantes en el frente del Este y fue testigo de todos los crímenes alemanes y soviéticos. Como Arendt, intentó explicarse el asesinato en masa de judíos por parte de los alemanes en términos universales. Para él esto significó, al principio, no una crítica de la modernidad como tal

sino una condena del fascismo y de Alemania. Justo cuando Arendt publicaba su *Orígenes del totalitarismo*, Grossman se libraba de su trasfondo político gracias a su experiencia personal del antisemitismo en la Unión Soviética. A continuación, rompió los tabús del siglo y situó los crímenes de los regímenes nazi y soviético en las mismas páginas y en las mismas escenas de dos novelas cuyo prestigio no ha hecho sino crecer con el tiempo. Grossman no pretendía unificar analíticamente los dos sistemas dentro de un esquema sociológico simple (como el totalitarismo de Arendt) sino despojarlos de sus justificaciones ideológicas y, de este modo, levantar el velo y mostrar la inhumanidad que les era común.

En *Vida y destino* (terminada en 1959 y publicada fuera de la URSS en 1980), Grossman hace que uno de los héroes, una especie de bendito loco, recuerde en un solo suspiro las ejecuciones alemanas de judíos de Bielorrusia y el canibalismo en la Ucrania soviética. En *Todo fluye* (quedó incompleta al morir Grossman en 1964 y fue publicada fuera de la URSS en 1970) utiliza la familiaridad con las escenas de los campos de concentración alemanes para presentar el hambre en Ucrania: «En cuanto a los niños... ¿has visto en los periódicos las fotografías de los niños de los campos de concentración alemanes? Tenían precisamente el mismo aspecto: cabezas pesadas como balas de cañón, cuellos delgados como los de las cigüeñas, y se les veía hasta el último hueso de las piernas y los brazos, cada huesecito y las articulaciones a través de la piel». Grossman retoma la comparación con los nazis una y otra vez, no para provocar controversia sino para establecer una convención.[5]

Como exclama uno de los personajes de Grossman, la clave tanto del nacionalsocialismo como del estalinismo era la capacidad de privar a grupos de seres humanos del derecho a ser considerados como tales. La única respuesta era proclamar una y otra vez que eso no era cierto: los judíos y los kulaks «son personas. Son seres humanos. Ahora veo que todos somos seres humanos». Aquí la literatura trabaja contra lo que Arendt llamó el mundo ficticio del totalitarismo. Las personas pueden ser asesinadas en grandes cantidades, sostiene la autora, porque líderes como Stalin y Hitler son capaces de imaginarse un mundo sin kulaks o sin judíos y después adaptar el mundo, aunque sea de manera imperfecta, a sus visiones. La matanza pierde su peso moral, no porque se oculte sino porque se impregna de la ficción que la provocó. Los muertos pierden su carácter humano: se reencarnan desesperadamente como actores de un drama de progreso incluso cuando, o quizá especialmente cuando, un enemigo ideológico contradice y se opone a ese relato. Grossman sustrajo a sus víctimas de la cacofonía de un siglo e hizo que sus voces fueran audibles dentro de la interminable polémica.

De Arendt y de Grossman proceden dos sencillas ideas. Primero, la comparación legítima entre la Alemania nazi y la Unión Soviética estalinista no sólo debe explicar los crímenes, sino también asumir la humanidad de todos los implicados, incluidas las víctimas, los perpetradores, los que estaban allí y los líderes. Segundo, una comparación legítima debe empezar por la vida antes que por la muerte. La muerte no es una solución, sólo una cuestión. Debe ser una fuente de inquietud, nunca de satisfacción. Sobre todo, no debe proporcionar las florituras retóricas que conducen un relato a un final cerrado. Del mismo modo que la vida da sentido a la muerte, y no al contrario, la pregunta esencial no es qué conclusiones políticas, intelectuales, literarias o psicológicas podemos extraer de los asesinatos en masa. Las conclusiones implican una falsa armonía, un canto de sirena disfrazado de canto de cisne.

La pregunta esencial es: ¿cómo fue posible (cómo es posible) que se infligiera un final violento a tantas vidas humanas?

Tanto en la Unión Soviética como en la Alemania nazi, las utopías se proclamaban, se confrontaban con la realidad y después se realizaban a través del asesinato en masa. Por Stalin, en otoño de 1932, por Hitler, en otoño de 1941. La utopía de Stalin era colectivizar la Unión Soviética en un plazo de entre nueve y doce semanas; la de Hitler era conquistar la Unión Soviética en el mismo periodo de tiempo. Cada una de ellas, en retrospectiva, parece pavorosamente impracticable. Pero ambas fueron realizadas, bajo la cobertura de una gran mentira, incluso después de que su fracaso se hizo obvio. Los muertos

proporcionaron argumentos para justificar la rectitud de las políticas. Hitler y Stalin compartían un cierto estilo de tiranía: provocaban catástrofes, acusaban a un enemigo elegido por ellos y después utilizaban las muertes de millones de personas para demostrar que sus políticas eran necesarias o deseables. Cada uno de ellos tenía una utopía transformadora, un grupo al que acusaban cuando se demostraba la imposibilidad de realizarla y una política de asesinato en masa que podía presentarse como una especie de sucedáneo de victoria.

Tanto en la colectivización como en la Solución Final, el sacrificio de masas era necesario para proteger al líder de errores inaceptables. Cuando la colectivización llevó la resistencia y el hambre a Ucrania, Stalin acusó a los kulaks y a los ucranianos y los polacos. Cuando la Wehrmacht se quedó varada delante de Moscú y Estados Unidos entró en la Segunda Guerra Mundial, Hitler acusó a los judíos. Del mismo modo que los kulaks, los ucranianos y los polacos cargaron con las culpas del retraso en la construcción del sistema soviético, los judíos fueron acusados de impedir su destrucción. Stalin había elegido la colectivización, Hitler, la guerra: pero, para ellos y sus camaradas, era más conveniente trasladar a otros la responsabilidad de las catástrofes asociadas a sus elecciones. La interpretación de Stalin se empleó para justificar la hambruna de Ucrania y, después, el asesinato en masa de los kulaks y los miembros de las minorías nacionales. La interpretación de Hitler sirvió para justificar la ejecución y el gaseado de todos los judíos. Después de que la colectivización matara de hambre a millones de personas, Stalin adujo la masacre como evidencia de una victoria de la lucha de clases. Cuando los judíos eran pasados por las armas y, más tarde, gaseados, Hitler lo presentaba, en términos aún más claros, como un objetivo de guerra en sí mismo. Cuando la guerra estaba perdida, Hitler afirmó que su victoria había sido el asesinato en masa de los judíos.

Stalin tenía la capacidad de reformular las utopías. El propio estalinismo era una retirada: un retroceso respecto al impulso hacia la revolución europea que había inspirado a los bolcheviques en 1917 y un giro hacia la defensa de la Unión Soviética cuando esa revolución no se produjo. Cuando el Ejército Rojo no logró extender el comunismo a Europa en 1920, Stalin tenía un plan alternativo: el socialismo se realizaría en un solo país, la Unión Soviética. Cuando su plan quinquenal para construir el socialismo derivó en una catástrofe, orquestó la muerte de hambre de miles de personas. Pero explicó estos acontecimientos al partido como parte de su política, y cosechó los beneficios como padre implacable de la nación y figura dominante del politburó. Después de lanzar al NKVD contra los kulaks y las minorías nacionales en 1937-1938, explicó que ello era necesario para la seguridad del hogar del socialismo. Después de la retirada del Ejército Rojo en 1941, así como después de su victoria en 1945, apeló al nacionalismo ruso. Cuando empezó la Guerra Fría, acusó a los judíos (y a otros, desde luego) de las vulnerabilidades de la Unión Soviética.

Hitler también sabía revertir las utopías. Las decenas de millones de muertos previstas por el Plan del Hambre y el Generalplan Ost se convirtieron en los millones de muertos de las políticas de hambruna y deportación. Si la guerra forzó un cambio importante en su pensamiento, éste se dio en lo que los nazis llamaban la Solución Final. En lugar de esperar a ganar la guerra para «resolver» el «problema judío», Hitler promovió una política de exterminio durante la guerra misma. El asesinato de judíos experimentó una escalada en julio de 1941, después de un mes de guerra sin resultados decisivos, y volvió a escalar cuando Moscú no cayó en diciembre de 1941. La política de asesinar a determinados judíos se basaba al inicio en la retórica de las necesidades militares y tenía cierta conexión con la planificación económica. Pero la escalada después de que cambiara la situación militar y de que los planes se modificaran o se suspendieran revela que la eliminación de los judíos era para Hitler un fin en sí mismo.

La versión definitiva de la Solución Final no fue concebida, como las improvisaciones de Stalin, para proteger al líder frente a su propio sistema. No se trató tanto de un paso dentro de un plan lógico como de un elemento de una visión estética. Las justificaciones originales para el exterminio de los judíos dieron paso a una especie de conjuro mágico antisemita, siempre presente, contra una conspiración cósmica de los judíos, una lucha que era la genuina definición de las virtudes alemanas. Para Stalin, la lucha política siempre tuvo un significado político. Su logro en ese aspecto fue prácticamente el contrario del

de Hitler: mientras que éste transformó una república en un imperio colonial revolucionario, Stalin tradujo la poética del marxismo revolucionario a una política duradera y cotidiana. El conflicto de clases en la versión de Stalin siempre se expresó públicamente como la línea política soviética; la cadena que unía a su persona con los ciudadanos soviéticos y con los comunistas extranjeros era una cadena lógica. Para Hitler, la lucha era buena por sí misma, y una lucha que destruyera a los judíos debía ser bienvenida. Si los alemanes resultaban derrotados, la culpa sería de ellos mismos.

Stalin era capaz de hacer realidad su mundo ficticio, pero también sabía contenerse si era necesario. Hitler, con la ayuda de hábiles colaboradores como Heinrich Himmler y Reinhard Heydrich, se movía de un mundo ficticio a otro, y arrastró consigo a gran parte del pueblo alemán.

Sólo una aceptación sin prejuicios de las similitudes entre los regímenes nazi y soviético permite comprender sus diferencias. Ambas ideologías se oponían al liberalismo y a la democracia. En ambos sistemas políticos se había invertido el significado de la palabra partido en lugar de ser un grupo en competencia con otros por el poder según unas reglas aceptadas, se convirtió en el grupo que determinaba las normas. La Alemania nazi y la Unión Soviética fueron ambos Estados monopartidistas. En las políticas de los dos Estados el partido desempeñaba un papel dirigente en cuestiones de ideología y de disciplina social. Su lógica política exigía la exclusión de los marginales, y su elite económica creía que ciertos grupos eran superfluos o dañinos. En ambas administraciones, los planificadores económicos daban por sentado a que en el campo había más gente de la necesaria. La colectivización estalinista retiraría a los campesinos superfluos y los enviaría a trabajar a las ciudades o al Gulag. Si se morían de hambre, no tenía mayor importancia. La colonización hitleriana proyectaba matar de hambre y deportar a decenas de millones de personas.[6]

Tanto la economía nazi como la soviética se apoyaban en colectivos que controlaban a los grupos sociales y extraían sus recursos. La granja colectiva, el instrumento de la gran transformación estalinista del campo soviético en los años treinta, fue empleada por las autoridades alemanas de ocupación a partir de 1941. En la Polonia ocupada, en Lituania, en Letonia y en las ciudades soviéticas, los alemanes añadieron un nuevo colectivo: el gueto. Los guetos judíos urbanos, aunque pensados originalmente como lugares de reasentamiento, se convirtieron en zonas de extracción de las propiedades y el trabajo de los judíos. Las autoridades nominales del Judenrat servían usualmente para recoger «contribuciones» y organizar brigadas de trabajo. Tanto los guetos como las granjas colectivas eran administrados por personas del lugar. Tanto el sistema nazi como el soviético construyeron vastos sistemas de campos de concentración. Hitler hubiera empleado los campos soviéticos para los judíos y otros enemigos ostensibles si hubiera podido, pero Alemania no llegó a conquistar suficiente territorio de la Unión Soviética para que ello fuera posible.

Aunque los instrumentos locales de explotación eran semejantes, y a veces los mismos, servían a visiones de futuro distintas. En la visión nacionalsocialista, la desigualdad entre los grupos era algo inherente y deseable. Las desigualdades del mundo, como, por ejemplo, entre una Alemania rica y una Unión Soviética pobre, debían ser multiplicadas. El sistema soviético, cuando se expandió, llevó a otros la visión soviética de la igualdad. No había plan más drástico que éste, y en la práctica fue ciertamente muy drástico. Si el sistema soviético topaba con nómadas, los obligaba a asentarse. Si encontraba campesinos, los obligaba a suministrar comida al Estado. Si tropezaba con naciones, eliminaba a sus clases altas por asimilación, por deportación o por asesinato. Si hallaba sociedades satisfechas, les pedía que abrazaran el sistema soviético como el mejor de los mundos posibles. En este sentido, era un sistema inclusivo. Mientras que los nazis excluían a la mayoría de los habitantes de su imperio de una participación igualitaria en el Estado, los soviéticos incluían casi a cualquiera en su versión de la igualdad.

Stalin, no menos que Hitler, hablaba de liquidaciones y limpiezas. Pero los argumentos de Stalin para la eliminación siempre tenían que ver con una defensa del Estado soviético o con el avance del socialismo. En el estalinismo, el asesinato en masa sólo podía ser o un éxito en la defensa del socialismo o un componente de un relato del progreso hacia el socialismo: nunca una victoria política en sí misma. El estalinismo fue un proyecto de autocolonización, que se expandía cuando las circunstancias lo permitían. En contraste, la colonización

nazi dependía absolutamente de la conquista total e inmediata de un vasto nuevo imperio en el Este, cuya extensión dejaría pequeña a la Alemania de antes de la guerra. Hacía necesaria la destrucción de decenas de millones de civiles como condición previa de la empresa. En la práctica, los alemanes en general mataban a gente que no era alemana, mientras que los soviéticos solían matar a ciudadanos soviéticos.

El sistema soviético fue más letal cuando la URSS no estaba en guerra. Los nazis, por su parte, no mataron a más de unos miles de personas antes de la contienda. Durante la guerra de conquista, Alemania mató a millones de personas más deprisa que ningún otro estado de la historia (hasta el momento).[7]

Desde la distancia del tiempo, podemos elegir entre comparar los regímenes nazi y soviético o no hacerlo. Los cientos de millones de europeos afectados por ambos regímenes no gozaron de ese privilegio.

Las comparaciones entre los líderes y los sistemas empiezan en el momento en que Hitler ascendió al poder. Desde 1933 hasta 1945, cientos de millones de europeos tuvieron que sopesar lo que sabían sobre nacionalsocialismo y estalinismo mientras tomaban decisiones que demasiado a menudo determinaron sus destinos. Esto fue así para los trabajadores desempleados alemanes de principios de 1933, que debieron decidir si votaban a los socialdemócratas, a los comunistas o a los nazis. Fue así, y en la misma época, para los hambrientos campesinos ucranianos, algunos de los cuales anhelaban una invasión alemana que los rescatara de su desgracia. Lo mismo les ocurrió a los políticos europeos de la segunda mitad de la década de 1930 que tuvieron que decidir si entraban o no en los frentes populares de Stalin. Durante esos años, el dilema provocaba gran inquietud en Varsovia, donde los diplomáticos polacos aspiraban a mantener la equidistancia entre sus poderosos vecinos soviético y germano, con la esperanza de evitar la guerra.

Cuando los alemanes y los soviéticos invadieron Polonia en 1939, los oficiales polacos tuvieron que decidir a cuál de los dos enemigos rendirse, y los judíos polacos (y otros ciudadanos polacos) hubieron de decidir si huirían a la otra zona de ocupación. Cuando Alemania invadió la Unión Soviética en 1941, algunos prisioneros de guerra soviéticos sopesaron los riesgos de colaborar con los alemanes frente a la probabilidad de morir de hambre en los campos de prisioneros. La juventud de Bielorrusia tuvo que decidir si unirse a la resistencia soviética o a la policía alemana, antes de que los metieran a la fuerza en una u otra. Los judíos de Minsk tuvieron que elegir en 1942 entre quedarse en el gueto o huir al bosque al encuentro de los partisanos soviéticos. Los comandantes del Ejército Nacional polaco debieron decidir en 1944 si intentarían liberar Varsovia ellos solos o si esperarían a los soviéticos. La mayoría de los supervivientes de la hambruna ucraniana de 1933 experimentaron más tarde la ocupación alemana; la mayoría de los supervivientes de los campos de exterminio alemanes de 1941 regresaron a la Unión Soviética de Stalin; la mayoría de los supervivientes del Holocausto que se quedaron en Europa vivieron también bajo el comunismo.

Estos europeos, que habitaban la zona crucial de Europa en el momento crucial, estaban condenados a comparar. Nosotros tenemos la posibilidad de considerar aisladamente los dos sistemas si lo deseamos; los que vivieron en ellos experimentaron el solapamiento y la interacción de ambos. Los regímenes nazi y soviético fueron aliados en ocasiones, como en la ocupación conjunta de Polonia. A veces compartieron objetivos mientras eran enemigos, como cuando Stalin decidió no ayudar a los rebeldes de Varsovia en 1944, permitiendo así que los alemanes mataran a gente que más tarde se hubiera opuesto al dominio comunista. Esto era lo que François Furet llamaba su «complicidad beligerante». A menudo, alemanes y soviéticos se espoleaban mutuamente en escaladas que costaban más vidas de las que se hubieran llevado las políticas de cada Estado actuando por su cuenta. La guerra de guerrillas fue la ocasión suprema para que cada líder incitara al otro a cometer brutalidades mayores. A partir de 1942. Stalin fomentó las acciones de la guerrilla en la Bielorrusia soviética, sabiendo que eso provocaría represalias masivas contra sus propios ciudadanos. Hitler acogió encantado la oportunidad de «matar a cualquiera que nos mire de reojo».[8]

Durante la Segunda Guerra Mundial, las Tierras de sangre sufrieron no una invasión sino dos o tres según qué zonas, no un régimen de ocupación sino dos o tres. La matanza masiva de judíos empezó cuando los alemanes entraron en territorios que los soviéticos se habían anexionado pocos meses antes, de los

cuales habían deportado a decenas de miles de personas sólo unas semanas antes, y en los que habían pasado por las armas a miles de prisioneros sólo unos días antes. Los Einsatzgruppen alemanes fueron capaces de utilizar la indignación local provocada por el asesinato de prisioneros a manos del NKVD soviético. Los aproximadamente veinte mil judíos muertos durante estos pogromos orquestados significaron sólo una parte muy pequeña, quizá el 0,5 por ciento, de las víctimas del Holocausto. Pero precisamente el solapamiento de los poderes soviético y alemán permitió a los nazis propagar su propia descripción del bolchevismo como una trama judía.

Otros episodios de asesinatos en masa fueron el resultado de esa misma acumulación de los dominios nazi y soviético. En la Bielorrusia ocupada, los bielorrusos se mataban entre sí, unos como policías al servicio de los alemanes y otros como partisanos soviéticos. En la Ucrania ocupada, los policías abandonaban el servicio alemán para pasarse a los grupos de resistentes nacionalistas. Estos hombres mataron después a decenas de miles de polacos y de compatriotas ucranianos en nombre de una revolución social y nacional. Estas situaciones de acumulación podían afectar, y de hecho afectaron, a las vidas de millones de personas que se encontraban a miles de kilómetros de las Tierras de sangre. Multitudes de ciudadanos soviéticos huyeron de las Tierras de sangre hacia el este, al centro del territorio de un Estado soviético mal preparado para acogerlos. Las tasas de mortalidad del Gulag aumentaron de forma drástica durante la guerra como resultado de la escasez de alimentos y de los problemas logísticos asociados con la invasión alemana. En consecuencia, más de medio millón de personas murieron en ellos, víctimas de la guerra y de los dos regímenes. Aun así, el impacto de la ocupación múltiple continuada fue más dramático en los territorios que Hitler concedió a Stalin en el protocolo secreto del pacto de no agresión de 1939, que después le arrebató en los primeros días de la invasión de 1941 y que volvió a perder en 1944. Antes de la Segunda Guerra Mundial, esas tierras eran la Estonia independiente, Letonia, Lituania y el este de Polonia. Aunque estos Estados tenían gobiernos nacionalistas autoritarios y el nacionalismo popular estaba en auge, el número de personas muertas en la década de 1930 por el Estado o en la contienda civil fue de unos miles en todos esos estados en conjunto. Bajo la dominación soviética entre 1939 y 1941, cientos de miles de personas de esa zona fueron deportadas a Kazajistán y a Siberia, y decenas de miles más fueron pasadas por las armas. La región era el territorio central del asentamiento judío en Europa, y los judíos de la zona quedaron atrapados cuando los alemanes invadieron la recién ampliada Unión Soviética en 1941. Casi todos los judíos nativos de la región fueron asesinados. Fue allí donde los partisanos ucranianos realizaron la limpieza étnica de los polacos en 1943, antes de que las fuerzas soviéticas realizaran la limpieza étnica de ucranianos y polacos a partir de 1944. En esta zona, al este de la línea Mólotov-Ribbentrop, fue donde empezó el Holocausto, y donde los soviéticos ampliaron dos veces sus fronteras hacia el oeste. Esta franja especial de territorio dentro de las Tierras de sangre fue el escenario de la mayoría de las persecuciones del NKVD, de más de una cuarta parte de la matanza alemana de judíos, y de la limpieza étnica masiva. La Europa de Mólotov-Ribbentrop fue una producción conjunta de los soviéticos y los nazis. Las transformaciones imaginadas tanto por Hitler como por Stalin eran económicas, y las consecuencias de sus políticas económicas se dejaron sentir más dolorosamente en Tierras de sangre. Aunque las ideologías nacionalsocialista y estalinista fueran esencialmente distintas, los planificadores nazis y soviéticos se ocuparon de los mismos problemas económicos básicos, y los líderes nazis y soviéticos estaban inmersos en la misma política económica mundial y aspiraban a alterarla. La ideología no funciona sin la economía, y en aquella época y en aquellas regiones la economía era sobre todo una cuestión de control del territorio. El trabajo animal y humano todavía movía los arados y los ejércitos. El capital tenía por entonces menos movilidad y era más escaso. La comida era un recurso natural, lo mismo que el petróleo, los minerales y los metales preciosos. La globalización había quedado detenida por la Primera Guerra Mundial, y la Gran Depresión posterior obstaculizó el libre comercio. Desde el punto de vista marxista, las sociedades campesinas no tenían derecho a existir en el mundo moderno. Desde la perspectiva nazi, los campesinos eslavos (pero no los granjeros alemanes) eran superfluos. Los granjeros alemanes reclamarían el suelo fértil con su propio sudor y con la sangre de otros. Estas

eran, desde luego, perspectivas ideológicas: pero, como toda ideología, manifestaban la forma de entender los intereses económicos de la cual procedían. Cuando la teoría se convirtió en práctica, la colonización nazi y la autocolonización soviética sólo podían funcionar si los intereses económicos y los presupuestos ideológicos se confirmaban mutuamente. Los líderes, los planificadores y los asesinos necesitaban ver el oro además de oler la tinta. Las políticas de asesinatos masivos de Hitler y Stalin mostraban tres dimensiones económicas: 1) como componentes de grandiosos planes de transformación política de la economía; 2) como causas de la modulación (ascendente y descendente) de las políticas de asesinatos en masa, y 3) como saqueo a los sometidos, durante y después de las masacres.

En el gran plan de Stalin, la colectivización de la agricultura iba a transformar la Unión Soviética en una potencia industrial, dentro de sus fronteras de entonces. La colectivización trajo la hambruna, que Stalin dirigió conscientemente contra los ucranianos. También contribuyó al Gran Terror, que se dirigió primero contra los campesinos desposeídos que podrían unirse a una potencia extranjera invasora. El gran plan de Hitler venía a ser el inverso. Empezaría con un terror fuera del país que destruiría a la gente que Hitler consideraba los líderes de la Unión Soviética y que derrocaría el régimen. Después, explotaría las granjas colectivas para desviar un excedente de grano hacia Alemania. A largo plazo, crearía un vasto imperio fronterizo gobernado por alemanes, libre de judíos y habitado por una escasa población de eslavos reducidos a la esclavitud. Hitler siempre quiso echar a los judíos de Europa. Pero nunca hubiera gobernado, y nunca hubiera podido matar a los millones de judíos de Polonia, la Unión Soviética y los países bálticos, sin emplear la fuerza militar para realizar su sueño colonial en el Este.

Cuando Hitler y Stalin tuvieron que decidir quién debía sufrir las consecuencias de la escasez, planificada o no, también revelaron sus prioridades ideológicas. Para Stalin, los beneficios de la exportación de grano en 1933 eran más importantes que las vidas de millones de campesinos. Decidió que los campesinos debían morir, y que los que debían morir eran los más numerosos: los habitantes de la Ucrania soviética. El grano que hubiera podido salvarles la vida fue enviado al sur en trenes que pasaban, ante sus ojos con destino, a los puertos del mar Negro. La Wehrmacht se encontró en posesión de gran número de prisioneros soviéticos en otoño de 1941. La mayoría de ellos morirían de hambre y enfermedades asociadas. Pero incluso en los dulag y los stalag, donde la matanza general era la norma, ciertas prioridades eran visibles: los judíos eran ejecutados inmediatamente; los rusos y bielorrusos tenían más probabilidades de que los dejaran morir de hambre, y los de etnia alemana (y después los ucranianos) solían ser seleccionados para el trabajo.

Incluso en la política alemana contra los judíos puede percibirse cierto grado de adaptación a las circunstancias. La intención de Hitler fue siempre la aniquilación de los judíos, y su exterminio fue una política explícita desde finales de 1941. No obstante, incluso una política de destrucción total podía adaptarse a las demandas económicas del momento. En el invierno de 1941, por ejemplo, los judíos de Minsk sobrevivieron porque debían coser abrigos y botas para la acorralada Wehrmacht. Evidentemente no se trataba de un gesto humanitario: Hitler había enviado a su ejército a la guerra sin equipos de invierno, y la necesidad de evitar que los soldados murieran congelados pesó más, de momento, que el imperativo de matar a los judíos. Muchos de estos trabajadores judíos fueron asesinados más adelante. En verano de 1943, el suministro de alimentos parecía más acuciante que el de trabajadores, lo cual fue determinante para la aceleración de la política de gasear a los judíos de la Polonia ocupada. A partir de 1943, el trabajo resultaba más importante que los alimentos, y se permitió vivir a algunos judíos supervivientes, para que se mataran a trabajar en lugar de pasarlos por las armas o gasearlos.

El asesinato en masa permitía el expolio y el ascenso social. Los que obtenían provecho se vinculaban al régimen y, en ocasiones, a su ideología. La deportación de campesinos ricos efectuada en la Unión Soviética en 1930 permitió el robo de sus pertenencias, como ocurrió con la deportación de las élites polacas diez años más tarde. El Gran Terror impulsó las carreras de los cuadros jóvenes del Partido después de que sus superiores fueran ejecutados o deportados. El Holocausto proporcionó casas y pisos a los no judíos. Por supuesto, los propios regímenes también robaban. Los polacos y otros europeos

del Este que se apoderaron de posesiones judías con frecuencia habían perdido antes sus propiedades a manos de los alemanes. Los oficiales polacos de Katyn tuvieron que entregar sus relojes y anillos de boda antes de que los ejecutaran. Los niños alemanes llevaban los calcetines de los niños judíos ejecutados en Minsk, los hombres alemanes usaban los relojes de los judíos muertos en Babii Yar, las mujeres alemanas, los abrigo de piel de las judías muertas en Maly Trastsianets.

Tzvetan Todorov afirmó que «dados los objetivos que se habían fijado, las decisiones de Stalin y de Hitler fueron ¡ay! racionales». Esto no siempre fue cierto, pero sí a menudo. La racionalidad, en el sentido de esta afirmación, que es el mismo estrecho significado que tiene en economía, se refiere solamente a la elección correcta de unos medios para obtener un fin. No tiene nada que ver con el fin en sí mismo, con lo que deseaban lograr los líderes. Los objetivos políticos deben juzgarse aparte y bajo un criterio ético. Las discusiones sobre la racionalidad o la irracionalidad no pueden sustituir a las discusiones sobre lo que está bien y lo que está mal. La atención a la economía de los nazis y de los soviéticos no atenúa la inmoralidad de los crímenes de ambos regímenes. En todo caso, revela una indiferencia compartida por la vida humana tan pavorosa como todos los demás aspectos de sus gobiernos. Los altibajos de las matanzas y el expolio son, como poco, mayores motivos para la condena moral. Las consideraciones económicas no sustituyen una ideología de racismo asesino, sino que confirman e ilustran su poder.[9]

En la colonización, la ideología interactúa con la economía; en la administración, con el oportunismo y el miedo. Tanto en el caso nazi como en el soviético, los periodos de asesinatos en masa coincidieron con un comportamiento entusiasta, o al menos uniforme, de la administración. Lo más parecido a la resistencia interna en el aparato burocrático se dio al principio de la era de los asesinatos masivos en la Ucrania soviética, entre los activistas ucranianos del partido que intentaron informar de la hambruna, y que fueron silenciados rápidamente amenazados con la expulsión del partido, el arresto y la deportación. Algunos de los que al principio se atrevieron a plantear dudas, se convirtieron después en fervientes servidores de las campañas de hambruna. Durante el Gran Terror de 1937-1938 y la primera oleada de matanzas de judíos de 1941, una señal desde arriba impulsaba a los inferiores a matar y, a menudo, a solicitar cupos más elevados de víctimas. Precisamente en ese periodo el NKVD fue sometido a purgas. En 1941, en la parte occidental de la Unión Soviética, los miembros de las SS, como habían hecho los del NKVD pocos años antes, competían entre sí por matar a más personas y demostrar así su competencia y lealtad. Las vidas humanas no significaban más que el momento de satisfacción de un subordinado al informar a su superior.

Sin duda, las SS y el NKVD eran un cierto tipo de élites, seleccionadas especialmente y con formación ideológica. Cuando se empleaba otro tipo de cuadros (policía, soldados, colaboradores locales), a veces se necesitaba algo más que una simple señal desde arriba. Tanto Hitler como Stalin sobresalían en su habilidad de colocar a las organizaciones ante dilemas morales en los que el asesinato en masa parecía el mal menor. Los miembros ucranianos del partido dudaron sobre la requisita de grano en 1932, pero comprendieron que sus carreras y sus vidas dependían de que se alcanzaran los objetivos. No todos los oficiales de la Wehrmacht eran proclives a matar de hambre a los ciudadanos soviéticos; pero cuando se les hizo creer que debían elegir entre los civiles soviéticos y sus propios hombres, tomaron la decisión que parecía inevitable. Entre la población, la retórica de la guerra –o, más exactamente, de la autodefensa preventiva– era convincente; o al menos lo bastante convincente para prevenir la resistencia.[10]

En las décadas posteriores al final de la era de los asesinatos en masa, se ha atribuido buena parte de la responsabilidad a los «colaboradores». El ejemplo clásico de colaboración es el de los ciudadanos soviéticos que sirvieron a los alemanes como policías o guardias durante la Segunda Guerra Mundial, y entre cuyos deberes estaba la matanza de judíos. Casi ninguna de estas personas colaboró por razones ideológicas, y sólo una pequeña minoría tenía motivos políticos discernibles. Sin duda, algunos colaboradores se sintieron motivados por su afinidad política con un régimen ocupante: los nacionalistas lituanos refugiados de la ocupación soviética que los alemanes llevaron consigo a Lituania en 1941, por ejemplo. En la Europa del Este es difícil encontrar

colaboración política con los alemanes que no estuviera relacionada con una experiencia previa del dominio soviético. Pero incluso cuando la política o las ideas significaban algo, el alineamiento ideológico era imposible: los nazis no podían considerar a los no alemanes como a iguales, y ningún nacionalista no alemán que se respetara a sí mismo podía aceptar la pretensión de superioridad racial germana. Lo que se dio a menudo fue una coincidencia de ideología e intereses entre los nazis y los nacionalistas locales en cuanto a destruir la Unión Soviética y (con menos frecuencia) a matar a los judíos. La mayoría de los colaboradores se limitaba a decir lo que se esperaba que dijeran o a callar y hacer lo que les ordenaban.

La policía local al servicio de los alemanes en la Ucrania y la Bielorrusia ocupadas tuvo poco o ningún poder dentro de los regímenes. Se encontraban casi en el último escalón: los judíos, por supuesto, estaban por debajo, lo mismo que los que no eran policías. Pero se hallaban en una situación lo bastante inferior como para que su conducta requiera menos (no más) explicaciones que las de los hombres de las SS, los miembros del partido, los soldados y los policías. Este tipo de colaboración local es tan predecible como la obediencia a la autoridad, si no más. Los alemanes que se negaban a matar judíos no sufrían consecuencias graves. Los habitantes locales que decidían no unirse a la policía o que elegían abandonar sus filas, en cambio, se enfrentaban a riesgos que no amenazaban a los alemanes: hambre, deportación y trabajos forzados. Un prisionero de guerra soviético que aceptaba una oferta alemana de colaboración podía evitar morir de hambre. Un campesino soviético que trabajara para la policía sabía que podría quedarse en casa a cuidar sus cosechas y que su familia no pasaría hambre. Era oportunismo negativo, la esperanza de evitar un destino personal aún peor. La policía judía del gueto ejemplifica una versión extrema del oportunismo negativo, incluso aunque, al final, sus decisiones no salvaran a nadie, ni siquiera a ellos mismos.

Dentro del sistema soviético, la categoría de «colaborador» es más difícil de definir. A diferencia de los alemanes, los soviéticos mataron a un mayor número de civiles durante tiempos de paz que de guerra, y en general no ocuparon territorios demasiado tiempo sin anexionarlos a la Unión Soviética o concederles algún tipo de soberanía formal. Dicho esto, dentro de la Unión Soviética ciertas políticas se presentaban como «campañas» y «guerras». En esta atmósfera, por ejemplo, los activistas ucranianos del partido comunista fueron inducidos a matar de hambre a sus conciudadanos. Llámese o no «colaboración» a la requisita de grano de los hambrientos, se trata de un ejemplo espectacular de un régimen que genera cooperación para con una política de vecinos que matan a sus vecinos. La muerte de hambre es horrible, brutal y larga, y los activistas del partido y los funcionarios locales tuvieron que contemplar y provocar la muerte de personas a las que conocían. Arendt veía las hambrunas de la colectivización como el principio del aislamiento moral, cuando las personas se encuentran inermes ante el poderoso Estado moderno. Como Leszek Kolakowski comprendió, ésa solo era la mitad de la verdad. La implicación de prácticamente todo el mundo en la hambruna, como recolectores y consumidores de alimentos, creó «una nueva especie de unidad moral».[11]

Si las personas hubieran servido a los regímenes solamente siguiendo sus propias preferencias ideológicas la colaboración hubiera sido escasa. La mayoría de colaboradores de los nazis de las Tierras de sangre se habían educado en la Unión Soviética. En la zona al este de la línea Mólotov-Ribbentrop, donde la independencia nacional cedió primero a los soviéticos y sólo después a la dominación alemana, algunas personas colaboraron con los alemanes porque ya habían colaborado con los soviéticos. Cuando la ocupación soviética dio paso a la alemana, los que habían pertenecido a las milicias soviéticas se convirtieron en policías al servicio de los alemanes. Los habitantes locales que habían colaborado con los soviéticos en 1939-1941 sabían que podían redimirse a los ojos de los alemanes matando judíos. Algunos partisanos nacionalistas ucranianos habían servido previamente tanto a los alemanes como a los soviéticos. En Bielorrusia era a menudo la suerte la que decidía si un joven se unía a los resistentes soviéticos o a la policía alemana. Antiguos soldados soviéticos, adoctrinados en el comunismo, trabajaron en las instalaciones de exterminio alemanas. En el otro lado, perpetradores del Holocausto, adoctrinados en el fascismo, se unieron a la resistencia soviética.

Las ideologías también tientan a los que las rechazan. La ideología, cuando el

tiempo o el partidismo la despojan de sus conexiones políticas y económicas, se convierte en una forma de explicación moralizante del asesinato de masas, que sirve para separar cómodamente a las personas que la explican de las personas que matan. Es cómodo ver al perpetrador como alguien que tiene una idea equivocada y que es diferente por esa razón. Es tranquilizador ignorar la importancia de la economía y las complicaciones de la política, factores que podrían compartir los perpetradores históricos y los que más tarde contemplan sus acciones. Es mucho más atractivo, al menos en Occidente en nuestros días, identificarse con las víctimas que entender el entorno histórico que éstas compartieron con los perpetradores y los testigos mudos en las Tierras de sangre. La identificación con las víctimas afirma una separación radical del perpetrador. El guardia de Treblinka que pone en marcha la máquina o el oficial del NKVD que aprieta el gatillo no soy yo, es el que mata a alguien como yo. Pero no está claro si esta identificación con las víctimas ofrece demasiado conocimiento o si esta clase de alienación con respecto a los asesinos es una pose ética. No es nada seguro que reducir la historia a juegos de moralidad nos convierta en seres morales.

Por desgracia, declararse víctima no garantiza que las elecciones éticas sean sólidas. A lo largo de sus carreras, Stalin y Hitler se proclamaron víctimas. Convencieron a millones de personas de que ellas también eran víctimas: de una conspiración internacional capitalista o judía. Durante la invasión alemana de Polonia, un soldado alemán creyó que la mueca de agonía de un polaco demostraba que los polacos sentían un odio irracional hacia los alemanes. Durante la hambruna, un comunista ucraniano se sintió ofendido por los cadáveres de los hambrientos que encontró a la puerta de su casa. Ambos se veían a sí mismos como víctimas. Ninguna guerra importante, ningún acto de asesinato en masa del siglo XX empezó sin una declaración previa de inocencia y victimismo por parte del agresor o el perpetrador. En el siglo XXI asistimos a una segunda ola de guerras agresivas con declaraciones de victimismo, en las que los líderes no sólo presentan a sus pueblos como víctimas sino que hacen referencia explícita a los asesinatos en masa del siglo veinte. La capacidad humana para el victimismo subjetivo es aparentemente ilimitada, y las personas que creen ser víctimas pueden inclinarse a realizar actos de gran violencia. El policía austríaco que disparaba sobre criaturas en Magilov se imaginaba lo que los soviéticos podrían hacerles a sus hijos.

Las víctimas eran personas; una auténtica identificación con ellas implica comprender sus vidas en lugar de sus muertes. Por definición, las víctimas están muertas y no pueden defenderse del uso que se haga de sus muertes. Es fácil usar la muerte de las víctimas para santificar políticas o identidades. Es menos atractivo, pero moralmente más urgente, entender las acciones de los perpetradores. Después de todo, el peligro moral no es que uno pueda convertirse en víctima, sino en perpetrador o en testigo mudo. Resulta tentador decir que un asesino nazi está más allá del ámbito de lo comprensible. Destacados políticos e intelectuales –por ejemplo, Edvard Benes e Ilya Ehrenburg– cedieron a esa tentación durante la guerra. El presidente checoslovaco y el escritor judío soviético justificaban así la venganza contra los alemanes como tales. Los que llamaban a otros subhumanos eran ellos mismos subhumanos. Pero negarle a un ser humano su carácter de tal hace imposible la ética.[12]

Ceder a esa tentación, considerar que otros son inhumanos, es dar un paso hacia la postura nazi, no alejarse de ella. Considerar incomprensibles a otras personas es abandonar la búsqueda de la comprensión y, por tanto, renunciar a la historia.

Expulsar a los nazis o a los soviéticos fuera del ámbito humano o de la comprensión histórica es caer en su trampa moral. Una vía más segura es advertir que sus motivos para cometer asesinatos en masa, aunque nos parezcan repugnantes, tuvieron sentido para ellos. Heinrich Himmler dijo que era bueno ver cien, quinientos o mil cadáveres tendidos unos junto a otros. Lo que quería decir era que matar a otra persona es un sacrificio de la pureza del alma y que tal sacrificio elevaba al asesino a un nivel moral superior. Era una expresión de cierto tipo de devoción. Un ejemplo, si bien extremo, de un valor nazi que no nos es enteramente ajeno: el sacrificio del individuo en nombre de la comunidad. Hermán Göring decía que su conciencia se llamaba Adolf Hitler. Para los alemanes que aceptaban a Hitler como su líder, la fe era muy importante. Difícilmente hubieran podido elegir un peor objeto para su fe, pero su capacidad de creer es

innegable. Gandhi observó que el mal depende del bien, en el sentido de que los que se asocian para cometer malas acciones deben tener fe los unos en los otros y creer en su causa. La devoción y la fe no hacen buenos a los nazis, pero los hacen humanos. Como todo el mundo, tenían acceso al pensamiento ético, incluso aunque el suyo estuviera espantosamente equivocado.[13]

También el estalinismo era un sistema moral además de político, un sistema en el que inocente y culpable eran categorías psicológicas además de legales, y en el que el pensamiento moral era ubicuo. Un joven activista ucraniano del partido comunista que les quitaba la comida a los hambrientos estaba seguro de contribuir de ese modo al triunfo del socialismo: «Creí porque quería creer». La suya era una sensibilidad moral, aunque equivocada. Cuando Margarete Buber-Neumann estaba en el Gulag, en Karaganda, una compañera de reclusión le dijo que «no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos». Muchos estalinistas y sus simpatizantes explicaban las desgracias de las hambrunas y del Gran Terror como necesarias para la construcción de un estado soviético justo y seguro. Las propias dimensiones de la masacre reforzaban la necesidad de esa esperanza. Pero la justificación romántica del asesinato de masas —que el mal del presente, explicado de forma correcta, es el bien del futuro— está equivocada sin más. Tal vez no hacer nada en absoluto hubiera sido mucho mejor. O quizá una política más benigna hubiera alcanzado mejor los fines deseados. Creer que un gran progreso debe ir ligado a un enorme sufrimiento es aceptar una especie de masoquismo esotérico: la presencia del dolor es una señal de algún bien inmanente o emergente. Defender esta forma de razonar es sadismo hermético: si he causado dolor es porque había un propósito más elevado que yo conozco. Como Stalin representaba al politburó que representaba al comité central que representaba al partido que representaba a la clase obrera que representaba a la historia, tenía un derecho especial a decir lo que era históricamente necesario, y ese estatus le permitía* absolverse de toda responsabilidad y echar a otros la culpa de sus errores.[14]

No puede negarse que la muerte de hambre masiva proporciona cierto tipo de estabilidad política. La pregunta debe ser: ¿es ésa la clase de paz que deseamos, o que es deseable? El asesinato en masa vincula a los perpetradores con los que les dieron las órdenes. ¿Es ésa la mejor forma de alianza política? El terror consolida cierto tipo de régimen. ¿Es el tipo de régimen preferible? Matar civiles interesa a cierto tipo de líderes. La cuestión no es si todo esto es históricamente cierto, la cuestión es si es deseable. ¿Son esos líderes buenos líderes? ¿Son esos regímenes buenos regímenes? Si la respuesta es no, la siguiente pregunta es: ¿cómo pueden evitarse esas políticas? Nuestra cultura contemporánea de la conmemoración da por sentado que la memoria evita el asesinato. Si murió tanta gente, resulta tentador pensar que debieron morir por algo de un valor trascendente que puede revelarse, desarrollarse y preservarse a través de la conmemoración política adecuada. Lo trascendente en este caso resulta ser lo nacional. Los millones de víctimas tuvieron que morir para que la Unión Soviética pudiera ganar una gran guerra patriótica, o Estados Unidos una guerra justa. Europa tenía que aprender su lección de pacifismo, Polonia debía tener su leyenda de libertad, Ucrania necesitaba poseer héroes, Bielorrusia tenía que probar su virtud, los judíos tenían que cumplir un destino sionista. Pero todas esas racionalizaciones posteriores, aunque contienen importantes verdades sobre las políticas y las psicologías de las naciones, tienen poco que ver con la memoria como tal. Los muertos son recordados, pero los muertos no recuerdan. Otro tenía el poder y otro decidió cómo debían morir. Y más tarde, otro también decide el porqué. Cuando se extrae significado del asesinato, el riesgo es que más asesinatos aporten más significado. Aquí, tal vez, resida uno de los propósitos de la historia, en algún lugar entre el recuerdo de la muerte y su constante reinterpretación. Sólo una historia de los asesinatos en masa puede unir las cifras y los recuerdos. Sin historia, los recuerdos se vuelven privados, lo cual en nuestros días significa nacionales; y los números se vuelven públicos, que es lo mismo que decir que pasan a ser un instrumento para la competición internacional del martirologio. La memoria es mía y tengo derecho a hacer lo que me plazca con ella; los números son objetivos y debes aceptar mis cálculos te gusten o no. Tales razonamientos permiten al nacionalista darse una palmadita en el hombro con una mano y pegar a su vecino con la otra. Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, y luego otra vez después del comunismo, los nacionalistas de las Tierras de sangre (y de más

allá) han caído en la exageración cuantitativa del número de víctimas, reclamando para sí el manto de la inocencia.

En el siglo XXI, los líderes rusos asocian su país con las cifras más o menos oficiales de víctimas soviéticas de la Segunda Guerra Mundial: nueve millones de bajas militares y entre catorce y diecisiete millones de civiles muertos. Estas cifras han sido muy discutidas. A diferencia de la mayoría de los números citados en este libro, se trata de proyecciones demográficas y no de recuentos. Pero, sean o no correctos, se trata de números soviéticos, no rusos. Sean cuales sean las cifras soviéticas correctas, las rusas deben ser muchísimo menores. Los números soviéticos más altos corresponden a Ucrania, Bielorrusia y los países bálticos. Especial importancia tienen los territorios que ocupó la Unión Soviética en 1939: el este de Polonia, los países bálticos, el noreste de Rumanía. En esos lugares la proporción de muertes fue espantosamente elevada, y muchas de las víctimas no fueron muertas por los alemanes sino por los invasores soviéticos. La cifra más alta de todas corresponde a los judíos; no a los de Rusia, de los cuales sólo murieron unos sesenta mil, sino los de la Ucrania y la Bielorrusia soviéticas (casi un millón) y aquellos cuyas regiones estaban ocupadas por la URSS antes de que los mataran los alemanes (un millón seiscientos mil más).

Los alemanes tal vez asesinaron a tres millones doscientos mil civiles y prisioneros de guerra naturales de la Rusia soviética, una cantidad menor, en términos absolutos, que la de muertos en Ucrania o en Polonia, países mucho más pequeños, cada uno de ellos con una quinta parte de la población de Rusia. Las altas cifras de muertes de civiles rusos que a veces se presentan admiten (si es que son exactas) dos interpretaciones posibles. La primera, que murieron más soldados soviéticos de lo que indican las estadísticas soviéticas, y que estas personas (presentadas como civiles en las estimaciones más elevadas) en realidad eran soldados. La segunda, que estas personas (que se presentan como fallecidas por causa de la guerra en esas estimaciones) no fueron asesinadas directamente por los alemanes sino que murieron de hambre, de privaciones y a causa de la represión soviética durante la guerra. La segunda alternativa sugiere la posibilidad de que murieran de forma violenta más rusos en las tierras controladas por Stalin que en las dominadas por Hitler. Es muy posible que esto sea cierto, aunque la culpa de muchas de las muertes sea compartida.[15]

Consideremos el Gulag. La mayoría de los campos de concentración soviéticos se encontraban en Rusia, muy lejos de la zona ocupada por los alemanes. Unos cuatro millones de ciudadanos soviéticos estaban en el Gulag cuando los alemanes invadieron la Unión Soviética en junio de 1941. Las autoridades soviéticas sentenciaron al Gulag a más de dos millones y medio de conciudadanos durante la guerra. El NKVD estaba en acción en todos los lugares adonde no llegaron los alemanes, incluida la Leningrado sitiada y hambrienta. Entre 1941 y 1943 se registró la muerte de 516 841 internos del Gulag, y es posible que la cifra fuera mayor. Podemos suponer que estos cientos de miles de muertes adicionales no se habrían producido si los alemanes no hubieran invadido la Unión Soviética: pero estas personas no habrían sido tan vulnerables si no hubieran estado en el Gulag. La gente que murió en los campos de concentración soviéticos no puede contarse sencillamente como víctimas de Alemania, incluso aunque la guerra de Hitler acelerase sus muertes.[16]

Otras personas, como los habitantes de la Ucrania soviética, sufrieron más bajo Stalin y Hitler que los habitantes de Rusia. En la Unión Soviética de antes de la guerra, los rusos tenían muchas menos probabilidades de ser alcanzados por el Gran Terror de Stalin (aunque también muchos de ellos lo sufrieron) que los miembros de las pequeñas minorías nacionales, y muchas menos probabilidades de padecer la hambruna (aunque muchos la padecieron) que los ucranianos o los kazajos. En la Ucrania soviética toda la población estuvo bajo la ocupación alemana durante buena parte de la guerra, y las tasas de mortalidad fueron mucho mayores que en la Rusia soviética. Los territorios de la Ucrania actual fueron el centro de las políticas asesinas tanto de Hitler como de Stalin durante la era de los asesinatos en masa. Unos tres millones y medio de personas cayeron víctimas de las políticas asesinas estalinistas entre 1933 y 1938, y otros tres millones y medio perecieron por las políticas alemanas entre 1941 y 1944. Quizá tres millones más de habitantes de Ucrania murieran en combate o como consecuencia indirecta de la guerra.

Aun así, el Estado independiente de Ucrania ha seguido a veces una política de

exageración. En Ucrania, escenario importante tanto de la hambruna de Stalin de 1932-1933 como del Holocausto de 1941-1944, el número de ucranianos muertos en la primera ha sido exagerado hasta superar al número total de judíos muertos en el Holocausto. Entre 2005 y 2009, los historiadores ucranianos vinculados a instituciones estatales repetían la cifra de diez millones de muertos en la hambruna sin ningún tipo de demostración. A principios de 2010, la estimación oficial de muertos en la hambruna descendió a la más discreta cantidad de tres millones novecientos cuarenta mil. Este encomiable (e inusual) ajuste a la baja acercó la postura oficial a la verdad (en un país dividido, el presidente siguiente negó la especificidad de la hambruna ucraniana).[17]

Bielorrusia fue el centro de la confrontación nazi-soviética, y ningún país sufrió más bajo la ocupación alemana. Las pérdidas en tiempo de guerra fueron proporcionalmente mayores que en Ucrania. Bielorrusia, más aún que Polonia, sufrió una decapitación social: primero el NKVD soviético mató a los maestros de escuela como colaboradores de los alemanes en 1942-1943. La capital, Minsk, quedó casi despoblada por los bombardeos alemanes, la huida de los refugiados, el hambre y el Holocausto; después de la guerra fue reconstruida como una metrópolis eminentemente soviética. Pero también Bielorrusia sigue la tendencia general. El veinte por ciento de la población que antes de la guerra habitaba en el territorio bielorruso murió durante la Segunda Guerra Mundial; pero a los jóvenes se les enseña que la proporción no fue de uno de cada cinco habitantes, sino de uno de cada tres. El gobierno actual celebra el legado soviético y niega que el estalinismo fuera letal al tiempo que echa todas las culpas a los alemanes o, más en general, a Occidente.[18]

La exageración no es sólo un fenómeno postsoviético o postcomunista, como revela el caso de Alemania. Sin duda, el reconocimiento alemán del Holocausto es excepcional y paradigmático. Ese no es el problema. La conmemoración alemana del asesinato en masa de judíos es un ejemplo singular de responsabilidad política, intelectual y pedagógica sin ambigüedades, y la fuente más importante de esperanza de que otras sociedades sigan un curso similar. Los periodistas y (algunos) historiadores alemanes han exagerado el número de alemanes muertos durante la guerra y en la evacuación, huida o deportación posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Se siguen citando cifras de uno o incluso dos millones de muertos, sin pruebas.

En el ya lejano 1974 un informe de los archivos de Alemania Occidental situaba en unos cuatrocientos mil el número de alemanes muertos entre los huidos o deportados de Polonia; el informe se eliminó porque las cifras eran demasiado bajas para servir al propósito político de presentar una imagen victimista. El mismo informe estimaba en doscientos mil los alemanes de Checoslovaquia muertos. Según un informe conjunto de historiadores checos y alemanes, esta segunda cifra se había exagerado en un factor de diez. Por tanto, la cifra de cuatrocientos mil alemanes muertos en el éxodo desde Polonia citada en un capítulo anterior quizá deba considerarse un máximo en lugar de un mínimo.

La suerte de los alemanes que huyeron o fueron evacuados durante la guerra fue similar a la de los ciudadanos soviéticos y polacos que, en mayor número, fueron deportados durante y después de la guerra. La experiencia de los alemanes huidos, evacuados y deportados no es, sin embargo, comparable a la de los diez millones de polacos, soviéticos, lituanos y letones, judíos y otros que fueron sometidos a las políticas alemanas de asesinatos en masa. Incluso en sus peores versiones, los horrores padecidos por los alemanes en fuga o durante la deportación no fueron políticas de asesinato en masa en el mismo sentido que las hambrunas planificadas, el Terror y el Holocausto.[19]

La cantidad de polacos afectados fuera de Polonia ha sido subestimada. Ni siquiera los historiadores polacos suelen recordar a los polacos soviéticos que murieron de hambre en el Kazajistán y la Ucrania soviéticos a principios de los años treinta, ni a los ejecutados en el Gran Terror de Stalin a finales de la misma década. Nadie menciona nunca que los polacos soviéticos sufrieron más que ninguna otra minoría nacional europea en los años treinta. Rara vez se cita el sorprendente hecho de que en 1940 el NKVD soviético hiciera más detenciones en la Polonia del este ocupada que en el resto de la URSS. En el bombardeo de Varsovia de 1939 murió más o menos la misma cantidad de polacos que en el de Dresde de 1945. Para los polacos, aquel bombardeo sólo fue el principio de una de las ocupaciones más sangrientas de la guerra, en la que los alemanes mataron a millones de ciudadanos polacos. Sólo durante el levantamiento de Varsovia

murieron más polacos que japoneses en los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki. Un polaco no judío que viviera en Varsovia en 1933 tenía más o menos las mismas probabilidades de sobrevivir hasta 1945 que un judío que viviera en Alemania en 1933. Durante la guerra murieron casi tantos polacos no judíos como judíos europeos fueron gaseados en Auschwitz. Por cierto, en Auschwitz murieron más polacos no judíos que judíos de cualquier país europeo, con excepción de Hungría y la propia Polonia.

Ante el ingreso de Polonia en la Unión Europea, la crítica literaria polaca Maria Janion decía: «A Europa, sí, pero con nuestros muertos». Es importante que sepamos todo lo posible acerca de esos muertos, y también su número. Sin embargo, a pesar de sus tremendas pérdidas, Polonia es otro ejemplo de las políticas de exageración de las cifras de víctimas. Se enseña a los polacos que durante la guerra murieron seis millones de polacos y judíos. Al parecer, esta cifra la afirmó en diciembre de 1946 un destacado estalinista, Jakub Berman, con el propósito político interno de crear un equilibrio aparente entre los polacos y los judíos muertos. La estimación, «rectificada» por él mismo, de cuatro millones ochocientos mil probablemente se acerque más a la verdad, aunque sigue siendo una cifra colosal. Polonia tal vez perdiera en torno a un millón de civiles no judíos ante los alemanes y quizá otros cien mil ante los soviéticos. Acaso otro millón de polacos murieran a causa de malos tratos y como bajas de guerra. Son cifras terriblemente elevadas. El destino de los polacos no judíos fue inconcebiblemente duro en comparación con el de las gentes que sufrieron la ocupación alemana en el occidente de Europa. Aun así, un judío en Polonia tenía quince veces más probabilidades de que lo mataran durante la guerra que un polaco no judío.[20]

Catorce millones de personas fueron asesinadas con premeditación por dos regímenes durante doce años. Es un periodo que apenas empezamos a conocer, y menos aún a entender. Repitiendo cifras exageradas, los europeos dejan sueltos en su cultura millones de fantasmas de personas que nunca existieron. Por desgracia, son espectros con poder. Lo que empieza como una competición de martirologios puede terminar como un imperialismo martiroológico. Las guerras de la antigua Yugoslavia de la década de 1990 empezaron, en parte, porque los serbios creían que en la Segunda Guerra Mundial habían muerto muchos más de sus paisanos de lo que era cierto. Cuando se remueve la historia, los números suben, las memorias se ocultan y el peligro aumenta para todos.

¿Pueden realmente los muertos pertenecer a alguien? De los más de cuatro millones de ciudadanos polacos asesinados por los alemanes, unos tres millones eran judíos. Todos ellos cuentan como ciudadanos polacos, puesto que lo eran. Muchos de ellos se identificaban poderosamente con Polonia; algunas personas que murieron como judías ni siquiera se consideraban a sí mismas como tales. Más de un millón de esos judíos se cuentan también como ciudadanos soviéticos, porque vivían en la mitad de Polonia anexionada por la URSS al principio de la guerra. La mayoría de ese millón vivía en territorios que ahora pertenecen a la Ucrania independiente.

La muchacha judía que grabó una nota a su madre en el muro de la sinagoga de Kovel, ¿pertenece a la historia polaca, a la soviética, a la israelí o a la ucraniana? Ella escribió su nota en polaco; otros judíos que estuvieron en la misma sinagoga y el mismo día escribieron en yiddish. ¿Y qué decir de la madre judía de Dina Pronicheva, que instó a su hija en ruso a que huyera de Babii Yar, que está en Kiev, la actual capital de la Ucrania independiente? La mayoría de los judíos de Kovel y de Kiev, como los de la mayor parte de Europa del Este, no eran ni sionistas, ni polacos, ni ucranianos, ni comunistas. ¿Puede decirse que murieron por Israel, Polonia, Ucrania o la Unión Soviética? Eran judíos, eran ciudadanos polacos o soviéticos, sus vecinos eran ucranianos, polacos o rusos. Pertenecen, de algún modo, a las historias de cuatro países, en la medida en que las historias de esos países sean en realidad diferentes.

Las víctimas dejan atrás a gente que llora por ellas. Los asesinos dejan atrás números. Sumarse a un gran número después de morir es disolverse en un río de anonimato. Figurar a título póstumo en las listas de las competiciones de memorias nacionales, apuntalado por números de los cuales nuestra vida se ha convertido en una parte es sacrificar la individualidad. Es ser abandonado por la historia, porque la historia empieza por la creencia de que cada persona es irrepetible. Con toda su complejidad, la historia es todo lo que tenemos y lo que todos podemos compartir. Por eso, incluso aunque los números sean correctos,

debemos tener cuidado. Los números correctos no bastan. Cada muerte registrada sugiere una vida única, pero no puede sustituirla. Debemos ser capaces no sólo de contar el número de muertos, sino de contar con cada víctima como individuo. La única gran cifra que soporta el escrutinio es la del Holocausto, con sus cinco millones setecientos mil judíos muertos, de los cuales cinco millones cuatrocientos mil fueron exterminados por los alemanes. Pero este número, como todos los demás, no debe verse como 5,7 millones, que es una abstracción que pocos podemos concebir, sino como 5,7 millones de veces uno. Esto no significa una imagen genérica de un judío pasando 5,7 millones de veces por una noción abstracta de la muerte. Significa individuos incontables que sin embargo deben ser contados en medio de la vida: Dobcia Kagan, la chica de la sinagoga de Kovel, y todos los que estuvieron allí con ella, y todos los seres humanos individuales que murieron por ser judíos en Kovel, en Ucrania, en el Este, en Europa.

Las culturas de la memoria se organizan en números redondos, a intervalos de diez; pero, de algún modo, el recuerdo de los muertos es más fácil cuando los números no son redondos, cuando el último dígito no es un cero. Así, dentro del Holocausto, quizá sea más fácil pensar en las 780 863 personas diferentes de Treblinka: las tres del último dígito pueden ser Tamara e Itta Willenberg, cuyas ropas colgaban juntas después de que las gasearan, y Ruth Dorfmann, que fue capaz de llorar con el hombre que le cortó el pelo antes de entrar a la cámara de gas. También sería fácil imaginarnos el uno de los 33 761 judíos ejecutados en Babii Yar: la madre de Dina Pronicheva, por ejemplo, aunque en realidad cada judío muerto allí puede ser ese uno, debe ser ese uno, es ese uno.

Dentro de la historia de los asesinatos de masas de las Tierras de sangre, el recuento debe incluir el millón (un millón de veces uno) de habitantes de Leningrado que murieron de hambre durante el sitio, los tres millones cien mil (tres millones cien mil veces uno) prisioneros de guerra soviéticos muertos por los alemanes en 1941-1944, o los tres millones trescientos mil (tres millones trescientas mil veces uno) campesinos ucranianos a los que mató de hambre el régimen soviético en 1932-1933. Estos números nunca serán conocidos con precisión, pero representan también a individuos: familias campesinas tomando decisiones terribles, prisioneros dándose calor mutuamente en agujeros, niños como Tania Savicheva viendo perecer a sus familias en Leningrado.

Cada una de las 681 692 personas ejecutadas durante el Gran Terror de Stalin de 1937-1938 tenía una historia diferente: las dos del último dígito podían ser Maria Juriewiczzy Stanislaw Wyganowski, el esposo y la esposa que se reunieron «bajo tierra». Cada uno de los 21 892 prisioneros de guerra polacos ejecutados por el NKVD en 1940 estaba en lo mejor de su vida. Los dos del final podrían ser Dobieslaw Jakubowicz, el padre que soñaba con su luja, y Adam Solski, el esposo que escribió acerca de su anillo de bodas el día en que le metieron una bala en el cerebro.

Los regímenes nazi y soviético convirtieron a personas en números, algunos de los cuales sólo podemos conocer aproximadamente, mientras que otros se pueden establecer con bastante precisión. A nosotros los estudiosos nos corresponde buscar esos números y situarlos en perspectiva. A nosotros, como humanistas, nos toca transformar de nuevo esos números en personas. Si no podemos hacerlo, Hitler y Stalin habrán configurado no sólo nuestro mundo, sino también nuestra humanidad.

NÚMEROS Y TÉRMINOS

Catorce millones es el número aproximado de personas muertas por las políticas de asesinato en masa llevadas a cabo por la Alemania nazi y la Unión Soviética en las Tierras de sangre. Defino las Tierras de sangre como los territorios sujetos al poder policial y a las políticas de asesinato en masa asociadas a éste, tanto de Alemania como de la Unión Soviética en algún momento entre 1933 y 1945. Estos territorios coinciden ampliamente con los lugares donde los alemanes exterminaron a los judíos entre 1941 y 1945. En el Este se podría haber incluido una parte mayor o menor de la Rusia soviética, pero la línea definida permite incluir los principales centros de exterminio alemanes así como las tierras soviéticas occidentales golpeadas desproporcionadamente por el terror soviético inicial. Aunque hablo también de los territorios occidentales de la actual Polonia, que pertenecieron a Alemania hasta 1945, no los incluyo en las Tierras de sangre, para mantener la distinción entre asesinato en masa y limpieza

étnica. Hungría también podría haberse incluido, puesto que, tras ser aliada de Alemania durante años, fue ocupada brevemente por los alemanes al final de la guerra y después por los soviéticos. Después de los judíos polacos y soviéticos, los húngaros fueron el tercer mayor grupo de víctimas del Holocausto. Rumanía también podría incluirse en las Tierras de sangre, ya que muchos de sus judíos fueron asesinados, y el país fue ocupado por la Unión Soviética al final de la guerra. Sin embargo, Rumanía fue un aliado de Alemania más que una víctima de la agresión germana, y el asesinato de judíos rumanos fue una política rumana y no alemana; se trata de una historia emparentada, pero distinta. Los ciudadanos yugoslavos sufrieron muchas de las calamidades aquí relatadas, incluidos el Holocausto y las represalias masivas; pero la población judía de Yugoslavia era muy pequeña, y el país no fue ocupado por la Unión Soviética.

Estas cuestiones de geografía política pueden constituir un debate marginal; pero no así la existencia de una zona de Europa en la que se solaparon las potencias soviética y alemana y donde tuvo lugar la inmensa mayoría de las matanzas deliberadas de ambos regímenes. Dicho de otro modo, es indiscutible que la zona comprendida entre el centro de Polonia y Rusia occidental en la que los alemanes exterminaron a los judíos coincide –si no del todo, sí de forma muy significativa– con las regiones donde ya se habían realizado, o se estaban realizando en conjunto, todas las demás políticas de asesinatos en masa alemanas y soviéticas. El exterminio por hambre de Ucrania tuvo lugar dentro de la zona del Holocausto. El exterminio por hambre de los prisioneros de guerra soviéticos también tuvo lugar en esa zona. La mayoría de las ejecuciones soviéticas y alemanas de las élites polacas se produjo dentro de la zona del Holocausto. La mayoría de las «acciones de represalia» alemanas se realizaron dentro de la zona del Holocausto. Una cantidad desproporcionada de las ejecuciones del Gran Terror estalinista se llevaron a cabo dentro de la zona del Holocausto.

Utilizo el término línea Mólotov-Ribbentrop para indicar una importante frontera que recorre las Tierras de sangre de norte a sur. Está línea, que aparece en algunos de los mapas, es la frontera germano-soviética acordada en septiembre de 1939 después de la invasión con junta de Polonia. Fue importante para los ciudadanos polacos, puesto que marcaba el reparto político de la invasión soviética y alemana. Cuando los alemanes traicionaron a sus aliados e invadieron la Unión Soviética en 1941, esta línea adquirió otro significado. Al oeste de la misma, los alemanes retenían a los judíos en guetos; al este, los alemanes empezaron a ejecutar a los judíos en cantidades muy elevadas. El Holocausto empezó con ejecuciones al este de la línea Mólotov-Ribbentrop y se extendió al oeste, donde la mayoría de las víctimas fueron gaseadas.

En la literatura histórica sobre el Holocausto, se suele llamar a las personas al este de la línea Mólotov-Ribbentrop «judíos soviéticos», mientras que las que estaban al oeste se consideran «judíos polacos». Esta descripción es inexacta: en 1939, al inicio de la guerra, había más ciudadanos polacos que soviéticos entre las personas que murieron después al este de la línea. Además, referirse a ellos como «judíos soviéticos» tiende a reforzar una versión de la guerra en la que la invasión y ocupación soviética de sus vecinos occidentales queda totalmente marginalizada y es pasada por alto. Si estas personas eran «judíos soviéticos», se infiere que su patria era la Unión Soviética y que la guerra empezó con la invasión alemana de la Unión Soviética. Pero, en realidad, la guerra empezó con la alianza germano-soviética que destruyó Polonia y dejó a esos judíos dentro de una Unión Soviética ampliada. El empleo del término línea Mólotov-Ribbentrop aunque al principio resulte engorroso, nos permite visualizar una zona muy especial de Europa, cuya población sufrió tres rondas de ocupación durante la Segunda Guerra Mundial: primero soviética, después alemana, después otra vez soviética.

En el muro de una prisión de la Gestapo en Varsovia, un prisionero polaco escribió: «Es fácil hablar de Polonia. Es más difícil trabajar por ella. Aún más difícil es morir. Pero lo más difícil de todo es sufrir por ella». Con pocas excepciones, este estudio trata de la muerte más que del sufrimiento. Su tema son las políticas concebidas para el exterminio y las personas que fueron sus víctimas. En una operación de asesinato en masa, el objetivo es la muerte masiva; un fin en sí mismo o un medio para otros fines. El recuento de catorce millones no es el cálculo completo de toda la muerte que los dominios alemán y soviético llevaron a la región. Es una estimación del número de personas muertas por las políticas de asesinato en masa.

Por lo tanto, en general excluyo del recuento a las personas que murieron de extenuación, de enfermedades o de desnutrición en los campos de concentración o durante las deportaciones, evacuaciones o huidas ante el avance de los ejércitos. También excluyo a los que murieron en los trabajos forzados. No cuento las personas que murieron de hambre como resultado de la escasez provocada por la guerra, ni a los civiles muertos en bombardeos o en otras acciones de guerra. No cuento a los soldados que murieron en los campos de batalla durante la Segunda Guerra Mundial. A lo largo del libro hablo de campos, deportaciones y batallas y ofrezco cifras de bajas, pero éstas no se incluyen en la suma final de catorce millones. Excluyo asimismo los actos de violencia llevados a cabo por terceras partes, claramente motivados, pero no directamente realizados, por la ocupación alemana o la soviética. Tales actos supusieron algunas veces cifras de muertos muy significativas, como la matanza rumana de judíos (unos trescientos mil) o la limpieza étnica nacionalista ucraniana de polacos (al menos cincuenta mil).

Este libro trata de asesinatos en masa antes que de abusos. Es un libro sobre civiles (y prisioneros de guerra) antes que sobre soldados en servicio activo. Con todas estas distinciones y exclusiones no pretendo dar a entender que esas personas no fueran víctimas, directas o indirectas, de los sistemas nazi y soviético. No quisiera minimizar el horror de los campos de concentración alemanes y soviéticos, ni el carácter ase sino de la limpieza étnica, ni la naturaleza represiva de los trabajos forzados, ni la espantosa cantidad de muertes de la guerra. Lo que de seo es poner a prueba la premisa de que el asesinato en masa deliberado y directo por parte de estos dos regímenes en las Tierras de sangre es un fenómeno distinto que merece un tratamiento aparte en la escritura de una historia cuyo tema es el asesinato intencionado de catorce millones de personas a manos de dos regímenes en un breve periodo de tiempo y en ciertas regiones de Europa.

Catorce millones, en todo caso, es una cifra muy elevada. Supera en más de diez millones al número de personas muertas en todos los campos de concentración alemanes y soviéticos (no en los centros de exterminio) juntos durante toda la historia de la Alemania nazi y de la Unión Soviética. Supera en más de dos millones, si las estimaciones actuales de las pérdidas militares son correctas, el número de soldados alemanes y soviéticos muertos en el campo de batalla en la Segunda Guerra Mundial (contando entre estos a los prisioneros de guerra muertos de hambre o ejecutados a consecuencia de las políticas de asesinatos en masa y no caídos en la guerra). Supera en más de trece millones el número de bajas estadounidenses y británicas de la Segunda Guerra Mundial. Supera también en más de trece millones a todas las bajas estadounidenses en todas las guerras libradas por Estados Unidos en el extranjero.

La cantidad de catorce millones de víctimas de políticas deliberadas de asesinato en las Tierras de sangre es la suma de las siguientes cifras aproximadas, que se justifican en el texto y en las notas del libro: 3,3 millones de ciudadanos soviéticos (la mayoría ucranianos) llevados a la muerte por inanición por su propio gobierno en la Ucrania soviética en 1932-1933; trescientos mil ciudadanos soviéticos (la mayoría polacos y ucranianos) ejecutados por su propio gobierno en la parte occidental de la URSS entre las aproximadamente setecientas mil víctimas del Gran Terror de 1937-1938; doscientos mil ciudadanos polacos (la mayoría de etnia polaca) ejecutados por las fuerzas soviéticas y alemanas en la Polonia ocupada en 1939-1941; 4,2 millones de ciudadanos soviéticos (en su mayoría rusos, bielorrusos y ucranianos) obligados a morir de hambre por los ocupantes alemanes en 1941-1944; 5,4 millones de judíos (la mayoría ciudadanos polacos o soviéticos) gaseados o pasados por las armas por los alemanes en 1941-1944; y setecientos mil civiles (la mayoría bielorrusos y polacos) ejecutados por los alemanes en «represalias», principalmente en Bielorrusia y en Varsovia en 1941-1944.

En general, estas sumas son totales de recuentos hechos por los propios alemanes y soviéticos, complementados con otras fuentes, y no estimaciones estadísticas de bajas basadas en los censos. En consecuencia, mis recuentos son a menudo más bajos (aunque resulten pasmosamente elevados) que otros que aparecen en la literatura. El principal caso en el que me apoyo en estimaciones es el de la hambruna en la Unión Soviética, donde no hay datos suficientes para un recuento, por lo que presento una cifra basada en los números de cálculos demográficos y estimaciones contemporáneas. Una vez más, mis cálculos son moderados.

En un tema como éste hay que tener cuidado con el empleo de los términos y con sus definiciones. Existe una diferencia notable, en general poco observada, entre Solución Final y Holocausto. El primero era el término general que usaban los nazis para aludir a su intención de des hacerse de los judíos de Europa. Durante gran parte del periodo en que se empleó, se refería a uno de los cuatro planes de deportación, todos los cuales fueron finalmente descartados. En algún momento de la segunda mitad de 1941, Hitler refrendó el método del asesinato en masa para eliminar a los judíos de Europa, y dio a conocer su decisión en diciembre de ese año. Fue en este punto cuando la Solución Final pasó a ser entendida como el asesinato masivo de los judíos por los alemanes. El término Holocausto se introdujo después de la guerra y, en la década de los noventa se entendía en general (aunque de ningún modo siempre) como el asesinato en masa de judíos por los alemanes.

En este libro, el término Holocausto significa la última versión de la Solución Final, la política alemana de eliminar a los judíos exterminándolos. Aunque Hitler ciertamente deseaba sacar a los judíos de Europa antes mediante una Solución Final, el Holocausto por definición empieza en verano de 1941 con la ejecución de mujeres y niños judíos en la Unión Soviética ocupada. El término Holocausto se emplea a veces de otras dos maneras: para denominar todas las políticas asesinas de los alemanes durante la guerra, o para referirse a toda opresión de los judíos por parte del régimen nazi. En este libro, Holocausto significa el asesinato de los judíos en Europa efectuado por los alemanes con armas y gas entre 1941 y 1945.

He evitado usar el término Holodomor para nombrar la hambruna provocada por Stalin en Ucrania, no porque sea menos preciso que Holocausto, sino simplemente porque es menos familiar para los lectores. Empleo Gran Terror para aludir a las ejecuciones masivas y acciones de deportación soviéticas de 1937 y 1938, las más importantes de las cuales fueron las operaciones contra los kulak y contra las nacionalidades.

Prefiero asesinato de masas a genocidio por varias razones. El término genocidio fue acuñado por el abogado internacionalista polaco judío Rafal Lemkin en 1943. Con energía y persistencia prodigiosas, logró que se incluyera en la legislación internacional. Bajo los términos de la Convención sobre la Prevención y Castigo del Crimen de Genocidio, adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1948, el genocidio consiste en «actos cometidos con la intención de destruir, en todo o en parte, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso como tal». Se enumeran cinco formas de genocidio: «asesinar a miembros del grupo»; «causar daños corporales o mentales graves a miembros del grupo»; «infligir al grupo de forma deliberada condiciones de vida calculadas para provocar su destrucción física total o parcial»; «imponer medidas destinadas a impedir los nacimientos dentro del grupo», y «transferir a la fuerza a niños de este grupo a otro grupo». Este instrumento legal ha permitido que se realizaran juicios, aunque sólo recientemente. No obstante, el término genocidio tiene limitaciones como guía para la interpretación moral e histórica.

La palabra genocidio provoca controversias inevitables e insolubles. Se basa en la intención del perpetrador en dos puntos: «intención de destruir» a cierto grupo «como tal». Puede argumentarse que las políticas de asesinato en masa no fueron genocidio, porque los que las dictaron tenían otra «intención», o porque su finalidad era matar, pero no a un grupo específico «como tal».

Aunque, de hecho, el término genocidio tiene una amplia aplicación, a menudo se piensa como referido tan solo al Holocausto. Las personas relacionadas con las víctimas de crímenes pasados quieren que estos sean definidos como genocidio, con la idea de que reciban el mismo tipo de reconocimiento que se concede al Holocausto. En cambio, las personas relacionadas con Estados que perpetraron un genocidio se oponen al término con gran energía, porque creen que su aceptación sería tanto como reconocer la participación en el Holocausto. Así, por ejemplo, el gobierno turco se opone a la clasificación de genocidio del asesinato masivo de un millón o más de armenios durante la Primera Guerra Mundial.

Un último problema surge de una conocida modificación política de la definición. Los soviéticos se aseguraron de que el término genocidio, contra la intención de Lemkin, no incluyera a los grupos políticos o económicos. Así, la hambruna en la Ucrania soviética puede ser presentada como algo menos genocida, porque su objetivo fue una clase, los kulaks, así como una nación, los ucranianos. El propio Lemkin consideraba la hambruna ucraniana como genocidio. Pero desde que

los autores de la política de hambruna modificaron la definición del término, la cuestión ha sido polémica. Es de agradecer que dispongamos de un instrumento legal sobre el genocidio; sin embargo, no debemos olvidar que en la elaboración del estatuto sobre este crimen participaron algunos de los criminales. O, para decirlo de manera menos moralista: todas las leyes surgen de un entorno político determinado y lo reflejan. No siempre es deseable exportar las políticas del momento a la historia de otro momento.

Al final, los historiadores que tratan sobre el genocidio acaban respondiendo a la pregunta de si un determinado hecho puede calificarse como tal y, de este modo, terminan clasificándolo en lugar de explicarlo. Las explicaciones toman forma semántica o jurídica o política. En todos los casos tratados en este libro, a la pregunta: «¿Fue esto un genocidio?», se puede responder: «Sí, lo fue». Pero eso no nos lleva muy lejos.

Los pueblos de las Tierras de sangre se movían en un mundo de enorme complejidad lingüística. La mayoría de las víctimas de las que hemos hablado sabían o tenían contacto regular con dos o más idiomas, y muchos de ellos eran bilingües o trilingües. Las historias que abarcan amplias regiones de Europa implican problemas de transliteración, ya que hay que transcribir las palabras de idiomas escritos en alfabetos no latinos. La dificultad no está en los idiomas como el francés, alemán, polaco o checo, que se escriben en alfabeto latino con la adición de signos diacríticos más o menos familiares. Pero el yiddish y el hebreo se escriben con caracteres hebreos, y el bielorruso, ruso y ucraniano usan el alfabeto cirílico.

Hay diversos sistemas de transliteración en cada uno de estos idiomas, cada uno con sus ventajas y desventajas. Para empeorar las cosas, muchas de las personas y lugares de los que se habla en estas páginas eran conocidos con nombres diferentes en idiomas diferentes escritos en alfabetos distintos. Por ello, puede haber una docena de formas correctas de escribir el nombre de un judío de Ucrania. Para muchos lectores, las gentes y los lugares de los que trata este libro ya serán lo bastante poco familiares sin la dificultad añadida de transliteraciones demasiado elaboradas. El riesgo de intentar ser demasiado precisos es que las personas y los lugares pueden volverse exóticos en exceso. En general he escrito los nombres en formas más simples y familiares de lo que exigiría una perfecta transliteración. Escribo los apellidos rusos terminados en una doble ii de esa manera precisamente, en parte porque de este modo los lectores podrán apreciar la diferencia entre los apellidos rusos (acabados en ii), los ucranianos (acabados en yi) y los polacos (acabados en i). Suelo poner los nombres de las ciudades en una forma familiar en nuestro idioma, si la hay; por ejemplo, Varsovia en lugar de Warszawa, o Kiev en lugar de Kyïv.[1] Todas las ciudades tuvieron una grafía distinta para habitantes distintos en una época concreta; y en épocas diferentes cayeron bajo distintos gobernantes con toponimias oficiales distintas. Tiendo a favorecer las grafías corrientes en nuestro idioma, con alguna excepción, cuando parece más razonable otra transcripción. Las ciudades de la Unión Soviética tienden a cambiar de nombre: empleo las denominaciones que se usaban en la época. Así, el terror y la hambruna azotaron Stalino (no Donetsk) en la década de 1930, y el Sexto Ejército alemán fue destruido en Stalingrado (no en Volgogrado) en 1942. Intento mantener el mismo nombre para las ciudades en todo el libro, aunque en ciertos casos en los que los límites se desplazaron y las poblaciones fueron trasladadas (Lwów/Lvov, Wilno/Vilna), esto hubiera sido una distorsión. En las citas, doy el nombre del autor tal como aparece en el libro citado, incluso aunque ello signifique que los nombres de algunos autores aparezcan escritos de formas distintas en citas diferentes. Todas éstas son cuestiones opinables; los lectores con experiencia en estos problemas comprenderán la imposibilidad de evitar ciertos compromisos. Las traducciones, excepto si se indica lo contrario, son mías.

RESUMEN

Los asesinatos en las Tierras de sangre adoptaron cinco formas. Primero, Stalin emprendió la modernización a través de la colonización de la Unión Soviética. Los soviéticos crearon un vasto sistema de campos de trabajo conocido como el Gulag, colectivizaron la agricultura y construyeron fábricas, minas y canales. Cuando la agricultura colectivizada condujo al hambre, se acusó de ello a determinados grupos, en primer lugar a los ucranianos. Más de cinco millones de

personas murieron de hambre en la Unión Soviética a principio de los años treinta, la mayoría de ellos en la Ucrania soviética. El hambre fue causada por la agricultura colectiva, pero la hambruna letal fue obra de la política. Después, los soviéticos efectuaron una retirada hacia el terror. En el Gran Terror de 1938 y 1939, el gobierno soviético identificó a los campesinos, las víctimas de la colectivización, como la principal amenaza contra el poder de la URSS. Los que habían sobrevivido al hambre fueron pasados por las armas. Al mismo tiempo, el gobierno soviético definió a ciertas minorías como enemigas. Casi setecientas mil personas aparecen en los archivos como ejecutadas en el Terror, aunque el verdadero número puede ser algo mayor. Una parte desproporcionadamente alta de ellas eran trabajadores agrícolas y polacos soviéticos.

En 1939, los soviéticos y los alemanes invadieron Polonia de manera conjunta y llevaron a cabo una política de desilustración. Razonando desde ideologías diferentes, pero extrayendo conclusiones similares, alemanes y soviéticos mataron a unos doscientos mil ciudadanos polacos entre 1939 y 1949, con una proporción excesiva de personas instruidas que representaban la cultura europea y que hubieran podido liderar la resistencia. Cuando los soviéticos ejecutaron a los 21 892 oficiales polacos y otros en Katyn y otros cuatro lugares en primavera de 1940, imitaban una campaña de asesinatos alemana que se estaba llevando a cabo al mismo tiempo. Los soviéticos y los alemanes deportaron además en esa época a alrededor de un millón de ciudadanos polacos, que fueron a engrosar los sistemas de campos alemanes y soviéticos. Los alemanes encerraron a los judíos polacos en guetos, con la previsión de deportarlos a todos. Decenas de miles de judíos murieron de hambre y enfermedades cuando los guetos se convirtieron en campos de trabajo improvisados.

Después de que los alemanes rompieran la alianza e invadieran la Unión Soviética en junio de 1941, los dos países enemigos mataron civiles siguiendo un esquema de complicidad beligerante. En la Bielorrusia soviética ocupada por los alemanes, los soviéticos estimularon la actividad de la resistencia y los alemanes ejecutaron a más de trescientas mil personas en respuesta. Estos asesinatos masivos tuvieron poco que ver con las represalias en el sentido convencional del término. Al final, los alemanes ejecutaban a las mujeres y niños bielorrusos porque eran un estorbo, y se llevaban a los hombres como trabajadores esclavos. En Varsovia, las fuerzas soviéticas estimularon primero un levantamiento polaco y después contemplaron, sin implicarse, cómo los alemanes mataban a más de cien mil polacos y destruían la ciudad.

Hitler concibió una desmodernización colonial de la Unión Soviética y de Polonia que hubiera costado decenas de millones de vidas. El gobierno nazi consideraba que la frontera del este debía ser despoblada y desindustrializada para después convertirse en el dominio agrícola de los amos alemanes. Esta visión constaba de cuatro partes. Primero, el estado soviético caería después de una victoria relámpago en verano de 1941, igual que se había hundido el estado polaco en verano de 1939, dejando a los alemanes con el control completo de Polonia, Bielorrusia, Ucrania, Rusia occidental y el Cáucaso. Segundo, un Plan de Hambre mataría de inanición a unos treinta millones de habitantes de esas tierras en el invierno de 1941-1942, cuando los alimentos se desviarían a Alemania y a Europa occidental. Tercero, los judíos de la Unión Soviética que sobrevivieran a la hambruna, junto con los judíos polacos y otros judíos bajo dominio alemán, serían eliminados de Europa en una Solución Final. Cuarto, un Generalplan Ost preveía la deportación, asesinato, esclavización o asimilación de las poblaciones restantes y el asentamiento en el este de Europa de colonos alemanes durante los años posteriores a la victoria. El espacio vital de los alemanes sería el espacio mortal de los demás.

Cuando la Unión Soviética se defendió y no fue posible una victoria relámpago, Hitler y los líderes alemanes adaptaron los tres planes restantes a la nueva situación y mataron a unos diez millones de personas, menos de las originalmente planeadas. Se abandonó el Plan de Hambre en su concepción inicial y se aplicó sólo a zonas bajo el control alemán. En consecuencia, un millón de personas fueron exterminadas por el hambre en la Leningrado sitiada, y más de tres millones de prisioneros de guerra soviéticos murieron de hambre y abandono. Al continuar la guerra, los alemanes empezaron a usar a los prisioneros como trabajadores forzados en lugar de dejarlos morir de hambre. El gran esquema colonial del Generalplan Ost no podía llevarse a cabo sin una victoria total y

ésta no estaba a la vista. Se probó en áreas de la Polonia ocupada, donde se deportó a los polacos con el fin de crear espacio para las colonias raciales alemanas. Su concepto esencial también se hizo visible en la decisión alemana de destruir físicamente la ciudad de Varsovia en respuesta al levantamiento del verano de 1944. Tanto en el caso del Plan de Hambre como en el del Generalplan Ost, los planes de asesinato en masa hubieron de ser reducidos y aplazados. La meta general de la colonización nunca fue abandonada.

La Solución Final, en cambio, se ejecutó hasta donde fue posible. En su versión original debía tener efecto después de la guerra. Cuando, en la segunda mitad de 1941, se hizo evidente que la guerra no marchaba según lo planeado, Hitler dejó claro su deseo de que la Solución Final se realizara de inmediato. Por entonces ya se habían propuesto cuatro versiones de una Solución Final por deportación, que se descartaron por impracticables. La invasión de la Unión Soviética y su fracaso mostraron la forma en que se podía sacar a los judíos de Europa:

mediante el asesinato en masa. Los Einsatzgruppen, dedicados en su origen a eliminar enemigos políticos, fueron usados para ejecutar a los judíos.

Batallones de la Policía del Orden alemana cuya misión original era patrullar la Unión Soviética conquistada se emplearon en acciones de asesinato masivas. Para diciembre de 1941, cuando Hitler manifestó que esperaba que todos los judíos bajo control alemán fueran exterminados, se disponía de una nueva técnica de asesinato en masa. La asfixia por monóxido de carbono, utilizada primero en un programa de «eutanasia», se adaptó para su uso en camionetas de gas en la Unión Soviética ocupada, y después en instalaciones permanentes en la Polonia ocupada. Al campo de trabajo de Auschwitz se le añadió una factoría de la muerte donde se utilizaba cianuro de hidrógeno el lugar de monóxido de carbono como agente letal. Los judíos de la Polonia ocupada, ya agrupados en guetos con vistas a la deportación, fueron enviados a Bełżec, Sobibor, Chelmo, Treblinka, Auschwitz y Majdanek, donde los gasearon.

AGRADECIMIENTOS

La escritura es soledad con gratas interrupciones. El placer de terminar un libro es dar las gracias a los que ayudaron a darle forma.

Krzysztof Michalski y Klaus Nellen, del Institut für die Wissenschaften von Menschen me obligaron a concretar la idea original. Gracias a los talleres organizados por el instituto, dentro del proyecto

«Europa unida/Memoria dividida», pude disfrutar de la compañía de varias docenas de historiadores destacados, en encuentros en Viena y en la universidad de Yale.

Escribí el borrador del manuscrito en Yale, mi hogar académico, en compañía de colegas que pusieron muy alto el nivel de exigencia; después reescribí el libro durante una estancia en el IWM que fue productiva gracias a los esfuerzos de su personal, especialmente de Susanne Froeschl, Mary Nicklas y Marie-Therese

Porzer. Debo dar las gracias a Yale por mi año sabático, y especialmente a la consideración mostrada por Laura Engelstein como directora del departamento de Historia. Ian Shapiro y el Centro Macmillan de Yale respaldaron mi investigación. La competencia y cariño de Marcy Kaufman y Marianne Lyden me permitieron compaginar las obligaciones administrativas de Yale con la investigación y la enseñanza.

Durante la concepción y redacción de este libro, tuve la suerte de estar rodeado de generosos y dotados alumnos de posgrado de Yale. Algunos de ellos tomaron parte en exigentes seminarios sobre los temas del libro, y todos ellos leyeron capítulos del borrador o discutieron el libro conmigo. Agradezco su trabajo, su franqueza, su buen humor y su compañía intelectual. Gracias especiales a Jadwiga Biskupska, Sarah Cameron, Yedida Kanfer, Kathleen Minahan, Claire Morelon y David Petrucelli. Los estudiantes y yo no hubiéramos podido realizar los seminarios, y yo no habría podido hacer la investigación para este libro, sin las maravillosas colecciones de la biblioteca Sterling Memorial de Yale y sin la asistencia de Tatjana Lorkovic y William Larsh, de la Sala de Lecturas Eslavas de la biblioteca. Dos estudiantes sobresalientes de Yale, por entonces aún no graduados, Beth Reisfeld y Andrew Koss, también me ayudaron con aspectos de la investigación. No puedo imaginarme Yale, y menos aún abordar un proyecto como éste en New Haven, sin Daniel Markovits, Sarah Bilston, Stefanie Markovits y Ben Polak.

Varios amigos y colegas postergaron sus propios trabajos para beneficiarme leyendo capítulos del mío. Entre ellos se encuentran Bradley Abrams, Pertti

Ahonen, Pavel Barsa, Tina Bennett, David Brandenberger, Archie Brown, Christopher Browning, Jeff Dolven, Ben Frommer, Olivia Judson, Alex Kay, Ben Kiernan, Hiroaki Kuromiya, Mark Mazower, Wolfgang Mueller, Stuart Rachels, Tilomas W. Simons jr., Will Sulkin, Adam Tooze, Jeffrey Veidlinger, Lynne Viola, Iryna Vushko, Robert Jan Van Pelt y Anna Cienciala. Dieter Pohl y Wendy Lower leyeron partes considerables del manuscrito. Nancy Wingfield fue tan amable de leer y comentar un borrador completo. Lo mismo hizo Marci Shore, un ejemplo de erudición humana al que me gustaría poder llegar a compararme. No hay que decir que los lectores no siempre estuvieron de acuerdo con mis interpretaciones. Las críticas ayudaron enormemente al manuscrito; la responsabilidad por sus defectos es mía.

Desde el principio del proyecto hasta su conclusión, Ray Brandon aportó con regularidad su conocimiento bibliográfico superior y su vigoroso espíritu crítico. Timothy Garton Ash me ayudó a clarificar mis propósitos en puntos importantes. Mientras redactaba el borrador del libro, hablaba cada semana con Tony Judt en relación con otro de esos puntos. Esto modificó mis ideas en cuanto a temas como el Frente Popular y la Guerra Civil española. Una década de acuerdos y des acuerdos con Omer Bartov, Jan Gross, y Norman Naimark han afinado mi visión de un cúmulo de cuestiones. Durante años he aprendido mucho de las conversaciones con Piotr Wandycz, mi predecesor en Yale. El curso de historia de Europa del Este que impartí con Ivo Banac en Yale amplió mis conocimientos. Tuve que regresar a los problemas básicos del marxismo que había percibido anteriormente cuando estudiaba como alumno de Mary Gluck (y Chris Muriello) en Brown, estudios que continué en Oxford con el fallecido Leszek Kolakowski. No perseveré en el estudio de la economía, como John Williamson me aconsejó hace mucho, pero a él le debo gran parte de las intuiciones y conocimientos de economía que he podido conservar. Mi abuela, Marianna Snyder me habló de la Gran Depresión, y mis padres, Estel Eugene Snyder y Christine Hadley Snyder, me hicieron reflexionar sobre la economía agrícola. Mis hermanos, Philip y Michael, me ayudaron a enmarcar la introducción.

Este libro se nutre de la investigación desarrollada en diversos archivos a lo largo de muchos años. Buena parte de la reflexión que contiene surgió también en los archivos. Los archiveros de las instituciones mencionadas en la bibliografía son acreedores de mi agradecimiento. Al hablar de los archivos de Europa del Este a menudo hablamos de los que están cerrados: los historiadores saben que hay muchos archivos abiertos y que debemos nuestro trabajo productivo a quienes los mantienen así. Este estudio ha exigido lecturas en alemán, polaco, ruso, ucraniano, bielorruso, yiddish, checo, eslovaco y francés, además de inglés, y un conocimiento de los debates entre las principales historiografías, sobre todo la alemana. Sin duda se hubiera beneficiado de otras lenguas que no sé leer. Los amigos que me ayudaron con los idiomas que leo saben quiénes son y lo que les debo. Vaya mi agradecimiento especial a dos excelentes profesores de idiomas, Volodymyr Dibrova y Kurt Krottendorfer. Desde un principio, Mark Garrison y el difunto Charles William Maynes me recalcaron la importancia de aprender idiomas y de asumir riesgos. En Europa del Este, Milada Anna Vachudová me enseñó algunas coincidencias. Stephen Peter Rosen y el difunto Samuel Huntington me animaron a continuar estudiando idiomas y a profundizar mis contactos con Europa del Este, y me dieron el apoyo que necesitaba. Fue en Harvard donde me convertí en historiador de la región, algo distinto a ser historiador de alguno de sus países: este libro es complementario del que escribí allí.

Las fuentes y la inspiración para esta obra proceden de otras muchas direcciones. Karel Berkhoff, Robert Chandler, Martin Dean y Grzegorz Motyka tuvieron la bondad de permitirme leer trabajos no publicados; Dariusz Gawin me remitió a obras olvidadas sobre el levantamiento de Varsovia, Gerald Krieghofer localizó artículos de prensa importantes. Rafal Wnuk fue tan amable de hablar conmigo acerca de la historia de su familia. El fallecido Jerzy Giedroyc, Ola Hnatiuk, Jerzy Jedlicki, Kasia Jesień, Ivan Krastev, el difunto Tomasz Merta, Andrzej Paczkowski, Oxana Shevel, Román Szporluk y Andrzej Waskiewicz me ayudaron a hacer algunas de las preguntas correctas. Fue muy instructivo, como siempre, pensar con detalle en los mapas con Jonathan Wyss y Kelly Sandefer, de Beehive Mapping. Steve Wasserman, de Kneerim and Williams me ayudó con el título y el proyecto del libro, y su reseña me dio ocasión de reflexionar sobre algunos aspectos. Agradezco el trabajo de Chris Arden, Ross Curley, Adam Eaglin, Alex Littlefield, Kay Mariea, Cassie Nelson y Brandon Proia, de Perseus Books.

Aprendí mucho de lo que ha sido necesario para concebir y escribir este libro de Lara Heimert, de Basic Books.

Carl Henrik Fredriksson me invitó a dar una conferencia en el congreso Eurozine en Vilna sobre la divergencia entre la memoria y la historia con respecto a los asesinatos en masa. Roberte Silvers me ayudó a atemperar los argumentos de esa conferencia en el ensayo que surgió de la misma y que plantea el problema que este libro intenta resolver. Él y sus compañeros de New York Review of Books publicaron además, en 1995, un artículo de Norman Davies que atrajo mi atención sobre algunos de los defectos de los enfoques previos de los problemas tratados en este libro.

Conferencias y seminarios celebrados en el Museum of Jewish Heritage de Nueva York, el Stiftung Genshagen, la Universidade Católica Portuguesa de Lisboa, el Foro Centroeuropeo de Bratislava, el Deutsches Historisches Institut de Varsovia, el Instytut Bałorego de Varsovia, el Forum Einslein de Berlín, el Forum för Levande Historia de Estocolmo, el Kreisky Forum de Viena, la universidad de Harvard, la universidad de Columbia, la universidad de Princeton, el Birkbeck College de Londres y la universidad de Cambridge constituyeron excelentes oportunidades para poner a prueba las conclusiones. Los encuentros dan lugar a intercambios: pienso en la observación de Eric Weitz sobre comparaciones implícitas y explícitas, en la noción de economía de la catástrofe de Nicholas Stargardt y en la buena disposición de Eric Hobsbawm de proponer comparaciones en Londres y en Berlín.

Recuerdo con gratitud estos y muchos otros momentos de contacto.

BIBLIOGRAFÍA

Archivos (y abreviaturas usadas en las notas)

AAN

Archiwum Akt Nowych

Archivo de Nuevos Archivos, Varsovia

AMP

Archiwum Muzeum Polskiego

Archivo del Museo Polaco, Londres

AVPRF

Arkhiv Vneshnei Politiki Rossiiskoi Federatsii

Archivo de Política Exterior de la Federación Rusa, Moscú

AW

Archiwum Wschodnie, Ośrodek Karta

Archivo del Este, Instituto Karta, Varsovia

BA-MA

Bundesarchiv-Militärarchiv

Bundesarchiv, Archiv Militar, Friburgo, Alemania

CAW

Centralne Archiwum Wojskowe

Archivo Central Militar, Rembertów, Polonia

DAR

Derzhavnyi Arkhiv Rivnens'koï Oblasti

Archivo Estatal del Óblast de Rivne, Ucrania

FVA

Archivo videográfico Fortunoff de Testimonios del Holocausto, Universidad de Yale, New Haven, Connecticut

GARF

Gosudarstvennyi Arkhiv Rossiiskoi Federatsii

Archivo Estatal de la Federación Rusa, Moscú

HI

Archivo del Instituto Hoover, Universidad de Stanford, California

IfZ(M)

Institut für Zeitgeschichte, München

Instituto de Historia Contemporánea, Múnich

IPN

Instytut Pamięci Narodowej

Instituto de la Memoria Nacional, Varsovia

OKAW

Ośrodek Karta, Archiwum Wschodnie

Instituto Karta, Archivo del Este, Varsovia

SPP

Studium Polski Podziemnej

Grupo de Estudios de la Resistencia Polaca, Londres

TsDAVO

Tsentral'nyi Derzhavnyi Arkhiv Vyshchyykh Orhaniv Vlady ta Upravlinnia

Archivo Central Estatal de Altos Órganos del Gobierno y la Administración, Kiev

USHMM

United States Holocaust Memorial Museum, Washington, D.C.

Museo Memorial del Holocausto de los Estados Unidos

ŻIH

Żydowski Instytut Historyczny

Instituto Histórico Judío, Varsovia

Artículos de prensa (en orden cronológico)

- Jones, Gareth, «Will there be soup?» Western Mail, 17 de octubre de 1932.
-«France: Herriot a Mother», Time, 31 de octubre de 1932.
-«The Five-Year Plan», Nueva York Times, 1 de enero de 1933.
-«The Stalin Record», Nueva York Times, 11 de enero de 1933.
-«Die Weltgefahr des Bolschewismus. Rede des Reichskanzlers Adolf Hitler im Berliner Sportpalast», Deutschösterreichische Tageszeitung, 3 de marzo de 1933, 2.
-«Famine grips Russia», Nueva York Evening Post, 30 de marzo de 1933.
Duranty, Walter, «Russians Hungry, but not Starving», Nueva York Times, 31 de marzo de 1933, 13.
-«Kardinal Innitzer ruft die Welt gegen den Hungertod auf», Reichspost, 20 de agosto de 1933, 1.
-«Foreign News: Karakhan Out?» Time, 11 de septiembre de 1933.
-«Die Hilfsaktion für die Hungernden in Rußland», Reichspost, 12 de octubre de 1933, 1.
-«Helft den Christen in Sowjetrußland», Die Neue Zeitung, 14 de octubre de 1933, 1.
-«Russia: Starvation y Surplus», Time, 22 de enero de 1934.
Czech, Mirosław, «Wielki Głód», Gazeta Wyborcza, 22-23 de marzo de 2003, 22.
Naumann, Michael, «Die Mörder von Danzig», Die Zeit, 10 de septiembre de 2009, 54-55.
-«Vyroky ostatochnyi: vynni!» Dzerkalo Tyzhnia, 15-22 de enero de 2010, 1.

Libros (Incluye colecciones documentales) y artículos

- ABLAŽEJ, Natal'ja, «Die ROVS-Operation in der Westsibirischen Region», en Rolf Binner, Bernd Bonwetsch, y Marc Junge, (eds.), Stalinismus in der sowjetischen Provinz 1937-1938, Berlin: Akademie Verlag, 2010, 287-308.
ABRAMOV, Vladimir, The Murderers of Katyn, Nueva York: Hippocrene Books, 1993.
ABRAMS, Bradley, «The Second World War y the East European Revolution», East European Politics y Societies, Vol. 16, n.º 3, 2003, 623-664.
ABRAMSON, Henry, A Prayer for the Government: Ukrainians y Jews in Revolutionary Times, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1997.
ADINI, Ya'acov, Dubno: sefer zikaron, Tel Aviv: Irgun yots'e Dubno be-Yisra'el, 1966.
AHONEN, Pertti, After the Expulsion: West Germany y Eastern Europe, 1945-1990, Oxford: Oxford University Press, 2003.
AHONEN, Pertti, CORNI, Gustavo, KOCHANOWSKI, Jerzy, SCHULZE, Rainer, STARK, Tamás y STELZL-MARX, Barbara, People on the Move: Forced Population Movements in the Second World War y Its Aftermath, Oxford: Berg, 2008.
ALY, Götz y HEIM, Susanne, Architects of Annihilation: Auschwitz y the Logic of Destruction, Princeton: Princeton University Press, 2002.
ANDERSON, Truman, «Incident at Baranivka: German Reprisals y the Soviet Partisan Movement in Ukraine, October-December 1941», Journal of Modern History, Vol. 71, n.º 3, 1999, 585-623.
ANDREW, Christopher y GORDIEVSKY, Oleg, KGB: The Inside Story of Foreign Operations from Lenin to Gorbachev, Londres: Hodder & Stoughton, 1990. Trad.: KGB. La historia interior de sus operaciones desde Lenin a Gorbachov, Barcelona, Plaza y Janes, 1991.
ANGRICK, Andrej, Besatzungspolitik und Massenmord: Die Einsatzgruppe D in der südlichen Sowjetunion 1941-1943, Hamburg: Hamburger Edition, 2003.
ANGRICK, Andrej, y KLEIN, Peter, The «Final Solution» in Riga: Exploitation y Annihilation, 1941-1944, Nueva York: Berghahn Books, 2009.
ANÓNIMO, Eine Frau in Berlin: Tagebuchaufzeichnungen vom 20. April bis 22. Juni 1945, Munich: btb Verlag, 2006. Trad.: Una mujer en Berlín, Barcelona, Anagrama, 2007.
APPLEBAUM, Anne, Gulag: A History, Nueva York: Doubleday, 2003. Trad.: Gulag: historia de los campos de concentración soviéticos, Barcelona, Debate, 2004.
ARAD, Yitzhak, Bełżec, Sobibor, Treblinka: The Operation Reinhard Death Camps,

Bloomington: Indiana University Press, 1987.

–, *The Holocaust in the Soviet Union*, Lincoln: University of Nebraska Press y Jerusalem: Yad Vashem, 2009.

ARAD, Yitzhak, KRAKOWSKI, Shmuel, y SPECTOR, Shmuel, (eds.), *The Einsatzgruppen Reports*, Nueva York: Holocaust Library, 1989.

ARENDR, Hannah, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*, Londres: Faber y Faber, 1963. Trad.: *Eichmann en Jerusalén*, Barcelona, Lumen, 2003.

–, *In der Gegenwart*, Munich: Piper, 2000.

–, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York: Harcourt, Brace, 1951.

ARENS, Moshe, «The Jewish Military Organization (ŻZW) in the Warsaw Ghetto», *Holocaust y Genocide Studies*, Vol. 19, n.º 2, 2005, 201-225.

ARMSTRONG, John, *Ukrainian Nationalism*, Nueva York: Columbia University Press, 1963.

ARNOLD, Klaus Jochen, «Die Eroberung und Behandlung der Stadt Kiew durch die Wehrmacht im September 1941: Zur Radikalisierung der Besatzungspolitik», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, Vol. 58, n.º 1, 1999, 23-64.

AUTUCHIEWICZ, Jerzy, «Stan i perspektywa nad deportacjami Polaków w głąb ZSRS oraz związane z nimi problemy terminologiczne», en Zwolski, Marcin (ed.), *Exodus: Deportacje i migracje (wątek wschodni)*, Varsovia: IPN, 2008, 13-30.

B., T., «Waldemar Schön-Organizator Getta Warszawskiego», *Biuletyn Żydowskiego Instytutu Historycznego*, n.º 49, 1964, 85-90.

BABEROWSKI, Jörg, «Der Feind ist überall»: *Stalinismus im Kaukasus*, Munich: Deutsche Verlags-Anstalt, 2003.

–, *Der rote Terror: Die Geschichte des Stalinismus*, Munich: Deutsche Verlags-Anstalt, 2003.

BABEROWSKI, Jörg, y DOERING-MANTEUFFEL, Anselm «The Quest for Order y the Pursuit of Terror», en Geyer, Michael, y Fitzpatrick, Sheila, (eds.), *Beyond Totalitarianism: Stalinism y Nazism Compared*, Cambridge: Cambridge University Press, 2009, 180-227.

BACON, Gershon C., *The Politics of Tradition: Agudat Yisrael in Poland, 1916-1939*, Jerusalem: Magnes Press, 1996.

BALDWIN, Peter (ed.), *Reworking the Past: Hitler, the Holocaust, y the Historians' Debate*, Boston: Beacon Press, 1990.

BALL, Alan, *Russia's Last Capitalists: The Nepmen, 1921-1929*, Berkeley: University of California Press, 1987.

BANAC, Ivo, *With Stalin Against Tito: Cominformist Splits in Yugoslav Communism*, Ithaca: Cornell University Press, 1988.

BARTOSZEWSKI, Władysław, *Warszawski pierścień śmierci*, Varsovia: Świat Książki, 2008.

BARTOSZEWSKI, Władysław y LEWINÓWNA, Zofia, *Ten jest z ojczyzny mojej: Polacy z pomocą Żydom 1939-1945*, Varsovia: Świat Książki, 2007.

BARTOV, Omer, «Eastern Europe as the Site of Genocide», *Journal of Modern History*, n.º 80, 2008, 557-593.

–, *The Eastern Front 1941-1945: German Troops y the Barbarisation of Warfare*, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2001.

–, *Hitler's Army: Soldiers, Nazis, y War in the Third Reich*, Nueva York: Oxford University Press, 1991.

BAUER, Piotr, *Generał Józef Dowbor-Muśnicki 1867-1937*, Poznań: Wydawnictwo Poznańskie, 1988.

BAUER, Yehuda, *Rethinking the Holocaust*, New Haven: Yale University Press, 2001.

BAYERLEIN, Bernhard H. «Abschied von einem Mythos: Die UdSSR, die Komintern, und der Antifaschismus 1930-1941», *Osteuropa*, Vol. 59, n.º 7-8, 2009, 125-148.

BEAUVOIS, Daniel, *La bataille de la terre en Ukraine, 1863-1914: Les polonais et les conflits socio-ethniques*, Lille: Presses Universitaires de Lille, 1993.

BEEVOR, Antony, *The Battle for Spain: The Spanish Civil War 1936-1939*, Londres: Penguin, 2006. Trad.: *La guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2007.

BEINECKE, Werner, *Die Ostgebiete der Zweiten Polnischen Republik*, Köln: Böhlau Verlag, 1999.

BELUGA, Z. I. (ed.), *Prestupleniya nemetsko-fashistskikh okkupantov v Belorussii 1941-1944*, Minsk: Belarus, 1965.

BENDER, Sara, «The Jews of Białystok During the Second World War, 1939-1943», tesis doctoral, Hebrew University, 1994.

BENZ, Wolfgang, KWIET, Konrad y MATTHÄUS, Jürgen (eds.), *Einsatz im*

«Reichskommissariat Ostland»: Dokumente zum Völkermord im Baltikum und in Weißrußland 1941-1944, Berlín: Metropol, 1998.

BERENSTEIN, Tatiana, «Praca przymusowa Żydów w Warszawie w czasie okupacji hitlerowskiej», Biuletyn Żydowskiego Instytutu Historycznego, Nos. 45-46, 1963, 43-93.

BERKHOFF, Karel C., «Dina Pronicheva's Story of Surviving the Babi Yar Massacre: German, Jewish, Soviet, Russian, y Ukrainian Records», en Ray Brandon y Wendy Lower, (eds.), *The Shoah in Ukraine: History, Testimony, Memorialization*, Bloomington: Indiana University Press, 2008, 291-317.

–, «The Great Famine in Light of the German Invasion y Occupation», *Harvard Ukrainian Studies*, en preparación.

–, *Harvest of Despair: Life y Death in Ukraine Under Nazi Rule*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2004.

BERLIN, Isaiah, *Personal Impressions*, Princeton: Princeton University Press, 2001. Trad.: *Impresiones personales*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España S.L., 1992.

BERLING, Zygmunt, *Wspomnienia: Z łagrów do Andersa*, Varsovia: PDW, 1990.

BIAŁOSZEWSKI, Miron, *Pamiętnik z Powstania Warszawskiego*, Varsovia: Państwowy Instytut Wydawniczy, 1970.

BIESS, Frank, «Vom Opfer zum Überlebenden des Totalitarismus: Westdeutsche Reaktionen auf die Rückkehr der Kriegsgefangenen aus der Sowjetunion, 1945-1953», en Günter Bischof y Rüdiger Overmans, (eds.), *Kriegsgefangenschaft im Zweiten Weltkrieg: Eine vergleichende Perspektive*, Ternitz-Pottschach: Gerhard Höller, 1999, 365-389.

BIKONT, Anna, *My z Jedwabnego*, Varsovia: Prószyński i S-ka, 2004.

BILAS, Ivan, *Represyvno-karal'na systema v Ukraïni, 1917-1953*, Kiev: Lybid', 1994.

BINNER, Rolf y JUNGE, Marc, «"S etoj publikoj ceremonit'sja ne sleduet": Die Zielgruppen des Befehls Nr. 00447 und der Große Terror aus der Sicht des Befehls Nr. 00447», *Cahiers du Monde russe*, Vol. 43, n.º 1, 2002, 181-228.

–, «Wie der Terror "Gross" wurde: Massenmord und Lagerhaft nach Befehl 00447», *11 Cahiers du Monde russe*, Vol. 42, Nos. 2-3/4, 2001, 557-614.

BIRN, Ruth Bettina, «Two Kinds of Reality? Case Studies on Anti-Partisan Warfare During the Eastern Campaign», en Bernd Wegner, (ed.), *From Peace to War: Germany, Soviet Russia, y the World, 1939-1941*, Providence: Berghahn Books, 1997, 277-324.

BLACK, Peter, «Handlanger der Endlösung: Die Trawniki-Männer und die Aktion Reinhard 1941-1943», en Bogdan Musial, (ed.), *Aktion Reinhardt, Der Völkermord an den Juden im Generalgouvernement 1941-1944*, Osnabrück: Fibre, 2004, 309-352.

–, «Prosty żołnierz "akcji Reinhardt". Oddziały z Trawniki i eksterminacja polskich Żydów», en Dariusz Libionka, (ed.), *Akcja Reinhardt: Zagłada Żydów w Generalnym Gubernatorstwie*, Varsovia: IPN, 2004, 103-131.

BLACKBOURN, David, *The Long Nineteenth Century: A History of Germany, 1780-1918*, Nueva York: Oxford University Press, 1986.

BÖHLER, Jochen, «Größte Härte»: Verbrechen der Wehrmacht in Polen September/Okttober 1939, Osnabrück: Deutsches Historisches Institut, 2005.

–, *Der Überfall: Deutschlands Krieg gegen Polen*, Frankfurt am Main: Eichborn, 2009.

BORODZIEJ, Włodzimierz, *The Warsaw Uprising of 1944*, trans. Barbara Harshav, Madison: University of Wisconsin Press, 2001.

BORODZIEJ, Włodzimierz, LEMBERG, Hans y KRAFT, Claudia (eds.), *Niemcy w Polsce: Wybór dokumentów*, Vol. 1, Varsovia: Neriton: 2000.

BORZECKI, Jerzy, *The Soviet-Polish Peace of 1921 y the Creation of Interwar Europe*, New Haven: Yale University Press, 2008.

BRACHER, Karl Dietrich *Zeit der Ideologien: Eine Geschichte politischen Denkens im 20. Jahrhundert*, Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1984.

BRAITHWAITE, Rodric, *Moscow 1941: A City y Its People at War*, Nueva York: Knopf, 2006.

BRAKEL, Aleksander, «"Das allergefährlichste ist die Wut der Bauern": Die Versorgung der Partisanen und ihr Verhältnis zur Zivilbevölkerung. Eine Fallstudie zum Gebiet Baranowicze 1941-1944», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 3, 2007, 393-424.

–, *Unter Rotem Stern und Hakenkreuz: Baranowicze 1939 bis 1944*, Paderborn: Schöningh, 2009.

BRANDENBERGER, David, *National Bolshevism: Stalinist Mass Culture y the Formation of Modern Russian National Identity, 1931-1956*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2002.

–, «Stalin's Last Crime? Recent Scholarship on Postwar Soviet Antisemitism y the Doctor's Plot», *Kritika*, Vol. 6, n.º 1, 2005, 187-204.

BRANDES, Detlef, *Der Weg zur Vertreibung: Pläne und Entscheidungen zum «Transfer» aus der Tschechoslowakei und aus Polen*, Múnich: Oldenbourg, 2005.

BRANDON, Ray, «The First Wave», manuscrito sin publicar, 2009.

–, «The Holocaust in 1942», manuscrito sin publicar, 2009.

BRANDON, Ray y LOWER, Wendy, «Introduction», en idem, (eds.), *The Shoah in Ukraine: History, Testimony, Memorialization*, Bloomington: Indiana University Press, 2008, 1-12.

BRENT, Jonathan y NAUMOV, Vladimir, *Stalin's Last Crime: The Plot Against the Jewish Doctors 1948-1953*, Nueva York: HarperCollins, 2003.

BROWN, Archie, *The Rise y Fall of Communism*, Nueva York: HarperCollins, 2009.

BROWN, Kate, *A Biography of No Place*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2004.

BROWNING, Christopher R., «The Nazi Decision to Commit Mass Murder: Three Interpretations. The Euphoria of Victory y the Final Solution: Summer-Fall 1941», *German Studies Review*, Vol. 17, n.º 3, 1994, 473-481.

–, *The Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942*, Lincoln: University of Nebraska Press, 2004.

BRUSKI, Jan Jacek, *Hołodomor 1932-1933: Wielki głód na Ukrainie w dokumentach polskiej dyplomacji i wywiadu*, Varsovia: PISM, 2008.

BUBER-NEUMANN, Margarete, *Under Two Dictators: Prisoner of Hitler y Stalin*, Londres: Pimlico, 2008 [1949].

BUDZYŃSKA, Celina, *Strzępy rodzinnej sagi*, Varsovia: Żydowski Instytut Historyczny, 1997.

BULLOCK, Alan, *Hitler y Stalin: Parallel Lives*, Londres: HarperCollins, 1991.

BURDS, Jeffrey, «Agentura: Soviet Informants Networks y the Ukrainian Underground in Galicia», *East European Politics y Societies*, Vol. 11, n.º 1, 1997, 89-130.

BURLEIGH, Michael, *Germany Turns Eastwards: A Study of Ostforschung in the Third Reich*, Cambridge: Cambridge University Press, 1988.

–, *The Third Reich: A New History*, Nueva York: Hill y Wang, 2000.

BURRIN, Philippe, *Fascisme, nazisme, autoritarisme*, París: Seuil, 2000.

CAMERON, Sarah, «The Hungry Steppe: Soviet Kazakhstan y the Kazakh Famine, 1921-1934», tesis doctoral, Yale University, 2010.

CARIEWSKAJA, Tatiana, CHMIELARZ, Andrzej, PACZKOWSKI, Andrzej, ROSOWSKA, Ewa y RUDNICKI, Szymon (eds.), *Teczka specjalna J. W. Stalina*, Varsovia: Rytm, 1995.

CASE, Holly, *Between States: The Transylvanian Question y the European Idea During World War II*, Stanford: Stanford University Press, 2009.

CESARINI, David, *Eichmann: His Life y Crimes*, Londres: William Heinemann, 2004.

CHASE, William, *Enemies Within the Gates? The Comintern y the Stalinist Repression, 1934-1939*, New Haven: Yale University Press, 2001.

CHIARI, Bernhard, *Alltag hinter der Front: Besatzung, Kollaboration und Widerstand in Weißrußland 1941-1944*, Düsseldorf: Droste Verlag, 1998.

CHOLAWSKY, Shalom, «The Judenrat in Minsk», en Yisrael Gutman y Cynthia J. Haft, (eds.), *Patterns of Jewish Leadership in Nazi Europe*, Jerusalén: Yad Vashem, 1979, 113-132.

CHYRKO, Bohdan, «Natsmen? Znachyt' voroh. Problemy natsional'nykh menshyn v dokumentakh partiinykh i radians'kykh orhaniv Ukraïny v 20-30-x rr.», *Z arkhiviv V.U.Ch.K H.P.U N.K.V.D K.H.B*, Vol. 1, n.º 2, 1995, 90-115.

CIECHANOWSKI, Jan M., *Powstanie Warszawskie*, Varsovia: Państwowy Instytut Wydawniczy, 1989.

CIENCIALA, Anna M., LEBEDEVA, Natalia S. y MATERSKI, Wojciech (eds.), *Katyn: A Crime Without Punishment*, New Haven: Yale University Press, 2007.

COLLEY, Margaret Siriol, *Gareth Jones: A Manchukuo Incident*, Newark: publicado por el autor, 2001.

–, *More Than a Grain of Truth: The Biography of Gareth Richard Vaughan Jones*, Newark: publicado por el autor, 2006.

CONQUEST, Robert, *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization y the Terror-Famine*, Nueva York: Oxford University Press, 1986.

COTULA, Lorenzo, VERMEULEN, Sonja, LEONARD, Rebeca y KEELEY, James, *Land Grab or*

Development Opportunity? Agricultural investment y international land deals in Africa, Londres: IIED/FAO/IFAD, 2009.

COURTOIS, Stéphane, WERTH, Nicolas, PANNÉ, Jean-Louis, PACZKOWSKI, Andrzej, BARTOSEK, Karel y MARGOLIN, Jean-Louis, *Le livre noir du communisme: Crimes, terreur, repression*, París: Robert Laffont, 1997. Trad.: *El libro negro del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2010.

–, *The Crime of Katyń: Facts y Documents*, Londres: Polish Cultural Foundation, 1965.

CÜPPERS, Martin, *Wegbereiter der Shoah. Die Waffen-SS, der Kommandostab Reichsführer-SS und die Judenvernichtung 1939-1945*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2005.

CURP, T. David, *A Clean Sweep? The Politics of Ethnic Cleansing in Western Poland, 1945-1960*, Rochester: University of Rochester Press, 2006.

CZAPSKI, Józef *Na nieludzkiej ziemi*, París: Editions Spotkania, 1984.

–, *Wspomnienia starobielskie*, Nakład Oddziału Kultury i Prasy II Korpusu (publicado en el campo), 1945.

CZECH-GERMAN JOINT COMMISSION OF HISTORIANS, *A Conflictual Community, Catastrophe, Detente*, trans. Ruth Tusková, Prague: Ústav Mezinarodních Vztahů, 1996.

DALLIN, Alexander, *The Kaminsky Brigade: 1941-1944*, Cambridge, Mass.: Russian Research Center, 1956.

DALLIN, Alexander y FIRSOV, F. I. (eds.), *Dimitrov y Stalin: Letters from the Soviet Archives*, New Haven: Yale University Press, 2000.

DALRYMPLE, Dana G., «The Soviet Famine of 1932-1934», *Soviet Studies*, Vol. 15, n.º 3, 1964, 250-284.

–, «The Soviet Famine of 1932-1934: Some Further References», *Soviet Studies*, Vol. 16, n.º 4, 1965, 471-474.

DANILOV, V. et al., (eds.), *Tragediia sovetskoi derevni: Kollektivizatsiia i raskulachivanie*, Vols. 1-2, Moscú: Rosspen, 1999-2000.

–, *The Dark Side of the Moon*, Londres: Faber y Faber, 1946.

DATNER, Szymon, *55 Dni Wehrmachtu w Polsce*, Varsovia: MON, 1967.

–, *Zbrodnie Wehrmachtu na jeńcach wojennych w II Wojnie Światowej*, Varsovia: MON, 1964.

DAVIES, Norman, «The Misunderstood Victory in Europe», *Nueva York Review of Books*, Vol. 42, n.º 9, 25 May 1995.

–, *Rising'44: «The Battle for Warsaw»* Londres: Macmillan, 2003.

DAVIES, R. W., KHLEVNIUK, Oleg V., RHEES, E. A., KOSHELEVA, Liudmila P. y ROGOVAYA, Larisa A. (eds.), *The Stalin-Kaganovich Correspondence 1931-36*, New Haven: Yale University Press, 2003.

DAVIES, R. W., TAUGER, M. B. y WHEATCROFT, S. G., «Stalin, Grain Stocks y the Famine of 1932-33», *Soviet Studies*, Vol. 54, n.º 3, 1995, 642-657.

DAVIES, R. W. y WHEATCROFT, S. G., *The Years of Hunger: Soviet Agriculture, 1931-1933*, Londres: Palgrave, 2004.

DEAN, Martin, *Collaboration in the Holocaust: Crimes of the Local Police in Belorussia y Ukraine*, Londres: Macmillan, 2000.

–, «Jewish Property Seized in the Occupied Soviet Union in 1941 y 1942: The Records of the Reichshauptkasse Beutestelle», *Holocaust y Genocide Studies*, Vol. 14, n.º 1, 2000, 83-101.

–, *Robbing the Jews: The Confiscation of Jewish Property in the Holocaust, 1933-1945*, Cambridge: Cambridge University Press, 2008.

DĘBSKI, Sławomir, *Między Berlinem a Moskwą. Stosunki niemiecko-sowieckie 1939-1941*, Varsovia: PISM, 2003.

DELETANT, Dennis, «Transnistria y the Romanian Solution to the "Jewish Problem"» en Ray Brandon y Wendy Lower, (eds.), *The Shoah in Ukraine: History, Testimony, Memorialization*, Bloomington: Indiana University Press, 2008, 156-189.

–, *Deportacje obywateli polskich z Zachodniej Ukrainy i Zachodniej Białorusi w 1940/Deportatsii pol'skikh grazhdan iz Zapadnoi Ukrainy i Zapadnoi Belorussii w 1940 godu*, Varsovia: IPN, 2003.

NISTER, Der, *The Family Mashber*, trans. Leonard Wolf, Nueva York: NYRB, 2008.

DIAMOND, Jared, *Collapse: How Societies Choose to Fail or Succeed*, Nueva York: Penguin, 2005. Trad.: *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Barcelona, Debate, 2006.

DŁUGOBORSKI, Waclaw, «Żydzi z ziem polskich wcielonych do Rzeszy w KL Auschwitz-Birkenau», en Aleksandra Namysło, (ed.), *Zagłada Żydów na polskich terenach*

wcielonych do Rzeszy, Varsovia: IPN, 2008, 127-149.

DRONIN, Nikolai M. y BELLINGER, Edward G., *Climate Dependence y Food Problems in Russia 1900-1990*, Budapest: Central European Press, 2005.

DROZDOWSKI, Marian Marek, «The History of the Warsaw Ghetto in the Light of the Reports of Ludwig Fischer», Polin, Vol. 3, 1988, 189-199.

DUGAS, I. A. y CHERON, F. Ia., *Sovetskie Voennoplennye v nemetskikh kontslageriakh (1941-1945)*, Moscú: Avuar konsalting, 2003.

–, *Vycherknutye iz pamiaty: Sovetskie Voennoplennye mezhdru Gitlerom i Stalinym*, París: YMCA Press, 1994.

DUNIN-WASOWICZ, Krzysztof, «Akcja AB w Warszawie», en Zygmunt Mańkowski, (ed.), *Ausserordentliche Befriedungsaktion 1940 Akcja AB na ziemiach polskich*, Varsovia: GKBZpNP-IPN, 1992, 19-27.

DWORK, Debórah y PELT, Robert Jan van, *Auschwitz*, Nueva York: Norton, 1996.

DZIAK, John, *Chekisty: A History of the KGB*, Lexington: Lexington Books, 1988.

DZWONKOWSKI, Roman (ed.), *Głód i represje wobec ludności polskiej na Ukrainie 1932-1947*, Lublin: Towarzystwo Naukowe KUL, 2004.

EDELE, Mark y GEYER, Michael, «States of Exception», en Michael Geyer y Sheila Fitzpatrick, (eds.), *Beyond Totalitarianism: Stalinism y Nazism Compared*, Cambridge: Cambridge University Press, 2009, 345-395.

EDELMAN, Robert *Proletarian Peasants: The Revolution of 1905 in Russia's Southwest*, Ithaca: Cornell University Press, 1987.

EHRENBURG, Ilya y GROSSMAN, Vasily, *The Black Book: The Ruthless Murder of Jews by German-Fascist Invaders Throughout the Temporarily-Occupied Regions of the Soviet Union y in the Death Camps of Poland During the War of 1941-1945*, Nueva York: Holocaust Publications, 1981. Trad: *Libro negro*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.

EIBER, Ludwig, «Gewalt in KZ Dachau. Vom Anfang eines Terrorsystems», en Andreas Wirsching, (ed.), *Das Jahr 1933: Die nationalsozialistische Machteroberung und die deutsche Gsellschaft*, Göttingen: Wallstein Verlag, 2009, 169-184.

EICHHOLTZ, Dietrich, *Krieg um Öl: Ein Erdölimperium als deutsches Kriegsziel (1938-1943)*, Leipzig: Leipziger Universitätsverlag, 2006.

EISENSTADT, S. N., *Die Vielfalt der Moderne*, Weilerswist: Velbrück Wissenschaft, 2000.

EISLER, Jerzy, «1968: Jews, Antisemitism, Emigration», Polin, Vol. 21, 2008, 37-62.

ELLMAN, Michael, «A Note on the Number of 1933 Famine Victims», *Soviet Studies*, Vol. 43, n.º 2, 1991, 375-379.

–, «The Role of Leadership Perceptions y of Intent in the Soviet Famine of 1931-1934», *Europe-Asia Studies*, Vol. 57, n.º 6, 2005, 823-841.

ELLMAN, Michael y Maksudov, S., «Soviet Deaths in the Great Patriotic War: A Note», *Europe-Asia Studies*, Vol. 46, n.º 4, 1994, 671-680.

ENGELKING, Barbara y LEOCIK, Jacek, *Getto warszawskie: Przewodnik po nieistniejącym mieście*, Varsovia: OFiS PAN, 2003.

–, *The Warsaw Ghetto: A Guide to the Perished City*, New Haven: Yale University Press, 2009.

ENGELKING, Barbara y LIBIONKA, Dariusz, *Żydzi w powstańczej Warszawie*, Varsovia: Polish Center for Holocaust Research, 2009.

ENGERMAN, David, *Modernization from the Other Shore: American Intellectuals y the Romance of Russian Development*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2003.

EPSTEIN, Barbara, *The Minsk Ghetto: Jewish Resistance y Soviet Internationalism*, Berkeley: University of California Press, 2008.

EVANS, Richard J., *The Coming of the Third Reich*, Nueva York: Penguin, 2003. Trad.: *La llegada del tercer Reich: el ascenso de los nazis al poder*, Barcelona, Península, 2005.

–, *The Third Reich in Power*, Londres: Penguin, 2005. Trad.: *El Tercer Reich en el poder*, Barcelona, Península, 2007.

–, *The Third Reich at War*, Nueva York: Penguin, 2009. Trad.: *El Tercer Reich en guerra (1939-1945)*, Barcelona, Península, 2011.

FALK, Barbara, *Sowjetische Städte in der Hungersnot 1932/33*, Cologne: Böhlau Verlag, 2005.

FERGUSON, Niall, *The War of the World: History's Age of Hatred*, Londres: Allan Lane, 2006. Trad.: *La guerra del mundo: los conflictos del siglo XX y el declive de Occidente (1904-1953)*, Barcelona, Debate, 2007.

FEST, Joachim C., *Das Gesicht des Dritten Reiches*, Munich: Piper, 2006.

FIGES, Orlando, *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*, Londres: Penguin, 1998. Trad.: *La revolución rusa: la tragedia de un pueblo*. Barcelona, Edhasa, 2001.

FIJAŁKOWSKA, Barbara, *Borejsza i Róžański: Przyczynek do historii stalinizmu w Polsce*, Olsztyn: Wyższa Szkoła Pedagogiczna, 1995.

FILIMOSHIN, M. V., «Ob itogakh ischisleniya poter' sredi mirnogo naseleniya na okkupirovannoi territorii SSSR i RSFSR v gody Velikoi Otechestvennoi Voyny», en R. B. Evdokimov, (ed.), *Liudskie poteri SSSR v period vtoroi mirovoi voiny*, St. Petersburg: RAN, 1995, 124-132.

FITZPATRICK, Sheila, *Education y Social Mobility in the Soviet Union, 1921-1934*, Cambridge: Cambridge University Press, 1979.

FÖRSTER, Jürgen, «The German Army y the Ideological War against the Soviet Union», en Gerhard Hirschfeld, (ed.), *The Policies of Genocide: Jews y Soviet Prisoners of War in Nazi Germany*, Londres: Allen & Unwin, 1986, 15-29.

FRANK, Matthew, *Expelling the Germans: British Opinion y Post-1945 Population Transfers in Context*, Oxford: Oxford University Press, 2007.

FRIEDLANDER, Henry, *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1995.

FRIEDLÄNDER, Saul, *The Years of Extermination: Nazi Germany y the Jews, 1939-1945*, Nueva York: HarperCollins, 2007. Trad: *El Tercer Reich y los judíos 1939-1945: Los años del exterminio*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009.

FURET, François, *Le passé d'une illusion: Essai sur l'idée communiste au XXe siècle*, París: Robert Laffont, 1995. Trad.: *El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1995.

FURET, François y NOLTE, Ernst, *Fascism y Communism*, Lincoln: University of Nebraska Press, 2001.

GADDIS, John Lewis, *The Long Peace: Inquiries into the History of the Cold War*, Oxford: Oxford University Press, 1987.

-, *The United States y the Coming of the Cold War*, Nueva York: Columbia University Press, 1972.

GANTT, W. Horsley, *Russian Medicine*, Nueva York: Paul B. Hoeber, 1937.

GELB, Michael, «An Early Soviet Ethnic Deportation: The Far-Eastern Koreans», *Russian Review*, Vol. 54, n.º 3, 1995, 389-412.

GELLATELY, Robert, *Lenin, Stalin, y Hitler: The Age of Social Catastrophe*, Nueva York: Knopf, 2007.

GERARD, John Gordon, *The Bones of Berdichev: The Life y Fate of Vassily Grossman*, Nueva York: Free Press, 1996.

GERLACH, Christian, «Failure of Plans for an SS Extermination Camp in Mogilëv, Belorussia», *Holocaust y Genocide Studies*, Vol. 11, n.º 1, 1997, 60-78.

-, *Kalkulierte Morde: Die deutsche Wirtschafts-und Vernichtungspolitik in Weißrußland 1941 bis 1944*, Hamburg: Hamburger Edition, 1999.

-, *Krieg, Ernährung, Völkermord: Forschungen zur deutschen Vernichtungspolitik im Zweiten Weltkrieg*, Hamburg: Hamburger Edition, 1998.

-, «The Wannsee Conference, the Fate of German Jews, y Hitler's Decision in Principle to Exterminate All European Jews», *Journal of Modern History*, Vol. 70, 1998, 759-812.

GERLACH, Christian y WERTH, Nicolas, «State Violence - Violent Societies», en Michael Geyer y Sheila Fitzpatrick, (eds.), *Beyond Totalitarianism: Stalinism y Nazism Compared*, Cambridge: Cambridge University Press, 2009, 133-179.

GETTY, J. Arch y NAUMOV, Oleg V., *Road to Terror: Stalin y the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven: Yale University Press, 1999. Trad.: *La lógica del terror: Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques (1932-1939)*, Barcelona, Crítica, 2001.

-, *Yezhov: The Rise of Stalin's «Iron Fist»*, New Haven: Yale University Press, 2008.

GILMORE, Glenda, *Defying Dixie: The Radical Roots of Civil Rights, 1919-1950*, Nueva York: Norton, 2008.

GLASSHEIM, Eagle, «The Mechanics of Ethnic Cleansing: The Expulsion of Germans from Czechoslovakia, 1945-1947», en Philipp Ther y Ana Siljak, (eds.), *Redrawing Nations: Ethnic Cleansing in East-Central Europe, 1944-1948*, Lanham: Rowman y Littlefield, 2001, 197-200.

GLAZAR, Richard, *Die Falle mit dem grünen Zaun: Überleben in Treblinka*,

Frankfurt am Main: Fischer Verlag, 1992.

GŁĘBOCKI, Henryk, (ed.), «Pierwszy naród ukarany: świadectwa Polaków z Leningradu», Arcana, Nos. 64-65, 2005, 155-192.

GŁOWACKI, Albin, Sowietci wobec Polaków na ziemiach wschodnich II Rzeczypospolitej 1939-1941, Łódź: Wydawnictwo Uniwersytetu Łódzkiego, 1998.

GNIAZDOWSKI, Mateusz, «"Ustalić liczbę zabitych na 6 milionów ludzi": dyrektywy Jakuba Bermana dla Biura Odszkodzowań Wojennych przy Prezydium Rady Ministrów», Polski Przegląd Dyplomatyczny, n.º 1 (41), 2008, 99-113.

GOESCHEL, C. y WACHSMANN, N., «Introduction», en idem, (eds.), *The Nazi Concentration Camps, 1933-39: A Documentary History*, Lincoln: Nebraska University Press, 2010.

GOGUN, Aleksandr, *Stalinskie kommandos: Ukrainskie partizanskie formirovaniia, 1941-1944*, Moscú: Tsentrpoligraf, 2008.

GOLDHAGEN, Daniel J., *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans y the Holocaust*, Nueva York: Knopf, 1996. Trad.: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Madrid, Taurus, 1998.

–, *Golod v SSSR, 1930-1934 gg.*, Moscú: Federal'noe arkhivnoe agentstvo, 2009.

GÓRAL, Jan, «Eksterminacja inteligencji i tak zwanych warstw przywódczych w zachodnich powiatach Dystryktu Radomskiego (1939-1940)», en Zygmunt Mańkowski, (ed.), *Ausserordentliche Befriedungsaktion 1940 Akcja AB na ziemiach polskich*, Varsovia: GKBZpNP-IPN, 1992, 71-82.

GORLIZKI, Yoram y KHLEVNIUK, Oleg, *Cold Peace: Stalin y the Soviet Ruling Circle, 1945-1953*, Oxford: Oxford University Press, 2004.

GORLOV, Sergei, *Sovershenno sekretno, Moskva-Berlin, 1920-1933: Voenno-politicheskie otnosheniia mezhdru SSSR i Germaniei*, Moscú: RAN, 1999.

GOUJON, Alexandra, «Kurapaty (1937-1941): NKVD Mass Killings in Soviet Belarus», artículo no publicado, 2008.

–, «Memorial Narratives of WWII Partisans y Genocide in Belarus», *East European Politics y Societies*, Vol. 24, n.º 1, 2010, 6-25.

GOULDNER, Alvin, «Stalinism: A Study of Internal Colonialism», *Telos*, n.º 34, 1978, 5-48.

GOUSSEF, Catherine, «Les déplacements forcés des populations aux frontières russes occidentales (1914-1950)», en S. Audoin-Rouzeau, A. Becker, Chr. Ingrao, y H. Rousso, (eds.), *La violence de guerre 1914-1945*, París: Éditions Complexe, 2002, 177-190.

GRABHER, Michael, *Irmfried Eberl: «Euthanasie»-Arzt und Kommandant von Treblinka*, Frankfurt am Main: Peter Lang, 2006.

GRASS, Günter, *Beim Häuten der Zwiebel*, Múnich: Deutscher Taschenbuch Verlag, 2008. Trad.: *Pelando la cebolla*, Madrid, Alfaguara, 2007.

–, *Im Krebsgang*, Munich: Deutscher Taschenbuch Verlag, 2004. Trad.: *A paso de cangrejo*, Madrid, 2003.

GRAZIOSI, Andrea, «Collectivisation, révoltes paysannes et politiques gouvernementales a travers les rapports du GPU d'Ukraine de février-mars 1930», *Cahiers du Monde russe*, Vol. 34, n.º 3, 1994, 437-632.

–, *The Great Soviet Peasant War*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1996.

–, «Italian Archival Documents on the Ukrainian Famine 1932-1933», en Wsevolod Isajiw, (ed.), *Famine-Genocide in Ukraine, 1932-1933*, Toronto: Ukrainian Canadian Research y Documentation Centre, 2003, 27-48.

–, «The Soviet 1931-1933 Famines y the Ukrainian Holodomor: Is a New Interpretation Possible, y What Would Its Consequences Be?», *Harvard Ukrainian Studies*, Vol. 37, Nos. 1-4, 2004-2005.

GREGORY, Paul R., *Terror by Quota: State Security from Lenin to Stalin*, New Haven: Yale University Press, 2009.

GROSS, Jan T., *Neighbors: The Destruction of the Jewish Community in Jedwabne, Poland*, Princeton: Princeton University Press, 2001. Trad.: *Vecinos: el exterminio de la comunidad judía de Jedwabne (Polonia)*, Barcelona, Crítica, 2002.

–, «Polish POW Camps in Soviet-Occupied Western Ukraine», en Keith Sword, (ed.), *The Soviet Takeover of the Polish Eastern Provinces, 1939-1941*, Londres: Macmillan, 1991.

–, *Polish Society Under German Occupation: The Generalgouvernement, 1939-1944*, Princeton: Princeton University Press, 1979.

–, *Revolution from Abroad: The Soviet Conquest of Poland's Western Ukraine y*

Western Belorussia, Princeton: Princeton University Press, 2002.

–, «The Social Consequences of War: Preliminaries for the Study of the Imposition of Communist Regimes in Eastern Europe», *East European Politics y Societies*, 3, 1989, 198-214.

–, *Upiorna dekada: trzy eseje o stereotypach na temat Żydów, Polaków, Niemców, i komunistów, 1939-1948*, Cracow: Universitas, 1948.

GROSSMAN, Vasily, *Everything Flows*, trans. Robert Chandler, Nueva York: NYRB Classics, 2010. Trad.: *Todo fluye*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008.

–, *Life y Fate*, trans. Robert Chandler, Nueva York: Harper y Row, 1985. Trad.: *Vida y Destino*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2002.

–, *The Road*, trans. Robert Chandler, Nueva York: NYRB Classics, 2010.

GRUDZIŃSKA GROSS, Irena y GROSS, Jan Tomasz, *War Through Children's Eyes: The Soviet Occupation y the Deportations, 1939-1941*, Stanford: Hoover Institution Press, 1981.

GRYNBERG, Michał y KOTOWSKA, Maria, (eds.), *Życie i zagłada Żydów polskich 1939-1945: Relacje Świadców*, Varsovia: Oficyna Naukowa, 2003.

GURIANOV, A. Ie., «Obzor sovetskikh repressivnykh kampanii protiv poliakov i pol's's'kikh grazhdan», en A. V. Lipatov y I. O. Shaitanov, (eds.), *Poliaki i russkie: Vzaimoponimanie i vzaimoneponimanie*, Moscú: Indrik, 2000, 199-207.

–, «Pol'skie spetspereselentsy v SSSR v 1940-1941 gg.», en idem, (ed.), *Repressii protiv poliakov i pol'skikh grazhdan*, Moscú: Zven'ia, 1997.

GUTMAN, Israel, *Resistance: The Warsaw Ghetto Uprising*, Boston: Houghton Mifflin, 1994.

HAAR, Ingo, «Die deutschen "Vertreibungsverluste"-Zur Entstehungsgeschichte der "Dokumentation der Vertreibung",» *Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte*, Vol. 35, 2007, 251-271.

HAHN, Eva y H. H., «Die Deutschen und "ihre" Vertreibung», *Transit*, n.º 23, 2002, 103-116.

HANSON, Joanna K. M., *The Civilian Population y the Warsaw Uprising of 1944*, Cambridge: Cambridge University Press, 1982.

HANSON, Stephen, *Time y Revolution: Marxism y the Design of Soviet Economic Institutions*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1997.

HARRISON, Mark, *Soviet Planning in Peace y War*, Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

HARTMANN, Christian, «Massensterben oder Massenvernichtung? Sowjetische Kriegsgefangene im "Unternehmen Barbarossa". Aus dem Tagebuch eines deutschen Lagerkommandanten», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, Vol. 49, n.º 1, 2001, 97-158.

HASEGAWA, Tsuyoshi, *Racing the Enemy: Stalin, Truman, y the Surrender of Japan*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2005.

HASLAM, Jonathan, *The Soviet Union y the Struggle for Collective Security in Europe, 1933-39*, Houndsmills: Macmillan, 1984.

–, *The Soviet Union y the Threat from the East*, Houndsmills: Macmillan, 1992.

HAUNER, Milan, *India in Axis Strategy: Germany, Japan, y Indian Nationalists in the Second World War*, Stuttgart: Klett-Cotta, 1981.

HECHT, Thomas T., *Life Death Memories*, Charlottesville: Leopolis Press, 2002.

HEIM, Susanne, «Kalorien-Agrarforschung, Ernährungswirtschaft und Krieg: Herbert Backe als Wissenschaftspolitiker», en idem, (ed.), *Kalorien, Kautschuk, Karrieren: Pflanzenzüchtung und landwirtschaftliche Forschung in Kaiser-Wilhelm-Instituten, 1933-1945*, Wallstein: Göttingen, 2003, 23-63.

HEINZEN, James W., *Inventing a Soviet Countryside: State Power y the Transformation of Rural Russia, 1917-1929*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2003.

HERBERT, Ulrich, *Best: Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft, 1903-1989*, Bonn: J.H.W. Dietz, 1996.

HERF, Jeffrey, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda During World War II y the Holocaust*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2006.

HERZOG, Dagmar, *Sex After Fascism: Memory y Morality in Twentieth-Century Germany*, Princeton: Princeton University Press, 2005.

HILBERG, Raul, *The Destruction of the European Jews*, New Haven: Yale University Press, 2003, 3 vols. Trad.: *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, Akal, 2005.

–, «The Ghetto as a Form of Government», *Annals of the American Academy of Political y Social Science*, Vol. 450, 1980, 98-112.

- , «The Judenrat: Conscious or Unconscious "Tool",» en Yisrael Gutman y Cynthia J. Haft, (eds.), *Patterns of Jewish Leadership in Nazi Europe*, Jerusalem: Yad Vashem, 1979, 31-44.
- , *Perpetrators, Victims, Bystanders: The Jewish Catastrophe*, Nueva York: HarperPerennial, 1993.
- HILDEBRAND, Klaus, *Vom Reich zum Weltreich: Hitler, NSDAP und koloniale Frage 1919-1945*, Munich: Wilhelm Fink Verlag, 1969.
- HILDERMEIER, Manfred, *Sozialrevolutionäre Partei Russlands: Agrarsozialismus und Modernisierung im Zarenreich*, Cologne: Böhlau, 1978.
- HILLGRUBER, Andreas, *Germany y the Two World Wars*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1981.
- HIMKA, John-Paul, «Ethnicity y Reporting of Mass Murder: Krakivski visti, the NKVD Murders of 1941, y the Vinnytsia Exhumation», artículo no publicado, 2009.
- HIRSCH, Francine, *Empire of Nations: Ethnographic Knowledge y the Making of the Soviet Union*, Ithaca: Cornell University Press, 2005.
- HOBSBAWM, Eric, *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991*, Londres: Vintage, 1996. Trad.: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 2004.
- HOLQUIST, Peter, *Making War, Forging Revolution: Russia's Continuum of Crisis*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2002.
- HORWITZ, Gordon J., *Ghettostadt: Łódź y the Making of a Nazi City*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2008.
- HRYSIUK, Grzegorz, «Victims 1939-1941: The Soviet Repressions in Eastern Poland», en Elazar Barkan, Elisabeth A. Cole, y Kai Struve, (eds.), *Shared History-Divided Memory: Jews y Others in Soviet-Occupied Poland*, Leipzig: Leipzig University-Verlag, 2007, 173-200.
- HULL, Isabel, *Absolute Destruction: Military Culture y the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca: Cornell University Press, 2005.
- HUNCZAKM, Taras y SERBYN, Roman, (eds.), *Famine in Ukraine 1932-1933: Genocide by Other Means*, Nueva York: Shevchenko Scientific Society, 2007.
- , *Hungersnot: Authentische Dokumente über das Massensterben in der Sowjetunion*, Vienna, 1933.
- , *Ich werde es nie vergessen: Briefe sowjetischer Kriegsgefangener 2004-2006*, Berlin: Ch. Links Verlag, 2007.
- IEFIMENKO, Hennadii «Natsional'na polityka Kremlia v Ukraïni pislia Holodomoru 1932-33 rr.», *Harvard Ukrainian Studies*, forthcoming.
- ILIC, Melanie, «The Great Terror in Leningrad: a Quantitative Analysis», *Europe-Asia Studies*, Vol. 52, n.º 8, 2000, 1515-1534.
- IL'IUSHYN, I. I., *OUN-UPA i ukraïns'ke pytannia v roky druhoï svitovoï viiny v svitli pol's'kykh dokumentiv*, Kiev: NAN Ukraïny, 2000.
- INGRAO, Christian, *Les chasseurs noirs: La brigade Dirlewanger*, París: Perrin, 2006.
- INGRAO, Christian, «Violence de guerre, violence génocide: Les Einsatzgruppen», en S. Audoin-Rouzeau, A. Becker, Chr. Ingraio, y H. Rousso, (eds.), *La violence de guerre 1914-1945*, París: Éditions Complexe, 2002, 219-240.
- IWANOW, Mikołaj, *Pierwszy naród ukarany: Stalinizm wobec polskiej ludności kresowej 1921-1938*, Varsovia: Omnipress, 1991.
- JACKSON, Jr., George D., *Comintern y Peasant in East Europe, 1919-1930*, Nueva York: Columbia University Press, 1966.
- JAHN, Egbert, «Der Holodomor im Vergleich: Zur Phänomenologie der Massenvernichtung», *Osteuropa*, Vol. 54, n.º 12, 2004, 13-32.
- JAMES, Harold, *Europe Reborn: A History, 1914-2000*, Harlow: Pearson, 2003.
- JANION, Maria, *Do Europy: tak, ale razem z naszymi umarłymi*, Varsovia: Sic!, 2000.
- JANKOWIAK, Stanisław, «"Cleansing" Poland of Germans: The Province of Pomerania, 1945-1949», en Philip Ther y Ana Siljak, (eds.), *Redrawing Nations: Ethnic Cleansing in East-Central Europe, 1944-1948*, Lanham: Rowman y Littlefield, 2001, 87-106.
- , *Wysiedlenie i emigracja ludności niemieckiej w polityce władz polskich w latach 1945-1970*, Varsovia: IPN, 2005.
- JANKOWSKI, Andrzej, «Akcja AB na Kielecczyźnie», en Zygmunt Mańkowski, (ed.), *Ausserordentliche Befriedungsaktion 1940 Akcja AB na ziemiach polskich*, Varsovia: GKBZpNP-IPN, 1992, 65-82.
- JANSEN, Marc y PETROV, Nikolai, *Stalin's Loyal Executioner: Nikolai Ezhov, 1895-*

1940, Stanford: Hoover University Press, 2002.

JASIEWICZ, Krzysztof, Zagłada polskich Kresów. Ziemiaństwo polskie na Kresach Północno-Wschodnich Rzeczypospolitej pod okupacją sowiecką 1939-1941, Varsovia: Volumen, 1998.

JOLLUCK, Katherine R., Exile y Identity: Polish Women in the Soviet Union During World War II, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2002.

–, Die Judenauströpfung in Polen. Die Vernichtungslager, Geneva, 1944.

JUDD, Tony, The Burden of Responsibility: Blum, Camus, Aron, y the French Twentieth Century, Chicago: University of Chicago Press, 1998.

–, Postwar: A History of Europe Since 1945, Nueva York: Penguin, 2005. Trad.: Postguerra: una historia de Europa desde 1945, Madrid, Taurus, 2006.

JUNGE, Marc, BORDIUGOV, Gennadii y BINNER, Rolf Vertikal' bol'shogo terrora, Moscú: Novyi Khronograf, 2008.

KALBARCZYK, Sławomir, «Przedmioty odnalezione w Bykowni a Kuropatach świadczą o polskości ofiar», Biuletyn Instytutu Pamięci Narodowej, Nos. 10-11, 2007, 47-54.

KAMENEC, Ivan, «The Deportation of Jewish Citizens from Slovakia», en The Tragedy of the Jews of Slovakia, Oświęcim: Auschwitz-Birkenau State Museum y Museum of the Slovak National Uprising, 2002, 111-140.

–, «The Holocaust in Slovakia», en Dušan Kováč, (ed.), Slovak Contributions to 19th International Congress of Historical Sciences, Bratislava: Veda, 2000, 195-206.

KASSOW, Samuel D., Who Will Write Our History? Rediscovering a Hidden Archive from the Warsaw Ghetto, Nueva York: Vintage, 2009.

KATZER, Nikolaus, «Brot und Herrschaft: Die Hungersnot in der RSFSR», Osteuropa, Vol. 54, n.º 12, 2004, 90-110.

KAY, Alex J., Exploitation, Resettlement, Mass Murder: Political y Economic Planning for German Occupation Policy in the Soviet Union, 1940-1941, Nueva York: Berghahn Books, 2006.

–, «"Hierbei werden zweifellos zig Millionen Menschen verhungern": Die deutsche Wirtschaftsplanung für die besetzte Sowjetunion und ihre Umsetzung, 1941 bis 1944», Transit, n.º 58, 2009, 57-77.

KEEGAN, John, The Face of Battle, Nueva York: Viking, 1976. Trad.: El rostro de la batalla. Madrid, Ediciones Ejército, 1990.

KEN, Oleg, Collective Security or Isolation: Soviet Foreign Policy y Poland, 1930-1935, St. Petersburg: Evropeiskii Dom, 1996.

KEN, O. N. y RUPASOV, A. I., (eds.), Politbiuro Ts.K. VKP(b) i otnosheniia SSSR s zapadnymi sosednimi gosudarstvami, St. Petersburg: Evropeiskii Dom, 2001.

KENNEDY, Paul M., Aufstieg und Verfall der britischen Seemacht, Herford: E. S. Mittler & Sohn, 1978.

KERSHAW, Ian, Fateful Choices: Ten Decisions That Changed the World, 1940-1941, Londres: Penguin Books, 2007. Trad.: Decisiones trascendentales: de Dunquerque a Pearl Harbour (1940-1941): el año que cambió la historia. Barcelona, Península, 2008.

–, Hitler: A Biography, Nueva York: W. W. Norton, 2008. Trad.: En dos volúmenes: Hitler, 1889-1936. Barcelona, Península, 1999; Hitler (II): 1936-1945. Barcelona, Península, 2002.

–, Hitler, the Germans, y the Final Solution, New Haven: Yale University Press, 2008.

KERSTEN, Krystyna, The Establishment of Communist Rule in Poland, Berkeley: University of California Press, 1991.

–, «Forced Migration y the Transformation of Polish Society in the Postwar Period», en Philip Ther y Ana Siljak, (eds.), Redrawing Nations: Ethnic Cleansing in East-Central Europe, 1944-1948, Lanham: Rowman y Littlefield, 2001, 75-86.

KHAUSTOV, Vladimir, «Deiatel'nost' organov gosudarstvennoi bezopasnosti NKVD SSSR (1934-1941 gg.)», doctoral dissertation, Akademia Federal'noi Sluzhby Bezopasnosti Rossiiskoi Federatsii, 1997.

KHLEVNIUK, Oleg, Le cercle du Kremlin: Staline et le Bureau politique dans les années 30: les jeux du pouvoir, París: Éditions du Seuil, 1996.

–, The History of the Gulag: From Collectivization to the Great Terror, New Haven: Yale University Press, 2004.

KHLEVNYUK, Oleg, «The Objectives of the Great Terror, 1937-1938», en Julian Cooper, Maureen Perrie, y E. A. Rhees, (eds.), Soviet History 1917-1953: Essays in Honour of R. W. Davies, Houndmills: Macmillan, 1995, 158-176.

KHLEVNIUK, Oleg, «Party y NKVD: Power Relationships in the Years of the Great Terror», en Barry McLoughlin y Kevin McDermott, (eds.), *Stalin's Terror: High Politics y Mass Repression in the Soviet Union*, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2003.

–, «Stalin as dictator: the personalisation of power», en Sarah Davies y James Harris, (eds.), *Stalin: A New History*, Cambridge: Cambridge University Press, 2005, 109-120.

KIERNAN, Ben. *Blood y Soil: A World History of Genocide y Extermination from Sparta to Darfur*, New Haven: Yale University Press, 2007.

KIESZCZYŃSKI, Lucjan, «Represje wobec kadry kierowniczej KPP», en Jarema Maciszewski, (ed.), *Tragedia Komunistycznej Partii Polski*, Varsovia: Książka i Wiedza, 1989, 198-216.

KING, Charles, *The Moldovans: Russia, Romania, y the Politics of Culture*, Stanford: Hoover Institution, 2000.

KING, Gary, ROSEN, Ori, TANNER, Martin y WAGNER, Alexander F., «Ordinary Voting Behavior in the Extraordinary Election of Adolf Hitler», *Journal of Economic History*, Vol. 68, n.º 4, 2008, 951-996.

KINGSTON-MANN, Esther, *Lenin y the Problem of Marxist Peasant Revolution*, Nueva York: Oxford University Press, 1983.

KIRSCHENBAUM, Lisa A., *The Legacy of the Siege of Leningrad, 1941-1995: Myth, Memories, y Monuments*, Cambridge: Cambridge University Press, 2006.

KLEE, Ernst y DRESSEN, Willi, (eds.), *Gott mit uns: Der deutsche Vernichtungskrieg im Osten 1939-1945*, Frankfurt: S. Fischer, 1989.

KLEIN, Peter, «Curt von Gottberg-Siedlungsfunktionär y Massenmörder», en Klaus-Michael Mallmann, (ed.), *Karrieren der Gewalt: Nationalsozialistische Täterbiographien*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2004, 95-103.

–, «Zwischen den Fronten. Die Zivilbevölkerung Weißrusslands und der Krieg der Wehrmacht gegen die Partisanen», en Babette Quinkert, (ed.), *Wir sind die Herren dieses Landes. Ursachen Verlauf und Folgen des deutschen Überfalls auf die Sowjetunion*, Hamburg: VSA Verlag, 2002, 82-103.

KLIMASZEWSKI, Tadeusz, *Verbrennungskommando Warschau*, Varsovia: Czytelnik, 1959.

KOENEN, Gerd, *Der Russland-Komplex: Die Deutschen und der Osten, 1900-1945*, Munich: Beck, 2005.

KOESTLER, Arthur, *Sin Título*, en Richard Crossman, (ed.), *The God That Failed*, Londres: Hamilton, 1950, 25-82.

–, *Darkness at Noon*, Nueva York: Macmillan, 1941. Trad: *El cero y el infinito*. Barcelona, Debolsillo, 2011.

–, «Vorwort», para Alexander Weißberg-Cybulski, *Im Verhör*, Viena: Europaverlag, 1993, 9-18 [1951].

–, *The Yogi y the Commissar*, Nueva York: Macmillan, 1946.

KOŁAKOWSKI, Leszek, *Main Currents of Marxism*, Vol. 3: *The Breakdown*, Oxford: Oxford University Press, 1978. Trad.: *Las principales corrientes del marxismo*. Madrid, Alianza, 1980.

KOŁAKOWSKI, Piotr, *NKWD i GRU na ziemiach polskich 1939-1945*, Varsovia: Bellona, 2002.

KOPKA, Bogusław, *Konzentrationslager Warschau: Historia i następstwa*, Varsovia: IPN, 2007.

KOPÓWKA, Edward, *Stalag 366 Siedlce*, Siedlce: SKUNKS, 2004.

–, *Treblinka. Nigdy więcej*, Siedlce: Muzeum Rejonowe, 2002.

KORNAT, Marek, *Polityka równowagi: Polska między Wschodem a Zachodem*, Cracow: Arcana, 2007.

–, *Polska 1939 roku wobec paktu Ribbentrop-Mołotow*, Varsovia: Polski Instytut Spraw Międzynarodowych, 2002.

KOSELLECK, Reinhart, *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*, trans. Keith Tribe, Cambridge, Mass.: MIT Press, 1985. Trad.: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

KOSTIUSHKO, I. I., (ed.), *Materialy «Osoboi papki»: Politbiuro Ts.K. RKP(b)-VKP(b) po voprosu sovetsko-pol'skikh otnoshenii 1923-1944 gg.*, Moscú: RAN, 1997.

KOSTYRCHENKO, G. V., *Gosudarstvennyi antisemitizm v SSSR ot nachala do kul'minatsii 1938-1953*, Moscú: Materik, 2005.

KOSTYRCHENKO, Gennadi, *Out of the Red Shadows: Anti-Semitism in Stalin's Russia*, Amherst, NY: Prometheus Books, 1995.

KOSTYRCHENKO, G. V., *Tainaia politika Stalina: Vlast' i antisemitizm*, Moscú: Mezhdunarodnye otnosheniia, 2001.

KOTKIN, Stephen, *Magnetic Mountain: Stalinism as a Civilization*, Berkeley: University of California Press, 1995.

–, «Peopling Magnitostroi: The Politics of Demography», en William G. Rosenberg y Lewis H. Siegelbaum, (eds.), *Social Dimensions of Soviet Industrialization*, Bloomington: Indiana University Press, 1993, 63-104.

KOVALENKO, Lidia y Maniak, Volodymyr, (eds.), *33'i: Holod: Narodna knyhamemorial*, Kiev: Radians'kyi pys'mennyk, 1991.

KOVÁLY, Heda Margolius, *Under a Cruel Star: A Life in Prague 1941-1968*, Franci Epstein y Helen Epstein, (trads.) Nueva York: Holmes y Maier, 1997.

KOWALSKI, Tadeusz, «Z badań nad eksterminacją inteligencji w Rzeszowskim w okresie II wojny światowej», en Zygmunt Mańkowski, (ed.), *Ausserordentliche Befriedungsaktion 1940 Akcja AB na ziemiach polskich*, Varsovia: GKBZpNP-IPN, 1992, 83-89.

KOZACZYŃSKA, Beata, «Wysiedlenie mieszkańców Zamojszczyzny do dystryktu warszawskiego w latach 1942-1943 i los deportowanych», en Marcin Zwolski, (ed.), *Exodus: Deportacje i migracje (wątek wschodni)*, Varsovia: IPN, 2008, 70-92.

KOZLOV, Denis, «The Historical Turn in Late Soviet Culture: Retrospectivism, Factography, Doubt, 1953-1991», *Kritika*, Vol. 2, n.º 3, 2001, 577-600.

–, «"I Have Not Read, But I Will Say": Soviet Literary Audiences y Changing Ideas of Social Membership, 1958-1966», *Kritika*, Vol. 7, n.º 3, 2006, 557-597.

KRAMER, Mark, «Die Konsolidierung des kommunistischen Blocks in Osteuropa 1944-1953», *Transit*, n.º 39, 2009, 78-95.

KRANNHALS, Hans von, *Der Warschauer Aufstand 1944*, Frankfurt am Main: Bernard & Graefe Verlag für Wehrwesen, 1964.

KRAVCHENKO, Victor, *I Chose Freedom: The Personal y Political Life of a Soviet Official*, Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1946. Trad.: *Yo escogí la libertad: vida íntima y política de un alto funcionario soviético fugado de la Embajada de la URSS en Washington*, Madrid, Cindadela Libros, 2008.

KREBS, Gerhard, «Japan y the German-Soviet War, 1941», en Bernd Wegner, (ed.), *From Peace to War: Germany, Soviet Russia, y the World, 1939-1941*, Providence: Berghahn Books, 1997, 541-560.

KRIVOSHEEV, G., (ed.), *Grif sekretnosti sniat: Poteri vooruzhennykh sil SSSR v voinakh*, Moscú: Voenizdat, 1993.

KROENER, Bernhard R., «The "Frozen Blitzkrieg": German Strategic Planning against the Soviet Union y the Causes of its Failure», en Bernd Wegner, (ed.), *From Peace to War: Germany, Soviet Russia, y the World, 1939-1941*, Providence: Berghahn Books, 1997, 135-150.

KRÓLIKOWSKI, Jerzy, «Budowałem most kolejowy w pobliżu Treblinki», *Biuletyn Żydowskiego Instytutu Historycznego*, n.º 49, 1964, 46-57.

KRÜGER, Peter, *Die Außenpolitik der Republik von Weimar*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1985.

KRUGLOV, A. I., *Entsiklopedia Kholokosta*, Kiev: Evreiskii sovet Ukrainy, 2000.

KRUGLOV, Alexander, «Jewish Losses in Ukraine», en Ray Brandon y Wendy Lower, (eds.), *The Shoah in Ukraine: History, Testimony, Memorialization*, Bloomington: Indiana University Press, 2008, 272-290.

KRZEPICKI, Abraham, «Treblinka», *Biuletyn Żydowskiego Instytutu Historycznego*, Nos. 43-44, 1962, 84-109.

KULCZYCKI, Stanisław, *Hołodomor: Wielki głód na Ukrainie w latach 1932-1933 jako ludobójstwo*, Wrocław: Kolegium Europy Wschodniej, 2008.

KUL'CHYTS'KYI, S. V., (ed.), *Kolektyvizatsiia i holod na Ukraïni 1929-1933*, Kiev: Naukova Dumka, 1993.

–, «Trahichna statystyka holodu», en F. M. Rudych, I. F. Kuras, M. I. Panchuk, P. Ia. Pyrih, y V. F. Soldatenko, (eds.), *Holod 1932-1933 rokiv na Ukraïni: Ochyma istorykiv, movoiu dokumentiv*, Kiev: Vydavnytstvo Politychnoi Literatury Ukrainy, 1990, 66-85.

KUPCZAK, Janusz, *Polacy na Ukrainie w latach 1921-1939*, Wrocław: Wydawnictwo Uniwersytetu Wrocławskiego, 1994.

KUROMIYA, Hiroaki, «Accounting for the Great Terror», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, Vol. 53, n.º 1, 2003, 86-101.

–, «The Great Terror y "Ethnic Cleansing": The Asian Nexus», artículo no publicado, October 2009.

–, *Stalin*, Harlow: Pearson Longman, 2005.

–, *Freedom y Terror in the Donbas: A Ukrainian-Russian Borderland, 1870s-1990s*, Cambridge: Cambridge University Press, 1998.

- , *The Voices of the Dead: Stalin's Great Terror in the 1930s*, Londres: Yale University Press, 2007.
- , «World War II, Jews, y Post-War Soviet Society», *Kritika*, Vol. 3, n.º 3, 2002, 521-531.
- KUROMIYA, Hiroaki y LIBERA, Paweł, «Notatka Włodzimierza Bączkowskiego na temat współpracy polsko-japońskiej wobec ruchu prometejskiego (1938)», *Zeszyty Historyczne*, 2009, 114-135.
- KUROMIYA, Hiroaki y MAMOULIA, Georges, «Anti-Russian y Anti-Soviet Subversion: The Caucasian-Japanese Nexus, 1904-1945», *Europe-Asia Studies*, Vol. 61, n.º 8, 2009, 1415-1440.
- KUROMIYA, Hiroaki y PEPŁOŃSKI, Andrzej, *Między Warszawą a Tokio: Polskojapońska współpraca wywiadowcza 1904-1944*, Toruń: Wydawnictwo Adam Marszałek, 2009.
- , «Stalin und die Spionage», *Transit*, n.º 38, 20-33.
- KUŚNIERZ, Robert, *Ukraina w latach kolektywizacji i wielkiego głodu*, Toruń: Grado, 2005.
- KUZ'NIATSOV, Ihar, (ed.), *Kanveer s'mertsy*, Minsk: Nasha Niva, 1997.
- LAGROU, Pieter, «La "Guerre Honorable" et une certaine idée de l'Occident. Mémoires de guerre, racisme et réconciliation après 1945», en François Marcot y Didier Musiedlak, (eds.), *Les Résistances, miroir des régimes d'oppression*. Allemagne, France, Italie, Besançon: Presses Universitaires de Franche-Comté, 2006, 395-412.
- LEE, Stephen J., *European Dictatorships 1918-1945*, Londres: Routledge, 2000.
- Trad.: *Dictaduras europeas 1918-1945*. Barcelona, Servidoc, 2004.
- , *Leningradskii martirolog 1937-1938*, St. Petersburg: Rossiiskaia natsional'naia biblioteka, 1996, Vol. 4.
- LEONOV, S. V., *Rozhdenie Sovetskoi imperii: Gosudarstvo i ideologiya, 1917-1922 gg.*, Moscú: Dialog MGU, 1997.
- LESCZYŃSKA, Zofia, «Z badań nad stratami inteligencji na Lubelszczyźnie w latach 1939-1944», en Zygmunt Mańkowski, (ed.), *Ausserordentliche Befriedungsaktion 1940 Akcja AB na ziemiach polskich*, Varsovia: GKBZpNP-IPN, 1992, 58-70.
- LEVINE, Hillel, *In Search of Sugihara*, Nueva York: The Free Press, 1996.
- LIBIONKA, Dariusz, «Apokryfy z dziejów Żydowskiego Związku Wojskowego i ich autorzy», *Zagłada Żydów. Studia i materiały*, n.º 1, 2005, 165-198.
- , «Głową w mur. Interwencje Kazimierza Papée, polskiego ambasadora przy Stolicy Apostolskiej, w sprawie zbrodni niemieckich w Polsce, listopad 1942-styczeń 1943», *Zagłada Żydów. Studia i materiały*, n.º 2, 2006, 292-314.
- , «Polska konspiracja wobec eksterminacji Żydów w dystrykcie warszawskim», en Barbara Engelking, Jacek Leociak, y Dariusz Libionka, (eds.), *Prowincja noc. Życie i zagłada Żydów w dystrykcie warszawskim*, Varsovia: IFiS PAN, 2007, 443-504.
- , «ZWZ-AK i Delegatura Rządu RP wobec eksterminacji Żydów polskich», en Andrzej Żbikowski, (ed.), *Polacy i Żydzi pod okupacją niemiecką 1939-1945*, *Studia i materiały*, Varsovia: IPN, 2006, 15-208.
- LIBIONKA, Dariusz y WEINBAUM, Laurence, «Deconstructing Memory y History: The Jewish Military Union (ZZW) y the Warsaw Ghetto Uprising», *Jewish Political Studies Review*, Vol. 18, Nos. 1-2, 2006, 1-14.
- , «Pomnik Apfelbauma, czyli klątwa "majora" Iwańskiego», *Więź*, n.º 4, 2007, 100-111.
- LIEBERMAN, Benjamin, *Terrible Fate: Ethnic Cleansing in the Making of Modern Europe*, Chicago: Ivan R. Dee, 2006.
- LIH, Lars T., *Bread y Authority in Russia, 1914-1921*, Berkeley: University of California Press, 1990.
- LIH, Lars T., NAUMOV, Oleg. V. y KHLEVNIUK, Oleg, (eds.), *Stalin's Letters to Molotov*, New Haven: Yale University Press, 1995.
- LONGERICH, Peter, *Heinrich Himmler: Biographie*, Berlin: Siedler, 2008.
- , *Politik der Vernichtung: Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistischen Judenverfolgung*, Munich: Piper, 1998.
- , *The Unwritten Order: Hitler's Role in the Final Solution*, Stroud: Tempus, 2001.
- LÖW, Andrea, *Juden im Getto Litzmannstadt: Lebensbedingungen, Selbstwahrnehmung, Verhalten*, Göttingen: Wallstein Verlag, 2006.
- LOWER, Wendy, *Nazi Empire-Building y the Holocaust in Ukraine*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005.
- , «"On Him Rests the Weight of the Administration": Nazi Civilian Rulers y the

Holocaust in Zhytomyr», en Ray Brandon y Wendy Lower, (eds.), *The Shoah in Ukraine: History, Testimony, y Memorialization*, Bloomington: Indiana University Press, 2008, 224-227.

LÜCK, Moritz Felix, «Partisanenbekämpfung durch SS und Polizei in Weißruthenien 1942. Die Kampfgruppe von Gottberg», en Alfons Kenkmann y Christoph Spieker, (eds.), *Im Auftrag: Polizei, Verwaltung und Verantwortung*, Essen: Klartext Verlag, 2001, 225-247.

LUKACS, John, *Five Days in London, May 1940*, New Haven: Yale University Press, 1999. Trad.: *Cinco días en Londres, mayo de 1940: Churchill solo frente a Hitler*, Madrid, Ediciones Turner, 2001.

–, *June 1941: Hitler y Stalin*, New Haven: Yale University Press, 2007. Trad.: *Junio de 1941, Hitler y Stalin*, Madrid, Ediciones Turner, 2007.

–, *The Last European War*, New Haven: Yale University Press, 1976.

LUKES, Igor, «The Rudolf Slansky Affair: New Evidence», *Slavic Review*, Vol. 58, n.º 1, 1999, 160-187.

LUKS, Leonid, «Zum Stalinschen Antisemitismus: Brüche und Widersprüche», *Jahrbuch für Historische Kommunismus-Forschung*, 1997, 9-50.

LUSTIGER, Arno, *Stalin y the Jews: The Red Book*, Nueva York: Enigma Books, 2003.

MACHCEWICZ, Paweł y PERSAK, Krzysztof (eds.), *Wokół Jedwabnego*, Varsovia: Instytut Pamięci Narodowej, 2002, 2 vols.

MACLEAN, French, *The Cruel Hunters: SS-Sonderkommando Dirlewanger: Hitler's Most Notorious Anti-Partisan Unit*, Atglen: Schiffer Military History, 1998.

–, *The Field Men: The SS Officers Who Led the Einsatzkommandos*, Atglen: Schiffer, 1999.

MACQUEEN, Michael, «Nazi Policy Toward the Jews in the Reichskommissariat Ostland, June-December 1941: From White Terror to Holocaust in Lithuania», en Zvi Gitelman, (ed.), *Bitter Legacy: Confronting the Holocaust in the USSR*, Bloomington: Indiana University Press, 1997, 91-103.

MADAJCZYK, Czesław, «Vom "Generalplan Ost" zum "Generalsiedlungsplan"», en Mechtild Rössler y Sabine Schleiermacher, (eds.), *Der «Generalplan Ost»: Hauptlinien der nationalsozialistischen Planungs- und Vernichtungspolitik*, Berlin: Akademie Verlag, 1993, 12-19.

MADAJCZYK, Czesław, GETTER, Marek y JANOWSKI, Andrzej, (eds.), *Ludność cywilna w Powstaniu Warszawskim*, Vol. 2, Varsovia: Państwowy Instytut Wydawniczy, 1974.

MADEJA, Krzysztof, ŻARYN, Jan y ŻUREK, Jacek, (eds.), *Księga świadectw. Skazani na karę śmierci w czasach stalinowskich i ich losy*, Varsovia: IPN, 2003.

MAKSUDOV, Sergei, «Victory over the Peasantry», *Harvard Ukrainian Studies*, Vol. 25, Nos. 3/4, 2001, 187-236.

–, «Raschelovechivanie», *Harvard Ukrainian Studies*, en preparación.

MALIA, Martin, *Alexander Herzen y the Birth of Russian Socialism, 1812-1855*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1961.

MALLMANN, Klaus-Michael, «"Rozwiązać przez jakikolwiek szybko działający środek: Policja Bezpieczeństwa w Łodzi a Shoah w Kraju Warty», en Aleksandra Namysło, (ed.), *Zagłada Żydów na polskich terenach wcielonych do Rzeszy*, Varsovia: IPN, 2008, 85-115.

MALLMANN, Klaus-Michael, BÖHLER, Jochen y MATTHÄUS, Jürgen *Einsatzgruppen in Polen: Darstellung und Dokumentation*, Darmstadt: WGB, 2008.

MAŃKOWSKI, Zygmunt, «Ausserordentliche Befriedungsaktion», en Zygmunt Mańkowski, (ed.), *Ausserordentliche Befriedungsaktion 1940 Akcja AB na ziemiach polskich*, Varsovia: GKBZpNP-IPN, 1992, 6-18.

MANOSCHEK, Walter, «Serbien ist judenfrei»: *Militärische Besatzungspolitik und Judenvernichtung in Serbien 1941/1942*, Munich: R. Oldenbourg Verlag, 1993.

MAROCHKO, Vasyl' y MOVCHAN, Ol'ha, *Holodomor v Ukraïni 1932-1933 rokiv: Khronika*, Kiev: Kyievo-Mohylians'ka Akademiia, 2008.

MARPLES, David «Kuropaty: The Investigation of a Stalinist Historical Controversy», *Slavic Review*, Vol. 53, n.º 2, 1994, 513-523.

MARRUS, Michael R., «Jewish Resistance to the Holocaust», *Journal of Contemporary History*, Vol. 30, n.º 1, 1995, 83-110.

MARSZAŁEK, Józef, «Akcja AB w dystrykcje lubelskim», en Zygmunt Mańkowski, (ed.), *Ausserordentliche Befriedungsaktion 1940 Akcja AB na ziemiach polskich*, Varsovia: GKBZpNP-IPN, 1992, 48-57.

MARTIN, Terry, *Affirmative Action Empire*, Ithaca: Cornell University Press, 2001.

–, «The 1932-1933 Ukrainian Terror: New Documentation on Surveillance y the

Thought Process of Stalin», en Wsevolod Isajiw, (ed.), *Famine-Genocide in Ukraine, 1932-1933*, Toronto: Ukrainian Canadian Research y Documentation Centre, 2003, 97-114.

–, «The Origins of Soviet Ethnic Cleansing», *Journal of Modern History*, Vol. 70, n.º 4, 1998, 813-861.

MASTNY, Wojtech, *The Cold War y Soviet Insecurity: The Stalin Years*, Oxford: Oxford University Press, 1996.

–, *The Czechs Under Nazi Rule: The Failure of National Resistance, 1939-1942*, Nueva York: Columbia University Press, 1971.

MATERSKI, Wojciech, *Tarcza Europy. Stosunki polsko-sowieckie 1918-1939*, Varsovia: Książka i Wiedza, 1994.

MATTHÄUS, Jürgen, «Controlled Escalation: Himmler's Men in the Summer of 1941 y the Holocaust in the Occupied Soviet Territories», *Holocaust and Genocide Studies*, Vol. 21, n.º 2, Fall 2007, 218-242.

–, «Reibungslos und planmäßig: Die Zweite Welle der Judenvernichtung im Generalkommissariat Weißruthenien (1942-1944)», *Jahrbuch für Antisemitismusforschung*, Vol. 4, n.º 4, 1995, 254-274.

MAVROGORDATO, Ralph y ZIEMKE, Earl, «The Polotsk Lowland», en John Armstrong, (ed.), *Soviet Partisans in World War II*, Madison: University of Wisconsin Press, 1964.

MAZOWER, Mark *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*, Nueva York, Vintage, 2000. Trad.: *La Europa negra*, Barcelona, Ediciones B, 2001.

–, *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe*, Londres: Allen Lane, 2008. Trad.: *El imperio de Hitler*, Barcelona, Crítica, 2008.

–, «Violence y the State in the Twentieth Century», *American Historical Review*, Vol. 107, n.º 4, 2002, 1147-1167.

MCCLOUGHLIN, Barry, «Mass Operations of the NKVD, 1937-8: A Survey», en Barry McLoughlin y Kevin McDermott, (eds.), *Stalin's Terror: High Politics y Mass Repression in the Soviet Union*, Houndsmill: Palgrave, 2003, 118-152.

MEGARGEE, Geoffrey, *War of Annihilation: Combat y Genocide on the Eastern Front, 1941*, Lanham: Rowman & Littlefield, 2007.

MENDELSON, Ezra, *The Jews of East Central Europe Between the World Wars*, Bloomington: Indiana University Press, 1983.

MERRIDALE, Catherine, *Ivan's War: Life y Death in the Red Army, 1939-1945*, Nueva York: Henry Holt, 2006. Trad.: *La guerra de los ivanes: el Ejército Rojo (1939-1945)*, Barcelona, Debate, 2007.

–, *Night of Stone: Death y Memory in Twentieth-Century Russia*, Nueva York: Viking, 2000.

MICHNIUK, Włodzimierz, «Z historii represji politycznych przeciwko Polakom na Białorusi w latach trzydziestych», en Wiesław Balcerak, (ed.), *Polska-Białoruś 1918-1945: Zbiór studiów i materiałów*, Varsovia: IH PAN, 1993, 112-120.

MIERECKI, Piotr, CHRISTOFOROW, Wasilij et al., (eds.), *Varshavskoe vosstanie 1944/Powstanie Warszawskie 1944*, Moscú-Varsovia, IHRAN-IPN, 2007.

MIESZKOWSKA, Anna, *Matka dzieci Holocaustu: Historia Ireny Sendlerowej*, Varsovia: Muza SA, 2008.

MILGRAM, Stanley, «Behavior Study of Obedience», *Journal of Abnormal y Social Psychology*, Vol. 67, n.º 2, 1963, 371-378. Trad.: *Obediencia a la autoridad: un punto de vista experimental*, Bilbao, Desclee de Brouwer, 2011.

MILLWARD, James A., *Eurasian Crossroads: A History of Xinjiang*, Londres: Hurst & Company, 2007.

MIŁOSZ, Czesław, *Legends of Modernity: Essays y Letters from Occupied Poland, 1942-43*, Nueva York: Farrar, Strauss, y Giroux, 2005.

MILTON, Sybil, (ed.), *The Strop Report*, Nueva York: Random House, 1979.

MILWARD, Alan S., *The German Economy at War*, Londres: Athlone Press, 1965.

MIRONOWICZ, Eugeniusz, *Białoruś*, Varsovia: Trio, 1999.

MŁYNARCZYK, Jacek Andrzej, «Akcja Reinhardt w gettach prowincjonalnych dystryktu warszawskiego 1942-1943», en Barbara Engelking, Jacek Leociak, y Dariusz Libionka, (eds.), *Prowincja noc. Życie i zagłada Żydów w dystrykcie warszawskim*, Varsovia: IFiS PAN, 2007, 39-74.

–, *Judenmord in Zentralpolen: Der Distrikt Radom im Generalgouvernement 1939-1945*, Darmstadt: WGB, 2007.

–, «Treblinka-ein Todeslager der "Aktion Reinhardt,"» en Bogdan Musial, (ed.), *Aktion Reinhardt, Der Völkermord an den Juden im Generalgouvernement 1941-1944*, Osnabrück: Fibre, 2004, 257-281.

- MŁYNARSKI, Bronisław, *W niewoli sowieckiej*, Londres: Gryf Printers, 1974.
- MOCZARSKI, Kazimierz, *Rozmowy z katem*, Cracow: Znak, 2009.
- MONTEFIORE, Simon Sebag, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2003. Trad.: *La corte del zar rojo*, Barcelona, Cátedra, 2010.
- MORRIS, James, «The Polish Terror: Spy Mania y Ethnic Cleansing in the Great Terror», *Europe-Asia Studies*, Vol. 56, n.º 5, Julio de 2004, 751-766.
- MOTYKA, Grzegorz, «Tragedia jeńców sowieckich na ziemiach polskich podczas II wojny światowej», manuscrito no publicado, 2009.
- , *Ukraińska partyzantka 1942-1960*, Varsovia: Rytm, 2006.
- MOYN, Samuel, «In the Aftermath of Camps», en Frank Biess y Robert Mueller, (eds.), *Histories of the Aftermath: The Legacies of the Second World War*, Nueva York: Berghahn Books, 2010.
- MULLIGAN, Timothy Patrick, *The Politics of Illusion y Empire: German Occupation Policy in the Soviet Union, 1942-1943*, Nueva York: Praeger, 1988.
- MUSIAŁ, Bogdan, *Na zachód po trupie Polski*, Varsovia: Prószyński, 2009.
- , «"Przypadek modelowy dotyczący eksterminacji Żydów": Początki "akcji Reinhardt"-planowanie masowego mordu Żydów w Generalnym Gubernatorstwie», Dariusz Libionka, (ed.), *Akcja Reinhardt. Zagłada Żydów w Generalnym Gubernatorstwie*, Varsovia: IPN, 2004, 15-38.
- , *Sowjetische Partisanen 1941-1944: Mythos und Wirklichkeit*, Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2009.
- , (ed.), *Sowjetische Partisanen in Weißrussland: Innenansichten aus dem Gebiet Baranoviči*, Munich: R. Oldenbourg Verlag, 2004.
- NAIMARK, Norman, *Fires of Hatred: Ethnic Cleansing in Twentieth-Century Europe*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2001.
- , «Gomułka y Stalin: The Antisemitic Factor in Postwar Polish Politics», en Murray Baumgarten, Peter Kenez, y Bruce Thompson, (eds.), *Varieties of Antisemitism: History, Ideology, Discourse*, Newark: University of Delaware Press, 2009, 237-250.
- , *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1995.
- NAUMOV, Leonid, *Bor'ba v rukovodstve NKVD v 1936-1938 gg.*, Moscú: Modern-A, 2006.
- , *Stalin i NKVD*, Moscú: Iauza, 2007.
- NIKOL'SKIJ, Vladimir, «Die "Kulakenoperation" im ukrainischen Donbass», en Rolf Binner, Bernd Bonwetsch, y Marc Junge, (eds.), *Stalinismus in der sowjetischen Provinz 1937-1938*, Berlin: Akademie Verlag, 2010, 613-640.
- NIKOL'S'KYI, V. M., *Represywna diial'nist' orhaniv derzhavnoï bezpeky SRSR v Ukraïni*, Donetsk: Vydavnytstvo Donets'koho Natsional'noho Universytetu, 2003.
- NITSCHKE, Bernadetta, *Wysiedlenie ludności niemieckiej z Polski w latach 1945-1949*, Zielona Góra: Wyższa Szkoła Pedagogiczna im. Tadeusza Kotarbińskiego, 1999.
- NOLTE, Hans-Heinrich, «Partisan War in Belorussia, 1941-1944», en Roger Chickering, Stig Förster, y Bernd Greiner, (eds.), *A World at Total War: Global Conflict y the Politics of Destruction, 1937-1945*, Cambridge: Cambridge University Press, 2005, 261-276.
- NOWAK, Andrzej, *Polska a trzy Rosje*, Cracow: Arcana, 2001.
- , «Obóz zagłady Treblinka», *Biuletyn Głownej Komisji Badania Zbrodni Niemieckich w Polsce*, n.º 1, 1946, 133-144.
- OLARU-CEMIRTAN, Viorica, «Wo die Züge Trauer trugen: Deportationen in Bessarabien, 1940-1941», *Osteuropa*, Vol. 59, Nos. 7-8, 2009, 219-226.
- , *Operatsia «Seim» 1944-1946/Operacja «Sejm» 1944-1946*, Varsovia-Kiev: IPN, 2007.
- ORTH, Karin, *Das System der nationalsozialistischen Konzentrationslager. Eine politische Organisationsgeschichte*, Hamburg: Hamburger Edition, 1999.
- ORWELL, George, *Homage to Catalonia*, San Diego: Harcourt Brace Jovanovich, 1980. Trad.: *Homenaje a Cataluña*, Madrid, Ediciones El País, 2003.
- , *Orwell and Politics*, Londres: Penguin, 2001.
- OVERMANS, Rüdiger, *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg*, Munich: Oldenbourg, 1999.
- , «Die Kriegsgefangenenpolitik des Deutschen Reiches 1939 bis 1945», en Jörg Echternkamp, (ed.), *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, Vol. 9/2, Munich: Deutsche Verlags-Anstalt, 2005.
- , «Personelle Verluste der deutschen Bevölkerung durch Flucht und Vertreibung»,

Dzieje Najnowsze, Vol. 26, n.º 2, 1994, 50-65.

PACZKOWSKI, Andrzej, «Pologne, la "nation ennemie,"» en Stéphane Courtois, Nicolas Werth, Jean-Louis Panné, Andrzej Paczkowski, Karel Bartosek, y Jean-Louis Margolin, (eds.), *Le livre noir du communisme: Crimes, terreur, repression*, París: Robert Laffont, 1997. Trad. *El libro negro del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2010.

–, *Pół wieku dziejów Polski*, Varsovia: PWN, 2005.

–, *Trzy twarze Józefa Światła. Przyczynek do historii komunizmu w Polsce*, Varsovia: Prószyński i S-ka, 2009.

–, *Pamiętniki znalezione w Katyniu*, París: Editions Spotkania, 1989.

–, «Akcja AB w Krakowie», en Zygmunt Mańkowski, (ed.), *Ausserordentliche Befriedungsaktion 1940 Akcja AB na ziemiach polskich*, Varsovia: GKBZpNP-IPN, 1992, 43-47.

PAPUHA, Yaroslav, *Zakhidna Ukraïna i holodomor 1932-1933 rokiv*, Lviv: Astroliabiiia, 2008.

PARRIS, Michael, *The Lesser Terror: Soviet State Security, 1939-1953*, Santa Barbara: Praeger, 1996.

PAULSSON, Gunnar S., *Secret City: The Hidden Jews of Warsaw 1940-1945*, New Haven: Yale University Press, 2002.

PAWLOWITCH, Stevan L., *Hitler's New Disorder: The Second World War in Yugoslavia*, Nueva York: Columbia University Press, 2008.

PETROV, Nikita, y Skorkin, K. V., *Kto rukovodil NKVD, 1934-1941*, Moscú, Zven'ia, 1999.

PETROV, N. V. y Roginskii, A. B., «"Pol'skaia operatsiia" NKVD 1937-1938 gg.», en A. Ie. Gurianov, (ed.), *Repressii protiv poliakov i pol'skikh grazhdan*, Moscú: Zven'ia, 1997, 22-43.

PIANCIOLA, Niccolo, «The Collectivization Famine in Kazakhstan», en Halyna Hryn, (ed.), *Hunger by Design: The Great Ukrainian Famine in Its Soviet Context*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2008, 103-116.

PIETRZYKOWSKI, Jan, «Akcja AB na ziemi częstochowskiej i radomszczańskiej», en Zygmunt Mańkowski, (ed.), *Ausserordentliche Befriedungsaktion 1940 Akcja AB na ziemiach polskich*, Varsovia: GKBZpNP-IPN, 1992, 107-123.

–, *Akcja AB w Częstochowie*, Katowice: Wydawnictwo Śląsk, 1971.

PINKUS, Benjamin, «The Deportation of the German Minority in the Soviet Union, 1941-1945», en Bernd Wegner, (ed.), *From Peace to War: Germany, Soviet Russia, y the World, 1939-1941*, Providence: Berghahn Books, 1997, 449-462.

PIPES, Richard, *The Formation of the Soviet Union*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1997.

–, *Struve*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1970-1980, 2 vols.

POHL, Dieter, *Nationalsozialistische Judenverfolgung in Ostgalizien: Organisation und Durchführung eines staatlichen Massenverbrechens*, Munich: Oldenbourg, 1996.

–, «Schauplatz Ukraine: Der Massenmord an den Juden im Militärverwaltungsgebiet und im Reichskommissariat 1941-1943», en Norbert Frei, Sybille Steinbacher, y Bernd C. Wagner, (eds.), *Ausbeutung, Vernichtung, Öffentlichkeit: Neue Studien zur nationalsozialistischen Lagerpolitik*, Munich: K. G. Saur, 2000, 135-179.

–, «Ukrainische Hilfskräfte beim Mord an den Juden», en Gerhard Paul, (ed.), *Die Täter der Shoah*, Göttingen: Wallstein Verlag, 2002.

–, *Verfolgung und Massenmord in der NS-Zeit 1933-1945*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2008.

–, «Znaczenie dystryktu lubelskiego w "ostatecznym rozwiązaniu kwestii żydowskiej"», en Dariusz Libionka, (ed.), *Akcja Reinhardt: Zagłada Żydów w Generalnym Gubernatorstwie*, Varsovia: IPN, 2004, 39-53.

POLIAN, Pavel, *Against Their Will: The History y Geography of Forced Migrations in the USSR*, Budapest: CEU Press, 2004.

–, «Hätte der Holocaust beinahe nicht stattgefunden? Überlegungen zu einem Schriftwechsel im Wert von zwei Millionen Menschenleben», en Johannes Hurter y Jürgen Zarusky, (eds.), *Besatzung, Kollaboration, Holocaust*, Munich: R. Oldenbourg Verlag, 2008, 1-20.

–, «La violence contre les prisonniers de guerre soviétiques dans le IIIe Reich et un URSS», en S. Audoin-Rouzeau, A. Becker, Chr. Ingrao, y H. Rouso, (eds.), *La violence de guerre 1914-1945*, París: Éditions Complexes, 2002, 117-131.

POLONSKY, Antony, *Politics in Independent Poland 1921-1939: The Crisis of Constitutional Government*, Oxford: Clarendon Press, 1972.

POPRZECZNY, Joseph, *Odilo Globocnik, Hitler's Man in the East*, Jefferson: McFarland & Company, 2004.

POTICHNIJ, Peter J., «The 1946-1947 Famine in Ukraine: A Comment on the Archives of the Underground», Wsevolod Isajiw, (ed.), *Famine-Genocide in Ukraine, 1932-1933*, Toronto: Ukrainian Canadian Research y Documentation Centre, 2003, 185-189.

POTOCKI, Robert *Polityka państwa polskiego wobec zagadnienia ukraińskiego w latach 1930-1939*, Lublin: IEŚW, 2003.

POWER, Samantha, «A Problem from Hell»: *America y the Age of Genocide*, Nueva York: Basic Books, 2002.

PRYSTAIKO, Volodymyr y SHAPOVAL, Iurii (eds.), *Sprawa «Spilky Vyzvolennia Ukraïny»*, Kiev: Intel, 1995.

–, *Proces z vedením protistátního spikleneckého centra v čele s Rodolfem Slánským*, Prague: Ministerstvo Spravedlnosti, 1953.

PROJEKTGRUPPE BELARUS, (ed.), «Existiert das Ghetto noch?» *Weißrussland: Jüdisches Überleben gegen nationalsozialistische Herrschaft*, Berlin: Assoziation A, 2003.

PROŤKO, T. S., *Stanovlenie sovetskoi totalitarnoi sistemy v Belarusi: 1917-1941 gg: (1917-1941)*, Minsk: Tesei, 2002.

PRUSIN, Alexander V., «A Community of Violence: The SiPo/SD y its Role in the Nazi Terror System in Generalbezirk Kiew», *Holocaust y Genocide Studies*, Vol. 21, n.º 1, 2007, 1-30.

PUŁAWSKI, Adam, *W obliczu Zagłady. Rząd RP na Uchodźstwie, Delegatura Rządu RP na Kraj, ZWZ-AK wobec deportacji Żydów do obozów zagłady (1941-1942)*, Lublin: IPN, 2009.

RADICE, E. A., «Economic Developments in Eastern Europe Under German Hegemony» en Martin McCauley, (ed.), *Communist Power in Europe 1944-1949*, Nueva York: Harper y Row, 1977, 3-21.

–, «General Characteristics of the Region Between the Wars», en Michael Kaser, (ed.), *An Economic History of Eastern Europe*, Vol. 1, Nueva York: Oxford University Press, 1984.

RAJCHMAN, Chil, *Je suis le dernier Juif*, trans. Gilles Rozier, París: Éditions des Arenes, 2009.

RAJGRODZKI, J., «Jedenaście miesięcy w obozie zagłady w Treblince», *Biuletyn Żydowskiego Instytutu Historycznego*, n.º 25, 1958, 101-118.

RALEIGH, Donald J., «The Russian Civil War, 1917-1922», en Ronald Grigor Suny, (ed.), *Cambridge History of Russia*, Vol. 3, Cambridge: Cambridge University Press, 2006, 140-167.

REDLICH, Shimon, *Propaganda y Nationalism in Wartime Russia: The Jewish Anti-Fascist Committee in the USSR, 1941-1948*, Boulder: East European Monographs, 1982.

–, *War, Holocaust, and Stalinism: A Documented History of the Jewish Anti-Fascist Committee in the USSR*, Luxembourg: Harwood, 1995.

REGUŁA, Jan Alfred [Józef Mitzenmacher or Mieczysław Mützenmacher], *Historia Komunistycznej Partji Polski*, Toruń: Portal, 1994 [1934].

REIN, Leonid, «Local Collaboration in the Execution of the "Final Solution" in Nazi-Occupied Belarussia», *Holocaust y Genocide Studies*, Vol. 20, n.º 3, 2006, 381-409.

–, «Relacje dwóch zbiegów z Treblinka II», *Biuletyn Żydowskiego Instytutu Historycznego*, n.º 40, 1961, 78-88.

RIEBER, Alfred J., «Civil Wars in the Soviet Union», *Kritika*, Vol. 4, n.º 1, 2003, 129-162.

RIEGER, Berndt, *Creator of the Nazi Death Camps: The Life of Odilo Globocnik*, Londres: Vallentine Mitchell, 2007.

RIESS, Volker, «Christian Wirth-Inspekteur der Vernichtungslager», en Klaus-Michael Mallmann y Gerhard Paul, (eds.) *Karrieren der Gewalt: Nationalsozialistische Täterbiographien*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2004, 239-251.

RITTERSPORN, Gabor, *Stalinist Simplifications y Soviet Complications: Social Tensions y Political Conflict in the USSR, 1933-1953*, Chur: Harwood, 1991.

ROBERTS, Henry L., *Rumanía: Political Problems of an Agrarian State*, New Haven: Yale University Press, 1951.

ROMANOWSKY, Daniel, «Nazi Occupation in Northeastern Belarus y Western Russia», en Zvi Gitelman, (ed.), *Bitter Legacy: Confronting the Holocaust in the USSR*,

Bloomington: Indiana University Press, 1997, 230-252.

RÖMER, Felix, *Der Kommissarbefehl: Wehrmacht und NS-Verbrechen an der Ostfront 1941/42*, Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2008.

ROOS, Hans, *Polen und Europa: Studien zur polnischen Außenpolitik*, Tübingen: J.C.B. Mohr, 1957.

ROSEMAN, Mark, *The Villa, the Lake, the Meeting: Wannsee y the Final Solution*, Nueva York: Penguin, 2003. Trad.: *La villa, el lago, la reunión: la conferencia de Wannsee y la Solución Final*, Barcelona, RBA, 2002.

ROSSINO, Alexander B., *Hitler Strikes Poland: Blitzkrieg, Ideology, y Atrocity*, Lawrence: University Press of Kansas, 2003.

ROTHSCHILD, Joseph, *Piłsudski's Coup d'Etat*, Nueva York: Columbia University Press, 1966.

ROUSSET, David, *L'univers concentrationnaire*, París: Éditions du Pavois, 1946. Trad.: *El universo concentracionario*, Barcelona, Anthropos, 2004.

ROZENBAUM, Włodzimierz, «The March Events: Targeting the Jews», *Polin*, Vol. 21, 2008, 62-93.

RUBENSTEIN, Joshua y ALTMAN, Ilya (eds.), *The Unknown Black Book: The Holocaust in the German-Occupied Soviet Territories*, Bloomington: Indiana University Press, 2008.

RUBL'OV, Oleksandr y REPRINTSEV, Vladimir, «Represii proty poliakiv v Ukraïni u 30-ti roky», *Z arkhiviv V.U.Ch.K H.P.U N.K.V.D K.H.B*, Vol. 1, n.º 2, 1995, 119-146.

RUDYCH, F. M., KURAS, I. F., PANCHUK, M. I., PYRIH, P. Ia. y SOLDATENKO, V. F. (eds.), *Holod 1932-1933 rokov na Ukraïni: Ochyma istorykiv, movoiu dokumentiv*, Kiev: Vydavnytstvo Politychnoi Literatury Ukrainy, 1990.

RUSINIAK, Martyna, *Obóz zagłady Treblinka II w pamięci społecznej (1943-1989)*, Varsovia: Neriton, 2008.

RUSS, Hartmut, «Wer war verantwortlich für das Massaker von Babij Jar?» *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, Vol. 57, n.º 2, 1999, 483-508.

RUTHERFORD, Philip T., *Prelude to the Final Solution: The Nazi Program for Deporting Ethnic Poles, 1939-1941*, Lawrence: University Press of Kansas, 2007.

SAKAMOTO, Pamela Rotner, *Japanese Diplomats y Jewish Refugees: A World War II Dilemma*, Westport: Praeger, 1998.

SAKHAROV, A. N. et al., (eds.), «Sovershenno sekretno»: *Lubianka-Stalinu o polozhenii v strane (1922-1934 gg.)*, Vol. 6, Moscú: RAN 2002.

SAKOWSKA, Ruta (ed.), *Archiwum Ringelbluma. Tom 2: Dzieci-tajne nauczanie w getcie warszawskim*, Varsovia: ŻIH, 2000.

–, *Ludzie z dzielnicy zamkniętej. Żydzi w Warszawie w okresie hitlerowskiej okupacji*, Varsovia: PAN, 1975.

SALISBURY, Harrison E., *The 900 Days: The Siege of Leningrad*, Nueva York: Harper & Row, 1969. Trad.: *Los novecientos días*, Barcelona, Plaza & Janés, 1970.

SALOMINI, Antonella, *L'Union soviétique et la Shoah*, trans. Marc Saint-Upéry, París: La Découverte, 2007.

SANDKÜHLER, Thomas, «Endlösung» in Galizien: *Der Judenmord in Ostpolen und die Rettungsinitiativen von Berthold Beitz, 1941-1944*, Bonn: Dietz, 1996.

[SAWICKI, Jerzy], *Zburzenie Warszawy*, Katowice: Awir, 1946.

SCHEFFLER, Wolfgang, «Probleme der Holocaustforschung», en Stefi Jersch-Wenzel, (ed.) *Deutsche-Polen-Juden. Ihre Beziehungen von den Anfängen bis ins 20. Jahrhundert*, Berlin: Colloquium Verlag, 1987, 259-281.

SCHENKE, Cornelia, *Nationalstaat und nationale Frage: Polen und die Ukraine 1921-1939*, Hamburg: Dölling und Galitz Verlag, 2004.

SCHLEMMER, Thomas, *Die Italiener an der Ostfront*, Munich: R. Oldenbourg Verlag, 2005.

SCHLÖGEL, Karl, *Terror und Traum: Moskau 1937*, Munich: Carl Hanser Verlag, 2008.

–, *Sefer Lutsk*, Tel Aviv: Irgun Yots'e Lutsk be-Yisrael, 1961.

SEIDEL, Robert, *Deutsche Besatzungspolitik in Polen: Der Distrikt Radom 1939-1945*, Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2006.

SEN, Amartya, *Poverty y Famines: An Essay on Entitlement y Deprivation*, Oxford: Oxford University Press, 1982.

SERBYN, Roman, «Lemkin on Genocide of Nations», *Journal of International Criminal Justice*, Vol. 7, n.º 1, 2009, 123-130.

SERENY, Gitta, *Into That Darkness: From Mercy Killing to Mass Murder*, Nueva York: McGraw Hill, 1974. Trad.: *En aquellas tinieblas*, Madrid, Unión Editorial, 1978.

SERVICE, Robert, *Stalin: A Biography*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2004. Trad.: *Stalin: una biografía*, Madrid, Siglo XXI.

SERWAŃSKI, Edward, *Życie w powstańczej Warszawie*, Varsovia: Instytut Wydawniczy PAX, 1965.

SEVOSTIANOV, G. N. et al., (eds.), «Sovershenno sekretno»: Lubianka-Stalinu o polozhenii v strane (1922-1934 gg.), Vol. 4, Moscú: RAN, 2001.

ŠAPOVAL, Jurij, «Die Behandlung der "ukrainischen Nationalisten" im Gebiet Kiev», en Rolf Binner, Bernd Bonwetsch, y Marc Junge, (eds.), *Stalinismus in der sowjetischen Provinz 1937-1938*, Berlin: Akademie Verlag, 2010, 334-351.

ŠAPOVAL, Iurii, «Holodomor i ioho zv'iazok iz represiiamy v Ukraïni u 1932-1934 rokakh», *Harvard Ukrainian Studies*, forthcoming.

–, *Liudyna i systema: Shtrykhy do portretu totalitarnoi doby v Ukraïni*, Kiev: Natsional'na Akademiia Nauk Ukraïny, 1994.

–, «Lügen und Schweigen: Die unterdrückte Erinnerung an den Holodomor», *Osteuropa*, Vol. 54, n.º 12, 2009, 131-145.

–, «III konferentsiia KP(b)U: proloh trahedii holodu», en Valerii Vasiliev y Iurii Shapoval, (eds.), *Komandyry velykoho holodu*, Kiev: Heneza, 2001, 152-165.

–, «Vsevolod Balickij, bourreau et victime», *Cahiers du Monde russe*, Vol. 44, Nos. 2-3, 2003, 371-384.

ŠAPOVAL, Iurii, PRYSTAIKO, Volodymyr y ZOLOTAR'OV, Vadym (eds.), *ChK-HPU-NKVD v Ukraïni: Osoby, fakty, dokumenty*, Kiev: Abrys, 1997.

–, «Vsevolod Balyts'kyi», en *ChK-HPU-NKVD v Ukraïni: Osoby, fakty, dokumenty*, Kyiv: Abrys, 1997.

SHEARER, David R., «Social Disorder, Mass Repression, y the NKVD During the 1930s», *Cahiers du Monde russe*, Vol. 42, Nos. 2-3/4, 2001, 506-534.

SHEPHERD, Ben, *War in the Wild East: The German Army y Soviet Partisans*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2004.

SHORE, Marci, *Caviar y Ashes: A Warsaw Generation's Life y Death in Marxism*, New Haven: Yale University Press, 2006.

–, «Children of the Revolution: Communism, Zionism, y the Berman Brothers», *Jewish Social Studies*, Vol. 10, n.º 3, 2004, 23-86.

–, «Język, pamięć i rewolucyjna awangarda. Kształtowanie historii powstania w getcie warszawskim w latach 1944-1950», *Biuletyn Żydowskiego Instytutu Historycznego*, n.º 3 (188), 1998, 43-60.

SHORE, Zachary, *What Hitler Knew: The Battle for Information in Nazi Foreign Policy*, Oxford: Oxford University Press, 2003.

SHUMEJKO, M. F., «Die NS-Kriegsgefangenenlager in Weißrussland in den Augen des Militärarztes der Roten Armee, L. Atanasyan», en V. Selemenev et al., (eds.), *Sowjetische und deutsche Kriegsgefangene in den Jahren des Zweiten Weltkriegs*, Dresden-Minsk, 2004.

SHUMUK, Danylo, *Perezhyte i peredumane*, Kiev: Vydavnyts'tvo imeni Oleny Telihy, 1998.

SIEGELBAUM, Lewis, *Soviet State y Society Between Revolutions*, Cambridge: Cambridge University Press, 1992.

SIEGELBAUM, Lewis y SOKOLOV, Andrei, *Stalinism as a Way of Life*, New Haven: Yale University Press, 2004.

SIMMONS, Cynthia y PERLINA, Nina (eds.), *Writing the Siege of Leningrad*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2002.

SIMON, Gerhard, «Holodomor als Waffe: Stalinismus, Hunger und der ukrainische Nationalismus», *Osteuropa*, Vol. 54, n.º 12, 2004, 37-56.

SIMONS, Jr., Thomas W., *Eastern Europe in the Postwar World*, Nueva York: St. Martin's, 1993.

SLEPYAN, Kenneth, *Stalin's Guerillas: Soviet Partisans in World War II*, Lawrence: University of Kansas Press, 2006.

–, «The Soviet Partisan Movement y the Holocaust», *Holocaust y Genocide Studies*, Vol. 14, n.º 1, 2000, 1-27.

SLIVKA, Ivan (ed.), *Deportatsiï*, Lviv: Natsional'na Akademiia Nauk Ukraïny, 1996.

SMILOVITSKY, Leonid, «Antisemitism in the Soviet Partisan Movement, 1941-1944: The Case of Belorussia», *Holocaust y Genocide Studies*, Vol. 20, n.º 2, 2006, 207-234.

SMITH, Jeremy, *The Bolsheviks y the National Question*, Nueva York: St. Martin's, 1999.

SMOLAR, Hersh, *The Minsk Ghetto: Soviet-Jewish Partisans Against the Nazis*,

Nueva York: Holocaust Library, 1989.

SNYDER, Timothy, «Caught Between Hitler y Stalin», Nueva York Review of Books, Vol. 56, n.º 7, 30 April 2009.

–, «The Causes of Ukrainian-Polish Ethnic Cleansing, 1943», Past y Present, n.º 179, 2003, 197-234.

–, «The Life y Death of West Volhynian Jews, 1921-1945», en Ray Brandon y Wendy Lower, (eds.), The Shoah in Ukraine: History, Testimony, y Memorialization, Bloomington: Indiana University Press, 2008, 77-113.

–, «Nazis, Soviets, Poles, Jews», Nueva York Review of Books, Vol. 56, n.º 19, 3 December 2009.

–, The Reconstruction of Nations: Poland, Ukraine, Lithuania, Belarus, 1569-1999, New Haven: Yale University Press, 2003.

–, «“To Resolve the Ukrainian Problem Once y for All”: The Ethnic Cleansing of Ukrainians in Poland, 1943-1947», Journal of Cold War Studies, Vol. 1, n.º 2, 1999, 86-120.

–, Sketches from a Secret War: A Polish Artist’s Mission to Liberate Soviet Ukraine, New Haven: Yale University Press, 2005.

–, «Wartime Lies», The Nation, 6 January 2006.

SOBÓR-ŚWIDERSKA, Anna, Jakub Berman: biografia komunisty, Varsovia: IPN, 2009.

SOHN-RETHEL, Alfred, Industrie und Nationalsozialismus: Aufzeichnungen aus dem «Mitteleuropäischen Wirtschaftstag», (ed.) Carl Freytag, Wagenbach: Berlín, 1992.

SOKOLOV, A. K., «Metodologicheskie osnovy ischisleniia poter’ naseleniia SSSR v gody Velikoi Otechestvennoi Voyny», en R. B. Evdokimov, (ed.), Liudskie poteri SSSR v period vtoroi mirovoi voyny, St. Petersburg: RAN, 1995, 18-24.

SOKOLOV, Boris, «How to Calculate Human Losses During the Second World War», Journal of Slavic Military Studies, Vol. 22, n.º 3, 2009, 437-458.

SOLOMON, Peter J., Soviet Criminal Justice Under Stalin, Cambridge: Cambridge University Press, 1996.

SPECTOR, Shmuel, The Holocaust of Volhynian Jews 1941-1944, Jerusalem: Yad Vashem, 1990.

SPEKTOR, Szmuel, , «Żydzi wołyńscy w Polsce międzywojennej i w okresie II wojny światowej (1920-1944)», en Krzysztof Jasiewicz, (ed.), Europa Nieprowincjonalna, Varsovia: Instytut Studiów Politycznych PAN, 1999, 566-578.

–, «Sprawozdania świetliczanek z getta warszawskiego», Biuletyn Żydowskiego Instytutu Historycznego, n.º 94, 1975, 57-70.

STANG, Knut, «Dr. Oskar Dirlewanger-Protagonist der Terrorkriegsführung», en Klaus-Michael Mallmann, (ed.), Karrieren der Gewalt: Nationalsozialistische Täterbiographien, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2004, 66-75.

STANKOWSKI, Witold, Obozy i inne miejsca odosobnienia dla niemieckiej ludności cywilnej w Polsce w latach 1945-1950, Bydgoszcz: Akademia Bydgoska, 2002.

STANĚK, Tomáš, Odsun Němců z Československa 1945-1947, Prague: Akademia Naše Vojsko, 1991.

STARK, Tamás, Hungarian Jews During the Holocaust y After the Second World War: A Statistical Review, Boulder: East European Monographs, 2000.

–, Hungary’s Human Losses in World War II, Uppsala: Centre for Multiethnic Research, 1995.

STEINBERG, Jonathan, «The Third Reich Reflected: German Civil Administration in the Occupied Soviet Union», English Historical Review, Vol. 110, n.º 437, 1995, 620-651.

STĘPIEŃ, Stanisław (ed.), Polacy na Ukrainie: Zbiór dokumentów 1917-1939, Przemyśl: Południowo-Wschodni Instytut Naukowy, 1998.

STOLA, Dariusz, «The Hate Campaign of March 1968: How Did It Become Anti-Jewish?» Polin, Vol. 21, 2008, 16-36.

–, Kampania antysyjonistyczna w Polsce 1967-1968, Varsovia: IH PAN, 2000.

STONE, Norman, The Eastern Front, 1914-1917, Nueva York: Penguin, 1998.

STREIM, Alfred, Die Behandlung sowjetischer Kriegsgefangener im «Fall Barbarossa», Heidelberg: C. F. Müller Juristischer Verlag, 1981.

STREIT, Christian, «The German Army y the Policies of Genocide», en Gerhard Hirschfeld, (ed.), The Polices of Genocide: Jews y Soviet Prisoners of War in Nazi Germany, Londres: Allen & Unwin, 1986.

–, Keine Kameraden: Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen 1941-1945, Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1978.

STRONSKI, Henryk, «Deportacja-masowe wywózki ludności polskiej z Ukrainy do

Kazachstanu w 1936 roku», Przegląd Polonijny, Vol. 23, n.º 3, 1997, 108-121.

–, Represje stalinizmu wobec ludności polskiej na Ukrainie w latach 1929-1939, Varsovia: Wspólnota Polska, 1998.

STRZELECKI, Andrzej, Deportacja Żydów z getta łódzkiego do KL Auschwitz i ich zagłada, Oświęcim: Państwowe Muzeum Auschwitz Birkenau, 2004.

SUBTELNY, Orest, «German Diplomatic Reports on the Famine of 1933», en Wsevolod Isajiw, (ed.), Famine-Genocide in Ukraine, 1932-1933, Toronto: Ukrainian Canadian Research y Documentation Centre, 2003, 13-26.

SULLIVAN, Gordon R. et al., National Security y the Threat of Climate Change, Alexandra: CNA Corporation, 2007.

SUNY, Ronald Grigor, «Reading Russia y the Soviet Union in the Twentieth Century: How “the West” Wrote Its History of the USSR», en idem, (ed.), Cambridge History of Russia, Vol. 3, Cambridge: Cambridge University Press, 2006, 5-64.

SWIANIEWICZ, Stanisław, In the Shadow of Katyń, Calgary: Borealis, 2002.

SZAPIRO, Paweł (ed.), Wojna żydowsko-niemiecka, Londres: Aneks, 1992.

SZAYNOK, Bożena, Z historią i Moskwą w tle: Polska a Izrael 1944-1968, Varsovia: IPN, 2007.

SZPORLUK, Roman, Russia, Ukraine, y the Breakup of the Soviet Union, Stanford: Hoover Press, 2000.

SZYBIEKA, Zachar, Historia Białorusi, 1795-2000, Lublin: IESW, 2002.

TAYLOR, Sally J., «A Blanket of Silence: The Response of the Western Press Corps in Moscow to the Ukraine Famine of 1932-1933», en Wsevolod Isajiw, (ed.), Famine-Genocide in Ukraine, 1932-1933, Toronto: Ukrainian Canadian Research y Documentation Centre, 2003, 77-95.

TEC, Nechama, Defiance: The Bielski Partisans, Nueva York: Oxford University Press, 1993.

THER, Philipp, Deutsche und polnische Vertriebene: Gesellschaft und Vertriebenenpolitik in SBZ/DDR und in Polen 1945-1956, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 1998.

TODOROV, Tzvetan, Les Aventuriers de l’Absolu, París: Robert Laffont, 2006.

Trad.: Los aventureros de lo absoluto, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007.

–, Face à l’extrême, París: Editions de Seuil, 1991.

–, Mémoire du mal, Tentacion du Bien: Enquête sur le siècle, París: Robert Laffont, 2000. Trad.: Memoria del mal, tentación del bien, Península, Barcelona, 2002.

TOKARZEWSKI-KARASZEWICZ, Michał, «U podstaw tworzenia Armii Krajowej», Zeszyty Historyczne, n.º 56, 1981, 124-157.

TOMASZEWSKI, Jerzy, Preludium Zagłady. Wyznanie Żydów polskich z Niemiec w 1938 r., Łódź: PWN SA, 1998.

TOMKIEWICZ, Monika, Zbrodnia w Ponarach 1941-1944, Varsovia: IPN, 2008.

TOOZE, Adam, The Wages of Destruction: The Making y Breaking of the Nazi Economy, Nueva York: Viking, 2007.

TORAŃSKA, Teresa, Oni, Londres: Aneks, 1985.

TORZECKI, Ryszard, Kwestia ukraińska w Polsce w latach 1923-1939, Cracow: Wydawnictwo Literackie, 1989.

–, «Treblinka», en M. Blumental, (ed.), Dokumenty i materialy. Obozy, Łódź: Wydawnictwa Centralnej Żydowskiej Komisji Historycznej, 1946, 173-195.

TRUNK, Isaiah, Judenrat: The Jewish Councils in Eastern Europe Under Nazi Occupation, Nueva York: Macmillan, 1972.

TURNER, Henry Ashby, Stresemann y the Politics of the Weimar Republic, Princeton: Princeton University Press, 1963.

UNGVARY, Krisztián, Die Schlacht um Budapest: Stalingrad an der Donau, 1944/45, Munich: Herbig, 1998.

URBAN, Thomas, Der Verlust: Die Vertreibung der Deutschen und Polen im 20. Jahrhundert, Munich: C. H. Beck, 2004.

URBAŃSKI, Krzysztof, Zagłada Żydów w dystrykcie radomskim, Cracow: Wydawnictwo Naukowe Akademii Pedagogicznej, 2004.

URYNOWICZ, Marcin, «Gross Aktion-Zagłada Warszawskiego Getta», Biuletyn Instytutu Pamięci Narodowej, n.º 7, 2007, 105-115.

VALENTINO, Benjamin, Final Solutions: Mass Killing y Genocide in the Twentieth Century, Ithaca: Cornell University Press, 2004.

VALLIN, Jacques, MESLÉ, France, ADAMET, Serguei y PYROZHKOV, Serhii «A New Estimate of Ukrainian Population Losses During the Crises of the 1930s y 1940s»,

Population Studies, Vol. 56, n.º 3, 2002, 249-264.

VASHLIN, A. Iu., Terror raionnogo masshtaba: «Massovye operatsii» NKVD v Kuntsevskom raione Moskovskoi oblasti 1937-1938 gg., Moscú: Rosspen, 2004.

VASILIEV, Valerii, «Tsina holodnoho khliba. Polityka kerivnytstva SRSR i USRR v 1932-1933 rr.», en Valerii Vasiliev y Iurii Shapoval, (eds.), Komandyry velykoho holodu: Poizdky V. Molotova i L. Kahanovycha v Ukraïnu ta na Pivnichnyi Kavkaz 1932-1933 rr., Kiev: Henezha, 2001, 12-81.

VEIDLINGER, Jeffrey, The Moscow State Yiddish Theater: Jewish Culture on the Soviet Stage, Bloomington: Indiana University Press, 2000.

–, «Soviet Jewry as a Diaspora Nationality: The “Black Years” Reconsidered», East European Jewish Affairs, Vol. 33, n.º 1, 2003, 4-29.

Verbrechen der Wehrmacht: Dimensionen des Vernichtungskrieges 1941-1944, Hamburg: Institut für Sozialforschung, 2002.

Vertreibung und Vertreibungsverbrechen 1945-1948: Bericht des Bundesarchivs vom 28. Mai 1974, Bonn: Kulturstiftung der Deutschen Vertriebenen, 1989.

VIOLA, Lynne, The Best Sons of the Fatherland: Workers in the Vanguard of Soviet Collectivization, Oxford: Oxford University Press, 1987.

–, Peasant Rebels Under Stalin: Collectivization y the Culture of Popular Resistance, Nueva York: Oxford University Press, 1996.

–, «Selbstkolonisierung der Sowjetunion», Transit, n.º 38, 34-56.

–, The Unknown Gulag: The Lost World of Stalin’s Special Settlements, Nueva York: Oxford University Press, 2007.

VIOLA, Lynn, DANILOV, V. P., IVNITSKII, N. A. y KOZLOV, Denis (eds.), The War Against the Peasantry, 1927-1930: The Tragedy of the Soviet Countryside, New Haven: Yale University Press, 2005.

VOLOKITINA, T. V. et al., (eds.), Sovetskii faktor v Vostochnoi Evrope 1944-1953, Moscú: Sibirskii khronograf, 1997.

VULPIUS, Ricarda, «Ukrainische Nation und zwei Konfessionen. Der Klerus und die ukrainische Frage 1861-1921», Jahrbücher für Geschichte Osteuropas, Vol. 49, n.º 2, 2001, 240-256.

WALICKI, Andrzej, The Controversy over Capitalism: Studies in the Social Philosophy of the Russian Populists, Oxford: Clarendon Press, 1969.

WALSDORFF, Martin, Westorientierung und Ostpolitik: Stresemanns Rußlandpolitik in der Locarno-Ära, Bremen: Schünemann Universitätsverlag, 1971.

WANDYCYZ, Piotr, Soviet-Polish Relations, 1917-1921, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1969.

–, Z Piłsudskim i Sikorskim: August Zaleski, minister spraw zagranicznych w latach 1926-1932 i 1939-1941, Varsovia: Wydawnictwo Sejmowe, 1999.

WASSER, Bruno, Himmlers Raumplanung im Osten, Basel: Birkhäuser Verlag, 1993.

WEBER, Eugen, The Hollow Years: France in the 1930s, Nueva York: Norton, 1994.

WDOWINSKI, David. And Are We Not Saved, Nueva York: Philosophical Library, 1985.

WEINBERG, Gerhard L., The Foreign Policy of Hitler’s Germany, Chicago: University of Chicago Press, 1980.

–, A World at Arms: A Global History of World War II, Cambridge: Cambridge University Press, 1994. Trad.: Un mundo en armas, Grijalbo, Barcelona, 1995.

WEINER, Amir, Making Sense of War: The Second World War y the Fate of the Bolshevik Revolution, Princeton: Princeton University Press, 2001.

–, «Nature, Nurture, y Memory in a Socialist Utopia: Delineating the Soviet Socio-Ethnic Body in the Age of Socialism», American Historical Review, Vol. 104, n.º 4, 1999, 1114-1155.

WEISS-WENDT, Anton, Murder Without Hatred: Estonians y the Holocaust, Syracuse: Syracuse University Press, 2009.

WEISSBERG-CYBULSKI, Aleksander, Wielka czystka, trans. Adam Ciołkosz, París: Institut Litteraire, 1967.

WEITZ, Eric D., «From the Vienna to the París System: International Politics y the Entangled Histories of Human Rights, Forced Deportations, y Civilizing Missions», American Historical Review, Vol. 113, n.º 5, 2008, 1313-1343.

WENDT, Bernd-Jürgen, Großdeutschland: Außenpolitik und Kriegsvorbereitung des Hitler-Regimes, Munich: Deutscher Taschenbuch Verlag, 1987.

WERTH, Nicolas, «Un État contre son peuple», en Stéphane Courtois, Nicolas Werth, Jean-Louis Panné, Andrzej Paczkowski, Karel Bartosek, y Jean-Louis Margolin, (eds.), Le livre noir du communisme: Crimes, terreur, repression, París: Robert Laffont, 1997. Trad.: El libro negro del comunismo, Barcelona, Ediciones B, 2010.

- , *La terreur et le désarroi: Staline et son système*, Paris: Perrin, 2007.
- WESTERMANN, Edward B., «“Ordinary Men” or “Ideological Soldiers”? Police Battalion 310 in Russia, 1942», *German Studies Review*, Vol. 21, n.º 1, 1998, 41-68.
- WHEATCROFT, Stephen G., «Agency y Terror: Evdokimov y Mass Killing in Stalin’s Great Terror», *Australian Journal of Politics y History*, Vol. 53, n.º 1, 2007, 20-43.
- , «The Scale y Nature of German y Soviet Repression y Mass Killings, 1930-45», *Europe-Asia Studies*, Vol. 48, n.º 8, 1996, 1319-1353.
- , «Towards Explaining the Changing Levels of Stalinist Repression in the 1930s: Mass Killings», en idem, (ed.), *Challenging Traditional Views of Russian History*, Houndmills: Palgrave, 2002, 112-138.
- WHEELER-BENNETT, John W., *Brest-Litovsk: The Forgotten Peace*, Londres: Macmillan, 1938.
- WIECZORKIEWICZ, Paweł Piotr, *Łańcuch śmierci. Czystka w Armii Czerwonej 1937-1939*, Varsovia: Rytm, 2001.
- WIELICZKO, Mieczysław, «Akcja AB w Dystrykcie Krakowskim», en Zygmunt Mańkowski, (ed.), *Ausserordentliche Befriedungsaktion 1940 Akcja AB na ziemiach polskich*, Varsovia: GKBZpNP-IPN, 1992, 28-40.
- WIERNIK, Yankiel, *A Year in Treblinka*, Nueva York: General Jewish Workers’ Union of Poland, 1944.
- WILHELM, Hans-Heinrich, *Die Einsatzgruppe A der Sicherheitspolizei und des SD 1941/1942*, Frankfurt am Main: Peter Lang, 1996.
- WILLENBERG, Samuel, *Revolt in Treblinka*, Varsovia: Instituto Histórico Judío, 1992.
- WILLIAMS, Kieran, *The Prague Spring y Its Aftermath: Czechoslovak Politics, 1968-1970*, Nueva York: Cambridge University Press, 1997.
- WIRSCHING, Andreas, *Die Weimarer Republik in ihrer inneren Entwicklung: Politik und Gesellschaft*, Munich: Oldenbourg, 2000.
- WITTE, Peter, WILDT, Michael, VOIGT, Martina, POHL, Dieter, KLEIN, Peter, GERLACH, Christian, DIECKMANN, Christoph y ANGRICK, Andrej (eds.), *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42*, Hamburg: Hans Christians Verlag, 1999.
- WITTE, Peter y TYAS, Stephen, «A New Document on the Deportation y Murder of Jews During “Einsatz Reinhardt” 1942», *Holocaust y Genocide Studies*, Vol. 15, n.º 3, 2001, 468-486.
- WNUK, Rafał, «Za pierwszego Sowietą». *Polska konspiracja na Kresach Wschodnich II Rzeczypospolitej*, Varsovia: IPN, 2007.
- WRÓBEL, Janusz y ŻELAZKO, Joanna (eds.), *Polskie dzieci na tułacznych szlakach 1939-1950*, Varsovia: IPN, 2008.
- WRONISZEWSKI, Józef, *Ochota 1939-1946*, Varsovia: MON, 1976.
- YANG, Dali L., *Calamity y Reform in China: State, Rural Society, y Institutional Change Since the Great Leap Famine*, Stanford: Stanford University Press, 1996.
- YEKELCHYK, Serhy, *Stalin’s Empire of Memory: Russian-Ukrainian Relations in the Soviet Historical Imagination*, Toronto: University of Toronto Press, 2004.
- Zagłada polskich elit. Akcja AB-Katyń*, Varsovia: Instytut Pamięci Narodowej, 2006.
- ZALOGA, Steven J., *Bagration 1944: The Destruction of Army Group Center*, Westport: Praeger, 2004. Trad.: *Bagration: el fin del Grupo de Ejércitos Centro: Bielorussia, junio de 1944*, Barcelona, RBA, 2008.
- ZARUSKY, Jürgen, «“Hitler bedeutet Krieg”: Der deutsche Weg zum Hitler-Stalin-Pakt», *Osteuropa*, Vol. 59, Nos. 7-8, 2009, 97-114.
- ŻBIKOWSKI, Andrzej, «Lokalne pogromy Żydów w czerwcu i lipcu 1941 r. na wschodnich rubieżach II Rzeczypospolitej», *Biuletyn Żydowskiego Instytutu Historycznego*, Nos. 162-163, 1992, 3-18.
- , «Żydowscy przesiedleńcy z dystryktu warszawskiego w getcie warszawskim, 1939-1942», en Barbara Engelking, Jacek Leociak, y Dariusz Libionka, (eds.), *Prowincja noc. Życie i zagłada Żydów w dystrykcie warszawskim*, Varsovia: IFiS PAN, 2007, 223-279.
- ZELENIN, I. et al. (eds.), *Tragediia sovetskoi derevni: Kollektivizatsiia i raskulachivanie*, Vol. 3, Moscú: Rosspen, 2001.
- ZEMSKOV, V. N., «Smertnost’ zakliuchennykh v 1941-1945 gg.», en R. B. Evdokimov, (ed.), *Liudskie poteri SSSR v period vtoroi mirovoi voiny*, St. Petersburg: RAN, 1995, 174-177.
- , *Spetsposelentsy v SSSR, 1930-1960*, Moscú: Nauka, 2003.

ZIMMERMAN, Joshua D., «The Attitude of the Polish Home Army (AK) to the Jewish Question During the Holocaust: The Case of the Warsaw Ghetto Uprising», en Murray Baumgarten, Peter Kenez, y Bruce Thompson, (eds.), *Varieties of Antisemitism: History, Ideology, Discourse*, Newark: University of Delaware Press, 2009, 105-126.

ZIÓŁKOWSKA, Ewa, «Kurapaty», *Biuletyn Instytutu Pamięci Narodowej*, Nos. 96-97, 2009, 44-53.

ZLEPKO, D., (ed.), *Der ukrainische Hunger-Holocaust*, Sonnenbühl: Helmut Wild, 1988.

ZOLO TAR'OV, Vadim, «Nachal'nyts'kyi sklad NKVS USRR u seredyni 30-h rr.», *Z arkhiviv VUCHK-HPU-NKVD-KGB*, n.º 2, 2001, 326-331.

ZUBOK, Vladislav M., *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2007. Trad.: *Un imperio fallido: la Unión Soviética durante la Guerra Fría*, Barcelona, Crítica, 2008.

ZWOLSKI, Marcin, «Deportacje internowanych Polaków w głąb ZSRS w latach 1944-1945», en Marcin Zwolski, (ed.), *Exodus: Deportacje i migracje (wątek wschodni)*, Varsovia: IPN, 2008, 40-49.

ZUCKERMAN, Yitzhak, *A Surplus of Memory: Chronicle of the Warsaw Ghetto Uprising*, Berkeley: University of California Press, 1993.

TIMOTHY SNYDER (1969, EE.UU.) es historiador, doctorado en Oxford, profesor de Historia en la Universidad de Yale. Especializado en historia de la Europa central y oriental, ha publicado diversos artículos y libros sobre la materia. Colaboró con el fallecido Tony Judt en su obra póstuma, *Thinking the Twentieth Century* (una historia de las ideas del siglo pasado publicada en 2011). *Tierras de sangre* es el primer libro de Snyder traducido al castellano.

NOTAS

Notas del capítulo 1

[1] Citado en Colley, *Siriol, More Than a Grain*, 161. <<

[2] Sobre el periodista Gareth Jones, véase Colley, *Siriol, More Than a Grain*, 224-238; Jones, «Will there be soup?»; Conquest, *Harvest*, 309, y Dalrymple, «Further References», 473. Sobre Jarkov, véase Falk, *Sowjetische Städte*, 140, 172-175, 288; Kovalenko, *Holod*, 557 y Werth, *Terreur*, 130. <<

[3] Falk, *Sowjetische Städte*, 284-285, 288, 298-300. <<

[4] Citas: Falk, *Sowjetische Städte*, véase también 297-301; Kusnierz, *Ukraina*, 157, 160. Sobre la colegiala y los hospitales, véase Davies, *Years*, 160, 220. Véase también Kuroyima, *Freedom and Terror*, 171, 184. Sobre el empleo de los testimonios conservados, véase Graziosi, *War*, 4. <<

[5] Citado en Colley, *Siriol, More Than a Grain*, 233. Sobre Dnipropetrovsk: Kravchenko, *I Chose Freedom*, 111. Sobre Stalino, véase Maksudov, «Victory», 211. <<

[6] Sobre los desmayos por debilidad, véase Kovalenko, *Holod*, 61. Véase también Colley, *Siriol, More Than a Grain*, 235. Sobre Khartsyszk, véase Kuromiya, *Freedom and Terror*, 170. Sobre Grossman, véase Todorov, *Memoire du mal*, 61. Véase también Koestler, *Yogui*, 137. <<

[7] Cita: Serbyn, «Ukrainian Famine», 131; véase también Falk, Sowjetische Städte, 289. <<

[8] Para una guía elaborada sobre los significados del Plan, véase Harrison, Soviet Planning, 1-5. <<

[9] Citas: Kuromiya, Stalin, 85. Kusnierz, Ukraina, 37. <<

[10] Citas y cartel: Viola, War, 177; Viola, Unknown Gulag, 32. <<

[11] Citas: Viola, War, 238; Conquest, Harvest, 112. Para más detalles sobre las ejecuciones y deportaciones, véase Davies, Years, 20, 46; Werth, Terreur, 463; Viola, Unknown Gulag, 6, 32; Kusnierz, Ucraina, 51, 56; Khlevniuk, Gulag, 11; Graziosi, War, 48, y Davies, Years, 46. <<

[12] Sobre las 113 637 personas trasladadas a la fuerza, ver: Viola, War; 498 Tierras de sangre véase también Kulczycki, Holodomor, 158. Para más detalles sobre algunas de las llegadas, véase Kotkin, «Peopling», 70-72. <<

[13] Sobre la canción, véase Kovalenko, Holod, 259. Sobre Solovki, véase Applebaum, Gulag, 18-20, 49. Sobre los asentamientos especiales, véase Viola, Unknown Gulag (las cifras de campesinos deportados se citan en las pp. 195 y 32). <<

[14] Cita: Applebaum, Gulag, 48. Sobre la estimación de muertos, véase Viola, Unknown Gulag, 3 y Applebaum, Gulag, 583. Para la caracterización del Gulag, véase Khlevniuk, Gulag, 1-10; Applebaum, Gulag, XVI-XVII, y Viola, Unknown Gulag, 2-7. <<

[15] Citas: Siegelbaum, Stalinism, 45 (las dos primeras); Viola, Unknown Gulag, 53. Sobre Belomor, véase Khlevniuk, Gulag, 24-35, y Applebaum, Gulag, 62.-65. <<

[16] Applebaum, Gulag, 64-65. <<

[17] Cita: Viola, Unknown Gulag, 35. Véase también, en general, Viola, Best Sons. Sobre el ritmo de la colectivización, véase Kuśnierz, Ukraina, 39. <<

[18] Sobre el porcentaje de tierra cultivable, véase Kuśnierz, Ukraina, 40. <<

[19] Cita: Snyder, Sketches, 93. Sobre el trasfondo de la lucha de los campesinos de Ucrania por la tierra, véase Beauvois, Bataille; Edelman, Proletarian Peasants; Hildermeier, Sozialrevolutionare Partei; Kingston-Mann, Lenin, y Lih, Bread and Authority. <<

[20] Cita: Dzwonkowski, Glód, 84. Sobre el «primer mandamiento» estalinista, véase Kulczycki, Holodomor, 170. Véase también: Kuśnierz, Ukraina, 70. <<

[21] Sobre el ganado y las rebeliones femeninas, véase Kusnierz, Ukraina, 66,

72; y Conquest, Harvest, 158. <<

[22] Graziosi, War, 53-57; Viola, War, 320; Kulczycki, Holodomor, 131; Snyder, Sketches, 92-94. <<

[23] Citas: Morris, «The Polish Terror», 753. Sobre la preocupación soviética por la nueva política de Polonia en relación con las minorías ucranianas, véase Informe del 13 de julio de 1926, AVPRF, 122/10/34. Véase también, en general, Snyder, Sketches, 83-114. <<

[24] Kuromiya, «Spionage», 20-32. <<

[25] Cameron, «Hungry Steppe», cap. 6. Sobre Xinjiang, véase Millward, Eurasian Crossroads, 191-210. <<

[26] Snyder, Sketches, 101-102. <<

[27] Kusnierz, Ukraina, 74; Snyder, Sketches, 103-104. <<

[28] Davies, Years, 8 - 11, 24-37; Kusnierz, Ukraina, 86-90. <<

[29] Citas: Viola, Unknown Gulag, 75; Kravchenko, I Chose Freedom, 106. Sobre las 32 117 familias deportadas de la Ucrania soviética, véase Kulczycki, Holodomor, 158. Sobre el porcentaje de tierra colectivizada, véase Kusnierz, Ukraine, 86. <<

[30] Davies, Years, 48-56. <<

[31] Sobre la cosecha, véase Davies, Years, 57-69, 110-111; Graziosi, «New Interpretation», 1-5, y Dronin, Climate Dependence, 118. Sobre Kosior y Kaganovich, véase Davies, Years, 72, 82, 89, 95. <<

[32] Kusnierz, Ukraina, 102-103; Davies, Years, 112-114. <<

[33] Sobre la Cruz Roja, véase Davies, Years, 112-113. Citas: Kul'chyts'kyi, Kolektyvizatsiia, 434; Kul'chyts'kyi, «Trahichna», 151. <<

[34] Sobre los informes de muertes de inanición, véase Kusnierz, 104-105. Sobre Stalin, véase Davies, Kaganovich Correspondence, 138. Sobre la petición de ayuda alimentaria, véase Lih, Letters to Mólotov, 230. Sobre Kaganovich (23 de junio de 1932), véase Hunchak, Famine, 121. <<

[35] Cameron, «Hungry Steppe», cap. 2; Pianciola, «Collectivization Famine», 103-112; Mark, «Hungersnot», 119. <<

[36] Cita: Davies, Kaganovich Correspondence, 138. Sobre la predisposición de Stalin a la política personalizada, véase Kulczycki, Holodomor, 180, y Kuśnierz, Ukraina, 152. <<

[37] Sobre Stalin, véase Marochko, Holodomor, 21. Sobre los problemas objetivos relatados por los agentes locales del partido, véase Davies, Years, 105-111, 117-122. <<

[38] Citado en Kovalenko, Holod, 110. <<

[39] Cita: Davies, Years, 146. Véase también Kusnierz, Ukraina, 107, y Werth, Terreur, 119. <<

[40] Sobre «nuestro padre», véase Montefiore, Sebag, Court, 69. Sobre la consideración de la hambruna como excusa para la pereza, véase Sapoval, «Lügen», 136. Para una idea de las relaciones entre Molotov, Kaganovich y Stalin, consúltese Lih, Letters to Molotov, y Davies, Kaganovich Correspondence. <<

[41] Citas: Davies, Kaganovich Correspondence, 175, 183. <<

[42] Snyder, Sketches, 83-95; Kuromiya, «Great Terror», 2-4. <<

[43] Snyder, Sketches, 102-104; Haslam, East, 31. <<

[44] Cita: Informe del 6 de junio de 1933, CAW I/303/4/1928. Sobre el consulado polaco, véase Marochko, Holodomor, 36. Sobre la cautela de Polonia, véase Snyder, Sketches, 102-108, y Papuha, Zakhidna Ukraina, 80. <<

[45] Kusnierz, Ukraina, 108; Maksudov, «Victory», 204. <<

[46] Sobre los jueces soviéticos, véase Solomon, Soviet Criminal Justice, 115-116. Cita: Kusnierz, Ukraina, 116. <<

[47] Citas: Kusnierz, Ukraina, 139; Kovalenko, Holod, 168. Sobre los vigilantes y su número, véase Kusnierz, Ukraina, 115; véase también Maksudov, «Victory», 213, y Conquest, Harvest, 223-225. <<

[48] Sobre los beneficios limitados de estos métodos de requisita, véase Maksudov, «Victory», 192. Sobre los abusos de los activistas del partido, véase Kusnierz, Ukraina, 144-145, 118-119, y Kuromiya, Freedom and Terror, 170-171. <<

[49] Frente al cincuenta y siete por ciento de la URSS en total; véase Davies, Years, 183. Sobre Molotov, see Davies, Years, 171-172. <<

[50] Sobre Stalin, véase Montefiore, Sebag, Court, 21, 107. <<

[51] Cita: Kovalenko, Holod, 44. Sobre los dos telegramas del politburo, véase Marochko, Holodomor, 152, y Davies, Years, 174, Sobre los 1623 miembros de los koljoses, véase Davies, Years, 174. Sobre las 30 400 deportaciones adicionales, véase Kusnierz, Ukraina, 59. <<

[52] Para una referencia al «cuento de hadas», véase Šapoval, «Lügen» 159, y

Davies, Years, 199. <<

[53] Citas: Kusnierz, Ukraina, 124. Véase también Vasiliev, «Tsina», 60; y Kuromiya, Stalin, 110. <<

[54] Cita: Kuromiya, Freedom and Terror, 174. Sobre la interpretación del trato a las familias (Stanislaw Kosior), véase Davies, Years, 106. <<

[55] Para juicios similares, ver, por ejemplo, Jahn, Holodomor, 25; Davies, Tauger y Wheatcroft, «Grain Stocks» 657; Kulczycki, Holodomor, 237, y Graziosi, «New Interpretation», 11. <<

[56] Sen, Foverty and Famines, citas en p. 7; véase también 154-155. Una interpretación nacional convincente de la hambruna se encuentra en Martin, «Ukrainian Terror», 109 y passim. Véase también Simon, «Waffe» 45-47; y Conquest, Harvest, 219. Sobre Kaganovich en noviembre de 1932, véase Kulczyski, Holodomor, 236. <<

[57] Graziosi, «New Interpretation», 8; Kusnierz, Ukraina, 143; Maksudov, «Victory» 188, 190; Davies, Years, 175 y, sobre las semillas de siembra, 151. <<

[58] Sobre la penalización de la carne, véase Shapoval, «Proloh trahedii bolodu», 162; y Maksudov, «Victory», 188, Cita: Dzwonkowski, Glód, 71. Para el ejemplo descrito, Dzwonkowski, Glód, 160; véase también 219. Sobre el declive general del ganado, véase Hunczak, Famine, 59. <<

[59] Shapoval, «Proloh trahedii holodu,» 162; Maksudov, «Victory», 188; Marochko, Holodomor, 171; Werth, Terreur, 123. <<

[60] Shapoval, «Holodomor». <<

[61] Davies, Years, 190; Marochko, Holodomor, 171. <<

[62] Snyder, Sketches, 107-114. <<

[63] Cita: Davies, Years, 187. En cuanto al 20 de diciembre, véase Vasiliev, «Tsina», 55; Graziosi, «New Interpretation», 9; y Kusnierz, Ukraina, 135. <<

[64] Davies, Years, 190-192. <<

[65] Sobre la interpretación de que los hambrientos eran espías, véase Shapoval, «Holodomor». Sobre los 190 000 campesinos atrapados y devueltos, véase Graziosi, «New Interpretation» 7. Sobre los acontecimientos del 22 de enero, véase Marochko, Holodomor, 189, y Graziosi, «New Interpretation» 9. <<

[66] Sobre las 37 392 personas arrestadas, ver Marochko, Holodomor, 192. Véase también Davies, Years, 161-163. <<

[67] Sobre los recuerdos del activista, véase Conquest, Harvest, 233. Sobre

- citas y detalles acerca de la importancia de las purgas, véase Sapoval, «Lügen», 133. Sobre las purgas en las alturas, véase Davies, Years, 138. <<
- [68] Sobre el silencio mortal de la Ucrania soviética, véase Kovalenko, Holod, 31, y Dzwonkowski, Glod, 104. Véase también Arendt, Totalitarianism, 320-322. <<
- [69] Cita: Dalrymple, «Soviet Famine», 26 1. Sobre Vel'dii, véase Kovalenko, Holod, 132. <<
- [70] Citas: New York Evening Post, 30 de marzo de 1933. <<
- [71] Sobre Łowińska, véase Dzwonkowski, Glód, 104. Sobre Panasenko, véase Kuśnierz, Ukraina, 105. Kravchenko relata esta experiencia en I Chose Freedom, 104-106. <<
- [72] Sobre los quince mil deportados, véase Davies, Years, 210. Sobre las sesenta mil personas deportadas de Kuban, véase Martin, «Etnic Cleansing», 846. <<
- [73] Sobre la muerte en los campos de 67 297 personas, véase Khlevniuk, Gulag, 62, 77. Sobre los 241 355 muertos en los asentamientos especiales, véase Viola, Unknown Gulag, 241. <<
- [74] Cita: Khlevniuk, Gulag, 79. <<
- [75] Citas: Dzwonkowski, Glód, 215-219; Kul'chyts'kyi, Kolektyvizatsiia, 365. Sobre las esperanzas de vida en la Ucrania soviética, véase Vallin, «New Estimate», 256. <<
- [76] Sobre la escolar y sobre el cuerpo mutilado, véase Kovalenko, Holod, 471, 46. <<
- [77] Sobre la prostitución a cambio de harina, véase Kuromiya, Famine and Terror, 17 3 . Sobre Vynitsia, véase Kovalenko, Holod, 95. Sobre el miedo a los caníbales, véase Kovalenko, Holod, 284. Sobre los campesinos en las estaciones de ferrocarril, véase Kuśnierz, Ukraina, 155. Sobre la policía de la ciudad, véase Falle, Sowjetische Städte. Sobre Savhira, véase Kovalenko, Holod, 290. <<
- [78] Cita: Czech, «Wielki Glod», 23. Sobre el hijo devorado, véase Kovalenko, Holod, 132. Sobre el incidente del cuchillo afilado, véase Kuśnierz, Ukraina, 168. Sobre los cerdos, véase Kuromiya, Freedom and Terror, 172. <<
- [79] Sobre el medio millón de niños y niñas en las torres de vigilancia, véase Maksudov, «Victory», 213. Cita: Kuśnierz, Ukraina, 119. <<
- [80] Sobre la doctora, véase Dahymple, «Soviet Famine», 262. Sobre los huérfanos, véase Kuśnierz, Ukraina, 157, y Dzwonkowski, Glod, 142 . Véase también Graziosi, «Italian Archival Documents», 41. <<
- [81] Kuśnierz, Ukraina, 157. <<

[82] Sobre las 2505 personas sentenciadas por canibalismo, véase Davies, Years, 173. Para detalles sobre el ejemplo del humo de las chimeneas, véase Kovalenko, Holod, 31. Sobre la cuota de carne, véase Conquest, Harvest, 227. <<

[83] Sobre la ética anticannibalismo, véase Kuromiya, Freedom and Terror, 173. Sobre Kolya Graniewicz, véase Dzwonkowski, Glód, 76. Sobre la petición de la madre, véase Conquest, Harvest, 258. <<

[84] Cita: Bruski, Holodomor, 179. Sobre el agrónomo, véase Dalrymple, «Soviet Famine», 261. Sobre las cuadrillas de enterradores y los entierros, véase Kovalenko, Holod, 31, 306, 345. <<

[85] Cita: Graziosi, «Italian Archival Documents». Véase también Davies, Years, 316. <<

[86] Sobre las 493 644 personas hambrientas del oblast de Kiev, véase Marochko, Holodomor, 233. <<

[87] Sobre el censo soviético, véase Schlogel, Terror. Para un análisis de la estimación típica de 5,5 millones, véase Dalrymple, «Soviet Famine», 259. <<

[88] La proyección demográfica retrospectiva es de Vallin, «New Estimate», p. 252, quien calcula 2,6 millones de «muertes excepcionales» en la Ucrania soviética entre 1928 y 1937, de las que habría que restar otros asesinatos en masa para hallar el total de fallecidos por hambre. Para un resumen del estudio gubernamental de enero de 2010, véase Dzerkalo Tyzhnia, 15-22 de enero de 2010. La estimación de en torno a 2,5 millones sobre la base solamente de las muertes registradas se encuentra en Kul'chyts'kyi, «Trahichna», 73-74. Ellman calcula entre 9,0 y 12,3 millones de muertes por hambre en total en la Unión soviética en 1933 y 1934 («Note on the Number», 376). Maksudov calcula la pérdida de 3,9 millones de ucranianos entre 1926 y 1937 («Victory», 229). Graziosi hace una estimación de entre 3,5 y 3,8 millones en la Ucrania soviética («New Interpretaron», 6). <<

[89] Cita: Serbyn, «Lemkin». Véase también, en general, Martin, Affirmative Action Empire, y Snyder, Sketches. <<

[90] Citas: Koestler, God That Failed, 68; Weissberg-Cybulski, Wielka Czystka, 266; Koestler, God That Failed, 77. <<

[91] Sobre el arco, véase Kusnierz, Ukraina, 178. Sobre la transferencia de riquezas, véase Falk, Sowjetische Städte, 288; Davies, Years, 158, y Conquest, Harvest, 237. Sobre los «fabricantes de salchichas», véase Kuromiya, Freedom and Terror, 172. <<

[92] Cita: Conquest, Harvest, 256. Véase también, en general, Slezkine, Jewish Century, y Fitzpatrick, Education. <<

[93] Citas: Subtelny, «German Diplomatic Reports», 17; Consul general polaco, 4 de febrero 1933, CAW I/303/4/1867; Cuerpo de defensa fronteriza, 15 de noviembre de 1933, CAW I/303/4/6906. Sobre las esperanzas de guerra, véase Snyder,

Sketches, 110. Sobre las cartas a Alemania de los alemanes soviéticos, véase Hungersnot. Véase también Berkhoff, «Great Famine». <<

[94] Un discurso relevante de Hitler se encuentra en Deutschösterreichische Tageszeitung, 3 de marzo de 1933. Sobre los cardenales, véase Dalrymple, «Soviet Famine», 254. Sobre las intervenciones de Innitzer, véase Reichspost, 20 de agosto de 1933 y 12 de octubre de 1933; y Die Neue Zeitung, 14 de octubre de 1933. <<

[95] Sobre Duranty, véase New York Times, 31 de marzo de 1933. Sobre Muggeridge, véase Taylor, «Blanket of Silence», 82. Sobre Orwell, véase Orwell and Politics, 33-34. Véase también Engerman, Modernization, 211. Para hacer justicia al New York Times hay que decir que dos artículos anónimos, del 11 de enero de 1933, usaron los conceptos de hambruna «artificial» y «guerra contra el campesinado». <<

[96] Papuha, Zakhidna Ukraina, 33, 46, 57. <<

[97] Sobre la contrapropaganda soviética véase Papuha, Zakhidna Ukraina, 56. Sobre la obesidad de Herriot, véase Time, 31 de octubre de 1932. Véase también Zlepko, Hunger-Holocaust, 177; y Conquest, Harvest, 314. <<

[98] Citas: Kovalenko, Holod, 353; Zlepko, Hunger-Holocaust, 180 y 175-179. Véase también Mark, Hungersnot, 26-27; Subtelny, «German Diplomatic Reports», 21; Marochko, Holodomor, 256-257, 283; Time, 22 de enero de 1934. <<

[99] Marochko, Holodomor, 257; Zlepko, Hunger-Holocaust, 176-177; Time, 11 de septiembre de 1933. Párrafo final: Werth, «Un Etat»; Marochko, Holodomor, 283. Para hacer justicia a Herriot, hay que decir que se abstuvo en la votación parlamentaria de junio de 1940 para la concesión de plenos poderes a Pétain y fue arrestado y enviado a Alemania al final de la ocupación alemana. <<

Notas del capítulo 2

[1] Citas: Siroli Colley, More Than a Grain, 212, 216. <<

[2] Jones es citado en Colley, Siroli, More Than a Grain, 218. <<

[3] Cita: Evans, Corning, 330. <<

[4] Sobre los votantes alemanes, véase King, «Ordinary», 987-988 y passim. Sobre Dachau, véase Goeschel, Concentration Camps, 14. Sobre las citas de Himmler y el análisis del personaje, véase Eiber, «Gewalt in KZ Dachau», 172. <<

[5] Evans, Power, 23. <<

[6] Cita: Deutschösterreichische Tageszeitung, 3 de marzo de 1933. <<

[7] Sobre la expresión «clase contra clase» véase Brown, Rise and Fall, 85. Sobre los comportamientos de voto, véase King, «Ordinary» 987-988. Véase también, en general, Bayerlein, «Abschied». <<

[8] Longerich, *Politik der Vernichtung*, 26-32, cita en p. 38; Tooze, *Wages of Destruction*, 73. <<

[9] Sobre los 37 000 judíos alemanes, véase Evans, *Power*, 15. Véase también Longerich, *Politik der Vernichtung*, 126. <<

[10] Longerich, *Politik der Vernichtung*, 35. <<

[11] Goeschel, *Concentration Camps*, 7. <<

[12] Ver, en general, Kruger, *Die Außenpolitik*, Turner Stresemann, Snyder, *Sketches*. <<

[13] Roos, *Polen*, 130-154; Ken, *Collective Security*, 94, 157; Kornat, *Polityka*, 32-33; Rossino, *Hitler*, 2. <<

[14] Cita: Davies, *Kaganovich Correspondence*, 33. <<

[15] La guía más segura es Kolakowski, *Main Currents*. La definición anecdótica más segura es la que le dio el veterano comunista a Jorge Semprun en Buchenwald: «C'est l'art et la maniere de toujours retomber sur ces paites, mon vieux!». <<

[16] Graziosi, «New Interpretation». <<

[17] Ver, en general, Haslam, *Collective Security*; Furet, *Passe*; y Brown, *Rise and Fall*. <<

[18] Estas cifras serán evaluadas en este capítulo y en el siguiente. <<

[19] Sobre la dialéctica implícita, véase Burrin, *Fascisme, nazisme, autoritarisme*, 202, 209. Véase también, en general, Webef, *Hollow Years*. Sobre Blum, véase Judt, *Burden of Responsibility*. <<

[20] Haslam, *Collective Security*, 120-121. Sobre la prensa soviética, véase Schlogel, *Terror*, 136-137. Véase también, en general, Beevor, *Battle for Spain*. En cuanto a la cuestión principal, sigo a Furet, *Passe*. <<

[21] Orwell, *Homage*, 53-64. Cita: Schlogel, *Terror*, 148. Véase también Brown, *Rise and Fall*, 89. <<

[22] El 11 de mayo, véase Kuromiya, «Anti-Russian» 1427. <<

[23] Cita: Kuromiya, «Notatka», 133, también 119. <<

[24] Levine, *In Search of Sugihara*, 13-89; Kuromiya, *Między Warszawą a Tokio*, 160-175; Siroi Colley, *Incident*. <<

[25] Haslam analiza China en el marco del Frente Popular; véase East, 64-70. Sobre Xinjiang, véase Millward, Eurasian Crossroads, 206-207. Sobre la Larga Marcha, véase Brown, Rise and Fall, 100. <<

[26] Véase Kuromiya, Stalin, 136. <<

[27] Cita: McLoughlin, «Ates Operations», 121. <<

[28] Khlevniuk, «Objectives»; Kuromiya, Stalin, 118-119. <<

[29] Cita: Kuromiya, Stalin, 134 , también 101. <<

[30] Sobre la historia de la troika, véase Wheatcroft, «Mass Killings», 126-139. Para una introducción general a la policía estatal, véase Andrew, KGB, y Dziak, Chekisty. <<

[31] Getty, Yezhov, 140; Kuromiya, Stalin, 116. <<

[32] Sobre los asociados de Yezhov y sus métodos, véase Wheatcroft, «Agency», 38-40. Sobre el interés de Stalin por la salud de Yezhov, véase Getty, Yezhov, 216. <<

[33] Cita: Haslam, Collective Security, 129. Sobre la amenaza de Bujarin, véase Kuromiya, Stalin, 83. <<

[34] Cita: Brown, Rise and Fall, 122. Por supuesto, hubo excepciones como Antoni Slonimski; véase Shore, Caviar and Ashes, 150. Sobre fascismo y antifascismo, véase Furet, Passe. <<

[35] Werth, Terrear, 282. Véase también Kuromiya, Stalin, 121. El tema de la fuerza en la debilidad fue desarrollado por Furet, Passe. <<

[36] Orwell, Homage, 145-149, cita en 149. Véase también Furet, Passe, 296, 301, 306, y Haslam, Collective Security, 133. <<

[37] 56 209 es el número de ejecuciones que quedan después de restar las de las acciones nacionales (ver capítulo siguiente) y la acción antikulak del total de las 681 692 ejecuciones llevadas a cabo durante el Gran Terror de 1937-1938. Ofrezco una cifra general debido a las sumas ligeramente diferentes que circulan para la acción antikulak; véase Jansen, Executioner, 75. Sobre los generales del Ejército Rojo, véase Wiczorkiewicz, Łańcuch, 296. Esta última es una obra fundamental sobre las purgas del ejército. <<

[38] Evans, Power, 21-22. <<

[39] Ibid., 34, 39; Shore, Information, 31, 37. <<

[40] Sobre el ascenso de Himmler, véase Longerich, Himmler. Sobre las estructuras políticas, véase Westermann, «Ideological Soldiers», 45. Simplifico considerablemente la situación al no considerar la estructura federal del Estado alemán, que Himmler consideraba también un problema a superar. Las instituciones policiales mencionadas aquí serán examinadas en los capítulos 5, 6, y 7. <<

[41] Evans, Power, 627; Lee, Dictatorships, 172. <<

[42] Estas acciones de asesinato de la policía alemana son el tema de los capítulos 6 y 7. <<

[43] Comp. Wheatcroft, «Mass Killing», 139. <<

[44] Citas: Baberowski, Feind, 758-759. <<

[45] Werth, Terreur, 280; Viola, Forgotten Gulag, 195. <<

[46] Sobre la fe religiosa, véase McLoughlin, «Mass Operations» y Binner, «Setoj», 181-183. <<

[47] Shearer, «Social Disorder», 527-531, cita en 531. <<

[48] Sobre el Terror en Siberia, véase Ablazej, «Die ROVS-Operation», 287-298; Baberowski, Terror, 189-190, y Kuromiya, «Accotmting», 93. <<

[49] Binner, «Massenmord», 561-562; Werth, Terreur, 283. Sobre los «mil más», Jansen, Executioner, 82, 87. <<

[50] «De una vez por todas»: véase Binner; «Massenmord», 565, también 567. Sobre las cifras citadas, véase Nikol's'kyi, «Represyvna», 93. <<

[51] Vashlin, Terror, 38. Sobre «mejor pasarse...», véase Baberowski, Terror, 192. <<

[52] Binner, «Massenmord», 565-568. <<

[53] Ibid., 567. <<

[54] Ibid., 568. Sobre el procedimiento de la letrina, véase Michniuk, «Przeciwko Polakom», 118. Véase también Weissberg, Wielka czystka, 293. Sobre las firmas en paginas en blanco, véase McLoughlin, «Mass Operations», 127. <<

[55] Binner, «Massenmord», 571-577. En ocasiones las ordenes de Stalin eran muy locales y precisas; para ejemplos, véase Kuz'niatsou, Kanveer, 72-73. Al final serian ejecutados 1825 prisioneros de Solovki. <<

[56] En Omsk, véase Binner, «Massenmord», 657-580. Sobre la sentencia de 1301 personas en una sola noche, véase McLoughlin, «Mass Operations», 129. Véase

también Khlevniuk, Gulag, 150. <<

[57] Cita y detalles de las técnicas de ejecución en McLoughlin, «Mass Operations», 130, 131, y en Schlogel, Terror, 602, 618. Sobre los explosivos, véase Gregory, Terror, 71. <<

[58] Sobre la ejecución de 35 454 personas, véase Junge, Vertikal', 201. Sobre las demás cifras, véase Binner, «S etoj», 207. Sobre los campos, véase Werth, Terreur, 285; y Khlevniuk, Gulag, 332. Sobre los ancianos, véase Nikol's'kyi, «Represyvna», 99. Sobre la ejecución de treinta y cinco sordomudos, véase Schlogel, Terror, 624; McLoughlin, «Ates Operations», 136; y Binner, «Massenmord», 590. <<

[59] Sobre los acontecimientos de diciembre y de febrero, véase Nikol'skij, «Kulakenoperation», 623; y Nikol's'kyi, «Represyvna», 100. Sobre las interpretaciones de Leplevski de las inclusiones en la orden 00447, véase Šapoval, «Behandlung», 339, 341. Sobre los arrestos de 40 530 personas, véase Nikol's'kyi, «Represyvna», 153. Sobre las 23 650 personas añadidas a los cupos de muertes, véase Sapoval, «Behandlung», 343. Sobre las cifras 70 868, 35 563 y 830, véase Junge, Vertikal', 533. Sobre las cifras 1102 y 1226, véase Nikol'skij, «Kulakenoperation», 634-635. <<

[60] Stronski, Represje, 243. Para un análisis, véase Weiner, Making Sense. <<

[61] Pasternak desarrollo esta cuestión como un tema general de Dr. Zhivago. <<

[62] Gurianov, «Obzor», 202. <<

[63] Goeschel, Concentration Camps, 26-27. Quizá entre 5000 y 15 000 personas fueron enviadas a campos de concentración por homosexualidad, de los cuales tal vez la mitad había muerto a finales de la Segunda Guerra Mundial; véase Evans, Third Reich at War, 535. <<

[64] Goeschel, Concentration Camps, 4, 20, 21, 27; Evans, Power, 87. La argumentación sobre el péndulo oscilante de las políticas sobre nacionalidades la formula poderosamente Martin en Affirmative. Action Empire. <<

[65] Sobre las 267 sentencias de la Alemania nazi, véase Evans, Power, 69-70. <<

Notas del capítulo 3

[1] Martin, «Origins», aporta rigor analítico al estudio de las operaciones nacionales. Cita: Jansen, Executioner, 96; véase también Baberowski, Terror, 198. <<

[2] Para más detalles sobre la línea polaca, véase Snyder, Sketches, 115-132. <<

[3] Snyder, Sketches, 115-116. La idea de la «Organización Militar Polaca» se origina, al parecer, en 1929, cuando un agente soviético fue puesto a cargo de la comisión de seguridad del Partido Comunista de Polonia; véase Stronski, Represje, 210. <<

[4] Stronski, Represje, 211-213. Sobre Sochacki, véase Kieszczyński, «Represje», 202. Para más detalles sobre Wandurski, véase Shore, Caviar and Ashes. Al menos un comunista polaco importante regreso de la Unión Soviética y trabajo para los polacos: su libro es Regula, Historia. <<

[5] En enero de 1934, véase Stronski, Represje, 226-227. Sobre los motivos y las cifras de deportaciones posteriores, véase Kupczak, Polacy, 324. <<

[6] Sobre la primera pista de Stalin, véase Kuromiya, Voices, 221. Sobre «lo saben todo», véase Stronski, Represje, 2336-227. Véase también Morris, «Polish Terror», 756-757. <<

[7] Stronski, Represje, 227; Snyder, Sketches, 119-120. <<

[8] Nikol's'kyi, Represyvna, 337 ; Stroński, Represje, 227. Para detalles sobre Balyts'kyi, véase Shapoval, «Balyts'kyi», 69-74. Un destino similar aguardaba a Stanislaw Kosior, anterior jefe de la sección ucraniana del partido, que era polaco. El también había desempeñado un papel destacado en la campaña de hambruna de 1933 y también fue ejecutado como espía polaco. <<

[9] Para un estudio detallado de los orígenes de la operación polaca, véase Rubl'ov «Represii proty poliakiv», 126; Paczkowski, «Pologne», 400; y Stronski, Represje, 220. <<

[10] Para el texto de la orden 00485, véase Leningradskii martirolog, 454-456. <<

[11] Para más ejemplos, véase Gilmore, Defying Dixie. <<

[12] Petrov, «Polish Operation», 154; Nikol's'kyi, Represyvna, 105. Más adelante en este capítulo se dan cifras sobre miembros de minorías nacionales. <<

[13] Sobre los «suministros», véase Kuromiya, Stalin, 118. Sobre los diplomáticos polacos, véase Snyder, Sketches, 121-127. Sobre el comité central, véase Kieszczyński, «Represje», 198. Sobre las experiencias de los comunistas polacos en la URSS, la obra de Budzyńska Strzępy tiene un valor incalculable. <<

[14] Cita: Petrov, «Pol'skctia operatsiia», 23. La anécdota del listín telefónico procede de Brown, No Place, 158. <<

[15] Stronski, Represje, 240. <<

[16] Petrov, «Pol'skaia operatsiia», 28; Werth, Terreur, 294. <<

[17] Cita y cifra: Naumov, NKVD, 299-300. Veanse ejemplos en Stronski, Represje, 223, 246. <<

[18] Sobre la familia Juriewicz, véase Glębocki, «Pierwszy», 158-166, cita en 164. <<

[19] Sobre la familia Makowski, véase Glębowski, «Pierwszy», 166-172. Para la cifra de 6597, véase Petrov, «Polish Operation», 168. <<

[20] Ilic, «Leningrad», 1522. <<

[21] Madrugada: Dzwonkowski, Glód, 236. Cuervo negro aparece en polaco y en ruso; Maria negra, en ruso. Para testimonio sobre el destructor de almas, que se empleo más tarde en referencia a las camionetas de gas alemanas, véase Schlogel, Terror, 615. Sobre Kuntsevo, véase Vashlin, Terror, 40, 44. <<

[22] Sobre los orígenes de la identidad fronteriza polaca, véase Snyder, Reconstruction of Nations. Las redefiniciones de los polacos soviéticos son el tema central de Brown, No Place. <<

[23] Sobre la purga nacional, véase Naumov, NKVD, 262.-266; cita sobre la flor de la intelectualidad en 266. Cita de Berman: Michniuk, «Przeciwko Polakow», 115. Sobre los 218 escritores, véase Mironowicz, Białoruś, 88-89. Véase también Junge, Vertikal', 624. <<

[24] Para más información sobre este método de ejecución, véase Goujon, «Kurapaty», y Marples, «Kurapaty», 513-517. Véase también Ziolkowska, «Kurapaty», 47-49. <<

[25] Para la cifra de 17 772 sentencias, véase Petrov, «Pol'skaia operatsiia», 168. Sobre el numero total de muertes (61 501), véase Morris, «Polish Terror», 759. <<

[26] Jansen, Yezhov, 258. Sobre Uspenskii, comp. Parrish, Lesser Terror, 6, 11, y Kuromiya, Freedom and Terror, 240. <<

[27] Werth, Terreur, 292. <<

[28] Sobre Moszyńska y Angielczyk, véase Kuromiya, Voices, 49-51, 221-223. <<

[29] Cita: Dzwonkowski, Glód, 94. Sobre Zhmerynka, véase Stroński, Represje, 225. <<

[30] Cita: Dzwonkowski, Glód, 244. Véase también Stroński, Represje, 235, y Iwanow, Stalinizm, 153. <<

[31] Sobre Koszewicz, la ropa interior y el mensaje, véase Dzwonkowski, Glód, 90, 101, 147. <<

[32] Sobre el otoño de 1937 y los orfanatos, véase Petrov, «Pol'skaia operatsiia», 26; Kupczak, Polacy, 327, 329, y Jansen, Executioner, 97. Sobre Piwiński y Paszkiewicz, véase Dzwonkowski, Glód, 151, 168. <<

[33] Sobre Sobolewska, véase Dzwonkowski, Glód, 215-219, cita en 219. <<

[34] Petrov, «Pol'skaia operatsiia», 30; Binner, «Massenmord», 591; Werth, Terreur, 294, 470. <<

[35] Sobre las sentencias de 100 y 138 personas, véase Stroaski, Represje, 228. <<

[36] Para la cifra de 111 091, véase Petrov, «Pol'skaia operatsiia», 32. Para la estimación de ochenta y cinco mil ejecuciones de polacos soviéticos, véase Petrov, «Polish Operation», 171. Jansen, Executioner, 99, extrae una conclusión similar. Naumov calcula las muertes de polacos en 95 000; véase NKVD, 299. Véase también Schlögel, Terror, 636. <<

[37] Comp. Morris, «Polish Terror», 762, cuyos cálculos son casi idénticos. <<

[38] Para una comparativa de los números de arrestos, véase Khaustov, «Deiatel'nost», 316. Aquí y en otros lugares, las observaciones sobre la débil presencia de la inteligencia polaca en 1937 y en 1938 se basan en semanas dedicadas a la revisión de los archivos pertinentes del Segundo Departamento de la Plana Mayor General de los archivos militares polacos (los Centralne Archwum Wojskowe, o CAW). Véase Snyder, Sketches, 83-112, para un estudio más detallado y una serie de citas de los archivos. También trato en ese lugar la cuestión del daño que hizo el Terror a la seguridad internacional soviética. <<

[39] También se traslado a la fuerza a cantidades menores de personas en el Caucazo: véase Baberowski, Feind, 771-772. Sobre la ejecución de 20 474 personas, véase Kuromiya, «Asian Nexus», 13. Véase también, Gelb, «Koreans». <<

[40] Cita: Evans, Power, 357. Sobre la acción alemana, véase la Orden 00439 (55 005 sentencias, 41 989 sentencias a muerte). Véase también Schlogel, Terror, 628. <<

[41] Khlevniuk, Gulag, 147. Cito las cifras de Binner, «S etoj», 207. Martin indica 386 798 muertes bajo la Orden 00447; véase «Origins», 855. <<

[42] La Ucrania soviética representaba el veintidós por ciento de la población y sufrió el veintisiete por ciento de las condenas; véase Gregory, Terror, 265. Sobre las 123 421 sentencias de muerte, véase Nikol's'kyi, Represyvna, 402; en la p. 340 se indican las proporciones nacionales de arrestados durante 1937-1938 en la Ucrania soviética: ucranianos 53,2 por ciento (78,2 por ciento de la población), rusos, 7,7 por ciento (11,3 por ciento de la población), judíos 2,6 por ciento (5,2 por ciento de la población), polacos, 18,9 por ciento (1,5 por ciento de la población) y alemanes, 10,2 por ciento (1,4 por ciento de la población). <<

[43] Khlevniuk, «Party and NKVD», 23, 28; Binner, «Massenmord», 591-593. <<

[44] Sobre el porcentaje de oficiales de alta graduación, véase Petrov, Kto rnkovodil, 475, y Gregory, Terror, 63. La representación de judíos en verano de 1936 era aún mayor entre los generales (cincuenta y cuatro por ciento), en el aparato central de la NKVD en Moscu (sesenta y cuatro por ciento) y entre los oficiales de alta graduación de la Ucrania soviética (sesenta y siete por ciento). Véase Naumov, Bor'ba, 119, para los dos primeros datos, y Zolotar'ov,

«Nachalnyts'kyi», 326-331, para el tercero. Letones, alemanes y polacos desaparecieron por completo de los rangos superiores del NKVD durante el Gran Terror. El polaco Stanislaw Redens, por ejemplo, era el jefe del NKVD de Moscú, y como tal firmo las ordenes de ejecución de 20 761 personas durante el Terror. Él mismo fue arrestado y posteriormente ejecutado como nacionalista polaco. <<

[45] Sobre las pensiones estatales, véase Kotkin, *Magnetic Mountain*, 122. <<

[46] Haslam, *Collective Security*, 194. <<

[47] Hirsch, *Empire*, 293-294. <<

[48] Sobre Austria, véase Dean, *Robbing*, 86, 94 ,105. <<

[49] Sobre la expulsión, véase Tomaszewski, *Preludium*, 5, 139, *passim*. Véase también Longerich, *Politik der Vernichtung*, 193-204; y Kershaw, *Hitler*, 459, 472. <<

[50] Goeschel, *Concentration Camps*, 24. <<

[51] El 12 de noviembre de 1938 ; véase Polian, «Schriftwechsel», 4. <<

[52] Sobre Madagascar, véase Polian, «Schriftwechsel», 4, 8. Sobre los revisionistas, véase Arens, «Jewish Military», 205, y Spektor, «Żydzi wołyńscy», 539. <<

[53] Sobre las relaciones polaco-alemanas, véase Roos, *Polen*, 253, 396; Kershaw, *Hitler*, 475, y Weinberg, *Foreign Policy*, 20, 404, 484. <<

[54] Cita: Evans, *Power*, 604. <<

[55] Kershaw, *Hitler*, 482; Zarusky, «Hitler bedeutet Krieg», 106-107. <<

[56] Véase Haslam, *Collective Security*, 90, 153. Sobre Litvinov, véase Herf, *Jewish Enemy*, 104, y Orwell, *Orivell and Politics*, 78. <<

[57] Cita: Wiczorkiewicz, *łańcuch*, 323. <<

[58] Haslam, *Collective Security*, 227. Cita: Weinberg, *World at Arms*, 25. No he tratado aquí las experiencias de Koestler en España, que coincidieron con el encarcelamiento de su amigo Weissberg en la URSS; véase *God That Failed*, 75-80. <<

[59] Citas: Lukacs, *Last European War*, 58-59. <<

[60] Krebs, «Japan», 543; Haslam, *East*, 132. <<

[61] Levine, In Search of Sugihara, 121; Sakamoto, Japanese Diplomats, 102; Kuromiya, Między Warszawą a Tokio, 470-485; Hasegawa, Racing, 13. <<

Notas del capítulo 4

[1] Böhler, Verbrechen, 16, 69, 72, 74, Böhler, Überfall, 100. Datner calcula 158; véase 55 Dni, 94. <<

[2] Sobre Varsovia, véase Böhler, Überfall, 171-172. Sobre los ametrallamientos aéreos, véase Datner, 55 Dni, 96, y Mazower, Hitler's Empire, 67. <<

[3] Naumann, «Die Mörder», 54-55; Grass, Beim Häuten, 15-16. <<

[4] Sobre la muerte de soldados alemanes considerada como «asesinato», véase Datner, Zbrodnie, 73. Sobre la «insolencia», ver Lukacs, Last European War, 58. Sobre el granero y la caballería, véase Datner, Zbrodnie, 72, 69; Rossino, Hitler, 166, 169, y Böhler, Verbrechen, 23. <<

[5] Estas fueron las directrices, con algo más de detalle: «Cerrad los corazones a la compasión. Acción brutal. Dieciocho millones deben recibir lo que necesitan. Su existencia debe ser garantizada. El más fuerte tiene el derecho. Máxima severidad». Véase Mallman, Einsatzgruppen, 54. Sobre Ciepielow, véase Bohier, Verbrechen, 131. Sobre la cruz roja, véase Rossino, Hitler, 181; véase también 184. Sobre otros incidentes con tanques, véase Datner, Zbrodnia, 62. <<

[6] Sobre «los polacos, los esclavos» y la mueca de la muerte, véase Rossino, Hitler, 141, 204. Sobre «la intención del líder es destruir y exterminar al pueblo polaco», véase Mallmann, Einsatzgruppen, 57. <<

[7] Rossino, Hitler, 138, 141; Böhler, Verbrechen, 100. <<

[8] Bartoszewski, Warszawski pierścień, 52-53. <<

[9] Böhler, Verbrechen, 19. <<

[10] Sobre Solee, véase Böhler, Verbrechen, 116. Sobre el muchacho judío al que pidieron agua, véase Rossino, Hitler, 172. Sobre Dynow, véase Böhler, Überfall, zoo. Rossino calcula que siete mil de los quince mil civiles polacos muertos por los alemanes hasta finales de 1939 eran judíos; véase Hitler, 234. Mallman, Böhler y Mathaus dan las mismas cifras en Einsatzgruppen, p. 88. Böhler calcula unos treinta mil a finales de octubre (Verbrechen, 140) y cuarenta y cinco mil, de los cuales siete mil eran judíos, para finales de aquel año (Überfall, 138). <<

[11] Sobre la probabilidad de tal esperanza, véase Młynarski, W niewoli, 54-59. <<

[12] Cita: Weinberg, World at Arms, 57. <<

[13] Sobre la traición de Lwów, véase Cienciala, Crime, 20; Czapski, Wspomnienia, 9-10, y Wnuk, Za pierwszego Sowietą, 35. <<

[14] Sobre la estepa ucraniana, véase Czapski, *Wspomnienia*. Sobre el disgusto de los granjeros polacos, véase Młynarski, *W niewoli*, 98-99. <<

[15] Hrycak calcula 125 000 prisioneros de guerra («Victims», 179); Cienciala, entre 230 000 y 240 000 (*Crime*, 26). Los soviéticos además retuvieron a unas quince mil personas para trabajos forzados en las minas y en la construcción de carreteras, de las cuales murieron unas dos mil en 1941 durante las evacuaciones; véase Hryciuk, «Victims», 180. <<

[16] Para ejemplos de personas que pasaron de la cárcel al poder, tomados de varias regiones, véase HI 209/1/10420, HI 209/6/5157, HI 20 9/11/4217, HI 210/14/10544, HI 210/14/4527, HI 210/14/2526, HI 209/13/2935 y HI 210/12/1467. Los ejemplos de violencia mencionados aquí proceden de Gross, *Revolution*, 37, 44. Para detalles de incidentes similares, véase HI 209/13/293 5, HI 209/13/3124, HI 210/1/4372, HI 210/5/4040, HI 210/14/4908 y HI 209/7/799. <<

[17] Sobre la sentencia habitual, véase Jasiewicz, *Zagłada*, 172 . Sobre las 109 400 personas arrestadas y las 8513 sentenciadas a muerte, véase Hryciuk, 182 . Sobre la desproporción entre las cifras de arresto y las de encarcelamiento, véase Khlevniuk, *Gulag*, 236, y Glowacki, *Sowieci*, 292. <<

[18] Sobre los sesenta y un mil ciudadanos polacos, véase Rossino, *Hitler*, 15, también 30; «destruir Polonia», en p. 77. Véase también, en general, Ingrao, «Violence», 219-220. Sobre Heydrich y Hitler, véase Mallman, *Einsatzgruppen*, 57, y Mańkowski, «Ausserordentliche», 7. Sobre los doctorados, véase Browning, *Origins*, 16. <<

[19] Sobre Katowice, véase Rossino, *Hitler*, 78. Sobre la falta de buenos archivos, véase Mallman, *Einsatzgruppen*, 80. <<

[20] El Einsatzgruppe z. b. V tenía la misión de expulsar a los judíos. Véase Rossino, *Hitler*, 90, 94, 98; la cifra de veintidós mil se halla en la p. 101. Sobre Przemysł, véase Böhler, *Überfall*, 202-203. Véase también Pohl, *Herrschaft*, 52. <<

[21] Sobre Hitler, véase Rutherford, *Prelude*, 53. Sobre Frank, véase Seidel, *Besatzungspolitik*, 184 (incluida la cita). Sobre Frank como antiguo abogado de Hitler, véase Mazower, *Hitler's Empire*, 74. <<

[22] Wnuk, *Za pierwszego Sowietą*, 13-23. El locus classicus es Gross, *Revolution*. <<

[23] Wnuk, *Za pierwszego Sowietą*, 23; Hryciuk, «Victims», 199. <<

[24] Sobre las 139 794 personas sacadas de sus hogares, véase Hryciuk, «Victims», 184 . Glowacki cita temperaturas de -42.°C, o -43-° Fahrenheit; véase *Sowieci*, 328. Véase también Jolluck, *Exile*, 16. <<

[25] Sobre el «infierno» y los muertos adultos, véase Wrobel, *Polskie dzieci*, 156,178. Véase también Gross, *Revolution*, 214-218. Sobre «sus sueños y sus deseos», véase Gross, *Children's Eyes*, 78. <<

[26] Jolluck, *Exile*, 41. <<

[27] Para el 1 de julio de 1941 había habido 10 864 muertos entre los deportados de los asentamientos especiales; véase Khlevniuk, *Gulag*, 279. Sobre «los nativos», véase *Dark Side*, 143. Sobre las botas y el cadáver hinchado, véase Gross, *Children's Eyes*, 63, 88. <<

[28] Sobre los esqueletos, «lo que había en su corazón» y el emblema del águila blanca, véase Gross, *Children's Eyes*, 191, 202, 78 (también 71, 194). <<

[29] Pankowicz, «Akcja», 43; Burleigh, *Germany Turns Eastwards*, 275. <<

[30] Cita: Shore, *Information*, 15. Véase también Rutherford, *Prelude*, 56. <<

[31] Rutherford, *Prelude*, 59, 75. <<

[32] Sobre las cifras citadas, véase Rutherford, *Prelude*, 59; Grynberg, *Relacje*, XII, y Hilberg, *Destruction* (vol. I), 156,189. <<

[33] Para las cifras de deportaciones, véase Rutherford, *Prelude*, I, también 75, 88. Sobre Owinska, véase Kershaw, *Hitler*, 535, y Evans, *Third Reich at War*, 75-76. Sobre el asesinato de 7700 ciudadanos polacos hallados en instituciones de salud mental, véase Browning, *Origins*, 189. Véase también Mazowiec; *Hitler's Empire*, 85. <<

[34] Cita: Urbanski, *Zagłada*, 32. Sobre Łowicz, véase Grynberg, *Relacje*, 239-240. <<

[35] Rutherford, *Prelude*, 9, citas en pp. 88 y 102. <<

[36] Para descripciones generales de los tres campos, véase Cienciala, *Crime*, 29-33; también Abramov, *Murder*, 46, 83, 101, y Młynarski, *W niewoli*, 113-114. Sobre la observancia del día de Navidad, véase Młynarski, *W niewoli*, 156-157. <<

[37] Cienciala, *Crime*, 33. Sobre las siluetas y los esqueletos, véase Czapski, *Wspomnienia*, 16, 31, y Młynarski, *W niewoli*, 115-117. Sobre los cuervos, véase Berling, *Wspomnienia*, 34. <<

[38] Czapski, *Wspomnienia*, 18; Swianiewicz, *Shadow*, 58; Młynarski, *W niewoli*, 205-209; Cienciala, *Crime*, 33-35, 84-99, y para su estimación del número total de informadores (unos cien), 159. <<

[39] Jakubowicz: *Pamiętniki znalezione*, 30, 38, 43, 53. Sobre las direcciones de los remites, véase Swianiewicz, *Shadow*, 65. <<

[40] Sobre los perros amigos de los prisioneros, véase Młynarski, *W niewoli*, 256-257; Abramov, *Murderers*, 86, 102, y Czapski, *Wspomnienia*, 43. Sobre el veterinario que los cuidaba, véase Młynarski, *W niewoli*, 84, 256. <<

[41] Sobre la clandestinidad polaca, véase Wnuk, *Za pierwszego Sowietu*, 368-371. Sobre la decisión de ejecutar a los prisioneros, véase Cienciala, *Crime*, 116-120, citas en p. 118. Véase también Jasiewicz, *Zagłada*, 129. <<

[42] Jasiewicz, *Zagłada*, 131, 144-145, 159. Al parecer, estas 7305 fueron pasadas por las armas en Bykivnia y Kuropaty, enclaves importantes de las ejecuciones del Gran Terror; véase Kalbarczyk, «Przedmioty», 47-53. <<

[43] Swianiewicz, *Shadow*, 75; Cienciala, *Crime*, 122, 129-130, 175, cita en p. 130. Para pasajes adicionales del diario de Adam Sol'ski's, véase *Zagłada polskich elit*, 37. <<

[44] Cienciala, *Crime*, 124; *Zagłada polskich elit*, 43. <<

[45] Cienciala, *Crime*, 124; *Zagłada polskich elit*, 43. Sobre Blokhin, véase Braithwaite, *Moscow*, 45. <<

[46] Cienciala, *Crime*, 126-128; *Zagłada polskich elit*, 39. <<

[47] Cienciala, *Crime*, 122-123; Czapski, *Wspomnienia*, 7, 8, 15, 17, 18, 45. <<

[48] Abramov, *Murderers*, 46; Swianiewicz, *Shadow*, 63, 66. <<

[49] Cienciala, *Crime*, 34; Czapski, *Wspomnienia*, 18 ; Swianiewicz, *Shadow*, 64; Młynarski, *Whiewoli*, 225. Sobre la opinión de un informador acerca del sistema, véase Berling, *Wspomnienia*, 32. <<

[50] Cita: Swianiewicz, *Shadow*, 69. <<

[51] Esta cantidad es la suma de las cifras de ejecuciones dada en Cienciala, *Crime*, *passim*. <<

[52] Cienciala, *Crime*, 118, 173-174 , 198-199, la cita sobre los padres en p. 198 sobre las 60 667 personas enviadas a asentamientos especiales en Kazajistan, véase Hryciuk, «Victims», 187. Sobre la «gente anterior», véase Khlevniuk, *Gulag*, 282. Véase también Goussei, «Les déplacements», 188. Sobre las esposas a las que les decían que iban a reunirse con sus maridos, véase Jolluck, *Exile*, 16. Sobre la «nieve y el barro eternos», véase Gross, *Children's Eyes*, 79. <<

[53] Sobre el estiércol y la oficina del NKVD, véase Jolluck, *Exile*, 40, 122-123. Sobre el economista, véase Czapski, *Wspomnienia*, 27. <<

[54] Sobre las 78 339 personas deportadas de las cuales en torno al ochenta y cuatro por ciento eran judíos, véase «Victims», 189. <<

[55] Gross, *Children's Eyes*, 221. <<

[56] Véase Snyder, *Reconstruction*. <<

[57] Krebs, «Japan», 545, 548; Levine, Sugihara, 132, 218, 262, 273; Sakamoto, *Japanese Diplomats*, 102, 107, 113-114. <<

[58] Sobre las cifras citadas, véase Polian, *Against Their Will*, 123. Véase también Weinberg, *World at Arms*, 167-169, y Kuromiya, *Między Warszawą a Tokio*, 470-485. <<

[59] Esta cifra, 408 525 deportaciones, es la suma de las principales acciones. Rutherford calcula un total de 500 000 total; véase *Prelude*, 7. <<

[60] Sobre Eichmann y la propuesta de enero de 1940, véase Polian, «Schriftivechsel», 3, 7, 19. <<

[61] Sobre los orígenes del gueto de Łódź, véase Grynberg, *Życie*, 430. Una descripción incomparable del gueto de Varsovia es la de Engelking, *Getto warszawskie*, trad. al inglés: *The Warsaw Ghetto: A Guide to the Perished City*. Sobre Schön, véase T. B., «Organizator», 85-90. Sobre las intenciones alemanas y los movimientos de población, véase Browning, *Origins*, 100-124. <<

[62] Drozdowski, «Fischer», 189-190. Véase también Engelking, *Getto warszawskie*, cap. 2. Ringelblum es citado en Friedländer, *Extermination*, 160; sobre los turistas, véase también Mazower, *Hitler's Empire*, 95. <<

[63] Cita: *Zagłada polskich elit*, 23. Véase también Longerich, *Unwritten Order*, 55; Kershaw, *Fateful Choices*, 447. 11 437 personas murieron en el gueto de Łódź en 1941; véase Grynberg, *Życie*, 430. <<

[64] Ver, sobre todo, Zbikowski, «Zydowscy przesiedleacy», 224-228; también Grynberg, *Relacje*, 244, Browning, *Origins*, 124 y Kassow, *Archive*, 107, 273. Estos movimientos eran absurdos incluso desde una perspectiva alemana: los judíos fueron sacados del gueto de Varsovia entre enero y marzo de 1941 para hacer espacio a los polacos que iban a ser traídos de Warthegau y que a su vez fueron expulsados para dejar sitio a los alemanes que venían al oeste desde la Unión Soviética; pero Alemania invadió la URSS en junio de 1941 para que los alemanes pudieran desplazarse al este y colonizar esas tierras. <<

[65] Sobre Sborow y Lederman, véase Sakowska, *Dzieci*, 51, 50. Cita: Zbikowski, «Zydowscy przesiedleńcy», 260. <<

[66] «Sprawozdania Świetliczanek», 65, citas en pp. 70 y 69. <<

[67] Sobre los dos enfoques distintos de las élites, véase Friedlander, *Extermination*, 40. Véase también Tooze, *Wages of Destruction*, 364-365, y Mankowski, «Ausserordentliche», 9-11, cita en p. 11. Comp. Cienciala, *Crime*, 114-115, y Jolluck, *Exile*, 15. <<

[68] Wieliczko, «Akcja», 34-35; Pankowicz, «Akcja», 43-45; *Zagłada polskich elit*, 62, 67. <<

[69] Bartoszewski, Warszawskipierscien, 64-65; Dunin-Wasowicz, «Akcja», 24. <<

[70] Pietrzykowski, «Akcja», 113-115; Jankowski, «Akcja», 65-66. Sobre el burdel para alemanes, véase Pietrzykowski, Akcja AB, 77-78. <<

[71] Pietrzykowski, «Akcja», 114-115. <<

[72] Véase, por ejemplo, Pankowicz, «Akcja», 44. Sobre «No sabemos...», véase Cienciala, Crime, 182. <<

[73] Sobre los tres hombres, véase Pietrzykowski, «Akcja», 117-118. <<

[74] Dunin-Wasowicz, «Akcja», 22-25; Bauer, Dowbor, 217, 241; Crime of Katyn, 33; Zaglada polskich elit, 73. <<

[75] Zaglada polskich elit, 77. <<

[76] Sobre Himmler y los transportes, véase Bartoszewski, Warszawski pierścień, 59, 60, 123-125. Para más detalles sobre los transportes, véase Zaglada polskich elit, 69 Seidel, Besatzungspolitik in Polen. Sobre Bach-Zelewski y el emplazamiento de las ejecuciones, véase Dwork, Auschwitz, 166, 177. Sobre IG Farben, véase Tooze, Wages of Destruction, 443. <<

[77] Sobre la colectivización, véase informe del 25 de noviembre de 1941, SPP 3/1/1/1/1; también, Shumuk, Perezhyte, 17. <<

[78] Sobre los ucranianos perseguidos, véase HI 210/14/7912. Estas operaciones formaban parte de una serie de acciones de deportación de junio de 1941 que después se organizaron en las nuevas regiones anexionadas de la Unión Soviética, de los países bálticos a Rumanía. Sobre los 11 328 y los 22 353 ciudadanos polacos, véase Hryciuk, «Victims», 191, 193. Véase también Olaru-Cemirtan, «Züge». <<

[79] Sobre el bombardeo, véase Jolluck, Exile, 16. Cita: Gross, Children's Eyes, 52. <<

[80] 292 513 ciudadanos polacos fueron deportados en cuatro tandas, junto con varios miles de forma más particular o en acciones más pequeñas. Véase Deportacje obywateli, 29; y Hryciuk, «Victims», 175. Sobre los deportados, los soviéticos contaron como polacos a en torno al 57,5 por ciento, un 21,9 por ciento como judíos, un 10,4 por ciento como ucranianos y un 7,6 por ciento como bielorrusos; véase Hryciuk, «Victims», 195. Para las cifras generales me baso en Hryciuk, «Victims», 175, y en Autuchiewicz, «Stan», 23. Véase también Gurianov, «Obzor», 205. <<

[81] Czapski, Na nieludzkiej ziemi, 68. <<

[82] Biblia del rey Jacobo, Mateo 5:37; Koestler, Darkness at Noon, 249. El encuentro de Czapski con Reikhsman se produjo el 3 de febrero de 1942; véase Crimes of Katyn, 90. <<

[83] Czapski, *Na nieludzkiej ziemi*, 120, 141-143, 148. <<

[84] Czapski, *Na nieludzkiej ziemi*, 149. <<

[85] Sobre Frank, véase Longerich, *Unwritten Order*, 47. Sobre el NKVD, véase Kolakowski, *NKVD*, 74. Sobre Hitler, véase Maukowski, «Ausserordentliche», 7. Com. Aly, *Architects*, 151. <<

Notas del capítulo 5

[1] La presente no es una historia del pensamiento, y solo puedo incluir en ella breves apuntes sobre temas tan complejos. Como individuos, Hitler y Stalin personificaron formas diferentes de la respuesta alemana de principios del siglo XIX a la Ilustración: Hitler encarno al héroe trágico romántico que debía soportar la carga de liderar una nación dañada; Stalin simbolizó el espíritu del mundo hegeliano que descubre la razón en la historia y la dicta a los demás. Una comparación más profunda, como sugiere Christopher Clark, debería incluir sus diferentes visiones del tiempo. Los regímenes nazi y soviético rechazaron la idea básica de la Ilustración de que el tiempo evolucionaba por sí mismo, proporcionando conocimiento y, por tanto, progreso. En cambio, los dos sistemas corrían hacia un punto que, se suponía, se hallaba en el pasado. El marxismo era, de hecho, un esquema del progreso, pero Lenin se saltó las predicciones de Marx e hizo una revolución en un país atrasado, mientras que los países más industrializados incumplieron las mismas predicciones de Marx al no tener revoluciones socialistas. Por ello, los soviéticos bajo el gobierno de Stalin trabajaban apresuradamente en los años 30 para que la patria del socialismo pudiera defenderse del mundo imperialista. Los nazis aún tenían más prisa por alcanzar un objetivo más fantasioso. Idearon un cataclismo que destruiría la Unión Soviética, reconstruiría la Europa del Este y restauraría la grandeza y pureza germanas. Hitler estaba ansioso por hacer realidad la Alemania de sus sueños durante su vida, que temía que iba a ser corta. En Bracher, *Zeit der Ideologien*, hay una introducción a los intentos de enmarcar los debates sobre la Alemania nazi y la Unión Soviética dentro de la historia del pensamiento. <<

[2] Esta es una revisión del argumento desarrollado en los capítulos 1 a 3. Sobre el «Jardín del Edén» (16 de julio de 1941), véase Mulligan, *Illusion*, 8. <<

[3] Comp. Gouldner, «Internal Colonialism» y Viola, «Selbstkolonisierung». <<

[4] En la presente obra Inglaterra es más un factor externo que una materia de investigación, pero aquí también conviene insistir en la importancia de las individualidades en la historia. Véase Lukacs, *Hitler and Stalin* y Lukacs, *Five Days in London*. Vase también el ensayo de Isaiah Berlin «Winston Churchill in 1940» en *Personal Impressions*, 1-23. <<

[5] Véase el Prefacio; también Streit, *Keine Kameraden*, 26-27. El petróleo era necesario tanto para la industria como para la agricultura. También en este aspecto Alemania dependía de las importaciones y parece lógico pensar que una verdadera autarquía exigiría la conquista del Cáucaso soviético y sus yacimientos de petróleo. <<

[6] Consúltese Tooze, *The Wages of Destruction*, 409, 424, 429, 452. Sobre «el Estado más autárquico del mundo», véase Kennedy, *Aufstieg*, 341. Sobre las reservas de petróleo, véase Eichholtz, *Krieg um Öl*, 8, 15, *passim*. Comp. con

Hildebrand, Weltreich, 657-658. El ejército alemán estaba convencido de que necesitaba los recursos soviéticos para luchar en la guerra; véase Kay, Exploitation, 27, 37, 40, «inmensas riquezas» en p. 212. <<

[7] Sobre la capacidad naval alemana, véase Weinberg, World at Arms, 118, también Tooze, Wages of Destruction, 397-399 y Evans, Third Reich at War, 143-146. Cita: Mazower, Hitler's Empire, 133. Alan Milward llama la atención hace mucho tiempo sobre el significado de la presunción de una victoria rápida; véase German Economy, 40-41. <<

[8] Sobre el Generalplan Ost, véase véase Madajczyk, «Generalplan», 12-13, también 64-66; Aly, Architects, 258, Kay, Exploitation, 100-101, 216, Wasser, Himmlers Raumplanung, 51-52; Aly, Architects, 258, Tooze, Wages of Destruction, 466-467, Rutherford, Prelude, 217 ; Mazower, Hitler's Empire, 206, 210 y Longerich, Himmler, 597-599. <<

[9] Sobre Himmler, véase Longerich, Himmler, 599. Sobre Hitler, véase Kershaw, Hitler, 651. Véase también Tooze, Wages of Destruction, 469. <<

[10] La proclama de Hitler del 31 de enero de 1944 se cita de Tooze, Wages of Destruction, 465. La forma definitiva de la Solución Final es el tema del siguiente capítulo. Evans argumenta que Hitler necesitaba empezar la guerra contra la Unión Soviética antes de que terminara la guerra contra Gran Bretaña porque los ciudadanos alemanes se hubieran opuesto a una nueva guerra; véase Third Reich at War, 162. <<

[11] Deutschösterreichische Tageszeitung, 3 de marzo de 1933, Kershaw, Fateful Choices, 267. Para el porcentaje citado, véase Kay, Exploitation, 56,143. <<

[12] Citas: Kay, Exploitation, 211, 50, 40. Véase también Tooze, Wages of Destruction, 469 y Kershaw, Hitler, 650. <<

[13] Cita: Gerlach, Kalkulierte Morde, 342. El aparato institucional se explica en Kay, Exploitation, 17-18 ,148. <<

[14] Kay, Exploitation, 138,162-163. <<

[15] Sobre la «extinción de... una gran parte de la población», véase Verbrechen der Wehrmacht, 65. La cita larga se encuentra en Kay, Exploitation, 133; véase también Gerlach, Kalkulierte Morde, 52-56. Dados los esquemas de asentamiento de los judíos soviéticos, las «personas superfluas» eran no solo rusos, bielorrusos, ucranianos y bálticos, sino, además, al menos tres cuartas partes de la población judía soviética. <<

[16] Kay, Exploitation, 164. En junio, Hitler confirmó a Goring como responsable general de la planificación económica. <<

[17] Hauner, Axis Strategy, 378-383. <<

[18] La capacidad de improvisación de Hitler hace difícil que podamos hablar de estrategia en el sentido convencional de la palabra. Desde mi punto de vista, la discusión entre quienes hablan de una estrategia continental y los que sostienen

que la estrategia era mundial se resuelve fácilmente de este modo: Hitler y sus comandantes estaban de acuerdo en que era necesario conquistar la Unión Soviética para proseguir la guerra, tomara esta la forma que tomara. Hitler pensaba en una guerra entre continentes y creía que esta se produciría. Para ganar esa guerra mundial, era imprescindible vencer primero en la guerra continental. <<

[19] Sobre el pacto de neutralidad, véase Weinberg, *World at Arms*, 167-169, y Hasegawa, *Racing*, 13-14. <<

[20] Burleigh, *Third Reich*, 484, 487. <<

[21] Sobre las oscilaciones japonesas, ver Weinberg, *World at Arms*, 253. Sobre «por el momento», ver Hasegawa, *Racing*, 13. Sobre la reafirmación, véase Krebs, «Japan», 554. Sobre el a menudo olvidado papel de Italia, véase Schlemmer, *Italianer*. <<

[22] Citas: Römer, *Kommissarbefehl*, 204. Sobre la cita de Hitler, véase Kershaw, *Hitler*, 566. Véase también Pohl, *Herrschaft*, 64, y Bartov, *Hitler's Army*, 16. <<

[23] Sobre el empleo de civiles como escudos humanos, véase la orden del 13 de mayo de 1941, texto en *Verbrechen der Wehrmacht*, 46. Véase también Bartov, *Hitler's Army*, 71; Pohl, *Herrschaft*, 71, y en cuanto a las mujeres de uniforme, p. 205; Romer, *Kommissarbefehl*, 228, también 551, y Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 774. <<

[24] Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 244, 266; Bartov, *Eastern Front*, 132. <<

[25] *Verbrechen der Wehrmacht*, 344; Pohl, *Herrschaft*, 185; Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 266. <<

[26] Cita: Arnold, «Eroberung», 46. <<

[27] Comp. Edele, «States», 171. El problema de alimentar a los soldados alemanes sin reducir las raciones dentro de Alemania se analiza en Tooze, *Wages of Destruction*. <<

[28] Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 798. Como señala Tooze, los alemanes estaban en realidad dispuestos a hacer sacrificios económicos a favor del esfuerzo de Guerra; ver *Wages of Destruction*. <<

[29] Streit, *Keine Kameraden*, 143, 153. Sobre Walther von Reichenau (28 de septiembre), ver Arnold, «Eroberung», 35. <<

[30] Streit, *Keine Kameraden*, 143, 153. Comp. Kay, *Exploitation*, 2. <<

[31] Véase Keegan, *Face of Battle*, 73; Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 51; Forster, «German Army», 22 y *Verbrechen der Wehrmacht*, 288. <<

[32] Arnold, «Eroberung», 27-33. <<

[33] Sobre Kiev, véase Berkhoff, Harvest, 170-186, total máximo de muertes (56 400) en p. 184; véase también Arnold, «Eroberung», 34. sobre Jarkov, ver Pohl, Herrschaft, 192; Verbrechen der Wehrmacht, p. 328, da un mínimo de 11 918. <<

[34] Kay, Exploitation, 181,186. <<

[35] En 1944, Wagner fue uno de los conspiradores contra Hitler. Véase Verbrechen der Wehrmacht, pp. 193 y 311, para las citas. La estimación habitual en los textos occidentales es de un millón; véase, por ejemplo, Kirschenbaum, Siege, y Salisbury, 900 Days. La estimación soviética es de 632 000; véase Verbrechen der Wehrmacht, 308. Sobre alimentos y combustible, véase Simmons, Leningrad, 23. <<

[36] Gerlach, Krieg, 36; Salisbury, 900 Days, 508-509; Simmons, Leningrad, XXI; Kirschenbaum, Siege, 1. <<

[37] Glębocki, «Pierwszy», 179-189. <<

[38] Simmons, Leningrad, 51. <<

[39] El diario puede verse en el Museo Estatal de Historia de San Petersburgo, en la exposición «Leningrado en los años de la Gran Guerra Patriótica». <<

[40] Sobre las cifras citadas, véase Verbrechen der Wehrmacht, 209. Sobre el número de prisioneros previsto, véase Gerlach, Kalkulierte Morde, 783. <<

[41] Bartov, Hitler's Army, 87; Polian, «Violence», 123; Overmans, «Kriegsgefangenpolitik», 800-801. Véase también Merridale, Ivan's War, 28; y Braithwaite, Moscow, 165. <<

[42] Berkhoff, Harvest, 94-96; Gerlach, Kalkulierte Morde, 845-857. Para una perspectiva general del trato a los prisioneros de guerra, véase la espléndida Face of Battle, de Keegan, 49-51. <<

[43] Polian, «Violence», 121. Datner calcula entre 200 000 y 250 000; véase Zbrodnie, 379. <<

[44] Overmans, «Kriegsgefangenpolitik», 805; Gerlach, Krieg, 24. <<

[45] Sobre «camaradas», véase Dugas, Vycherknuty, 30. <<

[46] Sobre la cadena de mando, véase Streim, Behandlung, 7. Cita: Pohl, Herrschaft, 219, y Gerlach, Kalkulierte Morde, 801. Véase también Overmans, «Kriegsgefangenpolitik», 808. Sobre el canibalismo, véase Shumejko, «Atanasyan», 174, y Hartmann, «Massenvernichtung», 124. <<

[47] Sobre el recorte de las raciones, véase Megargee, Annihilation, 119. Sobre «puro infierno», véase Ich werde es nie vergessen, 178. Sobre Minsk, véase

Verbrechen der Wehrmacht, 227-229; Gerlach, Kalkulierte Morde, 768, 856; Gerlach, Krieg, 51; Polian, «Violence», 121; Overmans, «Kriegsgefangenpolitik», 807, y Beluga, Prestupleniya, 199. Sobre Bobruisk, véase Pohl, Herrschaft, 224. Sobre Homel, véase Pohl, Herrschaft, 224, y Dugas, Sovetskie Voennoplennye, 125. Sobre Mahileu, véase Pohl, Herrschaft, 224-225. Sobre Molodechno, véase Gerlach, Krieg, 34, y Magargee, Annihilation, 90, también Bartov, Hitler's Army, 79. <<

[48] Sobre Kirovgrado, véase Verbrechen der Wehrmacht, 239-244. Sobre Khorol, véase Pohl, Herrschaft, 226. Sobre Stalino, véase Pohl, Herrschaft, 227, y Datner, Zbrodnie, 404. <<

[49] Motyka, «Tragedia jeńców», 2-6; Kopówka, Stalag 366, 47. Sobre las 45 690 personas que murieron en los campos del Gobierno General, véase Dugas, Sovetskie Voennoplennye, 131. Comp. Młynarczyk, Judenmord, 245 (250 000-570 000). <<

[50] Sobre la falta de ropas de abrigo, véase Bartov, Eastern Front, 112. Sobre los tres soldados soviéticos, véase Dugas, Sovetskie Voennoplennye, 125. <<

[51] Ich tverde es nie vergessen, 113. <<

[52] Sobre los civiles que intentaban llevar comida a los campos, véase Berkhoff, Harvest, 95, 101; y Overmans, «Kriegsgefangenpolitik», 808. Sobre Kremenchuk, véase Pohl, Herrschaft, 226. <<

[53] Comp. Verbrechen der Wehrmacht, 188. <<

[54] Sobre la intención de aniquilar a las élites soviéticas, véase Kay, Exploitation, 104. Sobre Hitler en marzo de 1941, Streim, Behandlung, 36. Sobre el texto de las directrices, véase Verbrechen der Wehrmacht, 53-55. <<

[55] Sobre las 2252 ejecuciones, véase Romer, Kommissarbefehl, 581. <<

[56] Sobre el 2 de julio de 1941, véase Verbrechen der Wehrmacht, 63; Kay, Exploitation, 105, y Kershaw, Fateful Choices, 453. Sobre las instrucciones dadas a los Einsatzgruppen y su cumplimiento, véase Datner, Zbrodnie, 153; Streim, Behandlung, 69, 99, y Berkhoff, Harvest, 94. Sobre octubre de 1941, véase Streit, «German Army», 7. <<

[57] Pohl, Herrschaft, 204 (153 y 235 para las estimaciones de cincuenta y cien mil). Overmans calcula cien mil ejecuciones en «Kriegsgefangenpolitik», 815. Arad estima en ochenta mil el total de prisioneros de guerra judíos muertos; véase Soviet Union, 281. Cita (doctor): Datner, Zbrodnie, 234. Sobre la medicina como profesión nazificada, véase Hilberg, Perpetrators, 66. <<

[58] Streim, Behandlung, 102-106. <<

[59] Para un cálculo a la baja, véase Streim, Behandlung, 244: 2,4 millones como mínimo. Para las estimaciones de entre 3 y 3,3 millones, véase Pohl, Herrschaft, 210; Overmans, «Kriegsgefangenpolitik», 811, 825; Dugas, Sovetskie Voennoplennye, 185, y Hartmann, «Massvernichtung», 97. Para un cálculo al alza, véase Sokolov, «How to Calculate», 452: 3,9 millones, sobre la moral, véase Verbrechen der Wehrmacht, 204. <<

[60] Sobre el 7 de noviembre de 1941, véase Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 817. Comp. Gerlach y Werth, «State Violence», 164. Véase también Streim, *Behandlung*, 99-102, 234. Sobre las cuatrocientas mil muertes totales entre los liberados, véase Pohl, *Herrschaft*, 2 15 . Cita (Johannes Gutschmidt): Hartmann, «Massenvernichtung», 158; una estimación similar de Rosenberg aparece en Klee, «Goif mit uns», 142. <<

[61] Bélgica: Kay, *Exploitation*, 121. <<

[62] Sobre Goebbels, véase Evans, *Third Reich at War*, 248. Comp. Kay, *Exploitation*, 109; Longerich, *Unwritten Order*, 55, 60; Browning, *Origins*; Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 747; Gerlach, *Krieg*, 178; Arad, Reinhard, 14; and Aly, *Architects*, 160. <<

[63] Sobre los experimentos de asfixia, véase Overmans, «Kriegsgefangenpolitik», 814; Longerich, *Unwritten Order*, 82; Longerich, *Himmler*, 567; Datner, *Zbrodnie*, 208, 428; *Verbrechen*, 281; Mazower, *Hitler's Empire*, 383; Browning, *Origins*, 357 , y Klee, «Gottmit uns», 136. <<

[64] Sobre el número de prisioneros reclutados, Pohl, *Herrschaft*, 181. Véase también Black, «Handlanger», 313-317, y Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 207-208. <<

Notas del capítulo 6

[1] Browning y Gerlach han debatido sobre si la decisión de Hitler se produjo en verano-otoño o en diciembre de 1941. En este capítulo sostengo que la ejecución de judíos fue la quinta versión de la Solución Final, y la primera que mostró viabilidad. La idea de erradicar a los judíos de Europa mediante el asesinato tuvo que estar presente en las mentes de Himmler y Hitler no más tarde de agosto. Es bastante posible que ambos lo discutieran de manera explícita, aunque no era necesario que lo hicieran. Reinhard Koselleck (*Futures Past*, 222) cita a Hitler, quien a su vez estaba citando a Dostoievski (supongo que sin saberlo) en *Crimen y castigo*: para tener planes no es necesario admitir tenerlos, ni siquiera ante uno mismo. Para mis propósitos, la fecha más importante es diciembre de 1941, puesto que fue en esa época en la que otros colaboradores de Hitler comprendieron que la Solución Final implicaba el asesinato en masa de la totalidad de los judíos y no la ejecución de algunos y la deportación de otros. <<

[2] Véanse no obstante las importantes revisiones del papel de Speer en Tooze, *Wages of Destruction*. El problema en su forma clásica se plantea en Milward, *German Economy*, 6-7 y *passim*. Cita: Longerich, *Himmler*, 561. No es posible tratar aquí el amplio debate sobre institucionalismo y funcionalismo. Ese debate empezó antes de que se comprendiera la importancia fundamental del frente del Este para la cuestión del Holocausto. Como otros estudiosos, sostengo que la concepción y la posibilidad de llevar a cabo una Solución Final mediante el asesinato en masa surgió de una combinación de señales desde arriba (por ejemplo, de Hitler a Himmler, de Himmler a Bach) y desde abajo (por ejemplo, del Einsatzgruppe A a Himmler, de Himmler a Hitler) o de señales simultáneas en ambas direcciones (las relaciones entre Jeckeln y Himmler). El lugar donde el asesinato apareció como método de la Solución Final fue el frente del Este, donde la técnica principal fue la ejecución por las armas. <<

[3] Cita: Mazower, *Hitler's Empire*, 368. Sobre Wannsee, véase Gerlach, «Wannsee», y Longerich, *Unwritten Order*, 95. Véase también, en general, Roseman,

Villa. La conexión entre Hitler y la administración civil de Rosenberg se establece en Lower, «Nazi Civilian Rulers», 222-223. <<

[4] Einsatzgruppe A, B, C, D, respectivamente: 990 hombres, 655 hombres, 700 hombres, 600 hombres. Véase MacLean, *Field Men*, 13. Sobre «escasos en número», véase Browning, «Nazi Decision», 473. Sobre la importancia de la Policía del Orden, véase Pohl, «Schauplatz», 152. El recuento de muertos es de Brandon, «First Wave». A finales de 1941 los Einsatzgruppen habían matado a, al menos, 457 436 judíos. <<

[5] Esto no se defiende de forma explícita en estos términos en Longerich, Himmler, pero considero que la interpretación cuadra con los argumentos presentados aquí. Comp. Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 115, y Luck, «Partisanbekämpfung», 229. <<

[6] Cita: Wasser, «Raumplanung», 51. Véase también Mazower, *Hitler's Empire*, 378 y *passim*, y Steinberg, «Civil Administration», 647. <<

[7] Las tierras de Rumanía tomadas por Stalin fueron invadidas por el ejército rumano, no por el alemán. Las seguía el Einsatzgruppe D; véase Angrick, *Besatzungspolitik*. <<

[8] Véase Snyder; *Reconstruction*. <<

[9] Las cifras de deportaciones se encuentran en Angrick, *Riga*, 46. Si se incluye el reclutamiento, el total asciende a 34 000. <<

[10] MacQueen, «White Terror», 97; Angrick, *Riga*, 59. En los doscientos mil incluyo a los judíos de Vilna y de zonas colindantes anexionadas a Lituania. <<

[11] Arad, *Soviet Union*, 144, 147; MacQueen, «White Terror», 99-100; Angrick, *Riga*, 60. <<

[12] Tomkiewicz, *Ponary*, 191-197. <<

[13] *Ibid.* 203. <<

[14] Angrick, *Riga*, 66-76. Véase también Arad, *Soviet Union*, 148. <<

[15] Weiss-Wendt, *Estonians*, 39, 40, 45, 90, 94-105. <<

[16] La cifra de 9817 se encuentra en *Verbrechen*, 93. Véase también Wnuk, *Za pierwszego Sowjeta*, 371 (11 000-12 000), y Hryciuk, «Victims», 183 (9400). <<

[17] Sobre las políticas antijudías de entreguerras, véase, en general, Polonsky, *Politics*, y Mendelsohn, *Jews*. <<

[18] Sobre Bialystok, véase Matthaus, «Controlled Escalation», 223, y *Verbrechen der Wehrmacht*, 593. Spektor (en «Zydzi wotynscy», 575) cuenta treinta y tres

pogromos en Volhynia; y los autores y editores de Wokól Jedwabnego, unos treinta en la región de Bialystok. <<

[19] Sobre el número total de judíos muertos (19 655), véase Brandon, «First Wave». Sobre «cientos de judíos corren calle abajo...», véase Verbrechen der Wehrmacht, 99. Sobre la nacionalidad de los prisioneros, Himka, «Etnicity», 8. <<

[20] La idea de la doble colaboración como medio de limpieza del historial personal se sugiere en Gross, Neighbors. Para ejemplos de doble colaboración en Estonia, Ucrania y Bielorrusia, véase Weiss-Wendt, Estonians, 115-119; Dubno: sefer zikaron, 698-701; Rein, «Local Collaborators», 394; Brakel, Unter Rotem Sten, 304; Musial, Mythos, 266, y Mironowicz, Bialorus, 160. Véase también Snyder, «West Volhynian Jews». Sería útil disponer de un estudio sistemático de la doble colaboración. <<

[21] Esto es lo máximo que puedo acercarme al argumento arendtiano sobre la alienación. El seguidor de Arendt Jan Gross formula un argumento similar sobre la privatización de la violencia en su estudio de la primera ocupación soviética, Revolution from Abroad. Pero después, en sus estudios sobre las consecuencias de las dos ocupaciones, Neighbors y Fear, se desplaza de la sociología a la ética, como si los polacos hubieran tomado conciencia de sí mismos cuando la ocupación alemana se sumó a la soviética o la soviética a la alemana. Desde mi punto de vista, lo lógico hubiera sido llevar más allá el argumento arendtiano, aunque afirmando que el solapamiento de ambos regímenes «totalitarios» desempeñó el papel histórico que Arendt asignó a la modernidad. Esto no es exactamente lo que afirma Gross (aunque hace algún movimiento en esa dirección en Upiorna dekada y en algunos pasajes de Neighbors y de Fear), pero considero que es lo que se deduce de sus estudios sobre las ocupaciones en conjunto, si se leen como estudios sobre comportamiento humano (y no sobre ética polaca). Esta argumentación prosigue en la Conclusión de la presente obra. <<

[22] Westermann, «Ideological Soldiers», 46 (30% y 66%). <<

[23] Comp. Gerlach, «Nazi Decision», 476. <<

[24] Longerich, Himmler, 551; Kay, Exploitation, 106. Sobre Uman, véase USHMM-SBU 4/1747/19-20. <<

[25] Matthaus, «Controlled Escalation», 225; Gerlach, Kalkulierte Morde, 555; Kershaw, Fateful Choices, 456,458. Cuppers, en Wegbereiter, desarrolla el tema del temprano papel crucial de las Waffen-SS. <<

[26] Kay, Exploitation, 107; Browning, «Nazi Decision», 474. Pohl apunta que los refuerzos fueron primero a Ucrania; véase Herrschaft, 15Z. El autor especifica primeros de agosto como el momento en que el Einsatzgruppe C comprendió que había que matar a las mujeres y los niños; véase «Schauplatz», 140. <<

[27] Mallmann, Einsatzgruppen, 97. <<

[28] Pohl, «Schauplatz», 142; Kruglov, «Jewish Losses», 274-275; Verbrechen der Wehrmacht, 135. <<

[29] Kruglov, «Jewish Losses», 275. <<

[30] Ruß, «Massaker», 494, 503, 505; Berkhoff, «Records», 294; Pohl, «Schauplatz», 147. <<

[31] Berkhoff, Harvest, 65-67, y 65; FVA 3267. <<

[32] Testimonio de Darmstadt, 29 de abril de 1968, IfZ(M), Gd 01.54/78/1762. <<

[33] Ruß, «Massaker», 486; Berkhoff, Harvest, 68. Sobre Sara, véase Ehrenburg, Black Book, testimonio de Borodyansky-Knysh. Sobre los objetos de valor, véase Dean, «Jewish Property», 86. Sobre las personas que «ya estaban ensangrentadas», véase «Stenogramma», 24 de abril de 1946, TsDAVO, 166/3/245/118. Sobre los huesos, la ceniza y la arena véase Klee, Gott mit uns, 136. <<

[34] Testimonio de Darmstadt, 29 de abril de 1968, IfZ(M), Gd 01.54/78/1764-1765; Berkhoff, «Records», 304. <<

[35] Prusin, «SiPo/SD», 7-9; Rubenstein, Unknown, 57. Romanowsky plantea la cuestión de la rotación de los enemigos oficiales en «Nazi Occupation», 240. <<

[36] Rubenstein, Unknown, 54, 57, 6 1; Prusin, «SiPo/SD», 7-9. <<

[37] Sobre Jarkov, véase Pohl, «Schauplatz», 148 , y Verbrechen der Wehrmacht, 179. Sobre Kiev, véase Prusin, «SiPo/SD», 10. <<

[38] Gerlach, Kalkulierte Morde, 544, 567. Nebe fue miembro de la resistencia contra Hitler en 1944. <<

[39] Megargee, Annihilation, 99. <<

[40] La cita y las cifras proceden de Gerlach, Kalkulierte Morde, 588, 585; véase también Ingrao, «Violence», 231. <<

[41] Para el «mar de sangre», véase Gerlach, Kalkulierte Morde, 182 . Para «por tanto debían ser destruidos», véase Verbrechen, 138. <<

[42] Este fue uno de los temas del capítulo anterior. <<

[43] El razonamiento soviético era típico. Primero, el NKVD «estableció» que Alemania tenía cientos de espías entre los alemanes del Volga. Después, sostuvo que toda la población era culpable, puesto que ningún alemán del Volga había informado a las autoridades competentes de todo aquel espionaje. Una actuación particularmente sutil del NKVD fue considerar que la presencia de esvásticas en los hogares alemanes era una prueba de colaboración con los nazis. En realidad, los propios soviéticos habían distribuido aquellas esvásticas en 1939, cuando Moscú y Berlín eran aliados y se esperaba una visita amistosa de Hitler. A finales de 1942 los soviéticos habían reasentado a unos novecientos mil alemanes, la inmensa mayoría de la población alemana de la Unión Soviética. Los soviéticos deportaron a unos ochenta y nueve mil finlandeses, la mayoría a

Siberia. Sobre Stalin, véase Polian, *Against Their Will*, 134. Sobre Hitler, véase Longerich, *Unwritten Order*, 75; Gerlach, *Krieg*, 96; Gerlach, «Wannsee», 763; Pinkus, «Deportation», 456-458; Mazower, *Hitler's Empire*, 370, y Friedlander, *Extermination*, 139, 263-264. <<

[44] Cita: Lukacs, *Last European War*, 154; véase también Friedlander, *Extermination*, 268. <<

[45] Angrick, *Riga*, 133-150. <<

[46] Cheimno se trata en el capítulo 8. La conexión la establece Kershaw, *Fateful Choices*, 462; Véase también Kershaw, *Hitler*, 66. Mazower hace hincapié en el papel central de Wartheland en el imperio de Hitler, por ejemplo, en la p. 191. Excluyo de esta evaluación a los judíos muertos en el programa de «eutanasia». <<

[47] Trataremos con más detalle de Himmler y Globocnik en el capítulo 8. <<

[48] Megargee, *Annihilation*, 115. <<

[49] Hablando desde la periferia, desde Bielorrusia y Ucrania a Berlín, Gerlach y Pohl destacan importancia de los suministros de alimentos en el exterminio de los judíos. Aly y Heim, partiendo de la lógica de la planificación de la preguerra, ofrecen una especie de explicación negativa del Holocausto: los judíos ya eran vistos como perjudiciales en los planes de futuro, y como consumidores inútiles de bienes imprescindibles en el presente. Ciertamente, Hitler emprendió la guerra contra la Unión Soviética en el entendimiento de que los suministros de alimentos quedarían así garantizados durante la guerra y para guerras futuras. Sin duda es cierto que el Plan del Hambre, las dificultades reales de suministros para la Wehrmacht, y la percepción de que era necesario satisfacer a los civiles alemanes, tuvieron gran importancia en el frente del Este en general. La preocupación por los alimentos hacía más fácil para los oficiales el respaldar la matanza de judíos. A medida que la guerra continuó, el argumento económico sobre el trabajo de los judíos sería contrapesado por el argumento económico sobre los alimentos consumidos por estos. Estoy de acuerdo en que los alimentos tuvieron un papel mucho más importante de lo que deja entrever la literatura sobre el Holocausto escrita en lengua inglesa, pero no creo que los alimentos (ni ninguna otra consideración económica) puedan explicar el calendario ni los contenidos exactos de las políticas de Hitler difundidas en diciembre de 1941. Se trató de una expresión ideológica y una decisión política a problemas acuciantes surgidos de una guerra colonial fallida. Fue, también, una elección. <<

[50] Cita: Edele, «States», 374. <<

[51] Sobre la reunión de Hitler con el embajador japonés el 3 de enero, véase Hauner, *Axis Strategy*, 384. Véase también Lukacs, *Last European War*, 143. <<

[52] Krebs, «Japan», 547-554. <<

[53] La propaganda alemana planteaba la cuestión de forma explícita; véase Herf, *Jewish Enemy*, 100, 128. Comp. Gerlach, «Wannsee». El reciente énfasis de los estudiosos en Himmler y diciembre tiene mucho que ver con la obra de Gerlach y con la publicación de los trabajos de Witte, *Dienstkalender*, y de Longerich,

Himmler. Himmler fue el ejecutor fundamental de una política de la que Hitler era responsable. <<

[54] Citado y comentado, por ejemplo, en Longerich, *Unwritten Order*, 95; Gerlach, *Krieg*, 123; Gerlach, «Wannsee», 783, 790; Kershaw, *Fateful Choices*, 466; Tooze, *Wages of Destruction*, 504, y Mazower, *Hitler's Empire*, 376 (también para la cita de Frank). Como señala Friedlander en un persuasivo pasaje, se trata de una entre muchas declaraciones semejantes; véase *Extermination*, 281. <<

[55] Sobre Hitler («frente común»), véase Herf, *Jewish Enemy*, 132. Sobre Goebbels, véase Pohl, *Verfolgung*, 82. <<

[56] Madajczyk, «Generalplan Ost», 17; Mazower, *Hitler's Empire*, 198. <<

[57] Comp. Browning, «Nazi Decision»; y Gerlach, «Wannsee». Véase también Kershaw, *Fateful Choices*, 433. <<

[58] Véase Kroener, «Frozen Blitzkrieg», 140, 148. <<

[59] Véase Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 582, para la cita y su interpretación. <<

[60] Sobre Serbia, véase Manoschek, *Serbien*, 79, 107, 186-197, y Evans, *Third Reich at War*, 237, 259. Según esta concepción, la culpa de la muerte de los judíos no recaía en los alemanes. Si Estados Unidos era un Estado judío, razonaban los nazis, sus líderes deberían haber entendido que Hitler mantenía vivos a los judíos de Europa como rehenes. Si Estados Unidos entraba en guerra, seguía el razonamiento, Washington era responsable de la muerte de esos rehenes. Desde luego, nadie en Estados Unidos razonaba de este modo, y la entrada estadounidense en la guerra tuvo poco o nada que ver con los judíos de Europa o de EE. UU. Véase Longerich, *Unwritten Order*, 55; Friedlander, *Extermination*, 265, 281; Arad, *Soviet Union*, 139, y Gerlach, «Wannsee». <<

[61] Que se sintiera la necesidad de tal ocultación es sintomático, puesto que revela la suposición nazi de que alguien más pudiera leer sus documentos, algo que solo ocurriría si perdían la guerra. Ni los estalinistas ni el propio Stalin tuvieron tales impedimentos para escribir, firmar y archivar ordenes directas de matar a grandes cantidades de personas. <<

[62] Birn, «Anti-Partisan Warfare», 289. <<

[63] Para la cifra, véase Brandon, «The First Wave». <<

[64] Deletant, «Transnistria», 157-165; Pohl, *Verfolgung*, 78-79; Hilberg, *Destruction* (vol. I), 810. <<

[65] Deletant, «Transnistria», 172 ; Pohl, *Verfolgung*, 79. Véase también Case, *Between States*. <<

[66] Pohl, «Schauplatz», 153, 162. Las cámaras de gas son el tema del capítulo 8. <<

[67] Pohl cuenta treinta y siete mil policías auxiliares en activo en julio de 1942 en el Reichskommissariat de Ucrania; véase «Hilfskräfte», 210. <<

[68] Estas comunidades de Volinia se tratan con más detalle en Spector, *Volhynian Jews*, y Snyder, «West Volhynian Jews», 77-84. El destino de los judíos de Galitzia, que se expone en el capítulo 8, fue distinto: véase Pohl, *Ostgalizien*, y Sandkühler, *Galizien*. <<

[69] Arad, en *Soviet Union*, pp. 521 y 524, calcula entre 1 561 000 y 1 628 000 judíos muertos en las tierras anexionadas por la URSS, además de entre 946 000 y 996,000 judíos en la Unión Soviética de preguerra. Véase también Snyder, «West Volhynian Jews», 85-89. <<

[70] Grynberg, *Życie*, 602; Spektor, «Żydzi wolyńscy», 477; Snyder, «West Volhynian Jews», 91-96; Pohl, «Schauplatz», 158-162. <<

[71] Sobre las negociaciones con el Judenrat, véanse cartas del 8 y 10 de mayo de 1942, DAR 22/1/10=USHMM RG-3 r. 017M-2. Véase también Grynberg, *Życie*, 588; Spektor, «Żydzi wolyńscy», 477, y Snyder, «West Volhynian Jews», 91-96. <<

[72] 301/1982; ŻIH 301/5657; Sefer Lutsk, «Calendar of Pain, Resistance and Destruction»; Grynberg, *Życie*, 584-586, cita en p. 586. <<

[73] Spektor, «Żydzi wolyńscy», 477; Snyder, «West Volhynian Jews», 91-96. Para «bocas inútiles», véase Grynberg, *Życie*, 577. Sobre la Gran Sinagoga de Kovel y para las citas del próximo párrafo, véase ŻIH /1644. Las inscripciones fueron anotadas por Hanoach Hammer. Los soviéticos usaban la sinagoga como almacén de grano. <<

Notas del capítulo 7

[1] Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 374; Szybieka, *Historia*, 337. Comp. Edele, «States», 348, 361. Sobre la orden del 19 de julio relativa al gueto, véase *Verbrechen*, 80. <<

[2] Sobre las primeras matanzas, véase Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 506, 549, 639; Matthaus, «Reibungslos», 260; Longerich, *Vernichtung*, 370 (mujeres); Epstein, *Minsk*, 81, y Ehrenburg, *Black Book*, 116. Sobre las matanzas del 7 y el 9 de noviembre, véase Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 506, 509, 624; Smolar, *Ghetto*, 41; Ehrenburg, *Black Book*, 118, y Rubenstein, *Unknown*, 237-238, 245, 251. Otras matanzas simbólicas: los alemanes llevaron a cabo una acción el 23 de febrero de 1942 (fiesta del Ejército Rojo) y pasaron por las armas a mujeres judías el 8 de marzo de 1942 (Día Internacional de las Mujeres). <<

[3] Sobre el desfile prometido, véase Braithwaite, *Moscow*, 252. <<

[4] Smilovitsky, «Antisemitism», 207-208; Braithwaite, *Moscow*, 262. <<

[5] Véase Brandenberger, *National Bolshevism*, 118-119. <<

[6] Cita: Brandenberger, *National Bolshevism*, 119. <<

[7] Cita: Projektgruppe, «Existiert», 90. <<

[8] Sobre las botas tomadas de los soldados muertos o capturados, véase Ich werde es nie vergessen, 66, 188; y Merridale, Ivan's War, 138. <<

[9] Gerlach, Kalkulierte Morde, 768; Epstein, Minsk, 22; Smolar, Ghetto, 15; Projektgruppe, «Existiert», 221. <<

[10] Sobre las humillaciones reservadas a los judíos, véase Rubenstein, Unknown, 256; también Ehrenburg, Black Book, 12 5 . Sobre Eberl, véase Grabher, Eberl, 66. Sobre la película, véase Longerich, Himmler, 552. <<

[11] Sobre el «concurso de belleza», véase Ehrenburg, Black Book, 132; y Smolar, Ghetto, 22. Sobre la noche de otoño de 1941, véase Smolar, Ghetto, 46. Cita: Rubenstein, Unknown, 244. En el cercano campo de concentración de Koldychevo, los guardianes violaban y asesinaban en serie a las mujeres; véase Chiari, Alltag, 192. <<

[12] Epstein, Minsk, 42 y passim. Sobre los documentos soviéticos, véase Chiari, Alltag, 249. <<

[13] Epstein, Minsk, 130. <<

[14] Projektgruppe, «Existiert», 228. Para detalles biográficos de Smolar, véase «Ankieta», 10 de agosto de 1949, AAN,teczka osobowa 5344. <<

[15] Cholawsky, «Judenrat», 117-120; Chiari, Alltag, 240; Smolar, Ghetto, 19. <<

[16] Sobre las indicaciones de peligro, véase Smolar, Ghetto, 62. Sobre los policías judíos, véase Epstein, Minsk, 12.5. Sobre los guantes y calcetines véase Gerlach, Kalkulierte Morde, 680. Sobre los guías, véase Smolar, Ghetto, 95, y Projektgruppe, «Existiert», 164. Sobre la pelota, véase Epstein, Minsk, 215. <<

[17] Brakel, «Versorgung», 400-401. <<

[18] Sobre la recaudación, véase Epstein, Minsk, 96, 194. <<

[19] Klein, «Zwischen», 89. Véase también Hull, Absolute Destruction, Anderson, «Incident», y Lagrou, «Guerre Honorable». <<

[20] Sobre Franz Halder y sus fantasías acerca de armamento nuclear véase Gerlach, Kalkulierte Morde, 558. Sobre Himmler y los treinta millones de eslavos, véase Sawicki, Zburzenie, 284. Cita: Lück, «Partisanbekämpfung», 228. <<

[21] Citas: Birn, «Anti-Partisan Warfare», 286; Verbrechen, 469. Véase también Gerlach, Kalkulierte Morde, 566. <<

[22] Szybieka, Historia, 348; Mironowicz, Białoruś, 158; Lück, «Partisanbekämpfung», 232; Klein, «Zwischen», 90. <<

[23] Gerlach, Kalkulierte Morde, 680, 686. <<

[24] Cita: Matthäus, «Reibungslos», 261. <<

[25] Smolar, Ghetto, 72; Cholawsky, «Judenrat», 125. Sobre la cifra de 3412, ver Matthäus, «Reibungslos», 262. Sobre Lipski, véase Projektgruppe, «Existiert», 158. <<

[26] Cholawsky, «Judenrat», 123; Epstein, Minsk, 133. Sobre Heydrich, véase Gerlach, Kalkulierte Morde, 694. Sobre los abrigos de pieles, véase Browning, Origins, 300. <<

[27] Sobre la cifra citada, véase Smolar, Ghetto, 98. Cita: Ehrenburg, Black Book, 189. Véase también Cholawsky, «Judenrat», 126, y Gerlach, Kalkulierte Morde, 704. <<

[28] Sobre las camionetas de gas, véase Gerlach, Kalkulierte Morde, 1075, y Rubenstein, Unknown, 245, 248, 266-267. Sobre los «destructores de almas», véase Projektgruppe, «Existiert», 162. <<

[29] Rubenstein, Unknown, 246; Véase también Ehrenburg, Black Book, 132. <<

[30] Smolar, Ghetto, 158; Projektgruppe, «Existiert», 231; Brakel, «Versorgung», 400-401. Sobre las mujeres y niños, véase Smilovitsky, «Antisemitism», 218. <<

[31] Sobre Zorin, véase Slepian, Guerillas, 209, y Epstein, Minsk, 24. Sobre el asalto al gueto, ver Ehrenburg, Black Book, 135. Sobre Rufeisen, véase Matthäus, «Reibungslos», 254. <<

[32] Tec, Defiance, 80, 82, 145, 185, cita en p. 80; Slepian, Guerillas, 210; Musial, «Sowjetische», 185, 201-202. <<

[33] Sobre los 23 000 guerrilleros y las «repúblicas partisanas», véase Lück, «Partisanbekämpfung», 231. Sobre los civiles, véase Brakel, Unter Rotem Stern, 290, 304; Szybieka, Historia, 349; Slepian, Guerillas, 81; y Mironowicz, Białoruś, 160. Sobre las locomotoras, véase Gerlach, Kalkulierte Morde, 868. <<

[34] Musial, Mytboś, 189, 202; Lück, «Partisanbekämpfung», 238; Ingrao, Chasseurs, 131; Verbrechen, 495. <<

[35] Slepian, Guerillas, 17, 42. <<

[36] Kravets y Gerassimova son citados en Projektgruppe, «Existiert», 47, 126. Para el uso de «zorra» como denominación convencional, véase Chiari, Alltag, 256. Sobre el juego del escondite, véase Projektgruppe, «Existiert», 164. <<

[37] Sobre el 18 de agosto, véase Lück, «Partisanbekämpfung», 232; y Westermann, «IdeologicalSoldiers», 57. Sobre el «tratamiento especial», véase Musial, Mythos, 145. Sobre los vecinos a los que había que destruir «como a judíos», véase Lück, «Partisanbekämpfung», 239. <<

[38] Westermann, «Ideological Soldiers», 53, 54, 60; Gerlach, Kalkulierte Morde, 705, 919. <<

[39] Para el cálculo de 208 089 judíos muertos en Bielorrusia en 1942, véase Brandon, «The Holocaust in 1942». Esto no incluye la región de Bialystok, que formó parte de la república soviética de Bielorrusia entre 1939 y 1941 pero no después de la guerra. <<

[40] Sobre Gottberg, véase Klein, «Massenmorder», 95-99. Sobre Bach y para los números citados, véase Lück, «Partisanbekämpfung», 233, 239. <<

[41] Stang, «Dirlewanger», 66-70; Ingrao, Chasseurs, 20-21, la cifra («al menos treinta mil civiles») en 26,132; Gerlach, Kalkulierte Morde, 958; MacLean, Hunters, 28,133. <<

[42] Sobre los cupos de muertes, véase Gerlach, Kalkulierte Morde, 890. Sobre la operación «Fiebre de los pantanos», véase Gerlach, Kalkulierte Morde, 911-913, 930; Benz, Einsatz, 239; Matthaus, «Reibungslos», 267, y Ingrao, Chasseurs, 34. Sobre Jeckeln, véase Brakel, Unter Rotem Stern, 295. Sobre Hornung, véase Gerlach, Kalkulierte Morde, 946, y Klein, «Massenmorder», 100. <<

[43] Brakel, Unter Rotem Stern, 304; Smilovitsky, «Antisemitism», 220. Sobre los comunistas de preguerra, véase Rein, «Local Collaborators», 394. <<

[44] Sobre los ochocientos policías y hombres de las milicias, véase Musial, Mythos, 266. Sobre los doscientos mil, véase Mironowicz, Bialorus, 160. Véase también Slepian, Gueritias, 209. <<

[45] Szybieka, Historia, 345, 352; Mironowicz, Bialoruś, 159. <<

[46] Sobre octubre de 1942, véase Nolte, «Partisan War», 274. <<

[47] Klein, «Zwischen», 100. <<

[48] Sobre la operación Cottbus, véase Gerlach, Kalkulierte Morde, 948; Pohl, Herrschaft, 293; Musial, Mythos, 195, y Verbrechen, 492. Sobre los cerdos, véase Lück, «Partisanbekämpfung», 241. <<

[49] Sobre la operación Hermann, véase Musial, Mythos, 212; y Gerlach, Kalkulierte Morde, 907. <<

[50] Sobre la ejecución de 127 polacos, véase Musial, Mythos, 210. Véase también Jasiewicz, Zaglada, 264-265. <<

[51] Brakel, *Unter Rotem Stern*, 317; Gogun, *Stalinskie komandos*, 144. <<

[52] Shephard, «Wild East», 174; Angrick, *Einsatzgruppe D*, 680-689. Cita: Lück, «Partisanbekämpfung», 242. <<

[53] Birn, «Anti-Partisan Warfare», 291; véase también, en general, Klein, «Zwischen», 96. <<

[54] Dallin, *Brigade*, 8-58. <<

[55] Chiari, *Alltag*, 138; Szybieka, *Historia*, 346; Mironowicz, *Białoruś*, 148, 155. <<

[56] Szybieka, *Historia*, 346. <<

[57] Musial, «Sowjetische», 183. <<

[58] Sobre las cifras citadas (quince mil y noventa y dos), véase Ingraio, *Chasseurs*, 36. Para la cifra de 5295 localidades, véase Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 943. Sobre el informe de 10 431 partisanos ejecutados, véase Klee, *Gott mit uns*, 55. Sobre el diario, véase Lück, «Partisanbekämpfung», 239. Véase también Matthauss, «Reibungslos», 268. <<

[59] Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 1158. <<

[60] Sobre el asesinato de 17 431 personas por traición, véase Musial, *Mythos*, 261. Sobre enemigos de clase, véase Jasiewicz, *Zagłada*, 264-265. <<

[61] Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 1160. Chiari calcula que 276 000 polacos habían sido muertos o trasladados para cuando terminó la guerra; véase *Alltag*, 306. <<

[62] Sobre los crematorios, véase Gerlach, «Mogilev», 68. Sobre Asgard, véase Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 425. <<

[63] Arad, Reinhard, 136-137. <<

Notas del capítulo 8

[1] Comp. dos obras fundamentales de un historiador: Arad, Reinhard y *Soviet Union*. <<

[2] Cita: Wasser, *Raumplanung*, 61, también 77. Sobre el estatus especial de Lublin, véase Arad, Reinhard, 14 ; Musial, «Przypadek», 24, y Dwork, *Auschwitz*, 290. Sobre la acción del Generalplan Ost conocida como la «Zamość Action», véase Autuchiewicz, «Stan», 71; Aly, *Architects*, 275, y Tooze, *Wages of Destruction*, 468. Sobre la fecha 13 de octubre de 1941, véase Pohl, «Znaczenie», 45. <<

[3] Browning, *Origins*, 419; Rieger, *Globocnik*, 60. <<

[4] Sobre la falta de personal, véase Musial, «Przypadek», 31. Sobre la preferencia por los alemanes véase Black, «Handlanger», 315. <<

[5] Browning, *Origins*, 419; Black, «Handlanger», 320. <<

[6] Evans, *Third Reich at War*, 84-90. <<

[7] Cita: Gerlach, «Wannsee», 782. Véase también Rieß, «Wirth», 244; Pohl, «Znaczenie», 45, y Poprzeczny, *Globocnik*, 163. Sobre el papel de Wirth, véase Black, «Prosty», 105, y Scheler, «Probleme», 270, 276. El programa de «eutanasia» continuo con mayor sigilo, con el uso de inyecciones letales y sobredosis de drogas. Decenas de miles de alemanes más fueron asesinados en los años siguientes. <<

[8] Kershaw, *Final Solution*, 71; Mazower, *Hitler's Empire*, 191 y *passim*. <<

[9] Cita: Kershaw, *Final Solution*, 66. Véase también, en general, Mallmann, «Rozwiqzać», 85-95, fecha en p. 95; Horwitz, *Ghettostadt*, 154; y Friedlander, *Origins*, 314-318. Sobre Lange, véase Friedlander, *Origins*, 286, y Kershaw, *Final Solution*, 71. <<

[10] Según Arad, Wirth fue el responsable del diseño; véase Reinhard, 24. <<

[11] Véase Pohl, *Ostgalizien*, y Sandkühler, *Galizien*. <<

[12] Arad, Reinhard, 44, 56; Młynarczyk, *Judenmord*, 252, 257. Sobre el 14 de marzo, ver Rieger, *Globocnik*, 108. Sobre los 1600 judíos carentes de documentos de trabajo, ver Poprzeczny, *Globocnik*, 226. <<

[13] Młynarczyk, *Judenmord*, 260. <<

[14] Sobre los cupos diarios, y en general, véase Młynarczyk, *Judenmord*, 260, y Pohl, *Verfolgung*, 94. <<

[15] Para la cifra de 434 508, véase Witte, «New Document», 472. Pohl cuenta tres supervivientes; véase *Verfolgung*, 95. Sobre Wirth, véase Black, «Prosty», 104. El comandante de Bełżec en agosto de 1942 era Gottlieb Hering. <<

[16] Sobre Cracovia, véase Grynberg, *Życie*, 3; Pohl, *Verfolgung*, 89, y Hecht, *Memories*, 66. <<

[17] Pohl, *Verfolgung*, 95. <<

[18] Sobre el 17 de abril, véase Pohl, «Znaczenie», 49. Sobre el 1 de junio, véase «Obóz zagłady», 134. <<

[19] Grabher, *Eberl*, 70, 74. <<

- [20] Sobre Frank, véase Arad, Reinhard, 46; Berenstein, «Praca», 87, y Kershaw, Final Solution, 106. Sobre los hombres de Trawniki, véase Młynarczyk, «Akcja», 55. <<
- [21] Cita: Longerich, Himmler, 588. <<
- [22] Friedlander, Exterminaron, 349. <<
- [23] Gerlach, «Wannsee», 791. Véase también Pohl, «Znaczenie», 49. <<
- [24] Tooze, Wages of Destruction, 365, 549. <<
- [25] Gutman, Resistance, 198. Comp. Aly, Architects, 211. <<
- [26] Cita: Witte, «New Document», 477. <<
- [27] Arad, Reinhard, 6 1; Młynarczyk, «Akcja», 55; Urynowicz, «Zagłada», 108; Friedländer, Extermination, 428; Hilburg, «Ghetto», 108. Sobre la promesa de pan y mermelada, véase Berenstein, «Praca», 14 2 . Cita: FVA 2327. <<
- [28] Engelking, Getto, 661-665; Gutman, Resistance, 142. <<
- [29] Urynowicz, «Zagłada», 108-109; Trunk, judenrat, 507. <<
- [30] Urynowicz, «Zagłada», 109-111. Véase también Gutman, Resistance, 142. <<
- [31] Sobre Korczak, véase Kassow, History, 268, y Friedländer, Extermination, 429. Cita: Engelking, Getto, 676. <<
- [32] Sobre las cifras citadas, véase Friedländer, Extermination, 230. Estimaciones más altas se dan en Drozdowski, «History», 192 (315 000), y en Bartoszewski, Warszawski pierścień, 195 (310 322). <<
- [33] «Treblinka», 174. Sobre el pago «en especie», véase Trunk, Judenrat, 512. <<
- [34] Sobre el sudor, véase Arad, Reinhard, 64. Sobre los campos y bosques, véase Wdowski, Saved, 69. <<
- [35] Sobre Wiernik, véase Kopówka, Treblinka, 18. <<
- [36] Arad, Reinhard, 81; Młynarczyk, «Treblinka», 266; «Oboz Zagłady», 141; Krolikowski, «Budowalem», 49. <<
- [37] Sobre el 22 de agosto, véase Evans, Third Reich at War, 290. Sobre el 23 de

agosto, véase Młynarczyk, «Treblinka», 262. Sobre el 24 de agosto, véase Wiernik, Year, 8. Sobre el 25 de agosto, véase Krzepicki, «Treblinka», 98. Sobre el 26 de agosto, véase Shoah 02694, en FVA. La cita de Stangl (21 de agosto): Sereny, Darkness, 157. <<

[38] Arad, Reinhard, 87. <<

[39] Wdowinski, Saved, 78; Arad, Reinhard, 65. <<

[40] Cita de Stangl: Arad, Reinhard, 186. <<

[41] Sobre Franz, véase Arad, Reinhard, 189; Kopówka, Treblinka, 32; Glazar, Falle, 118, y «Treblinka», 194. <<

[42] Sobre el gobierno polaco, véase Libionka, «ZWZ-AK», 36-53. Sobre el ataque previsto, véase Libionka, «Polska konspiracja», 482. Sobre las tarjetas postales, véase Hilberg, «Judenrat», 34. Sobre el servido postal, véase Sakowska, Ludzie, 312. <<

[43] Sobre la clínica véase «Obóz zagłady», 137; Glazar, Falle, 51; Arad, Reinhard, 122 y Młynarczyk, «Treblinka», 267. Sobre la estación, véase «Obóz zagłady», 137; Arad, Reinhard, 123, y Willenberg, Revolt, 96. Sobre la orquesta, véase «Tremblinki», 40 y «Treblinka», 193. Sobre el yiddish, véase Krzepicki, «Treblinka», 89. <<

[44] «Treblinka», 178; Arad, Reinhard, 37; Młynarczyk, «Treblinka», 269. Sobre las violaciones, véase Willenberg, Revolt, 105. <<

[45] Arad, Reinhard, 108; Młynarczyk, «Treblinka», 267; Willenberg, Revolt, 65. <<

[46] Arad, Reinhard, 119; Młynarczyk, «Treblinka», 259, 269. <<

[47] Kopowka, Treblinka, 34; Młynarczyk, «Treblinka», 263, 269. Sobre la «metamorfosis», véase Rajchman, Le dernier Juif, 88. <<

[48] Rajgrodzki, «Wobozie zagłady», 107. Arad, Reinhard, 174. Sobre los alemanes calentándose, véase Wiernik, Year, 29. Sobre las mujeres desnudas bajo el frío, véase Rajchman, Le dernier Juif, 96. <<

[49] Para «No son necesarias», véase Rajchman, Le dernier Juif, 33. Sobre el abrazo y sobre Ruth Dorfmann, véase Willenberg, Revolt, 56, 65. <<

[50] Sobre la economía local, véase Willenberg, Revolt, 30; y Rusiniak, Obóz, 26. Sobre «Europa», véase Rusiniak, Obóz, 27. <<

[51] Friedländer, Extermination, 598. Sobre Stalingrado, véase Rajgrodzki, «W obozie zagłady», 109. <<

[52] Sobre el desmantelamiento, véase Arad, Reinhard, 373. Sobre la operación «Festival de la cosecha» (Erntefest), véase Arad, Reinhard, 366. Unos 15 000 judíos de Białystok fueron también ejecutados; ver Bender, «Białystok», 25. <<

[53] Las fuentes del recuento de Treblinka son Witte, «New Document», 472, que proporciona el recuento alemán de 713 555 para 1942 (interceptado por los británicos); and Młynarczyk, «Treblinka», 281, que ofrece un cálculo de 67 308 para 1943. Para la estimación de Radom, véase Młynarczyk, Judenmord, 275. Wiernik afirma que hubo dos transportes de polacos (no circuncidados); véase Year, 35. «Obóz zagłady», un informe publicado en Varsovia a principios de 1946, presenta una estimación de 731 600, y ofrece información básica. <<

[54] Rusiniak, Obóz, 20. <<

[55] Kamenec, «Holocaust», 200-201; Kamenec, «Deportation», 116, 123, cifra en p. 130. <<

[56] Hilberg, Destruction (vol. III), 539, 951; Browning, Origins, 421. <<

[57] Comp. Brandon, «Holocaust in 1942»; Dwork, Auschwitz, 326. <<

[58] Pohl, Verfolgung, io 7; Hilberg, Destruction (vol. III), 959; Stark, Hungarian Jews, 30; Długoborski, «Żydzi», 147. <<

[59] Aunque conocemos con cierta precisión el número de muertos en estas instalaciones, es difícil deducir de la cifra mayor el número exacto de judíos polacos. Si bien Treblinka, Sobibor, y Bełżec fueron ante todo centros de exterminio de los judíos polacos del Gobierno General, también murieron otras personas en esos tres lugares, especialmente en 1943: judíos checoslovacos, judíos alemanes, judíos holandeses y franceses, así como no judíos polacos y gitanos. <<

[60] Sobre los gitanos, véase Pohl, Verfolgung, 113-116; Evans, Third Reich at War, 72-73, 531-535; y Klein, «Gottberg», 99. <<

[61] Para las «preciosas canciones», véase Glazar, 57. Sobre la música como elemento «revolucionario», véase Rajgrodzki, «W obozie zagłady», 109. Sobre «El male rachamim», véase Arad, Reinhard, 216. <<

Notas del capítulo 9

[1] Lück, «Partisanbekämpfung», 246; Zaloga, Bagration, 27, 28 , 43, 56. <<

[2] Zaloga, Bagration, 7, 69, 71. Los estadounidenses estaban en Italia desde 1943. <<

[3] Grossman, Road, 27. Véase también Furet, Passé, 536; y Gerard, Bones, 187-189. Grossman tal vez no comprendiera que los signos del asesinato en masa eran visibles porque la población local polaca había estado buscando objetos de valor. Le hubiera sido imposible escribir que los guardianes de Treblinka eran ciudadanos soviéticos. <<

[4] Engelking, Żydzi, 260. Véase también Milosz, Legends, y Snyder, «WartimeLies». <<

[5] Tokarzewski-Karaszewicz, «U podstaw tworzenia Armii Krajowej», 124-157. <<

[6] Sobre la lucha por la restauración de Polonia como república democrática, véase Libionka, «ZWZ-AK», 19, 23, 34. Sobre el NKVD, véase Engelking, Żydzi, 147. <<

[7] Libionka, «ZWZ-AK», 24. <<

[8] Wdowinski, Saved, 78; Arens, «Jewish Military», 205. <<

[9] Wdowinski, Saved, 79, 82; Libionka, «Pomnik», 110; Libionka, «Deconstructing», 4; Libionka, «Apokryfy», 166. <<

[10] Sobre Agudas Israel, véase Bacon, Politics of Tradition. <<

[11] La historia de la formación de la Organización de Combate Judía es compleja. Ver Sakowska, Ludzie, 322-325, y Zuckerman, Surplus. <<

[12] Sobre la organización de rescate, véase Bartoszewski, Warszawski pierścień, 16, y Libionka, «ZWZ-AK», 27, 33, 36, 39, 56. <<

[13] Libionka, «ZWZ-AK», 60, 71. <<

[14] Bartoszewski, Ten jest, 32; Sakowska, Ludzie, 321, cita (Marek Lichtenbaum) en p. 326. <<

[15] Gutman, Resistance, 198. <<

[16] Engelking, Warsaw Ghetto, 763; Kopka, Warschau, 33-34. <<

[17] Sobre la provisión de armas, véase Libionka, «ZWZ-AK», 69, y Moczarski, Rozmowy, 232. Sobre la minoría antisemita, véase Engelking, Żydzi, 193, y passim. <<

[18] Cita (Himmler): Kopka, Warschau, 36. <<

[19] Szapiro, Wojna, 9; Milton, Stroop, passim; Libionka, «Polska konspiracja», 472. <<

[20] Cita (Gustawa Jarecka): Kassow, History, 183. <<

[21] Engelking, Warsaw Ghetto, 774; Engelking, Getto warszawskie, 733; Gutman, Resistance, 201. <<

[22] Szapiro, Wojna, passim, también Libionka, «ZWZ-AK», 82. <<

[23] Citas: Zuckerman, Surplus, 357; Szapiro, Wojna, 35. <<

[24] Sobre las banderas, véase Milton, Stroop. Cita: Moczarski, Rozmowy, 200. <<

[25] El testimonio de Edelman se encuentra en «Proces Stroopa Tom 1», SWMW-874, IVk 222/51, actualmente en IPN. <<

[26] Moczarski, Rozmowy, 252, cita en 253. <<

[27] Engelking, Warsaw Ghetto, 794. <<

[28] Puławski, W obliczu, 412, 420-421, 446. Sobre el papa, véase Libionka, «Głowa w mur». <<

[29] Cita: Engelking, Warsaw Ghetto, 795. Sobre los once intentos de ayudar a los judíos, véase Engelking, Getto warszawskie, 745, y Libionka, «ZWZAK», 79. Sobre la propaganda soviética, véase Redlich, Propaganda, 49. <<

[30] Sobre Wilner, véase Sakowska, Ludzie, 326. <<

[31] Cita: Engelking, Getto warszawskie, 750; Gutman, Resistance, 147; Marrus, «Jewish Resistance», 98; Friedländer, Extermination, 598. <<

[32] Para las cifras citadas, véase Bartoszewski, Warszawski pierścień, 256. Sobre el 1 de junio de 1943, véase Kopka, Warschau, 39. <<

[33] Véase Zimmerman, «Attitude», 120, y Libionka, «ZWZ-AK», 119-123. <<

[34] Bartoszewski, Warszawski pierścień, 242. <<

[35] Madajczyk, «Generalplan», 15; Rutherford, Prelude, 218; Aly, Architects, 275; Abonen, People, 39. <<

[36] Sobre marzo de 1943, véase Borodziej, Uprising, 41. Sobre el exterminio de judíos como motivación, véase Puławski, W obliczu, 442. Para los 6214 casos de resistencia guerrillera, véase BA-MA, RH 53-23 (WiG), 66. <<

[37] Sobre el 13 de octubre de 1943, véase Bartoszewski, Warszawski pierścień, 286. Sobre la cinta aislante y la tierra, véase Kopka, Warschau, 58-59. <<

[38] Bartoszewski, Warszawski pierścień, 331, 348, 376, 378, 385, cifra en p. 427. <<

[39] Kopka, Warschau, 40. <<

[40] Ibid., 46, 53, 75. <<

[41] Cita: Kopka, Warschau, 69. <<

[42] Kopka, Warschau, 60. <<

[43] Sobre la conexión con la operación Bagration, véase Zaloga, Bagration, 82. <<

[44] Los aliados debatieron sobre la futura frontera polaca en la Conferencia de Teherán, del 28 de noviembre al 1 de diciembre de 1943; véase Ciechanowski, Powstanie, 121. <<

[45] Operatsia «Seim», 5 y passim. <<

[46] Sobre el grupo partisano de Bielski, véase Libionka, «ZWZ-AK», 112. Para múltiples perspectivas de Bielski, véase Snyder, «Caught Between». <<

[47] El 22 de julio de 1944, véase Borodziej, Uprising, 64. <<

[48] Sobre la exclusión y las armas, véase Borodziej, Uprising, 61. <<

[49] La atmosfera se refleja y las batallas se describen en Davies, Rising'44. Sobre el hecho de que no fueran alcanzados objetivos importantes, véase Borodziej, Uprising, 75. <<

[50] Engelking, Żydzi, 91 para Zylberberg, y passim; sobre las Fuerzas Armadas Nacionales, 62, 86, 143. <<

[51] Sobre Aronson, véase Engelking, Żydzi, 61, Fuerzas Armadas Nacionales en 62, 86, 143, y Kopka, Warschau, 42, 106, 110, «indiferencia», cita en 101. <<

[52] Krannhals, Warschauer Aufstand, 124. <<

[53] Ibid., 124-127. <<

[54] Wroniszewski, Ochota, 567, 568, 62, 7, 628, 632, 654, 694; Dallin, Kaminsky, 79-82. Sobre el Instituto Marie Curie, véase Hanson, Civilian Population, 90. Citas: Mierecki, Varshavskoe, 642 («Mass executions»); Dallin, Kaminsky, 81 («violaban...»); Mierecki, Varshavskoe, 803 («robaban...»). <<

[55] Madaczyk, Ludność, 61. <<

[56] Sobre las ordenes de Himmler; véase Sawicki, Zburzenie, 32, 35, y Krannhals, Warschauer Aufstand, 420. Sobre los escudos humanos (y otras

atrocidades), véase Stang, «Dirlewanger», 71; Serwanski, *Życie*, 64; Mierecki, *Varshavskoe*, 547, 751, y MacLean, *Hunters*, 182. Véase también Ingrao, *Chasseurs*, 180. Para las estimaciones de cuarenta mil civiles muertos, véase Hanson, *Civilian Population*, 90, y Borodziej, *Uprising*, 81. Ingrao da la cifra de 12 500 personas pasadas por las armas en un mismo día por la unidad Dirlewanger sola; véase *Chasseurs*, 53. <<

[57] Sobre los tres hospitales, véase Hanson, *Civilian Population*, 88; y MacLean, *Hunters*, 182. Sobre las violaciones en grupo y los asesinatos, Ingrao, *Chasseurs*, 134,150. <<

[58] Sobre la fábrica donde ejecutaron a dos mil personas, véase Mierecki, *Varshavskoe*, 547. Cita: Hanson, *Civilian Population*, 88. <<

[59] Borodziej, *Uprising*, 81. <<

[60] Klimaszewski, *Verbrennungskommando*, 25-26, 53, 69, 70. Sobre el trabajador judío, véase Engelking, *Żydzi*, 210 . Véase también Białoszewski, *Pamiętnik*, 28. <<

[61] Cita: Borodziej, *Uprising*, 91. Véase también Ciechanowski, *Powstanie*, 138, 145, 175, 196, 205. <<

[62] Citas: Borodziej, *Uprising*, 94. <<

[63] Cita: Borodziej, *Uprising*, 94. Véase también Davies, *Rising'44*. <<

[64] Sobre Himmler, véase Borodziej, *Uprising*, 79, 141; Mierecki, *Varshavskoe*, 807; Krannhals, *Warschauer Aufstand*, 329 (y la experiencia del gueto); e Ingrao, *Chasseurs*, 182. <<

[65] Sobre Bach y la Wehrmacht, véase Sawicki, *Zburzenie*, 284; y Krannhals, *Warschauer Aufstand*, 330-331. Sobre la última biblioteca, véase Borodziej, *Uprising*, 141. <<

[66] Estimaciones: Ingrao, *Les chasseurs* (200 000); Borodziej, *Uprising*, 130 (185 000); Pohl, *Verfolgung*, 121 (170 000); Krannhals, *Warschauer Aufstand*, 124 (166 000). <<

[67] Sobre Landau y Ringelblum, véase Bartoszewski, *Warszawski pierścień*, 385. Sobre Ringelblum específicamente, véase Engeiking, *Warsaw Ghetto*, 671; véase también, en general, Kassow, *History*. <<

[68] Hay estimaciones del número de personas ocultas en Paulson, *Secret City*, 198. <<

[69] Strzelecki, *Deportacja*, 25, 35-37; Długoborski, «*Żydzi*», 147; Löw, *Juden*, 455,466, 471, Bradfish y los trenes en pp. 472, 476. <<

[70] Kopka, *Warschau*, 51, 116. <<

[71] Strzelecki, Deportacja, III. <<

Notas del capítulo 10

[1] Sobre la importancia de los precedentes alemanes véase Brandes, Weg, 58, 105, 199 y passim; también Ahonen, After the Expulsion, 15-25. <<

[2] Sobre los planes polacos y checos en tiempo de guerra para deportaciones, en general menos radicales de lo que después fue la realidad, véase Brandes, Weg, 57, 61, 117, 134, 141, 160, 222, 376 y passim. <<

[3] Cita: Borodziej, Niemcy, 61, En polaco, la distinción la expresan las palabras narodowy y narodowościowy. <<

[4] Cita de Mikolajczyk: Nitschke, Wysziedlenie, 41; véase Naimark, Pires, 124. Sobre Roosevelt, véase Brandes, Weg, 258. Sobre Hoover, véase Kersten, «Forced», 78. Sobre Churchill, véase Frank, Expelling, 74. Sobre el levantamiento, véase Borodziej, Niemcy, 109. <<

[5] Véase Brandes, Weg, 267-272. <<

[6] Frank, Expelling, 89. <<

[7] Sobre Hungría, Ungvary, Schlacht, 411-432, y Naimark, Russians, 70. Sobre Polonia, véase Curp, Clean Sweep, 51. La cita de los yugoslavos: Naimark, Russians, 71. <<

[8] Sobre la incidencia de violaciones al principio de la ocupación, véase Gross, Revolution, 40; y Shumuk, Perezhyte, 17. Las reflexiones de una víctima merecen ser tenidas en cuenta: Anónimo, Eine Frau, 61. <<

[9] Cita: Salomini, L'Union, 123; también 62, 115-116, 120, 177. La cuestión de los reclutas se trata en Vertreibung, 26, entre otros. <<

[10] Vertreibung, 33. Hay un comentario admirable en Naimark, Russians, 70-74. Sobre Grass, véase Beim Hauten, 321. <<

[11] Sobre el entierro de la madre, véase Vertreibung, 197. <<

[12] Sobre los 520 000 alemanes, véase Urban, Verlust, 517. Sobre los 40 000 polacos, véase Zwolski, «Deportacje», 49. Gurianov calcula entre 39 000 y 48 000; véase «Obzor», 205. Al parecer, se deportaron aún más polacos desde la Bielorrusia Soviética; véase Szybieka, Historia, 362. Sobre los civiles húngaros, véase Ungvary, Schlacht, 411-432. Sobre las minas, ver Nitschke, Wysziedlenie, 71. Sobre las 287 000 personas tomadas como trabajadores en el campo 517, véase Wheatcroft, «Scale», 1345. <<

[13] Sobre los 185 000 civiles alemanes, véase Urban, Verlust, 117. Sobre los 363 000 prisioneros de guerra alemanes, véase Overmans, Verluste, 286;

Wheatcroft cuenta 356 687; véase «Scale», 1353. Decenas de miles de soldados italianos, húngaros y rumanos perecieron también después de rendirse al Ejército Rojo. En cuanto a los italianos, Schlemmer calcula 60 000 muertes; véase Italianer, 74. En cuanto a los húngaros, Stark calcula 200 000 (cifra que parece improbablemente elevada); véase Human Losses, 33. Véase también Biess, «Vom Opfer», 365. <<

[14] Sobre las fuentes psicológicas del problema de la evacuación, véase Nitschke, Wysiedlenie, 48. Cita: Hillgruber, Germany, 96. Véase también Steinberg, «Third Reich», 648, y Arendt, In der Gegenwart, 26-29. <<

[15] Sobre los Gauleiter y los barcos, véase Nitschke, Wysiedlenie, 52-60. <<

[16] Sobre Jahntz, véase Vertreibtwg, 227. Cita: Grass, Beim Häuten, 170. <<

[17] Nitschke, Wysiedlenie, 135; Jankowiak, «Cleansing», 88-92. Ahonen calcula 1,25 millones de regresos; véase People, 87. <<

[18] Staněk, Odsun, 55-58. Véase también Naimark, Fires, 115-117; Glassheim, «Mechanics», 206-207; y Ahonen, People, 81. La comisión conjunta checo-alemana calcula entre 19 000 y 30 000 bajas; véase Community, 33. Unos 160 000 alemanes de Checoslovaquia perdieron la vida luchando en la Wehrmacht. Sobre Grass, véase su obra Beim Häuten, 186. <<

[19] Cita: Nitschke, Wysiedlenie, 136; también Borodziej, Niemcy, 144. Sobre el desplazamiento de 1,2 millones de personas, véase Jankowiak, Wysiedlenie, 93, también 100. Borodziej calcula entre 300 000 y 400 000 (Niemcy, 67); Curp ofrece la cifra de 350 000 (Clean Sweep, 53). Véase también Jankowiak, «Cleansing», 89-92. <<

[20] Sobre Potsdam, véase Brandes, Weg, 404, 458, 470, y Naimark, Fires, III. <<

[21] Cita: Naimark, Fires, 109. Sobre Aleksander Zawadzki, el gobernador de Silesia, véase Urban, Verlust, 115, y Nitschke, Wysiedlenie, 144. Sobre Olsztyn, véase Nitschke, Wysiedlenie, 158. <<

[22] Sobre la Seguridad Pública, véase Borodziej, Niemcy, 80. Cita: Stankowski, Obozy, 261. <<

[23] Sobre los 6488 alemanes que murieron en el campo de Łarnbinowice, véase Stankowski, Obozy, 280. Urban (Verlust, 129) calcula que murieron sesenta mil de los doscientos mil alemanes en campos polacos; la cifra parece alta si se consideran las cifras particulares de cada campo. Stankowski estima entre 27 847 y 60 000; véase Obozy, 281. Sobre Gęborski y Cedrowski, véase Stankowski, Obozy, 255-256. Sobre los cuarenta prisioneros asesinados el 4 de octubre de 1945, véase Borodziej, Niemcy, 87. <<

[24] Sobre los trenes de ganado, véase Nitschke, Wysiedlenie, 154. <<

[25] Sobre los robos, véase Urban, Verlust, 123, y Borodziej, Niemcy, 109. Nitschke (Wysiedlenie, 161) calcula que 594 000 alemanes cruzaron la frontera en esa época; Ahonen (People, 93) da una cifra de 600 000. <<

[26] Sobre el plan de noviembre, véase Ahonen, *People*, 93. Sobre las cifras citadas, véase Nitschke, *Wysiedlenie*, 182, 230. Comp. Jankowiak, que da como total 2 189 286 para 1946 y 1947 (incluyendo solamente los que fueron en transportes registrados); véase *Wysiedlenie*, 501. Los índices de muertes en transportes al sector británico se dan en Frank, *Expelling*, 258-259; y Ahonen, *People*, 141. <<

[27] Sobre los cuatrocientos mil alemanes muertos, véase la estimación original en *Vertreibung*, 40-41; están de acuerdo con ella Nitschke, *Wysiedlenie*, 231, y Borodziej, *Niemcy*, II; examina la cifra y la aprueba implícitamente Overmans, «*Personelle Verluste*», 52, 59, 60; y la critica por exagerada Haar, «*Entstehungsgeschichte*», 262-270. Ahonen estima seiscientos mil muertes; véase *People*, 140. <<

[28] Véase la discusión sobre la diferencia entre políticas deliberadas de asesinato y otras formas de mortalidad en la introducción y la conclusión de esta obra. <<

[29] Simons, en *Eastern Europe*, presenta adecuadamente los aspectos geoétnicos. <<

[30] Sobre la relación entre la guerra y las tomas del poder por los comunistas en varios países, véase Abrams, «*Second World War*»; Gross, «*Social Consequences*»; y Simons, *Eastern Europe*. <<

[31] En Ahonen, *After the Expulsion*, 26-27 se habla del secretario de Estado James Byrnes y las posturas cambiantes de EE. UU. Véase también Borodziej, *Niemcy*, 70. <<

[32] Cita: Brandes, *Weg*, 437. Véase también Kersten, «*Porced*», 81; Sobór-Świdarska, *Berman*, 202; y Torańska, *Oni*, 273. <<

[33] Véase Snyder, *Reconstruction*. <<

[34] Documentación sobre los planes de la UPA en relación con los polacos y sus acciones al respecto en TsDAVO 3833/1/86/6a; 3833/1/131/13-14; 3833/1/86/19-20; and 3933/3/1/60. También son de interés DAR 30/1/166=USHMM RG-31.017M-1; DAR 30/1/1/5=USHMM RG-31.017M-1; y DAR 30/1/4=USHMM RG-31.017M-1. Estas declaraciones de OUN-B y de UPA en tiempo de guerra coinciden con los interrogatorios de posguerra (véase GARF, R-9478/1/398) y los recuerdos de supervivientes polacos (por ejemplo, sobre la masacre del 12-13 de julio, véase OKAW, II/737, II/1144, П/2099, II/2650, II/953 Y II/775) Y judíos (por ejemplo, ŻIH 301/2519; y Adini, *Dubno: sefer zikaron*, 717-718). El estudio fundamental es hoy el de Motyka, *Ukraińska partyzantka*. Véase también Il'iushyn, *OUN-UPA*, y Armstrong, *Ukrainian Nationalism*. He procurado explicar este conflicto en «*Causes*», *Reconstruction*, «*Life and Death*», y *Sketches*. <<

[35] Sobre los 780 000 enviados a la Polonia comunista, véase Slivka, *Deportatsiï*, 25. Sobre los 483 099 desplazados desde la Polonia comunista a la Ucrania soviética, véase Carięwska, *Teczka specjalna*, 544. Sobre los cien mil judíos, véase Szajnok, *Polska a Izrael*, 40. Para un comentario de la Operación Vístula, véase Snyder, *Reconstruction*, y Snyder, «*To Resolve*». <<

[36] Sobre los 182 543 ucranianos deportados de la Ucrania soviética al Gulag, ver Weiner, «Nature», 1137. Sobre los 148 079 veteranos del Ejército Rojo, véase Polian, «Violence», 129. Véase también, en general, Applebaum, Gulag, 463. <<

[37] Para más detalles sobre las 140 660 personas reasentadas a la fuerza, véase Snyder, Reconstruction, o Snyder, «To Resolve». <<

[38] Snyder, Reconstruction y «To Resolve»; Motyka, Ukraińska partyzantka, 535. Véase también Burds, «Agentura». <<

[39] Polian, Against Their Will, 166-168. En la Operación Sur fueron deportadas 35 796 personas, la noche del 5 de julio de 1949, desde territorios de Rumanía anexionados por los soviéticos. <<

[40] Polian, Against Their Will, 134. <<

[41] Véase Polian, Against Their Will, 134-155, para todas las cifras citadas. Véase también Naimark, Pires, 96; Lieberman, Terrible Fate, 206-207, y Burleigh, Third Reich, 749. <<

[42] Sobre los ocho millones de personas devueltas a la Unión Soviética, véase Polian, «Violence», 127. Sobre los doce millones de ucranianos, bielorrusos y polacos, véase Gerlach (Kalkulierte Morde, 1160), quien ha examinado de cerca estas cuestiones y calcula tres millones de desplazamientos como mínimo solo en Bielorrusia. <<

[43] Weiner («Nature», 1137) observa que los soviéticos informaron de la ejecución de 110 825 como nacionalistas ucranianos entre febrero de 1944 y mayo de 1946. El NKVD calculó que 144 705 chechenos, ingusetios, balkarios y karachais murieron como resultado de la deportación o poco después del reasentamiento (para 1948); véase Lieberman, Terrible Fate, 207. <<

[44] Los supervivientes de la hambruna lo mencionan en sus memorias. Véase Potichnij, «1946-1947 Famine», 185. <<

[45] Ver Mastny, Cold War, 30. Sobre el ataque al corazón de Zhdánov, ver Sebag Montefiore, Court, 506. <<

Notas del capítulo 11

[1] Sobre el asesinato, véase Rubenstein, Pogrom, 1. Sobre Tsanova, véase Mavrogordato, «Lowlands», 527; and Smilovitsky, «Antisemitism», 207. <<

[2] Sobre el Libro negro de los judíos soviéticos, véase Kostyrchenko, Shadows, 68. Sobre las estrellas, véase Weiner, «Nature», 1150, y Weiner, Making Sense, 382. Sobre la sinagoga empleada para almacenar grano, véase ŽIH/1644. Sobre las cenizas de Babii Yar, véase Rubenstein, Pogrom, 38. Véase también, en general, Veidlinger, Yiddish Theater, 277. <<

[3] Rubenstein, Pogrom, 35. <<

[4] Sobre Crimea, véase Redlich, War, 267, y Redlich, Propaganda, 57. Véase también Lustiger, Stalin, 155, 192; Luks, «Brüche», 28, y Veidlinger, «Soviet Jewry», 9-10. <<

[5] Sobre el secretismo estatal, véase Lustiger, Stalin, 108. Sobre las condecoraciones al valor, véase Weiner, «Nature», 1151, y Lustiger, Stalin, 138. <<

[6] Estas cifras se han comentado en capítulos anteriores y se mencionaran también en la conclusión. En cuanto a las muertes judías en la URSS, véase Arad, Soviet Union, 521 y 524. Filimoshin («Ob itogakh», 124) da una estimación de 1,8 millones de civiles asesinados deliberadamente bajo la ocupación alemana; a estos yo añadiría en torno a un millón de prisioneros de guerra muertos por inanición y unas cuatrocientas mil muertes no incluidas en las cifras del sitio de Leningrado. Así pues, incluyendo tanto a civiles como a prisioneros de guerra, y a grandes rasgos, mi estimación sería de 2,6 millones de judíos y 3,2 millones de habitantes de la Rusia soviética muertos como civiles o como prisioneros de guerra. Si estos últimos se cuentan como bajas militares, la cifra de judíos supera a la de rusos. <<

[7] Franklin D. Roosevelt, Winston Churchill y Iósif Stalin, «Declaración sobre las atrocidades, Conferencia de Moscú», 30 de octubre de 1943. Forma parte de la Declaración de Moscú. <<

[8] Sobre los «hijos de la nación», véase Arad, Soviet Union, 539. Sobre Jruschov, véase Salomini, L'Union, 242, y Weiner, Making Sense, 351. <<

[9] Dos cuidadas introducciones a la cultura soviética de posguerra son las de Kozlov, «Soviet Literary Audiences» y «Historical Turn». <<

[10] Sobre los setenta mil judíos a los que se permitió abandonar Polonia con destino a Israel, véase Szajnok, Polska a Izrael, 49. sobre Koestler, véase Kostyrchenko, Shadows, 102. <<

[11] Sobre Rosh Hashana y la sinagoga, véase Veidlinger, «Soviet Jewry», 13-16, y Szajnok, Polska a Izrael, 159. Sobre Zhemchuzhina, véase Rubenstein, Pogrom, 46. Sobre Gorbman, véase Luks, «Brüche», 34, Sobre el cambio político en general, véase Szajnok, Polska a Izrael, 40, 82, 106, 111-116. <<

[12] Sobre el artículo de Pravda, véase Kostyrchenko, Shadows, 152. Sobre el número decreciente de judíos en las alturas del partido (del treinta al cuatro por ciento desde 1945 hasta 1952), véase Kostyrchenko, Gosudarstvennyi antiisemitizm, 352. La cita de Grossman procede de la traducción de Chandler de Everything Flows (trad.: Todo fluye, Marta Ingrid Rebón Rodríguez). <<

[13] Sobre la disolución del Comité Antifascista Judío, véase Kostyrchenko, Shadows, 104. Para la cita del tren, véase Der Nister, Family Mashber, 71. Para el informe del MGB, véase Kostyrchenko, Gosudarstvennyi antisemitizm, 327. <<

[14] Cita de Molotov: Gorlizki, Cold Peace, 76. Véase también Redlich, War, 149. <<

[15] Redlich, War, 152; Rubenstein, Pogrom, 55-60. <<

[16] Sobre los cien mil judíos de la Unión Soviética, véase Szajnok, Polska a Izrael, 40. <<

[17] Esto era cierto también para la mayoría de los regímenes de posguerra, incluidos el checoslovaco, el rumano y el húngaro. <<

[18] Banac, With Stalin Against Tito, 117-142; Kramer, Konsolidierung, 81-84. Véase también Gaddis, United States. <<

[19] Sobre Gomulka y Berman, véase Sobor-Swidorska, Berman, 219, 229, 240; Paczkowski, Trzy twarze, 109; y Toranska, Oni, 295-296. <<

[20] Sobre la comunicación de Stalin y Gomulka, véase Naimark, «Gomulka and Stalin», 244. Cita: Sobór-Świdorska, Berman, 258. <<

[21] Sobre la cita de Smolar, y en general, véase Shore, «Język», 56. <<

[22] Shore, «Język», 60. Dicho esto, hubo historiadores judíos polacos que llevaron a cabo valiosas investigaciones sobre el Holocausto en los años de la posguerra, algunas de ellas imprescindibles para el presente estudio. <<

[23] La cita formaba parte del eslogan de uno de los carteles de propaganda más llamativos, realizado por Włodźimierz Zakrzewski. <<

[24] Consúltese Torańska, Oni, 241, 248. <<

[25] Gniazdowski, «Ustalić liczbę», 100-104 y passim. <<

[26] Sobre el embajador soviético, véase Sobór-Świdorska, Berman, 202, y Paczkowski, Trzy twarze, 114. Para el porcentaje de altos funcionarios del ministerio de Seguridad Pública que eran judíos y habían declarado su origen, véase Eisler, «1968», 41. <<

[27] Proces z vedením, 9 y passim; Lukes, «New Evidence», 171. <<

[28] Torańska, Oni, 322-323. <<

[29] Véase Shore, «Children». <<

[30] Esta explicación de la ausencia de purgas comunistas sangrientas en Polonia se encuentra, entre otros, en Luks, «Brüche», 47. Durante la guerra, los líderes comunistas polacos parecían asesinarsen unos a otros, y quizá esto generara mayor cautela. <<

[31] Paczkowski, Trzy twarze, 103. <<

[32] La Union soviética se anexiono las islas Kuriles. <<

[33] Weinberg, *World at Arms*, 81. <<

[34] Cita: Sebag Montefiore, *Court*, 536. <<

[35] Service, *Stalin*, 554. Sobre Asia central, Brown, *Rise and Fall*, 324. <<

[36] Kramer, «Konsolidientng», 86-90. <<

[37] La argumentación sobre la diferencia entre las décadas de 1950 y 1930 se desarrolla en Zubok, *Empire*, 77. Véase también Gorlizki, *Cold Peace*, 97. <<

[38] Sobre Shcherbakov, véase Brandenberger, *National Bolshevism*, 119 y *passim*; Kuromiya, «Jews», 523, 525, y Zubok, *Empire*, 7. <<

[39] Sobre el desfile del Día de la Victoria, véase Brandenberger, «Last Crime», 193. Sobre Ettinger, véase Brent, *Plot*, 11. Véase también Lustiger, *Stalin*, 213. La preocupación de Stalin por el terrorismo medico data al menos de 1930; véase Prystaiko, *Sprava*, 49. <<

[40] Sobre Karpai, véase Brent, *Plot*, 296. <<

[41] Lukes, «New Evidence», 165. <<

[42] *Ibid.*, 178-180; Lustiger, *Stalin*, 264. <<

[43] Para la cita y el porcentaje (once de catorce acusados eran de origen judío), véase *Proces z vedením*, 44-47, cita en p. 47. Sobre las denuncias, véase Margolius Kovaly, *Cruel Star*, 139. <<

[44] Para la confesión de Slansky, véase *Proces z vedenim*, 66, 70, 72. Para la pena de muerte y el verdugo, véase Lukes, «New Evidence», 160, 185. Sobre Margolius, véase Margolius Kovaly, *Cruel Star*, 141. <<

[45] Sobre Polonia, véase Paczkowski, *Trzy twarze*, 162. <<

[46] Cita: Brent, *Plot*, 250. <<

[47] Kostyrchenko, *Shadows*, 264; Brent, *Plot*, 267. Sobre el baile, véase Service, *Stalin*, 580. <<

[48] Sobre Mijoels como Lear, véase Veidlinger, *Yiddish Theater*. <<

[49] Para «todos los judíos...», véase Rubenstein, *Pogrom*, 62. Para «había salvado a su nación...», véase Brown, *Rise and Fall*, 220. <<

[50] Citas: Kostyrchenko, *Shadows*, 290. Véase también Lustiger, *Stalin*, 250. <<

[51] Sobre Karpai, véase Kostyrchenko, *Gosudarstvennyi antisemitizm*, 466, y Brent, *Plot*, 296. <<

[52] Sobre los reiterados borradores, véase Kostyrchenko, *Gosudarstvennyi antisemitizm*, 470-478. Sobre Grossman, véase Brandenberger, «*Last Crime*», 196. Véase también Luks, «*Brüche*», 47. La cita de Grossman es de *Vida y destino*. <<

[53] Sobre Ehrenburg, véase Brandenberger, «*Last Crime*», 197. <<

[54] Para los rumores, véase Brandenberger, «*Last Crime*», 202. Para el número de médicos, véase Luks, «*Brüche*», 42. <<

[55] Khlevniuk, «*Stalin as dictator*», no, 118. Sobre la no comparecencia de Stalin en fábricas, granjas y oficinas gubernamentales después de la Segunda Guerra Mundial, véase Service, *Stalin*, 539. <<

[56] Sobre los jefes de seguridad de Stalin, véase Brent, *Plot*, 258. <<

[57] Stalin ordeno palizas el 13 de noviembre; Brent, *Plot*, 224. Sobre el juicio, véase Lustiger, *Stalin*, 250. <<

[58] Para detalles de la «campana antisionista» de 1968, véase Stola, *Kampania antysyjonistyczna*; y Paczkowski, *Pól wieku*. <<

[59] Rozenbaum, «*March Events*», 68. <<

[60] Sobre las prácticas soviéticas previas, véase Szajnok, *Polska a Izrael*, 160. <<

[61] Stola, «*Hate campaign*», 19, 31. Sobre la «quinta columna», véase Rozenbaum, «*1968*», 70. <<

[62] Stola, «*Hate campaign*», 20. <<

[63] Para la cifra de 2591 arrestos, véase Stola, «*Hate Campaign*», 17. Para la estación de ferrocarril de Gdansk, véase Eislet; «*1968*», 60. <<

[64] Véase Judt, *Postwar*, 422-483, y Simons, *Eastern Europe*. <<

[65] Brown, *Rise and Fall*, 396. <<

Notas de la conclusión

[1] Comp. Moyn, «*In the Aftermath*». Las interpretaciones de este apartado se

siguen de argumentos que están documentados en los capítulos previos; por ello, las notas son reducidas. <<

[2] Quizá un millón de personas muriera en los campos alemanes (diferenciándolos de las instalaciones de exterminio y de los lugares de inanición). Véase Orth, System. <<

[3] Comp. Keegan, Face of Battle, 55; y Gerlachy Werth, «State Violence», 133. <<

[4] La mayoría de los demás que murieron de hambre estaban en Kazajistan. Cuento las muertes de Ucrania como intencionadas y las de Kazajistan como previsibles. Investigaciones futuras podrían cambiar la estimación de intencionalidad. <<

[5] Esta y la cita siguientes siguen la traducción de Chandler de Everytbing Flows [«Todo fluye»] (2010) no publicada en el momento de escribir estas líneas. Véase también Life and Fate [«Vida y destino»]. <<

[6] Una larga discusión sobre la economía y la moral de la tierra y el asesinato se encuentra en Kiernan, Blooa and Soil. <<

[7] La China de Mao supero a la Alemania de Hitler en la hambruna de 1958-1960, que mato a unos treinta millones de personas. <<

[8] Para «complicidad beligerante», véase Furet, Fascism and Communism, 2. Comp. Edele, «States», 348. Cita de Hitler: Lück, «Partisanbekämpfung», 228. <<

[9] Todorov, Mémoire du mal, 90. <<

[10] Milgram, «Behavior Study», aún merece una lectura. <<

[11] Kołakowski, Main Currents, 43. <<

[12] Sobre la pasividad internacional, véase Power, Problem. <<

[13] Fest, Das Gesicht, 108, 162. <<

[14] Como señala Harold James, en la actualidad las teorías sobre la modernización violenta salen malparadas en términos puramente económicos; véase Europe Reborn, 26. Cita de Buber-Neumann: Under Two Dictators, 35. <<

[15] El crimen soviético más significativo en Rusia fue dejar morir de hambre deliberadamente a Leningrado, donde pereció en torno a un millón de personas. Los alemanes mataron a un número relativamente pequeño de judíos en la Rusia soviética, quizá a sesenta mil. También mataron al menos a un millón de prisioneros de guerra de la Rusia soviética en los dulag y los stalag. En las estimaciones soviéticas y rusas, estas personas se contaban usualmente como bajas militares; puesto que yo las cuento como víctimas de una política de asesinato deliberado, incremento la estimación de 1,8 millones dada por Filimoshin, «Ob itogakh», 124. Creo que el cálculo ruso de muertes en Leningrado

se queda corto en unas cuatrocientas mil personas, de modo que añadido también esta cantidad. Si Boris Sokolov está en lo cierto y las bajas militares soviéticas fueron mucho más altas que las cifras convencionales, entonces la mayoría de las personas contadas en los cálculos más elevados fueron soldados. En cambio, si Ellman y Maksudov tienen razón y 550 Tierras de sangre las bajas militares soviéticas fueron en realidad menores, entonces la mayoría de estas personas eran civiles y, a menudo, civiles que no estaban bajo la ocupación alemana. Véase Sokolov, «How to Count», 451-457, y Ellman, «Soviet Deaths», 674-680. <<

[16] Sobre las muertes de 516 841 internados en el Gulag, véase Zemskov, «Smertnost'», 176. Sobre los cuatro millones de ciudadanos soviéticos en el Gulag (incluidos los asentamientos especiales), véase Khlevniuk, Gulag, 307. <<

[17] Brandon y Lower calculan entre 5,5 y 7 millones el total de pérdidas humanas en la Ucrania soviética durante la guerra; véase la Introducción, 11. <<

[18] Para una introducción a la cultura de la memoria, véase Goujon, «Memorial». <<

[19] Las discusiones sobre las cifras están documentadas en los capítulos previos, aquí y en todo este apartado. <<

[20] Janion, Do Europy. Sobre Berman, véase Gniazdowski, «'Ustalić liczbę». <<

[1] En la versión española, se ha mantenido un criterio similar (N. del T.). <<

¡1250 LIBROS PARA LLEVAR EN SU BOLSILLO!

La velocidad, comodidad y movilidad son suyas. El e-GO! Library Español es una forma innovadora para tener y mantener un suministro fresco y abundante de grandes títulos. Es el mejor entretenimiento y fácil de obtener. El e-GO! Library Español es una unidad flash de memoria USB que pone a miles de los mejores libros de la actualidad su bolsillo!

Cargue su Kindle, iPad, Nook, o cualquier dispositivo con una variedad de ficción y no ficción. En su tiempo libre, elija entre sus temas, títulos y autores independientes favoritos y categorías como: romance, ciencia ficción, misterios, finanzas, biografías, negocios y muchos más.

- ✓ **1,000 LIBROS** independientes más populares
- ✓ **BONO-** 250 títulos clásicos
- ✓ **CONTENIDO ÚNICO** / Autores independientes
- ✓ **LLAVE USB PRECARGADA** de 4GB

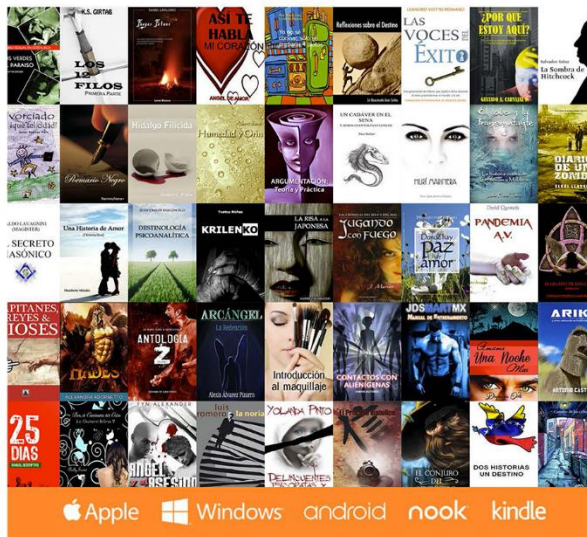
LOS MEJORES

1,000 LIBROS

+250 CLASICOS DE REGALO

e-GO!
Library *Español*

- ✓ Total portabilidad y conveniencia
- ✓ Más de 32 categorías precargadas
- ✓ No necesita internet
- ✓ Perfecto para leer mientras viaja



- ✓ **SIRVE CON TODOS** los lectores y dispositivos
- ✓ **IDEAL** para viajar
- ✓ **AHORRA** innumerables horas de Descargas
- ✓ **EL REGALO** Perfecto

VER MÁS